Florentino Rodríguez Herce

Satélites para hablar con Dios

Satélites para hablar con Dios

En los pueblos pequeños es habitual que los hijos de los agricultores sean los encargados de realizar aquellas labores que no son lo suficientemente importantes como para hacerlas los padres, y que resultan demasiado caras para mandarlas hacer.
El padre de Ángel era el gerente de la Cooperativa Vitivinícola de Fontoroz y en aquellos días se encontraba muy ocupado, junto con su amigo Juan, en perfeccionar su último invento: un innovador sistema de calefacción por microondas, destinado a evitar los daños que provocan en el viñedo las heladas tardías. Por eso, las tareas pequeñas se las encargaba a su hijo.
No es que a Ángel le desagradase trabajar con el tractor, y menos con aquel, que disponía de un equipo de música mejor que el de una discoteca. Pero para poder cobrar por su trabajo, era aconsejable no decir que disfrutaba con ello.
Además, le gustaba conducirlo. Mejor dicho; le gustaba conducir en general, pero como todavía le faltaban unos meses para poder sacarse el carné, se consolaba conduciendo los tractores.

Con la música de Estopa a todo volumen y el rugido de los doscientos caballos del motor, se dirigía por el estrecho camino de concentración hacia la finca familiar, donde tenía que reconstruir unos bancales que habían cedido con las últimas lluvias.
Gracias a esas lluvias, las enormes ruedas del tractor apenas levantaban unas motas de polvo. De lo contrario, el conductor del ciclomotor que por fin había conseguido adelantarlo en una zona donde el camino se desdoblaba, seguramente se habría enfadado mucho más.
Ángel pidió disculpas por no haber facilitado el adelantamiento, pero el motorista no pareció entenderlo. Se trataba de un ciclomotor nuevecito, y el casco del piloto resultaba desconocido para Ángel.
En Fontoroz, todos los moteros se conocen por el casco y por el estilo de conducir. Pero aquella forma de conducir la moto no le recordaba a nadie conocido. En realidad no parecía tratarse de un novato. Todo lo contrario. Daba la impresión de tratarse de un experto que además corría muchos riesgos.
El ciclomotor se alejó rápidamente y Ángel volvió a poner el tractor a 50 k/h, hasta que llegó al desvío que le conduciría hasta las Ruinas.
Todo el mundo conocía aquel paraje como las Ruinas y el Silincio. Quedaban pocos vestigios de que allí hubiese habido edificaciones, pues con el paso de los siglos, los habitantes del pueblo se habían ido llevando poco a poco todas las piedras para construir sus propias casas y apenas quedaban algunos restos de los huertos.
Era de dominio público que el campanario de la iglesia de San Silvestre, que actualmente se encuentra en la Plaza Mayor, había pertenecido a la iglesia de las Ruinas. Pero el cuándo y el cómo había acabado allí, no estaba muy claro.
En las escrituras de propiedad figuraba como una sola finca de ciento veinte fanegas, de las que una tercera parte correspondían a las Ruinas y una cuarta parte al Silincio. El resto no era tierra cultivable.

El Silincio era realmente extraordinario. Se trataba de una especia de hoya con forma de plaza de toros, con el fondo casi plano y las paredes en suave pendiente, jalonadas de bancales o terrazas construidas en el transcurso de los siglos. Allí no resultaba útil el

invento de su padre contra las heladas. Seguramente en el peor de los inviernos apenas si se habría llegado a los dos grados bajo cero.
Prueba de ello era la flora que aún se conservaba en las Ruinas: sequoyas gigantes, palmeras, drácenas, magnolios; abetos de más de veinte metros de altura y una variadísima gama de frutales y flores que habían subsistido allí desde tiempos inmemoriales, gracias a una explotación racional y a un esmerado cuidado.

Se trata sin duda de la propiedad más emblemática de la familia. Existe un completísimo código, en el que figuran todas las cláusulas relativas a la propiedad de las Ruinas, que siempre se han respetado punto por punto, y que tiene como objetivo mantener la propiedad indivisa, sin merma de los derechos de terceros. Hay que reconocer que la vigencia actual de un código redactado hace mil años, solo es posible gracias a la visión de futuro de un genio.
Ese genio llamado Silvestre había llegado a Fontoroz, cargado de riquezas, a principios del siglo XI, con un séquito de unas cincuenta personas entre hombres, mujeres y niños, en una época en la que toda Europa estaba azotada por los fantasmas de la peste. Compró al Señor de Fontoroz todas las tierras situadas al sur del pueblo, desde el río hasta los montes, y construyó edificaciones fortificadas que más tarde se convertirían en convento benedictino. A la muerte del Señor de Fontoroz, su hermano y único heredero vendió todo el Señorío a Silvestre D´Aurillac, quien lo entregó como dote a su hija Ana, para casarse con Hernán Dueñas, hasta entonces jefe de la guardia de Fontoroz.
Resulta curioso que no exista ni una sola piedra de todo aquello, y sin embargo todavía den una excelente cosecha los olivos que, traídos de Dios sabe dónde, plantó Silvestre D´Aurillac hace más de mil años.
Debido a la inmensa variedad de árboles y plantas, hay fruta durante todo el año y casi siempre se encuentra alguna en floración, por lo que el aroma que se respira es diferente cada día.

Las últimas lluvias habían provocado un desbordamiento, y el agua había corrido por un bancal hasta encontrar una zona más débil por donde discurrir. El primer bancal era el que más desperfectos había sufrido. Aunque Ángel había montado el subsolador en el tractor para remover la tierra de la parte baja; al final optó por subirse a la plataforma superior y desde allí, con la pala, escarbar un poco la pared e ir tapando la profunda escorrentía.
En poco más de media hora el trabajo estaba prácticamente terminado. Un par de paladas más, y aguantaría otros cincuenta años. Afortunadamente trataba de cargar completamente la pala, y por lo tanto iba muy despacio. Porque de no haber sido así, podría haber roto el accesorio por completo. El tremendo golpe le hizo parar en seco y bajar rápidamente del tractor para ver que había sucedido.
La pala había chocado contra una enorme piedra, y destrozado dos dientes del cazo. Retiró el tractor y paró el motor para evaluar los desperfectos. Luego inspeccionó el pedrusco comprobando que se encontraba firmemente clavado en la tierra, ya que no se había movido ni un ápice.
En principio pensó que se trataba de los restos de un muro de contención del antiguo sistema de riego, pero no parecía lógico. Los canales para el riego estaban construidos con ladrillo, arena y cal. A nadie se le ocurriría utilizar piedras tan grandes en las acequias, sobre todo por el enorme esfuerzo que requeriría subirlas hasta allí.
La experiencia le decía que aquella piedra se encontraba totalmente fuera de lugar. Podía tratarse de cualquier cosa, pero desde luego allí no había nacido.

Con ayuda de una tabla y con mucho cuidado para tratar de no estropear los posibles grabados, fue descubriendo la superficie de lo que él pensaba que sería una estela mortuoria, hasta comprobar que efectivamente tenía inscripciones y dibujos grabados.
Las inscripciones seguramente estarían escritas en latín, por lo que no iba a perder el tiempo limpiando para no entender lo que ponía. El dibujo de la estela le daría mucha más información, así que continuó limpiando la zona más alta de la piedra. Después de un buen rato, gracias a que la tierra conservaba algo de humedad y se trabajaba bien, consiguió descubrir el dibujo al completo. Se parecía mucho a una concha marina gigante labrada en relieve y con las costillas perfectamente regulares y simétricas.
En principio, más que de una estela mortuoria, parecía tratarse de una lápida sepulcral. Pero la posición de la losa resultaba completamente ilógica para tratarse de un sepulcro. Estaba inclinada unos cincuenta grados respecto a la base –motivo por el que pensó en una estela que se hubiese desplomado un poco con el paso del tiempo–, y perfectamente apoyada sobre sillares tallados en forma trapezoidal, para adaptarse a la inclinación de la losa.
Decididamente aquella piedra significaba algo importante. Bien por lo que en ella estaba escrito, o por lo que se ocultaba debajo de ella. Fuera lo que fuera, daba la impresión de que se encontraba en su estado original. No mostraba vestigios de haber sido alterada por causas naturales, corrimientos de tierra o terremotos.
De momento no le diría nada a su padre. No quería volver a meter la pata como el año anterior, cuando lo convenció de que el detector de metales indicaba que debajo del suelo de la despensa de la casa de su madre, había objetos de oro enterrados.
Después de levantar el suelo de la despensa y hacer un hoyo de más de metro y medio, no encontraron absolutamente nada. Sin ninguna razón aparente, en el mismo sitio que unos minutos antes sonaba con fuerza el pitido del detector, al momento siguiente no emitía el más leve sonido ni se encendía ningún led. Seguramente fue un fallo del aparato que ya en otras ocasiones le había engañado, pero nunca de aquella forma desconcertante.
Decidió cubrir la losa nuevamente y volver otro día mejor pertrechado. Necesitaría encontrar una disculpa para llevar la Retro, ya que levantar con la pala del tractor aquella piedra que pesaría más de mil quinientos kilos, podía resultar complicado e incluso peligroso debido a posición sobre el bancal.
Quedaban los dientes de la pala. ¿Cómo le explicaba a su padre, que había chocado con una piedra de ese tamaño, en un bancal de las ruinas? Sin duda pensaría que los había roto en la cañada del callao, que por otra parte es donde él había tenido sus percances más sonados. Pero desde que compraron aquel tractor no había vuelto a cruzar por la cañada. Antes, con los tractores pequeños le gustaba atajar por allí. Argumentaba que cruzando el monte ahorraba más de quince minutos, pero en realidad lo hacía porque le resultaba muy divertido hacer trial con un tractor.

Posiblemente fuera porque pensaba que se estaba haciendo mayor, o que simplemente estaba madurando. El caso es que desde que cumplió los diecisiete se encontraba algo cambiado. También era posible que fuera debido a que aquel tractor había costado una fortuna. Y los aperos que monta son tan grandes que no caben por el estrecho camino. Pero lo más fácil es que fuera debido a que, desde que se compró la moto, resultaba más excitante saltar el río que cruzarlo por el vado.
Lo más práctico sería dejar la piedra a la vista para poder corroborar sus explicaciones y bajar al pueblo lo antes posible. Si tenía la suerte de encontrar a Juan en su casa, posiblemente pudiera arreglar la pala y evitar explicaciones.
No es que le tuviera miedo a su padre, ni mucho menos, pero “ojos que no ven, corazón que no siente”. Por supuesto que no iba a llevarse ningún castigo por romper el tractor. Ni

siquiera en el caso de que hubiera ocurrido por ir por la cañada. Pero su padre aprovechaba cualquier oportunidad para sermonearle sobre la responsabilidad, y aquella sería una buena ocasión para recordarle que hay que utilizar la cabeza; que por muy hábil o rápido que uno sea, si no piensa las cosas antes de hacerlas, cometerá muchos errores.

Cuando uno está acostumbrado a conducir por el campo, ya sea con el tractor o con una moto, no tiene sentido mirar por el espejo retrovisor. Lo normal es que ni siquiera esté bien regulado. ¿Para qué vas a mirar para atrás? Bastante tienes con ver lo que hay delante. Los caminos suelen estar plagados de baches y roderas. Los primeros resultan muy peligrosos para los tractores, sobre todo si llevan aperos muy grandes o pesados. Y las roderas resultan temibles para los vehículos de dos ruedas, pues suelen ser profundas y provocan graves caídas.
Las cabinas actuales están muy bien insonorizadas. Y si además vas escuchando la radio, no oyes ni la bocina de un camión. Mucho menos iba él a oír el claxon del ciclomotor que venía detrás del tractor desde quién sabe dónde, y que por sus gestos debía llevar un buen rato tratando de adelantarlo. Rápidamente redujo la velocidad y se apartó un poco para dejarle adelantar. Se trataba del mismo ciclomotor que lo adelantó en la subida. Nuevamente trató de disculparse, pero le dio la impresión de que se estaba acordando de su familia.
Al llegar al pueblo se desvió por la carretera vieja y subió por la cuesta de los poyos para dejar el tractor en el corral de la Tía Mila. Enfiló el tractor a la trasera y se bajó para abrir la robusta y centenaria puerta. Normalmente no se cerraba con llave, pero por alguna razón, en aquella ocasión se encontraba cerrada. Dejó el tractor atravesado en la calle y con el motor encendido. Se metió por el callejón para colarse por la desvencijada puerta del huerto de la iglesia y desde allí saltar la tapia.
En aquel corral no se guardaba nada que tuviese valor. Los pocos aperos que allí descansaban habían pertenecido al marido de Tía Mila y estaban tan desfasados que él no recordaba que se hubiesen usado nunca. A pesar de eso, su padre se resistía a venderlos para chatarra. Tía Mila hablaba de ellos como si formaran parte de la herencia que les dejaría.
Desde el fatal accidente en que perdió la vida su hijo hacía dos años, ellos eran su única familia. Y cuando ella falleciera, heredarían tanto las tierras como la casa en la que había vivido.
Las viviendas de Tía Mila y del padre de Ángel, formaban parte del mismo edificio centenario, construido por los antepasados de ambos, y dividido por razones hereditarias en cuatro partes de las que al padre de Ángel le correspondieron tres.
Hacía cuatro o cinco años, habían realizado una obra conjunta de reforma, en la que aparte de las instalaciones, se había retejado completamente el edificio. Se había gastado bastante dinero pero la casa merecía la pena. Su arquitectura resultaba espectacularmente actual, a pesar de haber sido levantada hacía más de mil años.
La fachada de todo el edificio tenía fábrica de sillería; los dinteles y las jambas de las puertas y ventanas tenían una fina talla de líneas geométricas. Y los alféizares –de una sola pieza– estaban labrados con motivos florales. Las vigas con que estaban construidas las cerchas, eran de pino de Valsaín. Las uniones y asientos se habían construido con chapa muy gruesa y clavos forjados, formando una estructura muy sólida que se mantenía con una geometría perfecta gracias a unos codales embutidos ligeramente en las vigas. La parte superior de la estructura resultaba completamente uniforme; sin embargo la inferior adoptaba una forma un poco extraña para adaptarse a las crujías resultantes de la prolongación de las paredes del edificio central, que a todas luces parecían innecesarias ya que el arriostramiento sobre los muros exteriores era perfectamente eficaz .

La altura hasta la cumbrera era de más de tres metros, lo que proporcionaba un enorme aislamiento térmico. Aunque en los pueblos era muy normal, hasta el siglo pasado, que las casas dispusieran de un amplio desván, no era este el caso, ya que al ser común a las dos viviendas no resultaba apropiado como "sobrao". Seguramente por esa razón, para acceder a él no existía ninguna escalera. Tan solo una trampilla perfectamente disimulada en el artesonado de la alcoba de la habitación central de la planta superior.

Quitó la vetusta tranca y abrió de par en par las puertas para meter el tractor. Se disponía a subir a la cabina cuando vio los esfuerzos que estaba haciendo el del ciclomotor azul con el que se había cruzado en dos ocasiones esa misma tarde, para salir del barro de la cuneta a donde había llegado al tratar de pasar por detrás del tractor. Un poco apurado por saberse el culpable de aquella situación trató de ayudarle a salir ofreciéndose a empujar la moto.
– ¡¡Vete a la mierda, gilipollas!! –fue la respuesta del motorista, que por la voz, Ángel pudo comprobar que se trataba de una mujer.
Cuando ya se había alejado algunos metros, y sin molestarse en mirar para atrás, le hizo un saludo con el dedo medio de la mano izquierda apuntando hacia el cielo. Hay que reconocer que no le molestó demasiado el socorrido gesto. Incluso le resultó gracioso. Y sobre todo divertido. Además se lo merecía. Seguramente no pasara por allí nadie más en todo el día, pero la casualidad había provocado que la muchacha y su flamante ciclomotor color azul marino metalizado a juego con el casco se pusieran perdidos de barro por su culpa. Intrigado por la identidad de la motorista, se quedó mirando hasta que desapareció al final de la cuesta.
Mientras guardaba el tractor y atrancaba de nuevo la puerta, no dejaba de pensar en quién podría ser la motorista. Desde luego, la moto era la primera vez que aparecía en el pueblo. En estos pueblos pequeños los vehículos están absolutamente identificados y controlados. Incluso en el caso de los tractores, son muchos los que los conocen por el sonido.
La forma de manejar el ciclomotor descartaba la posibilidad de que fuese una novata que estrenase su primera moto, y ninguna de las conocidas podía haberse vuelto tan tonta como para comprarse una scooter, por lo que solo podía tratarse de alguna forastera que hubiese venido de vacaciones a casa de algún familiar.

Cuando llegó al taller, Juan se encontraba soldando con la eléctrica. Ángel se puso una careta para que no le "cogiera" el arco, y se acercó a ver que estaba haciendo mientras esperaba para que le arreglara los desperfectos del tractor.
Como de costumbre, estaba trabajando en el "invento". Al igual que el año anterior, al llegar la primavera lo habían desmontado para perfeccionarlo. Tanto su padre como él esperaban que por fin este invierno pudiesen hacerlo funcionar con regularidad y eficacia.
Las máquinas termoacústicas no eran ninguna novedad. Hacía más de quince años que se realizaban estudios serios sobre su funcionamiento, pero solamente a nivel de laboratorio. No existían datos sobre pruebas reales o máquinas que funcionasen industrialmente.

Cuando su padre le explicó a Juan la idea del invento, no tardó ni cinco minutos en convencerlo de que el intento merecía la pena. No solo por la posibilidad de evitar la pérdida de una buena cosecha, sino por la perspectiva de patentarla y poder ganar mucho dinero.

La sinergia producida por dos universos de neuronas instaladas en los inquietos cerebros de Nemesio y de Juan había llegado a una conclusión a la que seguramente no hubiesen llegado jamás por separado.
Hasta ahora, esta eventualidad se combatía con calentadores o calefactores de muy diversa índole. Resultaban medianamente eficaces debido a que en los grandes viñedos las diferencias de temperatura entre las parras más cercanas al calentador y las más alejadas eran considerables. Además tenían otra serie de inconvenientes que desanimaban a muchos productores a instalarlos en sus tierras.
La gran ventaja que tenía el procedimiento de ondas acústicas viajeras, era que actuaba de igual forma en todo el terreno comprendido entre las antenas.
Los primeros experimentos realizados en los años noventa, apenas conseguían variaciones de temperatura significativas. Diez años más tarde, a pesar de haberse conseguido multiplicar estos valores, todavía era inviable como alternativa energética.

Para explicárselo a Ángel, Juan le puso el ejemplo de las pruebas atómicas realizadas por Francia en el atolón de Mururoa. Durante una de esas explosiones nucleares en las aguas del océano Pacífico, se generaba una temperatura de varias decenas de millones de grados. Sin embargo, independientemente del desastre ecológico y la radioactividad, el océano no manifestaba ningún síntoma global de haber sido atacado. En muy poco tiempo, las aguas más alejadas del foco absorbían poco a poco el calor, hasta conseguir normalizar la temperatura del mar.
El fenómeno de “el Niño” provoca alteraciones catastróficas en el clima de zonas geográficas enormes, con unas variaciones de temperatura de cuatro a ocho grados en el agua del mar.

Comprendido esto, la aplicación de las máquinas termoacústicas pretende conseguir elevar unas pocas décimas la temperatura de una zona lo suficientemente grande como para alterar el microclima del entorno.
Seguramente Fontoroz era el lugar más apropiado para estudiar aquel fenómeno. La naturaleza había esculpido con formas impensables una orografía espectacular tanto por su altura y extensión como por los colores y texturas. El término municipal comprendía toda la campiña y las cuestas y páramos que la flanqueaban a más de mil cuatrocientos metros de altura. En total 5400 hectáreas de las que poco más de la mitad estaban cultivadas. El valle se extendía en dirección este–oeste. Casi desde el nacimiento del río Oroz a 1950 metros, hasta la confluencia de éste con el río Tajador, en una zona de profundas cárcavas flanqueadas por paredes rocosas prácticamente verticales.
En la actualidad todo el pueblo está situado en la cara norte del valle. Separado del río por la carretera. Está construido siguiendo las mismas pautas con que se consolidaron las tierras de labor, aterrazando las vertientes con innumerables bancales, hasta donde resultase posible su cultivo.

2

La retroexcavadora hundía los dientes del potente cazo en el pedregoso y duro suelo. Poco a poco, durante años, había ido trasformando la pendiente de aquella ladera en una impresionante escalera donde los escalones eran grandes bancales de geometría irregular rematados en taludes de suave pendiente.
Era un trabajo muy duro debido a la posición tan inclinada que adoptaba la máquina. Bastante delicado y peligroso, no solo por el riesgo de que la retro trastornara, sino también por la posibilidad de desprendimientos. Pero la recompensa merecía la pena. En cinco años, esos bancales producirían unas buenas cosechas de uvas que la Bodega Cooperativa trasformaría en excelentes y cotizados vinos.
Paró el motor de la máquina al ver que su hijo se acercaba con su quad, sorteando los impedimentos del terreno situado por encima de la zona donde se encontraba trabajando, y esperó a que llegara sin bajarse de la retro.
– ¿Dónde vas? –preguntó el padre.
– Voy a dar una vuelta hasta el pago morato, con el Detector.
– Lleva encendido el localizador y el móvil, por si te necesito. ¡Espera! Ahora que me acuerdo, me llamó tu madre porque no conseguía hablar contigo. Te necesita para que le ayudes con algo de la Virgen. ¡Llámala!
– ¿Algo de qué...?, ¿dijo si me llevaría mucho tiempo?
– Creo que solo es para que le descuelgues el manto. El cura no está para subirse a unas escaleras.
– Pues como tenga que bajar ahora hasta la iglesia, voy a perder un buen rato.
– ¿Qué más te da? Si no tienes nada que hacer. Además, creo que no están en la iglesia. Me pareció entender que estaban limpiando la ermita. ¡Pero llámala…! Ni que pagaras tú el teléfono.
– ¡Vale! Ya la llamo.
– Otra cosa. Yo me tengo que ir pronto porque he quedado con Juan para probar la bomba de calor. Mañana seguramente nos iremos a Madrid y estaremos allí todo el día.
– Ya te he oído –dijo Ángel mientras encendía el teléfono y marcaba el número de su madre.
– ¡Me oyes pero no me escuchas!
– Que sí te escucho. Dime –contestó Ángel in dejar de marcar los números.
– Que mañana vienen los de la ITV móvil. Tienes que bajar la máquina para pasar la revisión. Si lo haces a primera hora, habrá menos gente. Luego la vuelves a subir aquí, y si te da tiempo terminas el terraplén.
– ¡Está bien! –contestó mientras escuchaba el tono de llamada del móvil.

Ángel llamó a su madre y efectivamente estaba en la ermita. No le iban a hacer perder mucho tiempo porque le quedaba de camino.
Atajando por la ladera del monte, en cinco minutos llegó hasta la ermita. En la plazoleta solo estaba el coche de su madre con el portón trasero abierto. Junto a él, un pequeño generador proporcionaba corriente eléctrica al aspirador con el que Elvira recogía el polvo almacenado en el suelo de la iglesia durante todo el año.

Desde hacía mucho tiempo, en la ermita solo se celebraba la misa una vez al año. Y aunque faltaba mes y medio para la romería, a la madre de Ángel y al cura les gustaba hacer las cosas con tiempo.
Cuando el chico entró en la ermita su madre apagó el aspirador.
– Llevo toda la tarde llamándote al móvil y lo tienes desconectado.
– Es que no tenía batería.
– Siempre estás igual con la batería.
– ¿Dónde está don Cosme?
– En la sacristía, poniendo naftalina a los ropajes. Pero él no nos hace falta. Es preferible que no nos ayude.
– ¿Qué hay que hacer… lo de siempre?
– Lo de siempre pero con más cuidado. Cada año está peor.
Estaba subiéndose en la escalera cuando salió don Cosme de la sacristía.
–Tened mucho cuidado, no se vaya a romper nada.
– Buenas tardes, don Cosme. ¿Lo dice por la Virgen o por mí?
– Lo digo por la escayola. Está cada año más ajada. Se cae a cachos. ¡Fíjate en las varas! a trozos se les ven los hierros.
Ángel comprobó que lo que decía el cura era cierto. No solo la pintura de las flores y hojas de las varas había desaparecido con el tiempo, sino que también el yeso faltaba en muchas zonas. La imagen de la Virgen en realidad solo tenía la cabeza. El cuerpo consistía en un armazón de listones en forma de cono truncado del que salían las manos, coronado por el cuello de la imagen y apoyado sobre la bola del mundo. Todo ese espacio ocupado por el armazón de listones se cubría con un vestido, que tampoco era tal, ya que solo tapaba la porción delantera de la imagen que el manto dejaba al descubierto. El manto, por detrás llegaba hasta la base del pedestal, pero por delante era mucho más corto para dejar a la vista la bola del mundo y los dos ángeles de yeso colocados a los pies de la virgen, o quizá sustituyéndolos.
De las alas de estos ángeles partían las varas adornadas de flores y hojas que se elevaban hacia las manos de la Virgen, un poco abiertas y un poco adelantadas.
Ángel había empezado a desenroscar la tuerca de la pieza que sujetaba la corona y el manto. No era nada fácil, ya que la tuerca estaba situada en la parte interior y era necesario ir poco a poco.
¿A quién se le ocurrió poner esto al revés? –preguntó Ángel en tono de reproche.
– Pues creo que fue a tu madre –contestó don Cosme–. La pieza antigua era de madera y se acabó rompiendo.
– Y esto otro también acabara por romperse todo –pronosticó la madre.
– Porque no lo mandáis restaurar. Yo creo que esto podía quedar como nuevo con un poco de yeso y pintura.
– Mira a ver…, si te atreves… –al cura no le pareció mala idea.
– Yo por hacerlo, lo hago. Pero tendríamos que bajarla a casa. Esto por lo menos lleva una semana de curro. ¡A propósito! ¿Cómo anda la Cofradía de presupuesto?
– De presupuesto no andamos mal –contestó la madre, que era quien llevaba las cuentas–. Teniendo en cuenta que somos 48 cofrades… pero llevarla a casa es imposible.
– ¿Qué es imposible…? ¡Si se desmonta todo!
– Si, pero pesa una tonelada.
– Dejamos de sacarla en procesión por el peligro de que se desfondase el pedestal –explicó el cura–. Ya ves como está toda la madera.
– ¿Pero entonces? –preguntó Ángel–. ¿De qué está rellena la bola?
– Pues no lo sé. Será de hierro.

Ángel había terminado de aflojar la tuerca y sin quitar el tornillo descolgó el manto para bajarlo con suavidad, mientras su madre y el cura, uno por cada extremo, iban plegándolo con mucho cuidado de no desprender las pequeñas lentejuelas doradas.
El chico, intrigado, observaba con atención la cubierta de yeso de la bola.
– ¿Y si fuera de oro? –se preguntó en voz alta.
– Si hubieran hecho la bola de oro –apuntó el cura–, habrían tenido dinero para hacer una imagen más completa.
– A no ser que quisieran esconder el oro.
– ¡Perdónele don Cosme! Anda por ahí todo el día con el dichoso detector de metales y está obsesionado con los tesoros escondidos.
– ¡El detector, claro que sí! –exclamó Ángel–. Voy a pasarle el detector y saldremos de dudas.
En menos de un minuto estuvo de vuelta con el detector. Mientras le colocaba las pilas, el cura un poco preocupado preguntó:
– ¿A ver si vas a hacer una fechoría?
– No se preocupe, don Cosme, que esto no hace ningún daño.
– Es cierto, don Cosme –Elvira tranquilizó al cura–, ni siquiera va a tocarlo.
Como Ángel observase la reticencia del cura, se adelantó a una posible negativa.
– Voy a hacerle una demostración… ¡Mamá, muéstrame tu alianza!
Encendió el aparato y acercó el plato a unos diez centímetros de la mano de su madre. En cuanto empezó a sonar el clásico pitido, Ángel presionó el botón de *check up on* y le mostró el resultado al cura.
– ¡¿Ve?! Se han encendido todos los leds. Si hubiera sido de plata, se habrían encendido uno o dos menos, dependiendo de la calidad.
– ¡Bueno, bueno! –consintió el cura–. Si solo vas a hacer eso, no tengo inconveniente.
– Pero antes de nada… ¡vamos a medias!
– Tú mira, y ya veremos.
– ¡Ni hablar! El cincuenta por ciento del valor de los hallazgos es para el que lo encuentra.
– De acuerdo –concluyó don Cosme con gesto condescendiente–. Estoy tan seguro de que no es de oro, que no me importa compartirlo… y si fuera de oro… se podría retejar la ermita y comprar un nuevo manto.
– Con lentejuelas de oro de verdad –propuso Elvira.
– Y calefacción… y luz, que no me explico por qué no tiene ninguna ventana –la posibilidad de disponer de mucho dinero siempre encuentra causas nobles en todas las conciencias–. ¡Venga, salgamos de dudas! –animó el cura.
Ángel encendió de nuevo el detector y subió el volumen hasta que éste se hizo audible por todos. Lo acercó a la bola del mundo esperando que comenzase a subir la intensidad del pitido para comprobar el *check up on* pero no hubo respuesta. Mejor dicho, la respuesta del aparato resultó completamente desconcertante. El pitido se debilitaba al acercarlo y volvía a aumentar al alejarlo.
Hizo esas comprobaciones varias veces porque en ocasiones, en las ruinas, algunos tipos de ladrillos y cerámicas producían un efecto similar, y había que subir mucho el volumen para poder escucharlo y que los leds marcasen alguna medida.
Un poco decepcionado por comprobar que la bola no era de oro, aumentó el volumen al máximo para ver si ocurría lo mismo que con los ladrillos. Pero nada de nada. Al detector ni se le encendían las luces, ni hacía ningún ruido. Al separarse del altar, de nuevo comenzó a escucharse el pitido del altavoz con el volumen al máximo pero no había ninguna lectura.
Ángel bajó el volumen hasta dejarlo en un tono que no molestase y comprobó que el aparato estaba bien, pasándolo por encima de uno de los clavos de adorno de las patas de

los bancos. Ahora sí, el resultado fue el esperado. Un aumento moderado del tono del pitido y un led encendido indicando que se trataba de metal de baja calidad.
Cuando Ángel apagó el detector, el cura preguntó:
– ¿No es oro, verdad?
Un tanto contrariado y otro tanto sorprendido, Ángel contestó:
– ¡No! Ni oro, ni plata, ni hierro, ni nada.
– Podría ser una piedra –sugirió su madre–. Muchas imágenes están colocadas sobre pedestales de mármol.
– En ocasiones –dijo Ángel–, me ha pasado algo parecido con ladrillos. No sé por qué razón al pasar el plato del detector sobre algunos tipos de ladrillos, y sobre todo si son ladrillos que están ennegrecidos por el efecto del fuego, por ejemplo los ladrillos que hubiesen formado parte de un hogar, es como si el ladrillo absorbiera el sonido. Posiblemente la bola esté hecha de cerámica.
– Pues no es ninguna incongruencia –reflexionó el cura–. La solución más fácil para conseguir una forma esférica, es haciéndola de barro. Sobre todo si tenemos en cuenta que esta se hizo hace 1200 años.
– ¡Qué pena! –dijo Ángel.
Para ninguno de los tres fue un gran disgusto comprobar que no había ningún tesoro. Para el cura y Elvira, en realidad nunca existió una posibilidad real de que así fuese. Y para Ángel aquello era otra de las miles de oportunidades pretéritas o futuras de hacerse millonario.
– Continuemos con las penurias –dijo Elvira–. Mientras nosotros guardamos esto, súbete otra vez y coloca el tornillo y la tuerca en su sitio. Déjalo como estaba para que no se pierda y tapa la virgen con este paño. Que algo de polvo le quitaremos.
– Deja hija –se ofreció don Cosme cogiendo el manto y doblándolo sobre su brazo–, ya lo guardo yo. Tú sujeta la escalera, no se vaya a caer el chico.
El cura entró en la sacristía mientras Ángel colocaba el paño sobre la corona de la virgen.
– No. Así no –dijo la madre al observar la forma de poner el paño–. ¡Colócalo bien! porque si no, no sirve de nada.
– ¿Cómo quieres que lo sujete? No se puede dejar mejor.
– Espera, que te traigo un imperdible –contestó mientras se acercaba al banco en el que había dejado el bolso–. Creo que en el bolso tengo alguno.
– ¡Venga, mamá! No te pongas ahora a buscar. Con tantas cosas como llevas… si así está bien tapado.
– ¡¿Qué pasa?! ¿Ahora te entran las prisas? Vete colocando el tornillo mientras busco el imperdible.
No es que Ángel tuviera mucha prisa. Lo que le pasaba es que cuando él pensaba que lo que le ordenaban era una tontería, lo hacia notar refunfuñando.
Con cuidado para no dejar caer la tuerca, colocó las dos partes de la pieza de hierro y pasó el tornillo por los dos agujeros. La mala suerte y no el descuido o la celeridad, hizo que la tuerca no agarrase la rosca y se escurriese por el cuello de la imagen. Al tratar de cogerla, Ángel se enganchó los dedos con la cuerda del escapulario y se rompió justo en el momento que su madre estaba pendiente de darle el imperdible.
La tuerca y el escapulario cayeron al suelo a los pies de Elvira.
El escapulario de la Virgen del Velo era tan grande que en realidad parecía una credencial identificativa. El escapulario propiamente dicho era un trozo de tela de unos diez centímetros de alto por seis de ancho. El trozo original se había doblado por la mitad formando un rectángulo que luego había sido pegado por los lados. En teoría, dentro de esa especie de pequeña bolsa, se encontraba la reliquia de la Virgen.

A cada una de las esquinas de la tela se habían pegado unos finos cordones rematados por una argolla los de la derecha, y por un cierre bastante simple los de la izquierda. Este cierre metálico, posiblemente de plata, era lo que se había roto.
Los dos miraron inmediatamente hacia la puerta de la sacristía por ver si el cura se había dado cuenta de lo ocurrido. Después de comprobar que don Cosme continuaba sin salir, se miraron con gesto de complicidad y Elvira recogió del suelo el escapulario.
– ¡Toma! –le dio el imperdible y la tuerca–. Tápalo todo, que como don Cosme se entere le da un síncope.
Mientras Ángel ponía de nuevo la tuerca y cubría por completo el busto de la Virgen con el paño, su madre comprobaba los daños del escapulario.
– ¿Tendrá arreglo? –preguntó Ángel desde lo alto de la escalera.
– ¡Calla…! Ya hablaremos más tarde.
El cura salía de la sacristía, al tiempo que Ángel comenzaba a descender por la escalera.
– ¡Espera! –dijo el cura.
Durante un par de segundos, tanto la madre como el hijo se quedaron petrificados. Elvira, que estaba tratando de guardar la reliquia en el pequeño compartimento lateral de su bolso, se quedo inmóvil sin atreverse a levantar la cabeza. Ángel por su parte, se mantenía en equilibrio sobre un solo pie, incapaz de mover el otro lo suficiente como para apoyarlo en el peldaño.
– ¡No te bajes! –continuó el cura–. Ya que estás ahí, descuelga también el vestido. ¿No te parece Elvira?
– ¡Pues si! –la mujer respiró aliviada–. De esa forma lo bajo a casa y lo meto en la lavadora.
Para Ángel toda aquella parafernalia no era más que el atrezo del montaje escénico que representaba la misa. Pero para su madre significaba un sentimiento mucho más profundo y místico. Para el sacerdote, no digamos. Era su profesión y su vida. Su fe en sus creencias era tan grande como su devoción por la Virgen.
Eran esos sentimientos los que hacían sentirse culpable al chico. El hecho de romper el escapulario no tenía mayor trascendencia. Lo grave sería que alguien demasiado beato pensase que un accidente tan simple constituyese un sacrilegio. O que la Cofradía tuviese conocimiento del hecho y acusase a su madre de no tratar la imagen con suficiente fervor.
Ángel arrebujó el vestido alrededor de su brazo y bajó de la escalera con mucho cuidado. Lo metió en una bolsa de plástico que le dio su madre y lo dejó sobre el banco.
– ¿Llevo la escalera al coche? –preguntó el chico consternado.
– ¡Déjala! Nos hará falta para limpiar el vía crucis. Pero para eso ya no te necesitamos. Puedes irte cuando quieras.
– ¡Vale, hasta luego!
El tono de voz de su madre no denotaba preocupación, por lo que Ángel supuso que el estado del escapulario no sería nada grave. Eso también lo animó a él un poco.
– ¡Pásate por casa antes de cenar! –dijo su madre mientras Ángel se alejaba.
– Este chico es como una guindilla –comentó el cura–. Un poco descreído y soñador, pero noble de espíritu.

3

Ángel movía lentamente el detector de metales mientras trataba de escuchar el más mínimo pitido del aparato. Sabía que en aquellos parajes cualquier metal detectado resultaría interesante. No existían botes de cerveza ni paquetes de tabaco, cuyo aluminio podía detectarse hasta a 40 centímetros de profundidad. Lo peor que podía ocurrir es que después de cavar durante un buen rato, el premio fuera un trozo de herradura u otros restos de aperos de labranza.

A pesar de que el Fisher cz–120 disponía de discriminador de metales y de auriculares, Ángel no los usaba nunca. Si la señal era tan débil como para no oírla directamente podía ocurrir que fuese algo tan pequeño como para despreciarse o que estuviese tan profundo como para no intentarlo. La experiencia le había enseñado que cavar durante quince o vente minutos sobre un terreno duro y pedregoso, a veces solo era recompensado con un clavo de herradura.

En aquel inmenso silencio cualquier ruido era anuncio de algo, y Ángel acababa de oír el sonido de una moto. Apagó el detector para ubicar la procedencia y sacó los prismáticos de la mochila. Inmediatamente dedujo que aquellas dos motos que se acercaban ascendiendo por la orilla del río, eran guardias del Seprona.

Era fácil suponer que venían a su encuentro. Nunca se habrían tirado por la pendiente de la ribera y menos a esa velocidad si solo estuviesen de patrulla.

Como no tenía ganas de historias, decidió recoger los bártulos y ahuecar el ala. Colocó el detector en el cofre del quad y lo aseguró con un elástico. Preveía que la vuelta a casa iba a ser movidita.

Los guardias, ya se sabe, cuando te paran siempre encuentran un motivo para denunciarte. Y si no lo encuentran se lo inventan. De modo que lo mejor sería evitarlos. Se colocó el casco; las gafas y los guantes y arrancó el quad. Todavía se tomó algunos segundos para decidir la ruta. Si escogía la más corta, era casi imposible que le dieran alcance. Podía llegar al pueblo dos o tres minutos antes que ellos, con lo que los despistaría con facilidad. Pero eso implicaba tener que cruzar el río.

Era algo que hacía todo el mundo, porque se trataba de una zona muy llana en la que el río se ensanchaba bastante y los tractores pasaban con facilidad ahorrándose casi dos kilómetros hasta el puente. Pero eso no se podía hacer. Está prohibido tocar el lecho del río. Y si lo hacía, entonces si que tendrían un motivo para denunciarle… si lo cogían.

Optó por el más largo. Sabía que las motos del Seprona doblaban en potencia a la del quad, pero tenía a su favor la arena. Si conseguía llegar al pinar con ventaja, las motos tendrían que aflojar la marcha para no correr el riesgo de clavar la rueda en la arena del camino y estrellarse contra un pino.

Echó un último vistazo para comprobar la ventaja de que disponía, y vio como una de las motos ya estaba cruzando el río (ellos sí podían hacerlo sin que nadie les denunciase).

Sorteó con habilidad los arbustos de espino blanco y los pedruscos de aquel terreno baldío y se incorporó velozmente al camino de tierra. Esperaba que los guardias siguieran el mismo camino que él, pero no fue así. La primera moto se había adelantado bastante a la otra, y estaba atajando campo a través. Ángel empezó a preocuparse. El picoleto se estaba jugando el físico como si estuviera tratando de ganar el Dakar.

No podía mirar para atrás porque eso demostraría que estaba huyendo de ellos. Lo veía solo por los espejos de vez en cuando. Y cada vez estaba más cerca. Cuando llegaron al pinar, apenas les separaban cien metros. Tal y como él pensaba, la arena del camino se encontraba muy blanda y mientras que las anchas ruedas del quad se deslizaban por

encima con rapidez y soltura, la rueda delantera de la moto se hundía hasta la llanta, obligando al guardia a aflojar la marcha y a sujetar con firmeza el manillar para evitar irse al suelo.
Al perder de vista a su perseguidor por los retrovisores, esperó a la siguiente curva para girar la cabeza y comprobar que no le seguía. Faltaba menos de un kilómetro para cruzar el puente y despistarlos definitivamente, por lo que continuó con más tranquilidad pero al mismo ritmo de marcha.
El puente era una joya del románico medieval. Medía 25 metros de largo por 3,5 de ancho. Su silueta, en forma de lomo de asno, alcanzaba en el centro dos metros y medio más de altura que en los extremos.
Cuando Ángel coronó el centro del puente, se encontró de bruces con el Nisan de la GC taponando la salida, y el cabo delante del coche. Normalmente no están nunca en el pueblo. Y menos cuando hacen falta. Pero aquel día casualmente habían ido al juzgado de paz y se encontraban saliendo del ayuntamiento cuando recibieron la llamada del motorista que se había parado en el río.
Con los brazos cruzados y la cara de satisfacción propia del cazador más astuto, el guardia esperó a que Ángel se acercara lo suficiente como para verle la cara y con su mejor pose, le dio el alto.
– ¡¡Documentación!! –la voz del cabo mostraba un estudiado tono enérgico de autoridad.
Ángel se quitó la mochila de la espalda; abrió la cremallera y sacó una carpeta de plástico transparente en la que guardaba toda la documentación y se la alargó al cabo. El cierre de la carpeta era totalmente hermético y para ser sinceros no se abría con facilidad. Pero tampoco el cabo hizo gala del mínimo atisbo de habilidad. Después de un par de intentos fallidos de abrir la carpeta, se la devolvió a Ángel.
– ¡Déme solo la documentación! La del vehículo y la suya… y el seguro… ¡y bájese del vehículo y quítese el casco!
Mientras Ángel hacia lo que le había ordenado el cabo, llegaba por detrás la primera de las motos. Apagó el motor y desmontó. Apoyó el puño del manillar contra el pretil y mientras se quitaba los guantes fue acercándose al fugitivo.
Ángel lo había ignorado hasta ese momento y estaba dispuesto a seguir haciéndolo, hasta que el motorista se puso delante de él y quitándose el casco le preguntó:
– ¿De qué huías con tanta prisa?
Ángel no podía ignorar lo que acababa de ver. El picoleto que conducía la moto como el más hábil participante del Dakar, ¡era una tía! Una tía que le estaba haciendo preguntas mientras se ahuecaba el pelo aplastado por el casco.
El tono de voz de la picoleta le recordaba al que ponía su madre cuando quería parecer enfadada. Escuchaba su voz y veía el movimiento de sus labios, pero no entendía nada de lo que decía.
– ¡¿Que de quién huías, te están preguntando?! La voz del cabo era de lo más áspera y desagradable.
– ¿Huir…, de qué? ¿De qué está hablando? Yo no he huido de nadie.
– ¿Entonces, por qué corrías tanto?
Ángel se quedó con ganas de decirle: “La que corrías como una loca eras tú, ¡pedazo de animal! Que te venías jugando la vida a toda velocidad entre los pedruscos.”, pero se quedó callado.
– ¿Y porque no te has parado cuando has visto que te hacía señales? –insistió la guardia.
– Ni venía deprisa ni te he visto. Y además no sé a qué viene todo esto. ¿Qué pasa, me he saltado algún semáforo o algo? ¿O es que me falta algún papel?
– Aquí las preguntas las hago yo –intervino de nuevo el cabo–. ¡A ver, abre el baúl!

En esos momentos acababa de llegar el otro motorista. A simple vista se podía apreciar que lo de estar encima de una moto no era su estado natural. A toda costa intentaba sujetar su moto sobre la pata de cabra, que resbalaba continuamente sobre el empedrado del puente.
Era lo suficientemente alto como para hacerlo sin tener que bajarse de la moto. Pero lo suficientemente torpe como para seguir intentándolo. También era nuevo en la zona. Como casi todos los guardias, estaría uno o dos años hasta que consiguiera un traslado cerca de su pueblo.
Al único que Ángel conocía era al que conducía el Nisan –que no se había bajado del coche–, porque era el que siempre iba por el pueblo. No parecía un mal tipo. Hablaba muy poco y que se supiera nunca había puesto una denuncia a nadie. Es decir, que no era de los que se esconden detrás de un árbol para cazar a un labrador que no lleva la documentación del tractor. O de los que continuamente están parando a cada ciclomotor que ven, ni en Fontoroz, ni en La Nava que es donde está el cuartel.
Su padre también había sido Guardia Civil allí. No es que se llevaran muy bien entre los dos pueblos, pero estando tan cerca uno del otro, aunque solo fuera de vista, se conocían todos.
Ángel apagó el motor, quitó la llave de contacto y sin disimular su descontento se bajó del quad. Dirigiéndose a la parte trasera abrió la cerradura y levantó la tapa del cofre.
Al Cabo se le iluminaron los ojos como si acabase de encontrar un importante alijo de cocaína.
– ¿¡Y esto qué es!? –preguntó mientras intentaba soltar el detector de metales de sus anclajes, sin conseguirlo.
– Es un Fisher cz–120 –contestó Ángel.
– Esto es un detector de metales y a ti se te puede caer el pelo. ¡Saca todo lo que tengas en el baúl!
La mirada que Ángel le echó al Cabo, en otros tiempos no muy lejanos, le hubiese costado una bofetada en toda la cara. Pero hoy en día la Guardia Civil tiene que andar con mucho cuidado en el trato con la población civil, porque a la menor les cae un expediente disciplinario.
Con parsimonia, el chico fue sacando todo lo llevaba en el cofre del quad: el Fisher desmontado a la mitad, pero con ambas partes unidas por el cable de conexión; una piqueta, y las herramientas del quad envueltas en una vieja rodilla.
El Cabo miró dentro del cofre por ver si quedaba algo.
– ¡Eso también! –ordenó.
Ángel sacó la plancha de gomaespuma que llevaba en el fondo del cofre para amortiguar el golpeteo de las herramientas contra el plástico duro. En la tapa llevaba otra plancha igual, pero de esa el Cabo no dijo nada.
Seguramente el guardia esperaba encontrar envuelto en aquel trapo, monedas antiguas o algún tipo de vasija o cualquier otro objeto que se pudiera calificar como objeto arqueológico. Pero nada de eso. Tan solo unos alicates, una llave inglesa, un destornillador y la llave de bujías.
– ¡A ver, la mochila! ¡Saca todo lo que tengas!
Rezongando de forma ininteligible, fue colocando sobre la plancha de gomaespuma el teléfono móvil, los prismáticos, la cámara de fotos, un encendedor, las gafas de sol, un paquete de pañuelos de papel y un pequeño monedero con cuatro euros. Todo eso y la documentación que ya había enseñado, era lo que llevaba encima.
El cabo cogió la cámara de fotos.
– ¿Veamos que es lo que has fotografiado? –intentó encender la cámara, pero no lo consiguió.

– ¡Enciéndela! –dijo entregándosela a Ángel.
– No se puede. Está estropeada.
– ¡Y una mierda! Te he dicho que la enciendas, que quiero ver las fotos que has hecho.
– No tiene ninguna foto. Ya le he dicho que no funciona.
– Pues me la voy a tener que llevar al cuartel. No te importará ¿verdad? Si está estropeada no creo que la necesites.
Ángel estaba empezando a preocuparse porque la cámara estaba en perfecto estado. Se trataba de una extraordinaria máquina profesional cuyo precio superaba los 1500 euros. Era un regalo de su madre que también era muy aficionada a la fotografía.
Este tipo de cámaras incorporan varios tipos de seguros de transporte y contra robo. El seguro contra robo es configurable por el usuario y funciona mediante un número clave. Ángel tenía la esperanza de que los guardias no estuviesen muy puestos en el tema fotográfico. Como nunca se le pasó por la imaginación que pudieran robarle la cámara, ésta seguía con el número de clave que trae por defecto.
No había nada ilegal dentro de la cámara. Pero sí que había algo que podía dar problemas. Las fotos de los petroglifos. Si los guardias veían esas fotos le preguntarían que dónde las había hecho. Y más pronto o más tarde tendría que acabar diciéndoselo.
Eso significaría que Patrimonio metería las narices en el tema y seguramente acabarían declarando la zona como yacimiento arqueológico. Vendrían a estudiar el "yacimiento" los típicos becarios que no saben encontrar ni el camino de vuelta a casa, y durante unos cuantos años estarían analizando huesos de oveja en el pago del Morato, junto a las ruinas del jaraíz.

Ángel decidió jugársela.
– Yo no la necesito, pero tengo que llevarla a arreglar antes de fin de mes, porque se le acaba la garantía. Y si el arreglo no va a entrar en garantía porque usted la tiene retenida, tendrá que justificar el motivo.
Quizá porque en realidad no había ningún motivo o porque se convenciese de que estaba estropeada, el caso es que el Cabo decidió abandonar esa batalla y actuar sobre lo que si tenía claro.
– ¡De acuerdo, te creo! Llévala a arreglar. Puedes recoger tus cosas. Todo menos esto –cogió el detector–. Esto queda confiscado.
– ¿Y se puede saber por qué? –a Ángel le hubiese apetecido decir más cosas y en un tono más audaz. Pero en realidad el detector no le preocupaba demasiado. Su padre tenía detector de metales antes de que él naciera, y por experiencia sabía que era inútil discutir con los guardias. Si tuviesen que saberse todas las leyes, dejarían de ser guardias.
Con el fisher en la mano, el Cabo se acerco a Ángel y mirándole con los ojos muy abiertos le dijo:
– Claro que se puede saber. Y por eso te lo voy a decir. Para que lo sepas. ¡Torregrosa! –llamó al guardia alto de la moto–. Formule usted la denuncia.
Torregrosa, que se encontraba junto al Nisan, como si con él no fuera la cosa, se acercó hasta su moto, sacó una libreta de una de las alforjas y se dispuso a escribir lo que el cabo le ordenase.
– Tome los datos de este sujeto y denúnciele por haber sido sorprendido realizando una supuesta expoliación en el término municipal de Fontoroz utilizando un detector de metales. La marca es Fhiser y el modelo CZ–120. El número de serie… aquí está. ¡Joder! qué pequeños hacen los números esta gente. ¡Mírelos usted misma! –se dirigió a la mujer–, que yo no tengo las gafas. Informe de que su estado de conservación es bueno pero no se ha comprobado su funcionamiento. Haga constar todo eso en la denuncia y que la firme el interesado. El aparato me lo llevaré yo.

Torregrosa anotó los números que le fue diciendo su compañera de patrulla y cuando terminó le entregó el detector al cabo. Éste se fue hasta el coche, se metió dentro y se puso a hablar por la emisora.
Después de una breve conversación con la base, dio órdenes a los motoristas para que a última hora se dirigiesen al cerro de la Mambla para comprobar los efectos del incendio ocurrido días atrás. Desde la emisora de su moto, Torregrosa informó que había recibido la orden y continuó cumplimentando la denuncia.
Ángel había terminado de recoger todo y estaba esperando para firmar la denuncia y marcharse. Tenía interés en firmarla porque así quedaba constancia de que el detector se encontraba en perfecto estado cuando se lo confiscaron.
La guardia había permanecido todo el tiempo junto a ellos apoyada en la estribera del quad, como una simple espectadora de todo aquello. Daba la impresión de que para ella eso de denunciar a la gente era una cosa totalmente habitual. A Ángel le recordaba a los perros de caza, que una vez han capturado a la pieza, se quedan inmóviles junto a su amo, esperando la siguiente orden.
Por eso le sorprendió bastante cuando la guardia se dirigió a él de nuevo.
– No te preocupes. Te lo cuidaremos bien. Además solo serán un par de días. La semana que viene podrás ir al cuartel a recogerlo.
– No me preocupo. Me jode un montón, pero no estoy preocupado –todavía, el tono de voz de Ángel denotaba su enfado. Pero después de terminar la frase se daba cuenta de que hubiese quedado mejor haber dicho “me fastidia un montón”. Lo cierto es que el trato de la guardia era absolutamente cordial. Y el tono de su voz resultaba muy agradable.
– La culpa es un poco tuya. Si no hubieses salido zumbando cuando nos viste la primera vez, te hubieses evitado todo esto.
– Ya te he dicho que no os había visto.
– Nos lo has dicho pero los dos sabemos que es mentira. Y si te hubieses quedado allí, mi compañero habría comprobado que no estabas expoliando el patrimonio nacional y se habría quedado tan tranquilo.
– No creo que tu compañero sepa el significado exacto de la palabra “expoliar”. Y mucho menos lo que es Patrimonio Nacional. Así que habría sido lo mismo.
– Pero yo podría haberle explicado, por ejemplo, que el uso de un detector de metales es perfectamente legal en la mayoría de los casos. Y dado que tú no llevabas ningún objeto con valor arqueológico, estabas en tu perfecto derecho.
– ¡Joder! Y si sabes todo eso, ¿porque me lo habéis quitado?
– Yo no te he quitado nada. Ha sido el Cabo.
– Pero podías habérselo explicado a él también. Y nos habríamos evitado toda esta historia.
– Pues hombre… podría. Es verdad. Pero no creas que es muy conveniente demostrarle a un superior que no sabe lo que hace. Además, te lo tienes merecido. Casi me parto la crisma por tratar de alcanzarte. Y te hubiera cogido si no es porque el camino cruzaba el arenal, y la moto se clavaba. Si hubiese tenido un quad no te escapas.
– Si yo hubiese estado con la moto, no habría venido por ahí.
– O sea; que sí me habías visto… y que tienes también una moto.
– Tengo dos… para hacer carreras.
Torregrosa terminó de rellenar los papeles de la denuncia e indicó a Ángel donde tenía que firmar.
– Cuando vayas al cuartel, tienes que llevar esta hoja, que es la que sirve de resguardo.
Ángel guardó el papel. Se puso el casco, las gafas y los guantes y suavemente salió del puente. Cruzó la carretera con precaución y una vez que hubo entrado en el pueblo por la cuesta de la antigua carretera, aceleró para perderse rápidamente mientras el ruido del

motor quedaba amortiguado por las altas paredes de piedra de aquellas hermosas y bien construidas casas.
Nuria –que así se llamaba la guardia–, se quedó mirando cómo desaparecía de su vista el quad, al tiempo que contemplaba aquella curiosa arquitectura.
– ¿Cómo se llama este pueblo?
– Fontoroz … ¿Te gusta?
– Es bonito y parece tranquilo. Si te das cuenta, casi todas las casas están construidas con el mismo tipo de piedra. No es muy habitual ver tanta piedra de sillería en un pueblo tan pequeño.
– Las haría todas la misma empresa –para Andrés Torregrosa las cosas siempre tenían una explicación sencilla. Y si no era así, se olvidaba de ellas y punto.
– No creo que hubiera muchas empresas de construcción hace quinientos años. Y desde luego no todas las casas son de la misma época. ¡Fíjate!, esos dos palacetes de ahí abajo seguro que tienen más de mil años.
– ¿En serio? ¡Joder! Pues si que están bien conservados.
– Es evidente que el tejado es mucho más nuevo. Y las puertas y ventanas, seguro que tampoco son las originales. Pero está claro que no han reparado en gastos a la hora de restaurarlos. Lo que no ha sido restaurado ha sido este puente. Podría ser del siglo X. o el XII como mucho. Y el empedrado tiene toda la pinta de ser el original.
– Original sí que es –dijo Torregrosa, refiriéndose a la estética del empedrado–. Pero no por el dibujo, que es parecido al de la plaza mayor de Villalba, si no por el tamaño de los cantos. Son unos pedruscos cojonudos. Pero los de Villalba los pusieron hace pocos años, y a ver cuándo coños los quitan porque no digo que no haya quedado bonito, pero para la moto son una puta mierda.
– Sobre todo cuando llueve –apostillo ella–. Precisamente por eso ponían estos pedruscos. Para que no resbalasen los bueyes. Como entonces no había motos… pues no se resbalaban.
– Las motos no, pero con esos pedruscos un caballo se podía partir una pata al menor descuido.
– Es que este puente no fue construido para pasar caballos.
– Pues motos, menos.
– Dudo mucho que cuando se construyó el puente, hubiese más de dos caballos en todo el pueblo.
– ¡Eres increíble, tía! Hace diez minutos no sabias cómo se llamaba el pueblo, y ahora sabes hasta cuántos caballos tenían hace mil años.
Nuria había cruzado el puente caminando sobre uno de los carriles y regresaba por el otro. La profundidad de aquellos surcos esculpidos por las llantas de miles de carros durante cientos de años, no pasaba de tres o cuatro centímetros. La anchura de los carriles rondaría los veinte. Aunque sus bordes no estaban perfectamente definidos debido sin duda a que los ejes de los carros eran diferentes unos de otros, y también al paso de carretas, que eran vehículos de fabricación menos cuidada.
Más bajas y estrechas que los carros, normalmente solo podían introducir una de las ruedas por el carril, mientras que la otra iba golpeando sobre las piedras, rompiendo minúsculas esquirlas de sus bordes. Como estas ruedas eran de madera maciza y no estaban herradas, producían sobre la piedra una labor de lijado y pulido que, con el paso del tiempo conseguía eliminar cualquier tipo de arista.
Andrés caminaba junto a ella preocupándose, sobre todo de no romperse un tobillo, ella caminaba por el carril poniendo un pie delante del otro, mientras que él trastabillaba continuamente sobre las piedras del centro. Cuando llegaron al final del puente, Nuria preguntó:

– ¿Cuántos Ferraris crees tú que habrá en este pueblo?
– ¿A que viene esa pregunta…? No creo que haya ninguno. Se ve que es un pueblo con pasta, pero tanto como para eso…
– ¿Y en la comarca… cuántos coches de esos crees que habrá en toda la provincia?
– No lo sé. Posiblemente uno o dos.
– ¿Y furgonetas?
– ¿En la provincia?
– Sí.
– Cuatro o cinco mil. Quizá más… ¡Perdona! Lo mismo me he perdido, pero estábamos hablando de la antigüedad de este pueblo.
– De eso, y de los caballos. Tener un caballo hace mil años era como tener un Ferrari hoy en día.
– Eso es una tontería. Antiguamente la gente tenía caballos. Eso lo sabe todo el mundo.
– Antiguamente la gente tenía bueyes que les servían para trabajar en el campo y para tirar de las carretas. Y no se rompían las patas al pasar por este puente, porque los bueyes tienen las pezuñas muy grandes, y porque se echaba paja en el suelo para evitar resbalones.
Lo burros y las mulas también servían para trabajar, pero los caballos solo se utilizaban para pasear o para viajar. Mantener un caballo para tan poco uso, solo se lo podían permitir unos pocos. ¿Conoces bien el pueblo?
– Sé dónde están el bar y el ayuntamiento.
– Pues vamos a echarle un vistazo, a ver cómo es la gente.
– Si es que hay gente.

4

Una interferencia magnética

En la planta quince de la Agencia Europea de Defensa, una de las seis pantallas que Alain tenía frente a él, emitió tres pitidos seguidos y un cuarto pitido más tenue que se mantuvo hasta que Alain lo apagó.
La cotidianidad de estos avisos provocaba una leve falta de interés, no solo en Alain, sino en todo el equipo de técnicos e ingenieros del departamento de Alertas de Radiación que se habían acostumbrado a ver encenderse los testigos de color naranja, al menos cuarenta veces al mes. Normalmente, estos avisos eran consecuencia de la radiación solar o de pequeñas irregularidades (anisotropías) en la radiación de fondo de microondas. Pero el protocolo exigía que cualquier notificación fuese registrada de inmediato en la base de datos del programa PESD (Política Europea de Seguridad y Defensa), de modo que se dispuso a introducir los datos.
El aviso fue catalogado como Baja Importancia, ya que los parámetros eran absolutamente normales. En las gráficas se veían algunos picos que sobrepasaban la línea naranja, pero que se encontraban muy lejos de la línea roja de peligro de radiación. Terminó de hacer los registros, anotó su clave y antes de cerrar el programa imprimió el informe. Según iban saliendo las hojas de la impresora, Alain las colocaba en una carpeta de pastas trasparentes. La última hoja era una gráfica de las mediciones. Alain le echó un vistazo rápido, y la metió en la carpeta para archivarla.
Pulsó la tecla de enter para cerrar el programa y apareció la siguiente pantalla que recogía todo el protocolo de actuación. Cuando empezó a trabajar en el Departamento, él mismo había diseñado el modelo para ir cerrando uno por uno todos los puntos sin olvidar ninguno.
Todos los indicadores se pusieron de color verde, excepto el número seis, que se volvió amarillo parpadeante, con curiosidad más que con otra intención Alain se quedó mirando la lucecita que se apagaba y se encendía. Sobre todo porque era la primera vez que ocurría aquello. El punto seis del protocolo indicaba el posible origen de la alerta. Y en él se recogían todas las posibilidades conocidas hasta el momento e incluso todas aquellas que tuvieran una cierta similitud.
Como la medición había sido de baja importancia, lo normal hubiese sido pulsar sobre el botón de *incluir evento* en la base de datos y considerar despreciable su origen. Pero Alain era curioso por naturaleza y nada le satisfacía más que conocer el porqué de las cosas. Por esa razón pulsó la tecla de *Reanudar protocolo*.
La máquina comenzó su trabajo y un par de minutos más tarde volvía a presentar la misma pantalla con su lucecita parpadeante. No se trataba de un error. El origen de la alerta era desconocido y eso no dejaba satisfecho al ingeniero.
Dispuesto a justificar su sueldo, se sentó frente a la pantalla y después de teclear el número de su clave, encendió un cigarro mientras se abría el programa. Lo primero de todo era

determinar el origen geográfico de la medición. Y para eso era necesario comprobar las mediciones de todos y cada uno de los satélites de la Agencia.
Tres horas más tarde, después de haberse fumado todos los cigarrillos que le quedaban en el paquete, decidió poner el incidente en conocimiento del Comité.

Su cargo de ingeniero adjunto no le autorizaba a convocar al Comité en sesión ordinaria. Pero el protocolo permitía que en casos excepcionales pudiera convocarse de urgencia, por cualquiera de los jefes de servicio.
De los diez miembros del Comité, solo cuatro formaban parte de la comisión permanente. Los otros seis, eran representantes políticos de los seis Estados que constituyeron la Agencia.
Aunque la aceptación del cargo de Miembro del Comité de Seguridad conllevaba la residencia en Bruselas, lo cierto es que solamente dos cumplían ese requisito. Por ese motivo, la reunión del Comité no pudo llevarse a cabo hasta las cinco de la tarde del día siguiente, ya que el representante canadiense llegó al aeropuerto Zaventem en un vuelo regular a las catorce treinta hora local.
Francia, Alemania, Reino Unido y USA contaban con un miembro en la Comisión Permanente y un representante político. Mientras que Canadá y Japón solo tenían un único miembro en el Comité.
Los representantes de la Comisión eran:
Nicolas Musset y Marguerite Sagan: Francia
Erich Adler y Friederieke Thurler: Alemania
Reginald Tennyson y Arthur Shaw: Reino Unido
Kenneth Whitehead y Benjamín Arquette: U.S.A.
Russell Vigny: Canadá
Junichiro Murakami: Japón

Todos se encontraban en la sala de reuniones bastante molestos por la cita. Sobre todo porque en el informe preliminar no figura ningún dato que pueda ser calificado como urgente.
Alain entró en la sala y se presentó a los Comisionados.
– ¡Buenas tardes! Mi nombre es Alain Lombard y soy el subdirector del Departamento de Alertas de Radiación. Lamento haberles convocado de urgencia, pero el director del programa se encuentra de baja por enfermedad y según el protocolo la Comisión debe ser convocada de urgencia en casos excepcionales.
Sé que para alguno de ustedes esto ha significado muchas horas de viaje, pero no he sido yo quién ha hecho las normas. Les ruego que tomen asiento y examinen la documentación que se les acaba de entregar.
Debido a que algunos de ustedes probablemente sean expertos en leyes y no en física, me he tomado la libertad de hacer una presentación virtual para que puedan comprender más fácilmente cuál es el posible problema que se nos presenta.

Uno a uno, todos los Comisionados fueron depositando los informes sobre la mesa, bastante aliviados al saber que todo aquello iba a ser interpretado por el ingeniero.

– Como todos ustedes sabrán, el funcionamiento de la Bomba–E consiste en producir un EMP (Pulso electromagnético) de algunos nanosegundos de duración creando un campo electromagnético de gran alcance, capaz de crear diferencias de potencial del orden de millares de voltios en los conductores eléctricos, como seria el cableado de un equipo, las

pistas de cobre de los circuitos impresos o el material semiconductor de los circuitos integrados.
Dependiendo de la proximidad a la zona de la detonación sus efectos serian diferentes, quedando destruidos todos los equipos electrónicos en las cercanías y averiados en diferente grado a medida que nos alejamos del centro.
Hay que tener en cuenta que una sobretensión de 10 voltios es suficiente para dañar un circuito integrado, y que además si el circuito esta siendo alimentado el daño será mucho mayor.
La longitud de onda del espectro electromagnético que se usa para estos fines son las microondas. En las bombas–E, éstas son generadas mediante un "vircator" capaz de producir microondas de alta energía del orden de hasta 40 Gigavatios para longitudes de ondas de entre el decímetro y el centímetro.
La energía para el vircator viene dada por los FGC (Flux compresión generador o generador de compresión de flujo) que generan enormes potencias eléctricas en minúsculos intervalos de tiempo y que podrían ser usados como generadores del EMP contra objetivos poco protegidos.
Generalmente, es preferible usarlos como fuente de energía del vircator ya que éste otorga mucha más eficacia al dispositivo al ser las microondas una radiación más efectiva. Su base es la de usar un explosivo para comprimir un campo magnético.
Antes de la explosión el campo magnético es producido por una fuente eléctrica externa como un condensador, un generador, un generador magnetohidrodinámico ó incluso otro FGC más pequeño.
La mayor parte de las anisotropías tienen un origen natural; normalmente la radiación solar. Pero el caso que nos ocupa, y por el cual estamos aquí reunidos, no solo no tiene un origen natural, sino que su origen es completamente desconocido… precisamente es ese el potencial peligro. No se trata de una radiación peligrosa en si misma. Como han podido comprobar en el gráfico, ni siquiera alcanza valores de alerta 1, pero nos ha sido absolutamente imposible determinar su origen.

Erich Adler, un atípico alemán de pequeña estatura y pelo negro, fue el primero en hablar.
– Disculpe mi ignorancia señor…
– Lombard. Alain Lombard.
– Disculpe, señor Lombard. ¿Dónde está el problema?… ¿Quiere decir que su posible bomba tiene un origen extraterrestre?
El nombre de cada uno de los componentes de la Comisión figuraba frente al lugar en el que se habían sentado, por lo que Alain se dirigió al alemán por su apellido.
– No, señor Adler. No solo no digo que tenga un origen extraterrestre, sino que ni siquiera digo que se trate de una bomba.
– Por lo que yo he entendido –dijo el americano de más edad–, el problema radica en determinar el origen de la radiación, independientemente de su magnitud. ¿Es así?
– Efectivamente, señor Whitehead. Ese es el problema.
– Y el motivo de esa incapacidad –continuó Whitehead– ¿está en el equipo técnico o en el humano?
– La incapacidad para determinarlo –contestó Alain bastante molesto– puede que esté en ambos. La incapacidad para comprender el potencial peligro, supongo que será solo suya, señor Whitehead.
Kenneth Whitehead era un militar retirado. Hijo y nieto de militares, también tenía hijos y nietos en el ejército de los Estados Unidos. Toda su vida la había dedicado al servicio de su patria hasta el punto de creerse que efectivamente era suya y de otros pocos más. Su comentario seguramente no tenía por objeto menospreciar el trabajo del ingeniero y todo

su equipo, sino más bien manifestar la prepotencia típica de los ejércitos acostumbrados a conseguir sus fines a base de aumentar los medios técnicos y humanos.
Benjamín Arquette intervino rápidamente para suavizar el tono de la reunión.
– Disculpe, señor Lombard. El General lo que ha querido decir es que si lo que hace falta son más medios para poder realizar su trabajo, por parte de los U.S.A. estamos dispuestos a aportar lo que sea necesario.
Durante algunos segundos la tensión se deshizo en murmullos y comentarios de los asistentes que todavía no se habían enterado de cuál era el problema real.
A medida que se fue recobrando la calma, Alain tomo un puntero láser y se dirigió a la pantalla del proyector donde podía verse una animación virtual.
Dirigiéndose especialmente al General americano, el ingeniero comenzó la explicación desde el principio.
– En la actualidad disponemos de doce satélites de vigilancia orbitando alrededor de la tierra (dos de ellos de órbita polar), que cubren toda la superficie terrestre. Hasta este momento, cualquier radiación potencialmente peligrosa ha sido detectada por uno a varios satélites, y se ha emitido el correspondiente informe.
La localización en todos los casos se ha realizado utilizando los datos de todos y cada uno de los satélites implicados. Las radiaciones procedentes del espacio; ya sean del sol o de cualquier otra estrella, se catalogan de forma diferente. Existe un fichero especial en el que se recogen ese tipo de datos, ya que a menudo son solicitados por los servicios de meteorología de diferentes países.
Desde que yo estoy en este departamento, nunca se ha impedido el acceso a esos datos a ningún solicitante. Es decir, que hasta ahora no se había producido ninguna alerta de origen extraterrestre.

Russell Vigny después de carraspear con cierta sonoridad, preguntó con un punto de ironía:
– Señor Lombard; ¿está usted diciendo que nos atacan los alienígenas...? Espero no haber venido desde Québec precipitadamente para oír hablar de marcianitos. Hasta este momento no he encontrado un solo motivo en toda su exposición, que justifique esta reunión.
Marguerite Sagan ocupaba un puesto en la Comisión debido a sus acreditados conocimientos científicos. Durante más de treinta años había ocupado la cátedra de física de la universidad de la Sorbona. Y el comentario del canadiense le había parecido estúpido.
– Monsieur Vigny; todos los componentes de esta Comisión hemos tenido la cortesía de esperar por usted unas cuantas horas. El punto número once del Reglamento dice que los miembros de la Comisión deberán residir en Bruselas o en las inmediaciones. Y aunque es cierto que el Reglamento no especifica cuál deberá ser la cualificación de sus miembros, espero que no todos los canadienses asimilen lo de "extraterrestre" con los alienígenas.
– Desde el primer momento –continuó Alain– he querido aclarar que la reunión se ha convocado porque así lo exige el protocolo. Ustedes tendrán que decidir las acciones que se hayan de llevar a cabo… si es que se decide alguna. Pero mi obligación es informarles solo de los hechos, no de las conclusiones personales basadas en los conocimientos y datos de que dispongo.
Cuando digo que "hasta ahora no se había producido ninguna alerta de origen extraterrestre" no estoy asegurando que ahora la haya habido. Digo simplemente que su origen es desconocido.

Con este gráfico –continuó apuntando a la pantalla–, trato de explicarles a todos ustedes la importancia del hecho en sí mismo. Lo que quiero que comprendan es que la peligrosidad radica en la imposibilidad física de la determinación del origen.
Si las radiaciones proceden del espacio, los primeros en detectarlas son los satélites de vigilancia. La diferencia de tiempo que existe entre unos y otros satélites y los observatorios terrestres, nos permiten calcular, entre otros, el origen de la radiación. Pues bien. En este caso ha sido imposible realizar ese cálculo, porque todos los satélites y todos los observatorios han captado la señal al mismo tiempo.
Marguerite Sagan, seguramente era junto a Alain, la única que había comprendido el problema. Por esa razón, ante la inexistente reacción de los reunidos, tomó la iniciativa.
– Señores…, si el señor Lombard está en lo cierto, y yo estoy convencida de que así es, tendríamos ante nosotros un acontecimiento que revolucionaría toda nuestra tecnología. Entiendo que antes de convocarnos, el señor Lombard ha comprobado minuciosamente todos los datos…
– Las mediciones están en la página siete –intervino Alain.

Ahora sí, todos retomaron la carpeta con los informes en los que resultaba fácil comprobar que los datos de todos los observatorios eran idénticos.
– Estos datos que aquí figuran –matizó Marguerite Sagan– son físicamente inaceptables. Quiero felicitarle, señor Lombard, porque ha ido usted mucho más allá de lo que nadie esperaría. Seguramente a partir de ahora, este informe pasará a otras esferas y a medida que vayamos informando a nuestros respectivos gobiernos, nos irán cesando con todos los honores… estimados colegas, mientras les sea posible deberían actuar según sugería el señor Arquette y dotar de medios esta investigación.
Como dudo mucho que se vaya a reconocer oficialmente el trabajo y sobre todo el talento del señor Lombard, voy a ordenar un traspaso de dinero de los fondos especiales de mi departamento a la cuenta personal del señor Lombard. Les sugiero y les invito a que hagan ustedes lo mismo.

Kenneth Whitehead se había enterado de muy poco durante toda la reunión. Pero cuando oyó hablar de poner dinero, enseguida consultó con su compañero. No entendía para qué se necesitaba poner dinero y mucho menos de los fondos especiales, así que preguntó:
– Señor Lombard. ¿De cuánto dinero estamos hablando?
Marguerite Sagan no dio tiempo a que Alain contestara.
– Señor Whitehead, la que ha hablado de dinero he sido yo. No he concretado ninguna cantidad pero debería usted tratarlo como al más grande héroe americano.
– No me avergüenza reconocer que no tengo ni idea de lo que están hablando. Pero le aseguro que mi país sabe recompensar a los que lo engrandecen.
– Posiblemente él no se lo imagine –el tono de Marguerite recordaba sus mejores tiempos de catedrática–, pero el señor Lombard no tiene futuro en este departamento. Su jefe inmediato no le perdonará jamás su actuación y lo tendrá pelando patatas el resto de su vida. Y eso en el mejor de los casos, porque lo más normal será que lo desprestigien y acabe por no conseguir trabajo en ningún sitio.
No me mire así señor Lombard –añadió dirigiéndose a Alain–. Usted ha demostrado que está por encima de todos nosotros. Y eso no se perdona. Yo solo puedo gratificar a un único individuo con el cincuenta por ciento de los fondos, como máximo. Y puede contar con ello desde este momento. Pero estoy segura que otros países disponen de más fondos especiales.

Señores Whitehead y Arquette. Lo que ha descubierto el señor Lombard es tan sencillo de entender como increíble. Se pueden realizar transmisiones a velocidades superiores a las de la luz. Esa es la única explicación a los datos que tienen encima de la mesa.
¿Y eso qué quiere decir?: pues que a partir de ahora, nuestros gobiernos tratarán el asunto como alto secreto y se crearán un montón de departamentos que intentarán rentabilizar el hallazgo.
No sean tacaños, señores. El señor Lombard ha sido leal y generoso…, además de un genio. Por eso, seguro que puede ponerle a usted un ejemplo de las posibilidades del descubrimiento.
Alain buscó entre los dibujos de la presentación y colocó en la pantalla uno para la ocasión.
– Imaginen por un momento –explicó Alain– que se produce una explosión nuclear en cualquier parte del mundo. Nuestros satélites la detectan y automáticamente nos informan de ello. El ordenador central recibe instantáneamente la información y actúa en consecuencia.
En el caso de una guerra o un ataque de cualquier tipo, se nos alerta para que tomemos las medidas necesarias. Si los datos registrados ayer por nuestros satélites proviniesen de un ataque realizado por una potencia que dominase esta tecnología, nuestros sistemas actuales de defensa habrían recibido la señal "enemiga" una fracción de tiempo antes que la señal de la explosión, permitiendo así modificar o anular las medidas a tomar.
A Arthur Shaw, un inglés típico al que solo le faltaba el bombín, le asaltó la duda de que aquello fuese mucho más allá de lo que parecía y quiso compartirla con los demás.
– Señor Lombard. Permítame felicitarle antes que nada por su excelente trabajo. Como le estamos pagando por ello no creo que se le deba gratificar por la honradez o la lealtad que en cualquier caso se le supone.
Lo que sí es cierto es que a usted no se le paga por sacar conclusiones personales. Y mucho menos por abrirnos los ojos. Puedo asegurarle que el Reino Unido no será el que menos dinero aporte a la propuesta de la señora Sagan. Y ahora, si es tan amable, me gustaría que nos diese su opinión contestando a la siguiente pregunta: ¿esto abre las puertas a los viajes en el tiempo?
Alain se mantuvo en silencio durante algunos segundos, tratando de decidir la conveniencia de exponer su opinión en un tema tan controvertido.
– El hecho de que nosotros no conozcamos nada más rápido que la velocidad de la luz, no significa que no exista. Pero de ahí, a relacionarlo con los viajes en el tiempo hay un abismo. Mi opinión personal puedo dársela sin ningún inconveniente ya que no está basada en conocimientos científicos. La más pura lógica nos dice que es imposible retroceder en el tiempo. Avanzar seguramente tendrá los mismos argumentos pero no tienen la misma lógica.

El inglés, que no esperaba una opinión tan escueta y tan tajante, insistió:
– Yo esperaba que usted, que obviamente sabe mucho más que nosotros de este tema, pudiera aportar algo un poco más científico. Si todos damos por hecho que a velocidades cercanas a la de la luz el tiempo pasa más despacio, podría suponerse que a velocidades superiores el tiempo se pararía e incluso iría hacia atrás.
Alain no consideraba que aquel fuera el momento más adecuado para discutir sobre teorías científicas, y menos aún hacerlo con un grupo de políticos.
– Señor Shaw…, aunque lo que usted imagina fuese cierto, dudo que nuestra tecnología estuviese preparada para semejante viaje en menos de cien años. Pero me gustaría que hiciese un esfuerzo de imaginación y se situase en el año cinco mil de nuestra era. En esa

época los viajes en el tiempo serían una práctica común, ya que la ciencia llevaría más de dos mil años practicándolos.
Imagínese que un descendiente mío, o suyo, está descontento con lo que le ha tocado en herencia de su familia. Solo tendría que viajar hasta hoy mismo y decirnos cuál sería la combinación del euromillon para que consiguiéramos mucho dinero, y además aconsejarnos sobre cómo invertir todo ese capital. Ya se aseguraría la forma de que a él esa cantidad le llegase multiplicada por mil.
Pero si viniese a decirme a mi cuál seria la combinación ganadora, yo le diría: vete un poco más atrás y le dices a mi padre cuál será el número del gordo de la lotería. De esa manera yo ahora sería multimillonario y le aseguro que no estaría aquí trabajando. Por lo tanto, la prueba más palpable de que los viajes en el tiempo no existen, ni existirán nunca, es que yo estoy aquí.

Nicolas Musset, que hasta entonces no había hablado, se levantó de su asiento con gran esfuerzo, no tanto por sus setenta y tres años como por su acentuada cojera, fruto de un accidente bastante estúpido.
– Si esa posibilidad existiese algún día, les puedo asegurar que yo no me habría pasado los últimos cuarenta años cojeando. Creo que el descubrimiento del señor Lombard no solo justifica esta reunión, sino que compensa todo el dinero invertido en este programa. De ser ciertos los datos, y no los pongo en duda, tenemos ante nosotros un grave problema de seguridad.
Los científicos podrán trabajar con estos datos y seguramente encontrarán un montón de aplicaciones tecnológicas. Pero de momento nos corresponde a nosotros averiguar el origen amigo o enemigo, natural o artificial de esas radiaciones… señor Lombard: ¿tienen usted o su Departamento alguna idea, por peregrina que sea, con la que pudiésemos iniciar una investigación?
– No. Lo lamento, señor Musset. Lo que sí puedo decirle es que en mi opinión particular, no se trata de una radiación de origen natural.
– Continúe, por favor. Ya le he dicho que no le estoy pidiendo un informe oficial. Cuéntenos cualquier cosa que se le haya ocurrido en estas últimas horas.
– Lo cierto es que no hay muchas posibilidades. Pero yo apostaría a que se trata de un hecho casual y quizá puntual... puede que en algún sitio se esté trabajando en algún proyecto comercial y que un mal resultado haya provocado una radiación inesperada.
En el improbable caso de que se tratase de un experimento militar, se repetirían las radiaciones a partir de ahora con cierta regularidad. Si es algo sobre lo que se está trabajando de forma consciente, estarán seguros de la impunidad de sus experimentos. A mi modo de ver, no nos queda otra cosa que esperar.

5

Nuria comprobó que la dirección coincidía con la que le había apuntado en la nota su amiga Esther. Paró el motor del coche y todavía se tomó unos segundos para contemplar la arquitectura de la pequeña plaza antes de bajarse.
Subió los cinco anchos peldaños de la escalera de piedra y llamó al timbre.
En un primer y rápido análisis, se observaba que aquella casa componía el elemento arquitectónico principal del conjunto. El resto de construcciones se habían efectuado con posterioridad manteniendo el estilo y las proporciones.
Había un detalle muy significativo que no pasó desapercibido a la observación de Nuria: las ventanas no tenían rejas. Tan solo los ventanucos de ventilación de las bodegas que se encontraban casi a ras del suelo disponían de barrotes. Pero el objeto de estas rejas parecía más bien para evitar accidentes o impedir que se colasen animales.
La carpintería de puertas y ventanas de todas las casas de la plaza valía una pequeña fortuna. Madera de fresno y haya y cristales térmicos de última generación demostraban que se podía compaginar el buen gusto y la tradición con la comodidad.
No daba la impresión de que los dueños de ninguna de las casas de la plaza tuviesen ninguna necesidad de alquilar. A menos que fuesen de esos cretinos que pretenden alquilarte una cuadra y que además de pagarles la mitad del sueldo, les tengas que estar agradecida.
Había trascurrido un buen rato desde que tocó el timbre hasta que oyó que alguien se acercaba. Abrió la puerta una señora de más de cincuenta años, que sin esperar a que ella dijese una palabra le dijo:
– Pasa hija, pasa. Que hace mucho calor.
Efectivamente la diferencia de temperatura en el interior de la casa era de más de diez grados. Mientras la señora continuaba hablando del tiempo, Nuria empezaba a sentirse confundida. No parecía que aquella amable señora fuera la dueña de la casa. Pero tampoco daba la impresión de que fuese la criada.
En medio de la estancia, mientras la señora cerraba la puerta, Nuria observaba el artesonado situado a más de cuatro metros de altura. La madera, trasformada en formas circulares y elípticas superpuestas o enlazadas, armonizaba en formas y color con la piedra arenisca de las paredes, levemente tallada en amplios paños.
Cuando la señora cruzó la estancia y abrió la puerta que daba paso al amplio pasillo, Nuria le dijo:
– Disculpe; yo venía de parte de don Anselmo, el párroco de Nava de Oroz, para hablar con la señora Elvira. ¿Es usted?
– No –respondió la señora mientras caminaban por el pasillo hasta el otro extremo–. Elvira está con don Cosme. Han ido a la sacristía. Pero vendrán pronto. Vamos a hacerle un manto nuevo a la virgen y no tenemos muy claro lo que se puede aprovechar del viejo. Yo preferiría que se hiciese todo nuevo, pero la mayoría de los cofrades han decidido que debemos aprovechar lo que se pueda. La verdad es que cuesta un dineral y la gente ya no es tan devota como antes. Desde que no se hacen la procesión y la romería, hemos perdido la mitad de las cuotas.

Mientras hablaba, la mujer caminaba delante para indicar el camino a Nuria. Conocía perfectamente la estancia, por lo que a pesar de encontrarse en penumbra, no encendió ninguna luz. Por ese motivo, Nuria no pudo ver ningún detalle de la decoración de las paredes. Ni siquiera pudo contar cuántas puertas había a cada lado del pasillo. Lo que sí hizo fue contar los pasos para calcular aproximadamente su longitud.
Suponiendo que cada paso mide setenta centímetros, la profundidad de la casa tendría unos quince metros. Como la fachada tenía dos ventanas a cada lado de la puerta, un cálculo rápido le daba entre quince y dieciocho metros, que multiplicados por los del pasillo suponían una superficie de, como mínimo doscientos veinte metros cuadrados; que multiplicados a su vez por las dos plantas del edificio daban como resultado un caserón enorme. Y todo eso sin contar el bajo–techo y la bodega.

Al final del pasillo, por la derecha se abría una galería acristalada desde donde se contemplaba un patio que a Nuria le recordó a un claustro monacal.
La decoración de aquella galería era únicamente vegetal. Innumerables macetas situadas a ambos lados del corredor, componían una sinfonía de multitud de tonos verdes, con alguna nota de color aquí o allá ofrecida por alguna despistada florecilla.
La puerta del fondo que acababa de abrir la señora, daba paso a una estancia enorme. Quizá en sus orígenes aquello hubiese sido el pajar o el granero. O quizá no. Pero no había ninguna duda de que se había llevado a cabo un extraordinario trabajo de diseño y decoración.
Los ventanales desde los que también se veía el patio, tenían una altura de más de cinco metros. No eran ventanas que pudieran abrirse. Se trataba de cristaleras en las que, como en el resto de la casa se habían instalado cristales polarizados, con un barrotillo dorado situado en la capa de aislamiento. Al contrario que en las ventanas, las cristaleras estaban montadas sobre marcos de PVC imitación madera.
El sol que entraba a raudales por aquellos cristales, no solo iluminaba perfectamente toda la estancia, sino que además en invierno se aprovechaba durante toda la tarde para ayudar a mantener la temperatura. Sin duda calentar todo aquello tenía que costar un dinero.
Ahora, las persianas bajadas casi totalmente proporcionaban luz suficiente como para coser cómodamente sobre la mesa que se extendía a lo largo de toda la cristalera. Allí había tres señoras cosiendo afanosamente lentejuelas y canutillos a las que se dirigió la que había servido de guía a Nuria diciendo:
– Es la chica que viene a alquilar la casa.
Las mujeres dejaron sus labores sobre la mesa y durante algunos segundos observaron con cierto descaro a la forastera. Cuando Nuria estaba esperando que empezase el interrogatorio habitual en estos casos, la más joven de todas dijo:
– ¡Acomódate como si estuvieras en tu casa! Elvira sabía que estabas al llegar, pero es que don Cosme se ha puesto muy pesado y ha tenido que llevarlo a la ermita. Ahí arriba tienes refrescos en el frigorífico. Si no coges uno tendré que subir yo a ponértelo para que no nos lo reproche Elvira cuando venga. Así que como nosotras tenemos mucho trabajo, te agradeceremos que lo hagas tú misma.

Para subir a la parte de arriba no había escalera, sino cuatro plataformas de diferentes anchuras que ocupaban algo más de la mitad de la sala. La otra mitad estaba un poco más baja, y sí tenía escaleras para acceder al almacén y al cuarto de baño.
De nuevo la mujer de más edad continuó ejerciendo de anfitriona:
– Si quieres un vaso, están en el aparador. El ajedrez no lo toques. don Cosme sabe perfectamente la posición de cada ficha, pero le molesta muchísimo que le incordien la partida. Por lo demás, puedes usar cualquier cosa. Incluso el ordenador, por si quieres

navegar por Internet. También hay revistas arriba del todo en la biblioteca, pero a estas horas hará calor ahí arriba.

Dividendo al medio lo que podríamos llamar la segunda planta, se encontraba una preciosa escalera de madera de color rojizo espléndidamente tallada, para acceder a la biblioteca. Las filas de libros se agolpaban en estanterías de madera de pino que parecían haberse construido de forma bastante anárquica. Los libros, desde luego no estaban colocados por colores o tamaños. Incluso desde la distancia podía constatarse que aquella biblioteca se usaba asiduamente.
Con el ánimo de curiosear, acariciando el pasamanos de la escalera como si estuviera tocando una obra de arte, comenzó a subir los escalones recorriendo toda la estancia con la mirada. Al llegar al descansillo se detuvo al comprobar un tanto asombrada, que al otro lado de la escalera existía lo que parecía una sala de música en la que entre otros instrumentos, había, no uno, sino dos pianos de cola.
Le hubiera gustado preguntar a las mujeres, que qué era todo aquello. Que si era el centro parroquial o se trataba del centro cívico del ayuntamiento. Pero prefirió esperar un mejor momento porque de cualquier forma intuía que todo aquello tendría bastante historia y que en el caso de alquilar la vivienda, le gustaría volver para que alguien se la contase.
Bajó los seis escalones de la misma forma que los había subido, deslizando sus dedos por el pasamanos y sintiendo el tacto de la madera. Rodeó la escalera y se situó entre los dos pianos mirando hacia el patio como si se encontrase en una atalaya. Abrió los brazos y mientras cerraba los ojos situó sus manos, una encima de cada piano.
Hacía años que no tocaba una sola nota. Desde que empezó en la universidad lo había abandonado totalmente. Hasta las banquetas parecían sacadas de la sala de música de cualquier castillo medieval. Se sentó con cuidado de no hacer ruido y mirando de reojo a las mujeres que continuaban cosiendo y hablando, abrió el libro de partituras. Las dos primeras no le sonaban de nada y la tercera era demasiado triste. La cuarta no solo la conocía y la sabía tocar, sino que además le traía muy buenos recuerdos de su primer año en la universidad; “Balada para Adelina”.
Durante unos segundos trató de abstraerse del deseo de hacer sonar aquel magnífico instrumento. Podría ocurrir que a alguien le pareciese mal su atrevimiento. Pero por otra parte, lo único que le habían dicho que no tocara era el ajedrez.
Levantó la tapa y colocó sus largos dedos sobre el teclado. Una leve presión produjo un par de notas. Volvió a mirar de reojo y le dio la sensación de que las mujeres no habían escuchado nada. O por lo menos nada que les hubiera molestado. Así que se animó a tocar unas pocas notas sueltas.
Las mujeres seguían a lo suyo sin dar ninguna importancia a lo que Nuria pudiera hacer. De modo que cuando estuvo convencida de que era cierto lo que le habían dicho de sentirse como en su casa, y después de calentar un poco los dedos, comenzó a tocar.

Su falta de práctica se compensaba con la calidad de aquellas notas y sobre todo con la acústica de aquella extraña arquitectura. A medida que trascurrían los segundos, los dedos de Nuria se deslizaban por el teclado como si hubiese sido ayer la última vez. La misma sensación de tocar algo auténtico que cuando acariciaba el pasamanos de la escalera. Y es que, por mucho que aquellas señoras que ahora escuchaban en silencio, considerasen normal todo aquel conjunto de cosas, lo cierto es que para ella y seguro que para mucha más gente, todo aquello resultaba extraordinario en cualquier sentido de la palabra.
Al finalizar la canción, Nuria permaneció unos segundos con la mirada y las manos puestas en el teclado. Tres o cuatro segundos de silencio absoluto durante los que

permaneció completamente inmóvil hasta que se atrevió a levantar la cabeza para mirar hacia su público.
Las cuatro mujeres al mismo tiempo comenzaron a aplaudir levantándose de sus asientos. Nuria remató la faena correspondiendo a aquellos aplausos con una simpática reverencia cual si se tratara de la solista de una orquesta en un gran auditorio.

Todavía estaban aplaudiendo cuando sonó el móvil de Casilda, la señora que le había abierto la puerta. Mientras las otras tres subían a felicitar a Nuria, Casilda se quedó en la parte de abajo hablando por teléfono.
Tan sorprendidas como Nuria al encontrarse con dos pianos de cola, estaban las mujeres al comprobar lo bien que tocaba la forastera. Aunque la curiosidad femenina hubiera proporcionado tema de conversación para toda la tarde, Casilda interrumpió diciendo que la que había llamado por teléfono era Elvira, para decir que aún no podía bajar. Se había estropeado la cerradura de la puerta de la ermita y don Cosme no estaba dispuesto a marcharse hasta que no estuviese arreglada.
– Me ha dicho –continuó Casilda dirigiéndose a Nuria–, que su hijo te enseñará la casa. Según me ha explicado, te está esperando aquí fuera, en la puerta.
Nuria terminó de beberse el refresco, recogió su bolso y después de despedirse de sus admiradoras, retomó el camino de vuelta hasta la puerta principal acompañada de nuevo por la mujer.
Durante el trayecto ésta aprovecho para informar a Nuria de que estarían encantadas de que formara parte de la Agrupación Musical del Velo. Una entidad que tenía 144 años de historia y que había contribuido a que más de la mitad de los habitantes del pueblo hubiesen aprendido a tocar algún instrumento musical.
Casilda abrió una de las hojas de la puerta de la calle y mientras Nuria buscaba en su bolso las gafas de sol, la mujer preguntó al chico que si tenía llave de la casa.
Sentado en el quad, el chico asintió moviendo la cabeza dentro del llamativo casco de motocross. Arrancó el motor y cuando comprobó que Nuria estaba preparada, le hizo en gesto para que la siguiera.
Descendieron la pronunciada cuesta y en menos de un minuto llegaron a otra plaza muy parecida a la anterior pero mucho más pequeña. Ángel indicó a Nuria un lugar para aparcar el coche a la sombra de la iglesia y le hizo un gesto para que esperara.
Ángel volvió a salir de la plazoleta por el mismo sitio por donde había entrado, y desapareció cuesta abajo.

Nuria echó un vistazo alrededor tratando de adivinar cual sería la casa que se alquilaba. La lógica le decía que la única casa de la que podría tratarse era aquella cuya puerta principal daba a la plazoleta, justo enfrente de donde había aparcado el coche. Pero parecía demasiado bonito como para ser cierto, y la prudencia aconsejaba no hacerse ilusiones. Desde luego, si era aquella la casa por la que pedían doscientos cincuenta euros, no se lo iba a pensar ni un segundo.
La plazoleta daba la impresión de ser propiedad de la casa. Estaba completamente adoquinada en grandes paños festoneados por dos hileras de lajas de piedra cortada haciendo juego con el basamento de la iglesia; con la fachada de la casa y con el murete que separaba la plazuela de la empinada calle.
Media docena de grandes árboles plantados en forma de triángulo, completaban la decoración de aquel tranquilo parquecito que no parecía tener otro objeto que el de embellecer el entorno.
Nuria caminó junto al murete de piedra rematado por una pequeña barandilla de hierro forjado, hasta el rincón donde se unía con la fachada de la casa. Efectivamente la fachada

se había construido al mismo tiempo que el muro. Dos grandes bloques de piedra, comunes a ambos, demostraban que en algún tiempo todo aquello había sido una sola propiedad.
Nuria se asomó por la barandilla en el momento que el chico cerraba la puerta de la vivienda contigua, cuya entrada quedaba bastante más baja para adaptarse a la pendiente de la calle.
El chico llevó el quad hasta la misma entrada de la casa. Se quitó el casco y abrió la puerta antes de que a ella le hubiese dado tiempo a llegar. Nuria se había arreglado apropiadamente para dar buena impresión y los tacones de los zapatos no eran lo más apropiado para caminar por el empedrado.
Ángel esperaba en el amplio recibidor para enseñarle el resto de la vivienda. Al entrar en la discretamente iluminada estancia, Nuria se quito las gafas de sol y saludó cortésmente. En ese mismo instante se dieron cuenta de que se habían conocido con anterioridad.
– Tú eres el chico del detector de metales, ¿verdad?
A Ángel no le hizo ninguna gracia aquella casualidad. No le había parecido nada bien que su madre quisiera alquilar la casa y le parecía fatal la idea de tener por inquilina y vecina a una guardia civil.
– Y tú la picoleta que me lo quitó.
– Perdona. Eso no es cierto y tú lo sabes. Fue el cabo el que lo requisó. Yo no podía hacer nada para impedirlo.
– Y si hubieses podido tampoco lo habrías hecho. Los picos sois todos iguales.
– Entiendo que estés dolido. Fue algo completamente injusto que además ya no volverá a pasar. Ahora el cabo ya sabe lo que dice la ley acerca de los detectores de metales. Pero en aquel momento lo único que sabía era que el que daba las órdenes era él
– Y yo lo único que sé es que voy a tener que perder una mañana para recuperar el detector. Que voy a tener que ir a La Nava, que no me apetece nada y que tendré que entrar en el cuartelillo, que me apetece menos.
– A mí tampoco me apetece estar en el cuartel. Por eso estoy buscando una casa donde vivir.
– Pues ésta no te va a gustar.
– Déjame que sea yo quien decida.
Ángel empujó la puerta que separaba el recibidor del pasillo y se quedó sujetándola mientras invitaba a Nuria a que pasara.
– De acuerdo. Pasa y decide.
– ¿No me vas a acompañar?
– No. A mí esta casa me da mucho miedo. Mis tíos aparecieron muertos en extrañas circunstancias y a veces se escuchan ruidos y se ven luces raras por la noche. Llevamos años intentando alquilarla, pero en el pueblo todo el mundo sabe su historia, y la gente es muy miedosa.
Era una información perfectamente creíble. En muchas ocasiones había ocurrido algo parecido. No era nada raro que las personas mayores fallecieran completamente solas en las casas en las que habían vivido solos durante mucho tiempo. Lo que no tenía sentido ninguno era hacer esa propaganda de una casa que, según decía el chico, llevaban mucho tiempo queriendo alquilar.
– Por lo menos me dirás dónde están las luces.
– Por supuesto. Están en los techos y en las paredes. En el zócalo de la cocina; en las mesillas; en los armarios del baño…
– El día del detector no estabas tan graciosillo como hoy. Veo que te conoces muy bien la casa. Seguro que has estado dentro muchas veces. Un chico tan curioso y atrevido como

para buscar tesoros y despistar a la Guardia Civil, no debería tener miedo de entrar en una casa.
– Y una chica tan lista como para ser guardia civil no debería tener problemas para encontrar un interruptor.

Los dos se encontraban en el quicio de la puerta uno frente al otro, mirándose fijamente. La anchura de la puerta era suficientemente grande como para pasar dos personas al mismo tiempo, pero aun así estaban lo suficientemente cerca entre sí como para poder verse reflejados en los ojos del otro.
Cada uno a su manera, consideraban aquello un reto. No solo se trataba de aguantar la mirada, sino de saber que es lo que el otro estaba pensando.
Estaba claro que Ángel no quería vecinos y mucho menos que estos fueran de la Benemérita. Pero lo cierto es que si su tía y su madre habían decidido alquilar la casa, más pronto o más tarde acabarían por hacerlo. Si a pesar de lo negro que se lo había puesto, la picoleta decidía quedarse, él no pensaba fastidiarla más.
Obviamente, la forma en que se habían conocido no ayudaba nada. Por eso Nuria escudriñaba en los ojos de aquel chico, intentando adivinar hasta dónde estaría dispuesto a llegar para evitar que ella se quedase en la casa.
Cada segundo que pasaba se convencía más de que no se trataba de odio al uniforme ni resentimiento por el tema del detector. Era simplemente un examen. Aquel insolente efebo la estaba poniendo a prueba…, y ella no estaba dispuesta a suspender ese examen.
– De acuerdo –claudicó Nuria-. Con tu ayuda o sin ella, estoy decidida a quedarme. Así que no me queda otro remedio que arriesgarme a partirme la crisma.
No había dado dos pasos cuando al menos una docena de pequeños focos se encendieron a ras del suelo del pasillo, iluminando toda la estancia con la claridad suficiente como para distinguir cualquier detalle de la decoración.
Nuria se volvió hacia Ángel, pensando que había sido él quien había encendido las luces, mientras éste abriendo las manos y mirando hacia el techo con una sonrisa burlona decía:
– ¡Magia…!
– Junto a la puerta, a la derecha, se habían iluminado los testigos de los interruptores. Tenía razón Ángel al suponer que no tendría problemas para encontrarlos. A pesar de que se veía bastante bien, Nuria pulsó el primero de los interruptores y se encendieron las dos filas de halógenos del techo. Al pulsar el siguiente, las dos lámparas de cristal de swarovski llenaron el pasillo de minúsculos destellos de colores que cambiaban rápidamente a medida que Nuria se movía hacia delante.
La primera puerta era la del salón. De una sola hoja, pero bastante grande, se abría hacia la derecha. Seguramente la propia puerta disponía de un interruptor, porque apenas se había abierto cinco centímetros cuando se encendió una pequeña lámpara colocada sobre una mesita. Al mismo tiempo, de nuevo los testigos de los interruptores se habían iluminado. Los tres primeros eran de color verde y el cuarto de color naranja. Además este último tenía tres posiciones en vez de dos.
El instinto de curiosidad de muchas personas nos hace dirigir nuestra mirada hacia lo que destaca y Nuria era una de esas personas. Por eso su mirada y su mano se fueron hacia ese interruptor haciendo lo que haríamos cualquiera de nosotros, apretar sobre la parte inferior del pulsador.
No hubo ninguna respuesta. Ni se encendieron luces, ni se apagaron ni se oyó ningún ruido. Nuria se mantuvo inmóvil durante unos segundos, esperando que ocurriera algo, y como no sucedía nada volvió a pulsar el interruptor, pero esta vez en la parte superior.
Apenas con un leve zumbido, las persianas de las tres ventanas comenzaron a subir al mismo tiempo.

Los visillos a duras penas conseguían amortiguar la fuerza de los rayos de sol de una tarde de junio, permitiendo ver a través de ellos la hermosa plaza y los frondosos árboles a la sombra de los cuales Ángel se encontraba sobre su quad hablando por teléfono.
Seguramente una cuidada programación, o posiblemente un detector, hizo que las persianas se detuviesen a una determinada altura, permitiendo una buena iluminación. Pero Nuria ni siquiera se dio cuenta de ello. Desde los primeros rayos de luz, se había quedado absorta contemplando la espléndida chimenea que presidía toda la estancia.
El hogar era un moderno sistema de esos que tienen una puerta de cristal para impedir que salte alguna chispa. Pero el resto de la chimenea estaba revestido de madera de arce hasta el techo, exceptuando la parte central del frontis que era de mármol rojo.
Frente a la chimenea, un confortable sofá de piel de color vino flanqueado por dos sillones del mismo estilo provistos de sistema de masaje constituían la pieza central de aquella habitación. En la pared opuesta, un piano vertical de una marca desconocida lucía en el centro de la tapa una fecha en metal dorado: 1871. La pedalera en forma de arpa con dos pedales de bronce y atril de madera labrado a mano completaban aquella joya de madera de nogal perfectamente lustrada.
Para Nuria todo aquello empezaba a parecerle un sueño. No resultaba lógico que se alquilara una vivienda en aquellas condiciones, y mucho menos que el precio del alquiler no llegase a los trescientos euros.
Recorrió fugazmente el resto de la casa, comprobando que en toda ella se habían gastado muchos miles de euros para amueblarla y decorarla.

Decididamente aquello no tenía ningún sentido. Sus neuronas trabajaban a tope para tratar de adivinar dónde estaba el fallo. Sus razonamientos pasaban de una suposición a otra a la velocidad del relámpago. Buscando más los contras que los pros, la conclusión final la llevó a convencerse de que lo que había ocurrido había sido un error de interpretación. Seguramente alguien se había comido un cero y en vez de alquilarse en doscientos cuarenta euros, serían dos mil cuatrocientos.
Sin preocuparse de apagar las luces ni de cerrar las puertas, salió a la calle y después de ponerse las gafas de sol, se dirigió hacia el centro de la plaza donde se encontraba Ángel sentado encima de su quad.
– ¡Oye…! Una pregunta: ¿la casa se alquila amueblada?
– ¿Qué pasa? ¿No te gustan los muebles que tiene?
En el tono de la respuesta de Ángel se apreciaba un atisbo de ironía altanera, que demostraba el desagrado de las circunstancias y la total ausencia de ganas de entablar una conversación.
– Te he hecho una pregunta bastante normal –dijo Nuria con serenidad–. No creo que tengas derecho a mirarme por encima del hombro ni a reírte de mí. Yo no creo haberte ofendido en ningún momento y por lo tanto no entiendo tu hostilidad. Me parece una casa maravillosa que ha sido amueblada y acondicionada para vivir en ella. No para alquilarla. Por eso, porque me parece mentira que en el alquiler esté incluido un sofá que vale más de tres mil euros. O unos electrodomésticos que yo jamás podré permitirme. O un piano por el que seguramente pagarían más de cincuenta mil.
– Cinco mil quinientos –precisó Ángel mientras jugueteaba con el tapón de la gasolina, sin atreverse a mirarla a los ojos como había hecho hasta entonces.
– ¿Cinco mil quinientos qué? ¿El piano… o el alquiler?
– El tresillo –concluyó mientras se bajaba del quad–. Si ya has terminado, cerraré la puerta.
Ángel entró en el hall e introdujo un código en el cuadro de mandos de la instalación domótica de la casa, que se encontraba disimulada detrás de un cuadro. Cuando salió y

cerró la puerta, las persianas comenzaron a cerrarse y en el interior las luces se apagaron y los sistemas de control y alerta se activaron en stand–by.
Regresó hasta donde había aparcado el quad y donde todavía se encontraba Nuria, quien había permanecido inmóvil todo el tiempo. Arrancó el motor, y antes de ponerse el casco, en un tono más moderado, le dijo:
– Mi madre ha llamado para decirme textualmente: "Dile que me disculpe y que por lo menos hasta y media no estaré en casa. Que por favor me espere".
Nuria miró el reloj para comprobar lo que tendría que esperar y le dio las gracias a Ángel. Éste, que ya se había puesto el casco, respondió con un gesto y desapareció cuesta arriba.

Decidió dar un paseo mientras esperaba, para conocer un poco los alrededores. Se cambió de zapatos, cerró con llave el coche y después de echar un vistazo general optó por ir por el lado opuesto de la plaza.
Por allí las paredes de los corrales se acercaban a la iglesia hasta el punto de no permitir el paso de un coche. Una vez salvado este tramo, la calle se hacía mucho más ancha y se bifurcaba en dos. Una partía hacia arriba por una cuesta bastante inclinada, mientras que la otra bajaba hasta el final del pueblo, pero con la curiosidad de que los primeros cien o ciento cincuenta metros eran una escalera con los peldaños muy bajitos, de más de cinco metros de largo.
Todas las casas de aquella parte del pueblo conservaban la arquitectura original. Eran típicas casas de labrador de una o dos plantas, que disponían de un espacioso corral dotado de las dependencias necesarias para guardar los aperos y la maquinaria, cobijar a los animales o almacenar las cosechas. En algunas de ellas hasta los muros de los corrales estaban construidos con largas hiladas de sillería isódoma.
Aquella calle, como otras muchas, todavía conservaba el pavimento original construido con grandes lanchas de piedra formando ondulaciones en dos planos inclinados que convergían en el centro de la calle en su punto más bajo. De esta forma, el agua de lluvia discurría por el centro de la vía sin que nunca hubiese alcanzado las puertas de las casas, por mucho que hubiese llovido. Resultaba muy importante controlar el desagüe de las calles, en una población situada en una ladera con tanta pendiente.
A pesar de intentar concentrarse en la arquitectura y el paisaje, los pensamientos de Nuria seguían en aquella casa que acababa de ver. Intentaba desanimarse ella misma para evitar la desilusión de enterarse de que todo aquello se debía a una equivocación.
Todo había venido a raíz de la buena relación de Esther con el cura de La Nava. Había sido éste el que había puesto un interés personal basándose únicamente en el criterio de Esther, ya que el cura no conocía personalmente a Nuria.
Don Anselmo seguramente tenía que haberse jubilado hacía mucho tiempo, pero continuaba ejerciendo con el mismo espíritu que cuando dijo misa por primera vez. A primera vista podría pensarse que estaba un poco pasado de rosca. Pero a los que lo conocían, no les llamaban la atención sus extravagancias. Aquella originalidad en profesar la religión había desencadenado entre sus feligreses un profundo sentimiento de cariño.
A pesar de carecer por completo de oído musical, era un enamorado de todo tipo de música. Participaba en cualquier evento popular con la alegría de un quinceañero.
Su parroquia siempre estaba dispuesta a acoger conciertos o representaciones teatrales. Él afirmaba que la acústica de la iglesia era la mejor de todas las que había conocido, exceptuando alguna basílica.
Ciertamente resultaba emocionante escuchar al nutrido grupo de personas que constituían el coro municipal, inundando con sus voces cada recoveco de la iglesia.

Sin duda era su mayor logro. El Coro era toda una institución en el pueblo. Se le había añadido el sobrenombre de Municipal para conseguir alguna subvención, pero era mérito exclusivo del sacerdote.
Una de las muestras más notorias de que don Anselmo era un cura atípico, era que en su coro participaban varias personas afiliadas al partido comunista, e incluso varios ateos confesos.
Cuando este último tema salía a colación, don Anselmo siempre contestaba lo mismo. "Todos somos hijos de Dios… y sus caminos son insondables".
Conociendo todo aquello, a Nuria no le extrañaba nada que aquel buen hombre hubiera confundido las cifras o hubiese mal entendido todo el asunto. Definitivamente tenia que ser eso: una confusión.
Nuria tenía un sentido de la orientación innato. A pesar de que su Norte era el magnético y no el geográfico, podía encontrar, incluso por la noche, cualquier lugar en el que hubiese estado antes. Por eso, a pesar de haber dado un rodeo grande, había llegado a la casa de Elvira a la hora prevista.
La pequeña plaza era más coqueta vista desde aquella perspectiva. Mostraba una composición muy parecida a la otra plaza en la que se encontraba la casa que se alquilaba. Podía accederse a ella desde la calle de la cuesta, o desde el otro extremo, por una calle muy corta, por la que ahora bajaba Nuria y que con una pendiente muy suave discurría perpendicular a la cuesta.
Aquella pequeña calle era lo suficientemente ancha como para permitir cruzarse a dos tractores con los aperos montados. Por eso Nuria, que venía caminando por la derecha aprovechando la sombra, tuvo que cambiar de lado porque un enorme tractor con su correspondiente remolque, estaba maniobrando para dejarlos pegados a la pared del lado de la sombra.
El ruido del motor era tan potente que los dos jóvenes que se ayudaban en la operación tenían que hablase a voces para poder entenderse.
Al pasar por su lado, los dos se quedaron mirando a Nuria de la misma forma que ocurre en todos los pueblos cuando ven a un forastero. El pensamiento suele ser el mismo en todos los sitios "quién será éste y qué estará haciendo aquí" Pero en este caso, además, se trataba de una chica joven que estaba de muy buen ver, por lo que se olvidaron del trabajo y se quedaron mirando para ver a dónde se dirigía.
Unos metros más abajo, junto a la casa de Elvira, una chica estaba sacando de un coche un estandarte con un mástil metálico muy largo. La tela de terciopelo verde estaba adornada con flecos dorados y en el centro el escudo de la Cofradía bordado con hilo de oro.
Como Casilda le había dicho a Nuria que andaban muy liadas con la procesión, supuso que aquel local era la sede y que la chica que descargaba el coche era una de las cofrades.
Se quedó mirando hacia la puerta, por ver si había algún rótulo o distintivo de la famosa Cofradía, pero no vio nada. La puerta estaba completamente abierta y en su interior se encontraba otra puerta con cristalera que permitía ver con claridad el interior del local, pero no daba la impresión de que dentro hubiera nadie.
Observó cómo, al tratar de sacar el pesado estandarte, los flecos se habían enganchado en uno de los faroles que llevaba en el maletero y se encontraba colgando, en una posición muy precaria.
La joven se encontraba en un verdadero aprieto. Mientras mantuviera tenso el estandarte, el farol aguantaría en su sitio. Pero si aflojaba para intentar sujetarlo, indefectiblemente se iría al suelo y la tulipa se haría añicos.
Cuando Nuria se percató de la delicada situación, intervino con rapidez para ayudar a la chica a poner a salvo el delicado objeto. Una vez asegurado el farol, la chica pudo apoyar

el estandarte, cuyo peso había consumido todas sus fuerzas. Entre las dos desengancharon los flecos y respiraron aliviadas.
– ¡Muchas gracias! Si no es por ti, me la cargo.
– Suerte que he llegado a tiempo. Seguramente será muy valioso, ¿no? –preguntó Nuria.
– Más que el valor que pueda tener, es que resulta irreemplazable. Son los faroles de la Virgen ¿sabes? Se fabricaron hace siglos especialmente para la Virgen del Velo. Producen una iluminación muy especial, ¿No lo has visto nunca?
– No. Qué va. Ni siquiera conocía la existencia de esta Virgen.
– Pues si tienes tiempo, en cuanto recoja esto nos tomamos un refresco y te cuento su historia. Es muy bonita. Seguro que te gusta.
– Lo siento. No tengo tiempo para eso. Pero para ayudarte a meterlo no hay problema. Venga, agarra el estandarte que entre las dos será más seguro.
El estandarte pesaría siete u ocho kilos, por lo que entre dos personas se manejaba sin dificultad. Incluso una persona sola, cogiéndolo por el centro lo haría fácilmente. Pero al sujetarlo solo por un extremo, se necesitaba mucha fuerza para mantenerlo mucho rato.
Cuando estuvieron dentro del local Nuria preguntó:
– ¿Ésta es la sede de la Cofradía?
– Más o menos… depende para qué cosas… la Cofradía como tal no tiene dinero para alquilar locales, así que nos apañamos como podemos. ¿De verdad tienes tanta prisa?
– En serio. Otro día, si me quedo a vivir aquí, me tomo ese refresco y me cuentas la historia de la Cofradía.
– ¡¿Que te vas a quedar a vivir en el pueblo?!
– Me gustaría. He venido a ver la casa de la señora Elvira. Seguro que la conoces, también es de la Cofradía.
– ¡La señora Elvira! –se rió con cierta malicia.
– Si. Vive aquí al lado. Creo que la casa no es suya, que es de un familiar. Pero no sé… no creo…
– ¡¿Qué pasa?! ¿No te ha gustado?
– Todo lo contrario, es un sueño de casa. Pero creo que ha habido un error de interpretación en el precio.
– Y otro error de interpretación en la personalidad de la Señora Elvira… perdona que no te haya sacado antes de tu error. Pero creo que eres la primera persona que me llama Señora Elvira. ¿Eres Nuria, verdad?
– Si, soy Nuria… soy la tonta de Nuria –contestó riéndose abiertamente al darse cuenta de su metedura de pata–. ¡¿Cómo es posible que no haya sido capaz de darme cuenta?!
– Hace un rato que has estado ahí mismo –Elvira señaló la puerta que daba acceso al salón donde había estado tocando el piano.
– De eso me di cuenta cuando entramos. Pero ni por lo más remoto te hubiera asociado con la "Señora" Elvira.
– Yo tampoco –rieron las dos.
– Por un momento, en un gesto que has hecho cuando te he preguntado que si era la sede de la Cofradía, he pensado que podías ser hermana del chico que me ha enseñado la casa.
– Ángel. Se llama Ángel y como ves, lo de no presentarse es cosa de familia.
– Realmente parecéis hermanos más que madre e hijo.
– ¡Gracias!
– No es un cumplido. Es que es inimaginable. Pareces más joven que yo. Y no me imagino a mí misma con un hijo y menos de ese tamaño.
– ¡Bueno! ¿Entonces te vas a quedar en la casa? Te lo digo porque me temo que no te han dejado claro lo del alquiler.

En ese momento, a Nuria se le cayeron todos los castillos que había estado haciendo en el aire. Ya suponía ella que no podía ser cierto. Demasiado bonito para ser real.
– Ya me lo imaginaba. Me habían dicho que eran doscientos cincuenta euros al mes. ¿No es así, verdad?
– No exactamente… te cuento: la casa es de una tía mía que está en una residencia de ancianos. Por casualidades de la vida, estábamos haciéndole una visita, porque ella es dama de honor de la Cofradía, cuando salió la conversación de que don Anselmo había preguntado por una casa para alquilar a una guardia que estaba preparando unas oposiciones y necesitaba tranquilidad para poder estudiar.
Como la Cofradía no tenía dinero para un manto nuevo; como mi tía no va a usar la casa y como una cosa lleva a la otra... el caso es que acordamos que si con el alquiler de un año nos daba para el manto y que si estábamos seguros de que la inquilina cuidaría bien la casa, que no era mala idea.
Resumiendo: que podemos alquilarte la casa por tres mil euros durante un año. Eso sí. Tienes que darnos todo el dinero por anticipado, porque lo del manto tenemos que resolverlo ya.
– Eso quiere decir que efectivamente son doscientos cincuenta euros al mes.
– ¿No te parecerá caro?
– Ni me parece caro ni es mucho dinero. Sinceramente; para la casa que es me parece muy barato. Por eso estaba mosqueada… lo que pasa es que yo no tengo ese dinero para anticiparlo.
– Por eso no te preocupes. De lo que se trata es de que la dama de honor va a estar muy orgullosa de que en la asamblea de la Cofradía, se acepte la donación en su nombre para el manto nuevo.
Si de verdad estás interesada, no habrá ningún problema que no podamos resolver. Se me ocurre que puedes pedir el dinero al banco y que, como te cobrarán intereses, en vez de un año, te puedes quedar un mes más.
– Ya veo que no es un problema de dinero. De hecho me di cuenta en el momento que entré en la casa. Resulta una oportunidad increíble y desde luego no voy a desaprovecharla. Ya veré como resuelvo el tema del dinero.
Casilda entraba en ese momento por la puerta trasera del local. Las mujeres estaban esperando a que Elvira les dijera por dónde debían continuar. Ya habían terminado de repasar los bordados de las telas que cubrían los laterales de las andas y esperaban para saber si empezaban a limpiar los adornos de plata y los faroles.
– ¡Disculpad! –dijo Casilda–. Pero es necesario que nos digas qué hacemos. Es solo un momento. Después podéis seguir hablando.
– Me parece que ya hemos terminado –dijo Elvira visiblemente contenta–. Nuria se queda en casa de mi tía y nos olvidamos de arreglar el manto viejo.
– ¡Me alegro mucho! –a Casilda también se la veía contenta–. Ahora solo falta que se apunte a la agrupación y así rematamos.
– Mejor no la atosigamos. Primero vamos a dejar que se instale y después ya le pediremos que se apunte. Mañana por la mañana bajamos nosotras y recogemos las cosas más personales de los tíos. Las dejaremos todas en la habitación de matrimonio, porque por lo menos de momento no necesitarás más de dos habitaciones.
– Con una sola me arreglo.
– Aunque sabemos que mi tía no va a volver, preferimos que todas sus cosas se conserven en su casa. Si solo vas a estar un año, a ti te da lo mismo. Te sobra casa.
– Si por cualquier motivo –intervino Casilda–, en algún momento necesitases alojar a familiares o amigos; por ejemplo si invitas a gente a las fiestas de la Virgen, siempre pueden quedarse en casa de alguna de nosotras.

Antes de despedirse, acordaron que el jueves era mejor día para hacer el traslado ya que así las mujeres tenían tiempo de dejar la casa en orden. Ángel sería el encargado de abrirle cuando viniera y de enseñarle los detalles principales del funcionamiento de la casa.

Nuria había recogido sus escasas pertenencias y las había metido en el coche. A pesar de tener poco equipaje, había llenado por completo el utilitario.
Su amiga Esther le había ayudado a embalar algunas cosas y había echado alguna lágrima al despedirse. Aunque seguiría viéndola todos los días, ya no sería lo mismo. Las dos estaban muy contentas pero Esther era de lágrima fácil y lloraba por cualquier cosa. Por si fuera poco, Nuria le había contado los pormenores de aquella casa y aquella gente y Esther estaba deseando conocerla.
Desde un pueblo al otro, la distancia se recorría en poco más de un cuarto de hora. En llegar al cuartel se invertían otros cinco minutos pues había que cruzar el pueblo con lo que el total del tiempo que perdería cada día rondaría la media hora.
También el gasto de carburante lo había tenido en cuenta, pero esperaba que todo eso le saliese rentable al poder dedicar a estudiar todo el tiempo que ella quisiera y no como hasta ahora que estaba a expensas de Esther y su ajetreada forma de vida.
Esperó a llegar a su nueva residencia para llamar por teléfono a Ángel, según había acordado con su madre. La sombra de la iglesia se extendía por casi toda la plaza a aquellas horas de la tarde, por lo que aparcó el coche a la misma puerta de la vivienda.

En el mes de julio, a las siete de la tarde el sol calienta lo suficiente como para que lo mejor que se pueda hacer a esas horas es estar bañándose en el río.
Hasta eso resultaba curioso en Fontoroz. Tenían una piscina climatizada pero no había una piscina donde bañarse en el verano. A pesar de habérselo planteado varias veces, la mayoría de la gente prefería bañarse en el río.
En la zona de las antiguas esclusas, en la parte de arriba, se habían acondicionado las riberas para que no hubiese ningún peligro. El agua se encontraba remansada y la profundidad en esa orilla era bastante escasa.
En total serían unos trescientos metros los que estaban acondicionados para el baño, por lo que aunque bajaban las familias enteras a merendar, siempre se encontraban mesas o bancos libres.
La mayoría de los chicos bajaban en bicicleta y el que podía, como Ángel, lo hacía en quad. Era bastante habitual que la gente se quedase hasta altas horas de la noche prolongando la merienda o la cena e incluso resultaban normales los baños nocturnos.
Una de las diversiones más concurridas era la de lanzarse con las colchonetas desde lo alto del azud. El chorro de agua que salía por la abertura practicada en la construcción de piedra era bastante fuerte, y aunque no era peligroso, los coscorrones resultaban habituales.
En la parte más remansada permanecían colocadas durante todo el verano unas porterías para jugar al waterpolo; una red de voley y una canasta para jugar al baloncesto. Era difícil aburrirse, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de gente joven que acudía.
Ángel practicaba el basket cuando le avisaron de que su móvil había sonado varias veces. En un pueblo tan pequeño, no es que se conozca al dueño de cada vehículo, sino que en muchos casos conocen hasta la melodía de tu móvil. Después de secarse las manos con la toalla, cogió el teléfono que ya había dejado de sonar. Tenía tres llamadas perdidas, por lo que seleccionó el número para comprobar quien le llamaba con tanta insistencia.

Se le había olvidado completamente el tema de Nuria. Más que olvidarse, era que como no habían quedado a ninguna hora en concreto, se había despreocupado esperando que ella lo llamase. Pidió disculpas por no haber estado pendiente y le dijo que en cinco minutos se reuniría con ella.
Se secó un poco el pelo para no empapar el casco y se calzó los deportivos. El bañador tipo bermudas, como a la mayoría de los chicos les servía perfectamente de pantalón. Solo había que dejarlo secar un poco y se podía ir con él al bar con toda tranquilidad.
Nuria había sacado algunas cajas del coche y tenia abierto el portón trasero. Cuando llegó Ángel, se disculpó de nuevo e inmediatamente abrió la puerta de la casa.
– Como no habíamos quedado a ninguna hora, estaba en río y no he oído el teléfono. ¿Has esperado mucho?
– ¡No, que va! Ni siquiera llevo un cuarto de hora. Siento haberte estropeado el baño. Con la sudada que llevo, lo que más me apetecería ahora era pegarme un refrescón.
– No me has estropeado nada. Ahora mismo me vuelvo al agua.
– ¡¿Pero cómo?! ¿Que te vas ya? Se supone que me ibas a explicar como funcionan los electrodomésticos y esas cosas.
– ¡Joder, tía! Que la casa está preparada para que viviera en ella una señora mayor. ¿O es que quieres que te explique el funcionamiento de los fantasmas?
– Ya me ha dicho tu madre que aquí no se ha muerto nadie. Y que tu tía sigue vivita y coleando. Sigo pensando que eres un poquito cabroncete, pero te pido por favor que me lo pongas fácil.
– ¡De acuerdo! Te lo pondré algo más fácil. Pero la mayoría de lo que te explique se te va a olvidar mañana.
– Pues mañana te volveré a llamar.
– ¡A ver! ¿Qué es lo que necesitas saber?
– Pues todo. La alarma; las luces; el agua caliente; la calefacción…
– ¡Jo, tía! Como necesites poner la calefacción en julio…

A medida que Ángel explicaba los pormenores de las diferentes instalaciones, se iba dando cuenta de que Nuria era bastante más espabilada de lo que se suponía que debía ser un picoleto. Se la veía encantada con su nueva casa y Ángel se las prometía muy felices por otras cuestiones que de ninguna manera le contaría nunca.
Les llevó un buen rato hasta que Nuria estuvo convencida de que no se olvidaba nada importante. En la cocina no había nada cuyo manejo o funcionamiento fuese complicado. Lo que ocurría es que Nuria no había usado nunca una secadora de ropa y nunca había estado en una cocina con un cocedor a vapor electrónico encastrado.
No tenía ningún reparo en demostrar su ignorancia y a veces hacía preguntas disparatadas que Ángel contestaba con otro disparate aún mayor.
Llegó un momento en que los dos reían y bromeaban como si se conocieran desde niños. Una errata en el libro de instrucciones del cocedor de vapor sustituía la palabra plato por pato lo que provocó una serie de ideas sobre su funcionamiento que acabó por hacer prometer a Nuria que cuando consiguiera el pato especial que había que meter dentro del aparato, invitaría a Ángel a comer para probarlo.
– No conozco a tu tía, pero se me hace muy difícil pensar que una mujer de ochenta años instale en su casa semejante cantidad de electrodomésticos con la intención de manejarlos.
– En realidad todo esto era cosa de su hijo. Murió en un accidente de avión. ¡Bueno! Me voy que cuando llegue al río no va a dar el sol.
– ¡¿No vas a ayudarme a meter las cosas del coche?! ¿Pero qué clase de hospitalidad es esta? –ironizó Nuria.
– Si has sido capaz de cargarlo, serás capaz de descargarlo, que es más fácil.

– No lo he hecho yo sola. Me ha ayudado mi amiga Esther.
– Podías haberla traído.
– No ha sido por falta de ganas. Pero tiene servicio. ¡¡Venga…, por favor!!
– Uno de mis sueños de toda la vida –se burló Ángel–, ha sido escuchar a un guardia civil diciéndome "*¡¡Venga…, por favor!!"*.
Accedió de buena gana, no solo por la forma de pedírselo sino porque se encontraba muy a gusto con ella. Él descargó casi todo, mientras ella iba colocando en el armario la ropa. A pesar de ser éste el montante mayor del traslado, todas sus ropas no ocupaban ni una tercera parte del armario de cinco puertas que ocupaba toda una pared de la habitación.
Había colocado la ropa íntima en una de las dos maletas del juego que le regalaron en el banco al domiciliar la nómina. En la otra iban las camisetas y alguna otra cosa. Los vestidos y los pantalones habían sido trasportados en sus propias perchas colgadas del gancho y de los agarradores.
Nuria colocó unos zapatos en el zapatero integrado en la parte inferior del armario y salió con la caja vacía para dejarla en el coche y tirarla más tarde. En el momento de salir se topó con Ángel que entraba con uno de los últimos cargamentos de ropa. Apareció justo en el momento en que Ángel acercaba un vestido a su nariz para intentar reconocer el olor del perfume.
– Eso es de mala educación –dijo Nuria sin darle demasiada importancia.
– Es que huele muy bien. ¿Estás segura de que es tuyo?
– ¡¿Estás insinuando que yo no huelo bien?! –bromeó mientras le atizaba con la caja vacía en la cabeza.
– Olerás mejor después de ducharte.
Nuria se olisqueó un poco para comprobar que lo que decía Ángel era cierto. Reconoció que necesitaba una buena ducha y aprovechó para preguntar por el calentador de agua.
Ángel le explicó que iba con la caldera de la calefacción. El depósito de gasoil estaba en una caseta en el patio y tenía suficiente cantidad para tres o cuatro meses. Cuando llegase el invierno ya le daría más detalles sobre el funcionamiento y el gasto mensual aproximado.
Al despedirse, ya casi estaba oscureciendo. Nuria le dio las gracias por la ayuda y pidió que la disculpase por no poder ofrecerle ni una coca cola. Había traído preparado un bocadillo y era todo que tenía para cenar.
Esperó junto a la puerta hasta que Ángel desapareció con su quad por la cuesta arriba para darle novedades a su madre y decirle que la picoleta ya estaba debidamente acomodada.

6

Sobre las ocho de la tarde, Nuria regresaba al pueblo. Después del servicio había estado más de una hora jugando al billar con su amiga Esther. Como siempre, Esther había ganado la partida y a Nuria le tocaba pagar las consumiciones.
Cada viernes, si ninguna de las dos tenía guardia, hacían lo mismo. No es que para Nuria el billar resultase muy atractivo. Pero para Esther, después de los hombres, era su mayor pasión. Lo hacía realmente bien y habitualmente participaba en torneos, logrando buenos resultados.
Nuria sabía de antemano que le tocaría pagar a ella, pero no le importaba. Resultaba muy agradable y relajante poder conversar con su amiga de cosas absolutamente intrascendentes. Esther era una persona excepcional. Un poco alocada e irreflexiva, pero con un corazón enorme.
Cuando Nuria llegó al cuartel, Esther le ayudó a resolver todos los pequeños y no tan pequeños problemas que se pueden encontrar al cambiar de lugar de trabajo y residencia.
Hasta que Nuria se fue a vivir a Fontoroz, estuvo viviendo con ella. Y fue Esther quién la recomendó por medio del párroco de La Nava que a su vez era muy amigo del cura de Fontoroz.

Al llegar cerca de la casa de Ángel, observó que las puertas traseras estaban abiertas de par en par y que en su interior se encontraba el chico lavando la moto.
Paró el coche unos metros por encima del vado, asegurándose de dejar giradas las ruedas para que el bordillo hiciera de freno en caso de ser necesario. La cuesta era muy inclinada y por eso el reguero de agua que salía de la cochera corría con fuera hacia la alcantarilla situada unos metros más abajo.
Se acercó al umbral y se quitó las gafas de sol para poder ver con más claridad el interior. Ángel apagó la máquina de presión con la que había estado quitando el barro reseco del paso de rueda y cuando dejó de hacer ruido Nuria ya se encontraba a la sombra en el interior de la cochera.
Hasta ese momento, cada vez que Nuria se había dirigido a él había sido para cuestiones relacionadas con la casa. O bien algo no funcionaba, o bien ella no sabía cómo hacerlo funcionar. Por lo que el primer pensamiento de Ángel fue: “a ver qué tripa se le ha roto a ésta ahora”.
Sin embargo Nuria, después de echar un amplio vistazo a la estancia dijo:
– ¡Vaya! Tienes un parque móvil más grande que el cuartel.
– Espero que no me vayas a pedir la documentación de cada vehículo –contestó Ángel sin tener muy claro el propósito de la picoleta.
– ¿Ésta es la moto con la que crees que puedes correr más que yo? –preguntó acercándose a la que Ángel estaba lavando.
– Yo no dije exactamente eso. Pero si esperas unos meses a que tenga el carné para conducir aquella –señaló la moto de su padre que se encontraba tapada con un plástico negro–, estoy dispuesto a aceptar cualquier propuesta.
– ¡De acuerdo! Lo dejamos pendiente para entonces. ¡A propósito! te he traído una cosa.

Nuria se encaminó al coche y sacó del maletero un envoltorio. Antes de que Ángel preguntara que de qué se trataba, ella le dijo:
– Es tu detector de metales. La denuncia ha sido archivada, por lo que no es necesario más papeleo.
– ¿Y alguna disculpa…? ¿No crees que sería necesaria alguna disculpa por parte de tu jefe? –preguntó Ángel mientras desenvolvía el aparato y comprobaba que funcionaba correctamente.
– Si te refieres al Cabo, que fue quien te lo quitó, dudo mucho que sepa pedir disculpas. Pero en cualquier caso, creo que lo mejor es olvidar el tema. Y hablando de otro tema –se acercó al quad y puso la mano sobre el cofre–, ¿siempre llevas aquí la cámara de fotos?
Ángel podía haberle dicho que no y zanjar el asunto, pero le intrigaba la pregunta lo suficiente como para seguirle el juego a la picoleta.
– Si ¿por…?
– Por nada. Te lo digo porque determinadas cámaras de fotos, las buenas, llevan un seguro de trasporte que las bloquea totalmente para que no se estropeen en el caso de sufrir algún golpe.
– ¿Tú crees –dijo Ángel abriendo la tapa del cofre y sacando la cámara de su funda–, que es posible que no esté estropeada y que lo que le ocurre es que, sin saber cómo ni por qué, se encuentre bloqueada?
– Podría ser. ¿Quieres que lo compruebe yo? Lo mismo se pueden recuperar algunas fotos. A lo mejor hay alguna interesante que no te gustaría perder.
Era evidente que la picoleta sabía de lo que estaba hablando. Si no había dicho nada de esto cuando el cabo le quitó el detector y si ahora ella se lo había traído a casa, merecía la pena darle un punto de confianza.
– ¿Alguna interesante…, para quién? ¿Para la Benemérita; para mí o para ti?
– Tú sabrás.
– No quiero que te quede la duda. Compruébalo tú misma –le entregó la cámara a Nuria, quien con toda naturalidad quitó el seguro y la encendió–. No hay nada ilegal ni preocupante para la seguridad del país.
Aunque la pantalla de la cámara de fotos era bastante grande, en ninguna de las quince o veinte fotos que se guardaban en la memoria, se veía nada más que unas rocas.
– ¿Esto es lo que no querías que viera el cabo? – preguntó Nuria mientras le devolvía la máquina a Ángel–. ¿O éstas son las que has dejado sin borrar?
– Son fotos de petroglifos. Es verdad que en una pantalla tan pequeña no se distingue nada, pero precisamente por eso podría haberse mosqueado el guardia y podría interesarse por su origen.
– ¿Y dónde está el problema? Debido al asunto éste del detector de metales he estado estudiando toda la documentación y en toda la comarca no hay ni un solo yacimiento arqueológico catalogado.
– Y por el bien de todos, esperemos que siga siendo así. No sería bueno que los limpia–huesos oficiales metieran sus narices en asuntos que les vienen grandes.
– A mi tampoco me caen bien esos eruditos que salen en la tele y que escriben libros para tontos, anunciando descubrimientos únicos. Sobre todo porque solo descubren cosas sobre nuestro pasado, cuando están a la espera de recibir una subvención.
– Desde la tele nos engañan como les da la gana –aseguró Ángel resignado.
– Si no solo se trata de que pretendan engañarnos, es que además cuando hablan o escriben sobre arqueología pretenden sentar cátedra. No quieren darse cuenta de que dentro de cien años serán tratados como retrasados y se menospreciarán sus conclusiones igual que ellos han menospreciado a los autores del siglo pasado. ¿Sabías que en Atapuerca pasaron ochenta años desde que se descubrió el yacimiento hasta que se investigó oficialmente?

– Eso es lo peor, que ni comen las berzas ni las dejan comer. Si se enterasen de la existencia de estos petroglifos, seguro que lo que harían sería acotarlos para fastidiar a los propietarios de las tierras.
– Por lo que veo, para ti son bastante especiales. Ya que en las fotos no se aprecia, ¿podrías explicarme de qué se trata? –preguntó Nuria.
– Más que decirte lo que son, te diré lo que no son. No se trata de figuras antropomórficas ni de símbolos religiosos. En realidad no es nada comparable a otros petroglifos más o menos generalizados. Son figuras geométricas. Los dibujos representan figuras geométricas perfectas. Ángulos de treinta, sesenta y noventa grados. Elipses; cuadrados; triángulos de todo tipo…
– Discúlpame –interrumpió Nuria–, pero se supone que esos dibujos los realizaban los hombres de la edad de piedra. Si efectivamente no tienen nada que ver con lo que conocemos por petroglifos, ¿en qué te basas para pensar que pueden tener interés arqueológico?
– Cuando se construyó el convento, hace más de mil años, los petroglifos se encontraban en su estado actual. Eso ya lo he comprobado.
– ¡Hombre! Antes del siglo XI tanto los romanos como los árabes tenían conocimientos suficientes para hacer figuras de ese tipo.
– Cierto. Pero ni los romanos ni los árabes necesitaban expresarse con símbolos geométricos. Si hubieran querido escribir en las rocas lo habrían hecho en latín o en árabe. Aun así, hay más datos que no conoces.
– ¿Y no me los vas a dar?
– Si de verdad te interesa, un día de estos te los enseño. Aunque sí te voy a adelantar otro dato muy interesante: los surcos de todos y cada uno de los trazos tienen la misma profundidad.
– ¿Estás insinuando que pudieron ser hechos con una fresa?
– Con una solo no. Por lo menos dos. Ya que la anchura de esos surcos tiene dos modelos diferentes. Una más ancha y otra más estrecha.
– ¿Podríamos ir a verlos mañana? –preguntó Nuria visiblemente interesada.
– Mañana no –dijo Ángel–. Hay ensayo de teatro. Mejor el domingo. Si te viene bien, quedamos a las once.
– Me parece bien. ¿Pasas a recogerme tú?
– No, no. Allí tenemos que ir cada uno con una moto. Es una zona demasiado complicada para llevar paquete.
– Pero yo no tengo moto –dijo Nuria un tanto contrariada.
– Pues tendrás que llevar la de mi padre; si te atreves con ella. Si no, yo llevaré la de mi padre y tú llevas ésta.
Se despidieron y Ángel continuó con la limpieza. Cuando terminó con su moto le dio un repaso a la de su padre, que llevaba más de un mes sin arrancarse. Engrasó las cadenas; comprobó la presión de las ruedas y se aseguró de que en el cofre de la moto grande estuviesen las herramientas necesarias para un eventual pinchazo o un fallo eléctrico. Finalmente se puso el casco y sacó la moto hasta la calle. Se subió en ella y se dejó caer cuesta abajo para arrancarla sin gastar batería. Un paseo de un par de minutos fue suficiente para comprobar que todo estaba en orden y volver a casa.

Entró por la cocina con la intención de lavarse las manos con detergente en el fregadero, pero al ver que Tanya estaba haciendo la cena, después de saludarla fugazmente se dirigió al cuarto de baño de la planta baja, donde con jabón y un cepillo consiguió sacar la grasa negra de las uñas.

Desde que sus padres se separaron, Tanya se había encargado de las labores de la casa. Al principio venía sin cobrar nada y sin que Nemesio le hubiese dicho que lo hiciese. Pero tanto Tanya como su marido estaban muy agradecidos al padre de Ángel por todo lo que había hecho por ellos cuando llegaron desde Rumania con una mano delante y otra detrás.
Habían pasado poco más de cinco años y Juan, el marido de Tanya, y Nemesio, eran inseparables. No solo les unían sus ideas políticas y sus aficiones, sino que en cuestiones tan importantes como el trabajo, se complementaban absolutamente.
Nemesio es un estratega total, pero como ejecutivo deja mucho que desear. Su inquietud; su agilidad mental y su buena memoria le permiten ser tan desordenado y anárquico como para desesperar a cualquiera.
Sin embargo, Juan es el típico ejecutivo al que le cuesta estar a dos conversaciones al mismo tiempo, pero que cuando se marca un objetivo pone todo su empeño y sus capacidades en conseguirlo. Escrupuloso en su trabajo; metódico para compensar su poca agilidad mental y muy ordenado para no olvidarse de nada ni de nadie.
Desde el instante en que se conocieron hicieron buenas migas. Durante la entrevista de trabajo, a Nemesio le hicieron falta menos de cinco minutos para decidirse a contratarlo. Desde entonces siempre dice que es la mejor inversión que ha hecho la Cooperativa.
Gracias a su perseverancia, paciencia y capacidad de negociación, ha conseguido abrir mercados en países que mi padre jamás habría soñado. Sobre todo gracias a que Juan habla y escribe en cinco idiomas diferentes.

Actualmente, Tanya sigue sin cobrar nada por el trabajo que hace, pero Nemesio ha encontrado una forma de compensar el mimo con que trata, tanto a la casa como a la familia. Seguramente podría haberle conseguido un trabajo en la Cooperativa, pero prefirió ser cauteloso. Los inmigrantes pueden ser muy bien recibidos y muy bien tratados allá donde vayan, siempre y cuando no vivan mejor que los foráneos.
En vez de pagarle un sueldo, le paga en especies. El alquiler de la casa; el coche de empresa o las vacaciones a Rumanía en navidad, corren por cuenta de él. La educación de sus hijas –que están internas en un colegio bilingüe, donde también está la hermana de Ángel–, eso lo paga la Fundación de la Cooperativa.
La hermana de Ángel tiene doce años, y las hijas de Tanya once y trece respectivamente. Siempre han sido muy buenas amigas. Forman una piña que les ha resultado muy útil para adaptarse en un entorno de niñas pijas. Sobre todo a la hija de Nemesio, que tiene un carácter demasiado tímido con la gente que no conoce.

Ángel regresó a la cocina para enterarse de lo que estaba cocinado Tanya. Si no había dejado preparada la cena para que se la calentaran ellos, era porque trataba de algo que había que preparar en el momento.
Ángel preguntó:
– ¿Qué estás haciendo?
– Comida.
– Ya. ¿Pero, qué clase de comida?
– Muy rica. Tu padre viene a cenar dentro de cuarenta y cinco minutos. Tú debes estar aquí puntual.
– No te preocupes. No voy a salir de casa.
Ángel subió a su dormitorio y se desnudó completamente para darse una ducha rápida. Desde la separación de sus padres, toda la planta superior había quedado para él solo. Podía pasearse desnudo por aquella especie de suite formada por el dormitorio, el cuarto de baño y la habitación, sin que le preocupara que le viese nadie.

Su padre no solía subir casi nunca, y Tanya solo lo hacía por las mañanas para limpiar y hacer la cama.
Desde que empezó a trabajar en la casa, a Tanya le había dicho que le gustaba que las cosas estuviesen donde él las había dejado, por lo que en uno de esos actos que después le avergonzaban, durante algunas semanas grabó con las micro-cámaras los quehaceres de la mujer.
A pesar de quitar el polvo de la ingente cantidad de aparatos que componían su equipo informático, jamás se le ocurrió fisgar lo más mínimo, ni en la habitación ni en el dormitorio. Levantaba cada papel y cada objeto y después de pasar el trapo del polvo, lo volvía a dejar en el mismo lugar.
Cuando su madre empezó a pensar en alquilar la casa de su tía, Ángel activó el programa de vigilancia que su primo Pedro había ideado para el cuidado de sus tíos.
Las micro–cámaras que había instaladas eran tan pequeñas que resultaba prácticamente imposible verlas. Era con aquellas micro–cámaras con las que había estado espiando y grabando a su vecina desde que llegó. Cada día se proponía acabar con esa vergonzosa actividad, pero cada noche volvía a conectarlas para observar los movimientos de la muchacha.

A la hora prevista, Tanya le avisó para que bajara a cenar. De primer plato había sopa de verduras y de segundo pescado frito. El pescado frito que preparaba Tanya era muy parecido a los "pescaitos fritos" típicos de la costa andaluza, que tienen que comerse recién hechos. Por ese motivo hoy había venido a cocinar.
Ángel aprovechó la cena para contarle a su padre los planes que había hecho para el domingo.
En un primer momento a Nemesio no le hizo demasiada gracia el hecho de que un agente del Seprona metiese las narices en las Ruinas, pero Ángel le convenció de que se trataba de un agente sin demasiado "ardor guerrero" y que se podía confiar en ella.
No es que hubiera nada que ocultar, pero ya se sabe: "ojos que no ven, corazón que no siente".
– Desde luego –dijo Nemesio–, si tú has decidido llevarla allí y prestarle mi moto, seguro que tienes unas buenas razones para hacerlo. No sabía yo que fueseis tan amigos.
– No somos amigos. Solo he hablado con ella hoy, de algo que no fuera referente al alquiler.
– Por lo que dice tu madre, se pasa el día estudiando… y creo que toca el piano muy bien.
– Eso tengo entendido.
De sobra sabía él cómo tocaba el piano y el tiempo que se pasaba estudiando. No en vano contaba con más de diez gigas de grabaciones de sus actividades.
– Si realmente tiene interés en el tema, saliendo de aquí tan tarde no os va a dar tiempo para nada. Tenias que haber pensado en llevar un bocadillo.
– Interés sí que tiene. Conocimientos, lo presumo. Además, yo no le he hablado más que de los petroglifos, por lo que la opinión que se haga de lo que vea, estará sin contaminar.
A Tanya le faltó tiempo para ofrecerse a preparar una buena comida campestre en vez de unos miserables bocadillos, como había sugerido Nemesio.
– Muchas gracias, Tanya –dijo Ángel con entusiasmo–. ¡Te debo otra!
– ¿Quieres que te prepare algo especial? –preguntó la mujer sonriendo malévolamente–. ¿Qué años tiene tu amiga?
– Ya he dicho que no es *mi amiga*… y es muy mayor. Debe tener por lo menos treinta años… papá, ¿no te importa comer solo el domingo?
– No pienso comer solo –respondió Nemesio–. Como Tanya es la culpable, tendrá que invitarme a comer en su casa.

Para Tanya era un placer invitar a su casa a Nemesio. Él jamás se sentía un invitado en casa de ellos. Su marido era muy especial para Nemesio, y él muy especial para su marido. A pesar de ser tan distintos, eran tan parecidos que el setenta por ciento de sus famosas partidas de ajedrez, terminaban en tablas.

7

El ensayo de la obra de teatro, como siempre, empezó con retraso.
El trabajo de Ángel consistía en poner la música. Se trataba de una obra con una complicada ambientación musical, ya que había que coordinar el directo con la música enlatada y era necesario estar muy pendiente de las entradas. Había situado su cabina técnica en el entresuelo para poder controlar cada una de las escenas.
La obra era original del Grupo de Teatro. El argumento fue consensuado por todos y se determinó que trataría sobre la violencia domestica. Las diferentes escenas se fueron definiendo poco a poco con aportaciones individuales o colectivas y otras más que habían ido surgiendo durante los ensayos.
El encargado de aglutinar todas aquellas ideas con un hilo conductor común, era Ángel Luís. Éste siempre estaba tomando notas y corrigiendo el libreto. Se sentaba en la primera butaca de la segunda fila y desde allí definía el objetivo de cada frase. Solo cuando cada escena estaba totalmente adaptada, en el fondo y en la forma, se ponía en manos del director, para que éste sacase el máximo partido de los actores.
Un director de teatro necesita saber interpretar la intención del autor. Tiene que ser capaz de entender los sentimientos y las sensaciones que llevaron a aquel a escribir lo que escribió y la forma en que lo hizo. Para eso, en algunos casos es preciso estudiar su historia y su entorno. Sus ideas y sus creencias. Y en la mayoría de los casos, sus miedos; sus angustias y sus penas, que son los argumentos más comunes a todos los autores.
En este caso lo más difícil, aparte de decidir el título de la obra, había sido acoplar el contenido de cada escena para utilizar el mínimo número de personajes.
En el teatro aficionado, el sexo masculino es mucho más reticente a participar que el sexo femenino. Por eso seguramente algunos autores han escrito obras en las que todos sus personajes son mujeres.
Desgraciadamente con un argumento basado en los problemas domésticos de las parejas, son necesarios casi tantos hombres como mujeres. Naturalmente que puestos a ser modernos, se podían haber hecho parejas de homosexuales. Pero no hubiera respondido a los objetivos de la obra. Aquí se trataba de demonizar al hombre que es el que pega a la mujer desvalida.
Como si un puñetazo en toda la cara fuese más doloroso que tener que dedicar el sueldo de todo un mes de trabajo, para pagar una factura de teléfono que te ha preparado la irresponsable esposa, llamando a números especiales para combatir su depresión. (En el argumento, esto se había llevado a la exageración) Esa era una de las escenas más dramáticas de toda la obra. El tortazo tenía que ser creíble por lo que costó bastante encontrar una actriz que lo aguantase.
En los pueblos como aquel, los apellidos suelen ser muy comunes entre los vecinos, Motivo por el cual, resulta bastante habitual que a las personas se las conozca por su apodo. Basta cualquier detalle para que a partir de ese momento todo el mundo se olvide de tu nombre o tu apellido y comiencen a llamarte de otra manera.
Una obra de teatro en la que representas un papel, puede marcarte para toda la vida y la de tus hijos. A partir de ahí resulta comprensible que nadie quiera hacer papeles de tontos ni de putas, ni de nada que pueda calificarte en ningún sentido.

El desenlace de la obra, siempre estuvo marcado por la controversia. Después de muchas discusiones se acordó rematar con un final feliz, en el que una pareja resuelve sus diferencias mediante la música.
En total, la última escena tiene una duración de ocho minutos y resulta conmovedora. Se desarrolla en la escuela de música en donde se conocieron y comienza tocando ella, al piano, la canción que él interpretaba el primer día que ella llegó a la escuela.
Cuando el hombre entra en escena, se sienta en otro piano y empieza a incluir algunas notas en la melodía que está sonando.
Los dos son grandes músicos y cada uno entiende de una manera la forma de interpretar la pieza. Poco a poco se entabla una lucha de virtuosismo que va "in crescendo" hasta alcanza el súmmun de ambos pianistas.
A partir de ahí, el hombre deja de tocar y se queda mirando cómo ella continúa durante unos pocos segundos descargando su furia contra las teclas.
La intensidad del sonido va disminuyendo de forma gradual a medida que ella se tranquiliza al comprobar que solo se escuchan las notas que salen de su piano.
Él abandona su taburete y se coloca de pie junto a ella, sin decir ni hacer nada. Cuando la mujer lo considera oportuno, hace un sitio en su banqueta para que él se siente a su lado. Es una invitación clara a continuar interpretando la pieza a cuatro manos, que él no desaprovecha.
En ese momento tendría que entrar toda la orquesta para envolver la escena con todos los instrumentos, pero como no había orquesta, se había sustituido por la música enlatada que tan hábilmente intercalaba Ángel para permitir que los dos actores que se encontraban en escena, después de unos tímidos pasos de baile, pusieran punto final a la obra con un apasionado beso.
Una de las grandes ventajas que tiene escribir una obra sobre la marcha, es que se sabe de antemano qué papel va a representar cada uno de los actores. En este caso, si el hombre hubiera sido violinista, se hubiera cambiado un piano por un violín. Y si la mujer no hubiera sabido tocar el piano, posiblemente habría salido haciendo punto de cruz. Lo que no dejaba ninguna duda es que se habría buscado otro final si no hubiera coincidido que los dos actores, aparte de ser muy buenos pianistas, eran recién casados.

El grupo de teatro Tenía la costumbre de montar una obra cada año. Normalmente, se empezaba a ensayar en enero o febrero, para estrenar en agosto. Durante la semana, se hacía un ensayo los sábados con todos los actores y otros dos días de la semana se realizaban ensayos parciales. No tenía mucho sentido tener a la gente mirando como se ensayaban escenas que a ellos no afectaban en absoluto.
Eso no quería decir, ni mucho menos, que cada cual se dedicara a aprenderse su papel sin tener en cuenta el de los demás. De hecho, casi todos los actores acababan por aprenderse todos los papeles en mayor o menor grado. En bastantes ocasiones había sido necesario hacer una sustitución de última hora y siempre se había resuelto con éxito. Sin embargo el problema que había surgido este año, estaba resultando muy difícil de solucionar.
Araceli, la mujer de Lolo, se había quedado embarazada. Resultaba muy normal en Fontoroz que las mujeres se casaran antes de los veinticinco años, y que tuvieran un par de hijos antes de los treinta. Las facilidades para conseguir trabajo y vivienda permitían a la juventud emanciparse con mucha comodidad.
La Cooperativa disponía de catorce casas que podían utilizarse por cualquiera de sus trabajadores, durante un plazo de cinco años, sin ningún coste. En el caso de ser necesario, el plazo se podía prorrogar hasta dos años más, pagando un alquiler.
No era habitual que nadie agotase los plazos y siempre había más de una casa disponible.

Araceli y Lolo vivian en una de las casas de la Cooperativa. Eran chalecitos adosados de una sola planta y dos dormitorios que se encontraban prácticamente amueblados con lo que habían dejado inquilinos anteriores. Normalmente nadie se llevaba los muebles, porque las casas que se construían solían ser mucho más grandes.
Lolo trabajaba en la cantera desde que tuvo edad para hacerlo. Terminó los estudios de Formación Profesional de cantería y era un verdadero maestro de la piedra. Era sobrino de don Adolfo, el jefe de la cantera y el único que ostentaba el titulo de Cantero Mayor. Cuando Araceli y Lolo fijaron la fecha de la boda, estaban convencidos que para entonces ya tendrían terminada su propia casa, pero no fue posible.
La enorme carga de trabajo que soportaba la cantera, limitaba el tiempo que Lolo podía dedicar a rematar su propia casa. Se había empeñado en realizar él mismo todos los ornamentos tallándolos a mano. El dibujo que habían elegido para los frisos era muy complicado y lo había dejado para el final.
A pesar de todo, Araceli se comprometió a hacer su papel incluso embarazada de ocho meses. Al fin de cuentas, solo tenía que discutir con su marido en dos escenas y en la tercera y última, tocar el piano; bailar un poco y besarse con Lolo.
Ahí es donde radicaba todo el problema de la escena: el beso. No solo sería difícil sustituir a la actriz embarazada por otra dispuesta a besarse con Lolo en público. Sino que a Araceli no le haría ni pizca de gracia contemplar la escena desde el patio de butacas.
La Ley de Murphy se cumplió y a las veintiocho semanas de gestación, el médico aconsejó a Araceli reposo total.
Por lo tanto, en los ensayos de las dos últimas semanas, Masun había tenido que ocupar su lugar, con el único objetivo de completar la obra. Ella no podía sustituirla porque no le daría tiempo a cambiarse, ya que su actuación iba inmediatamente antes. Pero a efectos de coordinación de la escena, Masun cumplía a la perfección tanto con la música como con el baile. Eso sí. El beso ni soñando. Lo más cerca que llegaban a estar sus caras era a una cuarta una de la otra.

Cuando finalizaba el ensayo total, dedicaban unos minutos a acordar los horarios de la siguiente semana. Se decidía quienes irían a los parciales y los horarios correspondientes.
En esta ocasión los minutos que tuvieron que dedicar fueron bastantes más de los acostumbrados. Resultaba imperioso solucionar el tema de Araceli.
Las propuestas eran pocas y bastante problemáticas. A aquellas alturas de los ensayos, encontrar otra actriz era impensable.
Una alternativa era que el papel de Araceli lo hiciesen dos personas. Así, la primera parte, la de las discusiones, podría hacerla Tere que únicamente salía en el primer acto.
Tere podía desenvolverse en ese papel, mejor incluso que Araceli. Lo que pasaba es que Tere no era capaz de sacarle dos notas al piano.
De esta forma, mientras Tere y Lolo discutían, Masun tendría tiempo para cambiarse. Y si las de maquillaje hacían un buen trabajo, lo mismo no se notaba. En cualquier caso el beso final, había que olvidarlo.
Como se acababan las ideas y llegaba la hora de la cena, decidieron que el próximo martes, en vez de un ensayo parcial, harían uno completo. A ver si estando todos juntos encontraban alguna solución.

8

El domingo, Ángel se levantó un poco más tarde de lo que tenía pensado. Se había acostado tarde repasando datos sobre petroglifos y sobre las Ruinas. No es que quisiera impresionar a Nuria, pero sí quería demostrar que sabía de lo que estaba hablando.
Ella tampoco se había acostado pronto. Estuvo estudiando un par de horas por la noche aunque no consiguió concentrarse en lo que leía. Pensaba en los petroglifos y automáticamente sus pensamientos la dirigían hacia la casa de Ángel. Su enorme y robusta construcción. Sus coches; sus motos. Estaba claro que esa gente iba sobrada de dinero. De lo contrario nunca la hubiesen aceptado como inquilina. Pero ni su madre ni él habían mostrado el más mínimo atisbo de engreimiento o desdén.
No era lo que ella suponía en los característicos ricos de pueblo. Desde el principio había imaginado que se trataría de una de esas familias típicas, acostumbradas a hablar de su pueblo como si realmente fuera suyo. Altaneros, soberbios y fatuos, que presumen de tener más y mejor que el resto del mundo y que piensan que los forasteros son unos muertos de hambre que han aterrizado en su pueblo para poder comer caliente.
Esa creencia era lo que había provocado que Nuria no mostrase intención de confraternizar con la vecindad.
Sin embargo no había podido corroborar ninguno de aquellos prejuicios. Quedaba por comprobar qué clase de persona era el padre de Ángel. Sabía que estaba separado de su mujer. Y conociéndola a ella, la culpa sería de su marido. Elvira realmente parecía un ángel. Por otra parte, el padre del chico era el gerente de la Cooperativa, cargo que conllevaba una responsabilidad superior a la del alcalde. Y además era el director del grupo de teatro del pueblo. Pues… blanco y en botella. El padre del chico, al que no había visto hasta ahora, debía ser un maltratador o un chulo putas.
Seguramente un déspota egocéntrico que utilizaría su posición para sisar a los cooperativistas y a los trabajadores, y después de acudir a misa todos los domingos se dignaría a dirigir el teatro como abanderado de la cultura en el pueblo.
Cuando sonó el despertador, Nuria ya había dormido más de siete horas, por lo que se levantó con más rapidez de la acostumbrada. Estaba un poco nerviosa e ilusionada. Era su primer acto social con alguien del pueblo y además le intrigaba bastante lo que iba a ver. Todo hacía suponer que el chico sabía de lo que estaba hablando y que realmente los dibujos merecerían la pena el paseo.
Se duchó rápidamente y se secó el pelo un poco. Salió del cuarto de baño, no sin antes limpiar la bañera y recoger la ropa sucia y se dirigió a la cocina para calentar la leche en el microondas y poner el pan el la tostadora. Volvió al dormitorio para deshacer la cama y ponerse un minúsculo tanga, reservando el tiempo del desayuno para decidir la ropa con que se vestiría.

A las once menos cinco salía de casa vestida con un pantalón vaquero corto; una camiseta azul clara sin mangas y unas zapatillas deportivas. Por equipaje, una pequeña mochila

bien ajustada a la espalda. Según se iba acercando a las grandes puertas abiertas de par en par, iba comprobando la eficiencia del chico.
Las dos motos estaban perfectamente equipadas y preparadas para la excursión, de tal manera que a Nuria ni se le ocurrió dudar de la competencia del muchacho. Más aún, convencida de que tendría que ponerse a las órdenes de él, le preguntó sobre la conveniencia de su atuendo.

– ¡Buenos días! ¿Voy bien así? –hizo una especie de posado muy femenino pero con bastante gracia.
– ¡Buenos días…! Vas muy guapa. Pero te advierto que donde vamos no te va a ver nadie.
– Me refiero a que si no hacen falta botas o ropa de moto.
– No. Hoy no vamos a echar carreras.
– ¿Hay que llevar agua o algo? Yo llevo unas barritas energéticas.
– ¡Ah, claro! Que no te lo había dicho. Llevo cosas para comer. De esa forma, si tal como espero lo que vas a ver te resulta interesante, no tendremos prisa por volver… ¿A no ser que tengas que hacer algo por la tarde?
– Por mí, fenomenal. Pero yo no llevo nada.
– Te dejo que escojas casco y moto.
Se pusieron los cascos y las gafas y se lanzaron cuesta abajo, mientras las puertas de la cochera se cerraban de forma automática.
Cruzaron el río por el viejo puente de piedra. Los dos al mismo tiempo, cada cual por uno de aquellos surcos labrados en las piedras del pavimento y que tanto le habían chocado a Nuria la primera vez que los vio, y mientras lo hacían, los dos recordaban cómo había sido su primer encuentro.
Nada más cruzar el puente, Ángel enfiló la moto por el camino de la izquierda que discurría paralelo al río. Flanqueado por multitud de frondosos castaños cuyos frutos, verdes aún, permitían adivinar una excelente cosecha y ofrecían un frescor inusual para aquella época del año.
Las dos motos circulaban a muy poca velocidad para evitar levantar polvo, por lo que Nuria podía permitirse el lujo de observar con detenimiento aquel sombrío y exuberante paisaje. De vez en cuando el camino se acercaba hasta la misma orilla del río y los rayos de sol que se filtraban entre las hojas de los árboles, perforaban la superficie de aquellas cristalinas aguas ofreciendo una sensación de profundidad y misterio.
De buena gana se habría parado en uno de aquellos recodos para comerse unas moras de las muchas zarzas que crecían por doquier. Las moras siempre habían sido una tentación para Nuria. El hecho de tener que arrancárselas a las zarzas con la suficiente habilidad como para no acabar hecha un “ecce homo“, añadía un plus al característico sabor de aquellos frutos.
Era la primera vez que transitaba por ese camino, pero no sería la última. Le parecía un lugar ideal para pasear cuando necesitara despejarse de los estudios. Se encontraba lo suficientemente cerca del pueblo como para llegar caminando y además de ofrecer una agradable sombra, disponía de moras y castañas en abundancia.

No habrían recorrido ni dos kilómetros, cuando Ángel le hizo señas para que se detuviera. Apagaron los motores para no tener que hablar a voces y le explicó el itinerario.
– A partir de ahora todo será cuesta arriba. Hay algunos tramos que son bastante empinados y que yo los tendré que pasar bastante fuerte. Tú no tienes que seguirme. Tu moto tiene fuerza de sobra, así que vete a tu aire. Si tienes algún problema, tira la moto al suelo sin contemplaciones. No merece la pena intentar evitar que se rompa algo, a riesgo de hacernos daño nosotros.

– Te aseguro que cuando estoy de servicio me meto por sitios mucho peores que éste.
– Seguro. Pero la moto es del Estado y si se rompe en acto de servicio, no pasa nada. Es diferente cuando vas con una moto prestada por alguien a quien ni siquiera conoces.
– Me estás asustando. ¿Tan malo es el camino?
– Si fuera peligroso nos habríamos puesto protecciones. No, no es peligroso, pero hay muchas piedras sueltas y aunque vayas muy despacio te puedes ir al suelo. Si rompes la moto no pasa nada. Quiero decir que si rompes algún plástico o las luces o algo así. No si la despeñas y la haces siniestro total. Mi padre no se va a enfadar por unos rayones, pero si te rompes algo tú, seguro que me hará responsable de lo que te pase.
Ángel arrancó de nuevo la moto e hizo un gesto a Nuria para que lo siguiera.
Aquello más que un camino era un sendero. Y más que peligroso, resultaba divertido aunque, eso sí, había que andar con mucho ojo con las piedras sueltas.
A medida que iban subiendo, los grandes árboles iban quedando atrás y poco a poco iban siendo sustituidos por matorrales como las retamas; las jaras pringosas; la genista y el torvisco que junto a tomillos y romeros alegraban la vista y el olfato de los pocos que utilizaban aquel camino para subir a las Mesas.

Entre el sol, que pegaba de lo lindo y el esfuerzo de conducir la moto, cuando por fin llegaron a su destino, los dos sudaban abundantemente. Se cobijaron, junto a sus motos, bajo uno de los viejísimos piruétanos y después de quitarse los cascos se quedaron algunos minutos contemplando el paisaje.
Mientras Nuria permanecía sentada sobre una piedra, Ángel se acercó a la moto y sacó del cofre una botella de acuarius y unos prismáticos. Ofreció la botella para que fuera ella quien la abriese y bebiera, mientras él localizaba con los prismáticos los puntos que más tarde mostraría a Nuria para que tomase las referencias que él consideraba importantes.
Después de varios y espaciados tragos, Nuria se levantó para devolver la botella a Ángel, mientras preguntaba:
– Supongo que no estarás mirando por dónde seguir.
– No –contestó Ángel sin dejar de mirar–. Ya hemos llegado. Aquí es donde están la mayoría de los dibujos. Estoy tratando de comprobar si desde aquí se distinguen los otros sitios a los que tenemos que ir.
– Toma. Bebe un poco. Aprovecha que está fresquito.
Ángel, después de beber, guardó de nuevo la botella y los prismáticos en el cofre y sacó de él dos rollos de color banco envueltos en plástico de cocina.
Ofreció uno a Nuria, quien se quedó un poco parada sin saber lo que era aquello ni lo que pretendía que hiciera con él.
Ángel quitó el plástico y desenrolló el sombrero de paja de Panamá, que quedó perfectamente armado sin señales de haber estado enrollado.
– Espero que te sirva –dijo Ángel–, y en cualquier caso, que no te quede pequeño. Si te queda muy grande, lo siento. Lo que no se puede de ninguna manera es exponerse a una lipotimia.
– Pero esto… esto es carísimo –dijo Nuria mientras comprobaba que la talla le quedaba perfectamente–. Son sombreros de Panamá auténticos.
– Si, son auténticos. Pero no son tan caros. Bueno, estos no son tan caros. Los utilizamos siempre que vamos a estar muchas horas al sol. Los compra la Cooperativa directamente en Panamá. Es parte del uniforme de trabajo. Como los guantes o las botas.
– Yo lo que utilizo cuando me pongo al sol, es crema solar. Antes de salir de casa me he puesto un poco y ahora me voy a volver a poner. ¿Quieres tú?
– No gracias –contestó–, procura no darte crema en la frente, que si no, se mancha la paja y es muy difícil de limpiar.

La pared de roca granítica estaba orientada al sureste, por lo que a aquella hora se encontraba muy caliente después de que durante toda la mañana los rayos del sol incidieran con fuerza sobre su superficie.
Ángel caminaba por la angosta cornisa que ascendía bordeando la pared. El camino no era peligroso, pero si a lo empinado de su pendiente se le sumaba el calor que desprendía la piedra, el resultado eran gotas enormes de sudor recorriendo sus espaldas.
Cuando Nuria llegó al final del trayecto, Ángel ya había sacado de la pequeña caja de herramientas todos los útiles, incluida la botella de aquarius.
Antes de que ella hiciese el comentario que podía esperarse, Ángel le explicó que a aquella hora, que era la más intempestiva para hacer cualquier trabajo, era cuando mejor se distinguían los dibujos. Más tarde daría la sombra en la pared y no se verían bien, y más pronto, el exceso de luz tampoco era bueno para poder apreciar los detalles.

Nuria constató enseguida que el chico había definido perfectamente aquellos dibujos… resultaban extraños. A primera vista parecían marcas hechas por el Servicio Forestal o por las hidroeléctricas. No se parecían en nada a los típicos petroglifos desordenados e irregulares, tallados con mayor o menor destreza, con útiles rudimentarios.
Los símbolos pequeños se encontraban perfectamente alineados y organizados en grupos. Podría suponerse que aquel conjunto de símbolos representaba una o varias frases escritas en un idioma que solo utilizase formas geométricas. Por el contrario los símbolos grandes no parecían obedecer a ninguna norma o regla para su representación.

Después de un buen rato de observar dibujos, Nuria preguntó a Ángel:
– ¿Estás seguro de que todos estos dibujos son antiguos? Tienen toda la pinta de haberse hecho hace un par de años o menos. Y además a máquina.
– Si esa pregunta me la estás haciendo en serio, creo que me he equivocado contigo. Seguramente no tenía que haberte hablado de esto.
– ¡Discúlpame! Por favor, no te lo tomes a mal. Pero es que según lo cuentas no tiene sentido ninguno. En realidad se trataba de una pregunta retórica.
– Si tú le hubieses encontrado sentido nada más verlos, yo sería un gilipollas. Pero como entiendo que tu pregunta se debe al desconcierto que se te ha quedado después de ver algo que no parece posible que exista, no solo no me lo tomo a mal, sino que refuerza mi hipótesis. Hay referencias a “las piedras de los dibujos” en documentos de hace más de mil años que señalaban las lindes de las tierras. En uno de ellos dice literalmente: “…treinta varas en dirección sur, desde la piedra marcada con dos triángulos”.
– ¿Y cuál es esa piedra?
– Luego te la enseño. Los triángulos de los que habla son exactamente igual a estos – Ángel señaló hacia la parte más baja de todo el conjunto y los dos se agacharon para observarlos.
– Has dicho que son iguales a los otros… ¿con qué grado de exactitud?
– Absolutamente iguales. Tengo un montón de fotos sobre las que he trabajado y te puedo asegurar que da la impresión de que hubieran sido hechos con un molde.
– No tiene ningún sentido –dijo Nuria mientras se quitaba el sombrero y se abanicaba con él.
– Lo que no tiene sentido es que sigamos aquí mucho rato. Vamos a reponer líquidos y a dejar todo esto en las motos. Donde iremos ahora tenemos que llegar caminando y nos llevará un rato.

No se podía acceder en moto porque no había ningún camino. Pero aunque hubiese existido, la pendiente era demasiado inclinada.

Necesitaron ocho o diez minutos para descender los cien metros que les separaban de la pequeña plataforma rocosa donde finalizaba la senda.
Mientras bajaban dando continuos resbalones, Nuria pensaba que el paseo acabaría con el hallazgo de algo espectacular. De ahí su cara de sorpresa cuando al llegar al final del recorrido no vio nada que llamase su atención.
Se trataba de una especie de mirador bastante peligroso. Una caída desde allí resultaría mortal de necesidad. No solo por lo cinco o seis metros de altura, sino por las piedras del fondo.
– ¡Pues hombre…! –dijo Nuria apartándose del borde de la plataforma–. No sé yo si el paseo ha merecido la pena. Me lo podías haber enseñado desde arriba y nos habríamos ahorrado el viajecito.
– No seas impaciente.
– ¡¿Que no sea impaciente!? Pero si aquí no hay nada que ver.
– No me digas que las vistas no son preciosas.
– Si me hubieras traído aquí por las vistas, habrías traído la cámara para hacer unas fotos. En serio…, yo no veo nada de particular.
– Porque no estás acostumbrada a ver la naturaleza en estado puro. Aquí hay, no solo una, sino varias cosas que te resultarán muy interesantes. En primer lugar quiero que te fijes bien en la plataforma y en la pared. Desde aquí no se ve muy bien, pero desde allí abajo se distingue perfectamente, cómo forman entre ellas un ángulo recto perfecto.
Nuria se situó al principio de la plataforma y pudo comprobar que lo que Ángel decía era cierto.
– En la naturaleza no resulta fácil encontrar estas formaciones. Pero hay algo más. La plataforma es un cuadrado, también perfecto. Mide tres metros y sesenta y ocho centímetros de lado. Está absolutamente nivelado y orientado a los cuatro puntos cardinales magnéticos. Y aún tiene otros cuatro detalles curiosos que te invito a que encuentres.

Las explicaciones de Ángel la habían dejado un poco descolocada. Sorprendida, no tanto por la existencia de aquella construcción, como por la gran cantidad de datos de que disponía el chico.
Nuria buscó con detenimiento tanto en la pared como en el suelo, sin conseguir hallar nada. Ni siquiera fue capaz de distinguir aquel cuadrado perfecto del que hablaba Ángel. Estaba segura de que él le daría el resto de la información y como a esas alturas del día resultaba obvio que ella era una mera espectadora, se dio por vencida.
– ¡Lo reconozco! Ni siquiera soy capaz de ver la forma definida de la plataforma. Yo en el suelo no veo ninguna forma geométrica, cuanto menos imaginar sus medidas.
– Desafortunadamente aquí el tiempo si ha dejado su huella. En algún momento hubo un desprendimiento de rocas y rompió parte de la plataforma. Se ve que esa esquina quedaba al vuelo y no pudo resistir el golpe. El trozo que falta está ahí abajo. No merece la pena bajar a verlo porque no tiene nada especial. Bueno, nada que no tengan cada una de las otras esquinas. ¡Mira!

Ángel cogió un trozo de rama seca de una jara y empezó a escarbar en la piedra. Nada más quitar la capa superficial de musgo se podía ver otra de las habituales formas geométricas. Pero esta vez estaba hecha en tres dimensiones. Se trataba de un agujero de unos diez centímetros de diámetro.
– Hay cuatro de estos. Todos idénticos. Once centímetros y medio de diámetro y la mitad de profundos. El cuarto está en el trozo de roca desprendido. Ahora no recuerdo las medidas exactas del cuadrado, pero lo tengo todo en casa.

– Con todos esos datos –dijo Nuria– me lo has puesto a huevo. Se trata de un puesto de medición. Estas cosas las suelen hacer para facilitar el trabajo de los topógrafos en obras de larga duración… presas y cosas así.
– ¡Premio para la señora! Has ganado un trago de agua fresca. ¡Vamos! tira para arriba a recoger tu premio.

Dejó que ella fuese abriendo camino para regresar al sitio donde habían dejado las motos. De esa forma el ritmo sería más cómodo y él no tendría que ir pendiente de no distanciarse demasiado.
La subida era menos peligrosa, pero con aquel calor resultaba agotadora. Nuria paraba unos segundos de vez en cuando y aprovechaba para preguntar.
– ¿Por aquí no hay ninguna presa, verdad?
– No. En los últimos siglos no se ha hecho ninguna.
– ¿Ni siquiera un proyecto? –volvió a preguntar unos cuantos metros más adelante.
– No.
– ¿Y alguna cosa de tipo militar? –de nuevo se había tomado unos minutos para coger resuello.
– Si los militares hubiesen necesitado nivelar el trípode de un teodolito, lo habrían hecho con ladrillos, en el mejor de los casos.
– Es por ir descartando cosas.
– Si de verdad quieres ir descartando cosas, debes empezar por descartar la idea de modernidad.

Cuando por fin llegaron a la acogedora sombra de los frutales salvajes, Nuria se sentó en el suelo apoyando la espalda contra el tronco del árbol mientras Ángel sacaba del cofre de la moto la botella de agua que aún se mantenía fresca.
Después de que hubieran bebido ambos, Ángel continuó algunos segundos con la botella en una mano y el tapón en la otra. Mirando alternativamente a la chica y a la botella preguntó:
– ¿Todavía no te hace efecto?
– ¿Qué? –respondió ella pensando que preguntaba por si se había repuesto de la escalada.
– La droga –dijo Ángel con toda naturalidad–. He echado droga en el agua para poder violarte.
La cara de Nuria cambió de color en unos segundos. Semejante confesión la había dejado con la boca abierta, a medio camino entre el asombro y la incredulidad. No daba crédito a la que había oído. Mientras Ángel seguía allí, delante de ella con la mirada de un verdadero psicópata, lo único que Nuria acertó a decir fue:
– Disculpa. Creo que no te he entendido bien. ¿Me lo puedes repetir?
– Me has entendido perfectamente. He dicho que te he drogado para violarte y después matarte. Te cortaré en trocitos y quemaré tus restos con la gasolina de la moto. Pero antes de hacer todo eso, te haré una foto para que no te olvides nunca de la cara de gilipollas que se te ha quedado.
Ángel echó otro trago de agua y mientras cerraba el tapón de la botella, Nuria se levantó hecha un basilisco; le quitó la botella y mientras le agarraba el cuello con una mano, con la otra le pegaba botellazos en la cabeza sin que él hiciera un notable esfuerzo por zafarse del repentino ataque.
Los insultos de Nuria no conseguían otra cosa que aumentar las risas de Ángel que acabó tirándose por el suelo a carcajadas, mientras seguía recibiendo botellazos. Él, con las manos tapándose la cara y ella sentada en su barriga dispuesta a continuar el “severo” castigo que sin duda se merecía aquel capullo que le había hecho pasar tan mal rato.

– ¿Pero cómo eres tan cabrón…? ¿Te das cuenta del susto que has pegado?
– ¡Perdona! –dijo Ángel todavía con la risa contenida–. Me he pasado un poco. Aunque la experiencia ha sido irrepetible y el resultado el esperado. Debes comprender que estoy un poquito harto de que no te fíes de lo que digo. Después de todo lo que te he mostrado, todavía insistes en pensar que los dibujos tienen menos de doscientos años y que yo no me he dado cuenta porque soy un cretino.
– Y tenías que asustarme de esa manera por el simple hecho de tener dudas.
Nuria bebió el resto del agua de la botella y después de tirársela a la cara sin ninguna intención de hacerle daño, se levantó.
Desde el suelo, Ángel, jugando con la botella de plástico contestó:
– Seguramente no. Es que de tanto asistir a los ensayos del teatro, me sale la vena de artista. Ahora en serio. Si no asumes que todo lo que has visto y lo que queda, no tiene una explicación lógica ni fácil, no vas a poder centrarte en lo que de verdad importa.
– ¿Quieres que piense que los dibujos y la plataforma los han hecho los marcianos?
– No. De momento no quiero que hagas deducciones. Lo que interesa en estos momentos es hacer análisis. Si conseguimos saber por qué se hicieron, podríamos intuir para qué se hicieron. Hoy lo importante es que tú te hagas una idea general. Más adelante, a base de estudiar las fotos y las mediciones, lo mismo llegamos a alguna conclusión satisfactoria. ¡Vamos a ver el resto de los dibujos!
– De acuerdo. Reconozco que la desconfianza ha existido. Pero no ha sido hacia tu persona. Tienes que comprender que no es fácil asumir que hace mil y pico años, alguien estuviese por aquí haciendo dibujos en la roca con una fresadora de precisión.

Arrancaron las motos y comenzaron a descender la ladera por una senda diferente a la que habían seguido para subir. El rodeo tenía como principal objetivo observar desde puntos estratégicos la ubicación de cada uno de los sitios donde había dibujos grabados.

Circulando muy despacio para que pudieran tener tiempo de fijarse en cada detalle, fueron recorriendo uno a uno todos los lugares en los que había piedras grabadas. En cada uno de ellos se detuvieron el tiempo suficiente como para que Ángel explicara las características particulares de los grabados. Un rasgo común a todas ellas, era el plano en que se ubicaban. Todas las marcas tenían la línea base situada al mismo nivel. Y todas ellas se encontraban a la misma distancia una de otra. Algo más de cuatrocientos metros, que fueron los que tuvieron que recorrer caminando para llegar a la que se encontraba más al noroeste.
No se podía ir en moto porque entre ambas piedras existía una pequeña pared rocosa de poco más de dos metros de altura que solo podía cruzarse a pie. A pesar de ese impedimento, las marcas seguían manteniendo el mismo nivel y la misma distancia entre ellas.
La última de aquellas piedras, grabada con dos triángulos superpuestos, se encontraba a unos cincuenta metros del comienzo del enorme barranco en cuyas laderas se alineaban, cual soldados en formación, las miles y miles de cepas de tempranillo de la mejor finca de la familia de Ángel: el Silincio.
Vista desde allí arriba, parecía una descomunal plaza de toros donde las gradas serían los perfilados bancales y cada una de las cepas serían asientos de un color verde intenso y lujurioso. Incluso con un poco de imaginación, la cuña que faltaba para que el cerramiento fuera total, podría haber sido una inmensa Puerta Grande por la que desfilarían las cepas como tropas de imaginarios soldados situados en formación esperando que alguien diera la voz de "en marcha".
– Bonito, ¿eh?

– Impresionante –asintióNuria–. Es tuya, supongo.
– Si. Bueno de mis padres. Luego bajaremos para que veas otros grabados.

A pesar de que no existía ni un soplo de viento, al borde del barranco corría una tenue brisa provocada por la notable diferencia de temperatura entre el páramo y la profunda hoya, cuyo suelo protegían con su sombra las frondosas cepas.
El aire fresco movía levemente el ala del sombrero de Nuria, que permanecía prácticamente inmóvil, observando a través de sus gafas oscuras aquella maravilla de la naturaleza.
– ¿No tendremos que tirarnos con la moto desde aquí?
– No –confirmó Ángel–. Para bajar tenemos que rodear por el río. Iremos campo a través hasta las Caldas y allí cogeremos el camino de la ribera.
De regreso para coger de nuevo las motos, ella no paró de hacer preguntas sobre la forma de recoger las uvas; sobre el riego y un montón de cosas más relacionadas con las viñas que acababa de ver.
Realmente ella no sabía prácticamente nada sobre ese tema, mientras que Ángel conocía todos y cada uno de los términos y procesos que se relacionaban con el vino. Disponía de una pequeña pero muy bien surtida bodega personal heredada de su abuelo, a la que cada temporada añadía nuevas partidas.

Las Caldas era un manantial situado a la orilla del río, del que brotaba el agua a una temperatura de veintiséis o veintisiete grados. Desde tiempos inmemoriales, existían unas pequeñas presas construidas con el fin de que sus aguas no se juntasen con las del río y se enfriasen rápidamente. Cada una de las tres balsas construidas de esa manera, tenía entre cien y doscientos metros cuadrados de superficie. A medida que se descendía de una balsa a otra, el agua se encontraba un poco más fría. En primavera y otoño la gente solía subir hasta allí para bañarse. Pero en verano no iba nadie. Desde las balsas hasta el río se extendía una estrecha pradera natural regada por las filtraciones del manantial, que mantenía su verdor durante todo el año.
Bajaron con las motos hasta la misma orilla del río y aparcaron a la sombra de uno de los pocos fresnos centenarios que sobrevivían en esta orilla.
Nada más quitarse el casco, Ángel preguntó:
– ¿Te parece que nos quedemos aquí a comer?
– Me parece perfecto.
– Pues entonces voy a aprovechar para dar un agua a la camiseta, que la tengo chorreando de sudor. Tú deberías hacer lo mismo.
– Yo pensaba que podríamos bañarnos.
– Claro que podemos. Yo pienso meterme en las balsas en cuanto tienda la camiseta. Pero si te metes vestida, el pantalón vaquero no se te secará. ¿O es que no piensas meterte con el pantalón?
– Por supuesto que no voy a meterme vestida. Me quitaré toda la ropa y me meteré en el agua completamente desnuda. Luego nos haremos unas fotos los dos en bolas y se las enseñaremos a tu madre… ¿Por qué dices que te vas a meter en las balsas? Aquí no hay ningún peligro. ¿O no?
– Después vendré aquí. Pero como soy un poco friolero, empezaré con el agua caliente.
– Pues anda. Vete subiendo que ahora voy yo.
Nuria sacó de su pequeña mochila una bolsa de plástico dentro de la cual había un bikini. Esperó a que Ángel se hubiera metido en el agua y ocultándose detrás del tronco de uno de aquellos voluminosos fresnos, se cambió de ropa.

Ella no solo lavó en el río su camiseta, sino también su ropa interior que también estaba empapada en sudor. Tendió toda la ropa al sol, sobre la hierba y se reunió con Ángel en la balsa.
– Qué mala suerte –dijo Ángel cuando la vio aparecer con un bonito bikini de rayas verdes y azules–, ¿siempre llevas un bikini en tu mochila?
– No. Ha sido casualidad.

Resultaba muy agradable sumergirse en aquellas cristalinas aguas. Los escalones de piedra daban paso a un fondo de arena de granos muy gruesos que masajeaban los pies cuando se caminaba sobre ellos. Con la temperatura del agua y el sol cayendo de plano sobre la balsa, en cuanto sacaban la cabeza del agua, comenzaban a sudar de nuevo.
– No me extraña que no venga nadie en verano. Como no salgamos pronto vamos a cocernos. Deberíamos irnos al río, que por lo menos allí hay sombra.
– No se hable más –accedió Ángel saliendo del agua y remangándose los pantalones estilo bermudas, por encima de las rodillas–. ¡Vámonos!

Por encima del pequeño soto donde habían dejado las motos, el río apenas se distinguía. Una enorme lengua de cantos rodados que se extendía varios cientos de metros ocultaba sus trasparentes aguas, que se filtraban varios metros bajo la superficie. Se trataba de una zona geológicamente curiosa, pues a partir de allí el paisaje cambiaba de forma notable.
Una vasta beta de cuarcita surgía desde el margen izquierdo, cruzando todo el cauce y elevándose por encima de las copas de los árboles en la orilla opuesta, y desaparecía serpenteando hasta encontrarse con la ladera de la montaña. Formaba un dique natural que había detenido el sosegado discurrir de los enormes guijarros que, a saber desde dónde, habían sido arrastrados hasta allí por el río.
La corriente de agua se había visto obligada a elevar su cauce para poder remontar aquel escollo rocoso, formando pequeñas cataratas de pendientes suaves y resbaladizas. La superficie de la consistente roca metamórfica se había ido puliendo con el transcurrir de los siglos, formando múltiples deslizaderos desde los que resultaba muy divertido zambullirse en el agua.
Durante más de media hora se dedicaron a lanzarse por los vetustos toboganes. Se tiraban al mismo tiempo y jugaban a ver quien de los dos aguantaba más tiempo debajo del agua. No había color. Nuria siempre ganaba. Ángel apenas superaba los ochenta segundos sin respirar y ella esperaba unos pocos segundos más para salir a la superficie. No quería humillarlo. Pero lo cierto es que en sus buenos tiempos había llegado a cronometrar tres minutos y treinta y tres segundos bajo el agua.
Durante el tiempo que estaban sumergidos, ella no hacía nada. Se sujetaba como podía al fondo para evitar emerger. Mientras que Ángel se dedicaba a rebuscar entre las piedras del fondo, hasta que no aguantaba más y tenía que subir.
El agua estaba tan limpia que permitía mantener abiertos los ojos durante todo el tiempo que se quisiera. Por fin Ángel encontró lo que buscaba. Le mostró a Nuria una pequeña piedra blanca y le hizo indicaciones para que subiera. Fue la única vez que ella salió primero.
– ¿Qué es? –preguntó ella mirando la piedra que le acababa de colocar sobre la mano.
– Es cuarzo –respondió Ángel satisfecho de su hallazgo.
– ¿Llevas casi media hora metido debajo del agua para encontrar un cacho de cuarzo?
– A que nunca habías visto un cuarzo parecido.
– ¡Desde luego que no! Esto es una birria de piedra. He visto cristales de cuarzo que son realmente bonitos. Con aristas casi perfectas y reflejos espectaculares. Pero esto…

– No se trata de que sea bonito. Lo importante es cómo está quebrado por dentro. Esto, una vez pulido, es parecido a un diamante.
– ¿También hay diamantes en este río?
– Diamantes, no. Pero subiendo un poco podemos encontrar algún trozo de cuarzo rosa que dicen que es muy bueno contra el estrés. Creo que el cuarzo rosa está considerado como piedra semipreciosa.
– No sé si será semipreciosa, pero por un colgante con esto, te piden treinta euros. ¿De verdad crees que podemos encontrar alguna?
– No sé… no sé. Esto no es cuestión de aguantar bajo el agua. Para encontrar algunas cosas hace falta tener unas cualidades especiales.
– ¡Mmmm…! Me parece que alguien está un poco picado.
– Picado no. Lo que pasa es que mientras tú parecía que estabas hibernando, yo gastaba oxigeno buscando por el fondo un tipo de piedra muy especial. Te aseguro que no es nada fácil encontrarlas. Ésta es la tercera que encuentro. En casa tengo otras dos que ya he pulido, y el resultado es espectacular. La primera vez que yo vi una de éstas, realmente pensé que era un diamante rosa.
– Hay que tener mucha imaginación –dijo Nuria mirando la piedra al trasluz– para creer que esto es un diamante.
– Bueno. Es que el primero que encontré ya estaba pulido. Y no fue en el río, sino en una cripta cubierta con una gran losa de mármol.
– ¡Qué me dices! ¡Cuéntame… cuéntame! ¿Cómo ocurrió?
– Te lo cuento mientras comemos. Vamos preparando la mesa, porque creo que Tanya nos ha metido hasta un mantel. –Ángel fue sacando cosas del cofre y Nuria las iba colocando sobre el mantel que había tendido sobre la hierba–. La losa la encontré por casualidad. Es enorme y para levantarla tuvimos que traer la retro. Pensamos que aquello iba a ser la entrada a alguna estancia secreta o alguna tumba del tipo de Tutankamón. Pero no era más que una pequeña cripta con una especie de altar en el fondo, sobre el que reposaban las figuras de dos ángeles sujetando una diminuta urna. El conjunto, de unos treinta centímetros de altura, estaba tallado en mármol blanco con vetas diagonales de color rosa. La tapa de la urna tenía tallado, en pequeñito, el mismo dibujo que la losa de la puerta. Una especie de concha como las que se usaron en los bautismos.
– ¿Qué había dentro de la urna? –interrumpió Nuria– ¡una piedra de cuarzo que tú confundiste con un diamante!
– Efectivamente. Un diamante casi rojo, o cualquier otro tipo de piedra preciosa. Cuando levanté la tapa y vi aquello, el corazón casi se me sale del pecho. ¡Un colosal diamante engarzado en una cadenita de plata!
Salí de la cripta a toda prisa y hasta que no estuvimos fuera, no deje que mi padre lo examinase.
Solo hicieron falta unos segundos para que él asegurase que aquello no era un diamante. ¡Que desilusión…! Volvía a ser pobre.
– Tú no eres pobre. La pobre soy yo. De todas formas, me imagino el chasco. En cualquier caso, supongo que lo habrás llevado a tasar a algún joyero o a un laboratorio gemológico.
– No ha hecho falta. Mi madre tiene unos pendientes con diamantes. Son mucho más pequeños, pero la diferencia es abismal.
–¡Es que ni la reina de Inglaterra tiene unos diamantes tan grandes como este pedrusco!
– Lo que no tiene lógica ninguna es que una baratija estuviese guardada con tanta aparatosidad.
– ¿Es muy grande la cripta?
– Aproximadamente seis por seis por tres. Pero su construcción es piramidal, por lo que andará por los cuarenta metros cúbicos.

– Para ser una tumba –calculó Nuria–, sí que parece un poco grande. ¿Podemos verla?
– Hoy no. Volvimos a dejarla como estaba y la cubrimos con tierra.
– ¡Qué lástima!
– No creas. No tiene nada de especial. Aunque si te empeñas, algún día podemos volver a abrirla.
– ¿Crees que puede tener alguna relación con los petroglifos?
– Estoy seguro de que no. Sobre todo porque la losa tiene algunas inscripciones en latín. Están bastante estropeadas, pero tiene toda la pinta de ser una lápida. La conclusión más lógica es que se trataría de un cenotafio, o de la tumba del Abad de monasterio y que por alguna razón no se pudo enterrar allí a nadie.
– ¿En qué año se construyó el monasterio?
– Quién puede ilustrarte mucho mejor que yo, es el cura. Además estará encantado de darle la charla a una feligresa nueva.
– Ya. Es que yo no soy mucho de misas.
– No. Si no va a tratar de captarte. El cura es un tío bastante atípico. Como mi madre. Por eso se llevan tan bien.
– No sé si entiendo lo que me quieres decir.
– Me parece que lo que estás pensando, no. Se llevan bien porque mi madre tiene espíritu de monja. Aunque parezca increíble en una persona inteligente y con estudios, la religión le tiene comido el coco.
– A propósito –dijo Nuria con cierta precaución–, ¿tus padres están divorciados, verdad?
– Están separados… ¡disculpa! ¿Tú eres quién hace los interrogatorios en el cuartelillo?
– Discúlpame tú a mí. Tienes toda la razón. Te estoy bombardeando a preguntas en vez de disfrutar del momento y esta comida tan deliciosa que nos ha preparado tu…, bueno la señora que os hace la comida.
– Tanya. Se llama Tanya, y no está liada con mi padre.
– ¡Jo…der! ¡Cómo eres! Te aseguro que ninguna de mis preguntas va con segundas. Es cierto que soy muy curiosa, pero no soy cuza.
– ¿Cuza…? ¿Qué significa eso?
– Pues eso. Que son preguntas sin mala intención. Si tus padres viven en casas diferentes, es lógico pensar que estén divorciados. Tampoco tendría nada de raro que hubieran rehecho sus vidas… ¿Hace mucho que están separados?
– No mucho. ¿Tú tienes novio?
– No.
– Pero lo habrás tenido, supongo. Una chica lista como tú, tendría que haber terminado la carrera hace tiempo, si se hubiera dedicado a estudiar.
– Seguro –Nuria trató de zanjar la conversación–. Voy a fregar esto.

Nuria recogió las fiambreras; metió dentro su vaso y su cubierto; puso encima su plato y se encaminó a la orilla del río para limpiarlos.
Ángel terminó con todos los trozos de leche frita que Tanya había preparado para el postre y se situó al lado de Nuria, que estaba terminando de colocar la vajilla para que se secara.
– ¿No te habrás enfadado, verdad?
– No… ¡que va! ¿Por qué podría haberme enfadado?
– No lo sé. Como te has quedado así, meditabunda.
– ¿Tú eres consciente de la suerte que tienes?
– ¿De que no estés enfadada?
– Estoy segura de que lo sabes perfectamente –continuó Nuria sin hacer caso a la contestación de Ángel–. Tienes la vida resuelta desde antes de nacer. Vives en un pueblo

precioso; te llevas bien con tus padres; heredarás una fortuna; eres muy inteligente y culto y por si fuera poco tienes una sonrisa preciosa… ¡Joder...! Las chicas se te tienen que rifar.
– No sé. Es posible que hagan rifas, pero yo todavía no he tenido ningún premio.
– No te preocupes. Ya llegará tu momento. Lo mismo, entre los dos conseguimos descifrar todo este asunto de los petroglifos y nos dan un Nobel. ¿Te imaginas…?
La pregunta era bastante retórica. Más que esperar una contestación, invitaba a Ángel a que lo imaginase, mientras ella tumbada boca arriba sobre la hierba y continuaba soñando en alto.
– Lo que hemos visto hasta ahora, podrían ser marcas de obra… si no supiéramos que los romanos escribían en latín, podríamos suponer que tus hermosos viñedos se asientan sobre las inacabadas obras de un gigantesco circo… la plataforma habría sido el punto de observación y referencia y los símbolos grabados en la piedra de arriba, harían mención al día en que pusieron la primera piedra de las obras.
– ¡Ya! –dijo Ángel suspirando– Y si yo tuviera veinticinco años…
– Pero no hay ni un miserable signo en latín –continuó diciendo Nuria sin abrir los ojos e ignorando las palabras de Ángel. Suponía lo que el chico estaba pensando y dónde estaría mirando en ese momento–, ni en castellano, ni en jeroglífico… y el caso es que lo de arriba del todo, podrían ser palabras.
Esos grupos de signos son los únicos que no tienen una orientación significativa, aunque están bien alineados. El resto de figuras, dices que tienen una orientación concordante.
– Tengo todos los planos en AutoCad. Ya te los pasaré.
– Tendrás que pasarme también el programa. Tengo el portátil bastante pelado.
– Si quieres te puedo dejar un ordenador de sobremesa. Es viejo y tiene un disco duro de veinte megas pero de velocidad y de ram, va bastante bien.
– No sé. ¿Tú crees que es mejor?
– Si no vas a usar AutoCad más que para eso, no merece la pena instalarlo. Aparte de ocupar mucho espacio, se tarda bastante… ¿Sabes usar AutoCad?
– Me temo que no.
– Pues entonces será mejor que vengas a casa y lo miramos allí.

Continuaron durante bastante tiempo hablando de programas de ordenador; de Internet, de música; de arqueología y de la vida de Ángel. Parecía que esto último era lo que más interesaba a Nuria por lo que él decidió que no era tan malo contestar sus preguntas, mientras lo hiciera vestida con aquel bikini, que en ocasiones dejaba ver los inicios de una cuidada depilación.

Nuria buscó el móvil dentro de su mochila para comprobar la hora que era. No tenía nada que hacer el resto del día, por lo que no tenía ninguna prisa. Lo hacía simplemente porque se le había ido el santo al cielo y no era capaz de saber si faltaba una hora o cuatro para que oscureciera.
– No te molestes. No hay cobertura –dijo Ángel con toda seguridad–. Si tienes que llamar al alguien tendrás que esperar a que lleguemos al Silincio
– No. Solo quería saber la hora que era.
– Pues hora de levantar el campamento –dijo Ángel poniéndose en pie y empezando a recoger las cosas–. Si queremos hacer un recorrido por las Ruinas, debemos irnos ya.
– Mientras colocas todo esto, voy a los vestuarios a cambiarme –ironizó Nuria.
– Están al fondo a la izquierda. Detrás de aquellos peñascos –contestó Ángel en el mismo tono.

Al tratarse de una finca particular, las Ruinas nunca fueron catalogadas oficialmente como tal. A simple vista era una finca normal y corriente, con diferentes cultivos organizados en bancales. Olivos, avellanos, almendros, acerolos y dos docenas más de variedades plantados en grupos de cuarenta o cincuenta árboles, impedían tener una visión global de lo que en su día fue un monasterio.
Ángel caminaba delante de Nuria, mostrándole vestigios de muros y otras construcciones, de lo que en otro tiempo fue un floreciente monasterio.
Las trazas de ornamentación de las paredes, con cruces y florones; los restos de pavimento construido con mosaico y las contrahuellas labradas, de los pocos escalones que aún se conservaban, revelaban una arquitectura aparentemente visigoda.
Lo mejor conservado, sin duda alguna, de toda aquello, era el alberque. Una especie de estanque de algo menos de un metro de profundidad con forma de rombo, cuyas diagonales medirían veinte y diez metros respectivamente.
Desde que se recordaba, aquel estanque se había usado para regar. En la actualidad formaba parte de un sofisticado sistema de riego por goteo que aprovechaba su altura para regar los frutales por gravedad.
Posiblemente, en sus orígenes aquello hubiese formado parte de unas termas. Ahora solo fluía el agua por uno de los cinco caños de la fuente, con una temperatura constante tanto en invierno como en verano. Resultaba bastante probable que en otros tiempos, tanto la temperatura del agua como su caudal, hubiesen sido superiores.
– ¿Quién cuida todo esto? –preguntó Nuria, sorprendida por la transparencia del agua y la pulcritud de la finca–. ¿Es potable el agua?
– Se puede beber. Aunque no es buena. Tiene niveles altos de aluminio y es muy ácida. Seguramente por eso se mantiene tan limpia. El resto lo hacen Joaquín y su mujer. Son un matrimonio ya muy mayor que tendrían que estar jubilados hace años. Pero para ellos, esto es su vida.
– No creo yo que un par de viejos sean capaces de mantener una finca como ésta, en este estado.
– Mi padre dice que solo con recorrerla ya se ganan el sueldo. Hasta hace muy poco, venían desde el pueblo en un carro con un burro. Ahora vienen en quad. Es muy gracioso verlos, con su edad, con su casco y todo, subiendo por estas cuestas. En realidad su trabajo consiste en vigilar las cosechas. Tanto éstas como las del Silincio. Y si hay alguna novedad, se lo dicen a mi padre para que mande a alguien a solucionarlo.
– Tiene que ser muy hábil para subir y bajar estas pendientes con el quad.
– Antes lo hacía con el carro.
– ¿Quién recoge la fruta? –preguntó Nuria al comprobar en el suelo, apenas se veían algunos restos.
– Tenemos una iguala con un señor de La Nava, que se la queda toda. Bueno toda, menos la que Joaquín recolecta para él y para nosotros.
– Es un lujazo poder comer fruta recién cogida del árbol.
– Recuérdame que luego llame a Joaquín. Desde aquí sigue sin haber cobertura. Parece mentira que aquí no haya señal, y que en el Silincio, que está mucho más cerrado, sí haya.
La distancia entre las Ruinas y el Silincio era de poco más de medio kilómetro, por lo que apenas tardaron cinco minutos desde que se colocaron los cascos hasta que se los volvieron a quitar.
Si el Silincio visto de desde arriba resultaba impresionante, observándolo desde allí abajo era espectacular. El quad de Joaquín se encontraba a la puerta de la pequeña nave edificada entre dos enormes rocas. Seguramente él no estaría muy lejos. Ángel cogió su móvil para llamarlo.
– ¡Fíjate! –le dijo a Nuria–. La señal a tope.

– Si que es un poco raro. Pero a veces las antenas tienen sombras donde debería llegar una señal clara, y otras veces la señal llega rebotada a sitios increíbles.
– ¡Buenas tardes! –saludó Joaquín surgiendo de entre las parras.
– ¡Hola Joaquín! –contestó Ángel jovialmente–. Iba a llamarte ahora mismo.
– Hace media hora que os he oído llegar a las Ruinas. ¿Se lo has ido a enseñar a tu amiga?
– Mi amiga se llama Nuria –los presentó– y él es Joaquín.
Nuria lo saludó con dos besos que él no esperaba de ninguna manera.
– ¡Encantada! Ángel me ha contado muchas cosas buenas de usted.
– Ya veo que tú no eres de por aquí… esta tierra no da muchachas tan bien hechas.
– ¡Muy amable! –contestó Nuria agradeciendo el piropo.
– Está viviendo en la casa de Tía Mila –explicó Ángel.
– ¡Ah! ¿Eres la guardia? Es un sacrilegio que os vistan como a los hombres.
– Hemos estado viendo los frutales y Nuria no cree que los atendáis vosotros solos. He pensado yo –continuó Ángel–, que cuando nos lleves la fruta a casa, lo mismo podías prepararle una cestita para ella.
– ¡No, no! ¡Por favor! –dijo Nuria un poco abrumada–. No se moleste.
– ¡¿Que no me moleste?! Ya verás cuando le diga a mi mujer que me ha dado dos besos la moza más guapa de la comarca.
– Raro es que no esté ella contigo –Ángel sabía que siempre iban juntos.
– La ha liado tu madre, con lo de la procesión de la Cofradía y últimamente vengo yo solo.
– ¿Mi padre qué dice?
– No le hace mucha gracia. Pero si no me quito el cacharro éste, consiente.

El cacharro en cuestión era un localizador por satélite igual que el que tenía Ángel. Costó bastante convencer a Joaquín de que aquel aparato no tenía como objetivo vigilarlo para saber si cumplía con su trabajo. El hecho de que Ángel también lo llevase cuando salía al campo, acabó por convencerlo de que podía salvarle de algún disgusto gordo.
– ¡Poneos ahí! que os voy a sacar una foto –pidió Ángel.
– ¡¿Los dos juntos?! –preguntó desconcertado Joaquín.
– Sí. Es para que Angelines te crea. Esta noche te la paso y se la enseñas.
Hicieron unas cuantas fotos, tanto juntos como separados, utilizando en la mayoría de ellas como fondo el hemiciclo emparrado que parecía elevarse hasta las nubes.
Los tres juntos recorrieron el camino central hasta la rampa por la que se accedía al primer rellano. Desde allí el panorama era totalmente diferente. La espaciosa abertura que permitía el acceso a la finca parecía taponada por el escarpado cabezo que separaba las dos fincas, y que desde allí se antojaba en el mismo plano, dando así la sensación de que ésta se encontraba enteramente cerrada.
Volvieron caminado entre las cepas, mientras Joaquín daba todo tipo de explicaciones sobre los cuidados y el mantenimiento. La disposición del riego; la renovación de las parras y la conveniencia de no emparrar con alambre las vides, debido a que allí la uva se recogía a mano.
– Yo pensaba –dijo Nuria– que emparradas con alambres producían más y mejor. De hecho, estaba convencida de que la buena señal de teléfono podría deberse a la especie de antena que se formaría con las hiladas metálicas rodeando la hoya.
– Pues estabas equivocada –intervino Joaquín–. Se emparra para poder recoger con máquina. A mayores, al quedar más alta la hoja, corre mejor el aire y la cosecha mejora. Pero aquí el aire se mueve de forma natural. Hace más fresco aquí abajo que allí arriba, por lo que siempre hay una pequeña brisa.
– ¿Tampoco hay tuberías metálicas? –insistió Nuria.

– No –contestó Ángel–. Ni tubos, ni alambre, ni nada de nada. Ya he pasado el detector. Desde luego no pretendía encontrar chatarra, pero es que no hay nada de nada. Ni paquetes de tabaco, ni cartuchos ni siquiera herraduras viejas. Mantiene la señal del detector en un tono medio en todos los sitios. Solo en los dos bancales más altos, la señal se pierde. En una ocasión cavé con la retro hasta más de un metro, para ver si había algo profundo. Pero no encontré nada, la señal seguía siendo la misma a cualquier profundidad.

Regresaron a la entrada de la finca y allí, después de que Ángel recordara a Joaquín que a Nuria también le gustaban las moras, se despidieron de él. Los últimos dibujos que faltaban por ver estaban grabados en la parte superior de una de las dos rocas a las que se había adosado la nave. El acceso resultaba fácil incluso para Joaquín que fue quien, en su día se lo enseñó a Ángel.
Todos los grabados eran una copia de los encontrados hasta entonces, con una excepción: parecían estar circunscritos dentro de una circunferencia de algo menos de un metro de diámetro. A Nuria se le antojaba que aquel redondel tendría, como en las figuras anteriores, unas medidas perfectas.
Estuvieron allí arriba poco más de diez minutos tratando de relacionar los dibujos con algún detalle del paisaje. Haciendo suposiciones y cálculos aproximados de las interrelaciones de aquellos dibujos, que si una cosa había dejado clara, es que no se trataba de petroglifos. Es decir, no habían sido grabados por los pueblos prehistóricos de la época del neolítico.
Ahora quedaba por descubrir qué eran en realidad. Nuria había observado y analizado todos aquellos datos, pero los había dejado en un segundo plano. Estaba segura de que Ángel le proporcionaría mucha más información de la que ella hubiera podido asimilar en el transcurso de la jornada. Lo que él le había dicho era cierto. Se trataba de hacerse una idea general para irlo asimilando con calma.
En las últimas horas, Nuria había estado viviendo en otro mundo. Nada que ver con su monótona y poco gratificante vida cotidiana. Desde que empezó la excursión no se había vuelto a acordar del cuartel ni de su traslado forzoso. Ni de los estudios y la falta de expectativas. Efectivamente, el chico tenía mucha suerte con las cartas que le había dado la vida… tendría que jugarlas, por supuesto, pero contaba con muchos triunfos y un buen cerebro.
– ¿Tienes alguna teoría sobre todo esto? –preguntó Nuria mientras comenzaban a descender de lo alto de la roca.
– Tengo varias. A cada cuál más descabellada. Pero no me gustaría que condicionasen las tuyas. Por lo que de momento prefiero no comentarlas.
– A mí por ahora no se me ocurre nada. Estoy completamente desconcertada. He de reconocer que la realidad ha superado en mucho la idea de lo que yo pensaba iba a ser el día de hoy… no solo por lo misterioso y enigmático del entorno, sino también porque me lo he pasado muy bien. He disfrutado de una forma que ayer me hubiera resultado inimaginable. Te agradezco mucho que me hayas invitado…. y a Tanya, que hiciera comida para mí sin conocerme. Y a tu padre por la moto, y a Joaquín…
– ¡Bueno… bueno! ¡Para el carro! Que no te vas a la guerra… como mucho al cuartel. Y aunque sea jodido, supongo que te dejarán libre algún día y podremos repetir la excursión.
– ¡¿Lo dices en serio?! A mí me encantaría. Podemos volver a buscar piedras de cuarzo rosa.
– Perfecto –concluyó Ángel mientras se montaba en la moto y se disponía a colocarse el casco–. A ver si con un poco de suerte se te olvida el bikini.
– ¡Ya! –dijo Nuria mientras le daba una cariñosa colleja–. ¡Anda…, tira! No lo estropees.

Aquella noche, como casi todas las noches, Ángel conectó el sistema de vigilancia y estuvo observando las actividades de su vecina. Si embargo, en esta ocasión solo se limitó a observarla. Después de poner un CD en el equipo de música, se acomodó frente a la pantalla del ordenador y se quedó mirando hasta que Nuria se acostó.

9

Nuria se encontraba rellenando el informe de su última actuación en el monte. Habían encontrado un quebrantahuesos muerto, y seguramente había sido envenenado.
En Valdejuncas resultaba bastante habitual tener problemas con los vecinos por cuestiones relacionadas con especies protegidas. Aquellas tierras solo eran aptas para la ganadería, y a eso se venían dedicando sus habitantes desde tiempos inmemoriales.
Les había costado mucho tiempo y trabajo desterrar al lobo de sus tierras, para que ahora tuvieran que mantenerlo con su ganado.
A pesar de que oficialmente, la administración tenía que pagar los destrozos que los lobos hacían, lo cierto es que solo conseguían cobrar una cuarta parte de los animales que perdían. La complejidad del papeleo unida a la dificultad de presentar pruebas contundentes, ya que la mayoría de estos ataques se producían en la montaña, hacía que los ganaderos tuvieran muy poca confianza en la Administración.
Por si fuera poco, cuando se producía algún ataque, los funcionarios ejercían de abogados de los lobos, tratando a los ganaderos como si fueran delincuentes.
En este ambiente hostil, los ganaderos se habían visto abocados a usar las únicas armas que podían: los venenos.
Si sus tatarabuelos hubiesen tenido que luchar contra enemigos armados y hubieran tenido que defender su ganado, habrían utilizado otras armas. Pero a ellos no se les permitía ni usar armas, ni defender su ganado. Por lo que, a sabiendas de que existirían daños colaterales, se defendían de la única forma posible.

Aquel quebrantahuesos era uno de aquellos daños colaterales. Por muchas patrullas del Seprona que pusieran, esa guerra la tenían perdida. Y lo peor de todo, como en todas las guerras, es que las victimas más numerosas eran ajenas a la contienda.
Tratar de investigar la autoría de los envenenamientos era perder el tiempo. Por más que desde la Jefatura se apremiase a los agentes, nunca conseguirían otra cosa que la animadversión de los vecinos.
Aun así, los agentes tenían que hacer una investigación y después redactar un informe. Y en eso estaba Nuria cuando vino a buscarla Torregrosa.
– Deja lo que estés haciendo, que nos vamos –dijo nada más entrar en la oficina.
– ¡¿Dónde…!? Hoy no hay patrulla –contestó Nuria sorprendida.
– Tenemos que ir de tiendas.
– ¡¿De tiendas…?! Explícate mejor que no tengo ganas de hacer el gilipollas.
– Te lo cuento por el camino, que vamos en coche. No hace falta que te pongas el uniforme. Vamos bien así.
Nuria tardo unos minutos en prepararse, y cuando salió ya la esperaba su compañero en el coche con el motor en marcha.
En realidad la misión no parecía urgente en absoluto y como confesó más tarde Torregrosa, a él le parecía una tontería.
Las prisas por salir zumbando del cuartel se debían al desmesurado interés que había mostrado el teniente por un asunto tan nimio. Durante la conversación telefónica que había

tenido estando Torregrosa presente, al teniente lo único que le había faltado era ponerse firme. Su interlocutor tenía que ser por lo menos un coronel.
– ¡Bueno...! ¿Me lo vas a contar, o tengo que adivinarlo?
– ¡Estaba acojonado! –dijo Torregrosa–. No sé con quién hablaría el teniente, pero sudaba como un cerdo.
– ¿Pero era un militar o un civil?
– ¿Cómo quieres que lo sepa? No era una videoconferencia.
– ¡Joder, Torre! Por el tratamiento. Si decía "si mi comandante, o no mi capitán" está claro que hablaba con un superior. Pero si decía "si señor, o si señora"…
– Decía "vuecencia", "si vuecencia… a la orden de vuecencia" ¿Sería el obispo?
– ¡Que hostias de obispo! ¡Era un general! Desde luego Torre, no tienes arreglo. ¡Mira que no conocer los tratamientos!
– Para la falta que me van a hacer. ¿Tú has hablado con algún general alguna vez?
– ¡Bueno, resume¡ Cuéntame todo, pero resumido.
– Debe tratarse de piratería informática o algo así. Tenemos que visitar todas las tiendas de informática y similares. Ahí en la carpeta está la orden. Ya nos han dado el listado... hay por lo menos veinte pueblos.
– Dieciocho, pone aquí. Y tiendas…, cuarenta y tres. ¿No tendremos que hacerlo todo hoy?
– No. Tenemos toda la semana. También nos han dado formularios con las preguntas que tenemos que hacer.
Nuria echó un vistazo a los papeles mientras Torregrosa tomaba la desviación hacia la Venta del Puerto, que era el primer destino de su ruta. Allí solo había un establecimiento que visitar por lo que si no tenía muchos clientes, tardarían poco en rellenar el formulario. El teniente había insistido en actuar con absoluta normalidad. Esperar el turno y no mostrar interés pon ninguna pregunta en especial.
Cuando Nuria terminó de leer todos los papeles que había en la carpeta, tenía muy claro que no se trataba de ningún tema de piratería informática.
– Esto tiene toda la pinta de ser una inspección de hacienda. O en el peor de los casos una encuesta comercial.
– Lo mismo el general tiene una empresa de consumibles y nos va a utilizar a nosotros para aumentar sus exiguos ingresos.
– No nos queda más remedio que hacerlo, pero no seré yo quien ponga trabas a Internet. Todas estas preguntas, en principio parecen una chorrada. ¿No escuchaste nada que pudiera indicarnos por dónde van los tiros?
– No. En realidad no presté demasiada atención a la conversación.
– Es que si supiéramos lo que buscamos…
– Tampoco te comas el coco –interrumpió Torregrosa–. Mayores estupideces hemos tenido que hacer. Yo prefiero hacer esto antes que poner denuncias.
– A mí es que me jode que nos traten como a subnormales. No me explico el motivo de tanto misterio. Tiene que haber alguna razón para que no sepamos lo que se busca. La piratería la podemos descartar ya de entrada. En el cuestionario hay cinco preguntas que aluden a las fuentes de alimentación.
– Pues eso… como no sea a los de Iberdrola o a los seguros. No sé a quien coños va a importarle.
– Y otras nueve –continuó Nuria–, se refieren al disco o discos duros… grabadoras; dos. CD; otras dos. DVD, también dos. Adsl; tres… luego hay unas cuantas respecto a los clientes, y otras pocas a las facturas y fechas.
– Concretando: que como tengamos que comprobar los datos, nos podemos pasar una hora en cada visita. ¡Pues venga! No le des más vueltas que no nos pagan para pensar.

Cuando regresaron al cuartel habían visitado cuatro pueblos y tan solo cinco establecimientos. Como no tenían que presentar el informe hasta el viernes y todavía faltaban algunos minutos para finalizar el servicio, se dedicaron a organizar el recorrido de los próximos días.
Nuria dejó que su compañero planificase las rutas sobre un mapa, mientras ella observaba cada uno de los puntos marcados, tratando de intuir algún significado a todo aquello. En principio, lo único resaltable de aquel mapa era lo irregular del trazado. Normalmente cuando se acota una zona de búsqueda, se define el centro y a partir de ahí se dibujan círculos concéntricos, que se amplían gradualmente. Sin embargo el dibujo delimitado por Torregrosa presentaba formas irregulares que excluían amplias zonas dentro de un hipotético y lógico círculo.
Nuria recogió la copia del mapa que acababa de imprimir su compañero y la metió en el bolso sin intención de volver a mirarla. Su compañero era así de meticuloso. Hacía copias de toda la documentación que caía en sus manos. Y si era menester, se llevaba el trabajo a casa para ir adelantando.
Convencida de que al día siguiente Torregrosa traería un elaborado plan de trabajo, del que se sentiría muy orgulloso, recogió su bolso y se despidió de él. Al pasar por el cuerpo de guardia, saludó a su amiga Esther, que acababa de entrar de servicio.

El coche de Nuria era una verdadera cafetera. La calefacción estaba estropeada y soltaba aire caliente continuamente. Aunque cerrase todos los deflectores, aquello seguía calentando. En invierno no importaba nada. Pero en verano, a pesar de abrir todas las ventanillas, era un horno.
Estaba terminando de ducharse, cuando sonó el timbre de la puerta. Se quedó bastante sorprendida porque no esperaba ninguna visita y no estaba en condiciones para recibir a nadie. El único candidato posible era Ángel. Pero de ninguna manera iba a abrirle la puerta envuelta en una toalla. De nuevo volvió a sonar el timbre, y entonces se dio cuenta de que se encendía una lucecita junto al interruptor de la luz, que no era otra cosa que un terminal del portero automático que, cómo no, también estaba instalado en el cuarto de baño. Pulsó el botón y se encendió una pantalla perfectamente integrada en el espejo del mueble del baño. Con una claridad inusual en ese tipo de aparatos, observó a una mujer rubia y algo rellenita, de unos cuarenta y tantos años, que portaba una cesta de mimbre tapada por un trapo.
– ¿¡Sii!? –preguntó Nuria, pensando que se trataba de una vendedora.
– ¡Hola Nuria! –contestó la señora–. Soy Tanya. Me ha encargado Ángel que te entregara esto.
– Disculpe Tanya! Enseguida le abro.
En unos pocos segundos, Nuria abría la puerta e invitaba a entrar a Tanya. Hacía mucho calor y la señora llevaba algunos minutos a pleno sol, esperando para cumplir el encargo.
– ¡Pase, por favor! Discúlpeme… estaba en la ducha.
– ¡Lo siento! Es que no sé que horarios tienes. Esto lo ha traído Joaquín para ti –retiró el paño que cubría la cesta, mostrando el singular bodegón confeccionado de forma exquisita. En el centro de la cesta, tres aterciopelados melocotones de un deslumbrante color amarillo anaranjado, rodeados de una primera fila de brevas verdes y otra de brevas negras de cuello dama. Y todo el conjunto salpicado con moras de diversos tamaños.
– ¡Madre mía! Pero este hombre… –exclamó Nuria completamente anonadada.
– Se ve que le has gustado. Dos o tres días a la semana trae fruta. Pero yo nunca había visto esto.

– Nos conocimos el sábado –explicó Nuria–, Ángel le dijo que yo había elogiado el mantenimiento de la josa y que si podía, que me trajera algo de fruta para mí. Pero yo no esperaba esto de ninguna manera… ¡A propósito! Muchas gracias por la comida campestre. Todo estaba riquísimo y la leche frita deliciosa.
– No tiene importancia. El niño vino muy contento. Me pregunta Joaquín que si me lo puede dejar todo a mí y que luego yo te lo haga llegar a ti. No sé… si vengo con la fruta y no estás… puedo dejarte una nota en el buzón y bajas tú a la casa.
– ¡Ya! Si está usted, no me importa. Y si está Ángel, tampoco. Pero al padre de Ángel no lo conozco. Me daría mucha vergüenza…
– Si me das tu número de teléfono, yo te pongo un mensaje cuando haya fruta. Después tú me llamas y lo acordamos.

Tanya hablaba muy bien español, aunque el hecho de conocer tantos idiomas como su marido, algunas veces le llevaba a expresarse de forma un poco extraña. Tomó nota del teléfono y se despidió de Nuria que continuaba sujetándose la toalla con una mano, mientras cerraba la puerta. Llevó la fruta a la cocina y colocó la cesta sobre la encimera. Era todo un detalle de aquel hombrecillo alegre y vivaracho. Tanya tampoco era como se la había imaginado. En los pocos minutos que había hablado con ella, le había parecido encantadora.
Tanya; Joaquín, Ángel. En pocos días su concepto del pueblo había cambiado de forma radical. Hasta la semana pasada, para ella todo aquello no significaba más que otro destino provisional donde pretendía ser una pasajera desapercibida. No creía ni pretendía tener mucho en común con aquella gente, apegada a su tierra desde hacía cientos de años. Nacer y morir allí, sin otra expectativa que trabajar y acumular dinero, no era lo que ella esperaba de la vida.
Sobre todo acumular dinero. A pesar de que ellos no hicieran alarde de ello, tenía que reconocer que al principio, le había molestado… más que molestado; le había llegado a doler que aquella gente hubiese tenido el atrevimiento de alquilar aquella casa. Y eso que ella era la más beneficiada. Pero parecía un verdadero insulto que alguien fuera sobrado de todo aquello, hasta el punto de alquilarla, con el riesgo que ello supone hoy en día.
Empezaba a darse cuenta de lo mucho que tenían que haber influido las opiniones de los curas. Ángel tenía razón. Sería muy apropiado visitar al cura para agradecérselo.

Vestida con una camiseta larga de cuello tunecino, de manga corta y color lila a juego con el tanga, se dispuso a calentar la comida que había dejado preparada la noche anterior. Casi siempre comía en la cocina. La mesa estaba colocada frente al holgado ventanal por el que por las mañanas, entraba el sol a raudales permitiendo que los desayunos de verano resultaran verdaderos homenajes. Por encima de los tejados cercanos, podían divisarse las verdes montañas que cerraban el valle por el sur y por el este, alejadas del pueblo apenas veinte kilómetros.
El mantel solo ocupaba la mitad de la superficie de la esplendida mesa castellana construida con madera de haya y teñida de color nogal. La otra mitad de la mesa la ocupaba el ordenador portátil, que Nuria conectaba nada más llegar a casa.
Le gustaba leer el correo mientras comía. Era una costumbre heredada de los tiempos en que desde las ventanas de su domicilio, solo veía ventanas de otras casas.
No había ningún mensaje interesante, aunque alguno de ellos resultaba bastante divertido. Cuando termino de abrir todos los mensajes, metió el CD que le había dejado Ángel y estuvo explorando todos los archivos sin detenerse demasiado en ninguno de ellos. Como no disponía del programa de AutoCad, Ángel le había pasado algunos pantallazos a jpeg para que pudiera ver las imágenes.

Le llamó la atención una en la que Ángel había hecho un montaje con los dibujos de Autocad y la foto aérea de google.
Cuando terminó de comer, recogió la mesa y colocó sobre el mantel la cesta con las frutas que le habían regalado. Le invadía una sensación extraña y muy agradable al saborear aquella fruta que sabía que había sido cortada para ella. Si ya resultaba poco habitual disfrutar del sabor de la fruta recién recogida del árbol, menos aún era que la hubieran escogido para ella.
Paladeando las purpúreas brevas cuya piel empezaba a rajarse por haber llegado a su punto máximo de maduración, sus pensamientos volaban entre los árboles; los senderos y las acequias de la lozana josa por la que había estado paseando un par de días atrás.
Contemplando la pantalla del ordenador se mantuvo cavilando durante tanto tiempo que si Ángel la hubiese estado espiando pensaría que se había dormido.

En aquellos momentos, Ángel se encontraba trabajando. El compromiso adquirido con su madre y el cura le mantenía muy ocupado últimamente. Prácticamente había terminado de montar las nuevas andas para la virgen. Faltaba lijar la madera y barnizarla. Esto último lo haría utilizando un barniz con algo de tinte para que la madera diese la impresión de antigüedad.
Ahora quedaba lo más complicado. Traspasar la imagen de la virgen y su pesado pedestal, desde las podridas andas a las nuevas. Para evitar accidentes irreparables, decidió desmontar la imagen del pedestal y trabajar con ellas de forma independiente. La intención era levantar el esférico pedestal; sacar las andas viejas; colocar las nuevas debajo y volver a bajar la esfera.
El polipasto era capaz de levantar un coche con cuatro personas dentro. Y las cinchas estaban homologadas para mil quinientos kilos cada una. Para curarse en salud pensaba usar cuatro, por lo que el trabajo parecía plenamente seguro por la parte que a él le correspondía.
Las dudas venían por la otra parte. Podría ocurrir que la esfera estuviese construida solamente con yeso. O con barro cocido recubierto de yeso y que no aguantase la presión de las cinchas y se hiciera añicos. Todavía tenia tiempo suficiente para asegurarse de que la robustez de la enorme canica, antes de tomar una decisión.
Como a cualquier hijo de vecino, lo primero que pensó fue colocar en el taladro una broca de las de atravesar paredes y metérsela hasta el corazón, para comprobar su composición.
¿Qué podía ocurrir? Esa era la gran pregunta. Ángel ya había desechado la idea de que el yeso estuviese cubriendo una bola de oro o cosa parecida. Cuando le pasó el detector en la iglesia se le esfumaron todas las ilusiones, pero él seguía teniendo muchas dudas.
En primer lugar estaba la lógica. No tenía ninguna lógica emplear un pedestal tan grande y tan pesado para colocar sobre él a una imagen que apenas pesaría tres o cuatro kilos. Menos aún cuando su objetivo era andar paseándola a hombros por el pueblo.
Y luego estaba lo ilógico. Aquellas varas desconchadas que tanto preocupaban a don Cosme, escondían bajo el recubrimiento de yeso, un esqueleto metálico. Una barra de poco más de un centímetro de diámetro, que presentaba la textura del acero inoxidable o de la plata pulida, y que sin embargo el detector de metales no identificaba.
Hacía unos años, la madre de Ángel le había regalado por carnavales, un disfraz de mosquetero con un florete de plástico que imitaba perfectamente el acero brillante. Eso quería decir que no es oro todo lo que reluce, pero de ninguna manera que las varas de la virgen, confeccionadas como mínimo hacía trescientos años, fueran de plástico.
Además, cabía la posibilidad de que la esfera fuese en realidad un contenedor y que dentro tuviese algo escondido.

Había ocurrido en otras ocasiones, que para salvaguardar alguna talla valiosa o para esconder las joyas o el oro de los expolios de los ejércitos invasores, éstas se cubrían con materiales poco valiosos y de aspecto poco atractivo para evitar el saqueo.
Quizá dentro de aquella esfera se escondía alguna valiosa talla con la imagen original de la virgen, que en su día fue sustituida por la que todos conocían y que ciertamente era una birria de imagen.
Tenía que recapacitar más sobre todo aquello, pero sería otro día. Se le había ido el santo al cielo y sin darse cuenta se le había echado encima la hora del ensayo.

Cuando Ángel llegó al teatro todavía faltaba bastante gente por llegar. El trajín en el escenario era muy parecido al del resto de los días. Cada cual trataba de tener preparado el atrezo y ultimaba los detalles aleccionando a los técnicos para que las luces, la música o los decorados estuviesen al gusto de cada uno. Era una labor prácticamente imposible, el que todos se pusieran de acuerdo, pero cada uno argumentaba su opinión de forma contundente. Los preparativos de un ensayo siempre se convertían en un guirigay provocado generalmente por el nerviosismo, las bromas de algunos y las ocurrencias de otros.
En el patio de butacas, Nemesio y Ángel Luís buscaban la forma de solucionar el problema de la última escena. Los dos estaban convencidos de que eliminar esa escena dejaba la obra inconclusa. No se trataba de cambiar cualquier escena de la obra. Todo lo anterior no tenía ningún sentido sin ese final. De hecho ese final había sido el principio del argumento. Habían tomado como referencia esa escena, y a partir de ahí habían ido concibiendo las anteriores.
A medida que, en el escenario, cada uno resolvía sus asuntos propios, iban bajando al patio de butacas para reunirse con los que trataban de resolver el problema que incumbía a todos. Incluso descartando el tema del beso final, que podría ser sustituido por una abrazo aunque quedase una chapuza. La guerra de pianos se antojaba inviable.
Seguramente podrían encontrar a media docena de mujeres que supieran tocar una pieza tan complicada, pero sería necesario enseñarles a interpretarla en el contexto de la escena. Y no había demasiado tiempo para eso.
Por si fuera poco, una cosa es tocar el piano y otra muy distinta representar el papel que entrañaba. Si la música no iba respaldada por una buena actuación de los dos personajes, aquello podía acabar en desastre.
Examinaron minuciosamente cada una de las posibles actrices, evaluando las posibilidades de que aceptaran representar el papel y las razones por las que declinarían el ofrecimiento.
El panorama se presentaba bastante negro incluso con las candidatas menos adecuadas para aquella escena, tanto por edad como por aspecto físico.
Se hacía necesario conseguir a alguien, en esa misma semana o tendrían que modificar el resto de la obra.
Hasta entonces seguirían ensayando Tere y Masun el papel de Araceli. Todavía quedaba la posibilidad de que aquel remiendo diese buenos resultados. Primero probarían a ver que tal quedaba así, y en el caso de que siguiera adelante, buscarían la forma de conseguirle el tiempo necesario para poder caracterizarse.
Durante el primer acto, Ángel solo tenía que poner la música en los primeros cinco minutos. Después no tenía nada que hacer hasta la mitad de segundo acto, por lo que se bajaba del escenario y se sentaba junto a Ángel Luís.
Nada más sentarse, sonó el móvil de Ángel. A pesar de que en la puerta de la sala había un cartel que pedía que se apagasen todos los móviles, en los ensayos no lo hacía nadie. En alguna ocasión incluso contestaban al teléfono mientras se encontraban en escena. Por lo que el hecho de que sonara un móvil, no interrumpía en absoluto el ensayo.

Ángel miró la pantalla para saber quien le llamaba y le sorprendió que fuera Nuria. Colgó la llamada y salio a vestíbulo para llamar desde allí.
– ¡Hola Nuria! Disculpa que te haya colgado, pero es que estaba en el ensayo.
– ¡Lo siento! No se me ocurrió….
– No te preocupes. Me has pillado en un buen momento. Falta un buen rato para que tenga que volver al escenario. ¡Cuéntame…!
– Lo de la fruta, espectacular. Cuando veas a Joaquín le das las gracias de mi parte…te llamaba porque estuve viendo el CD que me dejaste… y tengo una idea. Cuando tengas tiempo quedamos y te la cuento.
– Ahora puede ser buen momento. ¿Puedes venir tú aquí?
– ¡¿Pero no estáis ensayando?!
– Si. Pero no hay problema. Además si la idea es buena, cuanto antes mejor. ¿Sabes dónde es?
– El teatro está junto al casino, ¿no?
– Si. Pero hay que entrar por el bar. No tiene pérdida. Al fondo del local hay unas puertas dobles de cristal que dan al jardín. Nada más salir, te das cuenta de dónde está la entrada. Yo te espero en el vestíbulo.
– ¡Vale! En cinco minutos estoy ahí

No fueron cinco sino diez, los minutos que tardó en llegar hasta el bar del casino. Preguntó al camarero por el teatro, con el único objetivo de no parecer mal educada y cruzar por allí como Pedro por su casa. Pero con las indicaciones de Ángel habría sido suficiente.
El casino; el bar; el jardín; el teatro y la piscina cubierta climatizada formaban parte de un fideicomiso a cargo de la Cooperativa.
La historia de los propietarios era una de las más dramáticas del pueblo. El matrimonio venía de una familia castigada por algún tipo de enfermedad, quizá congénita, en la que sus miembros tenían una esperanza de vida inferior a los cincuenta años. Quizá por ese estigma es por lo que se habían casado, siendo como eran, primos carnales.
Conocedores de la lacra familiar se habían puesto en manos de una vanguardista clínica especializada en genética para conseguir concebir hijos sanos que perpetuasen sus apellidos.
Un cúmulo de circunstancias y de mala suerte concluyó en un desastroso parto con el resultado de parálisis cerebral en el bebé y esterilidad en la madre. Nunca llegaron a reponerse totalmente de aquella desgracia, pero se volcaron en proporcionar a su hijo la mejor vida que pudieran darle. La piscina climatizada para que hiciera ejercicio y el cine donde el chico se pasaba las horas viendo películas. Conscientes de que su hijo les sobreviviría, quisieron dejar todo bien atado para que fuera lo más feliz posible. Y a fe cierta que lo consiguieron.
Vivía en su casa de siempre, con un matrimonio asturiano que lo querían tanto como al hijo que se le había matado en la mina. El hombre también había trabajado en la mina hasta que se jubiló por culpa de la silicosis. La pensión cada año resultaba más raquítica y la esposa no despreciaba ningún tipo de trabajo que le ofrecieran. De esa forma llegó a Fontoroz a vendimiar casi por casualidad, y allí se había quedado. Sus creencias religiosas y su devoción a la Virgen la llevaron a conocer a la madre de Ángel. A partir de ese momento, la vida de los asturianos dio un giro de ciento ochenta grados y a Vicente de Benito, el paralítico cerebral, se le abrieron las puertas del cielo.

———————

Nuria avanzó por el amplio corredor cubierto, adosado a las fachadas de los dos edificios que formaban un bello rincón al abrigo de los vientos del norte y del oeste.
Cuando entró en el espacioso vestíbulo, la diferencia de iluminación le hizo permanecer unos segundos quieta, sin saber a dónde dirigirse. Casi al instante se abrió la puerta de la sala y Ángel le dijo:
– Pensé que te habías perdido.
– Lo siento. Me entretuve arreglándome un poco.
– Es que ahora, en unos minutos tengo que poner los efectos especiales. Pasa y te sientas, que termino enseguida.
No te preocupes, que no tengo prisa. ¿No importará que me quede a ver el ensayo, verdad?
– En absoluto.

Ángel la acompañó hasta el sitio donde estaba Ángel Luís, y que según él era el lugar ideal para ver la función. Sin levantar mucho la voz, le dijo a Nuria que se sentara en la primera butaca de la fila, al otro lado del estrecho pasillo. Agachándose un poco para colocarse a la altura de las cabezas de los que estaban sentados y en voz baja para que ella no oyera, le dijo a Ángel Luís a modo de presentación.
– Es Nuria, la picoleta. ¡Me voy que ya me toca! –y salio corriendo para poner los efectos especiales.
Como los ensayos se encontraban muy avanzados, apenas se producían interrupciones puntuales. De vez en cuando, Ángel Luís hacía alguna corrección referente a alguna frase o palabra que no coincidía con el texto del libreto.
A pesar de que no se lo había presentado, Nuria dedujo que aquel señor que estaba sentado a poco más de un metro de ella, y que constantemente vigilaba el desarrollo de la obra, sería el Director.
Nuria se mantenía muy pendiente de la representación, pero de vez en cuando miraba de reojo al que suponía padre de Ángel, para tratar de formarse una idea del carácter de aquel hombre al que parecía adorar todo el mundo menos su esposa.
Utilizaba gafas de ver de cerca, por lo que andaría cerca de los cincuenta años. Algunas canas en la abundante melena recogida en una cola de caballo, y una voz demasiado grave para su tamaño y corpulencia.
Le recordaba a un profesor de historia del arte que tuvo en el instituto. Su aparente candidez no compaginaba con sus cargos y sus obras. Excesivamente pacato como para dirigir una empresa que movía tanto dinero como la Cooperativa. Sin embargo, como director de teatro parecía muy capaz. La obra discurría con un ritmo constante, manteniendo al espectador continuamente pendiente y en tensión.
Cuando llegó la tan debatida última escena, Tere hizo una interpretación bastante correcta de los dos cuadros que le correspondían, pero a Masun no le dio tiempo a caracterizarse. Solo tuvo tiempo de cambiarse de vestido y zapatos y ponerse la peluca.
Interpretó su papel al piano decentemente; muy bien los pasos de baile y frígido el simulacro de beso con que se cerraba el telón.

Nada más terminar, Ángel Luís se levantó de su butaca y se dirigió a Nuria, que también se puso de pie.
– ¡Hola…! yo soy Ángel Luís… ¿qué te ha parecido?
– Yo Nuria.
– ¡Ya! Ángel me dijo quien eras, pero no tuvo tiempo de presentarnos. Él lo ha hecho muy bien. Como siempre. Aunque hoy nadie estaba pendiente de la música. Nos preocupaba el resto de la escena.

– A mí me ha gustado mucho. Yo no había estado nunca en un ensayo de estos. A pesar de no haber visto la primera parte estoy segura de que tendréis un gran éxito.
– Pues serás tú la única que lo crea. No hay más que ver la reacción de la gente para darse cuenta de que así no vamos a ningún sitio.
Mientras Ángel desconectaba el equipo de música y bajaba del escenario para reunirse con Nuria y Ángel Luís, el resto de los actores intercambiaban opiniones sobre la posibilidad de continuar trabajando sobre ese deslavazado final.
– Supongo que ya os habéis presentado vosotros mismos –dijo Ángel nada más llegar.
– Estás disculpado –contestó Nuria.
– Me comentaba –siguió Ángel Luís–, que a ella le ha gustado mucho. Supongo que lo hace por darnos ánimos.
– Lo digo como espectadora. Yo no puedo saber si ha habido fallos de interpretación, porque desconozco la obra. Pero esa escena final que va cambiando del color rojo al azul turquesa, con los dos actores peleándose desde sus teclados con un in crescendo de Sherezade en las Mil y una noches de Scheykosky, me ha parecido sublime.
– ¡Joder! –dijo Ángel Luís, que se había quedado escuchándola con la boca abierta–. Para ser solo una espectadora, lo has pillado bastante bien.
– Es que, entre otras virtudes, Nuria es una gran pianista. Su primer concierto en el pueblo fue muy comentado –Ángel no podía decir que la veía tocar casi a diario en su casa.
– ¡¿Lo estás diciendo en serio!? ¿Qué has dado un concierto, y yo no me he enterado?
– ¡Bobadas de Ángel! –minimizo Nuria– Se lo habrá contado Casilda.
– Nosotros hemos perdido a la actriz que tocaba el piano. Por un tema embarazoso… Vamos, que va a parir dentro de poco. Y necesitamos sustituirla de forma perentoria… Nos harías un gran favor.
– ¡Que va, que va! De ninguna manera. Nunca me he subido a un escenario. Me da mucha vergüenza. ¡Que no… que no! Lo siento.
– No dejes que te líe –intervino Ángel cogiéndola suavemente del brazo para llevársela de allí–. Ya se les ocurrirá algo. Siempre hay problemas y siempre acaban solucionándolos.
– ¡Piénsatelo por lo menos! –gritó Ángel Luís mientras se alejaban hacia el vestíbulo.

Pidieron unas coca–colas y se sentaron junto a una de las mesas del fondo. Resultaba el sitio idóneo para trabajar con el portátil. No estaba muy iluminado y no había mucho ruido. Y si era necesario podían conectar el ordenador a uno de los enchufes de la pared. La mesa era lo suficientemente grande como para esparcir sobre ella varios folios con los dibujos que iban a estudiar.
Basándose en la documentación del CD, Nuria había elaborado una serie de dibujos y esquemas que fue mostrando a Ángel de forma correlativa. Desde el primer momento Nuria había partido de la idea de que el gran enigma no fuera otra cosa que una gigantesca y antidiluviana antena.
Las sospechas habían surgido aquella misma tarde, mientras recordaba con regocijo las agradables experiencias vividas con Ángel, durante la excursión. Al recapacitar sobre lo que había visto y oído, le llamó la atención un detalle que en su momento no había considerado importante.
La señal del teléfono móvil. Ángel dijo, y ella comprobó, que dentro de aquella especie de ciclópea sartén la señal se recibía como si estuviesen junto a la antena.
Se trataba de un tremendo agujero desde cuyo fondo no se veía otra cosa que el azul del cielo. Recordaba cómo ella misma había hablado de los rebotes como posibles causantes de aquella anomalía.

Ciertamente no había otra posibilidad de que la señal llegase hasta allí, que no fuera rebotada. La pregunta era, ¿desde dónde?
Independientemente de que una señal rebotada tiene que llegar con menos intensidad que la que origina el rebote, en este caso estaba comprobado que en los alrededores no había señal.
Sin embargo, tanto Ángel como Joaquín acostumbraban a llevar un dispositivo de localización vía satélite que cumplía su misión sin problemas. Eso fue lo que hizo que a Nuria se le encendiese una lucecita en la zona de cerebro donde no habitan las fantasías porque todo su espacio lo ocupa la ciencia pura y dura. Cuando llegó a este punto de su hipótesis, Ángel ya tenía muy claro que la señal venía, rebotada o no, desde un satélite en órbita. La pregunta no se hizo de esperar. Si la señal llegaba desde el cielo, ¿por qué solamente se recibía en esa finca, y en los alrededores no?
Aquí es donde entraba en juego el argumento de Nuria. No se trataría de una obra inacabada. En su momento, la antena se construyó por completo y estuvo funcionando. De hecho funcionaba actualmente. Captando la señal telefónica y posiblemente cualquier otra señal. Allí existía una antena completamente operativa a pesar de no disponer de ningún apantallado artificial.
Nuria había considerado la posibilidad de que originalmente se hubiera construido como cualquier antena convencional y que con el paso del tiempo todos los vestigios metálicos o artificiales hubieran ido desapareciendo o hubiesen sido expoliados. Pero de ser así, en la actualidad no se podría recibir ningún tipo de señal.
Cabía la hipótesis de que existiese una pantalla metálica debajo de la tierra de cultivo. Había que tener en cuenta que de ser cierta la probabilidad, estábamos hablando de una civilización anterior a la nuestra y previsiblemente mucho más avanzada.
Podrían haber previsto, igual que los egipcios, la posibilidad del expolio bárbaro y destructivo de futuros pobladores, ignorantes o necesitados de reutilizar materiales que podían convertirse en utensilios valiosos.
Podía ocurrir incluso, que esa hipotética pantalla estuviera hecha de algún metal noble.
– Eso hay que descartarlo. –dijo Ángel completamente seguro-. Yo he hecho varias catas con la retro, y solo ha salido tierra. Tendría que estar a más de tres metros de profundidad. Además semejante cantidad de metal, podría medirse con el detector.
– Pero dices que el detector da lecturas extrañas ¿no?
– Si. Pero no de ese tipo. Si fuera un ordenador, sería como quedarse colgado.
– Es que si analizamos lo que sabemos ahora, podría ser que el detector sufriera interferencias…
– Para salir de dudas tendríamos que explorar el Silincio con un georadar.
– Ya… no me irás a decir que también tienes un georadar.
– No. Todavía no. Aunque algún día, quién sabe… podríamos alquilarlo, no cuesta mucho.
– ¿Qué es para ti “no mucho”? –preguntó preocupada Nuria
– No sé… quinientos euros.
– ¡Joder tío! ¿Pero tú, cuánto crees que gana un guardia civil…? Mejor primero vamos a comprobar una cosa y después nos plantearemos lo de gastarnos la pasta.
– Yo no estaba pensando que tú pusieras dinero. Lo pondría yo, o en todo caso mi padre. Al fin y al cabo la finca es suya. Si encontrásemos algo que tuviera valor, tendríamos que dividirlo en tres partes, por lo que si él no ha puesto nada en todo esto, lo normal sería que pusiera el dinero… ¿Qué es lo que quieres comprobar primero?
– La composición del terreno. Esa tierra tiene algo especial que no tienen las tierras de alrededor. Tenemos que recoger unas muestras y llevarlas a analizar. Tengo un amigo en la Científica que nos lo haría gratis. De paso, intentaré conseguir un rastreador de señales

para inspeccionar toda la zona. Si conseguimos hacer un mapa del rango de frecuencias, lo mismo no nos hace falta nada más.
– Analizar la tierra puede que sirva de algo. Nosotros no le hemos hecho nunca porque da unas uvas excelentes y no tendría sentido modificar el suelo para intentar mejorar el producto. Pero lo del rastreador de señales no va a servir de nada. Ya he probado yo con un scanner de radio y no daba nada.
– ¿Cómo que has probado tú con un scanner de radio? Un scanner de radio es lo mismo que un rastreador de señales. Son aparatos que cuestan más de cinco mil euros y que ni siquiera sirven para hablar. ¿De dónde has sacado tú un aparato de esos?
– Mi primo Pedro era informático. Tenía una empresa de seguridad y se dedicaba a las alarmas y cosas de esas. Tenía que ser muy bueno en su trabajo, porque viajaba constantemente por todo el mundo. Se mató en un accidente de avión hace casi dos años. Bueno… en realidad desapareció y lo dieron por muerto. La casa donde tú vives es la de sus padres.
– Entiendo. Y el scanner lo usaría tu primo para su trabajo, y cuando murió te lo quedaste tú.
– Eso, y todo lo demás. Mi madre era su única prima carnal. Después del accidente, los padres de Pedro quedaron muy mal. Solo habían tenido ese hijo, y estaban muy orgullosos de él. Era un tío estupendo. De esos que caen bien a todo el mundo. Pocos meses después, murió el padre y a la madre se le fue un poco la cabeza. Desde entonces mi madre se ha hecho cargo de todo lo suyo.
– Supongo que sabrás cómo funciona un escáner. Me imagino que incluso lo utilizarás a menudo ¿no? –la pregunta la hacía Nuria mientras apagaba el portátil y entre los dos recogían los papeles que habían ido esparciendo sobre la mesa.
– Cuando era una novedad, si que lo usaba. Lo tenía enchufado todo el tiempo para escuchar cosas. Pero al final te aburres de escuchar tonterías.
– ¡Ya! Es que esos chismes sirven para algo más que para fisgar. Tienes que enseñármelo. Si fuera un modelo de buena calidad, nos serviría para lo que yo quiero.
– La marca no la recuerdo. El modelo es X10. Por lo que pesa tiene que ser bueno. Cuando quieras, quedamos y te lo enseño. De todas formas, lo del georadar se lo voy a comentar a mi padre. Le pondré al corriente de tus teorías para ver cómo canta. Si consiguiéramos interesarle, tendíamos resuelta la financiación.
– ¿A tu padre también le interesan estas historias?
– Tanto o más que a mí. Si no estuviera tan liado con lo del teatro… está temiendo que no podamos estrenar durante la semana cultural.
– ¡Bueno! Yo me marcho –dijo Nuria levantándose y cargando el maletín del portátil en bandolera.
– Mañana o pasado te llamo para que veas el scanner y concretamos lo de recoger las muestras.
Se despidieron y Ángel recogió los vasos; las botellas y el platillo sobre el que aún quedaban algunos restos de las patatas fritas, para llevarlo a la barra.
Era más que una costumbre, una norma no escrita. Todo el mundo recogía lo que ellos mismos tenían que llevar a las mesas. De esa forma con una sola persona se mantenía atendido el local durante la mayor parte del tiempo.
Ángel se reunió en la barra con algunos de los componentes del grupo de teatro que aún permanecían hablando del mismo tema, entre ellos estaban su padre y Ángel Luís.
Tito fue el primero en quejarse de la actitud de Ángel.
– ¿¡Que pasa!? ¿Qué se te ha olvidado la educación que te está pagando tu padre…? esas no son formas Angelito. Tenías que habernos presentado a la picoleta. La mayoría de nosotros no la hemos oído hablar.

– Se la he presentado a Ángel Luís.
– ¡Disculpa chaval! Me he presentado yo solito.
– ¿Qué os traéis entre manos, para que venga a verte al ensayo? –preguntó su padre para terminar con el cachondeo y los comentarios de los otros.
– Tiene que presentar unos trabajos…, está estudiando teleco y necesita hacer unos esquemas en 3D. Le he instalado AutoCad y le he explicado un poco, como funciona.
– Lo que tienes que hacer es convencerla para que nos haga el papel de Araceli –Ahora Ángel Luís utilizaba un tono más serio que antes. Dirigiéndose a los otros, continuó–. La tía conoce la composición con todo lujo de detalles. Y éste dice que sabe tocar.
– Yo también he oído eso –dijo la mujer de Tito.
– A mí no me compliquéis la vida –dijo Ángel mientras se despedía dirigiéndose a la puerta–. ¡Decídselo a ella!

Por la noche, durante la cena, Ángel y su padre hablaron bastante tiempo sobre la teoría de Nuria. El chico hizo una detallada exposición, tanto de los datos como de las diferentes hipótesis barajadas para llegar a la conclusión de que se trataba de una enorme antena construida hacía miles de años. Bien por una civilización anterior, del tipo de los mayas o los egipcios, o por alienígenas.
Faltaban por comprobar varias cosas, pero tomando esa hipótesis como base, quizá se podrían comprender el significado de los dibujos.
Definitivamente habían dado un gran paso para resolver el enigma de los petroglifos, pero de resultar cierta la teoría, habría que actuar con mucha cautela. No podían arriesgarse a que les expropiaran las tierras.
Una de las mayores preocupaciones del padre, era estar seguro de que la confianza de Ángel en Nuria estaba bien contrastada. Estaba convencido de que su hijo conocía los riesgos y que si confiaba en ella era porque tenía razones suficientes, pero aun así, insistió en preguntar que si se fiaba de ella.
– ¡Pero si apenas la conoces! ¿Cómo estás tan seguro de que podemos fiarnos?
– No estoy seguro. Estoy convencido. Cuando la conozcas me darás la razón.
– Para poder conocerla, quizás sería conveniente que alguien me la presentara –contestó su padre en tono mordaz–. A propósito, cuéntame que es eso que decía Ángel Luís de que hiciera el papel de Araceli.
– Pues eso. Que le dijo que si hiciera el papel, nos haría un favor.
– No entiendo los motivos. Tenemos varias candidatas en perspectiva.
– Es igual. El caso es que ella dijo que no. Que le daba mucha vergüenza.
– ¡Espera…! Espera un momento Que si Ángel Luís se lo ha pedido por favor, es que ha visto algo que no hemos visto los demás.
– ¡Hombre… papá! Si quieres le preguntamos a Lolo que a quien prefiere besar, en caso de que se dejen, si a Nuria o a la Tomasa, que es tu mejor candidata.
– No creo que Ángel Luís se lo haya pedido por eso.
– Por supuesto que no. Lo ha hecho por la música. Yo también creo que Nuria toca mejor que cualquiera de tus alternativas.
– ¿Tú la has oído tocar?
– Varias veces.
– ¿Y es buena?
– Mucho.
– ¿Qué es “mucho”?
– Te parece suficiente; bastante mejor que tú.

– Si me lo estás diciendo en serio, tendríamos que plantearnos convencerla. Si solo se niega porque le da vergüenza, no será ningún problema.
– Yo he quedado con ella, para vernos mañana o pasado. Si quieres quedo otra vez en el teatro; os la presento a todos y después habláis.
Mientras hablaba, Ángel recogía la mesa y fregaba los platos. Casi nunca usaban el lavavajillas porque Tanya dejaba todo limpio antes de marcharse. No merecía la pena ponerlo en marcha con cuatro cacharros.
– ¡Déjame que piense un poquito! –recapacitó su padre–. Resulta que si llega al ensayo y nos abalanzamos sobre ella como si fuera nuestra tabla de salvación, lo mismo se asusta y nos manda a esparragar. Sería conveniente que llegase allí, por lo menos medio dispuesta a intentarlo.
– No es bueno que los padres abusen de su posición utilizando a sus hijos con objetivos villanos –interrumpió Ángel en tono defensivo.
– Ni siquiera si, como contrapartida, tanto el hijo como el objetivo recibiesen la gratitud del padre en forma de subvención, con carta blanca para sus investigaciones.
– En ese caso se convertiría en un gesto altruista por parte de todos. De acuerdo. Lo intentaré.
Ángel terminó de recoger la cocina y se despidió de su padre dándole las buenas noches. Después de cenar, a Nemesio le gustaba ver un rato la televisión para relajarse. Decía que los mejores programas siempre los ponen cuando la gente tiene que irse a la cama. Así que normalmente se acostaba tarde.
A Ángel también le gustaba trasnochar. Como la televisión le aburría bastante, subía a su habitación y se enfrascaba en sus tareas informáticas. Leer el correo, entrar en los foros habituales y comprobar las descargas, ocupaban sus horas antes de irse a la cama. Últimamente a todos estos menesteres, se sumaba la visualización de las grabaciones de las cámaras de vigilancia.
Lo único resaltable en las grabaciones de aquel día, era la interpretación musical de la canción de la escena final que Nuria había interpretado nada más llegar a casa. No era mal síntoma para evaluar las posibilidades de que aceptase convertirse en la salvadora de la obra de teatro.

10

Al día siguiente, nada más desayunar se puso manos a la obra para tratar de rematar el encargo eclesiástico. Había acordado con su padre que le pediría ayuda cuando fuera a realizar el traspaso del pedestal. Resultaba conveniente que mientras uno manipulaba el polipasto, el otro se mantuviese lo más cerca posible de las andas dando instrucciones para que el asentamiento fuera suave y preciso.

Durante el tiempo que estuvo lijando y barnizando la madera, no hizo otra cosa que pensar en la dichosa bola y sus bruñidos alambres. Hizo otra tanda de fotos para que quedara constancia del antes y el después. No quería que le dijeran que el trabajo no se ajustaba al original. Fotografió con detalle las zonas más deterioradas de las andas e hizo un mapa completo de toda la superficie de la bola.

Finalmente decidió no buscarse problemas con el clero y recomponer las zonas estropeadas y agrietas con un poco de escayola. Hizo algunas pruebas para restaurar las pinturas con acuarelas y quedó satisfecho con los resultados. Ciertamente no se había esmerado mucho el artista que pintó todo el conjunto. La decoración resultaba pobre y prosaica. Cada vez le resultaba más difícil comprender la devoción de la gente a este tipo de imágenes.

Cuando terminó con la escayola, estaba realmente contento. Había quedado como nueva. En cuanto la colocase en su nuevo soporte, le daría los últimos toques de pintura, y listo para otros quinientos años.

Colocó dos cinchas alrededor de la bola por debajo de su ecuador y las sujetó con cinta de carrocero para que aguantaran mientras emplazaba las otras ocho cinchas enganchadas a ellas. Las repartió a la misma distancia unas de otras, con objeto de que al colgarlas del gancho del polipasto trabajasen todas al mismo tiempo. El trabajo había sido tan sencillo y tan rápido que Ángel se animó a tensar un poco los tirantes para levantar unos centímetros, a ver que pasaba.

Estaba seguro de la resistencia de la viga del puente y no dudaba del polipasto. Ni siquiera dudaba de que las cinchas aguantasen el peso. Pero quería estar seguro de que las había colocado correctamente para que la pesada esfera no pudiera escurrirse.

Todo resultó perfecto. Si hubiese tenido preparadas las andas nuevas, podría haber terminado el traspaso en aquel momento. Hizo un amago para comprobar que las viejas se deslizaban con facilidad y las volvió a colocar en su sitio, para depositar la bola en el hueco a continuación. Volvió a descender tan lentamente como se había elevado, y finalmente quedó depositada en su hueco. En ese instante, Ángel escuchó un pequeño chasquido y el corazón le dio un vuelco.

El tensor metálico de una de las cinchas se había clavado en el yeso rajándolo por varios sitios, provocando que se desprendiese un trozo de recubrimiento tan grande como su mano. La reacción inmediata fue coger el trozo de yeso y reponerlo en su sitio para ver si se acoplaba con facilidad. Posiblemente utilizando de nuevo la escayola, la reparación no la notaría ni él mismo.

Pasados los primeros momentos de angustia, se dio cuenta de que aquello era lo que en realidad él siempre había sospechado. El yeso no era más que un recubrimiento que al

desprenderse había dejado al descubierto una especie de tela que seguramente ocultaba la imagen verdadera. Como si se tratara de la cáscara de un huevo cocido, fue quitando algunos trocitos, hasta que dejo al descubierto un trozo cuatro o cinco veces mayor que el desconchón.
La tela del interior presentaba algunos pequeños pliegues y su superficie resultaba algo flexible y extraordinariamente resistente. Ángel intentó rajarla con un destornillador para ver que es lo que cubría, pero tuvo que desistir porque aquella tela parecía de acero.
Se tomó unos minutos para recapacitar sobre la conveniencia de seguir investigando por su cuenta o ponerlo en conocimiento de su madre. Si se lo decía a su madre, ésta inmediatamente se lo diría al cura y el cura a la Cofradía y al obispado. Cualquier opción científica terminaría en ese momento. Fuese lo que fuese lo que escondía aquello, lo declararían objeto de culto y se fastidiaría el invento.
A su padre, por supuesto que se lo contaría en cuanto lo viera. Su padre pensaba como él y consideraba parte de su doctrina la frase tan usada por él de: "ojos que no ven, corazón que no siente". Seguramente no encontraría otro momento más apropiado en su vida, para darle valor a la frase.
Si el destino había querido que fuese él quién descubriese lo que alguien, hacía mil años más o menos, había ocultado con tanto celo, por algo sería. Antes de continuar retirando la capa de yeso de la bola, tenía que decidir cómo y con qué, la iba a sustituir. Se tratara de lo que se tratara, no pensaba devolver la original. Construiría un duplicado lo más parecido posible, y seguro que colaba.
La representación religiosa estaba basada en la imagen de la virgen; La pequeña talla y el escapulario, y en el mejor de los casos el manto y los demás ropajes, eran los verdaderos objetos de devoción.
El resto de los componentes eran accesorios. Nadie se daría cuenta de las posibles diferencias y mucho menos pondría objeciones a la restauración. Sobre todo teniendo en cuenta que era por iniciativa de don Cosme y que no costaba nada.
Para hacer la réplica usaría el mismo sistema que al parecer, usaron los valedores de lo que fuera que se ocultaba en el interior.
Buscaría un núcleo bastante pesado y lo iría recubriendo con tela de saco y escayola, hasta que tuviese el tamaño exacto. Para hacer las varas, probaría con una vieja antena de radio de un transistor y si servía, buscaría otra parecida. Al ser de tipo telescópico, no era imprescindible que fueran del mismo tamaño.
Las neuronas de Ángel funcionaban a plena potencia y máxima velocidad. Hacía poco tiempo había ido con la retroexcavadora a tirar a la escombrera los cascotes de la balaustrada de las escuelas. Entre aquellos cascotes estaban las dos grandes bolas de granito que remataban el principio de las escaleras. Las dos bolas estaban bastante deterioradas pero para lo que él pretendía servirían perfectamente.
Una vez tomada la decisión, continuó levantando trozos de yeso muy despacio y con mucho cuidado, hasta que dejo al descubierto un trozo de soga bastante tosca, con la que parecía estar ceñida la tela.
Colocó el trípode a unos cincuenta centímetros de la bola y enfocó el objetivo sobre la soga para continuar con su rutina de fotografiar todo paso por paso. El indicador de batería baja llevaba parpadeando un buen rato y por fin dijo basta. Desmontó la cámara y subió a su habitación para ponerla a recargar y descargar las fotos en el ordenador. Hasta que no llegara su padre no quería continuar quitando yeso, por lo que aprovechó la espera para comprobar que las fotos daban una buena calidad y ordenarlas convenientemente.
Después estuvo navegando por Internet tratando de descubrir algún tipo de información relacionada con hallazgos escondidos mediante este mismo método. Encontró bastante documentación sobre todo tipo de objetos tanto religiosos como laicos. En los episodios

bélicos ocurridos a través de los tiempos, siempre se trataron de ocultar las obras de arte y todo tipo de tesoros. Cuadros; joyas; documentos y esculturas se habían tratado de esconder cubriéndolas con fruslerías o escondiéndolas en los sitios más insospechados.
Conocer todos aquellos casos no hacía otra cosa que aumentar la ansiedad de Ángel. La incertidumbre le llevaba a imaginar las situaciones más dispares. Poco a poco las lucubraciones le iban llevando a descartar algunas hipótesis. Lo primero en desechar fue la idea de que se tratase de pinturas. A través de la historia se había demostrado que la mejor forma para ocultar un cuadro era pintando otro encima de él. Era una técnica muy conocida hoy en día y que había sido utilizada con asiduidad en el pasado.
Las joyas quedaron descartadas desde el primer día, ya que el detector de metales no desveló ningún rastro metálico. Claro que podía tratarse de diamantes y piedras preciosas, pero esa posibilidad se le antojaba harto lejana. Existía alguna posibilidad de que se tratase de libros y otro tipo de documentos. Sin embargo no parecía la mejor forma de esconderlos por muy valiosos y pesados que fueran.
Solo quedaba una alternativa posible; Que se tratase de una escultura. Posiblemente fuera una imagen de la virgen tallada en mármol. Eso explicaría el desmesurado peso de la bola e incluso que se hubiera recubierto de tela para protegerla.

A pesar de que estaba deseando que llegase su padre para contárselo, permaneció en su habitación haciendo tiempo hasta que escuchó a Tanya despedirse. Cuando por fin bajó a comer, su padre ya estaba sentado a la mesa, algo molesto por la tardanza. Sin intención de esperar un segundo más para contárselo, a modo de saludo dijo:
– Tienes que salir un momento al taller. Quiero que veas una cosa que a mí, me parece muy interesante.
– ¿Tanto como para no poder esperar a que terminemos de comer?
– Tanto… o más.
– Adelántame algo, que me estás empezando a preocupar –Nemesio se levantó de su silla esperando una respuesta rápida.
– No es nada preocupante. Por lo menos a mi no me lo parece. Se trata de la Virgen y te anticipo que no he hecho ninguna avería.
Salieron de la casa a buen paso y mientras recorrían el colgadizo, Ángel iba informando a su padre de los pormenores del descubrimiento. La inspección visual duró apenas unos minutos. No había mucho que ver, que no hubieran visto con anterioridad, y la comida se estaría enfriando.
Durante la comida estuvieron cambiando impresiones sobre la forma de resolver el tema de la restauración. Era más urgente construir la réplica que explorar la original. La idea de Ángel de utilizar un núcleo de piedra parecía buena. Una bola de aquellas pesaría unos cien kilos; si le sumábamos los seis u ocho sacos de escayola que harían falta para completar el volumen, el peso final de la bola rondaría los doscientos cincuenta kilos. Eso era, más o menos el peso de dos motos como la suya. Que si teníamos en cuenta que las andas, por sí solas pesaban unos cincuenta y estaban diseñadas para ser cargadas por doce hombres, resultaba una proporción aceptable.
– Antes de seguir quitando el revestimiento –dijo Nemesio–, tenemos que hacer el duplicado. Necesitamos estar seguros de que nadie notará el cambio y por eso debemos mantener la original para usarla como muestra.
– A mí lo que más me preocupa es conseguir que quede perfectamente esférica. Aunque es posible que la original tampoco lo sea.
– Eso no será lo más complicado –aseguró Nemesio–. Habrá que hacer un escantillón con las medidas de la vieja y adaptar la nueva a ese molde. Lo peor será sujetar la piedra de forma que podamos ir recubriéndola fácilmente, por todos lados al mismo tiempo.

– A una de de las bolas le han serrado el vástago al ras, pero la otra conservaba un buen trozo de la varilla de acero que le había servido para sujetarse a la base. Podíamos soldarle una varilla y colgarla en el polipasto.
– ¿Estás seguro de que las bolas están todavía allí? –preguntó el padre.
– Seguro, no. Pero es improbable que hayan desaparecido.
– Esta tarde yo tengo que ir a Pucela porque me han citado los de la aseguradora. Me llevaré la furgoneta y compraré la escayola y un par de rollos de arpillera. Tú vete con la moto hasta la escombrera y si encuentras las bolas vas a buscar la retro y te las traes. Cuanto antes terminemos con la sustitución antes podremos descubrir lo que ocultaron con tanto celo los misericordiosos frailes.

Normalmente no utilizaba la palabra misericordiosos para referirse a los frailes. Seguramente porque él lo que mejor conocía de las religiones eran las cruzadas. Daba igual el tipo de religión que se escogiera, todas estaban plagadas de cruzadas e inquisiciones. En el nombre de Dios se habían cometido injusticias atroces. Barbaridades monstruosas y crueldades inhumanas.
Eran miles de años los que llevaban estas sectas lucrándose con el negocio del miedo y la incultura. Aprovechándose de los pobres infelices a quienes se les concedía el privilegio de comulgar con ellos en la fe, pero no se les concedía ninguna otra cosa.
Analizando la situación actual de Nemesio y su mujer, se comprendía fácilmente que debido a sus posiciones, diametralmente opuestas respecto a la religión, hubiesen terminado deteriorando su relación matrimonial hasta el extremo de tener que separarse. Lo que parecía inexplicable a aquellas alturas, es que en algún momento su amor hubiese sido tan grande como para mantenerlos juntos.

11

Nuria aparcó el coche a la sombra, en el sitio de siempre junto a la pared de la iglesia. Así estaba protegido del sol por los árboles hasta mediodía, y por la iglesia el resto del tiempo. No es que le preocupara la pintura ni la tapicería. Pero si además de tener que llevar la calefacción encendida se lo encontraba precalentado, aquello era peor que una sauna.
La cerradura de la puerta se encontraba acorde con el estado del coche. Seguramente podría abrirse con un cortaúñas, pero cerrarlo con la llave costaba un triunfo. En esas estaba, cuando por el rabillo del ojo vio cómo la pala de una enorme máquina se detenía a unos pocos metros de donde ella se encontraba, produciendo un gran estruendo al apoyarla en el suelo de forma poco delicada. A pesar de que sabía que el padre de Ángel tenía una máquina de esas, no se la imaginaba tan grande, ni a él conduciéndola.
– ¡Me has dado un buen susto! –fue el saludo de Nuria.
– ¡Disculpa! No me he dado cuenta de que iba muy cargada y no tendría que haberla bajado en automático.
– ¿Es para jugar a los bolos? –preguntó Nuria mientras observaba las dos bolas de piedra asentadas contra los cazos de la retro que normalmente trasportaba dentro de la pala.
– A las canicas –contestó con sorna Ángel–. Vete cogiendo la que quieras, que echamos una partida.
– Primero voy a darme una ducha. Si cuando termine has hecho el gua, jugamos.
– Te aseguro –continuó Ángel con el mismo tono, señalando la máquina–, que con esta herramienta tardaría muy poco. ¿Vas a estar ocupada esta tarde?
– No especialmente. ¿Por…?
– He cargado la batería del escáner… por si quieres probarlo.
– ¡Por supuesto! Me ducho en cinco minutos y nos vemos –exclamó encaminándose hacia la casa.
– Mejor diez. Tengo que dejar las bolas.
– ¿Vienes tú aquí? –preguntó Nuria mientras se alejaba.
– No –contestó Ángel levantando la voz–. Baja tú a mi casa.

Hubiese preferido quedar en casa de ella. Cabía la posibilidad, lejana dicho sea de paso, de que le recibiera vestida con una de aquellas camisetas que usaba para andar por casa. Pero el escáner se volvería loco si lo encendieran dentro de la casa de Nuria. No había que olvidar que su primo lo tenía casi exclusivamente para buscar micrófonos ocultos. Y en aquella casa los había por doquier.
Le habría gustado observar lo que ocurría en el interior de la casa mientras ella se arreglaba, pero no tenía tiempo. No por verla desnuda, porque desde que la había tenido a su lado en bikini, verla en la pantalla del ordenador, aunque fuera desnuda, no era lo mismo. Lo que de verdad le habría gustado era saber si se perfumaba para acudir a la cita y sobre todo, que partes de su cuerpo se perfumaba.
Dejó la máquina con su carga en medio del patio y a la carrera subió hasta su habitación para darse una ducha rapidísima. Se puso ropa limpia y bajó al salón con el escáner y la caja con los accesorios y el manual.

El salón ocupaba algo menos de la cuarta parte de la planta baja. Se accedía a él por dos puertas diferentes. Una de una sola hoja que daba al pasillo interior y otra de dos hojas que comunicaba con el recibidor. Ésta última formaba parte de la ornamentación del vestíbulo donde se encontraban integradas tres puertas idénticas.
La de la derecha correspondía al despacho de Nemesio; la central comunicaba con el pasillo y la de la izquierda daba paso al espacioso salón. Enfrente de la puerta se encontraba la magnífica chimenea que ocupaba una tercera parte de la pared, y que en otros tiempos habría constituido la pieza principal de la sala. Era la única pared que no estaba forrada en madera y que seguramente conservaba su estado original.
La pared de la izquierda estaba decorada con unos sencillos pero elegantes cortinajes que cubrían los dos espléndidos ventanales, proporcionando una luz difusa pero muy abundante. Todo el mobiliario estaba orientado a la pared opuesta a las ventanas. De esta forma el delicado mueble mural hecho a mano en madera de peral, resaltaba sus escasísimas vetas y sus grandes paños carentes de grietas, tan habituales en otros tipos de madera.
Se trataba de un mueble de corte clásico pero muy funcional. Tanto los adornos tallados a mano como las dos vitrinas, una a cada lado de la moderna pantalla de televisión, se integraban tan armoniosamente que toda la pared en si misma parecía un decorado.
Media docena de sofás de cuero azul podrían parecer excesivos para cualquier habitación, sin embargo el tamaño de aquel salón y su disposición en el espacio, permitían configurar dos ambientes distintos para situaciones diferentes.
Para esta ocasión Ángel había escogido la zona de la chimenea que resultaba más acogedora y coqueta que la zona de la televisión. Colocó las cosas en la mesita de centro y encendió el escáner mientras esperaba a Nuria.

A ella no le sorprendió ni el tamaño del salón ni la cantidad de dinero que se había invertido en su decoración. Cada una de las sillas colocadas alrededor de la mesa de nogal, rondaría los mil euros. El resto del mobiliario estaba acorde con las sillas. Le extrañó no encontrarse con el impresionante piano de cola que se había imaginado presidiendo la sala.
En realidad se imaginaba la casa muy parecida a la de la madre. Demasiado clásica, oscura y poco funcional. Si hubiera tenido que hacer un dibujo del salón diez minutos antes de verlo, no había acertado ni en la chimenea.
– Muy bonita tu casa por dentro –dijo Nuria mientras se sentaba en uno de aquellos sofás azules, frente a Ángel–. Me la imaginaba más seria.
– ¿Qué es…, que te hace gracia?
– Tú eres el que me hace gracia –contestó indolente Nuria mientras comprobaba el escáner–. Cada día me sorprendes con una cosa nueva y cada vez más increíble. ¿Qué será lo próximo? ¿Tienes más secretos?
– ¡Ni te lo imaginas! –contestó Ángel cambiando de conversación–. ¿Qué te parece el cacharro?
– Me parece muy caro. No conozco este modelo pero por lo que veo tiene muchísimas funciones. Tendremos que ir probando.
– Las instrucciones están ahí, pero solo están en inglés.
– Tranquilo. El inglés es una de las que tengo aprobadas. En teleco el inglés es muy fuerte.
Mientras Nuria leía el libro de instrucciones, Ángel abrió uno de cajones del mueble y encendió el equipo de música. Cogió un pequeño ordenador portátil y se sentó junto a Nuria con el aparato encendido. Ella lo miró pensando que iba a mostrarle algo referente al escáner y se quedó esperando.

– ¿¡Qué!? –dijo Nuria.
– ¡Qué! ¿De qué?
– No sé. Pensé que ibas a enseñarme algo.
– ¿Lo dices por esto? –preguntó Ángel mostrando la pequeña pantalla–. Es el mando a distancia de la música.
Ángel seleccionó un titulo de la lista que aparecía en la pantalla y al momento la canción Tosca Fantasee interpretada magistralmente por Edvin Marton inundó el salón con las notas que aquel hombre extraía de forma sublime a su Stradivarius. Nuria movía suavemente sus pies al ritmo de las alegres notas constatando que él había acertado con la elección.
Se trataba de una de las carpetas de música de su padre. Una cuidada selección de temas relajantes que Nemesio escuchaba a menudo cuando trabajaba en casa.
En el despacho como en el resto de las habitaciones, había dos bafles que resultaban más que suficientes para la calidad de sonido demandada. Pero en el salón, tan hábilmente disimulados que Nuria no se había percatado de ellos, había siete columnas de considerable tamaño y alta fidelidad, adquiridas para complacer el finísimo oído de la madre de Ángel.
Cuando finalizó la canción Nuria pregunto un tanto extrañada.
– ¿Te gusta este tipo de música?
– Sobre todo cuando me tumbo aquí y voy aumentando el volumen poco a poco. Llega un momento que me parece formar parte de los propios instrumentos.
– A mí me encanta escucharla muy bajita. Como la has puesto ahora.
– Eso es porque no has probado como yo digo. Otro día, cuando hayamos resuelto nuestro caso y estemos relajados…, y vengas con pantalones para poder tumbarte en el sofá y cerrar los ojos.
– ¡¿Que tendrán que ver los pantalones para escuchar música?!
– Para la música, nada. Pero si vienes con esa falda y te tumbas ahí, mi relajación será imposible.
– ¡Mira que eres bobo! Anda, vuelve a poner música como la de antes, que no me dejas concentrar.
Ángel obedeció de buen grado porque de aquella forma, ella continuaría estudiando el manual y él seguiría contemplando sus piernas. Para evitar que ella se sintiera incomoda, en vez de sentarse en el sillón de enfrente, se tumbó en el del centro acomodando su cabeza con un cojín, de manera que le permitiese mirar las bronceadas piernas que surgían desde el interior de la veraniega falda, con una actitud más pudorosa. Cuatro o cinco canciones más adelante, Ángel se incorporó de repente.
– Voy a prepararme un zumo. ¿Te apetece otro?
– ¿De qué?
– No sé. Dímelo tú. Yo meto en la licuadora lo primero que encuentro en el frutero.
– ¿Y te queda bueno?
– Hasta ahora ninguna de las chicas que han estado en casa estudiando el manual del escáner se ha quejado.
– ¡Pues venga! Que no sea yo la excepción.
Tal como había dicho fue metiendo en la licuadora la fruta que mejor tenía a mano. Sobre una base de zumo de sandía fue añadiendo frutas hasta que consiguió un sabor satisfactorio.
Rápidamente recogió los restos de fruta, limpio la máquina y el cuchillo que había usado para cortar y pelar y lo colocó todo en el escurreplatos. Puso dos servilletas de papel sobre la bandeja y encima situó las dos copas bien contrapesadas para no hacer el ridículo.

Invitó a Nuria que probase y diera su opinión convencido de que le iba a gustar. Después de tomarse unos segundos para saborearlo, felicitó a Ángel.
– ¡Buenísimo! No podría decir a qué sabe, pero está delicioso.
Se tomaron el zumo tranquilamente mientras comentaban las características del escáner. Nuria se había formado una idea bastante exacta de las posibilidades del aparato y estaba convencida de que serviría para comprobar los datos que necesitaba.
Acordaron que concretarían más adelante el día para ir a hacer las comprobaciones. Podría ser cualquier día por la tarde, ya que las mediciones no les llevarían más de una hora u hora y media como mucho. Irían los dos en el quad porque resultaba más práctico para transitar por los bancales. De esa forma se podían ir tomando datos sin bajarse del vehículo.
– ¿Estás convencida de que esto nos resolverá alguna duda?
– ¡Bueno…! Nos puede confirmar que funciona como una antena. Incluso podríamos averiguar si se trata de una construcción artificial… de ahí a saber quién lo hizo y para qué, hay un abismo.
– ¿El georadar sería definitivo?
– Para corroborar nuestra teoría, si. Pero si la teoría está equivocada, sería tirar el dinero.
– Es que… me han planteado un soborno –dijo Ángel titubeante.
– ¿Quién? –preguntó alarmada Nuria.
– Mi padre… ¡Bueno! el Grupo de Teatro…. ¡Bueno! los dos.
– Por un momento me habías asustado. Si ha sido tu padre no puede ser muy malo.
– No. Si no es malo en absoluto. Pero no deja de ser un soborno.
– ¿De qué se trata? ¿Me lo puedes contar?
– No es que te lo pueda contar. Es que te lo tengo que contar. Me han pedido que te convenza para que sustituyas a Araceli en la obra de teatro.
Nuria soltó una espontánea carcajada de alivio y de sorpresa. Lo que menos podía esperar después de oír la palabra soborno, era que se tratara de una tontería como esa.
– ¡No me lo puedo creer! –continuaba riéndose–. ¿Me lo estás diciendo en serio?
– Me ha ofrecido subvencionar la investigación al completo. Eso por supuesto incluye el georadar.
– ¿A quién se le ha ocurrido la idea de que yo puedo sustituir a esa chica? Aunque quisiera, no he hecho teatro en mi vida. Seguro que haría un ridículo espantoso.
– Yo solo he dicho que tú eres una pianista genial y que conoces la canción. Lo de actuar depende de mi padre. Ha sido él quién se ha comprometido con ese tema.
– ¿Cuándo me has escuchado tú tocar?
– Nunca… me lo ha dicho mi madre –no podía decirle que la escuchaba a menudo y sabía que había estado practicando la canción de la obra.
– Ella tampoco me ha oído.
– Ya… se lo diría Casilda… pero sí que te la sabes ¿No…? Cuando la oíste en el ensayo la reconociste enseguida.
– ¡Que no…, que no! Es una locura, os estropearía todo el trabajo.
– Lo del soborno es adicional. Lo cierto es que nos harías un favor inmenso. A mí me han pedido que te convenza. Y por lo menos… por lo menos, que asistas al ensayo para hacer una prueba. Si lo intentas y no sale bien, te quedarán muy agradecidos por haberlo intentado. Te aseguro que al principio yo también era reticente. Sin embargo ahora, hasta sería capaz de actuar.
– ¿Me estás vendiendo la moto?
– Un poco si. Aunque no es por lo del georadar. Seguramente mi padre se involucre en el tema y ponga la pasta que haga falta. Desde luego que si le demostramos que nuestra teoría es consistente, seguro que colabora.

– Es que no conozco a nadie. Me voy a sentir muy rara… además le tengo pánico al ridículo.
– Mi padre es un tío fenómeno. Ya lo conocerás. Si él decide que seas tú la protagonista de la apoteosis final será porque está seguro del éxito.
– Pero si él no sabe nada de mí.
– Bueno… yo le he contado algunas cosas. Entre otras que tocas el piano mejor que él.
– ¡Cojonudo! Encima van a pensar que me creo Chopin.
– El que se cree Chopin es él.
– Con un vendedor como tú, la Cooperativa nunca tendrá problemas económicos.
– ¡Vale… tía! ¡Fenómeno! Ya verás como no te arrepientes. El ensayo es a la hora de siempre. Pero si te parece vas un poco más tarde. Así tengo tiempo para recordarles que todos hemos tenido una primera vez… en el teatro, se entiende.
– Me parece bien.
– ¿Qué pie calzas? –pregunto Ángel con la mayor naturalidad.
– Un treinta y ocho, por…
– ¿Y te talla… qué talla usas?
– ¡Perdona…!
– Es por saber si hay que comprar ropa nueva o te sirve la que tenemos. Los zapatos son bastante especiales. Supongo que te mueves bien con tacones altos.
– Supones bien. ¿Entonces… qué tengo que llevar?
– Nada. La canción un poco ensayada para impresionarlos, pero nada más.
– Con no desafinar me conformo. Practicaré un poco antes de ir.
– ¿Quieres practicar aquí? –preguntó Ángel entusiasmado con la idea de que tocase para él solito.
– ¿Tienes piano? –la pregunta casi resultaba una ofensa para Ángel. Por lo que se tomo unos segundos antes de contestar.
– Tenemos uno muy viejo. No lo tenemos aquí para que no desentone con el resto de los muebles.
Era una buena explicación. A Nuria le había extrañado que aquel salón no dispusiese de un piano. Conociendo a la familia, deberían haber puesto uno de media cola por lo menos.
– ¿Me puedo llevar esto? –dijo Nuria refiriéndose al escáner.
– El libro si. El aparato prefiero que no lo lleves. En otro momento te diré porqué.
– No te preocupes. No tienes por qué darme explicaciones. En realidad solo necesito el libro… a este paso se me va a acumular el trabajo –comentó mientras guardaba el libro en el bolso y salía detrás de Ángel para ver el piano.
Dejaron el salón por la puerta que daba al pasillo interior. Se trataba de un pasillo bastante ancho y muy iluminado gracias a las cristaleras emplomadas que adornaban el hueco de la escalera. Cruzaron el distribuidor y llegaron hasta el final del pasillo en la zona más oriental de la casa.
Al entrar en la habitación, Ángel pulsó un interruptor y las persianas de las dos ventanas geminadas comenzaron a moverse.
Lentamente se fue iluminando la estancia para comprobar que el tamaño de aquella sala sería como la mitad del salón que acababan de dejar. Estaba amueblada con un pequeño aparador junto a la pared; un tresillo tapizado en tela de color verde claro con remates de madera y, junto a la ventana de la fachada principal, un excelso piano de gran cola con una banqueta tapizada a juego con el tresillo.
– ¡¡¡ Joooder!!! –exclamó Nuria nada más verlo–. ¿A esto llamas tú un viejo piano?
– Es un piano…, de principios del siglo XX… –detalló Ángel.
– ¡¡La madre que…!! ¡Ni loca toco yo esto! Esto es una pieza de museo. ¿Éste es el piano de tu padre?

– Era de mi bisabuela. Su marido se sentaba aquí –señaló el sillón–, y se pasaba las horas oyéndola tocar. Ya sabes…, entonces no había televisión.

Nuria rodeaba aquel instrumento sin atreverse a acercarse a menos de un metro de él. Se trataba de un piano Steinway & Sons modelo D de concierto construido en 1899.
El mueble fue decorado en Inglaterra por uno de los más famosos artistas del neoimpresionismo de la época victoriana, conocido por sus suntuosos cuadros inspirados en el mundo antiguo. Las pinturas de la faja del mueble correspondían al pintor Sir Edward John Poynter, especializado también en escenas de historia antigua.
Las patas que sujetaban la caja se habían construido en concordancia con el resto del mueble. Se trataba de tres piezas idénticas de madera de nogal torneadas, que no necesitaban otro adorno que sus formas redondeadas.
La tapa de la caja también estaba realizada en madera de nogal. Quizá el barniz había oscurecido un poco la madera con toda la intención, para que resaltasen en el centro las letras grabadas en color oro con las iniciales M.A.R. en forma de corazón.
– ¿Eran las iniciales de tu bisabuela?
– María Auxiliadora Rodrigo. Te das un aire con ella. La boca es igual. En casa de mi madre hay un cuadro suyo. Recuérdame que te lo enseñe algún día… ¡Pero vamos…, siéntate! No pensarás tocar de pie.
– ¿Estás seguro de que a tu padre no le importará? –preguntó mientras dejaba el bolso, sentándose con sumo cuidado sobre la banqueta y abriendo la tapa de las teclas.
– ¿Pero tú que concepto tienes de mi padre…? Tranquila, que no se va a romper –intentó tranquilizarla a ver que no se atrevía a posar sus dedos sobre las teclas–. ¡Fíjate! –hizo un burdo simulacro de interpretación presionando las teclas sin orden ni concierto–. ¡Ves como no pasa nada!

Efectivamente no se había roto nada. Tampoco es que Ángel lo hubiera aporreado con violencia pero había sido suficiente para demostrar que era un piano igual que cualquier otro. La calidad con que había sido construido le obligaba a aguantar aquellos golpes con el mismo temple con el que ahora podía sentir, el notar sobre sus teclas el tacto de los largos y hábiles dedos de Nuria.
Después de sacarle algunas notas probando todo el teclado, se colocó un poco más sobre el borde del taburete para poder alcanzar los pedales con facilidad.
Solo se movió ella sobre el tejido del tapizado del taburete, que seguía en el mismo sitio. Aquel gesto de acercarse, provocó que la falda de Nuria se trabase con la tela del asiento y se recogiese dejando al descubierto una generosa parte de sus piernas.
El gesto no pasó desapercibido para Ángel, al que se le fueron los ojos sin que pudiera evitarlo. Cuando ella se encontró preparada para comenzar, levanto la cabeza para decírselo a Ángel. Pero al comprobar cual era el objeto del interés del chico, sin hacer ademán de cubrirse algo más le dijo:
– ¡Pero mira que eres tonto! ¡Estás obsesionado!
Ángel contestó con una pícara mirada a los ojos de ella y con un gesto de resignación se fue a tumbar en el sofá.
Desde aquella posición, contemplando al trasluz la figura del piano y de la chica, las sublimes notas que salían de sus manos transportaban a Ángel a remotos universos etéreos.
La melodía envolvía de tal forma su cuerpo, que su mente abandonada al surrealismo de los coloridos acordes, vivía inimaginables escenas de pasión dibujadas por aquellas gráciles manos que suscitaban sobre él un efecto hipnótico.

Cuando terminó de tocar, Nuria estaba muy satisfecha de su interpretación.
Esperaba unos efusivos aplausos o al menos una pequeña ovación de su único espectador, pero no recibió ni siquiera una muestra de beneplácito para continuar tocando.
Un tanto extrañada, se giró para preguntarle si es que no le había gustado y lo encontró echado en el sofá con los ojos cerrados y las manos sobre el pecho. No podía creerse que se hubiera quedado dormido.
– ¡¡¡Será posible…!!! ¿¡Te has dormido!? –increpó visiblemente contrariada, mientras se acercaba a él para despertarlo.
– Si –contestó sin moverse ni abrir los ojos–. Tu música ha hecho que mi cuerpo se separe de mi alma. Mientras ésta vaga sobre nuestras cabezas, mi cuerpo permanece en un profundo sueño del que solo despertará si la mujer que lo ha embrujado besa mis labios apasionadamente.

Nuria le hubiese besado de buena gana. Se lo merecía por su tenacidad. La delicadeza y la gracia con la que tanteaba las hipotéticas oportunidades le llevarían a conseguir muchos éxitos en el futuro.
Se quedó mirándolo fijamente. Sus caras se encontraban tan cerca una de otra que Ángel notaba el aliento de ella sobre sus labios con tanta intensidad que durante unos segundos creyó que sus labios iban a juntarse. Abrió los ojos para inmortalizar aquel momento, y se encontró con cariñoso cachete y un escueto:
– ¡Arriba… Bellodurmiente…! Voy a tocar una que seguro que te gustará.
– ¿Qué? –preguntó Ángel reponiéndose de su fracaso.
– Seguro que no la conoces. Es de una película de hace muchos años. Pero esta vez no voy a dejar que te duermas. Ponte aquí junto al piano.
Interpretó el Tema de Amor de la Película Love Story con un sentimiento y una ternura que Ángel no había sentido jamás. Y no porque no la conociera. La había escuchado mil veces y la había tocado cientos. Era una de las preferidas del profesor de música, asignatura casi obligatoria en el pueblo, porque según él, abarcaba muchos de los conceptos que debía comprender cualquier músico.
En los momentos más tranquilos de la canción, Nuria aprovechaba para observar si Ángel seguía atento la interpretación, levantando la vista y comprobando que la mirada del chico estaba pendiente de los ojos de ella y no de sus piernas como podía esperar.
Al finalizar tampoco hubo aplausos. Unos segundos de silencio y reflexión durante los cuales los dos se mantuvieron en el mismo sitio a la espera de que alguno de ellos diera el primer paso.
– ¡Bueno… qué! ¿Tampoco te ha gustado? –preguntó Nuria un poco incómoda.
– Gustar…, gustar. Me gustan los percebes.
– ¡Esto es echar flores a los cerdos! –se levantó del taburete y recogió su bolso dispuesta a marcharse–. Por lo menos podrías haber tenido la delicadeza de decir que no estaba mal. No me estás animando mucho que se diga.
– ¡Discúlpame otra vez! –se puso un poco serio y se sentó en el taburete que acababa de abandonar ella–. No lo consideres una falta de cortesía. Antes realmente conseguiste interpretar de forma magistral. Me limité a disfrutar soñando que me lo dedicabas a mí. Pero ahora. Desde las primeras notas –Ángel empezó a tocar la canción mientras continuaba hablando–, me he imaginado una historia de amor entre un chico rico que llama a su padre Señor y una chica pobre que toca el piano.
Los he visto retozando sobre la nieve de las calles de Boston y amándose con tal fuerza que el resto del mundo se difuminaba a su alrededor.

Y he visto a los dos, al chico rico y a chica que toca el piano, abrazados en la cama –Ángel empezaba a hacer gala de su sentido dramático–. Desnudos; abandonados a una pasión incontrolable, entrelazando sus cuerpos desnudos…
– ¡Deja de vislumbrar películas! –interrumpió Nuria dándole una de sus típicas collejas cariñosas.
– ¿De verdad me ves como Ali MacGraw veía a Ryan O'Neal…, como un niño pijo?
– Termina de imaginarte cosas, que después dormirás mal. ¡Venga! Vámonos que quiero dejar preparada la cena antes de ir al ensayo.
De camino hacia la salida, ambos mostraban su agradecimiento el uno a la otra. Ángel porque ella se atreviera a asistir al ensayo en calidad de candidata a actriz y ella por otra maravillosa tarde de experiencias nuevas e inolvidables.
– Recuerda –dijo Ángel al despedirse–, que no hace falta que lleves nada ni que te vistas de forma especial. Vete así, como estás ahora que estás muy bien.
Nuria agradeció el cumplido con un leve gesto de coquetería y se encamino a su casa por la cuesta arriba, convencida de que Ángel continuaba observándola.

12

Nemesio llamó por teléfono a su hijo para decirle que iba muy justito de tiempo. La reunión con los de la aseguradora de su primo no había ido bien y se había retrasado más de lo previsto.
– ¿Hablaste con la chica esta…, con Nuria, no?
– Si. Hemos quedado que iría al teatro a mitad del ensayo.
– ¡Vale… fenomenal! A ver si sale bien la cosa. ¡Escucha! Dile a Ángel Luís que me retrasaré unos minutos. Quiero descargar la furgoneta y darme una ducha, así que llegare tarde. Pero como mucho serán diez minutos.
.
Cuando Nemesio llegó al teatro deberían estar terminando en primer acto. Sin embargo se los encontró a todos sentados en el patio de butacas cariacontecidos.
– ¡¡¿Que pasa…?!! –preguntó sorprendido.
– Que tenemos otra baja –contestó Ángel Luís.
Lolo se levantó de su butaca y saludo a Nemesio levantado el brazo izquierdo para mostrarle la radiante escayola que lucía en su mano izquierda.
– ¡¡¡¡ A tomar por el culo!!!! –exclamó Nemesio– ¡¡Ahora si que estamos jodidos!! ¿Pero que te ha pasado, alma de cántaro?
– ¡Gajes del oficio! –contestó resignado Lolo.
– ¡¡ Joder…!! –se lamentó Nemesio–. Esto si que va a tener difícil solución.
– De todas formas –dijo Ángel Luís–, ya lo teníamos muy difícil. Continuamos sin sustituta para Araceli.
– ¡Bueno…! –comentó Ángel–. Eso no es del todo seguro. Nuria vendrá dentro de un rato para hacer una prueba.
– ¿Quién es Nuria… la picoleta? –pregunto Maite completamente ajena a aquella posibilidad.
– Si. La picoleta –confirmo Ángel–. Pero yo os agradecería, y ella seguramente también, que la llaméis por su nombre.
– Es que no sabemos cómo se llama –se disculpó Maite.
– Pues ahora ya lo sabemos todos –intervino Nemesio–… se me está ocurriendo, que quizá todavía no esté todo perdido… vamos a ver Canta. (Canta era la abreviatura de Cantarero con la que siempre se dirigía Nemesio a Ángel Luís) ¿Qué te parece si Lolo y yo nos cambiamos los papeles?
– No sé. ¿Tú que dices? –inquirió Canta, dirigiéndose a Lolo.
– Por mí, ningún problema. Los fiscales no me gustan ni como personajes pero trataré de sacar lo peor de mi mismo.
– Pues entonces está decidido. Por intentarlo que no quede. ¡Venga! Todos los de la escena del primer juicio al escenario.

Lolo necesitó el libreto para hacer su nuevo papel. La mecánica de la escena la llevaba correctamente, se la había visto hacer a Nemesio muchas veces pero nunca se había preocupado de memorizar el texto.

A Nemesio le ocurría algo parecido, aunque su mayor problema no era el texto. Por otra parte, lo que le preocupaba a él y al resto del grupo no era el texto. La preocupación de todos era la expresividad de Nuria y la plasticidad de la escena, cuya parte más difícil era la música.
Justo en el momento en que Ángel Luís preguntaba Ángel que si estaba seguro de que vendría, Nuria entró en la sala sin poder evitar un sonoro portazo originado por la corriente de aire.
Todos los que no estaban actuando dirigieron sus miradas hacia la puerta donde Nuria no se atrevía a moverse ni un solo centímetro.
Al ver la reacción de estos, los que estaban actuando se asomaron al borde del escenario para ver el motivo de aquel repentino silencio
– ¡Lo siento! –acertó a decir Nuria, cuyo único pensamiento en aquel momento fue arrepentirse de haber ido.
Ángel deshizo la tensión del momento levantándose de la butaca y actuando como cualquier sargento chusquero, casi gritando dijo.
– ¡¡A ver… atento todo el mundo…!! Os voy a presentar a Nuria que ha venido para intentar sacar adelante el papel de Araceli. Antes de nada quiero deciros que ha accedido a intentarlo a pesar del miedo escénico al que todos nos hemos enfrentado alguna vez.
Yo le he dicho que somos gente agradable y juiciosa, así que por favor, que nadie haga el gamba. Poneos en su lugar y os daréis cuenta de que no resulta fácil llegar aquí y someterse a ser examinada por un montón de gente desconocida.
A propósito os voy a presentar de corrido porque no se va a quedar con vuestros nombres… y si no, presentaos vosotros mismos y así ahorramos tiempo.

Terminadas las presentaciones, Ángel Luís tomó la palabra para explicar a Nuria la serie de acontecimientos que les habían ocurrido para llevarles a la situación actual. Fueron bastantes los minutos que dedicaron a la charla y el parloteo, con el propósito de romper el hielo y procurarle un ambiente relajado.
Como Nuria ya había visto la escena, no le costó mucho asimilar la esencia de todos aquellos detalles que trataban de trasmitirle de forma un tanto embarullada.
Todos querían y necesitaban que la prueba saliera lo suficientemente bien como para atisbar una luz al fondo del túnel. Y todos pusieron lo mejor de cada uno para conseguirlo.
La totalidad del grupo se encontraba en el escenario mostrándole la tramoya, el vestuario, las marcas y todo tipo de detalles más o menos significativos en el conjunto de la función.
No estaba preparado en absoluto, pero poco a poco y sin saber cómo, Nuria acabó sentada frente al piano contemplando cómo Nemesio tecleando a su lado, le explicaba los diferentes estadios de su papel. De esta forma tan sencilla. Sin hacer otra cosa que lo que le estaban diciendo, comenzó a interpretar la pieza sin que nadie la interrumpiera.
Después de los primeros acordes, Nemesio ocupó su puesto en el piano colocado al otro extremo del escenario y mientras el resto de la gente desaparecía de escena, Ángel acomodó las luces a la inesperada situación.
La música nacida en aquel escenario, derramaba sus notas a borbotones sobre los fascinados espectadores con tanta magnificencia que anegaba hasta la más mínima duda del talento de aquella muchacha.
Todavía tendrían que matizar algunos aspectos para lograr un efecto de pugna dialéctica entre la pareja de músicos. Pero eso no necesitaría más de media docena de ensayos. Lo importante era que aun habiendo visto solamente la mitad de la canción, estaban convencidos de que aquella escena había mejorado mucho.
Ángel Luís se encontraba en una nube. Estaba resultando como él lo había soñado. Aunque aún quedaba por llegar la parte más complicada para Neme.

En su calidad de Director, Nemesio casi siempre interpretaba las escenas para indicar a los actores la forma en que quería que se hiciesen. Pero en esta precisa escena, debido en primer lugar a que no le gustaba bailar y en segundo a que se trataba de simular una reconciliación amorosa, no lo había hecho nunca.
Llegado el momento, Ángel como siempre, colocó su música en el momento exacto para no cortar la continuidad, al tiempo que con el foco cenital iluminaba el discurrir de la pareja por el escenario. Eran apenas una docena de pasos que, con el vestuario adecuado ornamentarían considerablemente el ulterior colofón.
Sorprendentemente para Ángel Luís, ahora resultaba que Nemesio sabía bailar. Ninguno de los dos bailarines conocía con precisión los pasos del baile pero daba la impresión de que se encontraban muy a gusto revoloteando por el escenario. Eso, o que ninguno de los dos se atrevía a ejecutar el final de la escena.
Ángel empezaba a desesperarse. Era la tercera vez que preparaba el final de la música y no tenía intención de repetir más veces. Adelantó el aviso luminoso dejado fijo el foco en el centro del escenario y quitó el filtro azul.
Ya fuera por haberse dado cuenta o por la simple inercia de colocarse bajo el foco, la pareja se detuvo en el sitio exacto y finalizó la danza.
Nemesio sostenía a Nuria por la cintura con el brazo izquierdo, al tiempo que ella arqueaba su espalda hasta colocar su cabeza debajo de la de él. La intensa luz blanca del potente foco cenital caía con tal fuerza sobre el rostro de Nuria que le obligó a mantener cerrados los ojos hasta que la cabeza de Nemesio se inclinó sobre ella lo suficiente como para resguardarla de la luz.
Solo un segundo de indecisión y los labios de ambos se unieron en un espontáneo y largo beso que les sorprendió a ellos tanto o más que a los pasmados espectadores.
En los instantes que siguieron, nadie movió un solo músculo. Estuvieron completamente petrificados en sus asientos hasta que Araceli exclamó:
– ¡¡ Bravo… bravísimo!! No sé si estas emociones serán buenas para el bebé, pero me habéis emocionado.
Todavía con la boca abierta por la sorpresa, todos los componentes del grupo arrancaron a aplaudir con fuerza y a vitorearles. A Nuria se le amontonaban los acontecimientos. Acababa de comprender la magia del teatro y la experiencia había sido apasionante. Se encontraba como pez en el agua, tanto con el piano como en el escenario. Había podido comprobar la respuesta del público y le confirmaba que su actuación había sido muy buena. Aun así estaba un poco mosqueada con la, a su modo de ver, excesiva ovación.
Encima del escenario, todavía junto a Nemesio, esperó a que terminaran las felicitaciones y el bullicio de la concurrencia para solicitar un poco de atención.
– ¡¡A ver… un momento, por favor!! Os agradezco de veras los aplausos y la acogida que me habéis dado. Os aseguro que me he encontrado muy a gusto y no he notado ninguna sensación de miedo o ridículo, que era lo que a mí más me preocupaba. Estoy convencida de que me gustará la experiencia. Pero antes de nada, agradecería que alguien me contestara una duda que me ha surgido después de acabar.
No sé por qué, me da la impresión de que me habéis tangado con lo del beso… ¿No teníamos por qué besarnos, no es así?
Miró a Ángel Luís y al resto del grupo, uno por uno esperando por parte de alguno, la confirmación de sus dudas.
El gesto de picardía por parte de Araceli, demostraba que algo de cierto había, pero ella no lo desaprobaba en absoluto. Nuria se dirigió a Nemesio, que se había separado de ella un poco más y usando un tono un poco más serio preguntó.
– ¿Tengo razón, no es cierto…? Te has aprovechado de la ocasión.

Ahora el silencio era total en la sala. Nuria miraba fijamente a Nemesio que, aunque le aguantaba la mirada, mostraba un tenue gesto de culpabilidad.
– ¡Lo siento! No pretendía ofenderte.
– No, si no digo que me hayas ofendido –el tono de Nuria cada vez resultaba más airado–. He preguntado que si te has aprovechado de mí. Y por tu respuesta veo que no estoy equivocada. ¡Me parece indigno! No esperaba esto… lo siento. Me voy.
Nuria recogió el bolso que había dejado sobre el piano y en el más absoluto silencio saltó desde el escenario para dirigirse a la salida, demostrando su indignación. Pasó entre los componentes del grupo con gesto altivo, mientras estos le hacían sitio mirándola apesadumbrados.
Entre Nuria y la puerta de salida solo se encontraba Araceli, quién con un gesto cariñoso trató de detenerla, para disculparse en nombre de todos y reconocer que deberían haberla tratado con más respeto, ya que apenas la conocían. Pero no le dio tiempo a hacer nada más. Cuando Nuria llegó a su altura, le preguntó con la mayor naturalidad y con una sonrisa de oreja a oreja.
– ¡¿Que tal como actriz…?! ¿Crees que podré sustituirte dignamente?
– ¡¡¡ Hija de…!!! ¡Eres muy buena! Nos la hemos tragado todos.
– Y tú –se dirigió a Nemesio que continuaba en el escenario–, espero que lo hayas disfrutado, porque no pienso hacer más ensayos de ese final.
Al consiguiente jolgorio plagado de parodias y cachondeo sobre el espectacular beso, Nemesio decidió ponerle fin dando por terminado el ensayo e invitando a todos a celebrarlo en el bar, donde permanecieron charlando animadamente hasta agotar las existencias de tapas.

La mañana estaba resultando muy ajetreada para Nemesio en la Cooperativa. Tenían problemas para desembarcar una importante remesa de cajas de crianza destinada a Finlandia y se había pasado todo el tiempo haciendo gestiones telefónicas.
Por si fuera poco, tenía que informar a su mujer de los trámites con la aseguradora para que ella se lo contase a su tía, cuando fuera a verla esa misma tarde.
Los del seguro pretendían llegar a un acuerdo que a Nemesio le parecía ridículo e insultante. Necesitaba convencer a su mujer de que se trataba de una cuestión de orgullo. De no dejarse amedrentar por esa gentuza que lo primero que hacen es asustarte diciéndote que si vas a juicio vas a perder y te va a tocar pagar hasta las costas.
En un principio, su tía se había desentendido de todo el tema de la indemnización por el accidente que costó la vida de su hijo. Tenía demasiada pena y suficientes recursos económicos como para no preocuparse del valor que quisieran ponerle los del seguro a la vida de su único descendiente.
La idea de apadrinar niños en Hispanoamérica fue de Nemesio. Pero había sido su mujer la que había convencido a su tía para llevarla a cabo. No solo consiguió que se comprometiera con aquella causa, sino que el efecto que habían causado sobre ella las cartas de aquellos niños, había mitigado de tal forma su dolor, que había llegado a plantearse conocerlos personalmente.

Como no conseguía contactar con ella, supuso que estaría en la ermita con el cura, que era el único lugar del pueblo donde no había cobertura del móvil. Así que decidió llamar a Ángel para ver si él podía decirle a su madre que no se fuera a la Residencia hasta haber hablado con él.

Cuando Ángel atendió la llamada su padre estaba un poco enfadado.
– ¡Joder, Ángel! ¡Ya es hora de que me lo cojas!
– ¡Lo siento! Tengo las manos llenas de escayola. No he podido contestar antes.
Después de darle el encargo para su madre, le preguntó por el proceso de restauración que estaba realizando.
– Ya lo tengo todo controlado –aseguró Ángel–. Esta tarde podremos quitar toda la cascarilla.
Ellos mejor que nadie sabían que cierto tipo de asuntos no debían tratarse por teléfono. Por lo que sus conversaciones solían ser lacónicas.

El trabajo de construcción estaba resultando bastante más fácil de lo previsto. Había hecho un taladro en la bola de granito, en la parte opuesta a la que se encontraba la varilla de acero. A esta varilla le había soldado otra más larga con un gancho en su extremo para colgarla del polipasto.
Había levantado el conjunto hasta una altura que le resultaba cómoda para trabajar y había introducido otra varilla de parecido tamaño en el orificio hecho con la taladradora. Después había sujetado firmemente esa varilla al piso para evitar que se moviera.
La primera bolsa de escayola le había dado problemas de fraguado, pero a partir de la tercera, aquello era coser y cantar.
Para fabricar el escantillón utilizo un trozo de una plancha de porexpan. Resultaba muy sencillo ir adaptándola a la curvatura de la esfera quitando con la mano las bolitas de corcho blanco.
Cuando el porexpan adquirió la forma adecuada, utilizó aquella plancha como plantilla para dibujar su forma en un tablero de aglomerado.
Pensó usar la sierra de calar para hacer el corte, pero como el sinfín tenía montada una sierra de diente fino, se decidió por usar la máquina grande. No solo sería más seguro, sino que además el corte seria mucho más limpio y la curva más perfecta.
Lijó ligeramente los bordes del escantillón para evitar rascaduras y comenzó a repasar las zonas más desiguales.
Los últimos centímetros no llevaban arpillera, por lo que el trabajo era diferente. Hasta el momento se había limitado a ir poniendo tiras de tela retorcida impregnadas en escayola para conseguir el volumen necesario. Ahora se trataba de echar la escayola bastante licuada para poder arrastrarla con el escantillón.
En el primer intento la mezcla resultó demasiado licuada y acabó embadurnando a Ángel de cintura para abajo. Menos mal que había tenido la precaución de ponerse las botas katiuscas, que si no, habría destrozado los deportivos. Pero una vez que le cogió el tranquillo daba la impresión de que lo había estado haciendo toda la vida.
Como el trabajo se le había dado de maravilla, tuvo tiempo hasta la hora de comer, para perfeccionarlo hasta el punto de fabricar otro escantillón idéntico y unir los dos formando una circunferencia perfecta con la que comprobar todos los ángulos posibles de la nueva esfera.
Faltaban las varas, para las que solo disponía de una antena telescópica, pero eso y las pinturas, serían una minucia.
Limpió las botas con agua a presión para quitarles los restos de escayola y las dejó al sol para que se secaran.
El mono de trabajo posiblemente no tuviese arreglo porque con la cantidad de escayola que había en sus patas, podría mantenerse de pie el solo. Pero por si acaso, se lo quitó y lo metió en un baño con agua para que se ablandara.
Descalzo y vestido solo con una camiseta que le cubría lo suficiente como para no saber si llevaba algo más de ropa, cruzó rápidamente la cocina para meterse en el cuarto de baño.

Tanya, que se encontraba terminando de preparar la comida. Lo vio pasar corriendo y lo saludó con toda tranquilidad. No le extrañaba nada de lo que pudiera hacer el chico, a pesar de que siempre la sorprendía con algo nuevo.
Ángel disfrutó de la ducha después de la sudada que se había pegado vestido con el mono y las botas a pleno sol. Se enrolló la toalla a la cintura y subió a su habitación a vestirse.
Cuando regresó a la cocina Tanya le pregunto que dónde había dejado el móvil.
– Tu padre te ha estado llamando y no le contestabas.
– ¡Joder…! Me lo he dejado en el taller. Voy a buscarlo.
– ¡Espera! –dijo Tanya antes de que despareciera de nuevo–. Dice que te diga que ya ha hablado él con tu mamá. Que te despreocupes. Que habláis durante la comida.
– ¿Esta cesta…? –preguntó Ángel al ver las dos cestas de fruta sobre el arcón del pasillo.
– La ha traído Joaquín. Como ves no se ha olvidado de tu amiga. ¿Quieres llevársela tú?
– Si que me gustaría. Tengo que quedar con ella para ir otra vez al Silincio.
– ¿Otra vez de excursión? –preguntó en tono de complicidad.
– No. Solo vamos a coger unas muestras y tomar unas medidas. Aunque si te digo la verdad no tengo ni idea de las medidas que piensa tomar ni el tiempo que tardaremos.
– Entonces preparo bocadillos por si acaso.
– Bueno. Lo hablamos. Pero si puedes llevarle la cesta tú, te lo agradezco. Esta tarde no tengo tiempo para nada.
Salió de la cocina para ir a recoger el móvil y los deportivos que se había dejado dentro del taller. Contempló su reciente obra y examinó la superficie para comprobar si ya estaba seca la escayola. Si no la hubiese cubierto con la lona posiblemente se habría agrietado por fraguar demasiado deprisa. No estaba seguro de las propiedades de la escayola. Sabía que eran muy diferentes a las del yeso, pero no sabia en qué. Por eso había tomado todas precauciones y como se podía comprobar, el resultado era perfecto. Se disponía a continuar quitando la cubierta de la bola original cuando le avisaron para comer.
Durante la comida, Nemesio atendió el teléfono media docena de veces. Generalmente no lo hacía nunca. En el caso de recibir alguna llamada mientras estaba en la mesa, contestaba excusándose por no poder atender la llamada en ese momento. Pero en aquella ocasión necesitaba dejar resuelto el tema de los escandinavos para poder dedicar la tarde entera a investigar la peana de la virgen y descubrir lo que ocultaba en su interior.

Cuando por fin atacaron el asunto, tanto Nemesio como su hijo estaban nerviosos y excitados. Ya habían tenido otros sonados fracasos en alguna ocasión. La más reciente, la de la cripta, donde se hicieron muchas ilusiones de encontrar algo relevante y se llevaron un chasco memorable.
En esta ocasión resultaba evidente que se habían tomado muchas molestias para ocultar algo de una forma tan concienzuda. La cuestión era descubrir qué era tan importante para aquella gente.
Fueron retirando meticulosamente todo el yeso que cubría la bola de tela, hasta que se hizo necesario desplazarla de su base en el hueco de las andas, para poder quitar el yeso de la parte inferior.
Las fotos de ese momento fueron las más difíciles de hacer porque había que poner la cámara en modo automático, ya que era necesaria la fuerza de los dos para poder moverla.
Con mucho cuidado cortaron con unas tijeras la podrida cuerda de cáñamo que en algún momento habría servido para sujetar la tela, pero que hacía muchos años que había perdido toda consistencia.
La tela en sí misma ya resultaba bastante enigmática. Parecía una especie de seda de muy alta calidad, aunque su tacto resultaba un tanto aterciopelado.

Lo primero que llamó la atención de ambos fue la flexibilidad del tejido. Al retirarla de la posición que había mantenido durante cientos de años, no solo no se mostraba endeble y quebradiza sino que ni siquiera permanecían en ella las arrugas de los dobleces.
Realmente se trataba de un género excepcional que ni siquiera se deshilachaba a pesar de no llevar ningún dobladillo o remate en sus bordes. Solo con un material tan manejable se explicaba la perfección del ovillado a pesar del impedimento que significaban las varas.
A medida que iban desenrollando la tela, los dos iban imaginando la función real de aquellas varas a las que no habían quitado el recubrimiento, y que mantenían su aspecto cromado a medida que iban quedando al descubierto.
Ninguno dio su opinión porque apenas hablaban mientras trajinaban. Pero aquello a cada segundo resultaba más indudable que parecía lo que no podía ser de ninguna manera.
Las últimas capas de tela las quitaron sin tantos miramientos, una vez que estaban convencidos de lo que iban a encontrarse. Aquella tela no ocultaba ninguna estatua de mármol ni nada parecido. Lo que había debajo de aquellos ciento cincuenta metros cuadrados de tela era una extraña esfera de aspecto metálico de la que surgían dos antenas, aparentemente de acero inoxidable, sujetas firmemente en la base mediante un mecanismo muy similar a un muelle.
La superficie de la esfera se asemejaba a la de un balón de fútbol de diseño moderno. Y su diámetro era el equivalente al de tres balones puestos en fila.
– ¡Jooo…der! –exclamó Nemesio mientras la observaba por todos lados–. Al final resulta que la Inmaculada Concepción no la pintaban sobre el globo terráqueo.
Los minutos que siguieron al descubrimiento fueron de un expectante silencio, durante los cuales Ángel cambió el modo de automatismo de la cámara que había estado tomando una instantánea cada cinco segundos, para que espaciase a treinta segundos cada foto. No había ninguna duda. Se trataba de un satélite espacial, posiblemente de comunicaciones.
Las dos antenas que habían mantenido una posición erecta respecto al punto de su base en el plano del horizonte, recobraron su posición de reposo al desligarse de la opresión de la tela. Ahora se encontraban situadas en un plano a sesenta grados del anterior. El plano meridiano de aquella esfera estaba recorrido por un pequeño resalte, producto quizás de la unión de las dos semiesferas.
En la parte superior, situada más o menos entre las dos antenas, una placa circular de veinte centímetros de diámetro, daba la impresión de ser una tapadera de un material muy parecido al vidrio, que se encontraba perfectamente integrada en la esfera.
En la semiesfera inferior se encontraban los dos objetos más interesantes. El primero se trataba claramente de la lente de una cámara de fotos o de video, cuyo objetivo sobresalía unos centímetros de la esfera y parecía disponer de movilidad direccional. El segundo era muy parecido al anterior, pero bastante más grande. Lo que podría ser la lente y su mecanismo estaban completamente encastrados en la superficie de la esfera.
Ni Nemesio ni Ángel habían visto nunca un satélite artificial de cerca, pero cualquiera de los dos podían haberlo identificado como tal incluso con los ojos cerrados.
– ¡¿Qué opinas?! –preguntó Nemesio a su hijo que llevaba mucho rato sin decir palabra.
– Que los satélites artificiales no existían en la época en que se fabricaron esas andas.
La contestación del chico fue tan contundente como cierta. Él no iba a discutir si aquel satélite se había ocultado allí hacía quinientos años o dos mil. Pero estaba absolutamente seguro de que llevaba varios siglos en el mismo estado.
– ¡Cierto! Es más; hasta mediados del siglo pasado no se consiguió colocar un satélite en órbita. El Sputnik de la desaparecida URSS. Por aquella época ya no se sacaba a la Virgen en procesión.
– ¿Entonces…?

– Entonces nada. Desgraciadamente, como pasa con otras muchas cosas, nuestro descubrimiento no servirá de nada. Si lo hiciésemos público, la Comunidad Científica nos acusaría de haber hecho un montaje. El Gobierno de apropiación de material estratégico. Y la Cofradía de herejes. A ninguno de ellos le interesaría conocer la verdad. Sobre todo porque la verdad no les conviene a ninguno. La Ciencia tendría que replantearse todas sus teorías, y supondría la anulación de muchos millones de subvenciones. El gobierno se encontraría con una patata caliente que le provocaría una situación muy incomoda con respecto a otros países. Y a la Iglesia le crecería otro enano más de los muchos que le surgen últimamente.
– Pero nosotros podremos hacer algo, ¿no? –preguntó Ángel.
– No. No creo que podamos. Pero desde luego no debemos hacer otra cosa que no sea esconder este chisme para que no se entere nadie. Si me apuras un poco, lo más aconsejable sería enterrarlo.
– Pero… podría tener información o algo de valor dentro.
– ¡Vamos a ver, Ángel! En primer lugar, abrirlo es un riesgo innecesario. Si de verdad tiene más de trescientos años, es posible que contenga sustancias desconocidas para nosotros. Podría tener combustible radioactivo o restos de ese combustible. Y en segundo lugar; Aunque contuviese información, no veo de qué forma íbamos a poder interpretarla… Me veo mal con el latín…
– ¿Y si tuviera fotos? Los satélites actuales envían fotos a la tierra constantemente. Podríamos averiguar incluso la época en que se puso en órbita.
– ¡Suponiendo que haya estado alguna vez en órbita!; que tampoco lo sabemos. Ni siquiera sabemos si ha estado funcionando alguna vez. Solo podemos hacer suposiciones.
– ¿Cuáles son tus suposiciones?
– Ya sabes que yo estoy convencido de que han existido civilizaciones avanzadas antes que la nuestra. Toda la cantidad de "objetos fuera de época" (oopart) hallados hasta la fecha, demuestran su existencia. Éste mismo es otro "Oopart" de los muchos que nunca se harán públicos. Las pruebas y no las creencias, demuestran que esto se fabricó mucho antes de lo que la ciencia oficial puede asumir. Por lo tanto, no se trata de suposiciones. Se trata de hechos. Pero esos hechos no nos llevan a ninguna parte.
– No me entra en la cabeza que un hallazgo tan importante no tenga ningún valor.
– Yo no he dicho eso. Seguro que hay gente u organismos que pagarían millones por él. El problema es que a nosotros nunca nos pagarían un céntimo por ello. Estaríamos en la misma situación si hubiésemos encontrado un ovni. Aunque en ese caso, por lo menos sabríamos que era un ovni. Suponemos que se trata de un satélite espacial, que podría haber llegado a la tierra protegido por airbags y que la tela que lo envolvía es en realidad un paracaídas o los restos de los airbags. Pero también podría ocurrir que fuera una simple escultura o una maqueta o incluso formar parte de algún remoto y extraño decorado.
– ¿No habrás pensado en serio lo de deshacernos de él?
– De momento no. Pero tampoco pienso correr ningún riesgo innecesario. Lo dejaremos aquí tapado con su tela mientras intentamos averiguar algo más de su procedencia.
– Podríamos mandar analizar un trozo de la tela.
– Incluso una de las antenas, o un trozo de ellas. Pero por ahora no haremos nada. Tenemos que documentarnos todo lo posible, tanto en lo que respecta a los satélites como en lo relativo a la Cofradía.
– Sugiero encargarme yo de la Cofradía. A mamá no le resultará sospechoso y al cura le hará mucha ilusión mi interés.
– ¡De acuerdo! Sobre todo mucha prudencia. No hay ninguna prisa y es preferible que no muestres un interés especial. Cuando salga la conversación, aprovechas. Pero es mejor que no saques tú el tema.

13

A medida que se acercaba el día del estreno, la gente del Grupo de Teatro andaba más revolucionada. Nuria había resultado un fichaje tan inesperado como fructífero y todo el mundo reconocía abiertamente sus dotes musicales.
Había conseguido cambiar las costumbres de los ensayos de tal manera que ahora nadie se marchaba hasta el final de la obra, solo por oírla tocar. Su forma de sentir la música hacía que cada día sonara con un matiz diferente.
Ángel, que era el que mejor la conocía, se daba perfecta cuenta de su estado anímico por las notas que salían del piano. Generalmente el hecho de asistir a los ensayos suponía en sí mismo una diversión. Según pasaba el tiempo Nuria se encontraba mucho más integrada en el grupo. Su carácter abierto y jovial había conectado con los actores desde el primer momento y solían reunirse en la bodega de alguno de ellos, después de los ensayos.
A ella le gustaba oír las múltiples peripecias por las que habían pasado a lo largo de años de representaciones en los más variopintos escenarios. Y si a ella le gustaba escucharlas, no digamos a ellos contarlas. Cualquiera que haya vivido de cerca el teatro sabe que no tiene nada que ver con cualquier otra representación artística. La excitación de los actores es tan grande, que generalmente cuando no pueden dormir es la noche posterior al estreno. Toda la adrenalina acumulada antes y durante la representación tarda muchas horas en diluirse.
Los Gazapos son una fuente inagotable de anécdotas de los que ningún actor se libra. Más pronto o más tarde siempre se acaba metiendo alguno. En los ensayos, esos gazapos se cubren con unas carcajadas al tiempo que se aprende a disimularlos. Pero durante la representación, un gazapo puede provocar un verdadero desastre.
Una frase similar a otra, puede hacer que se salten ocho o diez páginas de la obra, y eso ha pasado en muchas ocasiones. No era el caso de ellos. Jamás habían metido la pata de forma tan escandalosa Pero pequeños lapsus, había habido docenas de ellos. Nadie se molestaba cuando le restregaban su metedura de pata. Como mucho intentaba justificarse con argumentos, por lo menos a veces, insospechados.
En cierta ocasión, Araceli se quedó en blanco en escena. Se trataba de una escena en la que solo había dos personajes y su compañero no fue capaz de darle la entrada. Ni corta ni perezosa tiró la botella de anís que estaba encima de la mesa y le dijo a su partenaire que se iba a buscar una fregona. Ni que decir tiene que el anís puso pringoso todo el escenario y después de la representación tuvieron más que palabras con el encargado del teatro para ver quien tenía que limpiarlo.

A pesar de que Araceli ya no tenía papel, asistía a todos los ensayos y a las reuniones posteriores. Decía que tenía que disfrutar lo poco que le quedaba, que ya se quedaría en casa cuando naciera el niño. Probablemente, el próximo año volvería a participar en la siguiente obra. Contaba con una amplia y bien avenida familia a la que endosarle al bebé en las horas de los ensayos.

– ¡A propósito! –dijo Araceli dirigiéndose a Nuria– Me ha encargado Elvira que me entere de si estarías dispuesta a tocar el órgano de la iglesia el día de la procesión.
– ¡¿Quién… yo?! –se sorprendió Nuria
– En el pueblo no tenemos más Nurias.
– ¡Pero si no he tocado un órgano en mi vida! Creo que ni siquiera he visto uno de cerca.

– Pues el nuestro es Monumento Nacional –era Emilio, el novio de Masun, quién hablaba ahora. Lo sabía porque el era el concejal de cultura cuando consiguieron que fuera declarado como tal, hacía algunos años–. Seguro que te gustará. Es muy diferente de un piano, pero tampoco creo que te pidan que des un concierto. Lo más probable es que toques un par de minutos a la llegada de la Virgen y otros dos o tres cuando salga de la iglesia.
– ¡Qué no, qué no! En el pueblo hay mucha gente que toca el piano. Seguro que hay mejores opciones que la mía. Me siento muy honrada por el ofrecimiento pero es que no me veo yo con un bicho de esos.
– ¡Bueno...! –continuó Araceli–. El encargo que yo tengo es el de preguntarte que si estarías dispuesta. Y que si dices que no. Que "Por favor, por favor" ya que vives a treinta metros de la iglesia, que te pases un momento mañana por la tarde, que Elvira te necesita.

Nuria no podía negarse a cualquier cosa que le pidiese Elvira. Primero porque le caía muy bien y en segundo lugar porque como casera, era una joya.
A pesar de vivir al lado, nunca había entrado en la iglesia. Ella no veía este tipo de monumentos como obras de arte y mucho menos como centros de caridad cristiana. Al observar este tipo de construcciones y compararlas con las que normalmente hay en sus alrededores, le inundaba una fuerte sensación de resentimiento hacia los promotores de tales monumentos a la codicia. Al contemplar la majestuosa bóveda de aquella iglesia, no podía evitar pensar en la cantidad de trabajadores que morirían al despeñarse de semejante altura por no disponer de las mínimas medidas de seguridad. Pensaba en la cantidad de familias que malvivirían con los miserables salarios de los trabajadores y en toda aquella gente que subsistiendo casi como animales, todavía le daban las gracias a Dios por mantenerlos vivos.

– ¡Estamos aquí arriba! ¡Sube, por favor! –al oír la voz de Elvira, Nuria se giró para comprobar que procedía del suntuoso coro de la iglesia situado cinco metros por encima de ella. Adornado con multitud de imágenes talladas, estaba rematado por un espectacular órgano, junto al que se encontraban varias personas en compañía de Elvira y el cura.
La elaborada escalera de caracol se encontraba bien iluminada y sus amplios escalones resultaban bastante cómodos incluso subiendo con tacones. El órgano visto desde allí arriba, resultaba más impresionante aún.
– ¡¿Magnifico, verdad?! –comentó el cura a modo de saludo, al ver la reacción de Nuria.
– ¡Yo ya he dicho que no he tocado nunca un órgano! –más que una disculpa, Nuria quería dejar clara su postura desde el primer momento.
– Por eso precisamente hemos pensado en ti –Elvira hablaba en nombre de la Cofradía–. Solo serán unas pocas notas para justificar la subvención.
– ¡Déjame que te explique! –intervino el cura– ¡Verás! Resulta que hemos solicitado unas subvenciones para la procesión y nos han concedido dos. La de la Obra Social de la Caja y la de la Diputación. En el proyecto que mandamos habíamos incluido, entre otras muchas cosas, un organista. En principio ese organista iba a ser el que nos afinó el órgano cuando lo restauró. El mismo que nos hace el mantenimiento todos los años. Habíamos acordado pagarle una cantidad determinada, porque la Caja nos daba el dinero en conjunto, tanto para la procesión como para el mantenimiento. De hecho la factura ya está firmada… el caso es que el hombre se ha puesto enfermo y no va a poder venir a tocar.
– No podemos contratar a otro organista –continuó Elvira–, porque el único que podría estar disponible para esa fecha nos cobraría todo el presupuesto de la procesión. Y antes

de que preguntes, tampoco podemos hacerlo nosotros porque somos cofrades y no está permitido.
– ¿Todos los que tocan el piano en el pueblo son cofrades? Pero si me dijiste que erais pocos en la Cofradía.
– Creo –intervino de nuevo el cura–, que nosotros somos de los pocos del pueblo que no te hemos oído tocar. Pero por lo que se oye lo haces muy bien.
– No se me da mal. Mi padre es un buen músico. Bueno, ahora está jubilado por la artrosis y aunque no toca, sigue siendo un buen maestro.
– Debido a que tu fama te precede –era nuevamente Elvira la que insistía–. Te quedaríamos muy agradecidos de que por lo menos lo intentaras.
– Lo intentaré y pondré todo mi empeño. Y si lo consigo, no te des por pagada con ello. Todavía te estaré muy agradecida… yo sé que os habéis dado cuenta de que no soy muy de misas… lo siento… soy así.
– ¡Que me vas a contar! Será por eso por lo que haces tan buenas migas con mi hijo.
– ¡Ojalá! todos los ateos tuvieran un corazón como el de ese chico. ¿Has visto cómo le ha quedado el paso de la Virgen…? Es verdad que no viene a misa, y menos a confesarse y comulgar. Pero le falta tiempo para ayudar en lo que le pidas.
– ¡Pues venga! Que no quiero que penséis que me estoy haciendo de rogar. Aunque estoy convencida de que habrá otros más capacitados… a propósito, ¿se lo habéis pedido a Nemesio? Es el chico que actúa conmigo en el teatro. Casi seguro que no es de la Cofradía y toca el piano divinamente.
Tanto el cura como Elvira se quedaron perplejos ante la pregunta de Nuria. Resultaba evidente que no sabía que Nemesio era el marido de Elvira, a pesar de que sabía que su marido era el director del Grupo de Teatro.
Mientras Nuria se sentaba en el taburete del órgano, el cura miraba a Elvira sin saber que decir. Era una situación desconcertante a la vez que graciosa. ¿Quién pensaba Nuria que era el marido de Elvira? Y otra. ¿Cómo era posible que llevase ensayando con ellos tres semanas, y no supiera quien era el padre de Ángel?
– ¡Bueno¡ Es que Nemesio y yo no estamos de acuerdo en algunas cosas –contestó Elvira, esperando con un poco de malicia, ver dónde paraba todo aquello.
– Si queréis se lo digo yo. Es un tío majísimo. A mi me cae muy bien y creo que yo le gusto. Seguro que accede si se lo pedimos. Se parece mucho a Ángel, es todo corazón.
– ¡Para! Para un momento, que don Cosme se nos muere de risa y tú te puedes caer desde el coro con órgano y todo. ¡A ver, alma de Dios! ¿Quién es el padre de Ángel?
La pregunta traía cola, seguro. Elvira esperaba la respuesta mirándola a los ojos con una traviesa sonrisa contenida en los labios esperando a romper a reír a carcajadas. Era evidente que el cura y Elvira conocían la respuesta divinamente. Por lo tanto, la que no conocía la respuesta era ella. Sentada al revés sobre la banqueta del órgano, veía cómo la contemplaban esperando una respuesta que, por fin Nuria se atrevió a susurrar.
– ¡Ángel Luís! ¿No...?
En el mismo momento de contestar se dio cuenta de que no era así. ¡El padre de Ángel era Nemesio! Por lo tanto, también era el marido de Elvira, a quién acababa de confesar que le gustaba su marido y que ella también le gustaba a él. Se cubrió la cara con las manos haciendo gestos de negación, mientras Elvira y Don Cosme se partían el pecho a reír sin importarles lo que pensaran de ellos las diez o doce mujeres que limpiaban y fregaban los bancos de la iglesia.
– ¡¿Ángel Luís?! –explotó Elvira– ¿Qué te ha hecho pensar que Ángel Luís era el padre de Ángel?
– ¡Soy tonta! ¡Soy irremediablemente tonta! Ya metí la pata con lo de "Señora Elvira" y ahora vuelvo a meterla, pero esta vez hasta el fondo. ¡Lo siento…, lo siento!

– ¿Que sientes, qué? –Elvira trataba de contener la risa– No has dicho ni hecho nada de lo que tengas que avergonzarte.
– ¡¿Cómo que no?! Pero como puedo ser tan gilipollas. ¡Joder…, joder!
– Recuerda, hija mía que estás en la casa de Dios –el cura no creía que aquellas palabras fueran adecuadas–. Y a Él no le gustan según qué expresiones.
– ¡¡Dios…, si es que no doy una a derechas!!
– ¡Ves! Eso está mejor.
En la sacristía solicitaban la presencia de don Cosme por lo que el cura abandonó el coro dejándolas a las solas para que continuaran riéndose cada una de lo suyo.
– Todo esto me lo tienes que contar más tranquilamente –dijo Elvira, todavía con una sonrisa en los labios–. Ahora vamos a probar el órgano. A ver si así se nos pasa un poco.
Como verás tiene poco que ver con un piano. De hecho esto no es un instrumento de cuerda; es de viento, y en este caso el fuelle se alimenta con un motor eléctrico. Esto quiere decir que si se dejas pulsada una tecla, sonará de continuo de la misma forma. Tienes dos teclados con cincuenta y seis teclas cada uno y por si fuera poco, un pedalier con doce pisas. Además estos pedales no sirven para lo mismo que los pedales de un piano. Con estas pisas también se toca.
– ¿Y esto para que es? –preguntó Nuria al ver una pieza de hierro en forma "U" que sobresalía a la altura de la rodilla– ¿Para ahorcarme?
– Es para la caja de ecos. Se mueve con la pierna. Pero no te preocupes por eso. No hay necesidad de que aprendas a usarlo como un organista. Tu concierto no durará más de dos o tres minutos y si es necesario lo ensayaremos hasta que lo aprendas de memoria. ¡Acompáñame!
Las dos sentadas en el taburete, se olvidaron de cualquier cosa que no fuera la música en cuanto empezaron a tocar. En menos de diez minutos, el cura y las señoras que continuaban fregando los bancos y el suelo de la iglesia, empezaron a escuchar con atención las notas que poco a poco iban arrancando al aparato.
Machacaron hasta el aburrimiento el trozo de partitura sin dar la menor muestra de impaciencia. Elvira estaba desando que Nuria flaqueara para poder abandonar el ensayo, pero Nuria no quería que el cansancio pudiera confundirse con desinterés, por lo que de no intervenir don Cosme diciendo que tenían que marcharse, hubieran terminado con la cabeza como un bombo.

En los días posteriores los ensayos fueron haciéndose cada vez más amenos y gratificantes. De vez en cuando jugaban a tocar a dúo cada una con un teclado. Lo peor para Nuria era lo de los pedales. Sobre todo el pie izquierdo lo tenía un poco descontrolado y a menudo chocaba con el pie derecho de Elvira. Las primeras veces Nuria estaba un poco tensa. No tenía una idea clara de aquella mujer y se sentía incomoda tocándole los pies. Si hubiesen tenido puestos los zapatos, sería diferente. Pero si ya resultaba difícil tocar con los píes, con los zapatos hubiera sido imposible.
No dejaba de tener su puntito morboso. Cualquiera que las viera ensayar a puerta cerrada, rozándose sus cuerpos al estar sentadas en un taburete pensado para una sola persona y jugueteando con los pies desnudos, podría malinterpretar lo que veía.

Como no podía ser de otra manera, un buen día Elvira acabó por preguntarle que cómo llevaba su relación con Nemesio.
– No tenemos ninguna relación. ¡Te lo prometo! Nos llevamos muy bien, eso es todo.
– No te estoy pidiendo cuentas. A estas alturas supongo que sabrás que llevamos cuatro años viviendo separados. No tengo ningún derecho y ningún motivo para meterme en su vida. Sobre todo porque la culpable de nuestra separación fui yo.

– Después de mi metedura de pata, pregunté a Araceli y ella me contó.
– Oficialmente nos separamos debido a mi mojigatería y excesiva religiosidad, pero no fue por eso. Después de que naciera nuestra hija, hace catorce años, yo caí enferma. Hoy en día se habría diagnosticado como depresión pos–parto, pero entonces solo fue que yo me había vuelto rara. No podía soportar que me tocara. Veía a los hombres como si fueran fieras salvajes y el sexo me repugnaba hasta vomitar.
Fueron unos años muy difíciles, sobre todo para él. Yo me refugiaba en mi mundo y mis hijos y no necesitaba nada más pero él tenía veinticinco años y un montón de mujeres dispuestas a hacer cualquier cosa para mitigar sus penas. Sin embargo, en vez de mitigarlas, sus penas se hicieron aún mayores. Se enamoró de una chica que acababa de casarse y pasamos momentos peores que hasta entonces. Al final, yo regresé aquí, a casa de mis padres y él se quedó en la otra casa.
– Has dicho que estuviste enferma. ¿Ya no lo estás? Yo te veo muy bien.
– ¡Gracias! No podría decirte. No me he vuelto a acostar con nadie. Aunque te aseguro que no lo echo en falta. Me encuentro plenamente realizada y no tengo ninguna intención de correr el menor riesgo.
– ¡Ya! Aun así es una pena.
– El primer día que practicamos con el órgano, dijiste que Neme te gustaba. Y lo dijiste delante del cura que es más peligroso.
– ¡Es verdad! Me gusta. Me trata de una forma especial, pero yo creo que es para que no le falle en el teatro. Lo cierto es que todos me tienen en palmitas. Debe de ser que soy muy buena actriz. Eso, o que soy la única dispuesta a besarse en la escena final.
– Me dijo Araceli que esa escena, no la habíais ensayado ni tú ni él. Y que sin embargo salió perfecta a la primera.
– Tanto como perfecta no fue. La música sí que salió muy bien. El texto lo tuvimos que ir leyendo, Nemesio tampoco se lo sabía. Respecto al baile, fue muy gracioso porque no sabíamos cómo terminarlo y estuvimos dando vueltas por el escenario un buen rato… ¡oye! ¿Tú crees que él estaría tanteando el terreno mientras bailábamos, para besarme?
– No sé… ¡Dímelo tú! ¿Pusiste resistencia?
– ¡Que dices! Si lo estaba deseando. ¡Mira! me llevaba así.
Nuria agarró a Elvira y tarareando la música recorrieron el coro de la iglesia de un lado a otro. Afortunadamente hacía días que habían terminado los preparativos de la procesión y eran ellas dos las únicas que estaban en la iglesia. De lo contrario seguramente habrían dado la nota y no musical precisamente.
Elvira se dejaba llevar acompañándola en el tatareo de la canción. Era una sensación agradable y divertida que había olvidado hacia mucho tiempo. Cuando Nuria pensó que ya la había paseado bastante, se detuvo en el medio del coro y con un grácil gesto de sus brazos colocó a Elvira en la misma posición que Nemesio la había colocado a ella. Acerco sus labios a los de Elvira y cuando ésta estaba completamente convencida de que le iba a plantar un pico en todos los morros, Nuria dijo:
– Y cuando me tuvo completamente a su merced… ¡Bueno! Creo que yo también hice algo de intención.
Posiblemente si Elvira hubiese hecho algo de intención, le hubiese pasado lo mismo. Pero Elvira estaba paralizada por la situación. Se daba cuenta de que le hubiera gustado que Nuria la besase y eso le preocupaba.
– Eso fue todo –continuó explicando Nuria mientras devolvía a Elvira a la posición vertical–. Duró dos o tres segundos nada más y no hubo lengua ni nada.
Elvira trató de evitar la mirada de Nuria y en cuanto estuvo totalmente erguida se dirigió hacía la banqueta del órgano. Caminó sin levantar la cabeza y cuando se sentó se quedó en silencio mirando las teclas. Nuria entendió que quizá había sido demasiado frívola en su

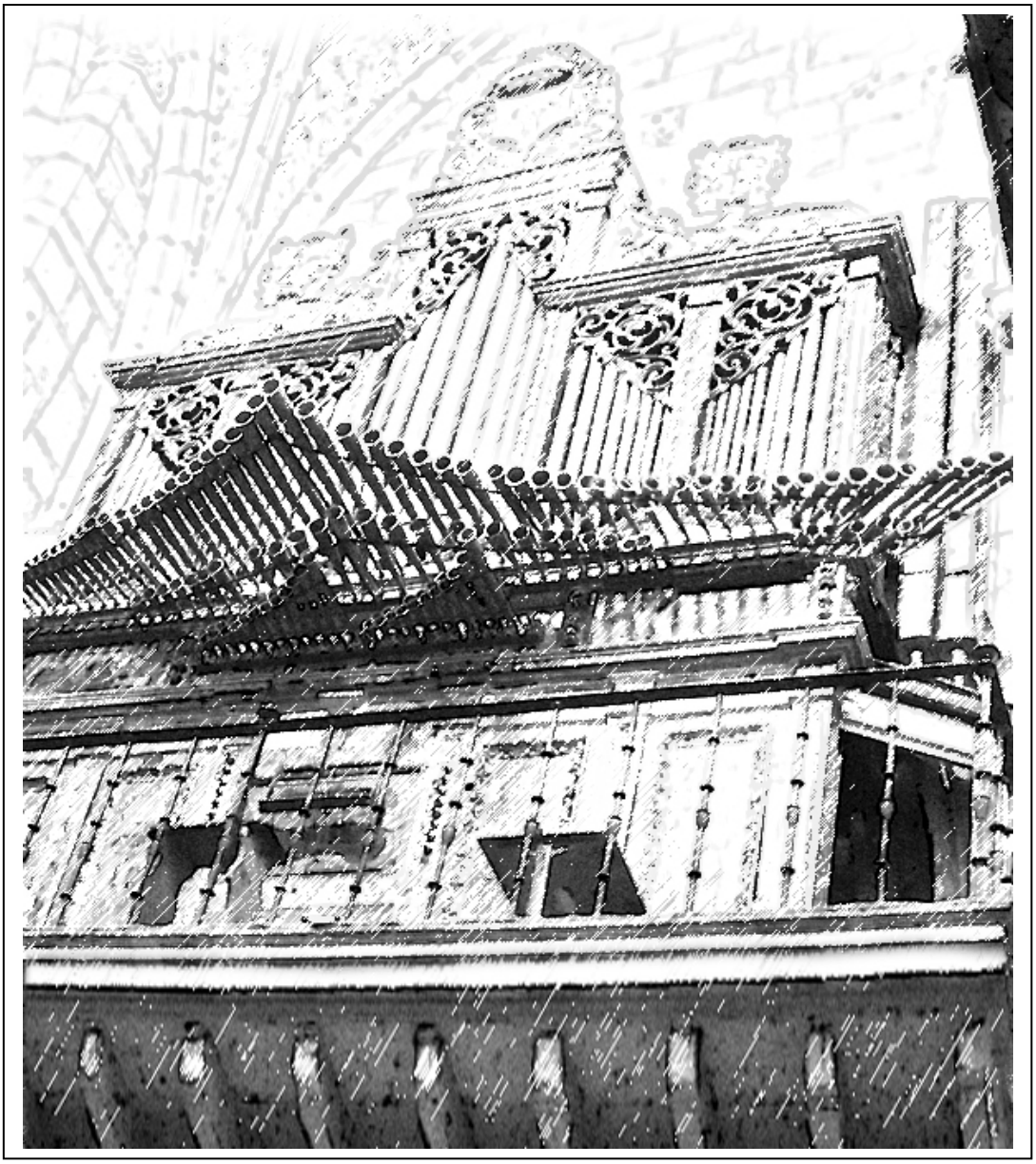
narración y que eso podía haber molestado a Elvira. Al fin y al cabo estaba refiriéndose a su marido. Se acercó a ella por detrás y la rodeó con sus brazos mientras trataba de disculparse.
– ¡Lo siento! –dijo dándole un beso en la mejilla– Te aseguro que fue de lo más inocente. No lo hemos vuelto a hacer. Le dije que no lo repetiríamos hasta el día del estreno. ¡No te enfades, por favor!
– No me enfado. No te preocupes. Por mí puedes besarlo cuantas veces quieras. No me duele en absoluto, en serio. Si me he puesto así, no ha sido por lo que me has contado. Me ha dado un bajón… eso es todo.
– ¡Pues eso sí que no, eh! No es momento para ponerte "depre", ahora que estamos empezando a domeñar a este energúmeno –Nuria se sentó juntó a Elvira empujándola un poco para hacerse sitio en la reducida banqueta–. ¡Vamos…, descálzate y dale caña!

La acústica de la iglesia era muy buena, como correspondía a un órgano de aquella categoría. Hasta aquel momento de los ensayos, las dos se habían limitado a hacer una interpretación lo más correcta posible de aquella partitura. A pesar de que Elvira conocía bastante bien el instrumento por haber pasado durante su reconstrucción tantas horas como el propio organista, nunca se había planteado sacarle una sola nota. Las circunstancias habían propiciado que ahora, para enseñar a Nuria, ella misma hubiese aprendido a tocarlo con una cierta soltura.
– No. Tienes que empezar a hacerlo tú sola. Yo ya no puedo hacer otra cosa que acompañarte y no tiene sentido que sigamos practicando algo que no vamos a interpretar.
– Solo una vez más, "¡porfa!" –insistió Nuria– Disponemos de uno de los instrumentos más completos y acústicos que se hayan construido nunca. Un auditorio espectacular, y yo; del mejor público con que puede soñar cualquier artista.
– ¡Pero si no hay nadie! ¡Ni siquiera está la Virgen!
– Está una diosa. Te parece poco. Eres una mujer increíble. Si yo fuera lesbiana iría a por ti como una leona –la agarró por el hombro acercándosela y rugiendo como si fuese a comérsela.
– ¡¿Pero no eres, noo?! –preguntó Elvira asustada mientras se resistía.
– ¡¡No jodas!! Lo decía en broma… bueno no. Lo decía en serio, pero lo que quiero decir… ¡Ay no sé…! ¿Crees que soy lesbiana?
– No me preocupa en absoluto… lo que me preocupa es si lo soy yo.
– ¿Y eso…?
– ¡Ya ves! Antes cuando me contabas lo del beso de Neme, por un momento pensé que me ibas a besar a mí.
– Eso no es por ser lesbiana. Eso es porque soy una actriz cojonuda.
– Actriz o no, el caso es que si lo hubieses hecho yo no hubiese puesto ni una pizca de resistencia. Y lo peor de todo es que te lo estoy diciendo así, en la cara, y me quedo tan oreada.
– Eso es porque hace mucho tiempo que no echas un polvo… ¡Hombre! lo cierto es que yo también hace bastante que estoy en dique seco. Tenía la esperanza de cepillarme a Nemesio pero entre que él no demuestra ningún interés y que a su mujer la quiero más que a él… la cosa está jodida.
– ¿No puedes hablar sin decir tantos tacos? Estamos en la iglesia y aunque a la Virgen no le importe, don Cosme lo lleva muy mal.
– Sería la hostia que nos hubiera estado escuchando. Lo que menos le preocuparía de todo lo que henos dicho, serían los tacos.
– ¡Calla…calla! No quiero ni imaginarlo.

– Definitivamente quedamos en que no somos lesbianas –Nuria simulaba hablar muy seriamente–. Así que si te toco el pie a menudo no es para que te pongas cachonda.
– Lo que más me perturba no es el pie. Tienes unas piernas preciosas y como estamos tan juntas en esta banqueta, a veces me suben unos calores…
– ¡¡Uy, uy, uy!! Me parece que estás necesitando un polvo con urgencia. ¿Quieres que nos vayamos un día de marcha?
– ¡¿Estás loca?!
– Sería un polvo terapéutico.
– Lo peor de todo es que me da la impresión de que lo estás diciendo en serio.
– ¡Por supuesto que lo digo en serio…! ¡Escucha! Habéis dicho que me vais a pagar por la interpretación, ¿no?
– Si. Hay una partida aprobada para el organista, sea quien sea.
– Pues entonces, en cuanto cobre nos vamos a celebrarlo. Busco en Internet a unos tíos, los invitamos a cenar y nos los cepillamos.
– Me estás haciendo reír porque lo dices con una naturalidad, como si lo hicieses a menudo.
– Si lo hiciese a menudo no estaría tan necesitada. No lo he hecho nunca, pero para todo hay una primera vez.
– ¿Tocamos…? –preguntó Elvira tratando de zanjar la conversación
– ¿El órgano? –ironizó Nuria.
Con la sonrisa mantenida en sus labios, Elvira comenzó a tocar decididamente, convencida de que Nuria la seguiría.
Esta vez no notaba los calores al sentir el cuerpo de Nuria junto a ella. Toda su atención se concentraba en aquella partitura y en la interpretación que su amiga le daba a aquellas notas. Lo habían ensayado tantas veces que no le costaba ningún esfuerzo acomodarse al estilo de ella.
Parecía como si la frescura descarada de la personalidad de Nuria, la trasmitiera a chorros por los relucientes tubos del órgano, arrancándole con insolencia, sonidos desconocidos a aquel instrumento.
Lo que al principio iban a ser dos minutos había acabado extendiéndose más de cinco. Gracias sobre todo a la habilidad de Nuria, pero sin olvidar la destreza de Elvira y su excelente oído.
No es que hubieran creado una nueva obra a partir de aquella partitura, pero la habían modificado considerablemente. Las inmensas posibilidades de aquel instrumento sometidas al gobierno de dos talentos innatos jugando a gustarse mutuamente, hacían que la iglesia entera vibrase con sus notas.
Al finalizar se aplaudieron mutuamente y se felicitaron chocando las palmas de sus manos como si fueran jugadoras de baloncesto. Hubiera sido más propio hacerlo con un par de besos, pero según estaban las cosas, ninguna quiso tentar a la suerte.
– ¡Perfecto! Creo que vamos a dar la campanada. ¡Venga! ahora tú sola –Elvira se levantó del taburete para dejarle todo el espacio a Nuria.
– ¡Lo siento bonita! Sin ti yo no pienso hacerlo. O tocamos juntas, o yo me quedo en mi casa.
– Me lo estás diciendo en broma… no creo que seas capaz de dejarnos colgados a estas alturas.
– ¡Créetelo, porque lo digo muy en serio!
– Pero, ¿por qué dices esto ahora? No lo entiendo. Creí que estábamos contentas con lo que hacíamos. ¿Qué ha pasado para que cambies de opinión?

– Yo tampoco me lo explico. Ha sido levantarte tú del asiento y se me ha ido la inspiración. ¡Mira…, fíjate! –Nuria puso sus manos sobre el teclado y hasta el propio órgano se quejó emitiendo un horroroso alarido.
– ¡Déjate de bobadas…! Yo no puedo estar aquí. Soy la presidenta de la Cofradía. Tengo que estar ahí abajo con las Damas; el alcalde; el diputado de cultura… ¡Por favor Nuria! No me hagas esto.
– Vas a tener que dejar de pensar en tus obligaciones y empezar a pensar un poco más en ti. Precisamente porque eres la presidenta, puedes hacer lo que te de la gana.
¡Olvídate del protocolo! Tanto el alcalde como el diputado están ahí porque no tienen talento para estar aquí arriba. ¡Vamos! Siéntate a mi lado que se me está quedado la pierna fría.
– Pero es que habría que cambiar muchas cosas –dijo mientras volvía que sentarse al lado de Nuria–. Ya está organizado para que sea la presidenta la que lea la oración. La Ofrenda… no sé. Son muchas cosas las que habría que cambiar. No sé lo que va a decir don Cosme.
– Si quieres, tienes tiempo de sobra para hacer todo eso más tarde. Después de tocar te bajas y si tienen que esperar que esperen. Es probable que aún los encuentres con la boca abierta de lo bien que nos va a salir. Se me ha ocurrido una cosa que puede quedar muy oportuna al hacerlo a cuatro manos. A ver si te gusta. Tú hazlo como siempre, que yo al final voy a repetir los compases. ¡Bueno! Empezamos y luego me dices si te ha gustado.

Primero fueron las modificaciones de Nuria y después las de Elvira. Al final tenían música para medio concierto y cada día sonaba mejor. El propio cura no se lo podía creer al escucharlas unos días antes de la procesión.
Cuando Elvira comentó en la Cofradía sus intenciones, la idea no entusiasmo ni a las Damas ni al propio cura. Sin embargo, en el momento que entró en la iglesia cuando finalizaban uno de sus ensayos, comprendió que como casi siempre, Elvira sabía lo que hacia.



14

La Bodega del Duque era un lugar agradable y muy tranquilo. La mesa de billar estaba situada al fondo del local, en una zona donde el piso se encontraba un poco más alto que el del resto. Disponía de la sufriente amplitud como para no molestar con los tacos a las mesas más cercanas.
Aquel día Nuria no tenía ensayo, ni del teatro ni de la procesión, por lo que cuando Esther le propuso jugar una partida, acepto de inmediato.
– ¡No das una, guapa! –comentó Esther después de cuatro o cinco pésimas jugadas de Nuria– ¡A ver! Tanta musiquilla y tanta mariconada te van a hacer olvidar las cosas buenas de la vida.
– Te advierto que el día de la procesión tienes que ir a oírme tocar esas mariconadas.
– Ya he hablado con el sargento. No te preocupes, por supuesto que iré. Lo que más me gusta en esta vida después del billar, son las procesiones –ironizó Esther.
– No es exactamente una procesión. Por lo menos no es como las de Semana Santa. Se trata de llevar la Virgen desde la ermita hasta la iglesia. Como resulta que en la iglesia hay un órgano de tres pares de cojones, que ha costado una pasta restaurar, pues quieren amortizar la inversión y de paso conseguir nuevas subvenciones.
– ¿Cuánto te pagan?
– No lo sé. No lo he peguntado. Pero después de la procesión hay una merienda en la sede de la Cofradía. Estamos invitadas.
– ¿A mí también me han invitado?
– Es que a mí no me apetecía mucho lo de la merienda y puse como excusa para no asistir, que tenía una invitada en casa y que no la podía dejar sola.
– Ya veo. Tiene toda la pinta de ser un fiestorro de la hostia.
– Míralo por el lado bueno, por lo menos la comida es gratis.
– Me lo estoy imaginando. Las mojigatas del pueblo vestidas de negro y con un velo en la cabeza, hablando de misas y comiendo pastitas rancias.
– Las pastas no sé cómo serán. Yo creo que esta gente tiene mucha clase. He visto las cajas de vino que han llevado y te puedo asegurar que las botellas que se gastan, brincan de los doscientos euros cada una.
– ¡No jodas! Pues sí que andan bien de pasta. Si es que en esta vida no hay nada como conseguir subvenciones. ¿Entonces pondrán algo más que pastitas?
– Lo de las pastitas lo has dicho tú. Yo no creo que ese vino lo acompañen con empanadillas o croquetas congeladas.
– ¿Has dicho doscientos euros cada botella…?
– Eso, en la tienda. Si lo pides en un restaurante jodes el sueldo del mes.
– Tranquila, que no se me ocurre pedirlo. No me explico cómo se pueden pagar esas barbaridades por una puta botella de vino. Luego le pregunto a éste –se refería al dueño de la bodega–, cuánto cuesta aquí… ¿Cómo se llama el vino?
– Fontoroz Reserva Corinto 96. No me parece que la clientela de esta bodega pida ese tipo de vino.
– ¿Tú lo has probado?
– No estoy segura.
– ¡Joder, Nuria! Esas cosas no se olvidan. Si lo has probado tienes que acordarte.

– Es que a veces, después de los ensayos del teatro nos reunimos en alguna bodega particular. Son bodegas de verdad. No estas mierdas de los adosados. Yo conozco por lo menos cinco, a cada cual más bonita. Lo dueños de esas bodegas guardan el vino para agasajar a sus amigos, por lo que es posible que haya probado vinos incluso más caros.
– Por eso mismo… te acordarás de alguna marca.
– Es que esas botellas no tienen marca. Ni marca ni etiqueta ni nada de nada. ¡Vamos! que si te la encuentras en la cocina, lo mismo piensas que es para guisar y se la echas al pollo.
– Me parece que voy a tener que frecuentar un poco más ese pueblo. ¿Cómo anda de solteros?
– Escaso.
– ¡¡Joder… vaya mierda!! –exclamó Esther al fallar una bola muy fácil– ¡Te das cuenta! En cuanto me pongo a pensar en los tíos, me desconcentro.
– No se te ve muy fina a ti tampoco.
– ¡Oye! ¿Tú no has notado nada raro en el cuartel? –preguntó Esther de improviso.
– ¿Quieres decir; más raro aún?
– No sé. Llevo unos días muy mosqueada. De repente ha empezado a llegar gente rara y órdenes en sobres cerrados. A algunos nos ponen a buscar documentación extraña y a otros, como a Torre y a ti, os quitan el servicio que hacíais sin que haya un motivo aparente.
– A mi sí que me ha extrañado lo mio. Sobre todo porque ha sido de un día para otro. Pero te advierto que lo que estábamos haciendo era una gilipollez total… se habrán dado cuenta de que no servía para nada…
– No, no. La investigación sigue haciéndose. Pero ahora lo hace el sargento personalmente.
– Pues si que es raro. Lo que hacíamos se puede hacer, incluso por teléfono desde el cuartel… son unas estadísticas que no tienen sentido ni para los propios comerciantes.
– El martes llegaron dos coches oficiales, de los blindados, y el Teniente salió a recibirlos en persona. Nadie tiene ni puta idea de quienes eran. Por lo menos de los que estábamos de servicio, no los conocía nadie.
– ¡Espabila que te estoy machacando! –Nuria llevaba cuatro buenas jugadas seguidas.
– La semana pasada, en el bar, Javier "Madriles" estaba comentando algo sobre un asunto gordo de la Judicial. Por lo que se ve, se había encontrado en el pueblo con un compañero de academia y parece ser que andaban detrás de alguien importante.
– ¿Tú crees que las dos cosas están relacionadas?
– De lo que estoy convencida es de que esa gente nunca trae nada bueno… prefiero pensar en los mozos de tu nuevo pueblo, que aunque me desconcentren igual, por lo menos tienen buen vino… estos otros solo tienen mala leche.

Jugaron otra partida, que también ganó Esther y estuvieron hablando del "nuevo pueblo" de Nuria durante el resto de la tarde. Aceptaron un pierde–paga con unos chicos a los que conocían de vista de otras ocasiones y se olvidaron un poco del trabajo y sus problemas.
Los dos chicos resultaron dos divertidos andaluces que estaban realizando un informe para la universidad donde estudiaban. Estarían todo el verano trabajando en el parque de aereo–generadores para poder pagarse el último año de carrera.
Los dos tenían veinte años y jugaban muy bien al billar, por lo que la lucha fue emocionante. El más bajo de los dos que era el que peor jugaba, tenía una gracia para cantar saetas que hubiera podido ganarse la vida con ello. Cantaba continuamente en un tono moderado mientras jugaban, y según Esther fue por eso por lo que ganaron.
Esther pidió la revancha pero fue Nuria la que abandonó. Se despidieron prometiendo llevarla a cabo otro día si coincidían en la Bodega.

15

En la Fiesta de la Virgen del Velo, todo salió perfecto. Se había organizado concienzudamente y no habían dejado nada al azar. Del éxito del acontecimiento dependía que el próximo año ampliasen el recorrido hasta la ribera, para celebrar allí durante toda la noche la Vigilia que dio origen a la Fiesta. Participó prácticamente todo el pueblo. Se trataba de recuperar una tradición olvidada durante muchos años y su influencia religiosa era lo menos importante.
El propio Nemesio, que participó en un turno como cargador de las andas, reconocía que incluso el cura había tratado el tema con una diplomacia exquisita para que nadie se sintiera ofendido ni excluido de la fiesta.
Sin duda alguna el acompañamiento musical con qué fue recibida la Virgen en su entrada a la iglesia, resultó apoteósico. No solo no habían oído jamás una interpretación semejante, sino que ni siquiera imaginaban que el Órgano pudiera dar aquellas notas.
La puesta en escena la habían llevado a cabo, como no podía ser de otra forma, los del Grupo de Teatro y el resultado de todo aquello fue algo sublime. A don Cosme se le saltaban las lágrimas y al diputado de cultura se le erizó todo el vello de su cuerpo.
No se ofreció una misa al uso. El cura conocía muy bien a sus feligreses y a los que no lo eran, por lo que no intentó hacer doctrina. Las iglesias no se llenan solo con los beatos. Para llenar una iglesia como aquella se necesitaba bastante más gente de la que vivía en el pueblo, y a fe suya que lo había conseguido.
Fue el primero en empezar a aplaudir a sus dos hermosas organistas cuando terminaron su interpretación, obligándolas a asomarse a la barandilla del coro para recibir los aplausos. A partir de ahí, en un ambiente distendido fue cumpliéndose el protocolo al detalle. El cura, en vez de un sermón, hizo una magnifica exposición de los orígenes de la procesión y de cómo se había llegado a la situación actual.
Actuando de anfitrión, invitó a las personalidades a dirigir unas palabras a los presentes que fueron muy bien recibidas porque todos ellos prometieron mantener o incluso aumentar las subvenciones para los próximos años.
En el apartado de agradecimientos, don Cosme no se olvidó de nadie y eso que no lo llevaba anotado. Primero a la Presidenta de la Cofradía y a los Cofrades. En especial a la Dama de Honor que había donado el precioso manto; a Nuria que se encontraba en el coro junto al Órgano; al grupo de teatro; a Ángel por la magnifica restauración; a la Cooperativa por su aportación tanto económica como de medios y a todos los asistentes porque su presencia suponía la aprobación de la decisión de recobrar una tradición que nunca debió perderse.
Por último, a la Coral de don Anselmo que con él al frente, interpretaron una Salve al más puro estilo litúrgico y después una canción popular.
Finalizaban los actos dentro de la iglesia con la colocación del Velo sobre la cabeza de la Virgen para iniciar el camino de regreso a la ermita. Tenía que haber sido Elvira la que colocase el Velo pero prefirió subir de nuevo al coro para acompañar a Nuria en la despedida de la Virgen.

A las Damas la decisión le pareció estupenda ya que en aquel mismo momento acordaron que a partir de ese día, cada año colocaría el Velo una de las Damas de la Cofradía. En este primero sería Casilda la afortunada, Elvira lo había sugerido y todas opinaron que se lo merecía más que nadie.
La capacidad organizativa de Nemesio demostrada en tantos montajes escénicos, hacía que hasta las improvisaciones tuvieran tintes de maestría. Con la naturalidad de un maestro de ceremonias, se acercó al director de la coral para indicarle que justo cuando terminasen su última canción saliesen a la calle por la sacristía. Deberían colocarse delante de la puerta principal y recibir allí a la Virgen con una canción. No importaba el tipo de canción. Lo importante era impedir que la procesión comenzase hasta que a Elvira le diese tiempo de bajar del coro y ocupar su puesto de Presidenta de la Cofradía.
Si lo hubiesen cronometrado, no habría podido salir mejor. El órgano estuvo sonando hasta que la Virgen abandonó la iglesia y cuando Elvira se incorporó a la comitiva, la Coral finalizaba su canción.
Para el recorrido de regreso se empleaba el doble de tiempo que para la bajada. La cuesta era pronunciada y los relevos en los turnos de hombres para llevar las Andas eran más cortos. Amenizados por un dulzainero y un tamboril, siempre había un numeroso grupo de hombres dispuestos a tomar el relevo.
Esther se había reunido con Nuria en el coro nada más bajar Elvira y desde aquella altura había disfrutado de una posición privilegiada para vivir la celebración de una manera muy especial. Aunque su amiga no hubiese sido la organista le hubiese gustado. Pero en este caso, parecería más contenta incluso que Nuria.
Había llegado al pueblo con la gente de la Coral y con su buen amigo don Anselmo. A ellos ya los había oído cantar muchas veces, pero en esta ocasión le habían sonado de forma diferente. Le había gustado mucho y lo estaba viviendo de forma intensa.
Ninguna de las dos tenía intención de subir hasta la ermita por lo que se hicieron las remolonas para salir las últimas de la iglesia. Esperando a que saliese todo el mundo para cerrar la puerta, se encontraba el inefable Joaquín. Nada más verla la felicitó por su actuación con los dos besos de rigor que tanto le gustaban y le aconsejó que no subieran con la procesión.
– Yo no subo porque hace mucho calor –dijo Joaquín–. He puesto la disculpa de que tengo que cerrar la puerta pero lo cierto es que arriba no hay nada que hacer. Solo guardan la Virgen y la gente baja a la fiesta.
– ¡¿Dan una merienda para toda la gente?! –preguntó sorprendida Esther.
– ¡Disculpe, Joaquín! Ésta es mi amiga Esther. Es amiga y compañera de trabajo.
– Si ya digo yo que vestidas de mujeres estáis mucho más guapas.
Mientras se saludaban Esther y Joaquín, Nuria le contaba a su amiga lo buena persona, divertido e inteligente que era el hombre que recogía la mejor fruta de la finca para llevársela a ella.
– Vas a hacer que me ponga “colorao” delante de tu amiga. Yo solo cumplo órdenes. El que quiere para ti la mejor fruta es Ángel.
– ¡¿Quién es Ángel?! –preguntó de nuevo Esther vivamente interesada.
– Eres muy impaciente y muy curiosa… Ángel es un amigo de Nuria. Hacen excursiones con las motos por el monte. Y a la otra pregunta. No. Una cosa es la fiesta que se hace en la plaza y otra la merienda que se ofrece en la Cofradía. A la fiesta estamos invitados todos, pero a la merienda solo los cofrades y poca gente más.
– A nosotras nos han invitado a la merienda. –matizó Nuria.
– No podía ser menos. La Presidenta de la Cofradía te tiene en un pedestal más alto que el de la Virgen.

La plaza estaba muy concurrida y acondicionada para el evento. Se habían instalado varias casetas de feriantes con comida y cerveza y una caseta especialmente pensada para la ocasión, patrocinada por la Cooperativa, donde se servía vino y sangría gratis para todo el mundo.
Mientras acompañaba a Nuria, Esther con su vaso de fresca sangría en la mano, oteaba la zona tratando de evaluar posibles candidatos para sus planes. Antes de que pusiese encontrar ninguno, regresaron los músicos que habían acompañado la procesión y la plaza comenzó a llenarse de gente.

– Elvira me ha encargado que os lleve hasta la Cofradía –Nemesio se había acercado a ellas por detrás sorprendiéndolas al tener que elevar la voz lo suficiente como para hacerse oír por encima de la música–. ¿Supongo que ella es tú invitada?
– ¡Así es! –contestó Nuria en el mismo tono– ¡Salgamos de aquí! que os presento como Dios manda.

De camino a la Sede Nuria hizo las presentaciones. A Esther la presentó como compañera y amiga, mientras que a Nemesio lo presentó como Director del Grupo de Teatro exclusivamente.
Una vez en la Cofradía, Esther trató de mantenerse al lado de Nemesio, pero éste se le escurrió hábilmente dejándola en compañía del cura. Tuvo que conformarse con hablar de la procesión con alguna de las Cofrades y degustar aquella suculenta y abundante merienda.
Era indudable que Nuria era una de las estrellas de la noche, por lo que finalmente Esther regresó a la plaza para tratar de sentirse importante para alguien. Ese alguien no fue otro que uno de los componentes del Coro de La Nava, con el que ya había tenido algún escarceo y con quién acabó en la habitación de invitados de Nuria.

16

Una semana más tarde, a las cuatro y veintiocho minutos de la madrugada, el plácido sueño de Ángel se vio interrumpido por el suave pitido del ordenador que se encontraba en la habitación contigua y cuya puerta se encontraba abierta como casi siempre. Haciendo un esfuerzo enorme abrió los ojos para mirar el reloj despertador.
– ¡Las cuatro y media… joder! ¿De dónde vendrá la tía a estas horas?
No eran horas para levantarse a espiar cómo se desnudaba. Ángel se giró para el otro lado de la cama y acomodó la almohada para seguir durmiendo. Además seguramente se iría a la cama sin ducharse si quiera. Solía hacerlo siempre que salía de guardia, por lo que podía esperar al día siguiente para ver la grabación.
Con la imagen de Nuria desnuda en la cabeza, intentó conciliar de nuevo el sueño. La había visto más veces sin ropa que vestida de guardia. Su calenturienta mente adolescente la estaba imaginando haciendo guardia ataviada únicamente con los correajes reglamentarios, cuando recordó que unos días atrás, ella le había dicho que hasta las nueve de la mañana no acababa la guardia.
¿Qué podía haber ocurrido para que tuviese que regresar tan pronto? ¿Estaría enferma? En unos pocos segundos se había desvelado completamente. Para abandonar un servicio de guardia tenía que haber ocurrido algo realmente grave.
Rápidamente se tiró de la cama y en los pocos segundos que tardó en colocarse delante de la pantalla del ordenador, se dio cuenta de que el solo hecho de pensar que podía haberle pasado algo malo, había acelerado el ritmo de los latidos de su corazón el doble que sus más perversos pensamientos eróticos.
La pantalla del ordenador mostró el panel de cámaras y Ángel las recorrió una a una para comprobar en cual de ellas estaba Nuria, pero no había ni rastro de ella. Seleccionó las cámaras, números uno y siete para ampliar la imagen. En la siete; la que controlaba el pasillo y la puerta de entrada, había dos hombres. En la uno, la exterior, se veía un coche grande casi en el centro de la plaza. Hizo un zoom hacia él y comprobó que en el interior del coche había otro hombre.
Ángel no daba crédito a lo que estaba viendo. Le parecía imposible que hubiesen entrado a robar, y más aún que la alarma un hubiese saltado. Observaba cómo en el interior de la casa se movían los dos hombres mirando en todas direcciones, como si estuviesen buscando algo en concreto. En esos momentos a Ángel se le heló la sangre en las venas. Las pulsaciones de su corazón pegaron un bajón tan grande que pensó que se le había parado. Estaba claro que lo habían descubierto. No sabía cómo, pero de alguna manera Nuria había descubierto que él la espiaba y había mandado a sus perros para cazarlo. Eso explicaría que no hubiese saltado la alarma. Ella misma les habría dado la llave de la casa.
El más bajo de los dos hombres, llevaba una mochila bastante pesada y se movía por el salón inspeccionando todos los rincones. Desde luego, si buscaba cámaras ocultas es que era gilipollas. Porque buscaba hasta detrás del piano. Aunque era posible que en la mochila llevase un detector y estuviese buscando micros. Desde el dormitorio de Nuria, el otro, que se había subido encima de la silla que había junto al armario, llamó a su compañero.
– ¡Elías! Trae la mochila que este es un buen sitio.

El tal Elías puso la mochila encima de la cama y sacó un paquete envuelto en una bolsa de plástico. Se lo dio a su compañero para que lo colocara sobre el armario, mientras le preguntaba:
– ¿La coca se la ponemos en varios sitios o toda junta?
– Toda junta. Aquí arriba hay sitio de sobra. Pero antes coge una pizca y la tiras encima de la cama. Hay que darles facilidades a los perros.

Ahora sí que Ángel estaba completamente alucinado. La sangre le había vuelto al cuerpo después del tremendo susto. Por unos instantes se había visto en el cuartelillo teniendo que dar las más increíbles explicaciones sobre su delictivo pasatiempo. El hecho de no haber sido descubierto no le dejaba ni mucho menos tranquilo. Lo que había visto y grabado resultaba extremadamente preocupante. Mientras los dos hombres se ocupaban de no dejar ningún tipo de rastro de su estancia allí, Ángel se estrujaba el cerebro pensando como salir indemne de semejante marrón.

Estaba claro que iban a por ella. Esos hijos de puta le habían preparado una encerrona despiadada. Tenía que tratarse de algo bastante gordo para semejante despliegue. Los dos hombres salieron de la casa y volvieron a cerrar la puerta con llave.
Ángel decidió que lo primero de todo y más importante era deshacerse del muerto que habían dejado encima del armario. Cuando comprobó en la pantalla que los hombres se habían montado el coche, se asomó por el balcón para ver como se alejaban.
Sin hacer apenas ruido el coche descendió por la calle hasta la plazuela del caño y se detuvo en el stop. A pesar de que no había tráfico alguno, estuvo detenido durante ocho o diez segundos hasta que finalmente se incorporó a la carretera.
Ángel decidió esperar hasta que el coche hubiese tomado la segunda curva de la cuesta, porque a partir de ahí la carretera tiene un ascenso pronunciado y no es fácil dar la vuelta.
No había pasado ni un minuto cuando en la plazuela del caño se encendieron las luces de un coche que, sin hacer el stop, se incorporó a la carretera. La buena iluminación de la vía a su paso por el pueblo, le permitió comprobar que se trataba de un coche patrulla.
Regresó a su silla en el ordenador, y después de comprobar que todo estaba perfectamente grabado, guardó una copia en el pen. Desactivó los sistemas automáticos de iluminación y movimiento y se dirigió a su habitación para vestirse.
Si su padre le veía levantado le haría muchas preguntas. Por lo que se vistió con cuidado de no hacer ruido y salió al corral sigilosamente por la puerta de la cocina después de coger un saco para la basura.
Aunque todavía no había amanecido, había bastante claridad como para bajar las escaleras y saltar la tapia sin ningún problema. Con la ayuda de un pequeño bolígrafo linterna, acertó a meter la llave en la cerradura de la puerta del patio de su tía. Una vez en el dormitorio encendió las luces, con la seguridad de que desde el exterior era imposible ver ningún tipo de claridad.
Encima del armario había cuatro paquetes –seguramente de cocaína– y una pequeña balanza. Una vez comprobado el tamaño y el peso aproximado de aquello, Ángel recogió con cuidado la colcha de la cama, enrollándola por los extremos para evitar que pudiera caerse algo del polvo que habían esparcido sobre ella.
Metió la colcha en la bolsa de basura y a continuación fue bajando cada uno de los paquetes y colocándolos dentro de la bolsa con mucho cuidado.
Sacó otra colcha del armario y vistió la cama con habilidad y soltura. Después de comprobar que la bolsa aguantaría bien el peso, apagó las luces y salió de la casa.

A las seis y media de la mañana, como de costumbre, sonó el despertador. En realidad era el timer del equipo de música en el que cada día sonaba la cuarta canción del quinto CD titulada “Hoy puede ser un gran día” de Juan Manuel Serrat.
Dejó que corriera toda la canción dos veces seguidas y al empezar la tercera se levantó para poner la radio. Mientras escuchaba las noticias y se ponía los calcetines hacía gestos de incredulidad con la cabeza.
Cuando terminó de atarse los deportivos se dio cuenta de que no se había puesto los pantalones. No tenía la cabeza en su sitio, y la verdad es que era comprensible.
En la cocina olía a tomillo y a tostadas recién hechas. Su padre siempre preparaba un surtido y apetitoso desayuno que le permitía aguantar hasta la hora de la comida tan solo con un plátano y una botella de agua.
– Mala cara traes –dijo su padre cuando lo vio entrar en la cocina.
– Si. No he dormido demasiado bien.
– Ni demasiado bien, ni suficiente tiempo. Esta tarde te echas la siesta.
– No puedo. Tengo cosas que hacer.
– Efectivamente. Tienes que echarte la siesta. El cansancio no es bueno para manejar una máquina de doscientos cuarenta caballos.
– Pero si no estoy cansado. Lo que pasa es que me hubiera gustado quedarme en la cama un ratito más.
– Si quieres que sigamos con nuestro acuerdo, harás lo que yo te diga. Pero si quieres dejarlo; por mí no hay ningún problema.

El acuerdo era trabajar a destajo como si no fuesen de la familia. Estaba muy bien pagado y era él mismo quien se imponía el horario. Eso si. Nunca menos de cuatro horas y nunca más de seis seguidas. Desde que cumplió los trece años, estos trabajos le habían permitido darse bastantes caprichos.
Cuando terminó de desayunar metió en el frigorífico portátil una botella de agua, otra de aquarius, un plátano y una naranja y se despidió de su padre.

Trabajar las tierras es una tarea bastante aburrida. Sobre todo cuando las parcelas son muy grandes, el recorrido de un extremo a otro, se hace interminable. Pero tiene sus ventajas. Resulta tan simple y tan monótono que se puede realizar en segundo plano, dejando así la mayor parte de la capacidad cerebral libre para escuchar la radio; hablar por teléfono o pensar.
Y eso es lo que estuvo haciendo Ángel durante toda la mañana; pensar. Por más vueltas que le daba no veía la forma de poder salir de rositas de aquel embrollo.
Primero tenía que decidir que hacer con los paquetes. De momento estaban a buen recaudo en el corral de las eras grandes. Los había guardado dentro de una vieja sembradora cuyo cajón disponía de un candado muy oxidado pero que funcionaba perfectamente. Era impensable que alguien fuera a usar aquella máquina. Y tampoco era posible que se la llevase el chatarrero, pues formaba parte de una de esas herencias indivisas que acaban pudriéndose después de muchos años de abandono.
En el peor de los casos, en el extraño supuesto de que alguien encontrase los paquetes, resultaría prácticamente imposible saber quien los había dejado allí.
Aunque aún no sabía de qué forma, estaba seguro de que en algún momento ese material le resultaría muy útil. Por eso lo había embalado perfectamente para que no se deteriorase. Los sacos de fertilizante son de plástico fuerte y después de vaciados todavía mantienen un intenso olor que ahuyenta cualquier bicho. Había guardado el saco de basura dentro de uno de esos sacos de fertilizante y había metido algunos más dentro del cajón de la sembradora.

La colcha la había dejado colgada al sol después de haberla sacudido unas cuantas veces para quitar todo rastro de cocaína. Por la tarde pasaría otra vez por el corral y decidiría qué hacer con ella. Era improbable que Nuria se hubiese dado cuenta del cambio de la colcha. Las dos eran muy parecidas y después de haber estado de patrulla toda la noche, en lo que menos se habría fijado sería en el dibujo de la colcha.

Hasta el momento todo estaba bien solucionado, pero quedaba lo peor. Había dos cosas que eran realmente preocupantes: una era cómo explicar a Nuria que la había estado espiando desde el día que llegó y la otra saber por qué la pretendían implicar en un asunto que seguramente la llevaría a la cárcel.

Lo del espionaje parecía tener una conclusión clara y razonable; Nuria le soltaría un tortazo en toda la cara y después, lo mismo pedía explicaciones. Pero el asunto de la droga no se solucionaba tan fácil. Primero habría que saber lo que pintaba Nuria en todo aquello. Al fin y al cabo hacía poco tiempo que había llegado al pueblo y aunque resultase inconcebible, lo cierto es que era una picoleta. No resultaría nada sencillo preguntarle directamente sobre todas las dudas que envolvían un asunto, que por momentos se le antojaba cada vez más peligroso.
Algo tendría que haber hecho ella para que le preparasen semejante putada. Y por otra parte, había que ser muy cabrones para hacer lo que habían hecho. Era un plan demasiado elaborado como para resultar un ajuste de cuentas. Aunque en estos temas de drogas siempre hay demasiado dinero y muy poco control, no era probable que ella se hubiese pringado en algo tan fuerte. Entre otras cosas porque ella siempre había estado destinada en comunicaciones hasta que la enviaron a Fontoroz. Por lo menos eso es lo que Nuria le había contado
Ángel se negaba a creer que le hubiese engañado tan miserablemente. Sobre todo en las últimas semanas, su amistad les había llevado a hacerse confesiones que demostraban una complicidad basada en la sinceridad y el respeto. Claro que todo esto quedaba completamente desmontado y echado por tierra, desde el momento en que ella se enterase del innoble, sucio y vergonzoso espionaje del que había sido objeto.

Toda la mañana había estado dando vueltas al mismo tema y al final no había llegado a ninguna conclusión, Antes de ir por su casa pasó a recoger la colcha, y tal y como había prometido a su padre, después de comer se echó la siesta un par de horas.
Decidió pasar el resto de la tarde en el río, para intentar distraerse de todo aquel asunto. A pesar de que le invitaron a jugar basket, cosa que hacía prácticamente siempre que bajaba a bañarse, prefirió ir nadando hasta la balsa fondeada en el medio del remanso para estar más tranquilo. Unos minutos después, Emilio, su mejor adversario en el ajedrez, se acercó para preguntarle si le ocurría algo. Tenían pendiente una partida on–line y a su amigo le extrañaba la prolongada inactividad.
A renglón seguido llegaron a la balsa César y su mujer; otros dos integrantes del grupo de teatro, que como no habían asistido al último ensayo, querían que Ángel les confirmara la hora para esa tarde. Después de comprobar que le iba a ser imposible reflexionar sin que le interrumpieran continuamente, optó por unirse a los del voley y dejar los asuntos serios para más tarde. Intentaría hablar con Nuria al terminar el ensayo y después Dios diría.

Nuria no solo no asistió al ensayo, sino que tampoco contestaba al teléfono. Resultaba extraña su ausencia sin haberlo avisado, pero teniendo en cuenta su profesión, cualquier cosa era posible. Ángel estaba realmente preocupado. A medida que pasaban las horas sin

contestar a los mensajes que le habían dejado, se convencía más de que algo grave habría ocurrido y posiblemente relacionado con los visitantes nocturnos.
Aquella noche la pasó en un duermevela, continuamente pendiente de las alarmas. Tan preocupado estaba por la ausencia de Nuria como con la posibilidad de que volvieran a entrar en la casa los de la noche anterior.
Le costó mucho levantarse cuando sonó el despertador. Estuvo muy cansado durante toda la mañana y el trabajo se le hizo muy pesado. Su padre estaba de gestiones en Valladolid y comió en casa de su madre. Durante la comida, su madre le preguntó en varias ocasiones que si se encontraba bien, porque lo veía demasiado callado. Ángel la convenció de que tenía mucho sueño porque había dormido mal debido a un problema intestinal, pero que ya se le había pasado. Bajaría a su casa para echarse una buena siesta y por la tarde estaría como una rosa.
Lo primero que hizo nada más llegar a su habitación fue encender el monitor y comprobar las grabaciones de la casa de Nuria. No había nada. Ni Nuria ni nadie habían entrado desde que él salió por última vez. Resultaba muy mosqueante que no hubiera vuelto. Era imposible que estuviera de servicio tantas horas. Cabía la posibilidad de que hubiese tenido algún incidente, pero sabiendo lo que él sabía, la cosa podía ser muy grave. Cansado como estaba del ajetreo de las últimas horas, nada más recostarse en la cama se quedo profundamente dormido.
Se despertó sobresaltado al saltar la alarma de grabación de la casa de Nuria. Inmediatamente se tiró de la cama y se puso delante del monitor para ver quién había entrado. Demasiada gente para tratarse de algo bueno y demasiado uniforme para dar tranquilidad. Cuando Ángel vio a Nuria con las manos esposadas, el alma se le cayó a los pies. Junto a ella estaba un policía y una mujer bastante joven con una carpeta en la que de vez en cuando apuntaba cosas.
Otros tres policías se encontraban dentro de la casa registrándola sin el menor cuidado. Ángel observó cómo, antes de comprobar si los paquetes que habían dejado la noche anterior continuaban allí, un policía llamó la atención de los demás, insinuando que había encontrado algo sospechoso. Todos acudieron a la habitación de Nuria, incluida ella y la otra mujer –que resultó ser una Agente Judicial–, para ver el hallazgo.
La sorpresa del agente fue mayúscula al comprobar que los paquetes que él había dejado el día anterior, habían desaparecido. Tanteó con la mano recorriendo la cornisa del armario pero no encontró rastro alguno de los paquetes.
Mientras todos esperaban para ver el alijo de droga que supuestamente se escondía allí arriba y por el que se acusaba a Nuria de delito contra la salud pública, tuvo la mala suerte de encontrarse con una ratonera para ratas dotada de un potentísimo muelle que le rompió tres dedos.
Con las blasfemias propias del rango, se tiró de la silla acercándose a su compañero para que le ayudara a soltarse. La mirada que dirigió a Nuria una vez que consiguió liberar los dedos, demostraba una violencia solo controlada por la presencia de la Agente Judicial.
– ¡¡¿Dónde la tienes escondida?!! –gritó el policía– ¡Hija de puta! Te aseguro que de esta te acuerdas. La voy a encontrar aunque tenga que levantar las baldosas. ¡Traed el perro!

Nuria continuaba sin decir una sola palabra. No sabía que es lo que estaban buscando, aunque todos los acontecimientos apuntaban a que buscaban drogas. Para que el juez hubiese autorizado un registro tenía que disponer de pruebas. Seguro que se trataría de pruebas falsas porque ella estaba completamente limpia. Pero si la habían tenido detenida hasta que se presentó la Agente Judicial en el cuartel, es que esperaban encontrar algo que la incriminara.

Nuria cada vez entendía menos todo aquello. Para entonces ya había asumido que le habían preparado una trampa. Desconocía el cómo y sobre todo el porqué, pero estaba segura de que iban a por ella. Lo que se escapaba de toda lógica era que si efectivamente le habían metido drogas en su casa, cómo era posible que no aparecieran. Y si no se trataba de una trampa, quién habría autorizado y basándose en qué pruebas, una operación semejante.
Los agentes revolvieron toda la casa sin respetar absolutamente nada. Hicieron algún destrozo en el mobiliario y en diferentes objetos, rompiendo varias figuras de porcelana de gran valor económico y sentimental que dada la condición de aquellos agentes, eran incapaces de apreciar.
Al ver a uno de los policías meterse en el baño para hablar por teléfono, Ángel se dio cuenta de que se había olvidado completamente del scanner de su primo. Rápidamente se hizo con él y lo puso en marcha localizando la señal justo en el momento en que el policía se despedía de su interlocutor.
No había conseguido enterarse de nada de lo que hubieran hablado, pero si había cazado los números de las líneas. Los memorizó con los nombres de poli–1 y hablaconpoli–1, y dejó trabajando al scanner para que se hiciese con los números de todas las llamadas de la zona. Seguramente aquel aparato disponía de memoria interna en la que grabar las conversaciones, pero él no sabía cómo hacerlo.

Pero lo peor no había llegado aún. Una hora más tarde llegó el famoso perro policía. Se le distinguía perfectamente porque era el que llevaba el bozal. Lo malo fue que se lo quitaron enseguida y empezó a olisquear por todas partes.
Dejaba sus asquerosas babas por todos lados a pesar de que el policía que lo espoleaba le limpiaba el morro de vez en cuando, para que pudiese detectar algún rastro de la droga que sus amigos habían perdido inexplicablemente.
Ángel contemplaba toda la escena con rabia e impotencia y aunque estaba alegre por haber jodido a aquella gentuza, el destrozo que estaba haciendo el perro sobre los muebles y el hecho de ver a Nuria a merced de aquella chusma hizo que se le saltaran las lágrimas.

Ángel se afanaba por encontrar en Internet información en español acerca del scanner. Tenía que conseguir grabar las conversaciones de los policías para poder adelantarse a ellos. Lo más probable sería que no desistiesen en su empeño. Ellos sabían perfectamente que la droga la habían dejado allí. Fuera quien fuera, alguien se la había llevado y había dejado en su lugar una ratonera para destrozarle los dedos al “Coleta”.
Independientemente del valor real de la droga, que dependiendo del caso tendrían que reponer o justificar, tenían claro que habían sido descubiertos. Era físicamente imposible que Nuria la hubiese encontrado. Desde el momento en que la pusieron, a ella no le habían permitido regresar a su casa. Nada más terminar el servicio había sido retenida y después detenida oficialmente, por lo que forzosamente tenia que haber alguien más. Tres horas más tarde, sin haber conseguido ninguna prueba del delito que se le imputaba, abandonaron la casa llevándose a Nuria todavía esposada al cuartel.

En el coche patrulla viajaban dos policías y la agente judicial, mientras que en el furgón un policía custodiaba a Nuria y los otros dos iban en la cabina. Uno de ellos, el de la coleta, a pesar de tener rotos tres dedos, se las apañó bastante bien para llamar por teléfono a su jefe e informarle de lo sucedido.
Ángel escuchaba por el altavoz del scanner la conversación al completo. Efectivamente estaban convencidos de que Nuria no había podido descubrir los paquetes y que por lo tanto alguien ajeno a todo aquello, había intervenido quizá de forma casual. La principal

sospechosa resultaba su compañera Esther. Había estado en esa casa en varias ocasiones y en alguna de ellas con compañía masculina. De momento ese sería el hilo del que tirar.
Antes de que llegaran al cuartel, Ángel había contabilizado doce llamadas y había memorizado ocho números de teléfono diferentes. Sus conversaciones no tenían desperdicio. Estaban tan endiosados y seguros de su impunidad que no tenían ningún reparo en expresar sus opiniones y hablar con total claridad sobre lo que había pasado y lo que deberían hacer a partir de ahora.
Uno de ellos criticaba la debilidad del resto por no haberle dejado actuar en su momento. Decía que de habérsela cepillado junto a su novio, ahora no se verían como se veían. El Coleta, que parecía ser el jefecillo de la camarilla, ordenó que no se hablase más del asunto hasta que no estuviesen en el Grupo. Él continuó contestando a las llamadas de su jefe, que le iba informando de los pasos a seguir.
De esa forma se enteró Ángel de que al teléfono de Nuria, que se encontraba requisado, le habían instalado un micrófono para escuchar no solo las llamadas, sino cualquier conversación que se produjese cerca del aparato. Necesitaban tenerla controlada ya que solo podrían mantenerla detenida hasta el día siguiente.
Más tarde, mediante Internet, Ángel comprobó la existencia de ese tipo de escuchas telefónicas, enterándose de que incluso con el móvil apagado, de forma remota era posible conectar el micrófono y escuchar lo que se hablaba a una distancia de entre tres y cinco metros.

El conocimiento de este detalle podría resultar muy útil en todos los casos. Sabiendo que era escuchada podría actuar con la naturalidad suficiente como para convencerles de que ella no representaba un problema para ellos y posiblemente la dejasen en paz.
Cuando pusieron a Nuria a disposición del juez, éste no tuvo más remedio que dejarla en libertad. A pesar de las escuchas que se presentaron, no había ninguna prueba material. Quedaba en libertad con cargos ya que se le acusaba de haber robado una balanza de precisión y tres kilos y seiscientos gramos de cocaína del depósito policial.

Desde que la detuvieron no había comido nada caliente, tres bocadillos durante todo su encierro, que había conseguido tragar a duras penas. No había hablado más que para contestar de forma escueta a lo que le preguntaban. No había hecho uso de su derecho de una llamada telefónica, porque no sabía a quien llamar. No había dormido casi nada y presentaba el aspecto típico de las fotos de los delincuentes.
Tres días sin ducharse; sin asearse en condiciones; sin apenas comer y dormir; aguantando unos interrogatorios absurdos y denigrantes. Y con la perspectiva de perder su trabajo y ser encarcelada por algo que no había hecho, la verdad era que lo que menos importaba en esas condiciones era el aspecto de la foto.

Nada más llegar al cuartel le ordenaron que esperase junto a la puerta del Jefe del Acuartelamiento. Eran las tres y media de la tarde y no había comido nada desde la tarde del día anterior que le dieron un bocadillo de mortadela. Estaba muy cansada, con hambre y le dolía la cabeza. Después de un cuarto de hora de espera, decidió irse al vestíbulo y sentarse en uno de los bancos. A aquellas alturas el arresto por una falta tan nimia le importaba tres pepinos.
Esther sabía que la habían detenido, pero a pesar del empeño que había puesto, no había podido enterarse de casi nada. En el cuartel a todos les había cogido por sorpresa la actuación del Grupo de la Judicial. En cuanto se enteró de que estaba de vuelta en el cuartel, la localizó de inmediato. Nada más verse se abrazaron las dos comenzaron a llorar en silencio.

Nuria necesitaba llorar para desahogarse un poco. Le dijo a su amiga que le trajera un vaso de agua y una pastilla para el dolor de cabeza. Suponía que aún estaría allí un buen rato hasta que el teniente terminase de comer y volviese al despacho.
Apenas tardó un par de minutos en regresar con lo que le había pedido. Nuria sujetaba a duras penas el vaso de plástico en el que su amiga echaba el agua de una pequeña botella y los polvos del sobre del medicamento. Unos instantes después llegaba Torregrosa con un vaso de café con leche y una napolitana. No hacía falta decir nada. Las miradas de los tres eran lo suficientemente elocuentes.
Su compañero mejor que nadie podía ponerse en la situación de Nuria. De momento no podían hacer otra cosa que acompañarla y darle su apoyo y era lo que estaban haciendo. No tenían permiso para estar allí con ella, pero tampoco les importaba demasiado el arresto que pudieran sufrir por incumplir una orden tan poco cristiana.
Ni siquiera el sargento pudo abstraerse de la situación. Por eso ignoró la presencia del trío al cruzar el vestíbulo. En realidad era muy difícil que alguien en el cuartel se hubiese creído aquella historia.
Cuando se presentó ante el Teniente ya le había hecho efecto el analgésico. El rato que había estado hablando con sus amigos le había servido para serenarse y tomar conciencia de lo que podía ocurrir y tratar de asumirlo de la mejor forma posible. El Teniente la invitó a que se sentase y sorprendentemente para Nuria, no le pidió ningún tipo de explicaciones.
– Llevo treinta años en el Servicio –comenzó diciendo–, y tal y como he venido haciendo durante todo ese tiempo, continúo cumpliendo lo que se me ordena.
Siempre nos han enseñado que las órdenes están para cumplirlas y no para cuestionarlas. Me han ordenado que actúe contra usted conforme al Reglamento y eso es lo que voy a hacer. Afortunadamente para usted el juez no ha encontrado pruebas del delito de que se la acusa y eso me sirve a mí para argumentar la decisión que he tomado.
Las pruebas presentadas ante la Jefatura consisten en grabaciones telefónicas que los técnicos han certificado que pertenecen a conversaciones realizadas con usted o por usted. Esas grabaciones la incriminan en un delito contra la salud pública y ese es un tema demasiado sensibilizado en la actualidad. El Reglamento dice que ante una situación como esa, el agente tiene que ser separado del Cuerpo de forma inmediata.
La sanción conlleva la suspensión preventiva de empleo y sueldo por un periodo máximo de dos años y mínimo de tres meses. Queda a criterio del Comandante del Puesto la imposición de sanciones de carácter preventivo, por lo que la sanción que le impongo es de tres meses de empleo y sueldo. Ahora se presentará usted al Suboficial de guardia para que tramite la sanción –el Teniente hizo un gesto para que se marchara.
– ¿Ordena alguna cosa más mi teniente? –pidió permiso para retirarse de forma reglamentaria.
– Si…, vaya a buscar a sus dos compañeros y vengan los tres.
Para Nuria, después de todo el miedo que había pasado, aquella sanción le resultaba un alivio. No entendía para que querría ver el teniente a Esther y a Torregrosa, pero no esperaba nada bueno. Era posible que a ellos les esperaba una sanción por quién sabe qué. O como mínimo un arresto.
También a ellos les sorprendió que quisiera verlos el Jefe. Para felicitarlos seguro que no era. Así que se aseguraron de tener el uniforme en perfecto estado de revista y se cuadraron nada más entrar en el despacho.
– ¡Descansen! –ordenó el Teniente–. Puede que su compañera ya se lo haya dicho, pero si no es así, se lo digo yo. La agente Nuria Ramos ha sido sancionada con tres meses de empleo y sueldo de acuerdo con la normativa vigente.
Si yo creyese que es culpable de lo que se le acusa, pueden estar seguros que la sanción hubiera sido la máxima permitida. Mi situación profesional y personal no me permite

hacer otra cosa más que informarles a los tres que a partir de este momento tengan mucho cuidado con todo lo que digan o hagan.
No comprendo las razones ni entiendo las órdenes que me han dado. Pero no me queda más remedio que cumplirlas. Me siento en la obligación moral de tratar de proteger a los agentes bajo mi mando y por eso les aconsejo la máxima prudencia.
El Grupo de Investigación de Narcóticos ha actuado de una forma incomprensible y extraña. Éste tipo de operaciones solamente debería autorizarse en casos muy graves de alarma nacional.
Si éste no fuera el caso, significaría que van tras alguno de ustedes; alguno de sus familiares o alguno de sus amigos. Cualquier relación o trato entre ustedes y el objetivo podría ser interpretada como una traición y su vida estaría en peligro. Si por el contrario esa alarma nacional existe; entonces ¡que dios nos coja confesados!
Le aconsejo, agente Ramos, que medite muy seriamente la opción de dejar el Cuerpo y dedicarse a otra cosa. Tengo entendido que pronto terminará sus estudios y no creo que tenga dificultades para encontrar un empleo mejor y mejor pagado que el que tiene aquí.
Ha sido necesario mover muchos hilos en las altas esferas para que le hayan hecho lo que le han hecho. No puedo imaginarme la clase de peligro que usted representa para ellos pero en su caso, yo haría mía aquella máxima de que una retirada a tiempo puede ser una gran victoria… ¡Pueden retirarse!

Salieron del despacho en silencio y se detuvieron en mitad del pasillo. Nunca habían oído hablar al Teniente en aquel tono. En aquellos momentos los tres meses de sanción se les antojaban una tontería.
Para empezar a seguir los consejos del Teniente, decidieron que para comentar los acontecimientos estarían más seguros en la vivienda de Esther.
Cuando Nuria termino de ducharse y arreglarse tenía la impresión de estar despertando de un sueño. Frente a ella, mirándola con ojos de búho, sus amigos esperaban que les explicase a qué se debía todo aquel marrón.
– ¿Mejor? –preguntó Esther con su eterna sonrisa–. Hemos estado hablando Torre y yo y hemos decidido que durante estos tres meses vas a quedarte aquí.
– Con el sueldo de los dos –interrumpió Torregrosa–, podemos arreglarnos los tres sin problemas.
– ¡Muchas gracias! Gente como vosotros es lo que dignifica al Cuerpo. No sabéis lo reconfortante que es vuestra compañía. Lo he pasado muy mal. Me han tratado como a un perro. Esa gente no tiene el menor atisbo de humanidad. No sé qué les habrán hecho para llegar a ese estado, pero para hacer lo que hacen, sus vidas deben ser verdaderos estercoleros. Prepotencia; chulería; ordinariez y arrogancia son la tarjeta de visita de esos cretinos a los que la sociedad ha puesto un arma en sus manos y que la impunidad les permite usar a su antojo. No puedo daros ningún tipo de explicaciones. Me detuvieron al terminar el servicio y me han tenido encerrada sin darme explicaciones hasta que me han llevado a casa para hacer un registro.
– ¿Que buscaban… droga? –preguntó Esther.
– Supongo. Registraron toda la casa y como no encontraron nada, trajeron un perro.
– ¿Y el perro… tampoco encontró nada? –insistió Esther.
– ¡¿Qué iba a encontrar?! ¡No tengo ni valiun en casa!
– Lo mismo no iban a por ti –Torregrosa exponía una teoría que ni él mismo se creía–. Es posible que el inquilino anterior hubiese sido un traficante y hubiese dejado algo en la casa.
– Traficante seguro que no era –sonrió Nuria–. Pero si que dejó algo en la casa. Le dejó un regalito al cabrón del de la coleta que le partió los dedos… estaba tanteando por encima

del armario y se topó con una ratonera. Era enorme. Seguramente para cazar ratas… la lastima fue que no le pillara el cuello.
– O los huevos –intervino Torregrosa.
– ¿¡Te imaginas!? –gesticuló Esther mofándose de la situación–. El tío corriendo por la habitación con eso ahí colgando.
– Lo que no me imagino –continuó Torregrosa–, es en qué tipo de casa te has metido. Como necesiten usar ratoneras de ese tamaño… corres más peligro en tu habitación que con los de la Judicial.
– Como podréis imaginar –Nuria retomaba un tono más serio–, durante todas estas horas no he dejado de darle vueltas al coco, analizando todas las posibilidades.
La que dice Torre no lo descarto porque los muebles de esa casa valen una millonada. Es cierto que a la gente de ese pueblo el dinero le viene de familia. Pero el hijo que tenían murió en un accidente extraño. Aun así, esta posibilidad pierde peso pensando que la casa ha estado mucho tiempo vacía. Si hubieran buscado drogas o dinero pertenecientes al hijo, no habrían esperado a que estuviese yo en la casa. Luego está la posibilidad de que alguien de la familia o los empleados hayan entrado en la casa por algún problema que hubiera surgido y casualmente encontrasen la droga que buscaban estos.
– ¡No te digo yo! –Torregrosa seguía pensando que la casa no era segura–. Ahora resulta que en tu casa puede entrar cualquiera sin pedir permiso.
– Más o menos. La familia que me la alquiló tiene llaves de la casa. Si los conocieras, tú también te fiarías de ellos. No creo que hayan sido ellos, pero si lo hubieran hecho habría sido por alguna razón de peso. La casa está muy automatizada y yo ya he metido la pata un par de veces y ha saltado la alarma.
La otra posibilidad, la que toma más fuerza es la de que alguien haya dado un chivatazo equivocado. Eso explicaría entre otras cosas el que les haya salido tan mal.
– ¿Qué opináis de lo que ha dicho el Teniente? –dijo Esther mirando a ambos–. A mí ha llegado a asustarme.
– Él sabe mucho mejor que nosotros lo que ha pasado –contestó Torregrosa–. Tengo la impresión de que percibe que detrás de esto hay algo muchísimo más gordo. Creo que él daba por hecho que lo de la droga era una trampa y que efectivamente iban a por ti.
– ¿Sabe él algo que no sepamos nosotros? –preguntó Esther dirigiéndose a Nuria.
– Lo que ponga en mi informe y poco más. Excepto hoy, solo había hablado con él cuando tomé posesión. Que yo recuerde solo hablamos de asuntos profesionales.
– ¿Cómo de profesionales? –insistió Esther.
– Normales. Bueno todo lo normales que pueden ser cuando vienes de un traslado forzoso. Nada que no sepáis vosotros.
– ¿Pensáis que debemos tomarnos en serio sus consejos? –Torregrosa estaba convencido de que lo peor de aquella situación estaba por venir.
– Yo creo que si –Nuria contestó rápidamente para evitar ponerles en un aprieto–. De hecho me voy a ir ahora mismo a Fontoroz. Tengo que recoger la casa y comprobar los destrozos. Ya veremos que pasa con los dueños.
– Pero… te vas a quedar sin dinero. ¿De qué piensas vivir estos tres meses? –insistió Esther.
– No te preocupes por eso. En el banco tengo autorizado un préstamo de cinco mil euros. Solo pensaba usar tres mil para el alquiler pero ahora tendré que sacarlo todo.
Vamos a ponernos en lo peor y asumir que el Teniente está en lo cierto. De ser así, yo sobre todo voy a estar vigilada de día y de noche. Seguro que los teléfonos nos los van a pinchar, si no lo han hecho ya. Así que nos llamaremos lo menos posible y pensando siempre que lo que digamos lo estarán grabando.

– Yo creo que eso es ponerse en plan película –Torregrosa no compartía esa posibilidad–. No pueden intervenir mi teléfono sin una orden judicial.
– Lo que más me gusta de ti es tu ingenuidad, Torre. Nos tienen a todos controlados. Lo que ocurre es que no es fácil demostrarlo. Ya sabéis que Juanma también estaba destinado en comunicaciones. Cada vez estoy más convencida de que lo mataron por algún asunto interno demasiado turbio.
Y ahora que lo pienso…, quizá piensen que yo también sé algo y estén buscando la forma de quitarme de en medio sin levantar sospechas de los motivos reales.
– Pues eso si que encajaría –dijo Esther–. Tu novio murió de una sobredosis y tú me has dicho que estabas segura de que él estaba totalmente limpio… ¡¡ Joder!! Ahora si que empiezo a estar acojonada.
– Podría ser… –meditó Torregrosa–, que tuvieran previsto meterte la droga en casa en el momento del registro y que por algún fallo en su plan no lo hubiesen conseguido… ¡Qué sé yo! Cualquier cosa podría haber ocurrido.
– Tienes razón Torre. Podrían haber sido unos incompetentes. Pero de lo que estamos seguros es de que son muy peligrosos. Yo, por lo que se ve, no tengo más remedio que esperar a ver que ocurre. Eso si, ahora empiezo a imaginar por dónde van los tiros y procuraré estar al loro.
Vosotros sin embargo tenéis que desvincularos totalmente de mí. Cada vez veo más clara la postura del Teniente. ¡Me voy! Tengo que presentarme al Sargento para firmar el informe y para que me devuelvan mis cosas. Seguro que el móvil estará sin batería y que tendré un montón de llamadas… vuestras la mayoría.

Se despidieron con un fuerte abrazo que levantó un poco más el ánimo de Nuria. Se sentía con fuerza para afrontar lo que pudiera venir y estaba convencida de que aquellos tres meses de empleo y sueldo suponían un problema menor.

17

Sobre las siete de la tarde, cuando Nuria llegó a su casa y abrió la puerta, el sistema de alarma envió un mensaje a Ángel que se encontraba bañándose en el rió. Durante toda la tarde había estado continuamente pendiente del móvil para saber si ella regresaba. Así que en cuanto vio el mensaje se apresuró a secarse y calzarse para ir a verla.
Aunque sabía que su amistad podía acabar aquella tarde, estaba decidido a arrostrar las consecuencias. Llevaba en el quad el P.D. con las grabaciones por lo que se dirigió directamente a casa de Nuria. Después de apagar el motor, todavía estuvo bastantes segundos sin decidirse a bajar del quad. Pensó incluso entrar con el casco puesto por si le estampaba una silla en la cabeza. Pero no fue necesario. Nuria se encontraba en el salón ordenando los cajones y había escuchado el motor cuando llegó. Al ver que permanecía sentado e inmóvil, se asomó por la ventana para decirle que entrara.
– No es un buen momento para visitas –dijo Nuria a modo de saludo–. He tenido problemas graves y me temo que vas a encontrar la casa en malas condiciones. Comprendería que después de esto, no quisierais que continuase aquí. Los destrozos son grandes y no veo cómo podré pagarlo.

Se habían parado en la puerta del salón, que a pesar de que ella lo había recogido bastante, presentaba un estado lamentable. Nuria esperaba que al ver todo aquello, Ángel hubiera puesto el grito en el cielo y hubiese pedido todo tipo de explicaciones. Si embargo, el chico permanecía extrañamente callado sin dar la impresión de que los destrozos en los muebles le preocupasen especialmente.
– Supongo que querrás saber que ha pasado ¿no? –preguntó Nuria a punto de hundirse.
– He visto que te llevaban esposada –contestó Ángel.
Nuria no pudo aguantar la tierna mirada del chico y bajó la cabeza para evitar mostrar las lágrimas que empezaban a surgir desde lo más profundo de su alma. Ángel se acercó a ella y mientras con una mano la acercaba junto a él, con la otra levantaba delicadamente la barbilla de la chica para comprobar que aquellos hermosos ojos color miel eran mucho más bonitos vistos tan de cerca.
Abrazándose a él, Nuria rompió a llorar en silencio apretando con fuerza a su amigo. Habían sido muchas horas conteniendo la rabia y la impotencia. Tantas veces había soñado tenerla entre sus brazos y ahora que era ella la que le abrazaba con fuerza en vez de disfrutar del contacto de su cuerpo, lo único que hacía era llorar junto a ella.

– Tengo que enseñarte algo importante –Ángel hablaba muy bajito porque su boca estaba situada a unos centímetros de la cabeza de Nuria–. Pero antes de nada necesito que me des tu móvil.
Nuria sollozando aún, separó un poco su cabeza para poder mirar los ojos de Ángel. Antes de que ella abriera la boca para preguntar, él puso su dedo índice sobre los labios de ella para advertirle de que no hablara. Lo mantuvo en esa posición durante algunos segundos hasta que estuvo seguro de que ella había captado la importancia del detalle.

Cogió el móvil de su bolso y se lo entregó a Ángel sin decir una palabra. Éste, con mucha destreza abrió el aparato y le quitó la batería. Nuria lo observaba con evidente desconcierto. Seguía sin atreverse a hablar y mientras se secaba las lagrimas, esperaba que Ángel le diera alguna explicación
– ¿Era esto lo que me querías enseñar? –preguntó finalmente Nuria.
– No. Es otra cosa. Pero antes de enseñártelo era necesario desconectar el teléfono.
– ¿Por qué supones que está pinchado?
– No lo supongo. Lo sé. Y no solo eso. Te han instalado un micro con el que pueden escuchar las conversaciones aunque el aparato esté apagado.
– ¡¿El scanner de tu primo?! Lo has comprobado con el scanner de tu primo.
– Hay más cosas –el tono de Ángel se había vuelto un poco más serio y titubeante–. Tengo una grabación que quiero que veas. Antes de nada me gustaría que después de verla te tomes el tiempo suficiente como para recapacitar sobre lo que significa.
– ¿Tiene algo que ver con mi detención?
– Si. Pero para mí eso no es lo más preocupante. Por eso quiero que no actúes llevada por la indignación. Te ruego que antes de emitir un juicio, evalúes en profundidad lo que vas a ver y lo que puedas imaginar.
– Me estás asustando. ¿Qué es lo que tienes?
Ángel introdujo el pen driver en el descodificador y encendió el televisor. Bajó un poco las persianas y se sentó frente a la pantalla. Nuria estaba de pie detrás de él sin decir palabra. Ángel inició la reproducción y se hizo el silencio.
En la parte inferior derecha de la pantalla figuraba la fecha y la hora de la grabación. A los cinco segundos de comenzar, se escuchaba con una claridad excelente, como se abría la puerta de la casa. Unos segundos más tarde, al encenderse las luces del pasillo, la nitidez de la imagen era perfecta. De inmediato Nuria reconoció al Coleta y al tal Elías que entraba detrás de él. Actuaban como si estuvieran en su propia casa. Ni ocultaban su identidad ni trataban de actuar en silencio. Les había sorprendido que se encendieran las luces pero no pusieron demasiado interés en apagarlas.
Nuria observaba atónita lo que estaba viendo pero tal y como le había pedido Ángel, no decía una sola palabra. Bastante antes de que acabara de ver la grabación Nuria se había hecho una idea muy aproximada de lo que habría ocurrido después de que se marcharan los de la Judicial.

– ¡¿O sea, que has sido tú?! –Nuria tenía las manos apoyadas en el respaldo de sillón, justo detrás de la cabeza de Ángel. Éste se mantenía inmóvil en la misma posición desde que empezó la película–. No se trataba de ningún error de estos hijos de puta… ¿la ratonera también la pusiste tú? –Nuria vio cómo él asentía con la cabeza continuando sin decir palabra– ¡¿Te das cuanta de que seguramente has evitado que me pasase los próximos años en la cárcel!? –Ángel respondió de la misma forma que antes– ¿Que cantidad había?
– Unos tres kilos y medio.
– ¡¡Hijos de la grandísima…!! ¡Pretendían que me cayeran seis años!
– O más… También hay una balanza de precisión.
– ¡¿Qué has hecho con ella… la has tirado?!
– No. No he tirado nada. Está escondido en un lugar seguro.
– ¡¡Dios!! En estos momentos sería capaz de comerte a besos si no fuera porque eres un grandísimo cabronazo.
Ángel continuaba inmóvil mirando la pantalla de la televisión en la que no había más que puntos blancos y negros.
– Lo siento –acertó a decir Ángel en voz baja.

– ¡¿Que lo sientes…?! ¿Es eso todo lo que vas a decir…? ¿Desde cuándo están esas cámaras ahí?
– Desde siempre –cada vez más humillado mantenía la cabeza agachada con la mirada puesta en la alfombra.
Nuria estaba bastante enfadada y excitada. Acababa de descubrir que aquel crío por el que sentía un especial cariño, la había estado espiando desde el mismo día en que llegó a la casa.
– Eres una persona despreciable. No sé cómo he podido considerarte mi amigo –Nuria se movía nerviosa detrás de él sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Se separaba un poco del sillón y volvía a acercarse para hacerle algún nuevo reproche–. Lo que has hecho es indecente y deshonroso… ¿¡pero cómo se puede ser tan mezquino!?… ¡¿no te avergüenzas de ti mismo…?! ¿Cómo has podido engañarme de una forma tan ruin? –de vez en cuando, entre insulto e insulto le soltaba una colleja que Ángel encajaba sin decir ni pío– ¿Te habrás divertido mucho, espero…? ¡Miserable! Supongo que tendrás muchas grabaciones de mis momentos íntimos… ¡vicioso! ¿Te das cuenta de que podrías ir a la cárcel por esas grabaciones?
– Por las grabaciones, no. Por habértelas enseñado, quizá.
– No te atrevas a hacerte el gracioso, que no tiene ni puta gracia.
– ¿Estás segura de que no la tiene? –Ángel se levantó y se puso frente a ella. Como en la primera ocasión que entraron en la casa, sus miradas se retaron buscando la debilidad del otro–. ¿Tú te das cuenta de lo que acabo de hacer por ti?
– Me doy cuenta de que te has portado como un cerdo.
– Como un cerdo que ha arruinado su reputación y su honra para ayudar a la mujer de sus sueños.
– Me imagino cómo serán esos sueños
– Puedes imaginarme dormido o despierto. Como un cerdo o como un gilipollas. Pero viéndote como te estoy viendo ahora, me da la impresión de que eres incapaz de comprender hasta qué punto tengo que quererte para hacer lo que he hecho.
Ángel estaba apoyado en el respaldo del sillón, jugando con el pen drive que había quitado del televisor y contemplando el suelo con la mirada perdida. Nuria se puso a su lado en una postura muy parecida a la de él y se mantuvo así durante un tiempo.
– ¿En el baño también hay cámaras?
– No exactamente… hay un dispositivo especial que detecta el movimiento y la temperatura. Todo el sistema estaba pensado para el control geriátrico.
– ¿Me vas a dejar ver el resto de grabaciones?
– Preferiría no hacerlo.
– Y yo hubiera preferido que no me grabases. Pero ya ves; no he tenido opción.
– ¿Qué pretendes…, humillarme?
– ¡No te jode! Ves como eres un cabrón con pintas. A ver si ahora el ofendido vas a ser tú… ¿Que esperabas… que te felicitase por la calidad de las imágenes?
– Para ser sincero, esperaba una hostia de cine. Lo tenía asumido y además me lo merecía.
– Si crees que debo dártela, por mí no hay problema. Lo mismo así me desahogo.
– Pero también me merezco que me comas a besos. Por lo menos eso es lo que dijiste.
– Que te parece si aparcamos este tema para otro momento y nos concentramos en lo que se nos viene encima.
– ¿Te refieres al estropicio del mobiliario o a tus compañeros de armas?
– ¡¡Jo…der!! –exclamó Nuria mirando los estragos que le iba mostrando Ángel–. Para más cojones, me han suspendido de empleo y sueldo durante tres meses. No tengo dinero.

– Ya pensaremos como solucionar lo del mobiliario. El seguro debería hacerse cargo de todo. Se paga una barbaridad todos los años. Lo que ocurre es que de momento es mejor no hacer nada al respecto.
Creo que nuestra mayor preocupación son los picoletos cabrones. De momento no sospechan de mí, pero no creo que tarden mucho en hacerlo. Tienen claro que alguien les ha quitado su preciada mercancía e imagino que tratarán de recuperarla como sea.
– ¿Cómo estás tan seguro de que no sospechan de ti?
– Porque los tengo controlados. Grabo todas sus conversaciones y registro todos los números implicados en ellas.
– Me da la impresión de que tu primo te dejó algo más que un scanner… ¿Entonces, de quién sospechan?
– De tu amiga Esther y del tipo que estuvo aquí durmiendo con ella.
– ¿También los grabarías… supongo?
– De forma automática se graba todo lo que se mueve. Y ellos se movían… ya te digo ¡Vaya si se movían!
– Lo llaman "el moro". Tiene fama de ser un superdotado.
– Por lo que se ve, para los picos tiene fama de otras muchas cosas. En estos momentos lo tienen muy vigilado. Pero yo opino que lo mejor es que ni tu amiga ni él sepan nada de nada. Creo que así estarán más seguros.
– ¿Y yo…, y nosotros, quiero decir?
– Tendremos que andarnos con ojo. Deberías contarme todo lo que se te ocurra que pueda tener relación con esto.
– Cada vez estoy más convencida de que tiene mucho que ver con la muerte de Juanma, un chico con el que yo salía hace unos años.
– Tu novio.
– No exactamente. Yo estaba locamente enamorada de un señor felizmente casado y con dos preciosos hijos pequeños. Fuimos amantes durante cinco años y Juanma servía para disimular. Algunas veces también para consolarme…, cuando tenía días malos. Es muy difícil vivir enamorada y tener que ocultarlo a todo el mundo.
– Para ti sería muy difícil pero para él sería un chollo. Dos mujeres con las que acostarse… también las quisiera yo.
– No creas. Para él era tan difícil como para mí. Jamás pretendimos hacer daño a nadie. Nos enamoramos y punto. La mayoría de las veces esas cosas no se pretenden ni se buscan. Ocurren sin más. Se necesita un poco de suerte, pero al final, de la misma forma que llega, casi sin darte cuenta la pasión se va consumiendo y vuelve a regirte la cabeza. Entonces es cuando te das cuenta de que lo que haces no tiene sentido y tratas de reorganizar tu vida.
– ¿Y el Juanma ese… qué pasó con él?
– Era un buen amigo y una buena persona. Una cosa así como Esther, pero en hombre. Nunca hubiéramos llegado a ninguna parte. Esther es un sol como persona, pero yo no puedo vivir con ella. Con Juanma me pasaba lo mismo.
– ¿Te acostarías también con él?
– Juanma me había hablado –Nuria ignoró la pregunta–, de unos fallos en el sistema de comunicaciones que le tenían preocupado. Él era el ingeniero responsable y por lo que se ve, se hacían cosas sin su autorización ni conocimiento. Trató de explicarme en que consistían pero yo no presté demasiada atención. Tenía otros problemas. Posiblemente si le hubiera escuchado ahora seguiría vivo… o yo también estaría muerta, quién sabe.
– ¿Me estás diciendo que realmente crees que esa gente puede matarnos?
– Estoy temiendo que puedan hacerlo.
– Pero tú que pintas en todo esto.

– No sé. Debo de pintar mucho cuando se toman tanto interés. Si estás seguro de que podemos escuchar todas sus conversaciones, nos enteraremos enseguida. Deberíamos escucharlas cuanto antes.
– Lo ideal sería redirigir la escucha a mi móvil. Tú estás estudiando estas cosas ¿no? Sabrás cómo hacerlo.
– Me temo que, desarmados, no distinguiría un móvil de un transistor. Lo mío es la teoría; las matemáticas. No he cogido un soldador en la vida. Tendremos que escucharlas en el scanner o donde las tengas grabadas.
– Las tengo todas en un disco duro externo. El scanner no comprime los datos y solo tiene memoria para tres horas.
– Pues vayamos a escuchar lo que hay en ese disco duro.
– Ya. Es que hay un problema.
– ¿Qué?
– Que el equipo está en mis habitaciones, y tengo prohibido que entre en mis habitaciones ninguna mujer.
– ¡¡"Mis habitaciones"!! ¡Por Dios! Habló el señor marqués… y quién le ha prohibido al señor marqués que entren mujeres en sus habitaciones –Nuria se mofaba pomposamente de la expresión de Ángel.
– Mi religión.
– ¿Tu religión? –Nuria continuaba en el mismo tono jocoso– Si tú no tienes religión. Eres más ateo que Carrillo.
– No es verdad. No soy ateo. Soy agnóstico. Tengo mis propios Dioses.
– ¡Bueno… déjate de bobadas! No creo que tus padres te hayan prohibido nada en toda tu vida. ¡Que pasa! que te da vergüenza que vea "tus habitaciones". Conociéndote las tendrás empapeladas con fotos de mujeres desnudas y no me extrañaría que hubiera algunas mías.
– No. No es eso. Es que hasta ahora solo han entrado en ellas, mujeres con las que he hecho el amor o con las que lo haré en breve.
– ¡¡Vuelta la burra al trigo!! ¡Tira "pa lante"! –exclamó al tiempo que le propinaba otra consistente colleja–. ¡Obseso!
– ¡Espera…, espera! Que aunque no esté obsesionado, me has metido el miedo en el cuerpo.
Ángel se acercó a la ventana para comprobar que en la calle no hubiera nada raro. Cualquier vehículo desconocido sería síntoma de la presencia de los picos y había que asegurarse. Desde una casa a la otra podrían haber saltado por los patios, pero no había moros en la costa y tampoco era fácil que hubiesen montado la vigilancia tan pronto.

Las "habitaciones" de Ángel sorprendieron gratamente a Nuria. El dormitorio se encontraba presentable en cuanto al orden y muy correcto en el diseño y decoración. No había fotos de revistas pegadas por las paredes ni nada parecido. Tan solo un Marco Digital bastante grande con fotos familiares que cambiaban cada cinco segundos.
La otra habitación, lo que podría considerarse el estudio o el despacho, estaba bastante más desorganizada aunque sin llegar a estar revuelta. Había mucho equipo tecnológico y muchos cables por todos sitios. Las paredes desnudas pintadas de blanco sobre el que resaltaban los muebles de madera oscura a juego con las ventanas y la puerta. El suelo de tarima muy cuidada invitaba a caminar descalzo sobre ella.
No parecía haber nada en aquella habitación, que no hubiera en otras casas similares a la de Ángel. Quizá algunos tamaños eran desmesurados, como los baffles del equipo de música o el monitor del ordenador. Pero por lo demás todo resultaba normal.

– ¡A ver! Enséñame como se ve desde aquí mi casa –exhortó Nuria simulando un malestar inexistente–. Vamos a comprobar que por lo menos no eres un guarro.
Ángel abrió el programa de vigilancia y al instante la pantalla del ordenador apareció dividida en ocho recuadros, con una imagen de la casa en cada uno de ellos. En la parte de abajo, ocupando toda la pantalla, una imagen panorámica de la plazuela vista desde la parte superior de la puerta de entrada de la casa.
Nuria las observó una a una detenidamente. Se sentó frete al monitor y empezó a hacer preguntas sobre la ubicación de cada cámara. Ángel le daba todo tipo de explicaciones sin ningún tipo de rubor. Ya había comprobado que Nuria valoraba mucho más la valentía demostrada para ayudarla y para después quedarse en evidencia, que el hecho en si de la violación de su intimidad.
Nuria por su parte estaba empezando a sentirse alagada más que dolida. De no haber sido por aquel adorable y descarado sinvergüenza, en aquellos momentos estaría camino de comerse nueve años en el trullo.
Mirando a Ángel mover el ratón de su ordenador, mostrando la eficacia y versatilidad de las cámaras, apenas tenia la sensación de que eran aquellas mismas cámaras las que llevaban espiándola varios meses. No se sentía ofendida en absoluto. De la misma forma que no se sentía ofendida cuando visitaba a su ginecólogo. Quizá un poco preocupada y molesta pero de ninguna manera ultrajada.
– ¿Y ésta, por qué no se ve nada…, no está conectada? –preguntó refiriéndose a la última de los recuadros.
– Esa es la del baño. Ya te he dicho que es especial. No tiene objetivo, tiene sensores.
– Espero que me estés diciendo la verdad. Me parecería muy mal que a estas alturas tratases de engañarme.
– Un día que tengamos tiempo, prometo enseñarte imágenes, por lo menos de ese cuarto.
– Supongo que ahora mismo desconectarás todo el sistema y me prometerás por tu honor que no vas a volver a espiarme.
– Si de verdad quieres que lo haga, lo haré. Pero ahora más que nunca creo que debería dejarlo conectado.
– ¿Quieres decir, ahora que ya sabes que no te voy a denunciar?
– Quiero decir que lo único que tienes que hacer es no desayunar en tanga… si no quieres, vaya –una nueva colleja interrumpió la propuesta de Ángel–. Reconoce que sabiendo que hay cámaras, es cierto que pierdes un poco de intimidad…
– ¿¡¡Un poco…!!?
– Bueno…, en realidad no voy a ver nada que no haya visto ya. Y por el contrario, ganarás seguridad. Además sabiendo que estoy al otro lado, te sentirás más acompañada.
– No sé yo que clase de seguridad da esto. Mejor será que cambiemos el bombín de la cerradura.
– Vale. Luego lo hacemos. Es una cerradura electrónica y no lleva bombín, pero ya te diré cómo hay que hacerlo.
– ¿Y si desconectas el baño y mi habitación?
– Pues entonces no podría desearte las buenas noches.
– ¿¡Pero cómo… también podemos hablarnos!?
Ángel contestó con un gesto afirmativo. No había dicho nada que no fuera cierto y tenía el convencimiento de que Nuria aceptaría la propuesta. Ella por su parte se encontraba desbordada por los acontecimientos. La idea de sentirse acompañada apagaba cualquier atisbo de pudor. Sería como estar en la casa de Gran Hermano pero con un Ángel de la Guarda.
– ¿Lo dejamos así?

– ¡Bueno! Pero lo del baño tengo que comprobar cómo se ve. Como se distinga siquiera la silueta, lo tendrás que quitar.
– De acuerdo. Ahora vamos a escuchar los telefonazos de estos hijos de puta.

En los primeros diez minutos ya habían comprobado todas sus hipótesis. Sabían que el Coleta tendría los dedos escayolados durante seis semanas y que durante ese tiempo la iban a tener vigilada. Aunque todos sus esfuerzos se iban a concentrar en el Moro y en encontrar los paquetes, no podían descartar otras posibilidades. Por eso, además del micro del móvil, harían una vigilancia presencial para conseguir fotos de todos los que se relacionaran con ella. De momento, si la vigilancia no evidenciaba nada sospechoso, esperarían a ver si la llevaban a juicio para decidir que hacer.

Conocer estos planes era suficiente para proporcionar una relativa tranquilidad a Nuria y a Ángel. Les dejaba suficiente tiempo para analizar los hechos con calma y planear una estrategia. De momento, el teléfono de Nuria sería la mejor arma. Si ellos se creían lo que escucharan, sería fácil engañarlos. Había que tener cuidado de no meter la pata y dejarles escuchar lo que justo para no levantar sospechas.
Era necesario localizar el coche de vigilancia desde el primer momento. No resultaría difícil. Seguramente traerían una furgoneta con los cristales tintados; son así de borregos. Pero aunque no fuera así, aunque trajeran un coche camuflado, daría el cante de la misma forma que una escuela de samba brasileña desfilando por el pueblo.

–¡¡ Bueno!! Parece que va escampando ¿no? –dijo Ángel sacando pecho.
– Optimismo no te falta. Es verdad que ha escampado un poco pero yo sigo metida hasta el cuello en el lodo.
– No creas que yo estoy mucho mejor. Si el cabrón ese se entera de quién le puso la ratonera, me funde.
– Eso ha sido un detalle genial –sonrió Nuria–. Pero después de eso no podíamos pretender que no sabíamos nada.
– Pues tú lo hiciste muy bien. No dijiste esta boca es mía.
– ¡Porque no sabía nada!
– ¿Crees que fue un error ponerle la ratonera?
– ¡No, no! De ninguna manera. Ellos saben perfectamente que alguien les ha choriceado sus paquetes. Lo que no aciertan a entender es cómo ha podido ocurrir. De lo único que están completamente seguros es de que yo no lo hice. Ya has oído que investigarán a todos los que se relacionen conmigo.
– Pues a eso, lo mismo también podemos sacarle partido… ¡¡si es que soy un puto genio!! Te explico: para el caso es como si estuvieras de vacaciones, ¿no? Quiero decir que no tienes que ir a trabajar.
– Continúa, que no sé a dónde vas.
– ¿Tienes pensado hacer algo en los próximos meses? Algo de trabajo quiero decir.
– Como no sea de camarera, no sé dónde voy a ir. Hasta que no termine la carrera no veo muchas posibilidades.
– ¡A ver que te parece! Podemos matar dos pájaros de un tiro. No es ningún chollo, pero puedes ganar una buena pasta y sobre todo, vas a tener a tanta gente a tu lado que los de la Judicial se van a volver locos solo para identificarlos.
Ya ha empezado a venir la gente de la vendimia. Ya sabes que la uva buena la recogemos a mano. Los vendimiadores casi siempre son los mismos. La mayoría son familias que llevan haciendo este trabajo muchos años y que seguirán haciéndolo durante otros muchos.

Si quieres ayudar en la cosecha, le digo a mi padre que te contrate y por lo menos durante los próximos dos meses no vas a tener tiempo de comerte el coco.
– Me parece muy bien. El dinero me vendría de perlas, pero yo no sé cómo se vendimia. La verdad, cargando esos cestos no me veo.
– La vendimia no es solo coger las uvas. Hay que hacer otras muchas cosas. Por eso no te preocupes. Ya te encontraremos la utilidad. La gente que viene considera su mayor mérito en el currículo, saber hablar español.
– Me fió de lo que tú me digas. Yo no tengo ni idea. A ver si después tienes problemas con tu padre por recomendarme… esa es otra. Cómo le explicamos a tu padre que necesito trabajar.
– ¡Perdona bonita! Si todavía no te has dado cuenta de que estás hablando con un genio, es que eres un poco cortita.
– Un ¡Puto…genio! Eso es lo que has dicho. Y aún no sé como interpretarlo.
– A mi padre le vamos a decir que has pedido una excedencia de tres meses. Y que te apetece participar en la vendimia. No creo que pregunte cual ha sido el motivo de la excedencia. Le gustará la idea de tenerte cerca y no se planteará los motivos.
– Me cae muy bien tu padre. Es un tipo extraordinario.
– ¡Ya…! Se te ve el plumero.
– ¡¡Tonto!!
– ¡Venga! Vamos a tu casa. Te ayudo a recoger un poco y vamos evaluando los daños.
– ¿Lo de la llave?
– ¡Es verdad!, se me olvidaba. La tengo que activar desde aquí. Baja tú y metes la llave en la cerradura. Cuentas hasta veinte y la sacas. Después ya puedes volver a meterla para abrir.
– ¿Cómo sabrás que he llegado?
Ángel no contestó a la pregunta. Estuvo a punto de llamarla pánfila pero se contuvo. Hizo un gesto indicando el monitor, pero para entonces Nuria ya se había dado cuenta de la tontería que acababa de preguntar.

Después de recoger lo más gordo y comprobar los desperfectos, Nuria le pidió que le mostrara la ubicación exacta de las cámaras. Quería saber donde estaban por si en algún momento creía conveniente taparlas. Ángel la convenció de que no debía hacer eso nunca. Por varias razones. Pero le indicó la manera de interrumpir tanto el audio como el video por un espacio de tiempo de treinta y tres minutos. Así, si en alguna ocasión necesitaba intimidad total, podría usar esa opción hasta tres veces seguidas. Después el sistema se pondría en modo automático y sería inútil cualquier intento hasta que no trascurrieran otros noventa y nueve minutos.

– ¿Has meditado lo de la vendimia? –preguntó Ángel antes de despedirse.
– No hay nada que meditar. Estoy decidida. Otra cosa será que el segundo día tenga unas agujetas que no pueda levantarme de la cama.
– Será duro. Sobre todo porque hay que madrugar mucho. Al amanecer hay que estar allí preparado para desayunar. Nadie llega tarde porque nos llevan a todos en el tractor. Además nadie quiere perderse el desayuno. Es digno de un cinco estrellas. Para que te hagas una idea, el jamón es de bellota; los dulces caseros recién hechos y el zumo se exprime allí mismo. En el Silincio que es donde yo voy normalmente, seremos una docena más o menos. Paramos a las diez para almorzar y a la una y media para comer. Por la tarde solo se quedan los hombres que quieren, que suelen ser todos, Pero solo se les permite trabajar de cinco a nueve. Parece ser que antes de las cinco hace demasiado calor y una

buena siesta a la sombra de las parras, es muy reconfortante. Nosotros podemos echarnos la siesta aquí y después ir a bañarnos.
– ¡¿Aquí… en esta casa?!
– Si no roncas, me puedo sacrificar. Pero me refería a aquí, en el pueblo.
– ¡Tú sabrás si ronco! Eres el único que sabe cómo duermo.
Ángel ya había abierto la puerta para marcharse y ella estaba en el pasillo. En el silencio de la plazuela, la última frase de Nuria se oyó con toda claridad en el exterior. A pesar de que Ángel volvió a cerrar rápidamente, ya era demasiado tarde.
– ¡¡Calla!! ¿¡Tú estás loca!? Como haya alguien fuera lo habrá oído todo.
Nuria se acercó hasta él medio riéndose y tapándose la boca con la mano.
– ¡Perdón…! ¡Lo siento! No me he dado cuenta. Lo último que quiero es que alguien piense que dormimos juntos.
– Sobre todo porque no es verdad.
– Por eso y porque te quiero –Nuria lo abrazó porque entendía que era la mejor forma de demostrarle sus sentimientos– ¡Como amigos! Que quede claro. Pero te quiero. Por unas cosas o por otras, siempre me haces ver la vida de forma diferente. Y en estos momentos me hacía mucha falta.
– ¡ Bueno… bueno! –Ángel trató de zafarse un poco de los brazos de Nuria, porque aquella situación le estaba empezando a resultar demasiado embarazosa–. Si es como amigos, vamos a dejarnos de mariconadas.
Una última cosa antes de marcharme; ponle la batería al móvil y lo dejas cerca de la tele, para que se cercioren de que funciona. Cuando me vayas a dar las buenas noches, lo metes en la cocedora y lo dejas allí encerrado para que no puedan oírnos. De vez en cuando dejas que escuchen algún ruido o alguna cosa y así no sospecharán nada.

18

En el grupo de estupefacientes de la policía judicial las cosas estaban bastante revueltas. El Coleta, a pesar de tener escayolados los dedos, continuaba en su puesto de trabajo. No era buen momento para coger una baja que en otro momento hubiera explotado al máximo aduciendo que se trataba de un accidente laboral.

A pesar de que se les permitía mucha manga ancha, había veces en las que sus actuaciones resultaban tan chapuceras y tan torpes, que sus jefes se veían obligados a intervenir. Al capitán le estaban lloviendo las críticas desde todos lados. El juez que había autorizado el registro estaba que echaba chispas. Si alguien hurgaba en el tema se daría cuenta enseguida de que las supuestas grabaciones eran un montaje. Hasta ahora siempre que se autorizaba un registro basándose en grabaciones telefónicas, era porque estaban seguros de encontrar las pruebas del delito. De esta manera los indicios resultantes de las grabaciones perdían peso en la causa y a nadie le preocupaba la forma en que se habían conseguido.

Pero en este caso las pruebas no habían aparecido y un abogado quisquilloso podría examinar detenidamente los indicios y llegar a conclusiones indeseables. No era muy probable que la acusada tuviera dinero para contratar a un abogado competente y dispuesto a tirar de la manta pero la posibilidad de que lo hiciera les tenía a todos muy alterados.

En una de las conversaciones que Ángel había escaneado, uno de los guardias hablaba así de la abogada de oficio que le habían puesto a Nuria: “Con la abogada no habrá problemas. Es una novata que no tiene media hostia y que hará lo que le digamos”

Por su parte el Comandante en Jefe los había puesto a todos firmes. Gracias a los buenos resultados de la Brigada, lo habían propuesto para la medalla al merito policial con distintivo de plata. Era casi seguro que se la concederían y sería el propio Ministro el que se la impusiera.

Una medalla de ese tipo, no solo implica más dinero para el galardonado. También la Brigada resultaría beneficiada. Partidas presupuestarias especiales, que servirían para cubrir gastos de difícil justificación. La mayoría de los vehículos de la Brigada procedían de incautaciones realizadas a presuntos traficantes. Generalmente este tipo de vehículos eran de los considerados de alta gama. Marcas de lujo, deportivos o todo terrenos de gran cilindrada se encontraban a disposición de algunos agentes, incluso para uso particular, ya que nadie controlaba su uso. La casi totalidad de esos coches estaban abocados al desguace. Los procedimientos judiciales son tan largos que en el caso de que al final pudiesen ser recuperados por sus legítimos dueños, no merecería la pena el gasto a realizar para ponerlos en marcha.

Un coche expuesto a las inclemencias del tiempo en un depósito, se deteriora rápidamente. Las ruedas se pudren, la tapicería se cuartea y la pintura pierde sus propiedades protectoras. El motor se daña de forma irreversible. El aceite y el combustible se degradan y estropean las conducciones y los filtros. Mientras que el agua oxida multitud de piezas que será necesario sustituir.

Por eso la Brigada aprovecha lo que puede mientras puede. Resulta penoso comprobar la cantidad de máquinas preciosas que se destrozan por no cambiar ni siquiera el aceite.

Alguno de estos coches ha sido maltratado hasta que sus ruedas no han dado más de sí, y se ha desechado porque era preferible tirarlo que ponerle ruedas nuevas.
La esperada medalla podría proporcionar la existencia de fondos para cubrir esas contingencias. Todo era una cuestión de formas. Nadie iba a cuestionar el uso de un porche confiscado, por parte de un agente de la Brigada. Sin embargo si el agente se gastase dos mil euros en cambiarle las ruedas, todo el mundo se preguntaría cómo podía permitírselo.
Todas las medallas tienen los mismos argumentos: recompensar por los servicios prestados. En este caso se había invertido mucho dinero para aumentar los efectivos, tanto materiales como humanos, con el objetivo de presentar al Ministerio como hermanitas de la caridad, que lo único que pretenden es que no caigamos en el mal camino.
La campaña contra la droga, evidentemente no iba a evitar su consumo. Ni siquiera iba a disminuirlo, pero eso era lo que menos importaba. Lo realmente importante; lo que salía en los periódicos eran las operaciones realizadas contra los perversos traficantes. Sobre todo cuando tenían éxito.
Cuando resultaban un completo fracaso, como ésta. No solo no se aireaba la operación a la que habrían puesto un nombre muy hortera, sino que se trataría de impedir, con todos los medios a su alcance que se publicase una sola palabra.

Alonso Real era uno de esos abogados que se había hecho millonario en un par de años de ejercer su carrera. A pesar de que en cualquier otra profesión, ese repentino enriquecimiento hubiera sido motivo de investigación, en el gremio resultaba un caso tan habitual que a nadie sorprendía.
Se había especializado en temas económicos, aunque si eligió la carrera de letras era porque los números no los entendía. Bueno, por lo menos no los entendía como la mayoría de personas. Tenía un empleado al que él llamaba socio, que era el que iba a los pocos juicios que llegaban a celebrarse.
Alonso era un artista de la negociación. Hacía suya aquella máxima de que es mejor un mal acuerdo que un buen juicio, y casi siempre conseguía llegar a acuerdos. Había mediado en asuntos en los que se jugaban muchos millones de euros y había cobrado cantidades desorbitadas. Se había ganado una reputación y el trabajo se le acumulaba.

Pertenecía a varios clubes de gourmets de toda España, a los que acudía con relativa asiduidad. Más que nada por jactancia y para justificar sus ciento cincuenta kilos. Pero le resultaban muy útiles para concertar entrevistas de carácter reservado. Le gustaba impresionar a sus clientes y colaboradores agasajándoles con verdaderos banquetes en los que, a veces la cuenta subía de tres mil euros.
No era este el caso. Su invitado era un colaborador al que iba a encargar un trabajo de investigación, y en esos casos no era prudente ser excesivamente generoso. Hasta que llegaron a los postres, la conversación había resultado de lo más intrascendente. Durante todo el tiempo habían estado hablando de comida y de restaurantes de diversas ciudades y pueblos. Solo después de terminar el postre, Alonso le pasó una tarjeta con unas anotaciones en el reverso, que el colaborador se guardó en el bolsillo de la camisa.
Se trataba de un asunto muy sencillo. Una demanda contra una clínica a la que se acusaba de negligencia y el agente artístico de la paciente solicitaba una indemnización de tres millones de euros.
El procedimiento a seguir era tan básico que daba vergüenza: la compañía de seguros proponía al abogado unas cantidades máximas y mínimas para la indemnización. La prima

que recibía éste como importe de la minuta era inversamente proporcional a los objetivos fijados por tramos. El abogado hacia la oferta al demandante y esperaba a que éste se pusiera en contacto con la perjudicada para darle cuenta de la oferta. Teniendo intervenidos los teléfonos de ambos, resultaba sencillísimo enterarse de cual sería la cantidad mínima que aceptarían como indemnización y a partir de ahí el abogado jugaba a dos bandas.
Al principio había llevado incluso casos de divorcio, pero en la actualidad no perdía en tiempo con menudencias. Asuntos como el de la petrolera, con un beneficio de dos millones de euros, le permitían escoger los casos.
El sistema de intervenciones telefónicas era perfecto. Incluso las conversaciones desde teléfonos encriptados eran intervenidas y grabadas. Originalmente se había ideado para luchar contra el terrorismo la delincuencia y la corrupción, por lo que había contado con todos los parabienes de los legisladores. El problema había surgido cuando, igual que el que hace la ley hace la trampa, los que montaron el sistema se aseguraron de que a ellos no podría perjudicarles.
Un sistema de control sobre las comunicaciones, tan conflictivo como había sido aquel hasta conseguir su implantación, era susceptible de utilización indebida en cuanto hubiera una falla en el sistema jerárquico. Y así había ocurrido en el momento en que uno de los agentes encargados de ese servicio conoció a Alonso Real al acudir a su despacho para que lo defendiera en su juicio por divorcio. Por aquel entonces el abogado se comía los mocos engañando a sus clientes con recursos y apelaciones que, aunque él sabía que estaban perdidas de antemano, le permitían engordar su minuta de forma inmoral.
De resultas de aquel juicio en el que se utilizaron las grabaciones de los implicados de la parte contraria, se comprobó por parte de esta pareja, lo sencillo que sería conseguir dinero con ese sistema.
Fue relativamente simple organizar un grupo cohesionado dentro de la brigada. Después de unos meses de control sobre todos sus miembros, disponían de los datos suficientes para conocer los puntos débiles de todos y cada uno de ellos. Quién más quién menos, todos tenemos algún muerto en el armario e hipotecas que pagar. Cualquiera que sea espiado de día y de noche acabara diciendo o haciendo algo inconveniente contra la mano que le da de comer. Y si esa mano que la da de comer lo hace de forma cicatera, será más pronto que tarde.
Si es cierto que la información es poder, este grupo acumulaba un poder inmenso. Seguramente por la falta de cautela de la mayoría de ciudadanos, acostumbrados a escuchar continuamente desde los medios de comunicación, hablar de nuestro derecho a la intimidad…, y sobre todo de creérnoslo.
En una situación como aquella, la Brigada de Estupefacientes podía obtener tantos éxitos como quisiera y conseguir medallas de reconocimiento al trabajo bien hecho. Pero no solo sobre las drogas ilegales. Fumar en sitios no permitidos; comprar discos piratas; ocultar a Hacienda algún ingreso extra, pedir la factura sin iva., matar una lagartija o conducir por encima de la velocidad permitida, podría llevarnos a la cárcel si un juez así lo decidiera y la policía presentase las pruebas del delito.
Es muy difícil no sucumbir ante un soborno. Todo depende del montante económico. Cuando se habla de millones de euros, muchos funcionarios se pueden plantear hasta dónde llega su compromiso con la función pública. Si a eso le añadimos el chantaje de que podrían ser objeto si no aceptan el soborno, es difícil pensar que no se pueda encontrar un buen puñado de funcionarios dispuestos a claudicar.

Una actividad de este tipo, poco a poco se va haciendo más grande por su propio peso. Cada vez habrá más gente y cada vez estará más implicada. El control en estos casos debe

ser férreo. La organización no puede quedar expuesta por la debilidad de uno de sus componentes. Si es necesario tomar medidas drásticas, se tomarán las que hagan falta sin importar el grado que tenga dentro de la organización.

Alguno de estos agentes que estarían dispuestos a cumplir cualquier orden, había planteado la posibilidad de que alguien desde dentro del grupo, se hubiese quedado con la mercancía. No era fácil de creer, pero no había explicación a su desaparición. Muchos de ellos no se fiarían ni de su propia madre y varios estarían dispuestos a cortarle el cuello para evitar la cárcel.
Dentro del Grupo se sabía que alguno de los oficiales superiores era el que daba las órdenes, pero nadie estaba seguro. Nunca había dado la cara. Resultaba una postura muy práctica siempre y cuando las órdenes llegasen a sus destinatarios
El Maestro era el encargado de esa misión. Él coordinaba las operaciones entre las diferentes partes. Le llamaban el Maestro porque era quien les había enseñado a todos a ganar dinero a espuertas. Gracias a él tenían maletas llenas de dinero y la jubilación asegurada con inversiones y propiedades que el abogado se encargaba de gestionar. Sus jefes militares estaban contentos porque los jefes políticos les entregaban medallas y subvenciones. Y el Poder Judicial actuaba con normalidad respecto a las pruebas que les presentaban.
No podían arriesgarse a levantar la liebre por un asunto menor como era este. Si en todo el tiempo que había pasado desde que murió su novio, la chica no había dado muestras de conflictividad, lo más lógico sería pensar que no sabía nada de los motivos por los que murió. Era cierto que si todo hubiese salido como esperaban, cuando saliera de la cárcel, si es que salía, ya estarían todos jubilados y no representaría ningún problema. Pero en la situación actual, lo más prudente era no intervenir. Solo si la vigilancia demostraba algún tipo de movimiento extraño volverían a tratar el tema. De no ser así, darían por perdida la mercancía y los agentes destinados se limitarían a vigilar e informar de cualquier novedad.

19

La vendimia era toda una fiesta de confraternización. Del mismo modo que Ángel solo vendimiaba en el Silincio, las dos familias que componían el total de la cuadrilla, siempre empezaban su temporada en esa finca. Dos matrimonios rumanos jóvenes que eran cuñados y venían por sexto año consecutivo. En su país, los maridos que eran hermanos trabajaban en el taller de su padre como guarnicioneros. Los dos habían sido jugadores de balonmano. Eran lo que vulgarmente llamamos dos armarios de cuatro cuerpos. Tan grandes como nobles y trabajadores podían haber conseguido trabajo fijo en el pueblo en cuanto se lo hubiesen propuesto. Sin embargo nunca lo pretendieron. Sacaban un buen dinero en los casi tres meses que duraba para ellos la temporada y después regresaban a su país, donde les esperaba una familia bastante numerosa.
La otra familia poco tenía que ver con los rumanos. Eran de un pueblo de Cádiz donde según ellos llueve tanto que tienen un museo del agua. Se llama Benamahoma que significa Hijos de Mahoma. Por lo que se ve, estos eran los hijos pobres de Mahoma, aunque ellos jamás se habían considerado tal cosa.
Ninguno de los cinco miembros de la familia tenia, ni había tenido nunca un trabajo fijo. Jamás habían tenido la necesidad de atarse a un empleo. Eran listos como conejos y hábiles como un neurocirujano. Por si fuera poco, tanto la madre cono la hija cocinaban primorosamente. El año anterior, la temporada fue una de las más cortas y aun así se bajaron para su pueblo con veinte mil euros más que cuando llegaron.
Pero si había una cosa destacable en estos Hijos de Mahoma, era su alegría de vivir. Excepto la madre, todos tocaban la guitarra muy decentemente. Desde luego lo suyo era el flamenco, pero no le ponían peros a ningún estilo.
Los sábados, que era el único día que se podía trasnochar, muchos de los vendimiadores bajaban al río para cenar juntos. Las barbacoas bullían con el ajetreo de una enorme variedad de comida a la brasa, donde cualquiera podía acercarse con un plato para que se lo llenaran. Eran festejos muy alegres que ponían de manifiesto que la cosecha estaba resultando muy provechosa para todos. No se trataba de celebraciones tribales ni reservadas a los temporeros. Mucha gente del pueblo participaba de forma muy activa

La primera vez que Nuria asistió a una fiesta de esas, pagó la novatada. Desde el estreno de la obra de teatro su popularidad había subido como la espuma y no había mesa en la que no quisieran invitarla a compartir sus guisos y su vino.
Los foráneos trataban de mostrar lo mejor de la gastronomía de su tierra y los nativos correspondían acompañando aquellos deliciosos platos con sus mejores caldos. Hubiera sido muy difícil poner precio a alguna de aquellas botellas. En la mayoría de los casos correspondía a cosechas propias, elaboradas a la vieja usanza para ser consumidas entre los amigos de sus orgullosos dueños.
No era una competición. No tenía sentido. Siempre hubiera ganado Nemesio. Era el maestro de la elaboración de vinos y además dueño de las mejores parras. Claro que eso solo eran capaces de apreciarlo una docena, como mucho, de todos los asistentes. Para los

demás hubiera resultado imposible distinguir un vino de otro sin ver la caja de donde había salido.
Ya se hizo en una ocasión una prueba en la que cada uno sacó de su caja las botellas –esas botellas no tienen etiquetas– y las colocaron todas encima de una mesa ordenadas de forma que cada uno sabía dónde estaban las suyas.
Había que haber tenido un paladar muy fino para semejante cata. Allí no se tiraba ni una gota. Vaso que se probaba, vaso que se bebía. Por lo que no dio el resultado esperado y no se volvió a hacer.
Algo parecido le ocurrió a Nuria. No es prudente probar todos los vinos que te ofrecen. Si además ese vino es el orgullo de una de las bodegas más prestigiosas del país, no te darás cuenta de lo que has bebido hasta que empieces a cantar flamenco.
Cantar y bailar. Metida en harina, a Nuria no la achicaba nadie. Cuando sacó a bailar por soleares a uno de los hermanos rumanos, Ángel no pudo resistir la tentación de grabarlo con el móvil. Hacían una pareja espectacular. Él, con un corpachón enorme y desgarbado y ella menuda y sensual se movían sin el menor miedo al ridículo animando a otros a unirse a ellos. Por mucho que insistió en sacar a Ángel a bailar, fue imposible. A él le hubiera gustado corresponder a su invitación pero se sentía absolutamente incapaz de llevar el ritmo. No es que no le gustara la música o el baile, lo que ocurría es que él si que se sentía ridículo moviéndose de aquellas maneras.
Cuando empezó a cantar, Ángel entendió que ya iba siendo hora de que se retirara. Discretamente se acercó a las dos rumanas que continuaban sentadas mientras que sus maridos aguantaban bailando, para pedirles que acompañaran a Nuria a su casa. No podía decirse que estuviese borracha. Estaba justo en el mejor momento para irse a la cama. Afortunadamente los efectos secundarios del buen vino no son graves.
Es cierto que al día siguiente se levantó como si le hubiera pasado una apisonadora por encima, pero era debido más que nada, a que se había pasado casi dos horas sin parar de bailar y moverse.

Desde que empezó a trabajar en la vendimia. Se había olvidado un poco de sus problemas. Las novedades de un trabajo como aquel y la intensidad de la actividad física le ocupaban la mayor parte de sus pensamientos. Su trabajo principal consistía en recoger las cajas con las uvas y trasportarlas hasta el remolque. Conducía el quad de Joaquín, que tenía más pinta de tractor que de moto de cuatro ruedas, arrastrando un estrecho remolque adecuado para los angostos espacios de la viña.
Era muy importante la cadencia de cada viaje para evitar amontonamientos que espachurrasen las uvas ya que antes de echarlas al remolque de acero inoxidable, se lavaban con agua y aire a presión. Ángel era el encargado del lavado y limpieza. Le ayudaba Joaquín, al que había venido muy bien que Nuria lo sustituyese. El ir y venir con el quad le resultaba mucho más estresante que lo que hacía ahora, así que estaba encantado.
Nuria y el padre de los gaditanos eran los más ruidosos de la cuadrilla. Se llevaban muy bien aunque se picaban mucho. Él la llamaba: ¡Quilla!, y ella a él: ¡Picchha!, imitando el marcado acento andaluz. El primer día que empezaron a trabajar, se habían apostado una ronda para todos, a que no terminaba la temporada.
A medida que pasaban los días, Nuria se encontraba más a gusto en aquel trabajo. Sabía que era temporal y que acabaría pronto, pero se encontraba tan integrada en el grupo y en el pueblo, que le hubiera gustado seguir así durante mucho tiempo. No tenía nada que ver con su profesión. Aquí nadie trataba de pisar a nadie y todo el mundo estaba muy satisfecho con el sueldo. Pocos trabajos podían encontrarse de aquellas características.

Los primeros días había estado un poco apurada en su cometido. Se empezaba a vendimiar por los bancales más altos, que eran también los más largos y se perdía mucho tiempo en ir y venir. El motivo de hacerlo así era que en la parte alta la uva madura antes ya que le da mucho más el sol. En un viñedo tan inmenso como aquel era primordial planificar bien la recolección. Por esa razón la cuadrilla era tan pequeña y se alargaba la campaña.
Nemesio solo iba al Silincio a comer. El trabajo en la Cooperativa resultaba extenuante en aquella época y no le dejaba tiempo para nada. El rato que permanecía en la finca le relajaba lo suficiente como para afrontar la larga jornada vespertina.
Ese año más que ningún otro, a Nemesio se le pasaban volando los minutos de la comida y la sobremesa. Desde que había besado a Nuria en la obra de teatro, sentía por ella algo especial que no trataba de esconder. No había sido esa la razón de contratarla, ni mucho menos, pero cada día estaba más contento de haberlo hecho.
A nadie extrañaba las atenciones de Nemesio con Nuria. De hecho le ocurría lo mismo con muchos otros. Joaquín, por ejemplo, seguía escogiendo para ella la mejor fruta. Los gaditanos siempre estaban pendientes de reservarle suficiente sitio en la mesa, y los rumanos atentos para ayudarla a cargar las cajas o cualquier otro trabajo que requiriera un esfuerzo físico. El propio Ángel no podía disimular el trato diferencial que le dispensaba cada minuto del día.

Como Nemesio pensaba que Nuria estaba cobrando una parte de su sueldo y además un extra tan importante como el que había sacado, en esas tertulias que se forman en la sobremesa, le había preguntado a Nuria que qué iba a hacer con tanto dinero. Ni corta ni perezosa le dijo que lo pensaba gastar en ropa. Que en cuanto tuviese su primer día libre se iría de compras a Valladolid o a Burgos.
Tan buena idea le pareció a Nemesio que le dijo que se llevara a Ángel con ella, a ver si así el chico se compraba algo que no fueran camisetas. Medio en broma medio en serio le dijo que podían llevarse el todo terreno porque en el coche no iba a caberles toda la compra.

El último día de la vendimia, Nuria tenía la sensación de haber perdido algo para siempre. Era el mismo sentimiento de nostalgia que tuvo cuando, al finalizar su primer campamento de verano, tuvo al despedirse de sus amigos. Estaba convencida de que no volvería a verlos, y en el caso de que no fuese así, si por alguna casualidad se volviesen a encontrar, ninguno de ellos serían los mismos.
Si hubiera querido, todavía podía haber trabajado tres o cuatro semanas más en la bodega, pero eso seguro que le habría salido de ojo a Nemesio y habría hecho preguntas. Tanto Ángel como Nuria habían decidido no decir nada a nadie. Entre la gente poco preparada intelectualmente resulta habitual dar pábulo a cualquier rumor o acusación que suponga el menosprecio de las personas a las que en su fuero interno envidian de alguna forma, y no sanamente. La envidia sana no existe. Es envidia sin más, y resulta comprensible que hubiera gente dispuesta a convertirse en ineptos e inoportunos jueces.

20

El lunes a las diez de la mañana, según habían acordado, los dos estaban preparados para ir de compras. El sistema de vigilancia se había convertido en el medio de comunicación más práctico para mantenerse en contacto. Pasados los primeros días desde que conoció la existencia de las cámaras, ahora no resultaba más comprometido que vivir con un hombre en la casa.
Después de ser apremiada por enésima vez, le dijo a Ángel que en dos minutos estaría con él. Que no volviera a comunicarse con ella porque iba a conectar el móvil para dejarlo encendido dentro de la casa mientras ellos e iban de compras. Ángel sacó el coche del garaje y lo mantuvo arrancado hasta que llegó Nuria. Aunque había visto el coche con anterioridad, no se dio cuenta de lo grande que era hasta que no estuvo a su lado.
– ¡Madre mía! Esto parece un camión –exclamó Nuria.
– No te preocupes, se conduce muy fácil. Es automático.
– Ya veo, ya. Por lo menos así no se me calará.
– Te harás a él enseguida. Te aconsejo que coloques el pie izquierdo debajo del asiento. De esa forma te darás cuenta de que no tienes que usarlo.
Efectivamente resultaba muy fácil conducir aquel cochazo. El modelo era el más alto de la gama y estaba automatizado a tope. Los asientos tapizados en piel de color muy claro, aparte de reunir todo tipo de elementos de seguridad, disponían de un sistema de adaptación al cuerpo del conductor basado en el peso y volumen del pasajero que proporcionaba una comodidad impensable para un coche.
Finalmente habían decidido ir a Burgos, porque era una ciudad que Nuria apenas conocía. El trayecto se hacía en tres cuartos de hora en condiciones normales, pero a la velocidad que iban ellos, posiblemente tardasen algo más de una hora. Ángel ya había programado el navegador para que les llevase al aparcamiento subterráneo donde solían dejar ese coche cuando iban de compras. Resultaba demasiado grande para callejear con él y aparcarlo era muy comprometido. Ese tipo de coches tienen las defensas muy altas y a la menor te cargas los faros del que esté detrás.

Justo antes de coger la carretera nacional, una patrulla de la Guardia Civil les dio el alto. Ellos lo llaman controles rutinarios pero en realidad lo hacen para animarles un poco el servicio. Por el día se suelen poner en los accesos a las carreteras nacionales y por la noche se colocan en los sitios más indicados para controlar a las parejas que regresan o que van en busca de un poco de intimidad.
Con el pelo suelto y las grandes gafas de sol, Nuria no fue reconocida por sus compañeros hasta que no le pidieron los papeles del coche y el permiso de conducir. El agente que estaba al mando se quedó bastante sorprendido al comprobar la identidad de la conductora. No daba la impresión de que la sanción impuesta hubiera provocado una merma en su estado anímico y mucho menos el económico.

– ¡Hombre, Nuria! –saludó el guardia cogiendo los papeles que Nuria le mostraba y pasándoselos a su compañero– No te había conocido.

– ¡No te preocupes Orduña! ¿Qué tal el servicio?
– ¡Bien! ¿Y tú que tal lo llevas?
– Con resignación. Todavía no hay fecha para el juicio.
– Seguro que ni siquiera hay juicio. Pero ya sabes cómo son aquí las cosas. Lo primero que hacen es suspenderte, por si las moscas. Luego todo quedará en nada pero a ti te meten el miedo en el cuerpo y te joden tres meses de sueldo.
– Pues da la impresión de que las cosas no te van nada mal –intervino el otro agente, mirando descaradamente al coche–. ¡Te has echado un buen carro!
– No es mío. Es de él –Nuria señaló a Ángel.
– ¡Ya lo veo! ¡Un buen coche y un joven compañero! ¿Quizá un poco joven para ti, no te parece? No solo está el coche a su nombre, sino que lo tiene asegurado a todo riesgo. ¡Mil seiscientos euros de seguro! ¡Que pasa chaval! ¿Te ha tocado la lotería?
– ¡Disculpa Javier! Tenemos algo de prisa. Otro día charlamos con más tiempo –recogió la carpeta con la documentación y se despidió–. ¡Hasta luego Orduña!

Orduña era un tío competente, pero Javier era un imbécil. Casi siempre patrullaban juntos. De esa forma la experiencia de uno contrarrestaba la estupidez del otro. Nada más despedirse de Orduña, Nuria puso en marcha el coche sin esperar a que ninguno de los dos guardias contestase.
Los dos se quedaron mirando como se alejaba el coche, mientras Javier hacía todo tipo de comentarios soeces y suspicaces referentes a Nuria y a su acompañante.
– Deberías mostrar un poco más de respeto –pidió Orduña a su compañero–. No creo que tengas ningún motivo para hablar así de ella.
– Motivos puede que no. Pero dudas tengo un montón. No creo que sea de fiar. Por si había pocas cosas raras en su expediente, ahora se pasea por ahí con un chulito de mierda con un coche de la hostia.
– ¡Que sabes tú de su expediente! ¿Acaso lo has visto?
– Aquí llegó con un traslado forzoso. Algo haría, digo yo.
– Cómo se nota que llevas en el Cuerpo cuatro días. Cuando lleves los años que llevo yo posiblemente consigas entender como funciona esto. Pero lo que es seguro es que pensarás de otra manera.
– ¡Llevo dos añitos! El mes pasado hizo dos años que aprobé la oposición. Porque no sé si lo sabes, pero ahora hay que aprobar una oposición para entrar en el Cuerpo. No es como antes, que entraba gente que no sabía escribir.
¡Mira, Javi! No me toques los cojones –dijo Orduña dando por finalizada la conversación.

Si la entrada del aparcamiento subterráneo ya de por sí era complicada –a algunos arquitectos habría que colgarlos–, no lo era menos tratar de incrustar aquel mamotreto en alguna de las minúsculas y raquíticas plazas. Había tan poco espacio entre una hilera y la de enfrente, que Nuria tuvo que hacer bastantes maniobras para colocarlo adecuadamente. Gracias a la servo dirección y al climatizador era posible hacer todas esas maniobras sin acabar agotado. Pero otras ayudas, como los sensores de distancia y la cámara trasera, estaban acabando con la paciencia de Nuria a base de pitar y pitar.
Cuando por fin terminó la maniobra y salió del coche, se puso detrás de él mirándolo por los lados para ver cómo había quedado, y con uno de sus característicos gestos de satisfacción y orgullo que tanto gustaban a Ángel, esperó la felicitación de éste.
– ¡Muy bien! –aplaudió Ángel, después de comprobar que no se podía poner ninguna pega–. Te ha quedado perfecto. Recuérdame que te recompense como te mereces.
– ¡Que pasa, chaval! ¿Tú crees que lo habrías quedado mejor?

– No. Desde luego que no. Ya te he dicho que está perfecto. Lo que pasa es que yo lo habría dejado así, en una sola maniobra.
Se ganó otra colleja por su comentario.
Mientras caminaban hacia el exterior del aparcamiento, Nuria lo cogió del brazo para contrarrestar la colleja. Ángel iba contándole las peripecias que pasó con su madre la primera vez que entraron en ese aparcamiento. Era verdad que tuvo que ser Ángel quien se pusiese al volante para aparcarlo. A pesar de sus comentarios, él sabía que resultaba muy complicado meter allí el coche. Nuria lo había hecho muy bien. Sobre todo pensando que era la primera vez que lo conducía y que tenía mucho más miedo que él a rayarlo.
Era muy reconfortante caminar del brazo de Nuria por las calles repletas de gente mirando los escaparates de todo tipo de tiendas. No tenían intención de comprar algo concreto. Habían ido de compras por justificar los motivos que le dieron a Nemesio para trabajar en la vendimia, pero lo cierto era que Nuria no podía gastarse mucho dinero en hacer unas compras que por otra parte no necesitaba.
De ese modo, lo importante no era comprar cosas, sino ir de compras. Con Nuria aquello resultaba divertido. Mucho más que con su madre. Además Ángel albergaba la remota posibilidad de contemplarla dentro de un probador con la menor cantidad de ropa posible. Sus expectativas se basaban en la evidencia de que había visto a Nuria muchas veces en ropa interior e incluso sin ninguna ropa, y ella lo sabía.
Claro estaba que no era lo mismo verla en la pantalla del ordenador que verla al natural. Aunque no hubiera mucha diferencia entre ver a una mujer en ropa interior o en bikini, lo cierto era que daba mucho más morbo. Y si además el avistamiento era dentro de un probador, la experiencia resultaría inolvidable.
Por intentarlo no iba a quedar. Lo tenía planeado desde hacía tiempo y esperaba que su plan funcionase. Así que después de comprar bastantes cosas para él, le llegó el turno a ella.
Recorrieron varias zapaterías hasta encontrar lo que Nuria estaba buscando. Unos preciosos zapatos negros de vestir que realzaban sus piernas incluso con aquel pantaloncito corto de verano.
– ¡Bueno! –dijo Nuria al salir de la zapatería y comprobar como echaban el cierre al comercio–. Creo que ya hemos terminado.
– ¿Cómo que hemos terminado? ¿Es esto todo lo que vas a comprar?
– Es que no necesito nada más.
– ¡Ni yo!, y me has hecho probar ropa en cuarenta tiendas. Voy cargado como un burro.
– Pues si te parece, vamos al coche a dejar todo esto y después buscamos un sitio para comer. Te invito yo.
– Ya que te has dignado recabar mi opinión, te la voy a dar. Me parece bien lo de llevar las bolsas al coche. Lo de ir a comer, es de necesidad. Pero la invitación…, lamento no poder aceptarla. Ya tenemos mesa reservada.
– ¡Vaya! Con reserva y todo. ¡Menudo nivel! ¿Y eso…?
– Porque quiero llevarte a un restaurante donde ponen comida afrodisíaca.
– Me gusta el estilo afro –ignoró el sentido de la frase–. Aunque eso es más de la época de tus padres que de la tuya.
– Lo he encontrado por Internet. No vayas a pensar que llevo allí a todas las chicas que conozco.
– Estoy convencida.

La comida resultó muy divertida. Cuando sabes que te van a sacar más de doscientos euros por ella, no pides huevos con patatas fritas. Jugaron a ver quien se tenía que comer la cosa más rara de la carta y perdieron los dos. El segundo plato no solo no supieron que era lo

que habían pedido, sino que no acertaron a describir a qué sabían ninguno de los dos platos.
Obviamente no pidieron vino con la comida. Por muy bueno y caro que fuera, no merecía la pena. Si embargo los planes de Ángel respecto al probador de ropa, incluían la ingestión de algún tipo de alcohol, por lo que pidió champán con los entrantes y aunque lo bebieron entre los dos brindando por cualquier tontería, Nuria bebió un poco más. De esa forma estaba más que justificado no coger el coche hasta pasadas unas horas.
Media botella de champán para cada uno, con una comida tan variada y abundante no da para emborracharse en absoluto. Pone una chispa de alegría en los ojos y se dicen algunas cosas que en otras ocasiones no se dirían, pero nada que pueda resultar preocupante.
Hasta a los camareros les había resultado agradable la presencia de aquella peculiar pareja. Nadie hubiera sido capaz de imaginar el tipo de relación que les unía. Se demostraban una amistad de amantes platónicos o un amor de amigos leales. Por momentos sus comedidas risas hablaban de increíbles aventuras vividas juntos y al instante sus ojos se perdían en la mirada del otro, ignorando cualquier cosa que no fueran ellos mismos.
Cuando el camarero llegó con la cuenta, se quedó unos segundos esperando a ver si alguno de los dos hacía algún gesto que indicase a quien debía entregársela. Finalmente se decidió por dejarla junto a Nuria que le pareció lo más indicado.

– ¡Joder! –exclamó Nuria al ver el importe de la cuenta–. Y eso que no sabemos lo que hemos comido.
– En estos sitios no se paga por comer. Se paga por lo bien que se lo pasa uno. Yo creo que es un precio justo.
– Yo también me lo he pasado muy bien. ¿Qué vamos a hacer ahora…, tienes algo más planeado?
– Por supuesto. Al final de esta calle hay un sitio donde según google sirven el mejor café recién tostado de la provincia. Ahora te toca invitar a ti.

Al salir del restaurante Nuria volvió a coger del brazo a Ángel.
– No tenías que haberte gastado tanto dinero. Creo que ha sido un despilfarro.
– Aunque suene mal, yo he disfrutado más que un cochino en un lodazal. ¿Te has fijado como nos miraba la gente?
– Los camareros alucinaban. ¿Crees que habrán pensado que somos amantes?
Ángel no contestó. Dejó que ella siguiera hablando del restaurante. Para ella también había sido una experiencia sumamente agradable. El ambiente del local inducía a mostrar el lado más sereno de cada uno, a la vez que fomentaba las propuestas de episodios clandestinos.
No era la primera vez que Nuria disfrutaba de un ambiente similar en algún que otro selecto restaurante de alguna de las ciudades más románticas de Europa. Sin embargo, en esta ocasión su actitud frente a la realidad era completamente diferente. Durante todo el tiempo había podido actuar de forma sincera y espontánea. No había necesidad de fingir nada porque nada había que ocultar. Ni a los ojos de los perplejos clientes, ni a los de los empleados del restaurante acostumbrados a atender un tipo de clientela excesivamente sofisticado y adinerado, como para pagar los precios de su servicio.
La compañía de Ángel inundaba el local de un aire atrevido y fresco que irradiaba sensaciones de serenidad y confianza a su alrededor. En aquellos momentos, paseando cogidos del brazo por la principal calle de la ciudad, considerablemente concurrida a aquellas horas, Nuria se sentía muy orgullosa de su acompañante.
En varias ocasiones había tratado de juzgarlo o por lo menos de catalogarlo de alguna manera. Sobre todo cuando se enteró de que la espiaba. Pero había desistido. Mejor dicho,

había sido incapaz de desacreditarlo. Ni siquiera se había enfadado con él. Se había cabreado, eso si, pero no se había podido enfadar con él.
Si una echadora de cartas le hubiese dicho apenas unos meses atrás, que iba a permitir que un adolescente espiase cada minuto de su vida, desde que se acuesta hasta que se levanta y cuando está durmiendo también. Y que ella iba a permitirlo de buen grado, hubiera dicho que las adivinadoras no existen. O por lo menos que algunas veces dicen verdaderas locuras.

El local en cuestión era casi una réplica del café de A Brasileira de Lisboa. Desde el momento en que entraron en el local Nuria había permanecido extrañamente callada. Incluso cuando el camarero le preguntó que cómo quería el café, parecía encontrarse en otro mundo. Ángel respetó su silencio y trató de no distraerla de sus pensamientos. Era obvio que aquella situación le traía buenos recuerdos y estaba seguro de que los compartiría con él.
También para Ángel aquel sería un sitio inolvidable. Desde el primer momento le había cautivado el aroma que empapaba cada centímetro cuadrado de aquella sala. Los diferentes olores de las docenas de variedades que orgullosamente anunciaban como especialidades únicas, exhalaban sus perfumes creando ilusorios halos de acordes nostálgicos.
La presencia del camarero portando una bruñida bandeja de metal dorado, sobre la que destacaban dos nacaradas y humeantes tazas de café, despertó a Nuria de sus ensoñadores recuerdos. Después del primer sorbo; como si el exquisito sabor de aquella infusión la hubiera devuelto a la realidad, pidió disculpas a Ángel por el ínterin.
– ¡Lo siento! Por unos momentos me he visto trasportada a otro lugar y a otra época, y me he dejado llevar por la nostalgia.
– Espero que eso no te haya puesto triste.
– ¡Qué va! Todo lo contrario. Me ha hecho revivir una época en que fui muy feliz. ¿Quieres que te lo cuente?
– Me encantará.
– Cuando terminé los estudios en el instituto, mi padre ya estaba jubilado por enfermedad. Le había quedado una pensión discreta y mis expectativas de seguir estudiando eran prácticamente nulas. Mi mejor amiga y compañera de estudios hasta entonces, siempre había querido ser guardia civil, por lo que no fue difícil hacerme partícipe de su proyecto.
A mi madre le entusiasmó la idea, pero mi padre fue mucho más reticente. No le gustaba la guardia civil y no creía que fuese una buena profesión para una chica. Finalmente un amigo de mi madre lo convenció de que con un empleo así, podría continuar estudiando o incluso, si era el caso, pedir una excedencia.
Este amigo de mi madre no solo convenció a mi padre sino que también, obligado por la amistad con mi madre, se implicó bastante en nuestro objetivo. Nos consiguió todo tipo de información relativa a las oposiciones; puso a nuestra disposición su equipo informático, que en aquellos años Internet era caro y lento; nos proporcionó todos los temarios de los últimos años y como tenía muy buenos amigos en todos los sitios por donde había pasado, se enteró de por dónde irían los tiros en los exámenes.
Uno de esos amigos le informó de la posibilidad de entrar en un cupo restringido para el Seprona, para el que pedían varias cosas especialmente dirigidas a ese cometido, entre otras los carnés de conducir A y B.
Mi padre, por su enfermedad no podía conducir y el padre de mi amiga no tenía ni coche ni carné. Lo de la moto era peor, porque apenas sabíamos montar en bici, así que de nuevo Antonio, el amigo de mi madre, nos sacó las castañas del fuego. Consiguió un ciclomotor que, aunque era de poca cilindrada, era un armatoste enorme. Solo estaba autorizado para

un pasajero, por lo que al principio salíamos por los caminos y durante unos cuantos días solo íbamos de paquete.
Cuando obtuvimos una relativa seguridad de no caernos, dejamos los caminos de arena y pasamos a practicar en un polígono industrial. Tony –al que ya no llamábamos Antonio– iba con la moto y a nosotras nos llevaba su mujer en el coche. Algunas veces llevaba también a sus hijos para que jugasen con las bicicletas. Cuando Tony estuvo seguro de que sabíamos cambiar las marchas y frenar a su debido tiempo, mientras una practicaba con la moto, la otra lo hacía con el coche.
Entre las prácticas, Internet y los temarios, había días que nos pasábamos la tarde entera todos juntos. Preferíamos estudiar en su casa, porque el ambiente era más propicio. La mitad de los días, Tony se pasaba las tardes fuera de casa pero nosotras quedábamos allí aunque él no estuviera. Nos había autorizado a disponer de todo lo que había en su despacho–biblioteca, excepto un archivador que mantenía cerrado con llave.
Allí guardaba sus papeles particulares y varias carpetas con obras literarias de todo tipo. Algunos cuentos, varios ensayos y mucha poesía. A pesar de que insistimos muchas veces para que nos dejase leer, sobre todo las poesías, siempre se negó. Decía que un poema es única y exclusivamente para la persona que se escribió. Nosotras manteníamos que si los tenía guardados con tanto celo, nunca le reconocerían su trabajo, pero ni aun así.

Según transcurrían los meses, necesitábamos menos tiempo para nuestra preparación. La moto la cogíamos como mucho una vez a la semana y el coche estaba bastante dominado. Nos habíamos matriculado en la autoescuela y asistíamos a clase dos días por semana.
A pesar de no tener mucha necesidad, seguíamos yendo a casa de Tony casi todos los días; jugábamos con los niños; nos bajábamos cosas de Internet; charlábamos con su mujer y aprendíamos a hacer postres en su cocina.
Uno de esos días que nos quedábamos a ver una película en su proyector, después de preparar las palomitas y la coca cola, resultó que la película no era lo que esperábamos. Se trataba de una especie de documental reportaje sobre castillos habitados, y ya que teníamos organizada la tarde, dimos buena cuenta de las palomitas y la coca cola. El documental empezó a ponerse interesante y Tony que estaba empapado en historia y en geografía, nos dio toda una lección magistral.
A nosotras nadie nos había contado la historia de aquella manera. Hasta aquel momento solo era una más de las asignaturas rollazo. Pero cómo quedaríamos de impresionadas que cuando Tony nos propuso una excursión para ver uno de aquellos castillos, aceptamos al instante.
Después de los castillos vendrían los parques naturales; los parques acuáticos, que con los niños resultaban una gozada. Los monasterios con algún concierto sacro: los conciertos no sacros de todo tipo, siempre y cuando mi madre se quedara con los niños, cosa que hacía encantada. Y todo eso organizado, amenizado y adornado con la compañía de Tony.
Los carnés de conducir los aprobamos a la primera. Tanto el de la moto como el del coche. Lo primero que hicimos nada más saberlo, fue ir a casa de Tony para decírselo. Elena y yo pensábamos que él merecía saberlo incluso antes que nuestros padres. Así que llegamos las dos tan contentas y Elena, ni corta ni perezosa le planto un pico en los morros a Tony y un abrazo eterno a Maite.
Yo aproveché el momento e hice lo mismo que Elena pero al pico le puse bastante más pasión que ella. Quizá fue demasiado porque Maite, cuando consiguió soltarse de nuestros abrazos, nos recordó que todavía nos quedaba la oposición y que no quería imaginarse la escena si aprobábamos las dos.
– Ya hay que tener morro –interrumpió Ángel–. ¡Pobre mujer! Os trata como a hijas y le encandiláis al marido.

– No era esa la intención de ninguna de las dos. Primero porque no hubiéramos tenido ninguna oportunidad frente a ella. Y segundo porque jamás nos hubiéramos perdonado por hacerle daño.
El beso de Elena no tenía mayor importancia. Era un beso de cariño de amistad y de respeto. Ella era así; poco romántica, como decía Tony. Podía enrollarse con tres tíos en una noche y olvidarlos al día siguiente. Ella decía que lo hacía por aburrimiento sexual. Quizá si hubiese encontrado un hombre que mereciera la pena, hubiese dejado de tener rollitos de unas horas, pero buscando donde buscaba, no era fácil encontrar algo digno.
Lo mío si fue diferente. Yo aproveché las circunstancias para hacer algo que quería haber hecho tiempo atrás. No es que con anterioridad no hubiese dejado entrever mis sentimientos, pero siempre lo había hecho de una forma muy velada. Con miedo a ser rechazada y despertar de un sueño en el que apenas acababa de cerrar los ojos. Se presentó la oportunidad y me lancé a la piscina.
En aquellas circunstancias, las consecuencias de mi atrevimiento no serían demasiado graves. Siempre podía achacar el impulso irrefrenable de mostrar mi afecto, a un exceso de adrenalina originado no solo por el hecho de aprobar, sino también porque nos habíamos gastado el mínimo imprescindible para hacerlo.
Antes de que mi derroche de afecto tuviese tiempo de ser interpretado, me adelanté a decir que teníamos que celebrarlo los cuatro cenando en algún sitio bonito y así lo hicimos. A aquellas alturas de nuestra relación, mi madre ya se había acostumbrado a quedarse con los niños. Los trataba como si fueran sus propios nietos. Ahora con la perspectiva del tiempo, estoy convencida de que le hubiera gustado que lo fueran.
– ¿Quieres decir que tu madre se olía algo?
– Hay cosas que no se pueden ocultar. Y más cuando todo tu ser está deseando gritar a los cuatro vientos que estás enamorada con toda tu alma. Cualquiera que nos hubiera visto al día siguiente podría haber entendido que aquello era algo especial. Nos arreglamos como si fuéramos a recibir un oscar, y nos fuimos a cenar al Parador de los Condes de Ávimo. A mí el alcohol se me sube enseguida a la cabeza…
– Ya. Ya lo he comprobado –dijo Ángel recordando la fiesta en el río.
– Pero no tanto como para no saber lo que digo. Puede ser que hable más de la cuenta o que incluso diga cosas no debería decir, pero lo cierto es que se me suelta la lengua y no me cohíbo a la hora de expresar mis sentimientos.
– ¡Para…, que te estoy viendo! ¿No me irás a decir que te le declaraste durante la cena delante de su mujer?
– Tenía que haberlo hecho. Delante de su mujer; de Elena y de dos matrimonios que cenaban a nuestro lado.
De todas formas no hubiera sido una declaración así a lo bestia. Sí que me animaba mucho el champán, pero sabía lo que quería decir y lo que quería que quedase claro.
Habíamos estado hablando de Elena y de sus rollitos durante buena parte de la velada. Sus peripecias con los tíos daban para una novela y ella no sentía ningún recato a la hora de contarlos con mucha gracia.
La vida de Tony y de Maite parecía haber comenzado el mismo día que se conocieron porque todas sus experiencias parecían haberlas vivido juntos.
Maite confesó no haber conocido a más hombres que a Tony. Resultaba perfectamente creíble. No solo porque con uno así no se necesitaba nada más, sino porque se hicieron novios a los quince años y desde entonces siempre habían estado juntos. Según ella lo que la había enamorado definitivamente fue una poesía que él había escrito para ella a los pocos meses de conocerla.
Aunque las tres le pedimos a Tony que nos la recitase, no hubo manera. Insistía en que los poemas no están escritos para ser recitados por rapsodas que declamen versos

interpretando a sus autores. Están escritos para ser pronunciados en voz baja, al oído de la persona amada, mientras sus cuerpos se funden en un solo espíritu que vuela por el universo de los deseos y de los sentimientos en busca de su destino.
– ¡Jo...der! ¿De verdad decía esas cosas?
– Y cuando me las decía al oído, mi cuerpo no es que se fundiera con el suyo. Simplemente se derretía en sus brazos y yo era incapaz de controlarlo.
Pero aquella noche me quedé con las ganas. Tocaba el turno de hablar de mí y era un poco traumatizante. Para justificar un poco lo que iba de decir, serví champán en todas las copas y pedí que brindaran conmigo. Para el brindis escogí una frase tan sencilla como elocuente. "Por vosotros", dije. Por los tres. Porque si me habéis dejado para el final es porque sabéis que no tengo nada que contar.
Por lo menos nada que sea divertido o merezca la pena contar. Es más, lo único que merecería la pena contar y además me gustaría hacerlo creo que sería inapropiado, entupido, egoísta e innoble. De modo que no voy a hacerlo. Se hizo un silencio tenso al tiempo que mis ojos se humedecían y dos lagrimones cayeron sobre el mantel. Me levanté de la silla con la elegancia que correspondía a la situación y me fui al baño.
Apenas unos segundos después apareció Maite con su sempiterna sonrisa maternal. Me abrazó con una ternura indescriptible y esperó a que se me pasara la congoja. Por suerte el lujoso baño estaba desierto, pero me hubiera dado igual. Estaba decidida a desahogarme y esperaba que aquello no fuera el final de mis sueños.
– Te quiero mucho Maite –le dije en cuanto conseguí contener el hipo.
– Ya. Lo sé –contestó ella con guasona delicadeza–. Pero no creo que estas lágrimas sean porque piensas pedirme en matrimonio.
– Aunque fuera lesbiana tendría el mismo problema –aseguró Nuria agachando la cabeza.
– ¡A ver! ¿Cuál es ese gran problema? –pregunto benevolentemente.
– Pues que yo no soy como Elena ni como tú. Ella cuando apruebe la oposición tendrá todo lo que pretende en esta vida. Siempre ha hecho lo que le ha apetecido y le ha salido bien. Ya la has oído. Dejó de ser virgen a los quince años y ni siquiera recuerda el nombre del chico.
– ¡Bueno! Tampoco veo yo un gran problema en eso.
– Ya. Pero es que yo si que soy virgen y me veo con treinta años igual.
– Tú eres mucho más guapa, más cariñosa y más inteligente que Elena. Verás como el día menos pensado encuentras a un chico del que te enamorarás locamente y sabrá corresponderte como te mereces.
– No me entiendes. Es que yo ya estoy locamente enamorada.
– ¡¡Vaya!! Que callado te lo tenías. ¿Y qué pasa, que él no te quiere?
– No lo sé. Nunca se lo he preguntado.
– Pero esas cosas se notan. A veces no hace falta hablar. El amor es química y si él no es tonto, lo habrá notado.
– No es tonto, ¡qué va! Es maravilloso. Bueno quiero decir que es cojonudo.
– Entonces tendrá chicas a porrillo y por eso no te hace caso. ¿No es eso?
– ¡Tampoco! El problema es que está casado.
– Pues eso si que es un problema –dijo Maite asintiendo varias veces con la cabeza–. ¿Hay alguna posibilidad de que se divorcie?
– No –Nuria la miró a los ojos al tiempo que esbozaba una tímida sonrisa–. Seguro que no. Antes de eso yo me cortaría las venas.
– Si que parece seria la cosa. ¿No se te ocurre nada que puedas hacer?
– Si. Claro que se me ocurre. ¡Joderme! eso es lo que voy a hacer. ¡Voy a joderme yo sola para ser una jodida virgen toda mi vida!

En esos momentos una de las clientas del restaurante abrió la puerta del baño y al escuchar el tono de la conversación cerró de inmediato en se metió en el baño de hombres. Fueron unos pocos segundos de interrupción pero suficientes para rebajar la tensión de Nuria, que continuó lamentándose en un tono más bajo.
– No puedo hacer nada porque no quiero ni siquiera planteármelo. Arrastraré mi desdicha por el periplo de mi vida –sobreactuaba ostensiblemente–. Y al final del camino quizá encontraré una piel de veinte años donde olvidar los desengaños…
– …de diez lustros, Tío Alberto –interrumpió Maite–. Eso es de una canción de Serrat.
– Ya. Pero ¿a que queda bien? Además relaja. ¿Ves? Ya me encuentro mejor. Gracias por escucharme. No sabes bien la suerte que tienes.
– Si que lo sé. Pero no creo que sea solo cuestión de suerte. El amor es sobre todo generosidad. Si tú estuvieras realmente dispuesta a cortarte las venas antes de hacerle daño, significaría que tu amor es lo suficientemente cautivador como para luchar por él.
– ¡Ves como no lo entiendes! Te estoy diciendo que me cortaría las venas antes de hacer daño a nadie de su familia. Ni a sus adorables hijos, ni a su admirable y fascinante esposa.
– ¿Eso significa que no vas a decírselo?
– ¡¿Pero decirle qué?!
– ¡Pues eso, que estás enamorada!
– ¡¡Maite, por favor!! No me lo pongas más difícil… te estoy diciendo que estoy enamorada hasta los tuétanos del marido de la mujer que más quiero en este mundo. Más que a mi madre. O por lo menos de forma diferente que a mi madre –Nuria cogió de las manos a su amiga y mirándola fijamente a los ojos continuó–. Que por nada del mundo le haría ni permitiría que nadie le hiciera daño, porque la quiero con toda mi alma.
– Yo en tu caso, primero se lo diría a él –Maite quitó un poco de hierro a la escena–. El amor es cosa de dos…, por lo menos. Y si él no te quiere se acaban los problemas. Tendrás una gran desilusión y quizá una depresión, pero se te pasará. En el caso de que él te corresponda, ya te planteas cómo hacerlo. Si lo lleváis bien en secreto, lo mismo no se entera. Ya sabes, ojos que no ven…
– Eso sería traicionarla a ella.
– ¡Bueno!, pues entonces prueba a ser sincera. Si es tan maravillosa como dices, lo mismo te llevas una sorpresa.
– A lo mejor no es tan maravillosa como pienso. Lo mismo es que está como una puta cabra y va a volverme loca a mí también.
– A lo mejor es que ella también te quiere con toda su alma.
Nuria la abrazó para que no se escapara, y mientras por sus mejillas corrían chispeantes lagrimas de alegría, no paraba de besar cada centímetro de la cara de Maite.
En esas se encontraban cuando de nuevo se abrió la puerta del baño y otra señora entró murmurando entre dientes al contemplar la escena. Maite sacó de su bolso un paquete de pañuelos de papel y después de secar las lágrimas de Nuria la ayudo a retocar el maquillaje.
Cuando se sentaron de nuevo a la mesa, pudieron comprobar como los camareros y algunos comensales les miraban disimuladamente tratando de averiguar los posibles conflictos y esperando morbosamente el desenlace final. Terminados los postres, Maite pidió dos gin tonic para continuar la velada.
– ¿Te vas a beber dos gin tonic? –preguntó Tony sorprendido.
– No. Uno solo. El otro es para Elena.
– ¿Y nosotros qué… es que no somos de Dios? Si es porque hay que llevar el coche, lo llevará uno solo. ¿O es que quieres que conduzca Nuria y yo vigile?
– Elena y yo nos vamos a quedar en el salón disfrutando de nuestras copas mientras tú y Nuria salís a la pista a bailar. Tiene un proyecto muy interesante que contarte y os llevará

un buen rato. A mí ya me lo ha contado en el baño y la verdad es que no me apetece oírlo otra vez.

Mientras bailaban eran observados por Maite y Elena que se habían recostado, una al lado de la otra, en uno de los butacones de la sala. No sorprendía a ninguna de las dos aquella escena. Quizá la más sorprendida era Elena ante la reacción de Maite. Pero no ante lo que estaba pasando en la pista de baile.
– ¿Hacen buena pareja, verdad?
– Voy a tomarme otro gin–tonic –dijo Elena a modo de contestación–. Esto es demasiado fuerte incluso para mí.
– Tampoco para mí es fácil. ¿Tú que harías en mi caso?
– Matarla, supongo.
– ¡Ya! ¿Y aparte de eso, que otra cosa se te ocurre?
– No sé. Yo creo que esto es una cabronada por parte de Nuria. Se le llena la boca de decirme que os quiere más que a su familia y después te pega la puñalada… ¡Bueno! No sé si la puñalada te la ha dado ella o te la has dado tú sola.
– No sé si será el vino de la cena o el gin–tonic, pero tengo la impresión de encontrarme en una nube de algodón viajando entre los colores del arco iris. Te aseguro que en estos momentos entre ellos dos solo hay un universo de sensaciones indescriptibles que se desparraman en todas direcciones, para recordarnos a unas y enseñaros a otras, que se justifica toda una vida por un momento como este.
– Lamento no compartir tu opinión. Yo solo veo unos más que probables cuernos en toda regla… peor. Para mí eso ya son cuernos.
– ¿Un poquito de envidia quizá…? No hace falta que contestes. Yo si tengo un poco. Me gustaría ser ella en estos momentos. Y a ti seguro que también. Y a esa señora y a aquella otra. Y a cualquier mujer que los pudiera estar viendo en estos momentos.
Yo ya he vivido eso y te aseguro que es maravilloso. El simple hecho de revivirlo en ellos me llena de felicidad. En esta vida, como mucho tememos dos o tres momentos como este… eso los que tenemos la suerte de vivir alguno.
– Discrepo totalmente –el tono de voz de Elena empezaba a notar los efectos del vino, el champan y los gin–tonic que se había metido entre pecho y espalda–. Es más, creo que me voy a levantar y a darle dos hostias a esta hija de puta.
– ¡Venga…, cálmate! ¿Adónde vas a ir tú con la que llevas encima? –Maite la sujetó para que no se incorporase.
– ¿Pero no ves que te quiere levantar el marido delante de tus narices?
– ¡No lo estropees, por favor! Ven, vamos a la calle a que te de un poco el aire.

Quince minutos más tarde, cuando Tony y Nuria terminaron el baile encontraron a Maite y a Elena dentro de la piscina cantando en francés, una canción de Edit Piaf que Maite le estaba enseñando.

Afortunadamente no había nadie en la calle a aquellas horas de la noche. Tony abrió las puertas del garaje y después de meter el coche las cerró rápidamente. Hubiera sido muy difícil explicar los motivos por los que, tanto su mujer como Elena, salían del coche completamente desnudas.
A finales de verano refresca mucho por las noches y Nuria había decidido que estarían mejor desnudas que con la ropa completamente empapada. Los efectos del alcohol habían pasado y ahora estaban deseando darse una buena ducha de agua caliente.

La casa de Tony solo tenía un baño. Se trataba de una casa construida sesenta años atrás y que en su tiempo resultaba un autentico lujo disponer incluso de bañera. Se había sacrificado una habitación de tamaño normal para tal fin y con el tiempo y las reformas, se había conseguido un esplendido cuarto, donde la bañera de hidromasaje bailaba por todas partes.
Nuria metió allí a las dos bañistas y se cuidó de que el agua estuviera a la temperatura adecuada. Se mantuvo con ellas hasta que el agua las cubrió lo suficiente como para que dejaran de tiritar y después salió para pedirle a Tony ropa para las dos.
A pesar de encontrarse solos en la habitación del matrimonio eligiendo la ropa, ni Tony ni Nuria mostraron el uno hacia el otro ningún gesto que hiciera referencia a su situación actual. Se portaban con la misma normalidad que lo hubieran hecho la semana anterior, mientras decidían que no escogerían ningún sujetador. Unas braguitas y un pijama para cada una y a dormir con los angelitos.
Casi tuvo que despertarlas para que salieran de la bañera. El hidromasaje había surtido efecto y tuvo que recordarles la hora que era para conseguir que abandonaran el agua. Elena tenía el pelo corto por lo que terminó de secárselo enseguida y salió caminando descalza en busca de la confortable alfombra del salón. Tony había dejado sobre la mesa un mantelito con una caja de bombones y se encontraba en la cocina preparando unas infusiones.
Maite podía ver reflejada en el espejo la cara de felicidad de su improvisada peluquera. La acicalaba como si se lo estuviera haciendo a su muñeca preferida. Quería que ella también se mostrase esplendorosa cuando se fuese a la cama con su marido. Estaba feliz y no paraba de hablar de cosas intrascendentes.
Cuando consideró que el pelo estaba suficientemente seco, apagó el secador e hizo girar el cuerpo de Maite para colocarla frente a ella y comprobar si necesitaba algún retoque. Le dio un poco de volumen al pelo con los dedos y colocó un gracioso mechón sobre la frente a modo de flequillo. Cuando por fin las miradas de las dos coincidieron, la pregunta de Maite resultaba irrelevante y la respuesta todavía más. Pero aun así se la hizo.
– ¿Se lo preguntaste?
– Si. Se lo pregunté. Tardé un buen rato en hacerlo, pero después de un agobiante circunloquio, se lo solté como pude.
– ¿Y él que dijo?
– Primero me dio un beso. Apenas si nuestros labios re rozaron, pero para mí eso era un sí en toda regla. Después estuvo hablando durante mucho rato sin que yo me atreviera a interrumpirlo. Te confieso que cuando empezó a hablarme de ti, yo me sentía como un gusano. Pero como un gusano de pequeña e insignificante. Al principio pensé que eran reproches, pero poco a poco me fui dando cuenta de que todo aquello no era improvisado. Que él sabía desde hacía mucho tiempo que ese momento llegaría y estaba preparado. Después de dejar bien claro y con suficientes ejemplos, que su vida era la de vosotros dos, sin que existiera ninguna posibilidad de individualizarlas, me aseguró que íbamos a llorar mucho los tres. Que tú y él asumíais las consecuencias pero que yo al final me quedaría sola por ley de vida.
– ¿Te lo puso así de negro? ¡Que cabrón! Eso lo ha hecho porque está asustado. Para él tampoco es fácil. Pero bueno lo importante es que te quiere. Mejor dicho; lo importante es que reconoce que está enamorado de ti.
– Qué bonito suena eso, ¿verdad…? ¿Tú no estás celosa?
– La verdad es que no. Los celos suelen ser consecuencia de la sospecha o el miedo a perder algo que consideras tuyo. Yo no sospecho de vuestro amor. Yo tengo esa certeza, seguramente desde antes que vosotros. Quizá podía haber evitado llegar a esta situación, pero no he querido hacerlo. Es verdad lo que te ha dicho de que pasaremos momentos

malos, pero lo que no te ha dicho es que los momentos buenos serán tantos y tan intensos que los recordaremos toda nuestra vida.
Si cada vez que evoques momentos como este, no puedas evitar esbozar una sonrisa, significará que todas las lagrimas que echamos no hicieron otra cosa que regar las raíces de nuestros sentimientos más profundos.
– ¡Joder, Maite! Yo es que no sé que decir… –de nuevo se puso a darle besos–. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!
– ¡Ya lo pillo, ya! No seas pesada. ¡Para de una vez, que es importante…! –ahora era Maite quien la sujetaba por los brazos mientras la miraba fijamente–. A Ver… ¿quieres acostarte con Tony esta noche?
– ¡No, no, no, no, no, no! –contestó de inmediato, aterrorizada ante la idea–. ¡Joder, joder! ¡Esto es la hostia…! No estoy preparada… ¡que no, que no! Ni se te ocurra planteárselo a él.
– Pero…
– ¡Por favor, por favor! No de digas nada –suplicaba Nuria–. No quiero que piense que soy una tía rara. Además está Elena… no sé. Es que estoy muy nerviosa. Por esta noche ya han sido sufrientes emociones. Deja que me tome un tiempo para digerirlas. Además, vas a tener que hablarme de cosas muy intimas. Lo que no quiero de ninguna manera es hacer el ridículo.
– Por eso no te preocupes. Puedes hacer el ridículo si vas a una oposición sin conocer el temario. Pero al igual que Elena piensa que el sexo es una nimiedad, creo que tú lo has mitificado. Con que seas tú misma será suficiente, te lo aseguro.
– De todas formas, prométeme que hablaremos de ello.
– ¡Venga, vale! Te lo prometo –concluyó Maite empujando suavemente a Nuria para que saliera del cuarto.

En la cocina se encontraban Tony y Elena que se habían cansado de esperar y se encontraban tomándose una manzanilla y charlando de poesía. Mejor dicho, de poetas. Tony explicaba las biografías de algunos de los poetas más significativos, a su modo de entender, y las acompañaba con algunos de sus versos más conocidos.
De nuevo como con la Historia, nadie le había contado así las cosas a Elena. Se encontraba realmente fascinada al comprender los sentimientos que se ocultaban detrás de aquellos versos, de los que hasta aquel momento solo había entendido la rima.
Si sorprendida se encontraba Elena por el interés que habían despertado en ella aquellos versos, mucho más sorprendidas estaban las otras dos al comprobar el inexplicable giro hacia el romanticismo, adoptado por su amiga.

21

Nuria se había quedado en silencio. Parecía hipnotizada por los recuerdos que acababa de evocar y que efectivamente dibujaban una sonrisa en sus perfilados labios. Ángel trató de llamar su atención moviendo una mano delante de los ojos de ella y al ver que continuaba sin racionar decidió intentar aprovechar la coyuntura.
– ¡Hola… hola! ¿Estás ahí…? Pareces la bella durmiente… lo mismo un beso de un apuesto galán te devuelve a la realidad –Ángel hizo el gesto de intentar besarla desde el otro lado de la mesa y cuando estaba punto de conseguirlo, ella, sin mover un solo músculo de la cara, lo evitó con un cariñoso cachete.
– No seas desconsiderado… no está bien tratar de aprovecharse de una chica a traición. Si quieres algo lo pides. A propósito, pide la cuenta mientras voy al baño –dijo levantándose de la silla.
– ¡Pero es que no me lo vas a dar!... para qué voy a pedírtelo si sé lo que vas a decir. ¡Que te vas sin contarme el final!

La tarde de compras estuvo plagada de divertidas anécdotas. En una tienda se hicieron pasar por madre e hijo, siendo el hijo el que decidía sobre lo que debía ponerse su madre. Las dependientas alucinaban no solo con la soltura que el chico escogía el modelo de sujetador y lo comparaba con otros que tenía su "madre", sino también con la naturalidad con que la señora trataba el tema delante de su "hijo" Tampoco resultaba muy normal que fuera el chico el que dispusiera del dinero de su tarjeta de forma tan rumbosa, pero…
Lo mejor sin duda alguna llegó cuando a última hora y cargados de bolsas se quedaron frente a un escaparate en el que, a pesar de ocupar toda la fachada de la tienda, solo había un maniquí con un vestido.
– ¿Bonito, eh? –preguntó retóricamente Ángel al ver la expresión de Nuria.
– Precioso diría yo. Es sencillo, elegante y divertido. Y como ves, no hace falta poner nada más en el escaparate. Con todos los números que tiene el precio, se llena completamente.
– ¿Entramos? –preguntó Ángel con gesto travieso.
– Si. En plan *Pretty Woman*, ¡no te jode!, ¡déjalo! No es de mi talla.
– ¡Ni más narices! Te viene como anillo al dedo. *Pretty Woman.* Es para una Mujer Bonita, y… mírate aquí en el cristal. ¿Quién es la más bonita?
– ¡Déjate de tonterías! Hay que estar loca para pagar esa pasta por un vestido. Eso suponiendo que tengas la pasta. ¡Vámonos antes de que salga el segurata y nos fiche!
Echaron a andar, y a los pocos pasos, Ángel llamó al timbre de la puerta de la elegante tienda y al instante le abrieron. Con la puerta entornada unos centímetros, Ángel llamó la atención de Nuria que ya se había adelantado algunos metros y que se resistía a acceder a la petición del chico.
– Si no vienes, entro yo solo y lo compro.
– ¡Pero tú te has vuelto gilipollas de repente! Aunque lo compres no me lo voy a poner.
– Vale. Pues me lo pondré yo.

Ángel la dejó en la calle, cargada de bolsas y él entró en el comercio. Dentro le esperaban dos señoras de unos cincuenta años, que lo saludaron con una amable sonrisa. Ángel

respondió al saludo y a continuación, buscando un poco de complicidad con las dependientas les preguntó:
– ¿Ustedes creen que el vestido que tienen en el escaparate le sentaría bien a la joven que viene conmigo?
– A la joven que se resiste a entrar, le sentaría como a una diosa. Pero aun así debería probárselo antes de llevárselo.
– Ya. Eso le he dicho yo. Pero ella insiste en que no es de su talla.
– La talla es perfecta. Podría ocurrir que el sastre se hubiera equivocado en alguna medida. Pero para eso estamos nosotras, para solucionar esa posibilidad. ¿Quiere que sea yo quien invite a la señorita a entrar?
La señora no espero la contestación y salio a acompañar a Nuria en la contemplación del escaparate. Mientras, la otra dependienta mostraba orgullosa la confección de aquella prenda y comentaba:
– Cuando un hombre regala un vestido como este a una mujer, espera que ella se lo ponga para lucir lo mejor de sus encantos. Pero si a mí me hiciesen semejante regalo, lo que de verdad desearía seria que me lo quitase con sus propias manos. Y no digo con los dientes porque usted es muy joven y no quiero escandalizarlo… ¿Supongo que ha visto el precio?
– ¿Y usted la ha visto a ella? –dijo Ángel mientras Nuria y la otra dependienta se acercaba a la puerta.
Después de los saludos, Nuria pidió a las dependientas que les dejaran solos un momento. Con absoluta discreción las dos señoras desaparecieron detrás de unos cortinones que separaban la tienda de otra sala bastante grande que se usaba como probador.
– No voy a permitir que te gastes la mitad de lo que has ganado en la vendimia, en un vestido, por muy bonito que sea.
– Dice la señora que cuando se regala un vestido de estos, lo que en realidad se pretende no es vestir a la mujer sino desnudarla.
– ¡Ah! ¿Es eso lo que piensas…? ¿Estás dispuesto a comprar el vestido para ver si me lo dejo quitar?
– No exactamente. Lo voy a comprar porque te quiero y porque me gusta verte contenta.
– ¿Qué es eso de que me quieres? –le reprochó mientras le soltaba una colleja–. ¡Mira…, no me hagas enfadar!
– Enfadada me gustas más… ¿Aceptarías el regalo como compensación por lo de las cámaras?
– ¿Qué cámaras?
– Las de vigilancia… las grabaciones que te he hecho en tu casa.
– Eso me la trae floja.
– Pues lo mismo es verdad que me estoy volviendo gilipollas. No te importa que te espíe cuando te desnudas y te preocupa que quiera desnudarte yo… además no es cierto. Lo que me gustaría es hacerte el amor con el vestido puesto, dentro del probador y con las señoras esperando fuera para preguntarnos que qué tal.
– Lo que quiero que entiendas es que es un regalo demasiado caro. Me sentiría muy mal sabiendo que representa el trabajo de seis semanas de duro trabajo.
– Vamos a ver, ¡atontada! Yo hubiera pagado por compartir la vendimia contigo. Es culpa mía por no habértelo dicho antes, pero no quería ir de chulito. Tengo una bodega propia heredada de mis abuelos, en la que al menos habrá un centenar de botellas cuyo precio en el mercado supera al de este vestido.
– ¿Quieres decir que una sola botella de vino vale…?
– Digo que con dos cajas podríamos llevarnos toda la tienda.
– ¡Eres un cabrón!

– Lo de desnudarte, ya lo hablamos más adelante. Pero un beso… ¿Ni siquiera me vas a dar un beso?
– ¿Qué saldo te queda en la tarjeta?
– No lo sé… suficiente.
– ¿Suficiente para qué, para llevarnos toda la tienda?
– No creo. Pero si quieres jugamos al precio justo. Si eres capaz de acercarte al límite con una diferencia menor de trescientos euros, te llevas todo lo que hayas comprado. Y si pierdes hacemos el amor en el probador.
– ¡¡Eres incorregible!! ¡Venga, vamos a por ese vestido!
En el amplio probador había unas cómodas butacas junto a una mesa en la que las señoras habían preparado un té al más puro estilo inglés. Invitaron a Ángel a ponerse cómodo y comenzaron las pruebas con un ritual absolutamente sensual.
Para empezar todo el proceso se realizaba delante de él. Los diferentes vestidos se probaban con diferentes conjuntos de ropa interior, por lo que había momentos en que Nuria solo llevaba el minúsculo tanga desechable que se había puesto cuando se quitó toda su ropa, en un pequeño probador. Ángel estaba en la gloria, y Nuria como dentro de un cuento de príncipes y princesas. Las dos señoras disfrutaban con su trabajo, cuidando y mimando cada uno de los detalles sin preocuparse del reloj.
Al final tuvo que ser Ángel el que decidiera. A Nuria le gustaban todas y cada una de las prendas que se probaba. La mayoría le sentaban como un guante y las que no, las delicadas manos de aquellas señoras se encargaban de adaptar al instante. Dos conjuntos de ropa interior. Uno blanco muy adornado y otro negro sencillo. Un conjunto de noche completo de color rojo. Un pantalón de sport a juego con una camisa sin mangas; dos pares de medias y por supuesto el vestido del escaparate.

– Yo creo que las tías estas me han calado –dijo Ángel nada más salir de la tienda.
– ¿Qué quieres decir…? A mí me han parecido que el trato ha sido exquisito.
– ¿Tú crees que esa forma de probar la ropa es normal?
– Te confieso que al principio, cuando me han dejado en pelotas delante de ti, me he quedado de piedra. No sé si lo harán habitualmente, pero desde luego la primera vez no era.
– Al despedirnos la tía me ha soltado: “Esperamos tener el placer de volver a ver su virginal cara muy pronto de nuevo, don Ángel”
– ¿Crees que lo decía con segundas?
– Lo que creo es que necesito dejar de serlo… a propósito tienes que terminar de contarme tu primer polvo.
– ¡Qué fino eres a veces!
– ¡Perdona! Tienes razón, en algunas ocasiones parezco una acémila. Si hasta a mí me ha sonado mal al decirlo. ¡Lo siento! Aunque la verdad es que mi vocabulario sexual es tan limitado como mi experiencia. ¿Te parece bien que te pregunte por tu primera vez?
– ¡¡No!!
– ¿Y si es para pedirte consejo sexual?
– ¿De verdad quieres que te de un consejo sexual…? ¿Y si te lo doy, lo vas a seguir?
– Depende. Si me viene bien lo sigo. Pero si me viene mal, no voy a ser tan tonto. Los consejos son para eso ¿no?
– ¡Vale! Pues te voy a dar tres: mucho deporte, para quemar energías. Duchas de agua fría para los calentones y sobre todo nada de espiar a tus vecinas. Ya verás como así se te baja la libido.
– ¡Pues vaya mierda de consejos!

Llegaron al aparcamiento y cargaron en el coche todas las bolsas que llevaban. Como no habían sacado el ticket, Ángel cerró el coche para dirigirse a la taquilla. Dio un portazo lo suficientemente fuerte como para que Nuria le preguntara:
– ¿Estás enfadado?
– No. Simplemente me lamento de no tener los amigos que han tenido otras –se notaba un cierto grado de acidez en la contestación.
Nuria lo cogió por el hombro mientras caminaban por el subterráneo.
– Prometo que te lo contaré, pero otro día. Hoy no quiero recordar viejos tiempos. Me apetece más pensar en ponerme la ropa que me ha regalado mi amante –lo decía con sorna y él lo sabía por lo que le siguió el juego.
– Te he hecho un reportaje fotográfico espectacular mientas te probabas.
– ¡¿Me has hecho fotos en la tienda?!
– Más de cien. Las pienso imprimir en tamaño A3 y pegarlas en las paredes de mi habitación.
– ¿He salido favorecida?
– No las he visto, pero estabas muy graciosa subida en el pedestal mostrando alegremente tus tetillas.
– ¡¿Cómo tetillas?! –se molestó Nuria intentando darle una colleja que él esquivó con habilidad.
– ¡¿Qué pasa?! ¿Tampoco puedo decir tetas…? ¿Quieres que diga "pechitos"?
– ¡No las tengo pequeñas!
La taquilla estaba cerrada por lo que tuvieron que guardar cola en la máquina para sacar el ticket. Delante de ellos había siete u ocho personas por lo que esperaron un buen rato a que les llegase turno. Todo ese tiempo que estuvieron haciendo cola, a Ángel le parecieron apenas unos segundos. Desde el momento que se colocaron en la fila, Nuria se había puesto detrás de él y lo mantenía abrazado por encima de la cintura apretándolo contra su cuerpo. Ángel tenía sus manos sobre las de ella y cruzaba los dedos para que aquella maldita máquina expendedora se atascase durante horas.

De vuelta al coche iban en silencio agarrados de la mano, hasta que Ángel se paró y colocándose delante de ella le dijo:
– ¡Vamos a ver! Antes de que me vuelvas loco. ¿Cómo es posible que no te importe abrazarme en público como lo acabas de hacer? ¿Cómo se explica que te desnudes en el probador de una tienda, conmigo y las dependientas delante, sin siquiera sonrojarte…? ¿Cómo consientes que te vigile en tu casa y en tu cama sin cortarte un ápice…? Y sin embargo te niegues a darme un beso. ¡Un miserable beso! ¡No lo entiendo! ¿Qué pasa, que te repugno…? ¿Que me huele el aliento…?
Estaban pasando entre dos coches para acceder a suyo y en el sitio más estrecho se paró Nuria y esperó a que él se colocase a su altura.
– ¿Por qué te empeñas en pedirme algo que sabes que no te puedo dar?
– Si que puedes. Lo que pasa es que no quieres. No te estoy pidiendo un hijo. Quiero un beso, un humilde beso.
– Y yo no quiero hacerte daño.
– ¡Perfecto! Lo hacemos así… despacito… –Ángel acerco sus labios a los de Nuria e inesperadamente ella no movió un solo músculo de su cara. Realmente sorprendido apenas pudo mantener un par de segundos aquella situación. Se separó de ella tan lentamente como se había acercado y se quedó mirándola a los ojos sin decir nada.
– ¿Te ha gustado? –preguntó Nuria en tono melancólico.
– ¡Mucho! Es el mejor manjar que he probado en mi vida… ¿puedo repetir?

No hubo contestación. Nuria lo apretó contra el coche que tenia a su espalda y sujetándole la cabeza con sus manos, buscó con su boca los entreabiertos labios de Ángel que, quizá por la sorpresa no podía cerrar.
Muy despacio. Suavemente; la lengua de Nuria, tan juguetona como ella, recorrió cada uno de los rincones de la boca de Ángel buscando la de él, que se escondía recelosa a las caricias de la mujer. Las sensaciones se acumulaban en la piel, mientras su sangre mantenía las venas a punto de estallar al ritmo de unos latidos que retumbaban haciendo vibrar todo su cuerpo al mismo tiempo.
Los ojos de ambos, cerrados para aislarse del resto del mundo, percibían la mirada del otro en lo más profundo de sus sentimientos. Las manos de Ángel, ligeramente apoyadas sobre las caderas de ella, permanecían inmóviles sin poder obedecer las órdenes de su dueño. Tenía la impresión de que se encontraba totalmente a merced de aquellos labios abrasadores y aquella lengua dulce como la miel y escurridiza como sus propios pensamientos.
No existía nada alrededor de aquellos cuerpos que se fundían en un abrazo y que por momentos parecía que el resto del mundo giraba alrededor de ellos.
– ¿Significa esto lo que yo creo que significa? –preguntó Ángel mientras ella alternaba sus cariñosas miradas con esporádicos y cortos besos que interrumpían las preguntas de Ángel.
– No. Desgraciadamente no. Te quiero demasiado como para enamorarme de ti… ¡Por favor! No me lo pongas difícil. Si me dejase llevar por mi corazón nos haríamos mucho daño los dos. Sin duda eres lo mejor que puede soñar una mujer. Generoso; valiente, ¡muy valiente! Divertido. Un poco cabrón… inteligente; culto; soñador… rico… y seguramente hacer el amor contigo sea como estar en el paraíso. Pero sobre todo eres compresivo. Por eso te pido… te suplico que no me pidas más de lo que puedo darte. Por lo menos por ahora. Mi vida se complica cada vez con más frecuencia y no me siento capaz de ningún compromiso. Deja que pase el tiempo suficiente, y mientras tanto permíteme estar a tu lado como hasta ahora.
– Yo si que estoy en la gloria en estos momentos –Ángel tenía los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta–. Te agradezco que entre mis atributos nos hayas hecho alusión a la lascivia.
– Porque estaría mintiendo. Una cosa es tener la testosterona alterada y otra ser un vicioso… muy normal tampoco eres, todo hay que decirlo.
– ¿Y ahora qué?
– Si lo que preguntas es que si nuestra relación se va a ver alterada por lo que ha sucedido durante este maravilloso día, la respuesta es: nada. Continuaremos tratándonos de la misma forma y haciendo las mismas cosas que hacíamos antes. La gente no nos perdonaría, sobre todo a mí, que iniciásemos una relación sentimental. Me tratarían como a una buscona. Tus padres me odiarían y seguramente tendría que irme del pueblo. Aparte de que lo último que pretendo es hacerles daño a ellos. Tu madre parece la Madre Teresa y tu padre… tu padre me recuerda mucho a ti.
– A él también le caes muy bien.
– ¿En serio… por qué lo dices?
– ¡Cacho pendón! –a pesar del insulto, ella sabía que aquello era un halago–. Cuando estás en el escenario con él, si apagase las luces, las chispitas de tus ojos iluminarían la sala como si fuera de día.
Caminaron hasta el coche abrazados de nuevo y aprovecharon los escasos metros para darse los últimos besos.

El camino de vuelta a casa se hizo mucho más corto de lo que les hubiera gustado. A pesar de una espectacular tormenta que provocó que Nuria condujese aún más despacio que a la ida. La conversación giró en torno a las labores de las tierras después de la cosecha y Ángel le propuso que al día siguiente por la tarde, se acercase hasta el Silincio con su quad. Él estaría toda la semana con la retro construyendo una balsa y podía aprovechar para levantar la losa de la cripta y enseñársela a ella.
No se trataba de un trabajo urgente, por lo que Ángel mantenía su rutina de trabajar solo unas horas por la mañana. Se acababa el verano y había que aprovechar las últimas tardes de buen tiempo. Ella se ofreció para aportar la merienda y Ángel le entregó uno de los mandos a distancia para abrir la puerta del garaje donde encontraría el quad, listo para viajar.

Al día siguiente, Nuria se presentó en la finca bastante antes de la hora. Por inercia se había levantado muy temprano y le había dado tiempo a todo. A recoger la casa, cocinar y estudiar unas horas. Los estudios le habían servido siempre para relajarse. Se concentraba en ellos con mucha facilidad y a menudo le hacían olvidar otros problemas.

Dejó el quad a la sombra en la entrada de la finca y caminó cuesta arriba hasta que pudo dominar la zona en la que Ángel se encontraba trabajando. Resultaba curioso observar aquella máquina de más de ocho toneladas moverse con la gracilidad de una bailarina.
A los pocos minutos de haberse sentado sobre una de las retorcidas raíces que serpenteaban alrededor de una vetusta higuera, apareció sin que ella supiera de dónde, su simpático admirador, Joaquín. Los dos efusivos besos con los que le saludó Nuria, ratificaban un estado de felicidad que no había pasado desapercibido a los ojos del hombre.
– ¡Has venido temprano! Le faltará media hora aún.
– Nunca le había visto manejar la máquina. ¿Lo hace muy bien, verdad?
– Es muy rápido, pero demasiado atrevido para el gusto de su padre. Por eso lo tiene un poco coercido. Las cosas complicadas prefiere hacerlas Nemesio. Pero esto le viene bien al chico. Así practica… me ha dicho que vais a entrar en la cripta…
– Así es. Parece ser que la losa que cubre la entrada es muy pesada y para moverla es necesaria la máquina.
– Andará por los mil y pico kilos, pero al estar inclinada el apoyo es malo.
– ¿Usted ha estado dentro?
– Si. Es que la hemos abierto esta mañana. Pero no hay nada que ver. Es una cosa rara. En realidad toda la finca es rara. Te darías cuenta cuando estuvisteis haciendo las fotos, de que hay cosas que no son normales. En otra ocasión que vayáis a hacer fotos, iré con vosotros. Hay algunas cosillas que sueltas pueden pasar desapercibidas, pero que lo mismo en conjunto se le pueda encontrar el meollo.
– Me encantaría. Ya tenemos una teoría en ciernes. En cuanto tengamos algo más fundado, no se preocupe que le informaremos. Por lo que yo sé, usted es casi el padre del misterio. Se ve que se conoce muy bien la zona.
– ¡Cada piedra y cada ladrillo de la comarca! En otra época, a uno le iba la vida en ello. En los años cincuenta las cosas andaban muy revueltas. Al terminar la guerra, mucha gente se había echado al monte para evitar que los fusilaran y era duro sobrevivir. Había mucho miedo por todos los sitios, pero lo peor de todo fue el veneno.
– Eso todavía continúa siendo un problema. La mayoría de las intervenciones que hacemos son por culpa del veneno.

– Entonces era diferente. Los guardias eran los que envenenaban los manantiales. Para poder comerte un conejo tenías que cogerlo vivo y mantenerlo en cuarentena. Los que conseguimos sobrevivir fue por suerte más que por otra cosa. Yo no tenía problemas con la ley. Entonces hacía de sacristán, pero como no daba para vivir, como la mayoría salía al campo a cazar. Siempre estabas en tierra de nadie. Si te veían los guardias, te disparaban porque creían que eras un maquis. Y si te veían los maquis te disparaban porque cada desconocido podía ser un infiltrado. Cualquier cosa anormal era sospechosa. Por eso había que fijarse muy bien en todo y recordarlo con exactitud.
– O sea que también ha sido sacristán.
– Es otra de las cosas que se han perdido. Fui sacristán con don Prudencio. Un cura a la más vieja usanza. Ese no se andaba con bromas. Al que no iba a misa lo denunciaba a los guardias por rojo y se lo cargaban. Era malo con cojones, pero no se privaba de nada. En la iglesia todo el trabajo lo hacía yo y en su casa tenía una criada para todo. Una viuda de guerra jovencita, que él se encargaba de consolar.
– Aunque fue sacristán, me da la impresión que los curas…
– ¡Qué va! Estos dos últimos siempre se han portado como Dios manda… fue solo aquel, que salió retorcido… te voy a dejar que me ha encargado Ángel que prepare el grupo de presión; el que usamos para lavar la uva, que quiere limpiar bien la losa para ver los grabados. Ha dicho Ángel que comeríamos los tres juntos ¿No te importará?
– ¡Me parece genial! –contestó Nuria, a quién apetecía mucho continuar escuchando las historias de aquel hombre.
– Pues ahora nos vemos.
Ella continuó sentada bajo la higuera, contemplando los acompasados movimientos de la retro que como si de un gigantesco pincel se tratara, dibujaba paisajes nuevos con líneas onduladas sobre la tierra que humedecida por las tormentas recientes, emanaba aromas de experiencias atávicas. El potente motor de la retro dejó de rugir y nos segundos más tarde, Ángel saltaba de la cabina vestido con unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas.
Cuando se trabaja con máquinas de este tipo o de tractores modernos en los que las cabinas están muy bien insonorizadas, te acostumbras a explotar la vista al máximo, ya que no oyes lo que pasa fuera. Continuamente se vigila en redondo para evitar accidentes. Esa costumbre tan habitual en Ángel había hecho que se diera cuenta de la presencia de Nuria, casi en el mismo momento en que llegó. Por eso, nada más bajarse de la máquina se dirigió a su encuentro.
Aunque les hubiera gustado saludarse de una forma mucho más efusiva, los dos esperaban que fuera el otro el que pusiera freno. Al final todo quedó en un querer y no poder con resultas de dos besos en la mejilla tan cerca del centro de la boca que difícilmente podía considerarse un saludo cordial.
Descendieron caminando hasta la entrada de la finca para ir con el quad hasta el Silincio. Ángel explicaba a Nuria los planes que había hecho para la tarde y que compartirían con Joaquín durante unas horas.
Ninguno de lo dos se puso el casco. Eran unos pocos cientos de metros que recorrerían paseando tranquilamente. La velocidad era tan pequeña y la conducción tan suave que resultaba absolutamente innecesario que Nuria tuviera que sujetarse al piloto para no caerse. Sin embargo, la forma en que ella abrazaba a Ángel, apretando la espalda de él contra el pecho de ella, sugería una intención muy diferente a la de no caerse del vehículo.
Durante la comida no pararon de hablar de la vida de Joaquín y de hacerle preguntas. Era el tema de conversación menos comprometido y más ilustrativo. El hombre no tenia una teoría propia sobre los dibujos y marcas, pero estaba convencido de que el que las había hecho, trabajaba la piedra mil veces mejor que los que construyeron el convento y las iglesias de los alrededores.

Él opinaba que la cripta era también de aquella época. Sin embargo era contundente al afirmar que la losa que la tapaba no tenía nada que ver con el resto. Mientras esperaba para comer había tenido tiempo de sobra para limpiarla cuidadosamente con el potente chorro de agua micronizada. Por eso aseguraba que los irregulares trazos de las letras correspondían a la época del convento. Muchas de las piedras con inscripciones o leyendas que hubo en el convento, se conservaban hoy en día en diferentes construcciones del pueblo.

No compartía en absoluto la idea de que se tratase de parte de una pila bautismal y que el dibujo con ondas de la parte superior hiciese alusión a la concha con la que se echaba el agua bendita sobre la cabeza del bautizado. Y tenía toda la razón. El misterio lo descubrió Nuria al primer golpe de vista.

– ¡Esto es la lapida de un paracaidista! –exclamó Nuria nada más ver el dibujo grabado en la piedra.

– ¡Por supuesto! –ironizó Ángel–. Un paracaidista que hablaba latín.

Nuria miró a los dos de arriba a abajo mientras se reían a carcajadas, y con un fingido desprecio insistió.

– Este dibujo es el de un paracaidista… ¡ignorantes!– seguían riendo y imaginado a algún que otro emperador romano haciendo parapente desde un acueducto–. ¡¡Reíd, reíd!! ¡Vuestras chuflas alimentan vuestra incultura!

– ¡Te dije que no bebieras vino! Que no te sienta bien –dijo Ángel siguiendo la broma.

– ¡A ver…! –continuó ella en el mismo tono–. Que me parece que los que vais ciegos sois vosotros. Acercaos que os lo explico para que pueda entenderlo cualquier hombre.

Un sordo abucheo por parte de Ángel y después el silencio hasta que Nuria dio comienzo a su lección magistral. Podía haber dibujado sobre un papel, pero prefirió hacerlo sobre la tierra para dar más efecto a los trazos grabados. El primer esbozo representaba con bastante fidelidad el dibujo original. Nuria preguntó a ambos qué representaban para ellos cada uno de los trazos, y comprobó que los dos coincidían en los conceptos.

Según ellos, en la parte más baja del dibujo estaba representada una estrella, o el sol. Desde ahí salían los rayos de luz hacia el cielo, que estaría representado por unas ondas que semejarían las nubes.

– ¡Veamos! –dijo Nuria una vez escuchadas las teorías “oficiales”–. Si cada vértice de estas ondas lo unimos con uno de estos rayos, y estas ondas las dibujamos en tres dimensiones… ¡¿Qué tenemos?!

Efectivamente el dibujo no dejaba lugar a dudas. Según lo planteaba Nuria, aquello era perfectamente posible. Considerando las dificultades para plasmar en una piedra un objeto tan abstracto como un paracaídas, podía estar en lo cierto.

– ¿Y el paracaidista… dónde está el paracaidista? –preguntó Joaquín.

– ¡Poned algo de vuestra parte! –pidió Nuria–. Yo ya he hecho lo más difícil.

– Las primeras naves espaciales –continuó Joaquín–, cuando regresaban del espacio descendían hasta el agua del mar en paracaídas… la bola esa podría representar una nave espacial.

Si le quedaban pocas dudas a Ángel, cuando Joaquín pronunció la palabra “bola” se le disiparon todas. Acababa de encajar una pieza fundamental en todo aquel rompecabezas y no podía compartirlo con sus amigos. Era fundamental hablarlo con su padre antes de nada. Para Ángel la confidencialidad, tanto de Joaquín como de Nuria resultaban manifiestas. Pero el tema era muy delicado como para tomar decisiones de forma unilateral.

Trató de restar importancia al descubrimiento de Nuria aludiendo como siempre a la imposibilidad de la existencia de paracaidistas antes del siglo XX. De modo que hizo hincapié en la necesidad de fotografiar con precisión la leyenda de la losa.

Para poder apreciar los detalles, tanto del dibujo como de la escritura, Joaquín cogió en su mano algo de polvo de la tierra del camino y sopló suavemente sobre la piedra. El polvo se acumuló en las grietas y se hicieron visibles hasta los rasgos más pequeños de los grabados.
Ángel demostró que dominaba el manejo de aquella completísima máquina de fotos y que estaba acostumbrado a usar la función macro con asiduidad. Como siempre que podía, aprovechó la ocasión para hacerle unas cuantas fotos a Nuria, tanto al aire libre como después en el interior de la cripta. Resultaba muy agradable encontrar su imagen, siempre muy fotogénica, cuando repasaba los reportajes frente a la pantalla del ordenador.
Aunque el flash automático de la cámara saltaba cada vez que hacía una foto en el interior, en realidad se podían apreciar todos los detalles con la claridad que entraba por la puerta. Tal como había afirmado Ángel, allí no parecía haber nada interesante, excepto la propia cripta en sí misma.
– ¿Tú tampoco le encuentras sentido, verdad? –preguntó Ángel a Nuria.
– ¿Estáis seguros de que no la había abierto nadie antes que vosotros?
– Por lo menos en los últimos doscientos años, seguro que no –fue Joaquín quien contestó a la pregunta–. Te aseguro que esta piedra, a mano se quita mal. Pero volver a ponerla en una postura tan complicada, se me antoja imposible. Además, quién querría volver a tapar la cripta después de haberla abierto.
– ¿Tú crees –esta vez Nuria se dirigía a Ángel–, que todo esto podría haberse construido para guardar una piedra, que por lo que se ve no tiene ningún valor?
– Tanto como, ningún valor, tampoco es. Me he documentado un poco. Se llama Jacinto de Compostela y parece ser que los Romanos consideraban que traía buena suerte y riqueza. Además, según he leído, ejerce una acción muy relajante y sirve para el tratamiento contra el insomnio. Y lo más curioso, también se la conoce como la piedra de la reconciliación ya que evita las malas vibraciones entre los amantes.
– Es posible –intervino Joaquín–, que no tenga mucho valor material, pero podría tratarse de una reliquia. Hace muchos años, la Virgen llevaba una muy parecida.
– Eso no lo sabía yo –Ángel se interesó por lo que acababa de oír–. ¡Cuenta, cuenta!
– ¡Pues eso! Que en tiempos de don Prudencio la Virgen llevaba un colgante en la corona con una piedra muy parecida a esa. El cura pensaba que aquello deslucía la corona y un buen día me dijo que se la quitase.
– ¡¿Se la quitaste?! ¿Y qué hiciste con ella?
– Supongo que la guardaría. No me acuerdo. Fue hace muchos años.
– ¡Pero no la tirarías! ¿No?
– No creo… pero no te lo puedo asegurar… tendría que preguntarle a la mujer.
– ¡Pregúntele, por favor Joaquín! ¡Pregúntele! –Nuria se dirigía a Joaquín con las palmas de las manos juntas delante de la cara, simulando implorar una oración, mientras lo miraba fijamente a los ojos y le sonreía.
– ¡Pero cómo te va a negar nadie lo que le pidas si lo haces de esa forma! ¡Ahora mismo me voy a buscarla!
– ¡Dejaos de tonterías los dos!, que esto puede ser muy serio. Vamos a imaginar que efectivamente la Virgen tuviese una igual. La encontremos o no la encontremos, el caso es hallar la posible relación entre un colgante en la corona y otro que, como único tesoro, se guardaba en esta cripta.
– Como reliquia no es muy habitual. Normalmente las reliquias son trozos de tela de los vestidos de los santos, o incluso mechones de pelo. Pero una piedra…, la verdad es que yo nunca he oído algo así. ¡Ahora que lo pienso! Posiblemente la tenga guardada en el joyero de mi madre. La única joya que tenía mi madre era un rosario de plata y puede que esté con el rosario.

– ¡Vale! –dijo Ángel–. Si la encontramos, perfecto. Pero si no la encontramos tampoco es tan grave. Lo importante es conocer su existencia para tratar de encontrar la relación.
¡A ver! ¿Alguno aventura una hipótesis?
– ¿La teoría del paracaidista es válida? –quiso saber Nuria para tener una base.
– Si la desarrollas un poco más…
– Creo que el apunte que ha hecho Joaquín respecto a una nave espacial no es desacertado. Si tenemos en cuenta que nosotros hemos llegado a la conclusión de que aquí se instaló en tiempos remotos una antena de radio, por lo menos cien veces más grande de la mayor que exista ahora, nada tendría de raro que existieran naves espaciales.
– Eso nos llevaría –continuó Ángel–, a admitir que no somos la primera civilización inteligente que habita este planeta. Quizá hace quince, treinta o sesenta mil años, hubo gente con una tecnología superior a la nuestra.
– Gente capaz de construir antenas prácticamente eternas… –Nuria hacia deducciones rápidamente–, gente que dejó inscripciones en un lenguaje que no conocemos y que si consiguiéramos descifrar seria increíble.
– Yo, no es por desilusionaros, pero no acabo de cuadrar el asunto –intervino Joaquín–. Si damos por hecho lo de la antena, estamos asegurando lo de la civilización anterior… ¡Bueno! Yo no sé cuántos años antes viviría esa gente, pero hacían cosas muy difíciles de hacer incluso hoy en día. Eso explicaría los dibujos raros en el monte. Los cortes perfectos en las rocas y por supuesto la cripta. Pero la losa no tiene nada que ver con eso. Y respecto a las piedras de los colgantes…
– Creo que necesitamos madurar más nuestras teorías. Pero yo creo que ahora tenemos una base. Me parece que aquí no podemos hacer nada más. Le pasaré las fotos a mi madre para que nos traduzca exactamente lo que pone en la losa.
– ¿Tu madre sabe latín?
– ¡Más que el cura! –se adelantó a decir Joaquín.
– Se licenció en latín y filosofía, o algo así. Pero como se casó enseguida no le sirvió para nada… el caso es que la traducción que haga ella será absolutamente fiable. La que hizo mi padre cuando la descubrimos, puede que no fuera muy buena.

Nemesio había traducido aquellas palabras, un poco a su manera. Daba por hecho que se trataba de una oración o algo similar y no le dio mayor importancia. Nuria propuso que, ya que no iban a hacer nada más allí, fueran al río a buscar piedras de cuarzo rosa, e invitó a Joaquín a que les acompañara. A pesar de que le hubiera encantado hacerlo, Joaquín declinó la invitación con la excusa de que iría a casa a tratar de encontrar la piedra de la Virgen. Después de recoger todos los trastos, se marcharon en direcciones opuestas.

El agua del río bajaba un poco fría para Ángel y además hacía algo de viento, por lo que solo se quitaron las zapatillas que dejaron junto al quad. Caminaron orilla arriba evitando las zonas donde la profundidad pudiera obligarles a mojarse los pantalones. Joaquín les había dicho cuál sería la mejor zona donde buscar y como tenían tiempo de sobra, subieron río arriba más de un kilómetro.
No encontraron nada interesante a pesar de que Nuria recogiese media docena de piedrecillas que le parecieron curiosas. Ángel trataba de evitar hablar del asunto del paracaidista. Por eso, cada vez que Nuria sacaba el tema, él cambiaba de conversación.
Una y otra vez dirigía todo su interés a la conversación que había quedado incompleta en el Café y que a pesar de no interesarle demasiado en aquel momento, conseguía su propósito de despistar a Nuria. No quería mentirle, pero tampoco podía decirle todo lo que él sabía. Su padre había sido tajante al asegurar que el satélite de la Virgen supondría un grave problema si alguien denunciaba su existencia.

No es que Ángel pensara que Nuria iba a poner una denuncia en el cuartel, pero semejante descubrimiento en una estudiante de telecomunicaciones podría tener consecuencias indeseadas. Si fuese necesario, trataría de convencer a su padre de que no solo no existía ningún riesgo, sino que ella podría resultar muy útil en el supuesto de que se decidieran a investigar el satélite.

– ¿Me vas a contar hoy, cuándo "hiciste el amor" con Tony por primera vez? –puso mucho énfasis en lo de hacer el amor, para que no volviera a llamarlo gañán. Si conseguía que ella no se enfadase, lo mismo se lo contaba.
– ¡Pero si ya te lo he contado! ¡Anda, no seas pesado!
– No. No terminaste de contarmelo. Lo último que me dijiste fue que no te atreviste a acostarte con él.
– No fue exactamente así. Yo lo estaba deseando, pero era desconcertante. No sé, es muy difícil de explicar. ¡Déjalo! Otro día te lo cuento.
– ¿Me lo prometes?
– ¡Te lo prometo! Pero no creas que te voy a contar los detalles. Conociéndote creo que el morbo es lo único que te interesa.
– ¡Qué poco me conoces! Solo me interesa conocer la parte didáctica.
– ¡Oye…! ¿Y si nos damos un baño? –ahora era Nuria quien cambiaba de tema. Acababan de llegar a las Caldas y la visión del agua cristalina animaba a zambullirse.
– ¡¿Desnudos?! –preguntó Ángel emocionado.
– Tú puedes hacerlo como quieras. Pero yo me he traído el bikini y la toalla.
– ¡Así me gusta! Que me cuentes los planes.
– Se me ocurrió esta mañana antes de salir de casa.
– ¿Y no se te ocurrió traer un traje de baño para mí? Si me baño así, no se me secará el pantalón.
– Tú eres un tío de recursos. ¡Ingéniatelas! –Nuria se había quitado la camiseta y la había colocado en el resalte del muro del manantial. Ángel observaba cómo se quitaba los pantalones coqueteando, mientras dejaba al descubierto un gracioso bikini con vistosos dibujos.
– ¡Pues yo me voy a desnudar! –amenazó Ángel.
– ¡Avísame para mirar paro otro lado! –dijo mientras se alejaba nadando.
Nuria escuchó cómo Ángel se lanzaba al agua desde lo alto del muro en la zona de mayor profundidad. Nadó bajo el agua y emergió en el centro de la balsa, muy cerca de donde se encontraba Nuria.
– ¡No te has atrevido! ¡Eres un cobardica! –motejó Nuria.
El agua estaba tan transparente que se veía con total nitidez hasta el fondo de la balsa. El lecho de fina grava, no solo proporcionaba una agradable sensación al caminar sobre él, sino que actuaba como un filtro permanente manteniéndola limpia y cristalina. Efectivamente Ángel no se había atrevido a desnudarse. La desventaja que tienen los hombres respecto a las mujeres, es que a ellos enseguida se les nota la alegría carnal. Para más INRI, las mujeres suelen ofenderse por las dos cosas de la mima manera. Tanto si te alegras de verlas, como si no lo haces.
– Mi exquisita educación me impide hacer, según qué cosas. El enseñar mis vergüenzas de forma gratuita es una de ellas. Tuya será la culpa si cojo una pulmonía.
– Esto es una delicia… tenemos que venir más veces. ¿Habrá aquí cuarzo rosa?
Nuria nadaba de un lado para otro, sumergiéndose a veces en busca de las deseadas piedras y otras veces para jugar con Ángel como si ambos fueran jóvenes nutrias.
– ¿Cuál es el premio por encontrar una? –preguntó Ángel seguro de que la respuesta no sería lo que a él más ilusión le hiciera.

– Si encuentras una que sea bonita, te dejo la toalla para que te tapes mientras merendamos. Así se te secará el pantalón.
– Lo cierto es que yo he visto una cosa muy bonita –Ángel fue nadando hasta donde se encontraba Nuria y cogiéndola por la cintura la acercó a él sin que sus cuerpos llegaran a juntarse–. Pero tengo miedo de romperla.
Nuria, con los brazos sobre el pecho de él, jugaba con el colgante que Ángel llevaba al cuello. Trataba de ignorar lo que escuchaba porque no se sentía con fuerzas para rechazar los halagos que casi como un susurro, le sonaban a música celestial.
– ¿Dices que se llama Jacinto de Compostela?
– Si.
– Mirándolo desde esta posición, es verdad que tiene un brillo extraño. Parece como si el agua lo hubiera encendido.
Ángel no podía verlo, pero efectivamente el agua le proporcionaba una luz especial al interior de la piedra. Los oblicuos rayos de sol de aquellas horas de la tarde parecían no reflejarse en la superficie del cristal, penetrando hasta el interior del mineral iluminándolo desde dentro.
Los brazos de ella subieron hasta la altura del cuello de Ángel, permitiendo que éste juntase los cuerpos de ambos con una suave presión de sus manos sobre la espalda de ella. Sus bocas se encontraron de una forma natural y delicada mientras cerraban los ojos y se abandonaban en los brazos del otro. Los labios de Ángel, como si de una mariposa se tratase, revoleteaban por cada centímetro cuadrado del rostro de Nuria, posándose de vez en cuando para libar los néctares de la tersa piel almibarada.
El sedoso roce de su boca con el cutis de ella, en nada recordaba a su anterior beso en el subterráneo del aparcamiento. La intensidad de entonces contrastaba con la delicada ternura con que los dos respondían a las ardientes caricias, provocando increíbles e ignotas sensaciones en lo más profundo de su alma.
Incomprensiblemente para ella, era Ángel quien llevaba la iniciativa seductora con una naturalidad impropia de su experiencia, y que hubiera hecho las delicias de la mismísima Afrodita. Ella simplemente se dejaba llevar. Se hubiera dejado llevar hasta el fin del mundo en brazos de aquel muchacho que le estaba haciendo descubrir el amor en su estado más puro.
El agua tibia de la balsa proporcionaba un ambiente relajante que les permitía moverse con liviana ingravidez, aumentando la sensación etérea de sus cuerpos. Realmente parecía que estuvieran nadando en el espacio infinito bailando entre millones de estrellas cuyos rayos avivaran la esencia de sus sentimientos.
Jugando a disfrutarse, se dejaban hundir mientras se besaban, permaneciendo bajo el agua con los ojos abiertos a la espera de que su amor dejase de ser suficiente para mantenerles con vida. Como siempre, ella aguantaba mucho más conteniendo la respiración, y mientras él salía a la superficie para coger aire, ella se escapaba buceando en busca de nuevos rincones donde ser amada.
Esperaba sin más, con los ojos cerrados y sus deseos se hacían realidad al instante. Parecía que en el silencio del paraje, donde solo se escuchaba el rumor del pequeño arroyo que salía de la balsa, Ángel pudiera escuchar el sonido de sus más íntimos pensamientos.
Siempre había tratado de evitar una situación como aquella. Era un proyecto sin futuro. Una aventura arriesgada plagada de sinsabores, abocada a esfumarse de la misma forma que se había esfumado Tony. Quizá ese era su sino. Quizá ese fuera el precio del verdadero amor.
Justo en aquel momento, cuando parecía que empezaba a pensar con racionalidad, Ángel se colocó a su lado en la orilla de la balsa. Ella estaba tumbada boca arriba, con la mitad

de su cuerpo dentro del agua y la otra mitad fuera. Abrió los ojos y contempló la pícara sonrisa con que Ángel la miraba a unos centímetros de su cara.
Estaba completamente encima, pero apenas ejercía presión sobre ella. Se mantenía como levitando para poder recorrer con su boca, partes del cuerpo de Nuria que hasta el momento habían permanecido inexploradas. De nuevo una intensa sensación de sosiego y libertad invadía todo su cuerpo. No era capaz de ver ni pensar más allá del discurrir de los labios de Ángel buscando el placer sublime.
Deseaba con todas sus fuerzas hacer el amor pero tenía miedo de que eso supusiera el final de aquella fantasía. Sin embargo, aunque conseguía seguir pensando con cierta lógica, era incapaz de tomar ninguna decisión.
Su cerebro era un calidoscopio de imágenes y sueños mezclados entre nubes girando alrededor de sus cuerpos desnudos, que sin saber cómo, jadeaban al unísono rodando sobre la grava de la balsa luchando por mantener la hegemonía de las iniciativas amorosas.
Como si Ángel hubiese adivinado el momento exacto en que ella asumía la capitulación de todos los argumentos lógicos y se rendía a las circunstancias indomables de la pasión reprimida durante meses, tomó la iniciativa aventurándose por los quiméricos túneles del amor, que desembocaron en el éxtasis de los dos cuerpos convertidos en uno solo.

Salieron del agua y recogieron la ropa esparcida por las orillas de la balsa. Caminaron desnudos hasta río, donde se encontraba el quad, para coger la toalla de la mochila de Nuria. Ella se secó el cuerpo y a continuación se puso su ropa íntima. Como se daba cuenta de que estaba siendo observada por Ángel se recreó en los movimientos para que quedase perfectamente ajustada en su sitio.
– ¿Te gusta?... lo estoy estrenando ahora.
– ¡Me gusta! –contestó Ángel con un prolongado suspiro– ¡Vaya si me gusta! Estás preciosa. Mejor dicho; eres preciosa.
Ella se le acercó coqueteando y después de darle un fugaz beso le dijo:
– Tú si que eres una joya, voy a vestirme del todo porque en exceso todas las cosas son malas.
– No sabía yo que esto daba tanta hambre –comentó Ángel cuando se sentaron a merendar–. ¿Puedo hacerte una pregunta?
– ¡Me la vas a hacer de todas formas!
– Si no es apropiada me lo dices. Pero en una situación tan novedosa… ¿es correcto preguntar, qué tal ha estado?
– No sé si es correcto, pero creo que todos nos hacemos esa pregunta la primera vez. Lo que ocurre es que yo tengo serias dudas de que haya sido la primera vez para ti.
– Me halaga. Eso quiere decir que he sacado buena nota.
– No ha sido ningún examen.
– ¡Ya! Pero siempre se compara, ¿no?
– En principio no me explico cómo ha podido ocurrir. Te doy mi palabra de que me había prohibido a mi misma ceder a la tentación. Pero hoy el corazón se ha saltado todas las señales de prohibición. Creo que en estos momentos si me dices que me tire al río, me tiro vestida y todo.
– ¡¿De verdad?!
– ¿Serías capaz de pedírmelo?
– Eso no. Pero voy a aprovechar que el Pisuerga pasa por Valladolid para hacerte algunas preguntas.
– Ni morbosas ni cochinas. Si puedo hacerlo, te las contestaré.

– Lo mismo algo de morbo sí que tienen, pero poco. ¡Bueno! Primero: aunque sea repetitivo, ¿nota sobre 10?
– Cero patatero.
– ¡¿En serio?!
– No. He dicho que te contestaré. No he dicho nada de ser sincera.
– ¡Ya! Otra. ¿Tienes alguna foto de tu amigo Tony?
– ¿Y eso? ¿A santo que qué viene ahora esa pregunta?
– ¿Pensabas en él mientras hacíamos el amor?
– Dije que no quería preguntas morbosas.
– No pretendo ser morboso, en serio. Me interesa mucho saber la respuesta.
– Si me explicas por qué te interesa tanto… lo mismo hago un esfuerzo.
– Sé que mientras estábamos en el agua tenias en mente a mi padre. Lo sé porque a él lo conozco y además hace tiempo que me he dado cuenta de lo que hay entre vosotros.
– ¡¿Qué dices?! Entre tu padre y yo no hay nada de nada.
– Todavía. No hay nada todavía. Espero que nunca se entere de esto nuestro de hoy. ¡Bueno! A ver. Otra cosa. No sé que pinta mi madre en todo esto. Pero también sé que pensabas en ella mientras estabas conmigo. Y por último: si tu amigo Tony olía a colonia de lilas; tenía el pelo largo y un poco rizado, de color castaño casi rojizo; los ojos verde–azulados y con una pequeña cicatriz en forma de uve encima la sien derecha; no solo estabas pensando en él, sino que tenemos un problema.
– Te ha faltado el bigote. ¿No puedo creer que hayas hurgado mis cosas?
– Un bigote que casi le obligaste a dejarse, porque si no estaba recién afeitado, raspaba como una lija y llegabas a casa con los morros rojos.
– ¡Ángel! Me estás asustando. ¿Cómo sabes todo eso?
– No lo sé… quiero decir que no sé cómo lo sé. ¿Pero es cierto, no es así?
– Tenía una barba muy fuerte y no se afeitaba todos los días… también olía a lilas. Por lo menos ese es el olor que yo recuerdo de él. ¿Qué pasa, que hablo en sueños y lo tienes grabado?
– ¡Ojalá! Creo que puedo leer tu mente.
– ¡¡Buenos cojones!! ¿Entonces para qué me preguntas… si puedes leer mi mente, sabrás las respuestas?
– Te lo estoy diciendo muy en serio. Creo que efectivamente te tirarías al río si te lo pidiera. Y si hemos hecho el amor ha sido precisamente porque yo lo estaba deseando. Tú misma has dicho que no te explicas cómo ha pasado.
– No es que yo no lo deseara. Sabes que te quiero y que haría cualquier cosa por ti. Sin embargo es verdad que tu padre me tiene loca, aunque no me haga ni puto caso. Me has pillado en un momento bajo de defensas.
– ¡Y una mierda! Lo dices porque no quieres admitir la posibilidad de que sea verdad lo que digo. ¡Escúchame! Por un momento imagínate que es cierto. Supón que por la razón que sea, ha existido una especie de telepatía entre nosotros. Eso explicaría lo que ha ocurrido, aunque no explique cómo se ha producido… lo del olor a lilas, por ejemplo, es algo que solo estaba en tu cerebro… el motivo de que se dejara bigote… ¿Cómo iba yo a saberlo…? Lo de mi padre, si que podía habérmelo imaginado, pero lo de mi madre no.
– ¡¿Cómo que lo de tu madre?! ¿Qué insinúas?
Nuria, que se encontraba tumbada boca arriba al lado de él, intentó levantarse para protestar pero Ángel se lo impidió colocando su dedo índice sobre la boca de ella para que no siguiera hablando.
– Te puede sonar a chino… te puede parecer una aberración, pero ni me sorprende ni me molesta. No lo estoy viendo como un espectador. Lo he vivido desde dentro, ¡te das cuenta! ¡He estado dentro de ti!

– ¡Vaya si me he dado cuenta! –el pícaro gesto de complicidad de Nuria fue contestado por Ángel con un beso a la vez que le decía:
– ¡Gilipollas! –se rieron los dos al mismo tiempo–. Deberías tomártelo más en serio. No tienes por qué avergonzarte de sentir algo por mi madre. Lo mismo resulta que lo que necesita es una mujer en vez de un hombre.
– ¡No me pongas de mala hostia! Yo no soy lesbiana. Y creo que tú eres quien mejor debería de saberlo.
– Yo estoy hablando de amor. No de sexo. Ya sé que es muy difícil separarlos, pero yo estaba enamorado de ti ayer también.
– Si eres capaz de describir lo que hay entre tu madre y yo, tendré que asumir que ha existido esa conexión telepática o como quieras que la llamemos.
– ¡Vale! En principio las dos estáis muy buenas. Ya sé que eso no debe decirlo un hijo, pero es una verdad como la iglesia de grande… tenéis aficiones comunes que además entrañan una alta dosis de sensibilidad, como es la música. Las dos estáis enamoradas de mi padre y las dos pensáis que yo soy lo mejor que os ha ocurrido.
– ¿Tu madre también piensa que eres un patán engreído?
Ángel no se molestó en contestar.
– ¿De verdad crees que lo que mi madre necesita es un buen polvo…? ¿Hubieras buscado unos tíos en Internet para cepillároslos?
– Es imposible que eso te lo haya contado tu madre… ¿Cómo sabes eso?
– ¡Joder, Nuria! ¿Todavía no me crees? ¿Qué más quieres que te cuente?
– Casi prefiero que no me cuentes nada más. ¡Esto es una putada increíble! No tenías suficiente con espiarme por fuera que ahora me espías por dentro.
– Es que no lo estás entendiendo. No es que yo estuviera viendo la película de tu vida… yo también era esa película. Cuando pensabas en Tony, yo sentía el olor a lilas. No es que yo sepa lo que sientes por mi o por mi madre. Lo siento yo también. Lo siento de la misma forma que tú. Por eso no me molesta ni me duele, ni tengo celos de mi padre ni de Tony… he estado dentro de tu mente. De tus recuerdos y de tus sentimientos. ¿Por qué crees que he sido capaz de hacerte el amor como el mismísimo Eros?
– ¿En estos momentos… sabes lo que estoy pensando?
– ¿Qué?
– Digo, ¿que si puedes conocer lo que pienso?
– ¡Por supuesto! En volver a hacer el amor.
– ¿En serio…, no lo sabes?
– Solo ha sido cuando estábamos en el agua… a ver si van a ser aguas mágicas. ¿Probamos otra vez?
En esta ocasión fue Nuria quien se puso encima de él para taparle la boca y que no continuara haciendo proposiciones. Lo tenía totalmente a su merced y cada vez que Ángel intentaba decir algo, ella le besaba para impedir que hablara.
– Estoy convencida de que te sobran energías, pero voy a hacerte caso y me voy a tomar esto muy en serio. No descarto que volvamos a venir a la balsa. Pero te ruego que si hay algo de verdad en todo esto, no me hagas ninguna putada.
– ¡Dime que me quieres!
– Te quiero.
– Otra vez.
– ¡Te quiero…! ¡Te quiero, te quiero! –se levantó y abrió los brazos girando como una peonza–. ¡Que lo sepa todo el mundo! ¡¡Estoy enamorada de Ángel!!
– ¡Vale, vale! Ya les ha quedado claro a los peces. Luego, cuando lleguemos a la iglesia, haces lo mismo.
– ¿Ya nos tenemos que ir?

– Es que mi padre me encargó hace tiempo un estudio sobre los oopart y habíamos quedado en verlo hoy.
– A mi también me interesa ese tema. ¿Puedo ir yo?
– No. Lo siento. Si mi madre o mi padre nos ven juntos hoy se darán cuenta de inmediato de lo nuestro.
– ¿Te avergüenzas de mi?
¡A tomar por el…, saco! ¡Pero bueno! ¿Quién es la que piensa que no puede casarse conmigo porque soy demasiado joven para ella?
– ¿También sabes eso…? ¿Qué más sabes?
– Todo, Nuria. ¡Lo sé todo! Yo también tengo que asimilarlo. Dame unos días para que pueda disfrutar del recuerdo de esta tarde y después quedamos con mi padre para lo de los oopart y lo que haya encontrado él. Creo que vuestras conclusiones, tanto las tuyas como las de Joaquín están en el buen camino.
– ¿Cómo unos días… cuántos días?
– Mañana tenemos ensayo. Acuérdate que el Certamen Provincial es dentro de tres semanas. Además después iremos a la bodega de Araceli, por lo del niño. Nos lo pasaremos bien
– Araceli es la leche. Me cayó muy bien desde el primer día.
– Si te aburres, llámala. Aunque es muy hábil agradecerá un poco de ayuda para montar la bodega. En cualquier caso seguro que le apetece tu compañía. ¡Mira! Puedes jugar con el niño y te vas haciendo a la idea.
– ¡Ja…, ja…, ja! –se rió con sorna.
– Yo estoy convencido de que entre lo que he sacado de Internet, lo que traiga mi padre y lo vuestro de hoy de la losa, mañana podemos atar cabos. Esta noche puedes ir haciendo deberes. Léete todo lo que encuentres referente a la "Glorificación de la Eucaristía", de Salimbeni y lo comentamos. Mañana después de comer, si te parece, le llevas a mi madre las fotos de la losa para que nos traduzca lo que pone… si no te vas a enfadar, te hago una sugerencia.
– ¿Qué será?, para creer que puedo enfadarme después de lo que llevamos encima.
– Que digo yo… que podrías llevarle las fotos a última hora de hoy y… que lo mismo no es tan mala idea dormir con ella para que se de cuenta de que no es lesbiana.
– ¡Qué vergüenza! –Nuria se tapo la cara con las manos al darse cuenta de que Ángel también sabía que ella había pensado eso más de una vez–. ¿Y si de verdad fuera lesbiana?
– ¿Ahora te entra miedo?
– No es miedo. Pero imagínate que lo fuera. Sería una putada. Para ella más que para mí.
– Haz lo que quieras. Solo era una sugerencia. Si lo vas a hacer algún día, el mejor sería hoy. Si lo haces como tienes pensado, no creo que se sienta dolida si no sale bien.
– ¡Cómo lo tengo pensado…! Ahora mismo me vas a decir qué cosas sabes de mis pensamientos.¡Venga…, desembucha! –le agarró el cuello con las dos manos, sacudiéndole la cabeza–. ¡Quiero que me lo digas todo!
– No lo tengo demasiado claro…–continuó cuando ella aflojó la presión–. Pero si te parece voy a hacer una comparación informática. Imagínate que tu cerebro es el ordenador que está funcionando normalmente. Las funciones básicas, como respirar, ver o mantener el equilibrio, las realiza el sistema operativo y no son detectadas a simple vista. La información que guardas en el disco duro solo será accesible si tú abres alguna de las carpetas donde guardas esa información. Sin embargo, si tienes varios programas abiertos, como Word o el visor de imágenes, esa información es accesible para cualquiera desde la pantalla del monitor. ¡Bueno! Pues yo tengo la impresión de que he accedido a los programas que tenías abiertos. Es decir que he estado conectado a tus pensamientos, pero no a tus recuerdos. ¿Me entiendes por dónde voy?

– ¿Y has tenido tiempo de averiguar tantas cosas en tan poco tiempo?
– Vuelvo con el símil. Es posible que tenga más información. Incluso que tenga una copia de tu disco duro. Pero no sé si la tengo y en el caso de que la tuviera desconozco el path para llegar hasta ella.
Al principio no sabía que pintaba mi madre en esas visiones o pensamientos. Sin embargo, a medida que hablamos de ella, me vienen a la cabeza unos datos que yo no sabía que tenía –Ángel continuó pensando en silencio mientras sonreía bribonamente.
– ¡Y ahora qué! –preguntó incomodada Nuria al tiempo que le daba dos collejas–. ¿De qué te ríes?, ¡imbécil!
– ¡De nada! –contestó mientras trataba de cobijarse del ímpetu de Nuria–. ¡Te juro que no me río de ti!
– Bastante valor tienen tus juramentos. ¡A ver! Cuéntamelo para que me ría yo también.
– Es que estoy pensando que tendremos que volver a repetir lo de hoy hasta que logremos comprender el fenómeno.
– Lo que no me explico es cómo, teniendo la cabeza tan llena de lascivia, te queda espacio para meter cosas mías.

Durante el camino de vuelta, con los cascos puestos, cada uno por su cuenta analizaba todo lo ocurrido aquella tarde. La mente de Ángel pasaba de un tema a otro con rapidez y desconcierto. Trataba de pensar en el paracaídas y el satélite y las conclusiones tan evidentes que se desprendían de todo lo que conocía. Estaba deseando poder decírselo a Nuria, pero consideraba imprescindible que su padre diera la aprobación. Si ahora su padre le preguntaba que si se fiaba de Nuria, trataría de ser convincente sin ser demasiado efusivo.
Pensándolo bien, no estaba seguro de querer repetir lo de la balsa. Si de alguna forma Nuria se enterase de los pensamientos de él sería terrible. Lo de Ángel era difícil de comprender incluso para él mismo. Estudiaba la posibilidad de que Nuria y su padre llegasen a algo y se le ponían los pelos de punta. Si Nuria estuviese escuchando sus pensamientos… sería alucinante que llegase a ser su madrastra.
Hizo un gran esfuerzo para alejar de sus pensamientos la imagen del sensual cuerpo de Nuria y se centró en el satélite. Su padre no debería poner ningún impedimento, sino todo lo contrario. Debería agradecer que Nuria participase en la investigación. Ella era casi ingeniera de comunicaciones y su aportación podría ser crucial.
– ¿Me pasas las fotos por email? –preguntó Nuria mientras recogía sus cosas del cofre del quad y se disponía a entrar en su casa.
– De esto ni una palabra por email ni por teléfono. Quédate tú la cámara y se las llevas a mi madre en un pen o en la tarjeta.
– De acuerdo. Ya veré cómo lo hago. ¿Te veo por la mañana?
– No, no. Todavía me quedan algunos días en las Ruinas. Además mañana vendré tarde. Me toca engrasar la máquina.

22

Desde el momento en que Javier "Madriles" vio a Nuria con Ángel en el coche se le revolvieron las tripas. Javier era un verdadero hijo de puta. El típico macarra de mierda que se cree guapo y piensa que todas las mujeres son como su madre. Apenas se trataba con el resto de compañeros del cuartel, y amigos como tal no se le conocía ninguno.
Nuria no le cayó bien, incluso antes de conocerla. Solo con saber que era universitaria y que llegaba con un traslado forzoso, tenía suficiente para desprestigiarla. Su retorcida mente enfermiza y envidiosa, elucubraba sobre las circunstancias por las cuales hubiese sido suspendida de empleo y sueldo. Se la veía tan feliz a bordo de un vehículo que de ninguna manera se podía permitir con su sueldo, que a Javier no le encajaba de ninguna manera.
Por si fuera poco, iba acompañada de un chaval, que a pesar de no tener edad para tener carné de conducir, tenía a su nombre tanto el coche como el seguro a todo riesgo.
Nada más arrancar Nuria con el coche, Javier había llamado a su compañero de academia; Barquero. Hacía poco tiempo se había encontrado con él en el pueblo y habían estado tomando unas copas. Javier se enteró de que el actual destino de Barquero era en la Policía Judicial. Un destino que a él le hubiera gustado ya que según Barquero proporcionaba grandes satisfacciones. El horario era totalmente imprevisible, pero te permitía mucha libertad. Barquero le contó anécdotas de algunos casos que pusieron los dientes largos a Javier.
Como Barquero conocía los manejos de la telefonía móvil, en cuanto recibió la llamada de Javier se apresuró a citarse para encontrarse en el pueblo, en el mismo bar donde se encontraron para hablar con tranquilidad. Barquero acudió a la cita con bastante puntualidad y saludó a Javier que había llegado con mucha antelación.
– Espero que no te sentara mal que te cortara por teléfono dijo Barquero a modo de saludo–, pero en estos tiempos no es seguro hablar en ningún sitio.
– ¡Joder, Barquero!, cómo sois los de la Judicial. No os fiais de nadie.
– Y tú tampoco deberías fiarte. Pero bueno, cuéntame, en que puedo ayudarte.
– Ya te dije que lo mismo no era nada. Por eso no hacía falta que vinieras ex profeso. Pero como dijiste que andabais tras algo gordo en el pueblo, pensé que vendrías a menudo.
– Si que lo había. Pero dieron orden de retirar la vigilancia y no hemos vuelto.
– Como te he dicho, puede que no tenga importancia, pero hay cosas que te dejan mosqueado y que además te ponen de mala hostia.
– ¡Cuenta!
– Cuando detuvisteis a Nuria Ramos, a mí la cosa me sonó muy rara. La tía es una gilipollas, pero yo jamás la habría relacionado con el asunto de que se la acusó. La cosa es que algo debía haber cuando andabais tras ella… para más cojones, esta tía ya llegó aquí expedientada, por lo que resultaba creíble que estuviera metida en algo raro.
Le meten tres meses de empleo y sueldo y resulta que un día estamos en un control y llega la tía conducido un todo terreno de alta gama, acompañada de un mierda de diecisiete años, que acaba siendo el dueño del coche.
Aprovecho un servicio de rutina para ir a su pueblo y enterarme de quien es el tipo, y me lo encuentro trabajando de maquinista con una retroexcavadora. Ahí es donde me doy

cuenta de que las cosas no cuadran, y me pongo en contacto contigo para ver si sabes algo más.
– Pues me alegro mucho de que me hayas llamado. Teníamos la seguridad de que en casa de la tal Nuria había por lo menos tres kilos de coca, pero cuando llegamos, alguien la había hecho desaparecer.
– No tiene sentido que un chaval con diecisiete años tenga un coche como ese.
– Pues la casa donde vive la Nuria de los cojones, tenías que verla. Vale una millonada.
– Supongo que estás pensando lo mismo que yo. El cabrón del chaval es un camello de cuidado.
– Él o ella. O los dos. Lo que pasa es que ese asunto no se puede tocar oficialmente.
– ¿Qué quieres decir?
– Pues que tenemos órdenes expresas de no tocar ese tema de momento.
– ¿Y eso?
– No me preguntes… es cosa de arriba.
– ¿Entonces… no vamos a hacer nada?
– Es posible que podamos hacer algo. Pero tiene que ser por nuestra cuenta. ¿Tienes localizado al chaval?
– No sé a la hora que empieza a trabajar pero está en una finca a dos o tres kilómetros de pueblo. Se mueve con un quad de 125 y lleva todo en regla.
– Si es cierto lo que estoy pensando, lo mismo podemos sacarnos un buen pellizco.
– ¿Qué es lo que estás pensando, que el chaval tiene la coca?
– Por lo menos la mayor parte. Es imposible colocar tres kilos en esta zona en tan poco tiempo… si el Grupo la ha dado por perdida, a nosotros nos puede dar alguna alegría. ¿Has dicho que no sabes a qué hora empieza a trabajar?
– Debe ir muy temprano.
– Mejor. Así es más difícil que alguien vea algo que no tiene que ver. El plan es éste: al amanecer estamos vestidos de paisano en algún punto del itinerario del chaval. Lo eliges tú porque conoces la zona. Iremos con tu coche. Lo detenemos y lo llevamos a algún sitio apartado para darle de hostias hasta que cante.
– ¿Y si no supiera nada de la coca?
– Por mi parte, el hecho de tener ese coche es motivo suficiente para arrearle, pero estoy seguro de que ha sido él el que se la ha llevado. Ella no pudo hacerlo de ninguna manera. A las cuatro de la mañana la droga estaba en la casa y a las seis de la tarde, cuando hacemos el registro no encontramos ni la droga ni la tanita.
– Ella estuvo toda la noche detenida. ¿Por qué estás tan seguro de que también había una balanza de precisión?
– ¡¡Coño, Madriles!! Pareces nuevo.
– Perdona tío. Pero los rurales no estamos al día en estas cosas.
– ¡Venga! Quedamos en eso entonces. Mientras pago esto, vete pensando dónde quedamos y a qué hora.
– ¿No será demasiado precipitado?
– Tienes razón en que el ritmo de trabajo de los rurales está en otra onda. Con esta gente hay que actuar cuanto antes. ¿Quién te dice que no lo puede vender esta misma tarde? ¡Estamos hablando de mucha pasta!
– No se hable más. Te hago un croquis para que te sea más fácil.

23

Cuando llegó su padre, Ángel lo tenía todo perfectamente argumentado, por lo que nada más terminar de cenar expuso de corrido su teoría.
– Joaquín y Nuria han llegado a esta conclusión y eso que ellos desconocen la existencia del satélite. Mí descabellada hipótesis es la siguiente: hace bastantes miles de años, la civilización que vivía aquí tenía un nivel de conocimientos bastante superior al nuestro en la actualidad. Construían satélites artificiales que ponían en órbita y que recuperaban haciéndolos caer en un sitio determinado, mediante la ayuda de paracaídas y/o bolsas de aire. Su tecnología posibilitaba la construcción de antenas enormes utilizando para ello formaciones naturales o realizando gigantescos movimientos de tierra.
El Silincio sería una de esas antenas, que después de miles de años seguiría funcionando correctamente. Los análisis de la tierra revelaron la existencia de polvo de oro en el primer metro de profundidad. Esos restos bien podrían haber pertenecido a un posible recubrimiento destinado a facilitar la captación de las señales. Aunque no sería descartable la posibilidad de que ese polvo de oro, fuese en sí mismo el recubrimiento.
Los símbolos seguramente se corresponden con un idioma o código que a partir de ahora podemos empezar a estudiar con otra perspectiva.
¡Bien! Hasta ahí la parte más increíble. El resto tiene una explicación más sencilla y además es posible que la traducción de la losa nos ayude a descifrarlo.
Mi conclusión es que en un momento de la Edad Media, el satélite desciende a la tierra provisto de un paracaídas. La ignorancia de la población existente lo considera obra de Dios y le construye un monasterio, no sin antes adornarlo con símbolos religiosos. Lo desconocido siempre provoca dudas y miedo, por lo que se oculta concienzudamente para mantener su valor religioso. Obviamente no podían haberle dado el nombre de la Virgen del paracaídas y le dieron el de Virgen del Velo por la posible similitud con un enorme velo.
– ¡¿Ya está?! –preguntó Nemesio.
– A grandes rasgos.
– ¿Y la cripta? Parece ser que es la que te proporciona las pistas más importantes y sin embargo no has hablado nada de ella.
– ¡Ya! –contestó rascándose la cabeza–. Es un cabo suelto.
– ¡En fin! El tema del satélite artificial está muy documentado en Internet. Yo no creo que haya ninguna duda. Existen montones de representaciones de escenas religiosas en las que aparecen ese tipo de bolas más o menos estilizadas y una variedad increíble de artilugios voladores más o menos disimulados o divinizados. Pero todo esto no nos lleva a ningún sitio. Esperemos a ver si las inscripciones de la losa dicen algo que partiendo de este nuevo concepto, puedan revelar algo útil.
– ¿Puedo enseñarle a Nuria el satélite?
– Tienes que estar muy seguro de su discreción. No sé si la conocemos lo suficientemente bien como para eso.
– Yo estoy convencido.
– ¿Estás convencido o lo supones?

– Estoy completamente convencido.
– ¡Adelante entonces! Si te parece, la invitas a cenar mañana y lo comentamos.
– ¿Se la enseño antes?
– Prefiero que no. Yo mañana volveré a pasarme el día en Pucela. Regresaré sobre las nueve de la tarde.
– Pues dile a Tanya que comeré en casa de mamá. Así seguro que tendremos la traducción y podemos ir estudiándola.

Cuando encendió el monitor del ordenador, tenía la esperanza de que Nuria no estuviera en casa. Le hubiera dado una alegría si se hubiera decidido a llevarle las fotos a última hora de la tarde. De ser así, su madre la habría convencido para que cenara con ella y después lo mismo se quedaban charlando hasta altas horas.
De inmediato se dio cuenta de que no había seguido su consejo. Estaba frente a la pantalla del portátil haciendo los deberes sobre Montalcino, tal y como Ángel le había dicho. Cerró el programa momentáneamente y se afanó en revisar todas las conversaciones del scanner. No había nada de importancia o que pudiera preocuparles. Las grabaciones ocupaban bastantes minutos pero la mayor parte de las conversaciones hacían referencia a una metedura de pata de alguien al que le había desaparecido un fiambre en el aeropuerto.
Comprimió los archivos de las conversaciones y los guardó por duplicado en dos discos diferentes. Daba la impresión de que en el Grupo de estupefacientes se habían olvidado de Nuria.
Volvió a abrir el programa de vigilancia para comprobar que Nuria seguía con la misma tarea. En vez de llamar su atención con los pitidos de costumbre, le envió un mensaje con un gif animado de un corazón palpitando. A Nuria le hizo mucha ilusión recibirlo pero no quiso mostrarse expresiva. Continuó mirando la pantalla como si nada y después de unos segundos dijo:
– ¿Todavía no te has ido a la cama?... mañana yo no madrugo, pero tú sí.
– ¡Buenas noches!
Apagó el monitor y fue a lavarse los dientes. Se le cerraban los ojos de sueño pero no estaba seguro de que la excitación le dejara dormirse. Para él había sido el día más importante en su vida hasta el momento y la adrenalina la tenía a flor de piel.

Cuando sonó el despertador, a Ángel le parecía que acababa de cerrar los ojos. Aunque habían pasado seis horas no habían sido suficientes como para reponerse del día anterior. Más que una ducha rápida se dio un remojón espabilante y en menos de media hora se encontraba subido en el quad convencido de que con otro par de días terminaría de construir la balsa.
Para no molestar a los vecinos, bajó toda la cuesta con el motor parado hasta llegar a la carretera. Allí lo arrancó, y despacito para no hacer mucho ruido a aquellas horas, continuó hasta cruzar el puente. Siempre hacía lo mismo, no le gustaba revolucionar el motor hasta no llegar al camino. En buen tiempo la gente duerme con las ventanas abiertas y el quad suyo era bastante ruidoso.
Le sorprendió que al otro lado del puente hubiera un coche parado. No era un coche del pueblo y a aquellas horas no parecía lógico que hubiera excursionistas, pero tampoco era nada excepcional. Tenía sitio suficiente para pasar aunque le obligaba a hacerlo muy despacio para no rozar al coche.
Cuando se encontraba a la altura de la rueda delantera del coche, sin saber cómo ni de dónde, aparecieron dos hombres con sendas pistolas, apuntándole uno por delante y otro por detrás. En el primer momento a Ángel le dio un vuelco el corazón al ver los

pasamontañas pero unos segundos más tarde se tranquilizó un poco, cuando lo hombres se identificaron como policías.
Le ordenaron bajarse del quad y quitarse el casco y cuando Ángel esperaba que le pidieran que les mostrase la documentación, uno de ellos le puso la pistola en la cabeza y le obligó a entrar con él en la parte de atrás del coche.
El otro policía apagó el motor del quad y le quitó el freno para que acabara empotrándose contra las zarzas al fondo del barranco. Después se puso al volante y emprendieron camino en dirección a La Nava.
Ángel intuía de qué iba todo aquello pero no se explicaba cómo no había interceptado ninguna conversación que le pusiera de sobre aviso. Desde que lo metieron en el coche, nadie había dicho una sola palabra. El policía que iba a su lado mantenía su pistola a la altura del hígado de Ángel y daba la impresión de que no iban a preguntar nada hasta que no llegasen al cuartel. Sin embargo, un poco antes de llegar al pueblo, el que le apuntaba dijo al conductor que frenara un poco para meterse por un camino que salía por la derecha.
En ese momento Ángel se dio cuenta de por qué no había interceptado ninguna conversación de aquellos tipos y sintió verdadero pánico. No iban a llevarlo al cuartel. Aquel camino solo llevaba hasta la antigua Cerámica. Una fabrica de tejas abandonada hacía muchos años. Posiblemente iban a pegarle un tiro en la cabeza después de torturarlo para que les dijera qué había hecho con la droga.
En aquellos momentos Ángel no pensaba en él. Posiblemente el miedo o quizá la resignación le llevaron a pensar en su padre y en su madre. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió que el corazón se le rompía por dentro. Era muy poco probable que saliera con vida de aquella situación. Aquellos tipos no tenían pinta de dejar testigos. Ángel recordó lo que le había contado Nuria de su amigo. Aquel medio novio que apareció muerto de una sobredosis. Quizá a él le hicieran lo mismo.
Efectivamente el destino era el tejar abandonado. Los largos túneles de los hornos habían sido construidos a conciencia y se habían mantenido en bastante buen estado a través del paso de las décadas. A pesar del abandono conservaba el acceso y las instalaciones lo suficientemente despejados como para poder entrar con un vehículo, por lo que metieron el coche hasta el interior de uno de aquellos semidestruidos edificios que conectaba directamente con los hornos. El conductor se bajó del coche y abrió la puerta del lado donde se encontraba Ángel.
– ¡Baja de ahí, hijo de la gran puta! ¿Que te creías, que nos la ibas a jugar a nosotros…? ¿No dices nada…? ¡Mira, me alegro! Eso quiere decir que eres un cabrón inteligente… me joden mucho esos mierdas que empiezan a decir: "¿pero que pasa?, ¿qué quieren de mí…? ¡Yo no he hecho nada!"
Eso facilita las cosas. Entenderás enseguida que es lo que te conviene y nos ahorraremos tiempo y mala hostia. Te aseguro que el que yo no me ponga de mala hostia será muy bueno para tu familia y para la zorra esa de la Nuria. Para ti prácticamente será lo mismo. La única diferencia puede estar en que mi amigo te pegue un tiro en la cabeza o que yo te infle a hostias antes de pegarte un tiro en los huevos para que te desangres.
Como estoy seguro de que lo has entendido todo muy bien, voy a hacerte unas preguntas. No son difíciles. Seguro que sabes las respuestas, así que piensa bien antes de responder. Si te confundieras sería una putada para tu familia. Supongo que tienes un padre y una madre, ¿no es así?

Mientras hablaba, el otro policía había atado a Ángel con unas esposas a una argolla anclada en la pared que había servido para sujetar los carros con las tejas. Ángel asintió con la cabeza.
– ¡Contéstame!

– ¡Si! –dijo Ángel haciendo un gran esfuerzo para superar el nudo que tenía en la garganta.
– ¡Si, señor! Siempre que hables llámame señor. Porque yo soy un señor. ¡Tú eres un mierda!, pero yo soy un señor ¡Te enteras!
– Si, señor.
– ¡Bien…! O sea que tienes un papá y una mamá. ¿Tienes algún hermanito o hermanita?
Ángel sabía que era inútil ocultar cualquier cosa que ellos pudieran comprobar fácilmente, así que optó por decir la verdad.
– Si señor. Tengo una hermana.
– ¡Bueno! Pues yo creo que es suficiente. Tienes una familia completa y además tienes una putita…, resulta que ese putita tenía un par de paquetitos que eran nuestros y que seguramente, sin querer…, pues los cogiste tú. ¿No es así?
– Si, señor.
– ¿No te habrás desecho de ellos, verdad?
– No, señor.
– ¡Perfecto! Eso está muy bien. Los cogiste sin darte cuenta y los guardaste para cuando nosotros te los pidiéramos. ¿Me equivoco?
– No, señor.
– ¿Que no los guardaste, o que no me equivoco?
– Que no se equivoca, señor.
– De acuerdo. Pues ahora nos vas a decir dónde los tienes guardados, para que mi amigo vaya a buscarlos. ¿Te parece…? ¡Venga! Cuéntale dónde están y qué tiene que hacer para cogerlos.
– Si, señor.
Ángel le dio todo tipo de detalles sobre la ubicación de los paquetes así como de dónde podía encontrar las llaves y lo que tenía que decir en caso de que alguien le viera entrando en el corral.
– ¡Pues ya está…, ves que fácil! Ahora mi amigo irá a buscarlos y si es verdad todo lo que has dicho, cuando regrese te pegará un tiro en la nuca para que no sufras.
– Si nos ha dicho la verdad –dijo "Madriles" subiéndose al coche–, en menos de una hora estoy de vuelta.
Lo malo sería –continuó Barquero–, que no hubieses dicho la verdad, porque entonces no te íbamos a matar hoy. Primero iríamos a hacerle una visita a tu padre para pegarle el tiro a él. Tu madre, la pobrecita ya no tendría que preocuparse solo por la desaparición de su hijito, sino que tendría que enterrar a tu papá.
Es muy duro para una madre saber que su hijo ha desaparecido y no saber qué le ha pasado. Te llamara al móvil mil veces hasta que se convenza de que no vas a contestar. Se imaginará que has tenido un accidente y que estás tirado en una cuneta, quizá todavía con vida. Las madres nunca pierden la esperanza hasta que no constatan la evidencia.
Se pasará la noche llorando sin poder dormir ni un solo minuto porque imaginará que te escucha pidiéndole ayuda. ¡Pobre mujer! Cualquier noche, alguien llamará a su puerta y ella abrirá corriendo, pensando que le van a dar noticias de su hijito, y en vez de eso se presentará mi amigo para violar a tu hermanita delante de su mamá. Si no se queda satisfecho, después también se follará a tu madre y es probable que si está buena me la folle yo también.
A la que si que me apetecerá follar es a tu putita. ¡Está buena la cabrona! Se la tengo jurada desde hace meses. La teníamos que haber matado hace tiempo cuando su amigo empezó a meter las narices donde no debía… pero por ser buenos… ¡Mira lo que pasa por ser buenos!

Barquero había interrogado a mucha gente. Sabía perfectamente que cuando uno asume que lo van a matar, por muchos golpes que le pegues no vas a conseguir nada. Se resignan a su suerte de tal forma que llega un momento en que no sienten el dolor. Sin embargo, ante la posibilidad de que le hagas daño a su familia, todos acaban cantando lo que quieras que canten.
El pánico reflejado en los ojos de Ángel ante la posibilidad de que Barquero hiciera lo que estaba diciendo, demostraba que aquel chico no era diferente a ningún otro. ¡Cuántos marrones se habían quitado de encima de esa forma! Gracias a él, al menos cuatro compañeros habían salido de rositas porque algún pobre diablo había cargado con sus culpas.
El terror psicológico era mucho más eficaz que la tortura física. Además era inviable que algún testigo demandara a la policía por tortura psicológica. Eso no deja marcas y por lo tanto no se puede demostrar. Ahí el Ministerio si que había invertido bien su dinero.
La tranquilidad y normalidad con que Barquero hablaba mientras se fumaba un cigarro sentado sobre unos ladrillos que había colocado a modo de banqueta, era lo que a Ángel le demostraba la catadura de aquel tipo. En aquellos momentos no tenía ninguna duda de lo que le esperaba y no podía hacer nada para remediarlo.
¡Qué lejos quedaba el día anterior! ¡Qué lejos y difuminada entre el resto de los recueros, la imagen suya y la de Nuria desnudos en la balsa, haciendo el amor de forma tan sublime!

Poco después de amanecer, Nuria se despertó sobresaltada y se dirigió al cuarto de baño para ponerse debajo de la ducha. Había tenido un sueño horrible y deseaba cuanto antes despertarse del todo para olvidar las atroces imágenes de su sueño.
Después de secarse y vestirse, se fue a la cocina para prepararse un café bien cargado que le pusiera las pilas. Su cabeza continuaba dándole vueltas al extraño sueño y ni siquiera el café consiguió que dejara de pensar en ello. Jamás había tenido un sueño parecido. No solo por su naturaleza, sino también por el realismo con que había vivido aquellas secuencias.
Sentada en la mesa de la cocina, se frotaba la cara con las manos para tratar de borrar unos recuerdos que le resultaban sobrecogedores y angustiosos. Podrían ser el resultado de una reacción a los maravillosos recuerdos del día anterior, pero cada minuto que pasaba, el corazón le latía con más fuerza. Su respiración se hacía más rápida y ruidosa hasta que le resultó imposible seguir sentada.
Cogió las lleves del coche y cuando se encontraba a punto de cerrar la puerta de la casa, regresó a la habitación y buscó en el armario su pistola reglamentaria. Se aseguró de que el cargador estuviera completo y metiéndola en su pequeña mochila salió de la casa con rapidez.
El tormentoso presentimiento de que a Ángel le hubiera ocurrido una desgracia le oprimía el pecho como una losa. Necesitaba verlo cuanto antes. Tenía que comprobar que él se encontraba bien antes de que la adrenalina que iba acumulando en su cuerpo, obligase a su corazón a trabajar más deprisa de lo que podía soportar.
Bajó la cuesta a tal velocidad que le resultó imposible hacer el stop de la carretera. No era muy probable encontrar tráfico a aquellas horas, pero aun así tuvo suerte para no chocar contra el pretil del puente. Por el camino hacia el Silincio, el coche iba a todo lo que daba. Nuria no veía ni los baches ni los charcos porque sus ojos estaban inundados de lágrimas y sus pensamientos en las imágenes de su sueño.

Cada vez más agobiada, y convencida de que no se trataba de un sueño, recordaba las palabras de Ángel del día anterior cuando le decía que había estado dentro de ella. Que había visto sus pensamientos mediante lo que él calificó de conexión telepática.
Telepática o no lo cierto era que si Ángel no estaba donde tenía que estar, lo más probable sería que no se tratase de un sueño sino de una experiencia astral y que las imágenes recibidas por Nuria hubiesen sido enviadas, consciente o inconscientemente por Ángel. Las manos de Nuria apenas tenían fuerza para sujetar el volante del coche, que con tantos baches y a tal velocidad, iba dando tumbos de un lado al otro del camino.
Entró derrapando por la desviación hacia las Ruinas y pisó a fondo el acelerador para subir la cuesta que conducía a la plataforma donde Ángel trabajaba en el vaciado de la balsa. Su corazón pareció detenerse al contemplar la máquina en la misma posición en que Ángel la había dejado el día anterior. Tiró con fuerza del freno de mano y antes de que el coche se hubiera detenido del todo, Nuria se dirigía hacia la retroexcavadora gritando su nombre con la voz desgarrada por el dolor.
A trompicones llegó hasta la máquina para comprobar que la puerta estaba cerrada con llave y que allí no estaba ni Ángel ni su quad. La desesperación y la impotencia acabaron con las pocas fuerzas que le quedaban y se derrumbó sobre sus rodillas llorando con un desconsuelo imposible de mitigar.
– ¡¡Nuria, Nuria!! ¡¿Qué pasa?! –Joaquín gritaba su nombre mientras con una agilidad impropia de su edad, corría para cogerla por lo brazos y ayudarla a levantarse–. ¡Contéstame, por favor! ¿Qué pasa?
Joaquín la sujetaba contra su cuerpo para evitar que volviera a caer al suelo. Las piernas no le obedecían y su mirada estaba perdida entre las lágrimas y el desaliento.
– ¡Ángel! ¡¿Dónde está Ángel?! –consiguió decir entre sollozos.
– Todavía no ha venido. ¿Pero que pasa…? Tranquilízate y cuéntamelo. ¡¡Cuéntame lo que sepas, que me estás asustando!!
– Creo que le ha pasado algo malo… estoy convencida… ha sido un presentimiento pero ahora me doy cuenta de que es cierto.
El tono desgarrador de las palabras de Nuria en poco tranquilizaba a Joaquín. Desde el momento en que la vio llegar dando bandazos con el coche, presintió que algo grave había ocurrido. Por eso abrazándola con el cariño y la ternura de un padre, consiguió ir tranquilizándola lo suficiente para que le contara el motivo de aquel estado de excitación y desasosiego.
– ¿Estás segura de que no se ha quedado dormido?
– ¡Segura! El quad no estaba en su casa. He llamado varias veces al timbre y no contestaba nadie. El móvil tampoco lo coge. Además lo he visto. ¡Le juro que lo he visto! No ha sido un sueño. Ayer nos pasó algo parecido. Fue telepatía o como se quiera llamar, pero el caso es que él era capaz de saber lo que yo estaba pensando. ¡Le juro que es verdad! He visto cómo le amenazaban con una pistola. He podido sentir su miedo ante la seguridad de que lo iban a matar ¡Y no podemos hacer nada!
– ¿Pero… quién y por qué iba a querer matarlo?
– Lo tienen atado a una pared de ladrillos –Nuria no quería responder a la pregunta de Joaquín, por lo que continuó contándole lo que había visto–. Es un túnel de ladrillos. Como un túnel del metro pero hecho con ladrillos. Entra mucha luz por los tragaluces que hay en el techo… pero la bóveda del techo está muy negra. Aunque él no tiene miedo a morir, esta aterrorizado por algo. ¡Pero todavía está vivo! ¡¡Diooos!! ¡¿Pero cómo puedo hablar así?! Solo de pensar que vaya a morirse, se me queda vacía el alma –se secaba las pocas lágrimas que todavía afloraban de sus ojos y se arrastraban por sus mejillas llevándose con ellas los últimos deseos de vivir de Nuria.

– ¡¿Has dicho que la bóveda del techo está negra?! –preguntó Joaquín con impaciente nerviosismo.
– ¡Si! Negra como si hubieran quemado el túnel –Nuria levantó la cabeza mirando con ansiedad a Joaquín por ver si aquello era un dato importante.
– Creo que lo que describes puede ser el tejar.
– ¡¿Qué es eso?! ¿Qué es el tejar? ¿Dónde está? ¿Podemos ir? –las preguntas de Nuria se amontonaban en su mente mientras todo su cuerpo suplicaba a Joaquín que le diera la más mínima posibilidad de hacer algo.
– Es una antigua fábrica de tejas. Lleva muchos años abandonada. Aunque está cerca de La Nava, queda muy a trasmano de todos los sitios, por lo que si se trata de hacer algo a escondidas es un buen sitio.
– ¡¡Vamos; suba al coche!! Estoy segura de que aún esta vivo. Es posible que esté herido, pero todavía está vivo. ¡¡Vamos!!
No es que Joaquín no quisiera ir. Tampoco se estaba haciendo el remolón. Si caminaba despacio en dirección al coche de Nuria era porque estaba haciendo sus propios cálculos.
Nuria le apremiaba desde el interior del coche que ya había puesto en marcha y que no se había molestado en dar la vuelta porque pensaba salir marcha atrás hasta el camino grande.
– ¡Bájate! –dijo Joaquín después de haber tomado una decisión.
– ¡¿Queé?! –preguntó sorprendida Nuria.
– Que te bajes del coche. Vamos a ir con éste –Joaquín arrancó el motor de su quad y mientras se subía en él continuó dando la explicación–. Por la carretera hay que dar un rodeo enorme. Si vamos con el quad por el camino del río, estaremos allí en diez minutos o menos.
Nuria no se lo pensó dos veces. Apagó el motor y cuando iba a subirse al asiento, se dio la vuelta para recoger del coche su pequeña mochila. Seguramente ella hubiese conducido algo más rápido, pero sin duda alguna Joaquín sabía manejar aquella máquina. El camino discurría río arriba por parajes que en ocasiones resultaban complicados de sortear. Joaquín conocía la zona mejor que nadie y se adelantaba a cualquier obstáculo que pudiera suponer un peligro maniobrando con mucha habilidad. Esa habilidad y el casi inexistente ruido del motor, hacía que pareciera que fueran más despacio de lo que en realidad iban.
Aquellos tubos de escape de carbono habían sido sugerencia de Joaquín, pero fue Ángel el que se encargó de comprarlos e instalarlos. Al recordarlo, también a Joaquín se le llenaban los ojos de lágrimas. Lo quería como a un hijo y el chico le correspondía de igual forma. Su anciano corazón no soportaría semejante pérdida. No quería creerse lo que Nuria le había contado y guardaba la esperanza de que todo aquello fuese una equivocación.
A medida que se iban acercando al tejar, el corazón de Joaquín se iba acelerando sin que él pudiese hacer nada por evitarlo. Cuando estuvieron a unos quinientos metros de las naves, abandonaron el camino para cruzar el río y continuar campo a través. Dieron un pequeño rodeo para acceder por el sitio más seguro y más protegido. Resultaba asombrosa la capacidad de observación de su compañero de viaje. De vez en cuando le hacia indicaciones a Nuria para que se fijase en algún detalle que él consideraba importante y que podía proporcionar alguna pista sobre lo que podían encontrarse.
Se detuvieron a unos ochenta metros del edificio más grande y mejor conservado. Se bajaron del asiento y mientras Joaquín escudriñaba con sus prismáticos todos los rincones de la desmantelada fábrica, Nuria sacaba de su mochila la pistola con la que nunca se había enfrentado a una situación como aquella.
– Hay un coche oscuro en la puerta de la nave –informó Joaquín–. Yo diría que son dos, pero pueden ser tres. El coche ha venido dos veces, las roderas se marcan perfectamente en el polvillo rojizo… el mejor sitio para entrar parece ese pasillo de la derecha… hay muchos escombros, pero eso mismo te proporcionará un buen abrigo. Mucho cuidado con

los cascotes sueltos, pueden delatarte. Desde aquí no se ve a nadie. Voy a situarme al otro lado para tener mejores ángulos… ¿Dejamos abierto el móvil para poder hablarnos?
– No. Apáguelo del todo. Y no se mueva de aquí. Si escucha tiros y yo no salgo, escóndase y espérese a que se marchen.
– Pero… –Joaquín se quedó con la palabra en la boca y las lágrimas en los ojos.
– ¡Confíe en mí! –Nuria apretó con fuerza la mano de Joaquín y se despidió descendiendo hasta el angosto pasillo.

Javier "Madriles" no había perdido el tiempo en comprobar lo que había dentro del saco. No le interesaba permanecer mucho tiempo en la entrada del corral expuesto a que alguien se interesara por lo que hacía, por lo que había cogido el saco de plástico y había salido pitando. Las indicaciones del chico habían resultado exactas por lo que no era probable que le hubiera engañado.
Cuando regresó al tejar con los paquetes, no se encontraba demasiado tranquilo. Durante el trayecto le había dado tiempo a pensar y el resultado de sus reflexiones era cuando menos inquietante.
Barquero era un hijo de puta despiadado y codicioso que estaba actuando a espaldas de sus propios compañeros del Grupo. No creía que fuese tan cabrón como para jugársela a él, pero no estaba seguro del todo.
– ¡Bueno! Vamos a ver si nos has dicho toda la verdad –"Madriles" cogió el saco del maletero del coche y esperó a que Barquero se acercara para que comprobara el contenido. Se quitó de nuevo el pasamontañas que acababa de ponerse, Barquero ya no llevaba el suyo y le había puesto una especie de bolsa de papel en la cabeza de Ángel. Después de una breve inspección confirmó que allí estaba todo lo que ellos habían dejado.
– Esto es como robar a una borracha –alardeó Barquero.
– ¿Qué crees que sacaremos por todo? –preguntó "Madriles" ya que él no estaba muy puesto en el tema.
– Cincuenta mil si lo despachamos de una vez.
– ¿Cincuenta para cada uno?
– Cincuenta en total. Y eso tirando para arriba.
– ¡¿Solo?! –preguntó extrañado "Madriles".
– ¿Pero tú que pensabas sacar?
– No sé. Pero el riesgo que hemos corrido para veinticinco mil euros, no se si merece la pena.
– ¡¿Riesgo?! ¿De que riesgo hablas? En tu puta vida habrás conseguido tanto en tan poco tiempo.
– ¡Ya! Pero nos estamos jugando el puesto. Si a éste se le ocurre denunciarnos podemos tener problemas.
– Con una bala en la cabeza, no creo que pueda denunciar a nadie.
– ¡¿Lo vas a matar…?! ¿Te lo vas a cargar por veinticinco mil euros?
– Tú, te lo vas a cargar por veinticinco mil euros. Yo lo mataría por el simple hecho de ser un camello.
– ¡Ni hablar! Yo no me pringo por esa mierda.
– Me parece que no te queda más remedio. Ya estás pringado hasta las trancas. De todas formas, si es por dinero no hay ningún problema. Puedes quedarte con todo. A nosotros lo que nos interesa es mandarle un mensaje claro a la tía esa, para que no se le ocurra abrir la boca. Eso sí, tendrás que encargarte tú de darle salida a la mercancía. No pensarás que encima te vamos a llevar la pasta a casa.

– Es que yo no creo que haya ninguna necesidad de matarlo. Tenemos lo que queríamos. Él no va a denunciar nada porque tendría problemas para explicar la procedencia de la droga. Le hemos dado un buen susto y no es fácil que quiera volver a buscarse problemas… yo creía que le daríamos unas hostias y lo dejaríamos aquí para tuviera que marcharse arrastrando.
– ¡Lo que te pasa en que no tienes cojones! –ahora Barquero hablaba en un tono más alto porque no le importaba que el chico le oyera–. No me extraña que estés aquí en un destino de mierda. ¡Anda, vete a soltarlo!
Para Javier "Madriles" aquello era un alivio. Efectivamente era un jactancioso y chulesco perdonavidas, pero nunca había matado a nadie. Ni siquiera había disparado contra ninguna persona. Por un instante llegó a arrepentirse de haber hablado con Barquero. Desde el primer momento se dio cuenta de que estaban en mundos diferentes, pero le atraía la idea de codearse con la elitista gente del Grupo. Aunque al principio le gustaba obedecer las órdenes que él le daba, a medida que pasaban las horas se iba dando cuenta de que llevarle la contraria podía suponer un grave peligro.

Nuria escuchó con claridad las palabras de Barquero que le permitieron un pequeño respiro. Se encontraba a unos quince metros de ellos y a unos veinticinco de Ángel que permanecía de pie, con las manos atadas por la espalda y con una bolsa en la cabeza.
Ella se encontraba en una posición complicada para poder intervenir y muy delicada por sus circunstancias particulares. La tensión del momento y los nervios acumulados le impedían controlar algunos músculos de su cuerpo. Las rodillas le temblaban y los dedos de las manos no eran capaces de mantener la pistola quieta.
En aquellas condiciones, intervenir parecía un suicidio. Además después de escuchar a Barquero, cabía la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad y permitiera que "Madriles" soltase a Ángel.
A mitad de camino para cumplir la orden de soltarlo, "Madriles pisó uno de los muchos trozos de teja que se encontraban desperdigados por el suelo y al romperse hizo que se desequilibrara.
Ese pequeño desequilibrio fue suficiente para que el proyectil disparado por la pistola de Barquero no le impactase en el medio del corazón. La bala atravesó a "Madriles" de lado a lado y la sangre salpicó incluso la bolsa de papel que Ángel tenía en la cabeza.
Mientras el cuerpo de Javier "Madriles caía al suelo gravemente herido, Nuria corrió hacia Barquero sin ser consciente de si sus piernas obedecían a su cerebro. Como una loba dispuesta a dar su vida por lo que más quería, disparó todas las balas del cargador en un vano intento por abatir a aquel asesino.
Con una pistola del nueve corto y corriendo como una loca tenia muy pocas posibilidades de acertar a su objetivo. Barquero ya había vivido algunas situaciones parecidas. Sabía que las posibilidades de ser siquiera herido, eran muy pocas. Por eso y por la satisfacción de poder matar tres pájaros de un tiro, aguantó con chulería la andanada de Nuria.
Cuando el cargador de la pistola de Nuria se vació por completo todavía se encontraba a unos cuantos metros de Barquero. Se detuvo al comprender que ya todo era inútil y continuó apretando el gatillo una y otra vez con la mirada perdida esperando el inminente final. Barquero se mantenía inmóvil apuntando a la cabeza de Nuria con su arma del nueve largo, pero en vez de dispararle, se giró para acabar primero con Ángel.
Posiblemente la soberbia; la crueldad o la perversión de aquel despojo humano, le llevó a apuntar su arma a la cabeza de Ángel mientras giraba la suya noventa grados para poder observar la expresión de Nuria al ver cómo disparaba.
Quizá la intención solo era hacerla sufrir un poco más demostrándole que su valeroso gesto no había sido más que una estupidez. Que no solo iba a morir ella sino que iba a

contemplar cómo mataba a su amigo. O quizá es que a ella le reservaba un final diferente que no quería ni imaginar y que la mantenía completamente inmóvil abandonada a su destino.
En esos momentos la vida pasa muy deprisa. Cada gesto, cada movimiento, son captados por el cerebro como si fuera una cámara de alta velocidad. Nuria escuchó el disparo como si se tratara de un cañonazo dentro de sus oídos. Al instante, la cabeza de Barquero se abrió como una sandía traspasada por un obús.
Nuria cerró los ojos un momento y al volver a abrirlos el cuerpo de Barquero yacía en el suelo sobre un enorme charco de sangre. Miró a Ángel que movía la cabeza con energía tratando de quitarse la bolsa de la cabeza y a continuación dirigió su mirada a "Madriles", que se encontraba inmóvil recostado contra la pared de ladrillos, con una mano sobre la herida que le había provocado la perdida de una ingente cantidad de sangre y que en la otra mano mantenía su pistola aún humeante.
Todavía inmersa en esa película donde se amontonaban los acontecimientos y las emociones, recorrió los metros que la separaban de Ángel sin tener conciencia de lo que hacía. Con las manos temblorosas, consiguió quitarle la bolsa para comprobar que aunque estaba amordazado, su mirada indicaba que se encontraba perfectamente.

Cuando apareció Joaquín, Nuria todavía continuaba abrazada a Ángel. Los dos lloraban en silencio mientras ella lo besaba y acariciaba con un profundo sentimiento de cariño.
– ¡¿Cómo sabíais que estaba aquí?! –preguntó Ángel intentando asimilar lo que había pasado.
– ¡Ya te lo contamos después! –contestó Joaquín.
El hombre era el más entero de los tres, por lo que fue él quién tomo la iniciativa. Buscó la llave de las esposas empezando por el cuerpo de "Madriles" que era el menos ensangrentado. Seguramente cada uno llevase su propia llave y no quería tocar los cuerpos más de lo imprescindible.
La encontró dentro del estuche en el que "Madriles" guardaba sus esposas, por lo que apenas movió el cadáver.
Después de desatar a Ángel, se guardó las esposas y volvió a colocar la llave en su estuche.
– ¡Vamos chicos! Hay que sobreponerse rápido. No debemos quedarnos parados. Tenemos que decidir que vamos a hacer.
– Tendremos que dar parte, ¿no? –sugirió Nuria.
– Yo no sé de que va todo esto, pero a mi modo de ver, tendríamos que eliminar cualquier indicio de nuestra presencia y después salir de aquí. Sugiero que nos llevemos todo lo que pueda implicarnos y busquemos un lugar donde recapacitar y desde donde tengamos vigilado el tejar. No es probable, pero si es posible que alguien hay oído los disparos.
– ¡Mis casquillos! –dijo Nuria dándose cuenta de que había regado el suelo con los casquillos de sus balas–. ¡Son siete… tienen que aparecer todos!
– Mientras los buscamos, pensemos en todo que pueda suponer una pista.
– Restos de ADN míos tiene que haber por todas partes –Ángel tenía razón–. En la bolsa, en la cinta aislante…
– ¿Qué bolsa? –preguntó Joaquín que no había llegado a verlo con la cabeza tapada.
– Ya la cojo yo –Nuria sabía dónde la había tirado–. Y la cinta aislante también.
– ¡Busca por aquí, Ángel! –Joaquín le indicó una línea imaginaria–. Todos los casquillos salen expulsados en la misma dirección y a la misma distancia aproximadamente. Yo ya tengo cuatro.
– Yo uno –informó Ángel–. ¡No, dos! He encontrado otro.
– ¡Venga! Solo falta uno. ¿Qué es ese saco amarillo?

– Eso también tenemos que llevárnoslo –Ángel estaba empezando a reaccionar pero de momento no quería que Joaquín supiera lo que había en el saco.
– ¡Aquí, aquí esta! –gritó Nuria que acababa de encontrar el último casquillo correspondiente al primer disparo que hizo.
– Id subiendo vosotros que ahora subo yo –Joaquín cortó unas ramas de genista y borró con ellas todas las pisadas del exterior del edificio. En el suelo de cemento de la nave no se notaban las pisadas, pero en el tramo de tierra entre el coche y la entrada de la fábrica se quedaban marcadas hasta las letras de la suela de las zapatillas.
Aunque Nuria sabía dónde habían dejado el quad, le costó un poco encontrarlo. Los arbustos estaban muy tupidos y ocultaban el vehículo muy eficazmente. Para Ángel la preocupación mayor parecía ser la de saber por qué motivo, tanto Nuria como Joaquín habían llegado hasta allí, por lo que de nuevo se lo preguntó.
– ¡¿Me vas a decir cómo es que sabíais que estaba aquí?!
– Es largo de contar, así que primero vamos a decidir que hacemos. Tenemos dos opciones; dar parte al Cuartel o intentar no mezclarnos con esta gente.
– Si damos parte, los amigos de estos sabrán que nos los hemos cargado nosotros. Aunque la justicia nos declarase inocentes por haber actuado en defensa propia, como ves, estos no tenían intención de llevarme al juzgado.
– Os quedaríais con el culo al aire –Joaquín, sigiloso como siempre, acababa de reunirse con ellos y había escuchado la última parte de la conversación–. Yo opino que lo mejor es desaparecer, pero lo cierto es que yo no sé la historia completa.
– Luego te daremos detalles. Por ahora tienes que saber que estos y otros compañeros suyos de la policía judicial, metieron en casa de Nuria unos paquetes con droga. Su objetivo era que la condenaran a más de seis años de cárcel. Yo los vi e hice desaparecer los paquetes. Cuando registraron la casa, al no encontrar la droga tuvieron que soltarla. Todavía tiene el juicio pendiente pero seguro que la absuelven.
– Lo que ocurre –continuó Nuria–, es que aunque el tema legal lo tenemos controlado, no contábamos con que estos tíos son unos asesinos.
– ¡Resumiendo! –atajó Joaquín–. Que estos sabían que tú tenias su droga y te han obligado a decirles donde la guardabas.
– No podían saberlo. Pero resultaba fácil imaginarlo. Estaban convencidos de que la tenía yo. Si yo no les hubiera dicho donde estaba, me habrían matado a mí y después hubieran ido a por Nuria.
– Has dicho que la droga la pusieron estos y otros compañeros. ¿Qué sabemos de los otros?
– Eso es lo más raro. Tenemos intervenidos sus teléfonos y ninguno ha hablado de nada de esto.
– ¡¿Que tenéis intervenidos sus teléfonos?! ¡¿Pero vosotros a qué os dedicáis?!
– Eso también lo dejamos para más tarde –fue Nuria la que contestó porque era a ella a la que miraba Joaquín. Él no podía pensar que lo de intervenir teléfonos fuera cosa de Ángel, así que tenía que ser cosa de ella–. Pero es verdad que podemos saber si estos actuaban solos, escuchando las conversaciones de los otros. Por si fuera poco, uno de ellos no pertenece al Grupo. Javier estaba destinado aquí en La Nava. Creo que en realidad ellos dos se conocían de la Academia.
– Es posible –Joaquín discurría con la lógica del que desconoce cualquier tipo de razones oscuras–, que solo fuera cosa de estos dos. Por lo que yo entiendo, no tenían intención de comentar esto con nadie.
– Yo también pienso que actuaban por su cuenta. Anoche, como todas las noches, comprobé sus conversaciones y no había nada de nada.

– Entiendo que la primera opción; la de dar Parte, la descartamos, ¿no…? –Nuria hizo la pregunta de forma retórica–. Pues la mejor forma de que no haya más implicados es simular un ajuste de cuentas. Eso siempre debilita la investigación.
– ¡A ver! A ver eso –Ángel empezaba a coincidir con la táctica de Nuria–. ¿Qué ocurriría si dejamos toda o parte de la droga…, por ejemplo dentro del coche? Si simplemente dejamos algo de cocaína, efectivamente pueden llegar a la conclusión de que se trata de un ajuste de cuentas. Pero si dejamos todo el paquete, además de eso, a poco listos que sean los de la Judicial, se darán cuenta de que todo el asunto lo han manejado estos dos para quedarse con el botín.
– Es posible que los de la Judicial incluso lleguen a pensar que la droga nunca estuvo en mi casa… ¿de acuerdo entonces?
– Sería una forma de quitárnoslos de encima para siempre.
– ¡A mí no me miréis! –exclamó Joaquín–. Yo desde el principio he dicho que lo mejor es poner tierra de por medio.
– ¡Decidido entonces! –Ángel sacó el paquete de la bolsa de plástico e hizo un pequeño corte en una de las esquinas. Como vio que Nuria y Joaquín lo observaban con expectación, les explico el motivo–. Pienso dejar un poco de polvo junto a ellos y no quiero dejar huellas.
– Eso es pensar con la cabeza –dijo Joaquín–. Lo de las huellas, me refiero. Pero lo otro no. Por varias razones, el que va a bajar seré yo. Si queréis saber las razones, como vosotros decís: luego os las cuento.

Un quad como aquel, apto para arrastrar un remolque, circulaba sin ningún esfuerzo campo a través con los tres pasajeros. Joaquín casi estaba sentado sobre el depósito de gasolina y Ángel prácticamente viajaba sentado encima del cofre, pero los dos eran felices de llevar a Nuria a su lado. Mientras Ángel se sujetaba a los hierros de la parrilla, Nuria iba abrazada a Joaquín, que a pesar de la incomodidad conducía suavemente incluso cuando atravesaron el río.
Durante el trayecto no hablaron nada. Aunque el quad era extremadamente silencioso, todos sabían que para salvar el ruido del motor habría que hablar demasiado alto y resultaba inapropiado.
Al llegar al Silincio los tres estaban deseando hacer la serie de preguntas que durante el recorrido habían ido acumulando. El primero en preguntar fue Joaquín. Nada más apagar el motor se dirigió a los dos para invitarles a que empezaran la historia desde el principio.
– Tengo muchas preguntas que haceros, así que si os parece, preparo una infusión y nos sentamos para que os expliquéis con calma.
– Yo si que estoy un poco más tranquila, pero de ahí a estar calmada…
– Por eso digo que voy a preparar una infusión. Para tranquilizarnos todos un poco.
– ¿Una infusión de qué? –preguntó Ángel–. ¿Una tila?
– Algo parecido –Joaquín ya había encendido el infiernillo y estaba llenando de vino un cazo de porcelana–. Es una receta de mi mujer. Bueno, en realidad era de su abuela, pero es igual. Da muy buenos resultados y os aseguro que es lo que yo necesito en estos momentos.
– ¿Va a hacer una infusión calentando el vino? Creo que yo no me lo voy a tomar. El vino caliente tiene que saber a estiércol.
– Luego lo pruebas y me dices –Joaquín sacó un colador de tela de uno de los cajones y le echó tres puñados de hierbas secas que había sacado de una de las latas antiguas de cola–cao que poblaban el vasar–. Tenemos que dejarlo reposar cinco minutos. De modo que vamos a la mesa de fuera y empezáis a contarme.
– ¿Qué hierbas has echado, si no es un secreto?

– Lo secretos son los que os traéis vosotros… nada más lleva granadilla y adelfas. Yo le digo a mi mujer que lo que en realidad tranquiliza es el vino… pero ella asegura que son las hierbas. ¡A ver! ¿Quién empieza?
– ¡Verás! Desde hace muy poco, tanto Nuria como yo hemos llegado a la conclusión de que esto solo es la punta del iceberg. Nuria tenía un amigo y compañero en su destino anterior, que parece ser que se enteró de que los de la Judicial nos tenían a todos pinchados los teléfonos, y que cuando se enteraban de algo, fabricaban los indicios para que los jueces les autorizasen las escuchas. Más tarde, un reducido grupo de ese cuerpo, encontró la forma de hacerse millonarios con la información de que disponían perteneciente a todos los incautos ciudadanos.
– Como sospecharon que mi amigo podía haberlo descubierto, lo mataron inyectándole una sobredosis –Nuria siempre estuvo segura de que Juanma no se drogaba–. Pero debieron pensar que mi amigo me había contado algo y sin saber cómo ni por qué, me prepararon un expediente y me trasladaron aquí forzosa.
– Por el motivo que fuera –continuó Ángel–, debieron entender que aun lejos de ellos, podría significar un problema grave y trataron de quitársela de en medio acusándola de un delito contra la salud pública. Como yo les estropeé el invento, estábamos convencidos que más pronto o más tarde tratarían de interrogarme. Aunque no tenían ninguna prueba era el único sospechoso. Utilizamos el scanner que trajimos aquí para medir las señales de radio, con el fin de grabar sus conversaciones de la misma forma que ellos nos graban a nosotros.
– Estábamos tranquilos porque Ángel revisaba todos los días esas conversaciones y daba la impresión de que se habían olvidado de nosotros. De hecho creímos entender que tenían orden de olvidar el tema. Cuando fuimos de compras a Burgos, nos pararon en un control rutinario y uno de los del control era Javier, al que el de la judicial le pegó el tiro por la espalda. Desde el momento que nos vio se quedó muy mosqueado. Supongo que el hecho de que el Lexus estuviera a nombre de Ángel le hizo pensar que si tenía tanto dinero tenía que ser un camello.
– Hasta aquí las cosas encajan más o menos. Esperad un momento que voy por las infusiones. Hay que tomarlas calientes.
– ¡Voy con usted! Tú quédate –Nuria puso su mano sobre el hombro de Ángel para impedir que terminara de levantarse–. Para traer tres tazas no hace falta tanta gente.
– Pensaba traerlas en una bandeja, pero si me acompañas no hará falta.
Tuvieron que volver a dar un calentón al cazo porque se había quedado un poco frío. Después colaron cuidadosamente el caldo y llevaron las humeantes tazas a la mesa.
– ¿Ya lo has probado? –pregunto Ángel a Nuria que se acercaba con una taza en cada mano.
– Todavía no. Me recuerda al té caliente que toman los árabes en el desierto. Siempre he pensado que hay que estar loco para tomar una infusión caliente con la temperatura que hace.
– ¡Venga! probadlo los dos y me contáis.
Ángel fue el primero en probar y después de hacer un gesto de asco, simuló que iba a vomitar. Tomó otro trago y volvió a repetir la pantomima. El tercer trago casi se lo toma junto con la taza debido a la colleja de Nuria.
– ¡¿Se da usted cuenta de lo payaso que es?! –Nuria no esperó la opinión de Ángel para dar un trago de aquella infusión que para ser sinceros olía maravillosamente bien.
– Dentro de media hora nos habrá hecho efecto. Ya veréis cómo me lo agradecéis. Es mucho mejor que las pastillas. A mi las pastillas me atontan, en cambio esto me relaja y me deja pensar.
– ¿No has pensado en patentarlo? Si funciona como dices podrías hacerte de oro.

– No sé yo que tal se vendería. El vino es del 96.
– ¡Joder! Cada infusión sale a diez pavos por lo menos.
– Cuanto mejor es el vino, más despejada te deja la cabeza. Os aseguro que yo necesito tenerla despejada. Hasta ahora lo que habéis contado es comprensible; extraño pero comprensible. Lo que yo no entiendo es cómo Nuria se entera de que te han secuestrado y además sabe dónde estás.
– Esa es la pregunta que le vengo haciendo todo el rato. Espero que la infusión también me ayude a mí a entenderlo.
– Y a mí a explicarlo –dijo Nuria dispuesta a empezar–. ¡Veréis! Esta mañana me ha despertado lo que pensé que era una pavorosa pesadilla. Un sueño muy raro en el que vi cómo mataban a tu padre y después violaban y mataban a tu hermana y a tu madre. Las secuencias de imágenes eran dolorosamente reales, por lo que veía con nitidez las caras de los hombres y todo lo que había alrededor. Me desperté muy asustada cuando esos mismos hombres iban a violarme a mí. Me levanté de la cama muy excitada y traté de calmarme tomándome un café muy cargado para despertarme completamente. Sin embargo, el café no solo no consiguió que me tranquilizara sino que continué teniendo imágenes del sueño a pesar de que estaba completamente despierta.
Necesité apenas unos minutos para darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. Ayer –incidió dirigiéndose a Joaquín–, Ángel y yo tuvimos una especie de experiencia telepática. Por lo increíble de tal experiencia, yo no me lo tomé completamente en serio. Pensaba que Ángel me estaba gastando un bromazo, pero cuando empecé a atar cabos comprendí que aquello no era un sueño. Realmente esta viviendo las sensaciones de Ángel. Lo que yo soñaba era lo que Ángel estaba viviendo en esos instantes.
Lo primero que hice fue llamarle por teléfono. Desde que me detuvieron, él nunca lo apaga. Lo tiene conectado con el sistema de avisos de las escuchas de forma permanente. Ahí empezaban a confirmarse mis suposiciones. Bajé a su casa, pero no contestaba nadie al timbre. Entré en el garaje y comprobé que no estaba el quad, por lo que estaba claro que se había ido a trabajar. Continué llamando al móvil cada dos minutos, pero seguía apagado o fuera de cobertura.
Solo quedaba una esperanza y me aferraba a ella con todas mis fuerzas. Ángel podría estar trabajando y se le habría roto el teléfono. O en el peor de los casos podría haber sufrido un accidente y estar inconsciente. Conducía por el camino mirando hacia todos lados, intentando encontrar algún indicio de que hubiera habido algún accidente pero lo único que conseguía era pegar bandazos de un lado al otro del camino.
– De eso doy fe yo –intervino Joaquín–. Conducía como una loca. Le faltó el canto de un duro para estrellarse contra la entrada. A pesar de que me puse en marcha en cuanto vi el coche, cuando llegué aquí abajo ella ya se encontraba junto a la retro, llorando como una magdalena.
– ¡Ya me dirás! Mi última esperanza era que estuvieras trabajando, pero al no ver el quad por ninguna parte y comprobar que la retro estaba en el mismo sitio donde la dejaste ayer, se me cayó el alma a los pies.
Lo que no me explico es cómo Joaquín me creyó. Yo contándole una historia alucinante y agónica, y él –se levantó y abrazó con fuerza a Joaquín–, ¡mi héroe! En vez de decirme ¡calla loca!, me dice que conoce el sitio que le estoy describiendo. El resto es casi todo merito suyo. Si hubiéramos ido por la carretera, seguramente hubiésemos llegado demasiado tarde y ahora te estaríamos llorando.
– No estés tan segura –Ángel disponía de más datos que ninguno de los otros dos, por lo que se atrevió a aventurar lo que podría haber ocurrido–. Creo que el final hubiese sido el mismo aunque no hubieseis llegado a tiempo. Recalco lo de a tiempo porque lo que no sé es si habría conseguido soltarme yo solo. Pero ellos habrían muerto igual.

Nuria continuaba de pie detrás de Joaquín todavía abrazándolo por la espalda. Ángel los miraba a los dos juntos esperando la explicación de aquellas palabras y analizando la conveniencia de continuar su comentario.
– ¡¡Vamos… continúa!! –chilló Nuria–. ¡No nos dejes así! Que aunque me esté haciendo efecto el brebaje, todavía se me puede soltar un buen bofetón.
– Pues…, es que estoy convencido de que lo he matado yo.
– ¡Ya…! A ti el brebaje te ha hecho más efecto que a mí.
– Yo no opino –se apresuró a decir Joaquín al ver que Nuria buscaba su complicidad para declarar a Ángel oficialmente loco–. No sé si es el brebaje como tú lo llamas o que me estoy haciendo mayor, pero yo dejaría que el chico se explicase. Creo que hoy estoy abierto a asimilar cualquier otra increíble historia.

– Os lo voy a contar a pesar de que sé que os vais a reír. ¡Tengo poderes mentales!
– ¡Di que sí, chaval…, con dos cojones! Ya veo que he puesto demasiada dosis de hierbas.
– Esto es de locos, hace un par de horas teníamos un pie en la tumba y ahora me estoy descojonando con las payasadas de SuperMan. ¡Claro que tienes poderes! ¡Ven aquí cariño mió! –Nuria se acerco a abrazar a Ángel– No te preocupes que conduciré yo. Tú descansa y prométeme que no vas a volver a probar el brebaje de Joaquín.
– La verdad es que me siento como si estuviera en la gloria. Yo me tomaría otro. Además tengo que contaros otra cosa. No tiene nada que ver con esto… o quizá si… no sé. Ya veremos. Esta tarde he quedado con mi padre para que nos reunamos los cuatro. Pensaba daros una sorpresa pero creo que este momento y este sitio son más adecuados. Entre lo que os voy a contar y el brebaje, se nos va a olvidar que hay dos muertos en el tejar.
– Dos asesinos hijos de puta –Nuria quiso matizar la diferencia.
– ¿Os acordáis de vuestras teorías sobre la losa de la cripta?
– Yo no le llevé a tu madre las fotos.
– Lo sé. Pues bien, creo que estabais en lo cierto. El dibujo representa exactamente lo que dijo Nuria, un paracaídas. Y tú, Joaquín, también acertaste con tu hipótesis. El paracaídas servía para facilitar el descenso de una especie de nave espacial. Concretamente un satélite espacial, posiblemente de comunicaciones.
– ¿Decía eso la inscripción de la losa? –preguntó Joaquín.
– No puede saberlo porque las fotos me las llevé yo. ¿Cómo puedes estar tan seguro?
– Espero que cuando os lo diga, me obsequiéis con vítores y abrazos. Tú, Nuria, si quieres puedes incluso besarme. ¡¡He encontrado el satélite!! –anunció abriendo los brazos y esperando las felicitaciones.
En vez de los vítores y abrazos lo que hicieron fue quedarse con la boca abierta. Incapaces de asombrarse, tampoco estaban muy seguros de que Ángel no estuviera desvariando por efecto de los acontecimientos. Esperaron en silencio por ver si les ampliaba la información y cuando estuvieron convencidos de que él se sentía satisfecho con lo que había dicho, reaccionaron.
– ¡Te juro que si te estás quedando con nosotros, no vuelvo a dirigirte la palabra! Desde que te he conocido no has dejado de sorprenderme… pero lo que estás diciendo es… ¡es la rehostia!
– ¡Y que esto me coja tan mayor!
– Antes de nada tengo que deciros que según mi padre, nuestro descubrimiento no nos proporcionará un euro y que además no podemos hacerlo público. Las razones que me ha dado son categóricas y coinciden con lo que yo pienso. Luego os lo dirá él.
– ¿Desde cuándo sabéis lo del satélite? –a Nuria no le hacía gracia que le hubieran ocultado semejante información.

– Lo descubrí durante la restauración de las andas de la Virgen. Yo estaba mosqueado desde hace tiempo. Siempre pensé que aquel conjunto tenía algo raro, pero pensaba más en algún tipo de tesoro oculto en el interior de la bola. En realidad estaba convencido que dentro estaba la imagen original de la virgen y que se trataría de una talla valiosa. No lo relacioné con todo su conjunto hasta que no hablamos del paracaídas. Que, por si fuera poco también está con el satélite.
– ¡Eres un cabrón! –Nuria estaba un poco molesta–. Lo supiste por la tarde y no nos dijiste nada.
– Me costó mucho callármelo, pero tenía que consultarlo con mi padre. Joaquín no significaba un problema, pero a ti apenas te conoce.
– Tendría gracia que después de tantos años tuviera que venir una forastera a abrirnos los ojos.
– Mi opinión es que con lo que sabemos ahora, puede que entre todos descifremos el misterio. Si como yo pienso, el satélite estuvo alguna vez en la cripta, puede que la leyenda de la losa diga algo.
– ¡Joaquín! Tiene usted que darme un poco de hierbas para hacerme más infusiones. Reconozco que no solo tienen muy buen sabor sino que es muy eficaz. En estos momentos parece como si solo tuviera pensamientos positivos.
– Esta tarde os llevo un termo recién hecho. Es conveniente que os toméis otra antes de acostaros. Os ayudará a dormir sin pesadillas. ¿Habéis pensado cómo decírselo a Nemesio?
– ¡Pues no! Tengo que reflexionarlo suficientemente. Hay que evaluar las opciones, pero en cualquier caso hoy no lo vamos a hacer.
– Deberás encontrar buenas razones para que yo le oculte algo a tu padre por primera vez en mi vida. ¿De verdad te planteas no decírselo?
– No te preocupes Joaquín, soy consciente de la situación de todos nosotros. Por eso precisamente necesito reflexionar… si podéis aportar algo, os lo agradeceré.
– Yo también opino que no es el momento –Nuria estaba de acuerdo con Ángel–. En tres o cuatro días nos enteraremos del tratamiento que le dan a la investigación y si no nos implica, como espero que ocurra, ya decides la mejor forma de decírselo.
– De momento hoy vamos a seguir con lo que tenía pensado. Lo primero será recuperar el quad. A ver cómo ha quedado. Ya veré la forma de justificar eso, y lo del móvil.
– En el sitio que están es posible que no los encuentren en varios días –apuntó Joaquín–. Yo dejé abierta la puerta de su coche. A cualquiera que lo vea le parecerá extraño, pero no es fácil que alguien pase por allí. Cuanto más tiempo pase, más difícil será determinarse.
– Tienes razón. Por eso se me ocurre que podíamos ayudar a que los encuentren hoy mismo.
– ¡Hombre! Podemos hacer una llamada anónima pero yo no lo aconsejo –dijo Nuria.
– No –continuó Ángel–. Yo estaba pensando en un pequeño incendio. En esta época no tiene nada de raro que se produzcan incendios en el monte. Tenemos una torre de vigilancia en Tajuela de Santa Cruz, a unos cuatro kilómetros del tejar. En cuanto el vigilante descubra una columna de humo llamará al equipo de reten de La Nava y se presentarán allí en pocos minutos. La idea es que para que el Retén pueda llegar al incendio tenga que pasar por el tejar. Habría que encontrar un sitio que no esté demasiado cerca, para que no dé el cante y que además no sea peligroso.
– Por este lado del río –Joaquín volvía a demostrar sus conocimientos de la zona–, al final de la cuesta del Caño Seco han volcado un camión de escombros. Hay bastante material aislante que haría mucho humo y ahí no hay peligro ninguno. La duda es que aunque por distancia le correspondería al Reten de La Nava, el acceso natural es desde Tajuela. Para llegar desde La Nava hay que cruzar el río.

– Si tú fueras el que está en la torre de vigilancia, ¿a quién llamarías?
– Sin duda a los de La Nava. Cuando quiera ver el humo el de la torre, ya habrá subido más de cien metros. A esa distancia es imposible saber con precisión de dónde sale.
– ¿De acuerdo entonces? –preguntó Ángel dirigiéndose a los dos.
– ¿A ver si la vamos a preparar? –advirtió Nuria.
– ¡Tranquila! Un día sin viento como hoy, aunque no llegase el Retén, acabaría por apagarse el solo. Me llevaré una botella vieja de las blancas para que parezca la causante del incendio, en caso de que a alguien le preocupase, que no creo.
– Todas las precauciones son pocas. Asegúrate de que no te vea nadie.
– Aunque me viera alguien por allí, no tendría nada de raro… siempre y cuando no me viera encendiendo el fuego, claro está… el plan me parece perfecto. Si sale bien es imposible que levante ningún tipo de sospechas.
– Solo faltaría que el vigilante de la torre estuviera durmiendo y no viera el humo.
– ¡Cálmate Nuria! –dijo Joaquín–. Los vigilantes no se duermen. Y en el caso de que ese se durmiera, hay otras dos torres que solapan su zona de vigilancia. En cuanto alguno de los seis o siete de la comarca ve algo raro, llama a la base para informar. Como todos los walkies corren en el mismo canal, se entera todo el mundo.
– ¿Todavía llevas el walkie? –preguntó Ángel sorprendido de que no lo hubiera abandonado hacía tiempo–. ¡Si eso ya no se usa!
– Algunos continúan usándolos.
– ¡Pues qué bien, ¿no?! –dijo Nuria–. Así nos enteramos en cuanto den el aviso.
– Otra cosa buena que tienen estos chismes, es que cualquiera puede entrar en un canal y decir lo que quiera sin dejar rastros.
– ¡O sea! Que en el caso de que no vieran el humo, se les podría dar una ayudita.

24

A Nuria y a Ángel les llevó un buen rato recuperar el quad. Después de comprobar que no tenía daños estructurales, volvieron para coger la retro y sacarlo ayudándose con el cazo de la máquina. Casi resultó más problemático recuperar el casco que el propio quad. Se había quedado enredado en las zarzas y tuvo que ser Nuria la que, subida en la pala y con unos guantes de trabajo, fuese retirando poco a poco las espinosas ramas que lo rodeaban.
Aprovechó la ocasión para proveerse de un buen puñado de apetitosas moras que por encontrarse tan protegidas habían podido llegar al punto óptimo de maduración.
Desconocían el resultado del trabajo de Joaquín. Ángel había hecho hincapié en que no les llamara por teléfono bajo ninguna circunstancia, de modo que tendrían que esperar a que regresara para saber cómo había ido.

– Yo tengo que estar un buen rato en casa –dijo Ángel una vez que terminaron de organizarse–. Necesito repasar todas las grabaciones por ver si se me pasó algo por alto. Tendré que escucharlas al completo por lo que me llevará bastante tiempo. ¿Te encuentras con ánimos para llevar las fotos a mi madre?
– Lo cierto es que me sorprende a mi misma. Pero me encuentro muy bien. Después de una situación tan espantosa debería estar temblando durante un par de días y sin embargo estoy como una rosa.
– Me pasa lo mismo que a ti. Supongo que se lo debemos a Joaquín, de modo que habrá que aprovecharlo. Desde aquí nos vamos cada uno a su casa. Tú tienes que sacar el otro teléfono de la cocedora y lo dejas encendido todo el día. Ponlo bastante cerca de la tele para que escuchen lo que quieran. Luego puedes dejar la tele encendida y te subes a casa de mi madre. Con un poco de suerte te obligará a que te quedes a comer con ella. Eso sería una buena idea. Cuando te parezca, y siempre después de tener la traducción, me la bajas para ver si podemos adelantar algo antes de que llegue mi padre.
– ¿A qué hora has quedado con Joaquín?
– A ninguna. Él sabe a qué hora termina mi padre, así que será puntual. Si hubiese algún problema vendría antes, pero espero que no sea así.
– ¿Si voy más pronto, me dejarás ver el satélite? –preguntó Nuria a modo de despedida.
– Prefiero que lo veas cuando esté mi padre. Pero si bajas antes, hablamos de la telepatía. En las últimas veinticuatro horas se han diluido todos los conceptos de mi filosofía.

Media hora más tarde, después de una reconfortante ducha, Nuria se presentó en casa de Elvira. Tal y como Ángel supuso, le pidió que la acompañase a comer y no tuvo que insistir en absoluto. Sobre todo a la hora de la comida, a veces Elvira se sentía muy sola. Desde que la niña se fue al internado solo estaba con ella los fines de semana y no todos. Por si fuera poco, era el segundo año que durante las vacaciones de verano se iba a Irlanda a aprender ingles, donde según la niña se lo pasaba muy bien.
– Este chico siempre anda con prisas. ¡Pues no sé si voy a tener tiempo de hacérselo hoy! –se quejó Elvira al conocer el encargo que le traía Nuria.

– Es que tenemos una hipótesis bastante verosímil y nos reunimos esta tarde con Nemesio y Joaquín para intentar hilvanar las ideas. Si pudieras hacer un esfuerzo, te lo agradeceríamos.
– Seguro que lo más importante que haga en toda la tarde sea la traducción, pero me fastidia que no venga él a pedírmelo.
– ¿Te ha molestado que viniera yo?
– Todo lo contrario. Te agradecería que vinieses más a menudo. Pero no es ese el caso. Lo que pasa es que Ángel no come conmigo casi nunca.
– Lo sé. Me lo ha dicho. Según él, tú eres demasiado aficionada a las verduras y el prefiere la comida de Tanya.
– ¡Será sinvergüenza! Y encima lo va diciendo por ahí. ¿Qué más te ha contado?
– Que te quiere mucho y que eres muy guapa.
– ¡Me extraña que Ángel haya dicho eso!
Nuria se había puesto un mandil, y estaba cortando las verduras para que Elvira las cocinase en la plancha. Tal y como había dicho Ángel, a su madre le gustaban las verduras y las cocinaba con profusión de formas diferentes. No es que fuese vegetariana porque sobre todo el pescado le gustaba mucho, pero las verduras siempre estaban presentes en su mesa.
– Sus palabras exactas fueron: "Es que mi madre está muy buena".
– ¡No me lo puedo creer!… ¿qué tipo de conversaciones tienes tú con mi hijo para que te diga esas cosas?
– Me ha puesto al día en las interioridades del pueblo.
– ¡¿Querrás decir en las mías?!
– También –Nuria continuaba cortando el calabacín sin dar importancia a lo que decía, mientras Elvira la observaba con los ojos muy abiertos.
– ¿Y tú a él que le has contado?
– Pues le he dicho que si él tuviera diez años más, me gustaría casarme con él. Que si su padre no fuera su padre y tu marido, me gustaría casarme con su padre. Y que si su madre no fuera su madre ni la mujer de su padre, me casaría con ella aunque tuviera que cambiarme de sexo.
– ¡Vale! Si le has contado todo eso se habrá dado cuenta de que estás como una cabra y no te habrá hecho ni pizca de caso… pero como sea verdad que le has dicho esas cosas, ¡te mato! ¡Por favor, Nuria!… ¡dime que no es verdad!
– ¿…Que le haya dicho esas cosas?
– ¡Ya sabes lo que quiero decir!
– No sé como puede hablar mal de tus verduras –Nuria cambió la conversación radicalmente–. ¡Esto huele que alimenta! ¿Nos sentamos?
– Espera que miro el horno para ver cómo va el pescado. ¿Te gustará el pescado, no?
– Tengo la suerte de que me gusta todo y que además no engordo. ¡Cosas de la genética! Mi madre es igual que yo. ¿Cómo lo has hecho?

Durante la comida y casi durante el resto de la tarde, no solo hablaron de recetas de cocina y de comida. Hablaron de muchas cosas: de los estudios de ambas; de su época en la universidad; de las expectativas de encontrar trabajo una vez finalizada la carrera, y de muchas otras cosas.
Cada vez que aparecía Ángel como tema de conversación, Nuria lo soslayaba hábilmente. A pesar de que le hubiera gustado estar hablando de él toda la tarde, sabía que se le podía escapar cualquier detalle, que aun pareciendo simple, Elvira podía cazar al vuelo.
Le contó el motivo de sus hipótesis y la importancia que en ellas podría tener el significado de las inscripciones de la losa, por lo que el interés de Elvira creció de forma

insospechada. Desgraciadamente la traducción no reveló nada nuevo. No se diferenciaba apenas de la que había hecho Nemesio en su día, y efectivamente parecía tratarse de una oración.
– ¡Lo siento! –dijo Elvira–. No creo que nada de lo que aquí pone os resulte interesante. Se trata de la misma oración que se le rezaba a la Virgen hace tiempo.
– Eso ya es interesante en si mismo. Significaría que dentro de la cripta estuvo la Virgen en algún momento.
– Puede. Pero la misma oración está grabada en el altar de la Reliquia y allí no ha estado la Virgen.
– ¿El altar de la Reliquia…? ¿Qué es eso? ¿Dónde está?
– ¿No decías que Ángel te había informado de las cosas del pueblo…? Está en la Ermita. En una hornacina de la capilla pequeña.
– ¡¿Podemos verla?!
– ¡Claro!… no sé… ¿Pero que es lo que quieres ver?
– ¡La ermita, la hornacina, la Reliquia, todo! Te das cuenta de que existe una relación directa entre Virgen y la cripta.
– Pero aunque así sea, ¿de qué te sirve?… ¿qué más te da que la Virgen haya estado en un sitio o en otro?
– No sé de qué manera, pero estoy segura de que servirá. ¡Bueno, qué! ¿Podemos ir a verla o no? Si se trata de una reliquia como tal, puede que nos diga algo.
– Es que la Reliquia solo la puede tocar el Obispo. El cura no tiene autorización y mucho menos la Cofradía.
– ¡Joder, Elvira! No me salgas ahora con mojigaterías. Como me digas que es pecado, me desmontas.
– ¿Qué quieres que te diga? Ya supongo que no lo entenderás, pero deberías respetar las creencias de la gente.
Se hizo el silencio y las dos se miraron a los ojos dándose cuenta de que aquel silencio las alejaba con una fuerza incomprensible. Sobre todo para Nuria, resultaba inexplicable que aquella maravillosa mujer abierta al arte; la cultura; la ciencia e incluso a la sexualidad, se enrocara con todos sus efectivos ante una de las quimeras más arraigadas de la humanidad. Poco o nada podía hacer Nuria ante la cerrazón de la beatería. Por eso, cogió las manos de Elvira con sus manos y acercándolas a su boca las beso calidamente.
– ¡Lo siento! Discúlpame. Ya sabes que a veces soy poco delicada.
Elvira permitió que Nuria besase sus manos reiteradamente mientras entre beso y beso le pedía perdón con una traviesa sonrisa dibujada en sus sensuales labios.
– ¡Perdóname tú a mí! Ya se que no lo entendéis. Para mí la Reliquia es una cosa sagrada. No se trata de pecar o no pecar. Se trata de devoción hacia representaciones divinas que han sido objeto de culto de mucha gente durante miles de años.
– No te angusties que no hay motivo. Además creo que tu aportación puede ser valiosa. Me llevaré la traducción y ya te contaré si hemos sacado algo en claro.
– Te agradecería que no hicieseis mofa de la religión.
– ¡Faltaría más!… pero de la Reliquia, ¿podré hablar…, o no?
– Si quieres puedes llevarte una lámina de ella –le ofreció una hoja de papel de tamaño folio con la imagen de la Reliquia.
– ¡¿Queeé?! –la expresión de sorpresa y alegría de Nuria casi asusta Elvira–. ¿Que esto es un dibujo de la Reliquia?
– Tenemos láminas y estampas… ¡Ay Nuria! Cada vez me confundes más. ¿Pero tú que es lo que quieres?
– ¡Esto! Lo que quiero es esto… y a ti –le plantó un “pico” en la boca y se fue apresuradamente con su preciada información–. ¡Mañana vengo y te cuento!

Elvira se quedó con unas estampas de la Reliquia en la mano y la mirada perdida en el pasillo por la que acababa de salir Nuria. Con la otra mano acariciaba suavemente los labios que aún conservaban el rictus de la sorpresa, mientras se dirigía a cerrar la puerta.

Ángel no había descansado un solo minuto durante toda la tarde. Había escuchado todas y cada una de las conversaciones de todos los móviles registrados sin encontrar el menor indicio que hiciese referencia a Nuria o cualquier otra cosa relacionada con ella.
Incluso los dos números nuevos aparecidos en escena hacían referencia en sus conversaciones a cosas banales. Nada absolutamente que tuviera relación con lo ocurrido ese día, excepto una conversación a última hora entre uno de los números registrados pero sin identificar y un número desconocido, en la que hacían referencia al hallazgo de los cadáveres y se daban órdenes de investigar a un tal Javier Leitarazur.
Después de interceptar esa llamada Ángel respiró un poco aliviado. Estaba convencido de que todo saldría según lo planeado pero escuchar aquella conversación le tranquilizó bastante. Bajó a la cocina para tomarse un tentempié y reponer algo de líquido. Había comido poco y mal. Las prisas por escuchar las grabaciones le habían mermado el apetito, pero ahora que ya se le había quitado un peso de encima, el cuerpo le reclamaba una recarga energética.
El Aquarius era uno de sus vicios y las tartas de queso de Tanya una constante tentación. Podría comerse la tarta entera de una sentada, y seguramente lo hubiese hecho si no hubiese sonado el timbre de la puerta.
Se notaba que el efecto tranquilizante del brebaje de Joaquín estaba perdiendo efecto, porque el salto que pegó en la silla parecía el resultado de un calambrazo.
Cuando abrió la puerta y se encontró la cara de Nuria con una sonrisa de oreja a oreja, más que expulsar el aire de los pulmones para relajarse, parecía que estaba bufando.
– No te esperaba tan pronto. ¿Pasa algo? –pregunto Ángel recuperando la respiración.
– Nada malo –contestó ella alegremente, tranquilizando más aún a Ángel–. Ya tengo la traducción y alguna cosa más.
– ¿Y qué… dice algo?
– Decir…, decir, algo dice. Lo que pasa es que hay que interpretarlo, y me temo que cada uno lo interpretaremos de una manera.
Nuria continuaba hablando mientras seguía los pasos de Ángel en la penumbra del pasillo que conducía a la cocina.
– ¿Pero no está traducido ya?
– ¡Joder que bien te cuidas! –exclamó al contemplar la apetitosa tarta de queso–. Es el triste sino de los pobres; trabajar mientras los ricos os ponéis las botas. La traducción está, pero eso no es lo importante. Lo bueno es que tu madre me ha hablado de una Reliquia de la Virgen. He intentado que me la enseñara pero me ha dicho que la Reliquia solo la toca el obispo… tendremos que mirar ese tema en otro momento. Ahora lo interesante es la lámina que me ha dado, que por lo que se ve, es una copia de la Reliquia. ¡Fíjate! –Nuria colocó sobre la mesa los papeles que traía indicando a Ángel cuál era el motivo de su euforia–. ¿A qué te recuerda este dibujo?
– Si me lo dices tú, no jugamos a las adivinanzas.
– ¡Es el mismo paracaidista que el de la losa! Han estilizado el paracaídas hasta darle una forma similar a un huevo boca abajo. En la parte superior, que es un poco más ancha, el paracaídas como tal, está disimulado por las ondas de las nubes, pero en la parte inferior, la bola sobre la que apoya los pies la Virgen, no es el globo terráqueo. Como puedes

adivinar, las líneas que conforman el óvalo uniendo el paracaídas con la nave, son las cuerdas del paracaídas… ¿¡qué me dices!?
– ¡Alucinarte!… cuando veas el satélite vas a alucinar más todavía. Ahora ya no tengo ninguna duda.
– Pues todavía hay algo más… pon atención en la orla del óvalo… ¿qué ves?
Ángel se inclinó sobre la lámina para tratar de adivinar que era lo que Nuria trataba de hacerle ver pero no obtuvo ningún resultado. Acostumbrado como estaba de toda la vida a ver esas láminas y estampas de la virgen, no encontraba nada que estuviera fuera de lugar.
– No veo nada raro. ¿Voy a buscar una lupa?
– ¡Qué lupa ni qué leches! Se ve perfectamente. ¿No te das cuenta de los dibujos?
– ¡Joder, Nuria! ¡Dímelo de una vez!
– Para una vez que te llevo delantera, déjame disfrutarlo.
– A propósito de disfrutar… antes de que vengan estos, déjame que cargue las pilas.
El apasionado beso pilló a Nuria por sorpresa pero no hizo nada para rechazarlo. Después de los primeros segundos de indecisión, se rindió a las caricias de Ángel que de nuevo la transportaban a un estado psicodélico. Cuando estaba entre sus brazos era incapaz de pensar en la realidad que la rodeaba. De la misma forma que su primer beso en el sótano del aparcamiento, estaba abandonada a los deseos y la pasión de la fuerza incontenible de sus sentimientos.
El ruido de la pesada mesa al desplazarse de su sitio, debido al empuje de los dos cuerpos apoyados sobre ella, les devolvió a la realidad. Todavía abrazados y mirándose a los ojos decidieron poner fin a un momento que a los dos se les antojaba muy delicado.
– ¡Ángel, por favor! No me hagas esto. Y menos aquí en tu casa.
– Son impulsos incontrolables.
– Pues contrólate que nos puede costar un disgusto gordo. No quiero imaginarme lo que hubiera pasado si entra tu padre hace un momento.
– El que tiene que venir ya es Joaquín. En cuanto nos cuente lo que ha pasado me quedaré más tranquilo… ¿Me vas a decir de una vez que es lo que hay en esa lámina?
– ¡Déjame un papel y algo para pintar! En cuanto te los amplíe seguro que te das cuenta.
Nuria hizo algo así como una docena de dibujos aunque al cuarto que pintó, Ángel ya lo había tenido claro. Los dibujos que figuraban en la parte inferior de la orla con la imagen de la Virgen, eran muy similares, si no idénticos a los petroglifos de los alrededores del Silincio.
– Esto empieza a encajar de maravilla. Voy a subir a por el portátil y el resto de la documentación. Si en cinco minutos no ha venido Joaquín nos vamos al taller a ver el satélite. ¡A propósito! ¿No sabrás lo que significan los dibujos?
– No.
– Eso ya hubiera sido demasiado.
– No creo que se trate de una leyenda. Yo también pensé que se podía tratar una “Piedra de Roseta”. Que la parte superior significaría lo mismo que la inferior que está en latín, pero no es así.
– Muy segura te veo para no tener idea de latín.
– De latín no. Pero ya te he dicho que en matemáticas soy muy buena. Los dibujos y las fotos que teníamos no sugerían nada porque no tenían orden ni concierto. Sin embargo, aquí están perfectamente ordenados y sí que tienen sentido. Se trata de un código. No es un tipo de escritura como tal. Es un código en base tres. Como si fuera el binario que está compuesto de unos y ceros; pues este sería triario. No me preguntes para qué sirve o en qué consiste, pero es así. En vez de tener un cero tiene una raya y en vez de un uno tiene dos rayas, es decir un ángulo. Además de esos dos, tiene otro que es un triangulo. Creo que me estás entendiendo pero aun así te lo explicaré mejor: si en el sistema binario el

cero significara nada y el uno, uno. En éste, a mayores tendríamos el que significase varios o muchos. Incluso podría significar, ni una cosa ni la otra.
– ¿Algo así como el neutro? Podría ser positivo negativo y neutro.
– A ver si me estoy explicando como una tonta y resulta que eres tú el que tienes que abrirme lo ojos.
En ese momento sonó el timbre de la puerta. La forma de llamar de Joaquín era siempre la misma e inconfundible, por lo que Ángel le dijo a Nuria que esperara en la cocina a que él abriera.
– Todo a ha salido como pensábamos –dijo a modo de saludo–. Cuando quieras te doy los detalles. ¿Está Nuria contigo?
– ¡Genial! Está en la cocina. Reúnete con ella, que ahora estoy con vosotros. Subo un momento a buscar el portátil.
– ¡¿Cómo estás?! –preguntó Joaquín nada más entrar en la cocina.
– ¡Muy bien! –Nuria se acercó a él para saludarlo con los dos besos de costumbre. Aunque en esta ocasión, el cariño que manaba de aquellos besos demostraba el infinito agradecimiento de Nuria hacia aquel hombre tan singular–. Ángel ya estaba un poco preocupado.
– Ya le he dicho que todo ha ido bien. Ahora cuando baje os cuento los detalles. ¡Qué!, ¿ya has visto el chisme?
– ¡Qué va! La verdad es que hemos estado ocupados con otro tema. ¿Usted ha visto la Reliquia de la Virgen?
– Por fuera, como todo el mundo. No es más que un trozo de tela bendecida.
– Elvira me ha dado esta lámina.
– Esto es una imagen de la caja de la Reliquia. La Reliquia como tal, ya te digo, es un trozo de tela.
– Muchos de los dibujos de la orla se corresponden con los de los petroglifos.
– Si fuese cierto lo que pensamos de que la Virgen ha estado escondida en la cripta, no tendría nada de raro.
– ¡Bueno, ya estoy aquí! –Ángel dejó sobre la mesa el portátil y se sentó en una silla–. Supongo que estaréis deseando ver el artilugio, pero antes tienes que contarnos todo lo que traigas.
– Todo buenas noticias. El walkie ha hecho una labor extraordinaria. Como los muertos los descubrieron los del Retén, no han dejado de dar información durante todo el tiempo. La teoría que barajan es la de que es un ajuste de cuentas entre ellos dos. Por lo que se ve el tal "Madriles" no caía muy bien a la gente. Lo ponen a parir de chulo y mujeriego.
– ¡Perfecto! Mientras se den de hostias entre ellos… ¡seguidme! Ha llegado el gran momento.
– ¿No íbamos a esperar a tu padre?
– ¡Calla, que me ha echado un bronca…! Me ha estado llamando un montón de veces durante toda la mañana para decirme que no lo esperáramos. Que posiblemente llegaría más tarde. Tiene unos jaleos de la leche con el inútil del abogado y los cabrones del seguro de mi primo. Así que empezamos sin él.
– ¿Ya has cambiado otra vez de teléfono? –preguntó Joaquín mientras caminaban hacia el despejado patio.
– Todavía no. Tendré que ir mañana a la Coope para que me den otro. Mi padre me ha localizado aquí en casa. ¡A propósito! Tú, Nuria, tienes que devolverme el móvil que te dejé. La insistencia de tus llamadas podría ponerlos de sobre aviso.
– ¿Qué hago entonces, uso el mío?
– De momento ese lo dejamos como está. Tengo una idea y necesitamos ese móvil para llevarla a cabo.

Generalmente las puertas de las distintas dependencias del patio no se cerraban con llave, pero desde que guardaron el satélite en el taller, su puerta sí que se cerraba. Ángel entró el primero y subió las persianas.
El satélite se encontraba detrás de una lona colgada del techo y perfectamente tapado con su propia tela. Ángel corrió la lona hacia un lado y a continuación, con bastante ceremoniosidad retiró la finísima tela dejando al descubierto aquel insólito aparato.
La expresión de asombro, sobre todo en el rostro de Nuria no pasó por alto para la siempre dispuesta cámara de Ángel. La ocasión sin duda lo merecía. En el improbable caso de que alguna vez pudieran hacer público su descubrimiento sería bueno disponer de algunas imágenes del momento.
Cuando dispuso de una buena colección de fotos las pasó al portátil para ordenarlas en la misma carpeta en la que guardaba todas las del proceso de descascarillado de la bola de yeso.
Estaban viendo aquellas fotos cuando Nemesio llegó por la puerta trasera con la furgoneta de la Cooperativa. Se disculpó por el retraso haciéndoles ver que la culpa era del cretino del abogado que era más torpe que un vencejo y que lo único parecía hacer bien era comer. Lo había tenido esperando toda la tarde para darle una incoherente explicación sobre los formulismos legales que intervenían en los asuntos internacionales: su sobrino que era español, trabajaba para una empresa holandesa cuando el avión en el que viajaba; de una compañía privada norteamericana desapareció en aguas internacionales.
Después de hacerles partícipes de la opinión que tenía del Ilustre Colegio de Abogados, le pidió a Ángel que fuera en busca de su portátil y que de paso trajera algo de beber para todos.
– ¿Estabais mirando las fotos del descubrimiento? ¿Qué os parece?
– Hace unos meses me hubiera parecido increíble –fue Joaquín quien contestó–. Pero en este momento casi hasta me parece normal.
– Lo cierto es que Joaquín ya lo había intuido –dijo Nuria–. Cuando vimos la losa, él enseguida habló de algo parecido. Por eso no me extraña que no le sorprenda.
– Ya sabréis que yo era reticente a que lo vierais, pero Ángel ha insistido y me ha convencido de que teníais derecho a conocer su existencia. Aun así, lo mismo que le he dicho a él, os digo a vosotros: esto hay que mantenerlo en secreto. Bajo mi punto de vista, lo próximo que debería hacerse con él es ocultarlo en alguno de los almacenes de la Cooperativa para evitar disgustos. O eso, o deshacernos de él.
– Yo comprendo tu preocupación –dijo Nuria–, pero creo que la información que puede proporcionarnos resultaría muy valiosa.
– Valiosa ¿Para quién…? Para nosotros no lo creo. Ni aunque tuviera dentro miles de fotos como supone Ángel, nos servirían para otra cosa que no fuera nuestra propia satisfacción. Si efectivamente se trata de un satélite de comunicaciones, su función sería la de recibir unas señales de la tierra y volverlas a enviar de nuevo a la tierra. ¿No es eso?
– Más o menos.
– Pues creo que…, más claro el agua. No sabemos si funciona o si ha funcionado alguna vez. Para que pudiera ser útil necesitaría estar en órbita y me temo que nosotros no podemos situarlo allí. Y finalmente tendríamos que saber cómo enviarle las señales y después cómo recibirlas.
– Podríamos investigar… hacer pruebas…–Nuria intentaba aportar algo.
– Mira a ver si tú le ves algún enchufe o alguna célula fotoeléctrica. Ni siquiera creo que podamos abrirlo sin estropearlo.

– Ya lo hemos estado mirando antes –Joaquín estaba de acuerdo con Nemesio–. Ni siquiera parece posible quitar el objetivo de la cámara… en el supuesto de que sea una cámara.
– Tiene toda la pinta –asintió Nemesio–, y esto otro podría ser otro tipo de sensor; de infrarrojos o vete tú a saber. Quizá hasta sea una fotocélula, pero es que no hay un puto tornillo por ninguna parte. Las antenas posiblemente sí se puedan desmontar, he visto algunas cosas interesantes en Internet –Ángel entraba en ese momento con el portátil–. ¡Vete encendiéndolo!, que os enseño algunas cosas interesantes que he encontrado.

Nemesio había hecho un buen trabajo. Buscando en Internet había recopilado un gran número de referencias. La iglesia de San Pedro de Montalcino tenía la representación más fidedigna del satélite de la Virgen.
Existían multitud de imágenes cristianas, seglares o paganas en las que figuraba una representación similar a la del satélite. Era cierto que en algunos casos la imagen había sido esquematizada hasta tal punto que podía parecer cualquier otra cosa, pero la esfera con las antenas estaba presente en casi todos ellos.
Por supuesto que como hay opiniones para todo, desde la iglesia se defendía la hipótesis de que la esfera en realidad representaba al globo terráqueo, algo difícil de entender por una gente que por aquella época quemaba en la hoguera a los que se atrevían a insinuar que la tierra era redonda, pero que encontraban en esa justificación un motivo para no aumentar el número de misterios de su religión.
Hay que ser muy ingenuo para creerse que lo que representa la esfera del cuadro de la Exaltación de la eucaristía de Ventura Salimbeni es el globo terráqueo. Estaba claro que el descubrimiento del objeto que había podido dar lugar a aquella imagen, significaría un espaldarazo a las teorías más avanzadas, pero no existía una posibilidad real de que aquello fuera a ser así. El satélite no había sido descubierto por la ciencia oficial. Por lo tanto nadie autorizado podría certificar su autenticidad. Claro que si lo hubiese descubierto la ciencia oficial lo habrían ocultado para no complicarse los sueldos.
Después de ver todas las imágenes y la abundante documentación, estaban convencidos de que Nemesio tenía razón en casi todo. Había cientos de ooparts cuya existencia solo se explicaba reconociendo que una o varias civilizaciones habían existido antes que la nuestra, pero la ciencia seguía sin reconocerlo y los ciudadanos decentes preferían pensar en milagros o casualidades explicables mediante autos de fe.

– ¡Bueno! –dijo Nemesio después de consensuar con los otros que el satélite y su representación en el cuadro eran idénticas–. ¡Pues hasta aquí podíamos llegar! Todavía nos queda un buen trecho si queremos llegar hasta el final.
– Para mí, por hoy ya ha sido suficiente –dijo Joaquín–. Me voy a ver si ceno. Vosotros deberíais hacer lo mismo.
– Vamos a cenar los tres aquí, pero si quieres quedarte, seguro que Tanya ha hecho comida de sobra.
– ¡Gracias! Prefiero cenar en casa. Además he dejado allí la fruta. Hay alguna muy madura y no quiero que se estropee.
Ángel cogió la indirecta y enseguida se ofreció para subir a por la fruta en cuanto terminasen de cenar. Consideraba importante tomarse sus dosis de tranquilizante. Sobre todo por Nuria que era la que peor lo había pasado.
Todavía estuvieron un rato en el taller cavilando sobre los dibujos de la Reliquia hasta que Tanya les avisó por el interfono de que la cena estaba preparada.
El gazpacho y el postre los había traído preparados de su casa, pero el pescado lo cocinó allí mismo y estaba a punto para sacarlo del horno. No tenía sentido que Nemesio la

invitase a quedarse porque nunca lo hacía, a no ser que estuviera su marido. Así que después de insistirles que ella limpiaría todo por la mañana se despidió deseándoles buenas noches.
– Te trata como si fueras de la casa –comentó Nemesio dirigiéndose a Nuria-. De lo contrario hubiera preparado la mesa en el salón.
– Me lo tomo como un halago. Además, comer en esta cocina es un verdadero lujo. Es preciosa… yo también suelo comer en la cocina. La mía no es tan grande pero es una gozada. Tenías que haber visto cómo se reía Ángel de mí porque creí que la cocedora era una secadora de ropa.
– Me lo imagino. Además tienes que saber que él se enfadó bastante cuando supo que su madre iba a alquilar la casa.
– Lo mismo sí que se le notaba un poquito la falta de entusiasmo. No solo no entró a enseñarme la casa, sino que me dijo que había fantasmas.
– Lo diría porque su habitación da pared con pared.
– No sé si os habéis dado cuenta de que estoy aquí –se quejó Ángel al que no importaba demasiado ser el objeto de sus mofas.
– Es que no sé si te ha contado que nuestro primer encuentro no fue muy afortunado. Yo estaba de servicio y lo perseguí con la moto por el monte.
– Ya sabes –Ángel se dirigió a su padre–. Un picoleto con ardor guerrero. Te has dado cuenta de que ha dicho "perseguí" y no "perseguí como una loca", que es lo que hizo. Y para nada. Estuvo a punto de partirse la cabeza para nada.
– En la guardia civil siempre pensamos que cuando alguien sale corriendo es porque ha hecho algo malo.
– Y la gente piensa que la guardia civil nunca trae nada bueno.
– Siento decirte –Nemesio se dirigía a Nuria–, que estoy de acuerdo con él. A mí tampoco me gustan los picoletos. Si no hubiera sido porque estábamos con el agua al cuello nunca hubiéramos metido a un guardia en el grupo de teatro.
– Prefiero que hablemos de Ángel. Es más divertido. Además él tiene mucha gracia. ¿Sabes que me dijo cuando le pregunté que si teníais piano en casa…? Me dice: "Sí. Tenemos uno muy viejo"… y lo peor de todo fue que se durmió mientras yo tocaba una sonata.
– ¡Di que no es verdad! –replicó Ángel–. Estaba con los ojos cerrados, pero no estaba dormido. Lo que pasa es que no quería pensar lo que pasaría si te enterases de que una extraña se había atrevido a tocar tu piano. Yo le dije muchas veces que no dejabas que lo tocase nadie, pero ella argumentó que no tenias por qué enterarte.
– ¿Es cierto eso? –Nemesio se puso muy serio y miró fijamente a Nuria–. ¿Tú sabes lo que vale ese piano?
– Me dijo que a ti no te importaría –Nuria se había quedado pálida completamente–. En realidad fue él el que insistió en que tocara.
Al decir esto, Nuria se giró para pedir explicaciones a Ángel que aunque trataba de ocultarlo, no podía aguantarse la risa. Después miró a Nemesio que se encontraba en una situación idéntica a la de Ángel y finalmente exclamó: ¡¡gilipollas!! Los dos sois unos gilipollas.

Fue a partir de ese momento cuando Nuria empezó a ver a Nemesio de una forma diferente. Hasta ese momento lo había tratado como al compañero–director de teatro; como padre de Ángel; como marido de Elvira y como al señor gerente de la Cooperativa.
Por si todo eso fuera poco hacía un rato le había dado una lección de conocimientos y de responsabilidad con el asunto del satélite, que la habían hecho sentirse como una alumna escuchando las explicaciones de su profesor.

Sin embargo, diez minutos en la cocina habían sido suficientes para darse cuenta de lo mucho que se parecían padre e hijo. Y lo más alarmante de todo. Lo fácil que le resultaría enamorarse de aquel hombre con el que soñaba inconscientemente desde el día que la besó sobre el escenario delante de un montón de gente.

– Yo creo que te lo has buscado tú sola. Ángel tiene mala leche y no le gusta que se cachondeen a su costa… no solo no me molesta, sino que me gustaría que lo volvieras a hacer.
– Tampoco hubiera tenido nada de raro que lo quisieras para ti solo. Es una verdadera joya.
– Tenía miedo de rompértelo. Hacía así: –Ángel explicaba a su padre, colocando los dedos sobre la mesa, los gestos de Nuria parodiándolos exageradamente–. Hasta que no di unos puñetazos sobre el teclado, no se convenció de que no corría peligro de estropearlo.
– No me extrañaría que lo hubieras hecho.
– No tanto, pero sí que fue enérgico. Es verdad que no me atrevía. Supongo que estaba impresionada por el ambiente.
– ¿Te apetece volver a tocarlo cuando terminemos de cenar? Te prometo que no nos dormiremos.
– Yo desde luego, no. En cuanto terminemos me voy a casa de Joaquín y después iré a ver a mamá. Hoy no la he visto y eso que había quedado en comer con ella. ¡Una cosa, Nuria! Te molesta si dejo en tu casa la fruta.
– En absoluto.
Nada más terminar de cenar Ángel se ofreció a recoger la mesa para que ellos fueran a la sala de música. En cuanto oyó las primeras notas llamó a voces a Nuria para que se acercase un momento a la cocina.
– Cuando recoja la infusión en casa de Joaquín, te la dejo en la cocina de tu casa –dijo en voz baja mientras escuchaban las notas del piano–. Yo tardaré un buen rato, así que aprovecha que así se las ponían a Felipe II.
– ¡¿Pero cómo eres tan cabrón?! –ella también susurraba–. No voy a aprovechar nada.
– Tú misma. Pero es una ocasión de oro.
– Pero si me has dicho hoy mismo que estás locamente enamorado de mí.
– Por eso mismo. Porque estoy locamente enamorado, tienes que hacerle ver que te gusta estar con él y esperar a ver qué pasa –la besó fugazmente y la empujó con suavidad por el pasillo hasta la puerta de la sala de música.

Una hora más tarde Ángel estaba a la puerta de la casa de Nuria con el termo de la infusión en la mano. Esperaba que ella todavía estuviese con su padre, por lo que le extraño que hubiese luz dentro de la casa. Llamó al timbre con gesto fugaz para que apenas hiciese ruido y esperó a que abriera, imaginando qué podía haber pasado para que ya estuviera en casa.
– ¿Estás sola? –preguntó en cuanto la vio aparecer en el umbral de la puerta.
– ¡Por supuesto! ¿Qué esperabas?
Después de cerrar la puerta, Nuria caminaba detrás de Ángel que se dirigía a la cocina con el termo dispuesto a tomarse la infusión con ella.
– No sé. Lo que no esperaba es que estuvieses aquí tan pronto.
– Qué quieres… tu padre me ha echado.
– ¡No jodas! ¿Que has hecho? –exclamó Ángel girándose hacia ella desconcertado.
– No he tenido tiempo de hacer nada. Tu padre me ha mandado a dormir como si fuera una niña. Eso sí, con un tacto y una cortesía digna de admiración. Pero en resumidas cuentas, me ha despachado con un par de besos en la mejilla… si ya te digo yo que no le gusto.

– Pues si que me extraña –comentó Ángel pensativo–. ¿Qué pasó en la sala de música?
Se encontraban frente a frente en la mesa de la cocina saboreando el fabuloso brebaje de Joaquín. A pesar de que el termo lo había mantenido caliente, Ángel había echado agua en las tazas para calentarlas en el microondas por lo que se encontraba a la temperatura ideal.
– Eso es lo más raro. Fue fantástico. Él terminó de tocar el Nocturno que había empezado y después se levantó de la banqueta para que me sentara yo y él se fue al sillón. Yo intenté poner un poquito de ambiente tocando…, y parecía que la cosa iba bien.
Se colocó detrás de mí, puso sus manos en mis hombros y al comprobar que eso había afectado a mi interpretación, me felicitó para que no continuase. Se sentó a mi lado y comenzó a tocar invitándome a que le acompañara.
Yo creo que lo hicimos muy bien, pero no te lo puedo asegurar. En aquella sala y con él a mi lado, se me venían a la mente escenas de tus abuelos incomprensiblemente alucinantes. No eran tan realistas como las visiones de esta mañana, pero eran algo parecido. No sé que es, pero a mí me está pasando algo raro.
–Yo si sé lo que nos está pasando. No tengo ni puta idea del porqué, pero tengo claro lo que yo he visto. Te lo dije ayer y te lo tomaste a cachondeo, pero estoy seguro de que desde lo de la balsa, nuestros cerebros están conectados en Red… ¡¡¡hostias!!! A ver si mis espermatozoides son unos virus que han infectado tu sistema operativo.
– ¡A ver si te doy una patada en lo huevos y te desinfecto el sistema y se queda inoperante!
– ¡Joder, Nuria! Míralo fríamente. Lo que ocurrió en la balsa no fue normal. Ya partir de ahí han empezado las visones… además yo estoy seguro de que no son solo visiones. Te lo vuelvo a repetir, es como si estuviera dentro de ti. ¿Por qué te crees que me hubiera gustado que estuvieras con mi padre?
– Porque eres un pervertido.
– Porque no puedo sentir celos –continuó sin hacer caso al comentario de Nuria–. Tus sentimientos los comparto como si fueran míos. Ya sé que es muy difícil de creer. ¡Pero es cierto! Tendremos que estudiar esto muy en serio en cuanto acabemos con el tema del satélite y los jaleos de tus amigos de la judicial.
– No sé si será por esto –Nuria indicó la taza con la infusión–, o por lo del satélite y tu padre, el caso es que lo de esta mañana lo veo como un sueño muy lejano. Como una película que hubiera visto hace muchos años y de la que solo recordase algunas escenas. Yo nunca había visto morir así a nadie… quizá eso me ha causado un trauma y no puedo reaccionar ante la tragedia.
– Yo intento olvidarlo y la verdad es que me va bastante bien. He quedado con Joaquín mañana el las Ruinas para que me cuente todos los detalles. Si quieres puedes venir a la hora del bocadillo y así nos lo cuenta a los dos al mismo tiempo.
– Iré. Tengo que olvidar la sensación de desasosiego de ese camino que esta misma mañana se me antojaba interminable.
– ¡A propósito! Ya tengo otro móvil. No te doy el número porque no quiero que me llames. Mañana cambiamos el tuyo, hasta entonces te mando un email para que no estés preocupada por la mañana… me voy. Que entre que no he dormido siesta y el calorcillo del brebaje, veo que me quedo dormido encima de la mesa.
– ¿Te llevas el termo? –preguntó Nuria al despedirse.
– No. Por si lo necesitas por la mañana… si me hiciera falta a mí le diría a Joaquín que me hiciera uno.

25

Durante la siguiente semana apenas habían podido verse más que a ratos cada día. Ángel había empezado el último curso en el instituto y como todos los años, le gustaba ir por delante del temario. De esa forma el profesor resolvía sus dudas después de que le hubieran surgido, que resultaba más coherente que hacerlo antes.
Por si fuera poco, no podía permitirse el lujo de suspender el carné de conducir. Tenía que aprobarlo a la primera por orgullo propio. Así que le dedicaba muchas horas a la autoescuela.
Después de tantos años conduciendo había que tener mucho cuidado con las malas costumbres. A los examinadores les importa un pimiento que tengas los reflejos, la habilidad y la anticipación suficientes como para esquivar a un niño que se te mete delante del coche detrás de una pelota, en menos de un segundo. Sin embargo si no pones las manos en el volante según ellos piensan que lo debe hacer la gente (esto debe ser porque creen que todos los coches son como los F1 que llevan todos los mandos en el volante). Te suspenden de acuerdo con sus mierdas de normas y se quedan tan anchos.
Por su parte Nuria, estaba preparando un examen bastante difícil, por lo visto, y también le dedicaba muchas horas.
Cuando más tiempo pasaban juntos era en los ensayos y lo disfrutaban de lo lindo. Una vez que las obras se estrenan, los ensayos sirven sobre todo para que no se olvide el texto. En este caso, además de eso, los ensayos se hacían para dominar la escena y para pasárselo bien todos juntos.
Dominar la escena era una forma de decir; hacer todos los papeles. Se hacían pruebas; cambios e improvisaciones que resultaban muy divertidas. En este tipo de ensayos existe bastante anarquía. Se pasa de una escena a otra sin ningún orden, dependiendo muchas veces de los actores disponibles en cada momento. Por lo que es habitual encontrar a una actriz que, por ejemplo, hace un papel de fiscal con la ropa de señora de la limpieza de su anterior escena.
Las reuniones posteriores a los ensayos también resultan muy agradables, tanto si se hacen en alguna bodega como si es en el bar del Centro. En esas ocasiones, Nuria había notado una mayor atención por parte de Nemesio, pero nada más que eso. Trataba de no estar a solas con ella y cuando no era así, el tema de conversación era casi exclusivamente el teatro.
– Tienes que ser un poco más dispuesta –le decía Ángel en uno de los ensayos–. Ten en cuenta que él está muy desentrenado.
– Si te parece en la escena final, ya que él no se ha decidido a volver a besarme, lo cojo por el cuello y le doy un morreo.
– Se me ha ocurrido una cosa… ¡je, je! Si es que soy un genio. ¡Pero a ver si esta vez aprovechas, que eres un poco pánfila!
A Ángel no le costó nada convencer a Ángel Luís para que sugiriera que ensayasen también el beso. Al fin y al cabo, ya lo habían hecho más veces. En el teatro pasan estas cosas.

– ¡Escuchadme un momento! –Ángel Luís tuvo que alzar la voz para hacerse oír con todo el jolgorio–. Me parece muy bien el cachondeo. Pero la última vez, el final quedó en el mismo tono que el resto del ensayo: de cachondeo. Os agradecería que a partir de ahora el final de la última escena lo ensayarais como dios manda y como pone en el libreto… dice –leyó el texto–: "Se besan apasionadamente durante unos segundos"... me gustaría ver esa pasión por algún sitio.
– Cuando falte Nemesio, me pido ensayar su papel –propuso Emilio desde el fondo de la sala.
– Y yo el de Nuria cuando no esté ella, que ocurre más a menudo –replicó de inmediato Masun, la novia de Emilio.
– Te tomo la palabra, Masun –aprovechó para decir Ángel Luís–. A ver si empezamos a ser un poco más liberales.
– Tienes razón Canta –intervino Lolo–. La próxima podemos hacerla todos en pelotas, que eso se lleva mucho ahora.
– Consúltalo antes con Araceli –replicó Carlos, que aunque se estaba cambiando no perdía hilo.
– ¿Araceli? ¿Pero queda alguien que no haya visto la película del parto?
– ¡De acuerdo! –concluyó Ángel Luís–. Para la próxima tratamos de consensuarlo, pero en esta ya está dicho todo, así que si no tenéis ninguna cosa inteligente que decir, vamos a continuar.

Espectacular y con lengua. Ese fue el resultado. Ángel disfrutó aquel momento mientras el resto del grupo repetía la cara de asombro. Posiblemente aquello fuera una actuación. Pero, o aquellos eran los mejores actores del mundo, o allí había algo más que arte.
Nuria agradeció los aplausos entre los murmullos y algún que otro silbido de admiración y salió del escenario. Para evitar más suspicacias y porque le apetecía mucho, no se separó de Ángel hasta que no llegaron a la puerta de su casa.
– Esta semana he estado muy liada estudiando, pero para relajarme un poco he consultado algunas cosas sobre el satélite. Si te parece, el sábado quedamos y lo hablamos.
– ¿Has encontrado algo interesante?
– Aún no lo sé. Pero antes que nada quiero hacer unas pruebas y para ello necesito el scanner.
– No hay ningún problema. Hace tiempo que esa gente no habla de otra cosa más que de sus chanchullos. Le han echado toda la mierda encima al "Madriles" y aunque el Coleta no tiene claro cómo podía tener él los paquetes, asumen lo evidente. He pensado yo, que si el Coleta se pone un poco pesado podríamos montarle una buena escena.
– ¡Explícate!
– Me explico. Teniendo en cuenta que tu teléfono lo seguirán teniendo pinchado, la escena sería así: tu amiga Esther te llama para saber que tal estás y aprovecha para reprocharte que no estuvieras en el entierro de "Madriles", que era lo mínimo que podías hacer por él después de haber estado enrollados… tú y yo sabemos que no es verdad, pero ellos no. Conociendo su fama de mujeriego, tampoco sería nada raro… ¡bien! Tú le contestas que echar dos polvos no quiere decir que estuvierais enrollados y que además era un hijo de puta que te robó unas bragas, un DVD y unas llaves de casa.
– ¿Unas bragas, por qué?
– Porque era un hijo de puta.
– ¿Y un DVD?
–Para darle realismo a lo de las llaves de la casa. De esa forma incluso podría ir a dormir cuando tú no estuvieras.

– Me parece un poco retorcido, pero elocuente. Si es necesario lo hacemos, pero si el Coleta no vuelve a decir nada, lo dejamos como está. Tampoco quiero meter a Esther en jaleos si no es necesario… ¡venga! Nos vemos el sábado.
– Supongo que me dejarás entrar para darte un beso de despedida.
– ¡Pues va a ser que no!
– ¡Tendrás valor, después de lo que he hecho por ti!
– Por eso mismo –coqueteó mientras abría la puerta–. No se debe besar a dos hombres el mismo día.
– Tú lo que tienes es mucho morro –Ángel entró tras ella ya que no se había molestado en cerrar. Entornó la puerta con el pie mientras sujetaba a Nuria para que no se marchase–. Un morro que te lo pisas… un morro que… acercó su boca a la de ella y…, les costó mucho… pero mucho, mucho, separarse.

El sábado cuando Nuria llegó al taller, Ángel lo tenía todo preparado. Además del scanner y la cámara de fotos, había colocado la de vídeo de forma que no se perdiese detalle de lo que fueran a hacer. Suponía que el scanner lo utilizaría para medir algo, pero no tenia la menor idea de qué es lo que podía buscar Nuria. Se saludaron con un decoroso beso en la boca y de inmediato Ángel quiso saber que es lo que pretendía Nuria.
– ¡Verás! He estado dándole muchas vueltas a esto y estoy convencida de que los que fabricaron el satélite son los mismos que los que construyeron la antena.
– ¡Bueno! Yo no le he dado tantas vueltas y estoy convencido.
– ¡Calla y déjame terminar! Si este aparato es como suponemos un satélite de comunicaciones, resulta insustancial comparado con la antena… he llegado a pensar que podían proceder de épocas diferentes pero he encontrado muchas lagunas, así que me he decantado por la teoría de que las dos cosas procedan de la misma época.
Partiendo de esa base, esta mierda de satélite no encaja en la grandiosidad de la antena. Tiene que haber algo que somos incapaces de imaginar y que justifique una obra tan desmesurada. Con una antena de ese tamaño y un receptor normalito, podríamos escuchar un walkie como el de Joaquín desde otra galaxia… para qué coño entonces, hace falta un satélite en órbita.
– ¿Me lo preguntas a mí?
– Es una pregunta retórica… pero si puedes contestarla.
– Por poder, si que puedo. Otra cosa será que acierte. Pero yo esperaba que el scanner sirviera para encontrar la solución.
– El scanner es para saber si tiene algún tipo de actividad. ¡Enciéndelo que lo probamos!

Probaron todo tipo de frecuencias y los indicadores marcaban continuamente el cero. Ni siquiera frecuencias de onda muy corta o muy larga, ni trazas de ellas.
– No da ninguna señal –dijo Ángel extrañado–. Es raro, porque algo siempre coge.
– ¿Está bien conectado?
– Está como siempre, en modo Normal. Voy a llamar a tu móvil para asegurarme.
El móvil de Nuria comenzó a sonar normalmente a pesar de que el scanner no mostrabas ningún síntoma de captar la señal.
– ¿Se habrá estropeado? –Nuria se preocupó ante esa posibilidad, ya que les estaba resultando especialmente útil en sus escuchas.
– No creo. En casa funcionaba perfectamente –lo dejó sobre la mesa–. Luego subimos y lo comprobamos.

– En cualquier caso, lo que yo quería saber ha quedado claro. Tenía la esperanza de que sus ingenieros hubiesen contemplado la posibilidad de que llegase hasta nuestra época y le hubieran puesto pilas de larga duración.
– ¿Duracel, quizá? –interrumpió Angel.
– Yo le hubiera puesto fotocélulas suficientes como para asegurarme de que no tendría que subir a cambiarle las pilas. Y esas fotocélulas tendrían que durar lo que durase el resto del aparato, o incluso más. Por lo tanto, si este chisme lo hubiesen fabricado personas inteligentes, tendría que estar funcionando ahora mismo.
– Acabo de estrujar un poco mis neuronas –dijo Ángel pomposamente–, y me he dado cuenta de una coincidencia que solo un cerebro como el mío, estaría lo suficientemente adiestrado como para pergeñar la correspondiente hipótesis.
– ¿De qué te has dado cuenta? ¿De que no le has puesto las Duracel a scanner?
– ¿Qué te parece la idea de que el cacharro este, en realidad sea un silenciador?
– ¿Un silenciador… de qué?
– Tú eres la que tienes estudios. Yo no sé para que puede servir. Pero algo parecido a lo que le pasa al scanner le pasó al detector cuando quise comprobar si debajo del yeso había una bola de oro.
– ¡Continúa… no te pares! –apremió Nuria.
– Pues eso. Que al pasar el detector fue como si la bola de yeso se comiese la señal. Algo muy parecido a lo del scanner. Hemos dado por hecho que marcaba a cero todas las señales, pero en realidad la aguja está por debajo de esa marca.
– ¿Dónde tienes el detector?
– Arriba en mi cuarto. ¿Voy por él?
– Vamos a ir los dos. Yo voy a llevar el scanner y tú me haces llamadas, a ver cuando las registra.

Antes de llegar a la puerta de la cocina, el scanner registró la llamada de Ángel con absoluta nitidez demostrando que separándose del satélite, el scanner funcionaba con normalidad. Limpió el registro y todavía en el exterior de la casa hicieron un barrido mediante el que comprobaron las señales de bastantes aparatos con la regularidad de siempre.
– Es posible que esa cabeza de chorlito tenga dentro algunas neuronas trabajadoras. Si estás en lo cierto… –Nuria se quedo pensando en silencio.
– ¿Me darás un premio?
– No. ¡Significará que el satélite funciona! ¿Te imaginas?
– Sí. Que tenemos un satélite que funciona, pero no sabemos para que sirve.
– Ya no hacen falta más comprobaciones con esto. Sube tú a buscar el detector que yo voy a inspeccionar a ver si le encuentro las pilas al cacharro.

Ángel entró en la casa y Nuria volvió al taller. Limpió de nuevo los registros y dejó el scanner sobre la mesa junto al pequeño trípode de la cámara de fotos. Comprobó que seguían funcionando tanto la de fotos como la de video con normalidad y comenzó su investigación.
Por más que miró por todas partes no encontró nada relevante para sus propósitos. Pegando la oreja sobre el satélite trató de escuchar algún sonido o zumbido que revelase alguna actividad por mínima que fuera, pero resultó infructuoso.
Unos minutos más tarde, llegó Ángel con el detector. El aparato estaba dentro de su caja, perfectamente plegado y desmontado para ocupar el menor espacio posible. Si no pensaba usarlo de forma inmediata, incluso retiraba las baterías para dejarlo completamente

desconectado. Mientras sacaba las piezas para montarlas observó que la pantalla del scanner mostraba la gráfica de un registro con picos inusuales.
– ¿Has hecho algo con el scanner? –preguntó a Nuria que se había acercado a ayudarle.
– Nada que yo sepa. ¿Qué quieres decir?
– ¿Borraste los registros como te dije?
– Si… además… los borré antes de dejarlo ahí.
– Te lo digo porque según indica la pantalla, ha cogido una comunicación de tres minutos y ochos segundos, con picos que oscilan entre el cuarenta y cinco por ciento y el cien por cien de nitidez.
– Pues yo no le he hecho nada.
– Es que a mayores, en esta frecuencia no debería haber nada. Está fuera del espectro del modo Normal… no sé. Este chisme hoy no está fino. Vamos a ver que nos dice el detector.
El detector respondió exactamente igual que la vez anterior. A pesar de la evidencia de la composición metálica tanto de la bola como de las antenas, al acercar el plato del detector al satélite, los indicadores se ponían a cero y el zumbido característico y bastante molesto del altavoz, desaparecía.
Ángel rodeó el satélite por todos lados, acercando el plato a todas y cada una de sus partes diferenciadas sin obtener ningún resultado. Cuando resultó evidente que lo que le había comentado a Nuria era cierto, apagó el detector y le preguntó:
– ¿Qué opinas? ¿Tengo razón?
– No sé. Me sobrepasa. ¿Esto le ha ocurrido alguna otra vez al detector?
– Si. Aunque no con la misma intensidad, a veces le ocurre con piezas de cerámica. Algún tipo de ladrillos; baldosas o tejas, sobre todo si están quemadas. Por ejemplo: dentro de una chimenea de ladrillos tendría que poner el volumen a tope para poder escuchar algo.
– ¿Tú crees que eso puede tener alguna relación con esto otro?
– La verdad es que a mí también me desborda. Va a tener razón mi padre... no nos va a servir para nada.
– Yo… es que no conozco ningún tipo de circuito que opere de esa forma. Pero no voy a desistir. Seguiré investigando para ver qué puede ser, y sobre todo y lo más importante; para qué podría servir.
– ¿Recogemos y nos vamos? –preguntó Ángel un poco decepcionado.
– ¡Que remedio! Aquí no hacemos nada.
– ¡Antes de que se me olvide! Esta tarde tenemos reunión en el bar para ver si podemos ir a actuar al Certamen Cervantino. Según tengo entendido pagan bien, el problema es que hasta la semana antes no se sabe cuando actúa cada grupo y lo mismo alguno no puede ir.

26

Alain Lombard era un buen jugador de golf y lo practicaba siempre que podía. El club al que pertenecía era una sociedad comercial que mantenía el Campo como gancho para vender los cinco mil chalés de la urbanización que se estaba construyendo. No se trataba de un Club al estilo inglés, donde se reunían los amigos y los camareros conocían a todos los socios. Aquí los socios se abonaban por temporadas para jugar al golf y los empleados se cambiaban con más frecuencia que los guantes.

En la partida de aquel día le había tocado salir con un matrimonio indio al que no conocía de nada y que a pesar de ser muy simpáticos le estaban amargando la partida. El payaso del gerente premiaba a los socios captados recientemente, poniéndolos a jugar con jugadores de handicap bajo, para que fueran aprendiendo.

Alain había desistido de discutir con él. Era un arquitecto que no sabía nada de golf, al que gracias a los contactos de su padre, lo habían colocado en un puesto donde no había peligro de que se le derrumbase nada.

Cuando se juega con unos *mataos* como aquel matrimonio, lo normal es que te descentres en tu juego y pierdas mucho tiempo ayudándoles a buscar las bolas que desparraman por doquier. Si además los *mataos* juegan con cochecito, continuamente andan cruzándose de calle con gran riesgo de recibir un bolazo. Pero si quién conduce el cochecito es la señora, además puedes terminar atropellado.

En el tee del hoyo seis, cuando Alain se disponía a golpear la bola con el drive, la esposa de su compañero, que se encontraba sentada el coche, apoyó sin querer el pie en el acelerador y se llevó por delante la papelera.

Alain intentó detener el golpe a la bola pero era demasiado tarde. Lo único que consiguió fue un mal impacto que acabó con su bola en el green del hoyo siete, donde afortunadamente no había nadie jugando.

Los hoyos seis y siete están separados por un arroyo artificial que une los dos lagos de los extremos. Para salvar la diferencia de altura entre ambos, en el arroyo de tres o cuatro metros de ancho y muy poco profundo, se construyeron varias pequeñas azudas, por encima de las cuales se podía cruzar saltando sobre las piedras.

Alain cogió una Madera 5 de su bolsa y cruzó a la calle del otro hoyo sin importarle que sus zapatos se mojasen un poco. Aunque en el green del siete no había visto a nadie cuando lanzó su bola, ahora había un jugador junto a ella esperando a que él la quitase. Tenía pinta de coreano por lo que seguramente no se habría molestado apenas.

Nada más llegar, pidió las disculpas de rigor y se agachó para recoger la bola y droparla fuera del green. El hombre, que resultó ser japonés, saludó muy atento a Alain.

– ¡Buen día, señor Lombard! ¿Me permite comprobar esa bola?

A Alain le sorprendió tanto o más, el que le pidiese la bola para comprobarla, como el hecho de que lo conociera por su nombre. Estaba seguro de que la bola era la suya. Siempre ponía una marca en las bolas con las que jugaba. Pero aun así, se la enseñó al japonés. Éste solo tardó unos pocos segundos en devolvérsela. El tiempo necesario para decirle en voz baja:

– Señor Alain Lombard. Me envía Junichiro Murakami a quién posiblemente recuerde como miembro del Comité de la Agencia Europea de Defensa. Quiere hablar con usted personalmente, pero usted se encuentra continuamente vigilado y sus comunicaciones han sido intervenidas. Su propio teléfono está manipulado y si no lo hubiese dejado usted en el carrito, ahora estarían escuchando todo lo que hablamos –disimuló un poco sacando otra bola de su bolsa–. Posiblemente también haya cámaras en su casa. Tenga mucho cuidado para que no sepan que han sido descubiertos. Estaría usted en gran peligro. El señor Murakami desea entrevistarse con usted en el restaurante Le Coeur de Nagoya, mañana a las ocho de la tarde. Procure no vestirse con nada que pueda llevar algún micrófono.
Para que pueda comprobar que esto resulta interesante para usted, puede analizar los datos de su laboratorio y se dará cuenta de que se ha producido una nueva alerta desconocida que le ha sido ocultada por sus jefes.
El japonés continuó disimulando ayudándole a encontrar el sitio adecuado para dropar la bola y después de que Alain la golpeara de nuevo, continuaron jugando con toda la normalidad posible dadas las circunstancias.

Por la noche, cuando alain llegó a su casa no trató de confirmar sus sospechas de espionaje. Si era cierto que estaba siendo vigilado debía comportarse de la forma más natural posible. Ya tendría tiempo de corroborar la información del japonés. Si todo aquello era cierto, había algo que podía constatar fácilmente mirando los registros de los últimos días, para ver si efectivamente se había producido alguna alerta de la que él no tuviera conocimiento. Lo que no iba a hacer de ninguna manera, era utilizar los ordenadores de la oficina para investigarlo.
Como cualquier buen diseñador de programas, había dejado una puerta trasera en el sistema por si en alguna ocasión necesitaba entrar de forma remota. La idea de esa entrada secreta fue concebida para poder actuar desde su casa en caso necesario. Era una forma cómoda para corregir algún fallo puntual sin necesidad de desplazarse hasta la oficina. Todos los programas, hasta que se desarrollan totalmente dan problemas de funcionalidad y aquella posibilidad de trabajar desde casa, le había evitado muchos paseos y proporcionado bastante movilidad.
Si hubiera podido usar su portátil habría terminado enseguida. Pero como no se fiaba de nada bajó hasta la conserjería para utilizar el del empleado del edificio, quién le estaba muy agradecido por la ayuda que Alain le había prestado en multitud de ocasiones.
Entrar en un sistema tan sofisticado y seguro como el de la Agencia, hubiera resultado casi imposible para cualquiera. Pero para Alain, que era uno de los padres de la criatura y que además disponía de una llave, resultó sencillísimo.

Efectivamente se había producido otra alarma del mismo tipo pocos días más tarde de la primera. Las características eran idénticas salvo en la duración de pulso. Este último había durado algo más del doble que el primero. Pero el resto de parámetros indicaban que se trataba de una repetición del mismo tipo de experimento.
Si realmente se trataba de pruebas militares, la cosa empezaba a ponerse preocupante. Posiblemente el ingeniero jefe e incluso sus superiores se hubieran dado cuenta del peligro que aquello representaba y quisieran mantenerlo en secreto hasta que se aclarasen las circunstancias. Aunque también cabía la posibilidad de que fueran ellos mismos los autores y que se les hubiera escapado de las manos.
En cualquier caso, el hecho de que se lo hubiesen ocultado y de que la alerta hubiese sido borrada del registro, ponía de manifiesto la inconveniencia de que él tuviera acceso a esa información. Se justificaría en ese caso la hipotética vigilancia a que estaba siendo sometido y que, a saber cómo, había sido descubierta por los japoneses.

Dejó el móvil cargando la batería y al salir del edificio le dijo al conserje que le llamaría cuando hubiese decidido donde cenar, por si tenía algún aviso urgente. El restaurante donde lo habían citado quedaba relativamente cerca de su casa, por lo que decidió hacer el camino andando. Convencido a estas alturas de que estaba siendo vigilado, se detuvo en dos ocasiones para consultar el menú de un restaurante y una casa de comidas gallega de los que era cliente habitual. Por fin, después de consultar los precios del Coeur de Nagoya, se decidió a entrar en el establecimiento.
Desde la calle solo se veía la recepción, por lo que a Alain le sorprendió que el interior se encontrase muy concurrido. Se trataba de un restaurante de japoneses, pero no era un restaurante japonés al uso. La carta tenía algunas especialidades orientales pero disponía de muchas europeas.
Esperó a que el encargado terminase de tomar nota a un grupo de turistas mientras pensaba que si la calidad estaba acorde con la decoración, tendría que ir a menudo. Desde uno de los pasillos, una elegante empleada ataviada con un uniforme de color negro con remates florales en rojo, se acercó a Alain para indicarle que le acompañara.
Le condujo a un reservado muy amplio e iluminado en el que se encontraban los dos hombres que ya conocía; Junichiro Murakami y su secretario Hiro Mizomura, que se levantaron de sus sillas nada más verlo entrar para saludarle.
– Me alegro de que haya aceptado la invitación –dijo Junichiro–. Después de conocer su currículo estaba convencido de que vendría, pero aun así cabía la posibilidad de que no lo hiciera.

– Me da la impresión de que no tenía otra alternativa. Posiblemente sepa usted de mi vida más que yo mismo. Pero desde luego conoce algunas de las que yo ni siquiera imaginaba su existencia y que me preocupan enormemente.
– Si se refiere a las escuchas, no debe preocuparse demasiado. Es el procedimiento habitual en estos casos. Nosotros lo único que hemos hecho ha sido comprobar que le tienen sometido a vigilancia constante y avisarle para que esté usted prevenido.
– Eso lo entiendo. Lo que no comprendo es el motivo por el que ni ustedes ni nadie me están espiando. Yo no creo tener ni saber nada que tenga interés estratégico.
– Debe usted recordar las palabras de la señora Sagan durante la reunión, cuando pronosticó que usted tendría problemas.
– Lo recuerdo perfectamente. Dijo que seguramente me trasladarían o intentarían desprestigiarme… ¿Creen ustedes que es eso lo que tratan de hacer… desprestigiarme?
– Todavía no sabemos quién o quiénes le vigilan. Pero tenemos muy claro que lo hacen por su teoría sobre la alerta electromagnética.
– ¿Y qué es lo que esperan descubrir? Todos ustedes saben lo mismo que yo. Ya dije en su momento que con lo que teníamos no se podía hacer otra cosa que esperar.
– ¡Señor Lombard! Me gustaría que entendiese nuestra posición. Nosotros no tenemos nada en contra suya. Todo lo contrario. Pensamos que es usted una persona íntegra y un gran profesional. Pero por lo que se ve hay gente que no confía en usted, y en su trabajo le ocultan datos muy importantes referentes a la misión que tiene encomendada.
– Les agradezco mucho su interés, pero es que no tengo nada que ocultar. Yo ni siquiera sabia que se hubiese producido otra alerta. Me he enterado porque ustedes me lo han dicho y porque he visto que se han borrado algunos segundos en las grabaciones. Sinceramente…, estoy encantado de que me hayan puesto sobre aviso con el tema de las escuchas. Pero no sé cómo podría devolverles el favor.
– Simplemente recordando que estamos de su parte. Deseamos que pueda continuar con su trabajo y que la Agencia cumpla los cometidos para los que fue creada. Pero si no es así.

Si la Agencia oculta información a sus miembros o si pretenden deshacerse de usted porque les resulte incomodo, queremos que nos recuerde como amigos.
– ¿Qué opinan de los micros? –preguntó Alain después de recapacitar sobre la situación que se le venía encima.
– Ya le he dicho que es un procedimiento habitual. Un protocolo estándar siempre que puedan producirse filtraciones. Como usted no tiene nada que pueda interesarles, cuando llegue el momento desmontarán el dispositivo y usted podrá continuar con su vida normal. Cuanto más normal resulte su vida cotidiana, más pronto desistirán.
– Teniendo en cuenta que ustedes conocían la existencia de la nueva alerta, y que aun en este momento hay muy poca gente que lo sepa, ¿debo suponer que aquí, todo el mundo espía a todo el mundo?
– ¡El conocimiento es poder! –explicó el secretario del señor Murakami, que era la primera vez que entraba en la conversación–. A propósito señor Lombard, ¿cree usted que los datos que le han ocultado servirían para corroborar su teoría, o si de alguna forma podrían aportar información relativa a su origen?
– Esa puede ser la única gracia que tiene todo este asunto. Si se trata de los mismos registros no serviría para nada. Es decir: si el problema era ubicar el origen de una radiación sin tener lecturas diferentes en al menos tres satélites.
Para solucionar el problema necesitaríamos lecturas diferentes. Si los datos que se han ocultado aportan lecturas diferentes, es que no se trata del mismo tipo de alerta. Resumiendo. Si es lo mismo de la otra vez, no aporta nada nuevo. Y si aporta algo nuevo, es que es diferente.
Ustedes, como miembros de pleno derecho de la Asamblea, pueden exigir que les proporcionen cualquier información.
– No solo eso. Podríamos presentar una queja oficial y sus superiores tendrían problemas para mantener el cargo. Pero eso nos dejaría al descubierto y perderíamos el poco control que tenemos ahora.
Nuestra única esperanza es que usted tenga razón y que los datos que nos han ocultado y que nos pueden seguir ocultando, no sean relevantes para obtener una ventaja estratégica por individuos ajenos a la Asamblea.
– Mi lealtad profesional se la debo a los que pagan mi sueldo. Yo no voy a pedir explicaciones sobre los procedimientos operativos de los jefes de mi departamento.
– ¡Señor Lombard!... si dudásemos de su lealtad no ocuparía el puesto que ocupa. No se trata de eso… nos gustaría que nos considerase al mismo nivel intelectual que usted. Yo soy muy bueno en mi trabajo. Seguramente tan bueno como usted en el suyo. También tengo que analizar y evaluar múltiples variables, igual que usted, pero en materias diferentes. Mi trabajo consiste en imaginarme en el lugar de otras personas y formular hipótesis sobre lo que yo haría en su situación.
– ¡Vaya! Entonces tendrá una hipótesis sobre el resultado de esta entrevista.
– Por supuesto. Al ponerme en su lugar me he encontrado como una persona agraviada y menospreciada. Acaba de descubrir que en su trabajo le consideran un potencial peligro y que está siendo espiado hasta en su dormitorio. Por si fuera poco, se encuentra comiendo con dos personas con las que ha tenido una relación de apenas dos horas, que pretenden ser sus amigos.
Una personalidad analítica como la suya, necesitará algún tiempo para digerirlo y tomar una determinación. Personalmente estoy convencido de que podría darnos mucha información sin necesidad de ser desleal a sus superiores. Pienso que tienen mucho más valor sus conjeturas que cualquier tipo de datos que puedan haberle ocultado. Estoy seguro que usted también lo sabe y que cree que su silencio le protege… ¡usted mismo…! Aunque en las últimas horas se habrá dado cuenta de la fragilidad de sus creencias.

– Lo que me ha dado cuenta es de la cantidad de hijos de puta que hay en todos los sitios. ¡Menos mal que no tengo nada que ocultar! De lo contrario podría darme por jodido.
– Si yo fuera usted –dijo Junichiro Murakami mirándole fijamente a los ojos–, estaría temblando. Porque yo sí que habría tratado de cubrirme las espaldas con un plan B con el que tener cogidos por los huevos a los que pretendieran joderme. Como usted no tiene nada que valga la pena, no tiene por qué preocuparse. Si usted quiere, nos volveremos a ver. Ya encontrará usted la forma. Ahora debe salir del local.
Se despidieron cortésmente y mientras los japoneses volvían a tomar asiento, Alain salía a la calle más preocupado por la conversación que habían mantenido que por la vigilancia de que estaba siendo objeto.
Caminado le resultaba más fácil concentrarse en los hechos de los últimos días y en las consecuencias que podría conllevar todo aquello. No necesitaba comprobar personalmente si le habían puesto micrófonos o cámaras. Después de hablar con los japoneses no le cabía ninguna duda de que era cierto. Lo que faltaba por saber era quiénes se los habían puesto.
Los principales sospechosos eran los servicios de inteligencia de cualquiera de los seis países de la Asamblea. Pero no acababa de entender el motivo de la vigilancia. Los datos antiguos eran exactos a los que habían sido borrados. Ni siquiera él era capaz de sacar conclusiones con semejantes datos. La cuestión era que en su Departamento y por encima de él, alguien se había tomado muchas molestias para ocultar y borrar, unos datos que resultaban irrelevantes.
¿Con qué objetivo…? No lo sabía. Tenía que hacer lo que le había dicho Junichiro Murakami, ponerse en el lugar de los otros para intentar pensar como lo harían ellos.
Asumiendo que el espionaje podía venir desde cualquier parte, incluso de varias al mismo tiempo, se trataba de intuir los motivos concretos. El ordenador de la oficina y todo el laboratorio en conjunto también estarían vigilados. Habrían comprobado cada uno de los ficheros a los que había accedido y cada una de las teclas que había pulsado. Lógicamente no habrían encontrado nada sospechoso ni extraño porque él no había hecho nada raro. Pero aun así, le habían instalado micrófonos y seguramente cámaras para controlar su vida privada. ¿Dónde estaba el motivo?
El ambiente fresco a aquellas horas de la noche en Bruselas, no consiguió despejar las dudas de Alain durante el paseo hasta su casa. Desde el otro lado de la calle observaba el elegante edificio dónde la Asamblea le había asignado un amplio apartamento en la cuarta planta. Tenía todos los gastos pagados. Incluso la limpieza corría por cuenta de la Agencia Europea de Defensa. No era de extrañar que hubieran tenido todas las facilidades de mundo para instalar micrófonos, o incluso que los tuvieran instalados desde mucho antes de que él se trasladase a vivir allí.
Resulta difícil actuar con normalidad cuando sabes que todos tus actos están siendo grabados por una cámara. Aunque Alain no tuviese que disimular, era muy molesta e indignante aquella intromisión en su intimidad.
Estaba tumbado boca arriba sobre la cama, escuchando uno de los múltiples discos de jazz a los que recurría cuando necesitaba relajarse. La enorme habitación diseñada en los años veinte del siglo pasado, iluminada escasamente con los leds del aparato de música, le hacía sentirse como en un plató de televisión.
Si imaginaba una sala llena de monitores, desde donde un grupo de personas estarían observando y analizando cada gesto y cada movimiento, intentado descubrir algún indicio que pudieran usar en su contra.
Afortunadamente solo podían ver y oír lo que él hacia. Si hubieran podido saber lo que Alain estaba pensando de cada uno de aquellos cabrones y sobre todo del hijo de puta de su jefe, se habrían dado cuenta de que tenerlo en contra, no era buena idea.

Cuando regresó al trabajo la tarde del viernes, tenía sobre su mesa una escueta nota en la que se le ordenaba que al finalizar la jornada, se pasase por el despacho del Director. Había resultado una semana plagada de complicaciones en el sistema informático y aunque ya se habían solucionado, posiblemente el director quisiera tener información de primera mano.
Para preparar la reunión hizo una lista de las incidencias; sus posibles causas y las soluciones adoptadas. No era nada excepcional ni preocupante, pero sí resultaba extraña su acumulación en tan pocos días.
Como consecuencia del minucioso examen realizado a todo el sistema, se había evidenciado la desaparición de los datos que él sabía que habían sido borrados. Resultaba un buen momento para sondear al Director, para ver qué sabía él de todo aquello. Lo normal sería que el autor hubiera sido el ingeniero jefe, y posiblemente por orden de sus superiores, pero cabía la posibilidad de que todo aquello se debiera a un ataque pirata al sistema informático.
Como cualquier otro programa, el suyo tenía muchas puertas por las alguien podría intentar entrar. Las cerraduras que él había colocado en aquellas puertas eran de la mejor calidad, pero aun así, todo era posible.
Para evitar posibles complicaciones, cerró el pasadizo secreto mediante el cuál se comunicaba de forma remota desde su casa o desde cualquier otro ordenador. Estaba convencido de que aquella comunicación era totalmente segura, pero no quería dejar nada al azar.
A partir de ese momento, solo podría comunicarse con el Sistema desde aquella oficina o mediante Internet. Seguramente si hubiese puesto en conocimiento de cualquiera de los miembros de la Agencia, que se podía acceder al sofisticado sistema de defensa conectándose por Internet, lo habrían tachado de loco y le hubieran obligado a eliminar esa posibilidad. Pero la grandeza de la Red era esa. Posibilitar el acceso remoto entre Sistemas.
La seguridad de aquella entrada era mayor que la de cualquier otra puerta de cualquier programa. Aparte de una llave de última generación, contaba con un elemento de protección tan simple como era el colocar en la Red una puerta idéntica a otros miles de millones de puertas que ya se encuentran allí.
La estrategia se basaba en saber que nadie buscará algo de lo que desconoce completamente su existencia, y si por una inverosímil casualidad esa puerta es encontrada, todavía faltaría que el que la encuentra tuviera intención o curiosidad para intentar entrar.

En el despacho del Director, aparte de éste, se encontraban otras tres personas. Todos ellos estaban sentados a un lado de la mesa de reuniones. El secretario a la derecha del Director y a la izquierda de éste, dos militares de alta graduación a los que Alain no conocía de nada.
Desde el primer instante se dio cuenta de que aquello no se trataba de una reunión informativa. No estaba el Ingeniero Jefe y no le habían invitado a sentarse. Así que esperó a que empezase el interrogatorio sin ocultar una actitud fría y distante hacia todos ellos.
– ¡Señor Lombard! –dijo el director como único saludo–. El General Steffen ha presentado una queja sobre la última convocatoria de la Comisión de cuya existencia no fue informado. Considera que se ha vulnerado el Reglamento y que usted ha puesto en peligro nuestro sistema de defensa y ocultado información de forma deliberada. Pide su inmediato

cese, independientemente de las acciones legales que puedan ejercer contra usted… ¿Tiene algo que alegar?
– ¡Pues si!... puede que si. En primer lugar que el Reglamento está redactado en todos los idiomas de los Asambleístas, por lo que resulta sorprendente que el General no comprenda lo que allí pone.
– ¡¡Señor Lombard!! –interrumpió el Director–. ¡No le tolero la más mínima falta de respeto! Si vuelve a utilizar ese tono, seré yo mismo quién acabe con usted.
– ¿Continúo…o…? Disculpe mi ignorancia señor Director, pero afortunadamente me defienden las leyes que están por encima de sus atribuciones. Puede estar seguro de que yo también presentaré una queja sobre esta forma de proceder.
– Puede presentar las quejas que le de la gana. Pero de ninguna manera puede desobedecer una orden de un superior. ¡Le ordeno que conteste a las quejas del general Steffen!
– El párrafo cuarto –prosiguió Alain– del Artículo 8 del Reglamento explica la forma en que tiene que ser convocada la Comisión con carácter de urgencia. El agregado militar solo deberá ser convocado cuando exista riesgo de conflicto armado con países ajenos a la Asamblea.
El motivo de la convocatoria urgente era una Alerta de bajo riesgo, cuyo origen era desconocido. Cualquiera, con el Reglamento en la mano, hubiera hecho lo mismo que yo.
– Usted dijo en esa reunión –ahora era el otro militar el que hablaba–, que podría tratarse de pruebas militares de incalculable valor estratégico.
– Efectivamente. Podría ser así… ¿y qué?
– No sé. Dígamelo usted… ¿Por qué dijo que podría tratarse de pruebas militares?
– De lo único que yo me responsabilizo es de lo que figura en el Informe que yo firmé. Los comentarios que pudiera hacer extraoficialmente durante la conversación posterior a la reunión con alguno de los miembros de la Comisión, son solo comentarios que pueden ser interpretados por cada uno de forma diferente dependiendo de su formación específica.
– Ya veo –continuó el militar–. Sus conocimientos están tan por encima de los que le rodean, que cree que puede engañarnos como a imbéciles. Aunque no lo dijera de forma oficial, el caso es que usted planteó la posibilidad de que se tratara de pruebas secretas realizadas por las Fuerzas Armadas de algún país. Que de momento no podía decir de qué país se trataba. Pero que si hacían más pruebas se les podría localizar.
– El caso es que sí que se han hecho más pruebas –de nuevo el General tomaba la palabra–, pero las lecturas de esas señales han desaparecido del Registro. Dada su alta capacidad cognitiva, podrá comprender que pensemos que esos datos que han desaparecido y que pueden resultar cruciales para conocer su origen, los haya ocultado usted por razones obvias.
– Yo no soy el responsable de la custodia de la documentación.
– Pero tiene acceso a ella. Usted es de los pocos que tienen acceso a toda la documentación de su Departamento.
– Aunque estoy seguro de que ustedes ya lo saben, se lo voy a explicar para que además lo entiendan.
En primer lugar: de todas las hipótesis sobre el origen de las señales, yo pondría en última posición la que ustedes dan por más probable. Por otra parte, entiendo que ustedes piensen que como creador del programa, yo puedo hacer con él cualquier cosa que ustedes se imaginen, y no es así. Se trata de un programa de máxima seguridad. Eso quiere decir que por sí solo puede detectar cualquier intento de interferencia exterior y autoprotegerse. Cualquier dato que entre en el Sistema se almacena en los archivos correspondientes. Automáticamente se crean las copias necesarias para que cada subsistema disponga de su propia copia, independientemente de que cuenten con enlaces con el original.

Una vez que el sistema ha analizado los datos y, como es el caso, comunicado una Alerta, almacena esos datos en su propio sistema de seguridad.
Si yo, o cualquier otra persona, borra o modifica cualquier archivo, queda una traza en el Sistema que nos indica que ahí existía un archivo. Nos indica el tamaño del archivo y la fecha y hora en que fue modificado o eliminado. No especifica la clave con que se accedió al sistema al considerar que solo el jefe de servicio puede hacerlo.
En conclusión; el que borró esos datos es un cretino –esto último lo dijo mirando al Director, ya que éste y el Ingeniero jefe eran junto a Alain los únicos Jefes de servicio.
– ¿Entonces…? –preguntó el militar de menor graduación– ¿Está usted diciendo que los datos borrados se pueden recuperar?
– No es exactamente eso lo que he dicho, pero sí. Se puede decir que la contestación a su pregunta es afirmativa.
– ¡Pues bien! –dijo el General levantándose y dando por finalizada la vista–. En ese caso lo único que hay que hacer es recuperar esos datos y a continuación el señor Lombard nos ilustrará con sus conclusiones. –esto último lo dijo con cierta carga de mordacidad.
– ¡Estaré encantado! –respondió Alain devolviendo el tono irónico–. Solo hay un problema… para acceder al registro de seguridad del programa hay que apagar el Sistema.
– ¡Explíquese! –ordenó el General.
– ¡Pues eso! Que debe estar desconectado para poder hurgarle las tripas. Se ve que los diseñadores eran gente competente y se aseguraron de que no pudiera hacerse de forma subrepticia.
– ¡Eso es impensable! –el director también se levantó de su asiento–. De ninguna manera se va a desconectar el sistema. Tendríamos que dar demasiadas explicaciones que no nos convienen a ninguno y menos a usted, Alain. El Proyecto en conjunto resultaría perjudicado. Debemos tratar el tema como un asunto interno y resolverlo lo más pronto posible.
– ¿Está usted seguro de que no hay otra forma? –preguntó el general, acercándose a Alain lo suficiente como para que éste tuviera que levantar la cabeza para mantener la mirada de aquel gigantón de casi dos metros de altura.
– Si me está pidiendo información, no. No hay otra forma… si lo que me está pidiendo es consejo para poder salvar el culo, les recomiendo que se olviden del asunto. Si el Programa hubiese detectado un peligro real, habría actuado por su cuenta para responder al ataque. Si no lo ha hecho es porque no lo considera peligroso. Y en cuanto a determinar el origen, ¡olvídense! Por lo menos yo no lo considero posible.

Cuando Alain salió del despacho del Director, tenía claro que el espionaje a que estaba siendo sometido, podría ser obra de cualquiera o de todos los servicios secretos. Si dejaba zanjado el tema, posiblemente se acabarían las escuchas. Resultaba evidente que los militares no habían manipulado los datos. Todo su interés era conocer qué es lo que se había borrado.
El Director era una persona en la que no se podía confiar. Mantenía su puesto gracias a los continuos cambios de chaqueta a que le obligaban los vaivenes políticos. Era bastante ignorante, egoísta y cruel. No vacilaría ni un segundo en entregar las cabezas que hicieran falta con tal de mantener la suya. Pero tampoco daba la impresión de estar detrás de todo aquello.
Solo quedaba el Ingeniero Jefe. Éste era lo suficientemente inteligente como para llegar a las mismas conclusiones que Alain y tratar de quitárselo de en medio para arrogarse el proyecto. De ser así, estaría actuando de espaldas al Director y necesariamente estaría colaborando con algún servicio de espionaje. Cabía la posibilidad, remota por supuesto,

pero posibilidad al fin y al cabo, de que el Ingeniero Jefe hubiese descubierto algo que Alain desconocía o que se le hubiese pasado por alto.

Al regresar a su puesto de trabajo, tenía muy claro que aquello se le escapaba de las manos. No había ningún motivo que justificase toda aquella movida. A no ser que en los registros hubiese algo más que él no supiera, o que no hubiese sido tratado adecuadamente tanto por el Programa como por él mismo. Intuía que le quedaba poco tiempo en aquel puesto y decidió aprovecharlo para repasar minuciosamente todo lo que pudiese tener la más mínima relación con aquellas Alarmas, desde unas fechas antes de que se produjese la primera.

Cuando llegó a casa estaba realmente cansado. Llevaba varios días pegado a la pantalla del ordenador analizando miles de datos, tratando de encontrar algo significativo. Dándole vueltas a docenas de posibilidades que se desvanecían indefectiblemente al cabo de unas horas.
Todas las conjeturas basadas en la física y el conocimiento las había ido descartando una por una. Lo siguiente era especular en base a hipótesis manifiestamente descabelladas. Hasta ese momento sus investigaciones se habían dirigido a descubrir quién habría emitido esas señales y desde dónde habrían sido emitidas. Sin embargo, ya que esas preguntas no habían obtenido una respuesta satisfactoria, quizá era el momento de cambiar el planteamiento.
Si como él pensaba, las señales se hubieran producido de forma accidental, podría tratarse de algún tipo de experimento que hubiese originado un tipo de onda desconocida como resultado marginal al objeto del proyecto. De ser así, se explicaría que lo hubiesen repetido e incluso que continuaran repitiéndolo sin conocer la existencia de esas ondas.
Si esa teoría resultase cierta, sería descorazonador. Un tesoro tecnológico desperdiciado por sus descubridores e inaccesible para una pléyade de científicos sedientos de nuevos argumentos, que estimularía las más disparatadas ideas y que comportaría quién sabe qué ignotas dimensiones.
Recostado en el sofá, contemplaba la televisión sin atender la monótona programación. Su cabeza estaba en otra parte. Trataba de descubrir alguna forma de averiguar algo más sobre aquel tipo de ondas. Pero por más vueltas que le daba, no veía ningún camino a seguir. No disponía de datos suficientes. Aunque seguramente alguien pensaba que no era así y también esta convencido de que se trataba de algo muy importante.
Le distrajo de sus pensamientos la imagen que acababa de aparecer en la televisión. Se trataba de Marguerite Sagan, la Comisionada francesa que compartió con él la relevancia de la alarma que provocó la reunión urgente de la Comisión. Le habían hecho una entrevista en la universidad, sobre la importancia de los sincrotrones en el desarrollo de nuevos materiales.
Subió el volumen de la tele y puso atención en el contenido. No se trataba de nada que tuviera que ver con su actual problema, pero le gustó escuchar a la catedrática. Tenía que ser una delicia y un orgullo para sus alumnos, atender las explicaciones de aquella mujer, que en un tono casi maternal, despejaba las dudas que le planteaban de una forma tan bien argumentada que las hacía comprensibles para cualquiera.
Mantenía Marguerite Sagan, que los éxitos en la investigación eran el fruto de una buena dotación humana y tecnológica, y del entusiasmo de un reducido número de personas. Alain no podía conocer el entusiasmo de esas personas y ni siquiera cuantas formaban parte de los proyectos de la universidad. Pero lo que sí había podido ver, era el impresionante laboratorio desde el que habían hecho la entrevista.

Definitivamente, si alguien había comprendido al instante la magnitud del descubrimiento de aquellas ondas, había sido Marguerite. Eso no solo significaba que aquella mujer era más inteligente que el resto de los Comisionados, sino que compartía con Alain una serie de conocimientos anteriores que a los dos les habían llevado a las mismas conclusiones. Decidió que sería muy conveniente tener una conversación con ella para conocer las posibles teorías de la señora Sagan, si es que tenía alguna.

———————

Ya hacía algunos días que había inutilizado el sistema de vigilancia doméstico. Le importaban poco las consecuencias y estaba harto de esa situación. No parecía que nadie hubiese tomado represalias, por lo que aunque se sabía espiado, trataba de ponérselo difícil.
Conocía la ciudad lo suficientemente bien como para despistar a cualquiera que decidiera seguirlo, pero para evitar eventuales coincidencias, optó por acudir al campo de golf como cualquier otro miércoles. Se cambió de ropa y pagó el green–fee, pero en vez de salir al Campo, le pidió el coche a su profesor de golf y regresó a la ciudad.
Afortunadamente no usaba zapatos de clavos para jugar, pero aun así, cuando preguntó al conserje de la universidad por la doctora Sagan, éste le miró de arriba abajo con gesto de preocupación.
Las prendas de vestir de los jóvenes a veces resultan escandalosas, pero ver a un tío de treinta años con unos zapatos blancos y negros; pantalones de cuadros grises y azules, chaleco de rombos rojos sobre un polo banco y una gorra visera con el logotipo de Titleist, resultaba, por lo menos extraño.
El conserje se mostró un poco indeciso al preguntar:
– ¿De parte de quién?
– De Alain Lombard –se quitó las enormes gafas de cristales amarillos para continuar–. Trabajamos juntos en el Ministerio.
El conserje descolgó el teléfono para localizar a Marguerite Sagan, pero se mantenía receloso observando la indumentaria de Alain.
Aunque hubiera comprendido que la doctora no se acordara de su nombre, en realidad le habría decepcionado mucho. Por eso no le sorprendió que el conserje, después de unos segundos de conversación telefónica, invitase a Alain a que se acompañara.

Marguerite Sagan lo recibió en el laboratorio pero fuera de su despacho. No pareció sorprenderse en absoluto de la indumentaria de Alain y después de saludarlo por su nombre lo invitó a sentarse junto a una de las mesas de trabajo.
– Me alegra mucho su visita. No es que lo estuviera esperando, pero me apetecía mucho hablar con usted de algunas cosas muy concretas, y no sabía cómo hacerlo. Antes que nada debe usted saber que está siendo vigilado por nuestro servicio de inteligencia.
– Por el suyo y por todos los demás. Lo sé desde hace algún tiempo.
– Al verle vestido así me he imaginado que no iba al carnaval.
– Me temo que me han puesto localizadores hasta en los zapatos. He tenido que vestirme con la ropa de jugar al golf… por eso y por no acarrearle problemas a usted al venir aquí.
– Siempre es bueno llevar la iniciativa. Pero me temo que en este caso la iniciativa ya la han tomado sus jefes. Ya le advertí que tratarían de quitárselo de en medio.
– No creo que lo consigan. Tengo toda la documentación en perfecto estado de revista.
– ¡Créame Alain! A esta gente le importa un comino la documentación. Si van a por usted, no podrá hacer nada para defenderse.

Recuerde que mi oferta de apoyo continúa en pie. Los recursos económicos que le ofrecí en su momento, siguen a su disposición. No tiene sentido que los entregue de forma oficial, ya que su Oficina no les daría el destino pretendido. Y tampoco puedo ingresárselos un su cuenta particular, porque eso le traería muchos más problemas, ya que le podrían acusar de dejarse sobornar.
– Lo que me ha traído aquí no es un tema económico…
– Estoy segura de ello –interrumpió Marguerite–. Pero es bueno que sepa que puede contar con ello en cualquier momento y situación.
– ¡Gracias!… el caso es que todo este asunto ha sobrepasado cualquier previsión que hubiese imaginado. No solo desconozco los hechos, sino que tampoco tengo idea de los motivos de semejante revuelo.
– ¡Hombre…! Seguro que sí puede imaginarlos. Lo que ocurre es que están tan alejados de los conocimientos científicos, que no se atreve a asumirlos.
– ¿Usted también está convencida de su existencia?
– No es que esté convencida. Se trata de una evidencia… intangible, es cierto. Pero evidencia al fin y al cabo.
– Yo estoy convencido de que se trata de hechos accidentales –dijo Alain antes de empezar a exponer sus teorías–. Que a alguien le ha sonado la flauta por casualidad.
– Es posible… pero para que suene, tiene que haber una flauta en algún sitio.

Nuevamente la explicación de Marguerite Sagan, la podía entender cualquiera. Tenía que aprovechar los conocimientos y el discurrir de aquella mujer, si quería llegar a alguna conclusión aceptable.
Estuvieron charlando durante más de dos horas, que a ambos se les hicieron muy cortas. Ninguno de los dos era un científico al uso. No necesitaban que se les cayera una manzana en la cabeza para crear una ley. Tenían grandes conocimientos tecnológicos pero también sabían historia. Y sabían que sus tatarabuelos hubieran considerado de brujería, la mitad de las cosas de la vida cotidianas de ellos dos.
Alain puso al corriente a la doctora de la entrevista con Junichiro Murakami, informándole de que también ellos le habían ofrecido ayuda y colaboración.
– Yo creo que los japoneses son buena gente –dijo Marguerite–. Comprendo que estén tan preocupados como lo estamos los demás. Creo que les ha ocurrido lo que a mí, que no les han dejado ejercer su papel en la Comisión. ¡Demasiada política de medio pelo! Por mi parte, ya sabe lo que puedo ofrecerle… pero los japoneses si podrían ayudarle en una hipotética investigación… si es que usted decide investigar.
– Por multitud de razones me veo obligado a ello. ¿Pero cómo podrían ayudar ellos? ¿Qué tienen los japoneses que no tenga la Unión Europea?
– Años de experiencia en el estudio de la sismología.
– ¿Y…?
– No sé. Quizá puede usted pasarse varios años de su vida investigando por un camino que no le lleve a ninguna parte. Pero si está dispuesto a intentarlo…
– La cuestión no es saber si estoy dispuesto. El problema es que no sé por dónde empezar.
– Ya le he dicho que quizá no lleve a ninguna parte, pero una remota posibilidad de éxito bien merece la pena el intento. Me explico:
Los japoneses disponen de mejor sistema de prevención y análisis de los terremotos. Son capaces de hacer mapas muy precisos de las zonas afectadas por cualquier movimiento sísmico por pequeño que sea. Pero lo más importante no es eso. Lo mejor de ese sistema, es que tienen informatizado el mapa geológico de todo el planeta. Ingentes cantidades de información topográfica, casi al alcance de cualquiera.
– ¿Cree usted que los sismógrafos han podido detectar esas señales? ¿Y si fuera así?

– No, no. Por supuesto que no. Si lo hubieran hecho no lo necesitarían a usted para nada. La idea se me ocurrió hace algunos días, aquí en el laboratorio. Estábamos haciendo unas pruebas de un antiguo proyecto sobre la luz polarizada. Como usted seguramente recordará de su etapa de estudiante, la luz polarizada pierde sus características al rebotar sobre cualquier objeto y vuelve a comportarse de forma normal.
Pues bien. Sus famosas ondas sin nombre, deberían actuar de forma parecida. Por fuerza tienen que haber dejado un rastro en algún sitio. Si procedieran del espacio no habría nada que hacer. Pero si damos por hecho que su origen es terrestre, tienen que haber producido una serie de rebotes que se podrían haber analizado si se hubiesen puesto los medios. Aquí es donde pueden ser útiles los japoneses. Entre ellos y usted deberían coordinar los dispositivos de medida. Cada uno por su lado no conseguirán nada. Pero compaginando los datos en el segundo exacto, sería posible trazar un mapa.
– Eso…, siempre y cuando vuelva a repetirse la alarma… y suponiendo que yo todavía trabaje en ese laboratorio.
– Bueno… el creador del programa de Alertas es usted… satélites tienen todos los países. Y ordenadores también. No creo que eso fuera un problema insalvable. Pero aun así. Aun con todo eso a favor, todavía le quedaría una ardua tarea.
Los mapas sísmicos pueden calcular el epicentro con mucha exactitud. Pero un mapa trazado a base de datos obtenidos con los rebotes de las ondas carecería de epicentro. En cualquier punto del mapa podría encontrarse el punto de origen. Y por si fuera poco, yo calculo que un mapa de semejantes características le obligaría a explorar una zona tan grande como toda Bélgica.
– Yo siempre veo la botella medio llena. Determinar una zona así, implicaría excluir una zona mil veces mayor.
– Antes de que se vaya le voy a dar un consejo y unas recomendaciones. El consejo es que no se fíe de nadie. Todos tenemos un punto débil que nos hace vulnerables. Si quiere volver a ponerse en contacto conmigo, cosa que le agradeceré, hágalo como hoy. Con mucha cautela. Si llama por teléfono a la centralita, procure que sea desde una cabina. Cuando necesite documentación nueva, que la necesitará, puedo proporcionársela en una semana.
Recuerde que si en el final del camino se encontrase lo que imaginamos, muchos gobiernos actuarían salvaje y despiadadamente para hacerse con el secreto. La mejor defensa ante esas gentes, sería la publicación inmediata del secreto. Si encuentra algo muy avanzado tecnológicamente, no permita que nadie lo use para conseguir la hegemonía frente al resto de países.

Cuando regresó al Club de Golf, el profesor había finalizado sus clases hacía un buen rato y se encontraba en la cafetería charlando con varios de sus alumnos. Alain se disculpó por la tardanza y para compensar al profesor, le invitó a cenar en el Club.
El profesor y Alain eran muy buenos amigos desde hacía tiempo. Ambos trataban de jugar juntos siempre que podían. Reconocían abiertamente que siempre aprendían algo el uno del otro. El profesor estaba convencido que el favor que le había hecho a Alain estaría relacionado con un asunto de faldas. No sabía nada de su vida sentimental, pero en el mundillo del profesor aquello hubiese sido lo más lógico.

———————

Hacía algunos días que presagiaba problemas y había reunido toda la información necesaria para defenderse de las posibles acusaciones de un expediente sancionador. En este tipo de expedientes tienes que disponer de pruebas irrefutables de tus alegaciones.

Normalmente nombran Instructor al más mezquino de todos los inspectores y le importa tres pepinos todo lo que no sea su objetivo final: hundir a su víctima.

Disponía de una carpeta con veinticuatro folios en los que estaban perfectamente reflejados todos y cada uno de los datos inherentes a las acusaciones que esperaba le hubieran hecho los militares. También contaba con grabaciones de las conversaciones con estos en el despacho del Director y otras con órdenes verbales recibidas en diversas ocasiones. Lo tenía todo preparado y estaba dispuesto a demostrar la falsedad de las acusaciones de los militares. Lo que no esperaba de ninguna manera era que aquel personaje ruin y despreciable que había solicitado el nombramiento de Instructor, le acusase de traición.
Cuando Alain escuchó la palabra "traición" en boca de aquella basura humana, no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Después de acusarle de robar la información, le enseñó unas fotos en las que se le veía entregando algún tipo de documentación a un hombre.
Alain cogió la foto que le mostraba el inspector y se quedó bastante sorprendido. La nitidez de la imagen era excelente y se le reconocía perfectamente. Al hombre que estaba a su lado, y al que efectivamente entregaba un papel, no lo conocía de nada. El fondo de la foto estaba desenfocado, por lo que era imposible distinguir el lugar en que se hizo la fotografía.
– ¿Puede decir la relación que le une al señor Deepak Dwivedi?
– Si se refiere a este hombre; no lo conozco de nada. ¿De dónde ha salido esta foto? Esto tiene que ser un fotomontaje.
– No. No lo es. Esto es una prueba irrefutable de su relación con el vicepresidente de la D.D.Aerospace Corporation ubicada Poona. En el estado indio del Maharashtra. El hecho de que usted niegue conocerlo, corrobora las pruebas de la acusación.
– ¡Pero que pruebas ni que hostias…! No conozco a ese hombre de nada… el caso es que me recuerda a alguien, pero no he tenido ninguna relación con él. Y mucho menos le he vendido ningún tipo de documento.
– Yo no he dicho nada de vender. Ha sido usted quién ha usado esa palabra.
El Instructor continuaba haciendo anotaciones sobre lo que Alain decía, o sobre lo que él quería entender que estaba diciendo. En ningún momento solicitó los registros del programa donde deberían figurar todas las intervenciones efectuadas por los diferentes funcionarios, cuya clave de acceso certificaría la autenticidad de los autores.
Después de varios intentos de mostrar esos documentos, Alain comprendió que aquel individuo no tenía la menor intención de aclarar nada. Lo único que pretendía era argumentar su acusación con las fotos y con algún dato o alguna palabra que pudiera incriminarle. Una vez que el Instructor comprendió que no iba a sacar nada nuevo, terminó de rellenar algunos formularios e invitó a Alain a que los firmase.
Resultaba evidente que el Instructor estaba acostumbrado a que no fuera aceptada su invitación, por lo que sin alterarse en absoluto, guardó todos los papeles en su cartera y dio por finalizada la vista.
Alain se quedó sentado algunos minutos contemplando la foto que le había dejado el instructor, hasta que se dio cuenta de que el indio que salía con él en la foto, no llevaba la mano izquierda vendada como parecía, sino que lo que en realidad tenía era un guante de golf. Al momento recordó al matrimonio con el que había jugado unos días atrás y comprendió que no tenía sentido dar más explicaciones. La foto era del instante en que los dos jugadores se intercambiaban las Tarjetas de Juego. Pero eso, al Instructor le daba igual. Habían decidido ir a por él y tenía que tomar una decisión cuanto antes.

Alían entró en Japón con un pasaporte chileno que le había proporcionado su amiga diplomática, Marguerite Sagan. El Servicio de Inteligencia Francés había descubierto un posible intento de atentado contra él, y la señora Sagan había actuado rápidamente para hacerlo desaparecer.
No estaba muy claro quién podía estar detrás de aquello, pero había demasiados intereses, tanto estratégicos como económicos como para no fiarse de nadie. Desde los sistemas de dirección de los misiles hasta la propia bolsa, eran susceptibles de ser saboteados si se demostraba que aquellas ondas pertenecían a algún novedoso tipo de arma electromagnética.
El desconocimiento y el miedo pueden ser más peligrosos que las propias armas nucleares, por eso no interesaba a nadie que saliese a la luz un asunto que a todos interesaba conocer en exclusiva.
Los ejércitos sin duda eran los más interesados y por ende los que podían disponer de más medios para su investigación o estudio. No era lógico por lo tanto, que si estaban interesados en el descubrimiento, intentasen matar a la persona que más podría ayudarles. Por lo tanto, las sospechas se encaminaban hacia otro tipo de entidades, como las grandes empresas de comunicaciones o pequeños grupos mafiosos. Estos últimos, aunque normalmente eran contratados por los primeros, no desaprovechaban la ocasión para actuar por su cuenta si se presentaba la oportunidad.
Tiempo tendría llegado el momento para investigar quiénes eran los que tan mal le querían, pero por ahora lo que a Alain le preocupaba era que llegase el momento en que diese fruto el inmenso equipo técnico y humano que los japoneses habían puesto a su disposición.
Si la teoría de la señora Sagan era correcta, había posibilidades de encontrar el origen de aquellas desconocidas ondas. Esas posibilidades pasaban por que la orografía de la zona fuese favorable o en el peor de los casos no fuese desfavorable.
La explicación que Alain dio a los japoneses la apoyo con un ejemplo muy claro. Si el punto de origen estuviera situado en un barco en medio del océano, sería completamente imposible poder ubicarlo ya que no habría puntos de referencia donde pudieran rebotar las señales. Y si por el contrario se tratase de una zona muy montañosa, los ecos de los propios rebotes contaminarían la información de tal forma que sería absurdo confiar en los resultados.
De cualquier modo, el grado de precisión sería tan escaso, que en el hipotético caso de que todo fuera muy favorable, todavía se necesitarían muchas horas de trabajo y algo de suerte para descubrir el punto exacto del origen.

El gobierno japonés no había reparado en gastos ni en el equipo puesto a disposición de Alain ni en su bienestar personal. Vivía en un apartamento de más de doscientos metros cuadrados, situado a la orilla del mar, dentro del propio Parque Tecnológico.
Realmente disponía de todas las comodidades y de un sueldo muy jugoso, pero él sabía que todo aquello era coyuntural. Primero porque el proyecto tenía una duración de un año, que podría prorrogarse dependiendo de los resultados, y en segundo lugar porque a Alain no le gustaba el país lo suficiente como para quedarse allí para siempre. En sus sueños más utópicos siempre se veía disfrutando sus últimos años en un chalecito de la costa azul, con su propio embarcadero donde amarrar su lancha de pescador.

Cuando Alain entro aquella mañana en el laboratorio, inmediatamente se dio cuenta de que había habido novedades. Todo el mundo se afanaba en recoger datos de unos equipos

y pasarlos a otros, y estos a otros más. Los ordenadores estaban que echaban humo y la actividad era frenética.
Aunque prácticamente todos los miembros del equipo hablaban inglés correctamente, el ajetreo del momento hacía que recurrieran a su lengua nativa para hablar entre ellos por lo que Alain tardó algunos minutos en enterarse de lo que había ocurrido.
Le pasaron un primer informe que estudió en su despacho y quince minutos después se reunía en la sala de juntas con los cuatro jefes de equipo.
A la una de la madrugada, hora local, se había registrado una señal de características idénticas a la que había motivado aquella investigación. En esta ocasión la duración de la señal había sido cuatro veces mayor que la anterior, por lo que tomaba valor la hipótesis de que se tratase de pruebas de algún dispositivo o arma que estuviese mejorando su rendimiento. Las características geológicas de la zona no resultaban muy favorables. Las simulaciones del terreno realizadas en tres dimensiones por el programa informático no se correspondían con ninguna plantilla de las utilizadas por el Centro de Estudios Sísmicos.
No disponían de referencias suficientes como para aventurar ni siquiera de qué continente se trataba, pero prácticamente quedaba descartado que las señales procedieran del espacio, que dadas las circunstancias no era poco. Resultaba frustrante que después de todo aquel despliegue de medios, no contasen más que con un precario diseño que podría corresponderse con miles de sitios similares en todo el planeta.
Era mala suerte que en los diez mil kilómetros cuadrados reflejados en aquellos planos, no existiera ningún accidente geográfico lo suficientemente definido como para identificarlo. Tendría que intentarse a mano. Quizá una versión del programa sísmico adaptada a las circunstancias ayudase a eliminar las zonas más improbables, pero aun así sería un trabajo de chinos más que de japoneses.

Mientras tanto, en un despacho de la calle Damrak de Ámsterdam, cuatro hombres esperaban frente a una gran pantalla que diera comienzo la transmisión de la videoconferencia. El despacho en cuestión figuraba a nombre de una empresa de servicios sin actividad conocida y ni la propia secretaria y única empleada disponía de datos fidedignos sobre sus jefes o dueños.
Cuando por fin comenzó la transmisión, apareció en la pantalla la imagen de un hombre de unos sesenta años vestido con un uniforme militar de faena y sin ningún tipo de galones o distintivos. Sin molestarse en saludar, sus primeras palabras fueron para reprochar la mala actuación llevada a cabo por todos ellos durante la operación "Despedida de Soltero", que era el nombre que le habían dado al intento de secuestro de Alain.
El que parecía el jefe de los cuatro hombres del despacho, intentó replicar dando explicaciones del motivo del fracaso pero el militar le interrumpió bruscamente.
– ¡No me sirven las disculpas! –dijo con voz autoritaria–. Se les paga lo suficientemente bien como para prever que él no estuviera solo en todo esto… a mi modo de ver se les ha escapado por incompetentes. Si de mí dependiera no continuarían ustedes con este trabajo. Pero desgraciadamente yo también cumplo órdenes.
En unos días tendrán ustedes a su disposición un dossier electrónico con más de doscientas mil páginas, con los datos recogidos por algunos de los servicios de inteligencia más interesados en encontrar el origen de esas bombas magnéticas.
– ¡Disculpe, señor! –en esta ocasión el militar sí permitió ser interrumpido–. ¿Está confirmado ese dato?
– No. Pero existen indicios de que así sea. La alteración del campo magnético es evidente. Y en esta ocasión no solo han mantenido la intensidad del pulso, sino que han

multiplicado su duración. Eso puede ser un indicativo de que están haciendo progresos muy rápidamente. Suficiente motivo como para no permitir que se ponga en riesgo todo nuestro sistema de defensa.
En el dossier que se les entregará tienen ustedes todas las alteraciones magnéticas que se han producido en los últimos seis meses y que conllevan una posibilidad, por pequeña que sea de formar parte de esas pruebas. Sería preferible que se localizase el lugar de fabricación y al equipo de ingenieros para poder actuar en consecuencia, pero si no fuese posible, sería suficiente con hacerlos desaparecer para siempre.
Quiero una investigación exhaustiva sobre el paradero de Alain Lombard. Destinen a ese cometido a los efectivos que sean necesarios. En eso tienen carta blanca. Es fundamental encontrarlo, vivo preferiblemente. Busquen en su pasado a todas las personas con las que se haya relacionado. Comprueben las escuchas y las cámaras de vigilancia. Interroguen a sus amigos, si los tiene. A los vecinos; a todo el mundo.
El hecho de que haya desaparecido indica, no solo que sabe más de lo que reconoce, sino que tiene apoyos a alto nivel. Hemos descubierto que en el programa que él creó, había incluido una puerta de acceso para poder entrar por ella sin ser detectado. Es posible que deduzca que lo sabemos y no vuelva a intentarlo pero en cualquier caso es necesario que siempre haya gente vigilando esa puerta y cualquier intento de contactar con el Sistema por Internet. De hecho habrá que estar muy pendientes de Internet. Es muy difícil que cometa un error, porque es un campo que domina a la perfección, pero eso mismo puede llevarle a descuidarse.
¿Alguna pregunta…?
A partir de este momento quiero un informe semanal completo, sobre la mesa de ese despacho. ¡Buenas tardes!

27

El domingo por la mañana Ángel se levantó tarde. Finalmente la reunión del teatro se retrasó y como él no tenía problemas de asistencia, los había dejado en el bar y se había marchado a la Peña a jugar a la consola con su amigo Emilio. Durante todo el verano la Peña había estado muy concurrida, pero una vez que empezaba el curso solo la utilizaban los de siempre.
Nada más levantarse había encendido el monitor del ordenador para saludar a Nuria que se encontraba de limpieza semanal. Hacía algún tiempo que cada vez que pasaba al monitor las imágenes de la casa de Nuria, se lo hacía saber a ella. A pesar de que seguía grabándolo todo, le resultaba descortés observarla sin que ella lo supiera.
Habitualmente conectaba con el sistema de audio de la casa, pero como esta vez Nuria había puesto música para animarle las tareas, decidió avisarla enviando un mensaje al portátil. Cuando comprobó que ella lo había recibido bajó el volumen de la música para saludarla.
– ¡Buenos días mí amor! –saludó Ángel.
– ¡Buenos días, capullo! Anoche me dejaste sola y desapareciste.
– No te dejé sola. Estabas muy bien acompañada… ¿terminasteis muy tarde?
– Bastante… tanto que bajé acompañada para que no me pasara nada.
– ¿Y…?
– Pues eso. Que no pasó nada… tu padre me acompañó hasta la plazuela y allí esperó hasta que me vio entrar en casa.
– Tengo que enseñarte una cosa muy curiosa. Lo mismo no es nada, pero no deja de ser curiosa.
– Como puedes ver, estoy un poquito ocupada. Tendremos que dejarlo para esta tarde. Cuando termine con esto voy a fregar todos los suelos y me falta de hacer el baño.
– ¿Te espero para tomar café…? Estará mi padre.
– ¿Eso es bueno o es malo?
– Depende. Como es un excitante, si abusas puede ser malo.
– ¿Sabías que en las fuerzas armadas se dice que a la tropa no se la puede tener desocupada…? El motivo es que cuando la gente no tiene nada que hacer, como es tú caso por disponer de criada, se dedicada a hacer gracietas con la gente que está trabajando… ¡me refiero a tu padre! ¿Dices que estará él para animarme o para prevenirme?
– Lo digo para que te pongas bien guapa. Él se marchará a las cinco porque tiene que organizar los concursos de inauguración de la temporada de otoño, pero un ratito podéis estar a solas.
– ¡Ángel! No seas alcahueta.
– Me vas a obligar a que esté pendiente de la ropa que te pones. ¡Hablando de ropa! Podías participar en el desfile de modelos.
– ¡Ni en sueños!
– ¡¿Por qué no?! Sería el mejor momento para que estrenases ese precioso vestido que se te va a pasar de moda. Todas las chicas del teatro participan y hay premios para todas.

Para unas una flor y para otras un ramo pero lo importante es participar. A ti te darán el premio a la forastera por lo que no harás sombra a ninguna.
– Si me manchase el vestido por una tontería de concurso, no me lo perdonaría. ¡Olvídate!
– Bueno, tú termina pronto con la limpieza, que la noche puede ser larga. Le digo a mi padre que vienes a tomar café a las cuatro en punto. ¡Corto! –dijo imitando a los radioaficionados.
Ángel volvió a subir el volumen de la música para hacer saber a Nuria que no pensaba escuchar ninguna disculpa de ella. Él ya había decidido que estrenase el vestido y resultaría casi imposible hacerle cambiar de idea.

Cerró el programa de vigilancia y abrió el del scanner. En el portátil conectó la cámara de video para comprobar las sospechas surgidas con las mediciones del scanner. Sincronizó los relojes de los dos aparatos y observó los resultados. No había ninguna duda. El gráfico de la señal del scanner se correspondía con absoluta precisión con los movimientos de Nuria alrededor del satélite para comprobar si emitía algún zumbido. Los dos espectaculares picos del gráfico se correspondían con dos acciones diferentes realizadas sobre la misma zona. La primera de ellas al colocar la oreja en un determinado lugar de la superficie metálica y la otra al poner la mano sobre ese mismo punto para apoyarse al mover las antenas.
Era evidente que en aquel sitio existía algún tipo de sensor que posiblemente se activase por contacto para emitir las señales. Unas señales, por otra parte, que no se correspondían con ninguna frecuencia usada para transmisiones reconocidas por el propio scanner. Continuaba sin saber para qué podría servirles todo aquello, pero lo cierto es que habían avanzado mucho en pocos días.
Después de hacer las pertinentes comprobaciones para definir el punto exacto del supuesto sensor, comprobó el resto del material fotográfico recopilado sin encontrar nada relevante, excepto un par de fotos que cortó y guardo en otra carpeta por no considerarlas aptas para que las viera su padre. No eran nada del otro mundo, pero cualquiera mínimamente perspicaz se daría cuenta de que entre Nuria y él había algo más que amistad.

A las cuatro menos cuarto Ángel y su padre habían terminado de comer y se disponían a empezar con el postre cuando recibió un mensaje en el móvil. Ángel comprobó que solo decía: “Veo, veo” que era la forma en que Nuria le pedía que se pusiera en contacto con ella.
Ángel se disculpó con su padre diciéndole que era un aviso del programa que estaba usando para algo del satélite que les enseñaría más tarde. Subió a su habitación y al encender el monitor, allí estaba Nuria plantada en jarras frente la cámara.
– Estás muy bien, –dijo Ángel al verla vestida únicamente con el conjunto de ropa interior de color blanco que le había regalado él.
– ¡Ya! Pero ir así lo mismo es un poco descarado ¿no…? ¡A ver! –dijo con retintín–. ¿Qué quiere el señor que me ponga?
– Ahora ven de calle. Tendremos que ir al taller para que veas lo que quiero enseñarte. Y después te puedes poner el pantalón negro y la camiseta con la “N” bordada. El vestido para la Pasarela hay mucha gente que solo se lo pone para el desfile. Se cambian el los vestuarios del teatro. Ten en cuenta que a las doce de la noche se abre la piscina climatizada y podremos bañarnos.

Cuando Ángel regresó a la cocina, su padre había recogido todo excepto la fruta. Había preparado la cafetera pero no la había puesto al fuego en previsión de que Nuria no fuera puntual.

– ¿Me vas a adelantar algo o tengo que esperar a que llegue la jefa?
– No te pongas celoso que no tienes razón –contestó Ángel–. Aunque nos duela, tenemos que reconocer que con ella hemos avanzado en unas semanas, más que solos en muchos años. Le ha echado muchas horas y por ahora va acertando en casi todo.
– ¡Hombre! Hemos avanzado porque hemos encontrado el satélite, que si no...
– Pero ella ya lo había supuesto antes de que lo encontrásemos. Además lo de la antena gigantesca es una teoría suya que va cogiendo cuerpo.
– Es igual. Sigo diciendo que aunque el aparato funcione, jamás entenderíamos su idioma o su código o el lenguaje informático o lo que sea. Más que nada si tenemos en cuenta que no tenemos la menor idea de lo que significan los símbolos de los petroglifos. Imagínate que lo abrimos y encontramos un libro de instrucciones redactado con esos símbolos… ¿Qué?
– Pues no lo sé. Pero ella es casi ingeniera, algo más que nosotros sabrá, digo yo.
– Esa es otra. No entiendo que cojones pinta ella en la guardia civil.
– Ya veo. Lo que no te gusta de ella es eso, ¿verdad? A mí al principio también me caía mal. Pero eso es porque no la conoces.
– Yo no he dicho que me caiga mal… además no es cierto… me gusta…
El timbre de la puerta interrumpió la conversación en un momento en el que Ángel podía haberle sacado algo más a su padre. Se reservaría ese tema para otro momento.

Siguiendo los consejos de Ángel, Nuria venia vestida de calle. Se había duchado y lavado el pelo, pero no se lo había peinado por lo que el pelo se había secado al aire y presentaba unos simpáticos rizos que le caían sobre la cara.
– Ángel estaba alabando tus virtudes –dijo Nemesio mientras se levantaba para saludarla–, y se le ha olvidado hablar de la puntualidad.
– No le hagas mucho caso. A veces desvaría –contestó jovialmente–. Me ha dicho que nos va a enseñar algo con lo que vamos a alucinar.
– En este caso estoy de acuerdo con él. Creo que has hecho un excelente trabajo deductivo.
– ¡Nuria va a participar en el desfile de modelos! –anunció Ángel interrumpiendo a su padre–. Va a estrenar un vestido que le escogí yo.
– ¡¿En serio…?! Me parece muy bien.
– Yo todavía no he dicho que sí. –replicó Nuria–. Ha sido él quién se ha empeñado en que participe.
– ¡Hombre! A mí me parece muy bien que participes en las cosas de la Asociación. Y para ser sinceros, te veo más en el desfile de modelos que en el concurso de tortillas.
– Eso es porque no has probado mis tortillas –sonrió Nuria.
– Di que sí. Y se llevará el premio a la forastera más elegante.
– No me cabe ninguna duda –asintió Nemesio–. Mi voto ya lo tienes.
– ¿Eres miembro del jurado? –preguntó ingenuamente.
– Mejor –intervino Ángel–. Él es el que nombra al jurado. De hecho tiene que marcharse porque ha quedado a las cinco para organizar la fiesta.
– La fiesta ya está organizada. En realidad es una copia de años anteriores, pero como funciona bien el modelo lo seguimos utilizando. Lo que tengo que hacer esta tarde son las partidas de mus y los dardos, que es de lo que me encargo yo. ¡A propósito, Ángel! ¿Vas a apuntarte al mus?
– No –la respuesta de Ángel fue contundente. El año anterior casi había hecho el ridículo quedándose con un rosco.
– ¡Mira! A eso si que no me importaría apuntarme. –Nuria les sorprendió a los dos.
– ¡¿Tú juegas al mus?! –preguntaron casi al unísono.

– Mi primer año en la universidad tuvo tantos días de huelga como de clases. Había que matar el tiempo de alguna forma y el mus no se me daba mal.
– ¿Os apunto juntos? –Nemesio trataba de animarlos.
– Yo no sé las señas –advirtió Ángel a la ilusionada Nuria.
– Son pocas y muy fáciles de aprender –explicó ella–. Te las enseño en un rato. No quiero que pienses nada raro si me ves guiñarte un ojo.
– Hasta ahí si llego. Pero no sé ni contar los amarracos.
– ¡Os apunto entonces! En esto es verdad lo de que, lo importante es participar. El premio es un jamón de pata negra, pero la tradición dice que hay que comérselo con los amigos el siguiente sábado. Y ahora si os parece, vamos al taller a ver eso tan importante, que yo me tengo que ir.

En un par de minutos, Ángel instaló todo el equipo para enseñarles lo que él ya había comprobado varias veces. También en esta ocasión se repitieron las secuencias, llegando a la conclusión unánime de que efectivamente el satélite respondía de alguna manera al contacto con Nuria. Una vez comprobadas fehacientemente las coincidencias entre los registros del scanner y la grabación de la cámara, no quedaba otra que probar de nuevo en vivo, si existían esas coincidencias.
El resultado fue aplastante. Una pequeña zona situada entre las dos antenas y un poco desplazada hacia el centro, actuaba como un sensor que provocaba alteraciones en el scanner. En aquel momento ninguno de los tres imaginaba para qué les serviría conocer aquello, pero el hecho de saber que respondía a algún tipo de estímulo, les llenaba de esperanzas. Incluso Nemesio que hasta ahora había sido bastante critico con la utilidad de aquel engendro, contemplaba la remota posibilidad de conseguir interactuar con el satélite.
– ¡Te das cuenta de lo inteligente y sagaz que es tu hijo! –dijo Nuria, halagando el trabajo de Ángel.
– A vosotros que os pasa. ¿Estáis todo el día adulándoos el uno al otro, o solo cuando estoy yo?
– ¿Quieres decir –preguntó guasonamente–, que tu hijo habla bien de una picoleta cuando ella no está presente?
– Quiero decir que como no os andéis con cuidado, os van a sacar cantares. Y ahora, para más coña vais a ser pareja oficial. De mus, cierto; pero pareja al fin y al cabo. No quiero imaginarme que haréis cuando tengas dos ases…, o tres.
– ¡Antes de que te vayas! –Ángel se dirigió a su padre al ver que este se preparaba para irse–. Supongo que Nuria tendrá que abrir el baile con el resto de las ganadoras…
– ¿Y…? –Nemesio esperó a que Ángel expusiese su duda.
– Pues que su pareja de mus no se prestaría a ello ni por la solución del misterio del satélite.
– No te preocupes. Si no hay más remedio, me sacrificaré yo. –Nemesio quiso mostrarse condescendiente.
– ¡Gracias a los dos! Ya voy viendo lo que puedo esperar de vosotros –reprochó Nuria.

Entre la expectación por las señales del satélite, los preparativos para la fiesta y el mus, incluidas las señas, se les pasó el tiempo volando. Subieron al Centro en el coche de ella para llevar la caja del vestido y algo de ropa por si se bañaban a última hora.
Cuando entraron en el salón, apenas se cabía de la cantidad de gente que había junto a la barra. Afortunadamente la Organización tenía perfectamente delimitados los espacios y después de algunos saludos fugaces mientras unos a otros se deseaban suerte, ocuparon su puesto en una mesa.

Quizá fueron las sensuales señas de la lengua de Nuria, o quizá los guiños de sus enigmáticos ojos almendrados. El caso es que Ángel empezó a sentir de nuevo aquella sensación de afinidad y cercanía que le transportaba hasta lo más profundo de los sentimientos de su compañera de juego.
Recordaba aquella jugosa boca fundiéndose con la de él en interminables y apasionados besos y los entornados ojos abandonados al placer, permitiendo que entre sus pestañas Ángel pudiese observar el interior de su cerebro.
También ella podía notar esa sensación en aquellos momentos. Escuchaba a Ángel decirle "te quiero" y se estremecía de gozo al tiempo que miraba avergonzada a su alrededor para comprobar la reacción de la gente ante aquella declaración.
Fueron solo unos instantes de confusión hasta que se dio cuenta de que, de nuevo estaban teniendo una experiencia telepática. Decidieron que más tarde meditarían seriamente sobre aquella extraña capacidad de comunicación, pero en esos momentos, los dos pensaban que se trataba de una buena ocasión para divertirse e intentar alzarse con el trofeo de ganadores del mus.

A medida que iban eliminándose parejas, se hacían corros alrededor de las mesas que iban quedando. Los jugadores expertos no solo son muy buenos haciendo señas, sino cogiendo las señas de sus oponentes. Por eso, la mayoría no entendía lo bien que se compenetraban aquellos dos que no siendo pareja habitual de juego, no parecían utilizar las señas sino para confundir.
A pesar de estar permitido, no está bien visto que se den señas falsas, por lo que hubo quien reprochó amistosamente esta actitud a Ángel. Este, como única disculpa aseguró que las señas las había aprendido aquella misma tarde.
– Doy fe de que la última vez que lo vi jugar, solo sabía la de treinta y una –el que había hablado era Feliciano, la pareja que le había tocado a Ángel por sorteo el año anterior–. Y para colmo se la cogían siempre. ¡Así nos fue!

Ganaron contra su pareja de semifinales por la vía rápida y como a los otros finalistas les quedaba bastante para terminar, se fueron a la terraza de la piscina a tomarse un refresco.
– Esto tenemos que hacérnoslo mirar –Nuria se refería a su telepatía–. Ahora puede resultar gracioso, pero para toda la vida tiene que ser agobiante.
– Como dice Joaquín; vamos a disfrutar del momento. Después ya veremos.
– Por lo que he visto, el que ha disfrutado de lo lindo hasta ahora, has sido tú.
– Si te explicas un poco más…
– ¿No te da vergüenza que yo sepa lo que hacías cuando empezaste a espiarme?
– ¿Tú que crees? –sonrió maliciosamente.
– Te portaste como un verdadero hijo de puta. Si me llego a enterar en otras circunstancias…
– Como dijo el filósofo: "No importan los medios si el fin es bueno".
– Eso es precisamente lo que me preocupa; el fin. ¿Cómo acabará todo esto? Y lo peor, ¿cuándo? Está bien disfrutar de presente, pero hay que hacer planes para el futuro. Tú el próximo año te irás a estudiar fuera. Quizá incluso fuera de España. Y yo en el mejor de los casos estaré otro año más… ¿qué va a pasar entonces…? ¿Crees que después de tenerte dentro de mi vida y de mis pensamientos cada instante del día, voy a poder continuar yo sola?
– Yo tampoco lo sé. No puedo imaginármelo sino como si me arrancaran el corazón, pero no quiero pensar en ello. Prefiero cerrar los ojos para intentar capturar todas las sensaciones de momentos como éste. Para guardarlos en mi cerebro de la misma forma

que tú guardas los de Tony; con sus olores y sus lágrimas, pero con una sonrisa en los labios cada vez que recuerdas esos momentos.
– Me da miedo, Ángel. Mucho miedo. Tengo la impresión de que siempre voy a enamorarme de quién no debo y que siempre acabaré llorando sola.
– Yo ahí no puedo ayudarte. Puedo conocer tus más íntimos pensamientos, pero no puedo hacer nada para influir en tus sentimientos. Yo no creo que a mi madre le hagas daño por salir con mi padre. Es cierto que él sigue enamorado de ella pero será porque el primer amor nunca se olvida. ¡No digas nada! –Nuria había tratado de interrumpirlo pero él continuó–. No trates de explicarme lo que conozco también como tú. Estoy seguro de que tú también conoces todos mis pensamientos y mi opinión, pero aun así quiero decírtela de palabra.
Tú no tienes que sentirte culpable de nada. Como mucho serás responsable de la parte que te corresponde. Con mi madre es posible que al final tengas que hacer lo que dijiste de buscar un par de tíos en Internet.
– ¡Joder Ángel, que vergüenza!
– ¡Que no, de verdad! Que lo mismo no es tan mala idea. Siempre será más normal eso, que acostarte con ella para que se convenza de que no es lesbiana.
– ¡Ángel, en serio! No sigas que me estás abochornando.
– ¡Vale! Pero que sepas que a mí cualquier opción me parece buena. Y respecto a mí, no es que sea más fácil o más difícil, lo que ocurre es que es extraño y desconocido. Por eso no podemos aventurar lo que ocurrirá. Lo que sí puedo asegurarte es que formas parte de mi mismo, por lo que es imposible que jamás tenga celos de una parte de mí.
Lo que no sé todavía –Ángel adoptó un tono más relajado–, es lo que esa parte de mí va a sentir cuando te acuestes con mi padre. ¡Je, je! ¿Te imaginas?
– ¡Pero si es que eres un cabronazo! –Nuria intentó darle una colleja sin conseguirlo.
– ¡¡Dale fuerte!! Hasta que se aprenda las señas de una vez –bromeó Nemesio, que venia a buscarlos para decirles que la otra partida estaba a punto de terminar–. No te ha ayudado en nada. No me explico cómo habéis llegado a la final.
– ¿Contra quién nos toca? ¿Contra los herreros?
– ¡No te lo pierdas! El cura y Joaquín les han metido tres a dos a los herreros. Es la primera vez en muchos años que ni siquiera llegan a la final.
– Me alegro por Joaquín. Tenía muchas ganas de bajarles los humos a los hermanitos.
– ¡Estoo…! Si os pido un favor… ¿os va a parecer mal? –Nemesio no se atrevía a hacerles la proposición sin estar seguro de que por lo menos no se enfadarían.
– Que nos lo pidas, no. Además –continuó Ángel buscando con la mirada la complicidad de Nuria–, los favores hay que pagarlos. Ya veremos qué te cobramos.
– ¿Tenéis mucho interés en ganar el torneo de mus…? –continuó hablando, ya que ellos no contestaban en espera del motivo de aquella pregunta–. Lo digo porque si es por el jamón, yo pongo uno para cada uno. Pero me gustaría que ganase Joaquín el torneo.
– ¡Huy huy huy! Que esto me huele a pucherazo... no sé yo si un jamón…
– Por mí sin jamón ni nada –intervino Nuria chafando la negociación de Ángel–. Por ese hombre haría cualquier cosa.
– Me alegra que lo tengas en tanta estima –se sorprendió Nemesio–. La verdad es que es una espinita que tiene clavada desde que murió su amigo y compañero de mus durante muchos años, Arturo.
Ésta es la primera vez que juega con el cura, y si ganan seguramente continúen jugando como pareja. Aunque te parezca una tontería –explicó a Nuria–, en los pueblos, no tener pareja de mus puede llegar a ser un trauma. A determinada edad, la partida de mus puede constituir el mayor o quizá el único aliciente para que algunas personas esperen llegar al siguiente día.

– ¡Jo, papá! Si lo pones así…

La partida final fue todo un espectáculo. Ninguno de los mirones que rodeaban la mesa, podía entender las jugadas de Ángel. Eran un cúmulo de despropósitos que sin embargo le salían bien normalmente.
Todos coincidían en que Nuria jugaba muy bien, pero a Ángel le llovían las críticas al finalizar cada mano. Nada más lejos de acobardarse ante los consejos de los avezados jugadores, Ángel les explicaba que era una nueva técnica que había aprendido por Internet, y que como el programa contaba los puntos de cada uno, él no se había molestado en aprender a contarse los amarracos.
Después de cuarenta entretenidos minutos durante los cuales había sido el centro de atención de la concurrencia, finalmente Ángel le echó un órdago a don Cosme en el momento más inesperado para la concurrencia, ya que todos habían visto la seña del cura indicando a Joaquín que llevaba treinta y una. Todos menos, por lo visto Ángel. Que si ya había demostrado que no sabía dar las señas, ahora acababa de demostrar que tampoco era capaz de cazarlas aunque se las repitieran.
Cuando puso las cartas sobre la mesa para comprobar que habían perdido, Nuria, como cualquier pareja de mus de este mundo, le echó una bronca tan oportuna como esperada por todos los asistentes. Todavía Ángel permanecía entre un grupo de jugadores habituales discutiendo sobre su táctica de juego, mientras Nuria se reunía con Nemesio en la terraza.
– Supongo que me habré ganado un papel de protagonista en la próxima obra de teatro.
– Lo has hecho muy bien. ¡Gracias! Ahora deberías prepararte para el desfile. Vas muy justa de tiempo.
– No te preocupes. No tardo nada en cambiarme.
– Me temo que Araceli y las chicas no te van a dejar salir con ese pelo. Créeme, tardarás un ratito.

Las chicas a las que se refería Nemesio eran un nutrido grupo de mujeres que habían organizado el concurso años atrás para motivarse ellas mismas. Estaban hartas de ser simples acompañantes o espectadoras de juegos que no entendían y de deportes que no practicaban y habían decidido pasar a la acción.
No solo las animaba a vestirse y arreglase como para ir de boda, sino que obligaba a sus novios y maridos a estar a la altura de ellas. Y sobre todo a algo que a las mujeres les encanta y es a que las vean bailar con sus parejas. Los primeros años animaban el baile con música enlatada, pero debido al grado de aceptación y el éxito obtenido, actualmente contrataban una orquesta con una calidad más que aceptable.

Cuando Nuria llegó a los camerinos del teatro, Araceli ya le tenía todo preparado. Después de las felicitaciones por haber colocado muy alto el listón del mus femenino, mientras la arreglaban iban explicándole la pequeña coreografía que habían preparado para ese año.
– Os he colocado por tamaño, así que tú vas con Elvira. Cada concursante lleva una acompañante. En tu caso para que no te pierdas, ya que es tu primer desfile y hacemos un recorrido bastante amplio. ¡A ver! ¿Dónde está tu vestido?
– No sé. Ángel le dio mis cosas a alguien… estaba en una caja verde oscura…
– ¡¿En esa caja?! –preguntó Araceli asustada–. ¿Qué no has sacado el vestido de la caja? Pues estará bueno. Ahora no va a haber tiempo para plancharlo.
Araceli cogió la caja que se encontraba en el suelo junto a la bolsa con el resto de la ropa de Nuria y la abrió para ver qué se podía hacer.
– ¡¡Joder, chica!! ¿De dónde has sacado esto? –se asombró mientras intentaba ver la etiqueta de su procedencia.

– No tiene marca. Es de una tienda de Burgos de dos señoras mayores.
– ¡Las Castrinas! Ya veo –dijo al comprobar las iniciales de la caja–. Así que una tienda de dos señoras mayores, ¡eh! ¡Elvira, ven un momento!
Araceli se colocó el vestido sobre su cuerpo para comprobar que no tenía una sola arruga. Se miró en el espejo para darse cuenta de que después de parir el cuerpo queda un poco deteriorado, sobre todo los primeros meses. Y que tendría que hacer bastante gimnasia para poder meterse en aquella joya de seda natural.
– ¡¡Madre mía, qué bonito!! –exclamó Elvira nada más entrar en el camerino.
– ¿Que te parece la forastera? Se viste en Las Castrinas y dice que es la tienda de unas señoras mayores.
– ¿A quién quieres impresionar…? ¿Me lo imagino…? –Elvira sonrió pícaramente.
– Supongo –dijo Araceli que continuaba moviéndose con el vestido frente al espejo–, que debajo de esto llevarás algo acorde, ¿no?
– Tengo dos para estrenar, y no sé cual ponerme –Nuria sacó de la bolsa los dos conjuntos de ropa interior que todavía no había estrenando y se los enseñó para que le dieran su opinión–. ¿Qué opináis?
– Yo me pondría el rojo. Pero lo haría por Lolo. A él le encanta el rojo. Depende… ¿Quién esperas que te lo quite?
– ¡Nadie! No espero que me lo quite nadie… ¡pero si los tenéis a todos pillados!
– Todos, todos, no –Araceli se dirigió a Elvira–. ¿Sabes que ahora en todos los ensayos se besan apasionadamente?... ha sido idea de Ángel Luís, que dice que es lo que pone en el libreto, pero yo creo que lo que quiere es que se líen.
– Pues a mí me ha dicho un pajarito –Elvira no pareció molestarse por el comentario de Araceli–, que como ganarás el premio a la forastera más elegante, tu pareja de baile será Neme.
– Seguro que ha sido Ángel. Todo esto ha sido idea suya. Hicimos un trato; él jugaba conmigo al mus si yo desfilaba. Lo que pasa es que es un liante.
– ¡Ponte lo que quieras!, pero abrevia que creo que eres la última –apuró Araceli.

El desfile resulto un éxito total. Las pequeñas innovaciones respecto al año anterior habían mejorado el espacio dedicado a los posados fotográficos, consiguiendo agilizar un proceso que a medida que aumentaban las participantes, complicaba el ritmo del desfile.
El concurso tenía una particularidad que lo hacía diferente a todos y que además evitaba que las no premiadas se pudieran sentir agraviadas. Hasta que no finalizaba el desfile no se conocía el tema a premiar, que podía referirse al vestuario; al calzado; al peinado o a la sonrisa más destacados. Siempre se exceptuaba el premio a la forastera que había surgido para animar la participación de las ocasionales visitantes.
Ese año la suerte recayó en los peinados, que además de premiar a la ganadora, era un reconocimiento al enorme trabajo realizado por el equipo de mujeres de la Asociación que tuvieron que salir a saludar al terminar el acto.

Mientras las ganadoras abrían el baile con sus acompañantes, el resto de parejas giraban en corro a su alrededor al ritmo de la música y engalanados con un espectacular juego de luces, que al reflejarse en las templadas aguas de la piscina, recordaba los musicales de los años treinta.
Con la cortesía que siempre había mostrado Nemesio hacia Nuria, finalizada la primera canción, la acompañó hasta la mesa donde tenía reservado su sitio junto a Elvira, quien nada más alejarse Nemesio preguntó con gesto travieso:
– ¿Qué, cómo ha ido?

– Me ha contado lo de vuestro primo Pedro. Y que mañana tiene que ir a Madrid a no se qué consulado.
– ¡Dios… este hombre…! La verdad es que no entiendo nada. Todo el mundo sabe que es muy romántico… no quiero decir que esperase que te besase en medio del baile, pero un detallito…
– Yo tampoco le he dado muchas facilidades. Estaba muy nerviosa pensando que me miraba todo el mundo. Para que te hagas una idea, mi conversación giraba en torno a mi trabajo y que también debo ir a Madrid a hacer unas pruebas para poder solicitar mi reingreso.
– ¿Cuándo tienes que ir a Madrid?
– Cualquier día antes de fin de mes.
Elvira se levantó de su asiento y con su envidiable elegancia se dirigió a la mesa donde Nemesio se encontraba charlando con Joaquín y su señora.
– ¡Disculpa Neme! –dijo poniendo una mano sobre el hombro de su marido–. Me dice Nuria que te pregunte que si la puedes llevar mañana a Madrid. Por lo visto tiene que hacer unas pruebas en el Ministerio.
– ¡Por supuesto que si! ¿Cómo no me ha dicho ella nada? Si hemos estado hablando de eso hace un rato.
– ¿Entonces… a qué hora le digo que pasas a recogerla?
– Yo quería salir a las nueve como muy tarde. Lo que pasa es que no sé el tiempo que me llevarán las gestiones con esta gente. El Cónsul este me ha cambiado la cita tres veces.
– ¡Bueno! Si te parece luego hablas con ella. Pero en principio la recoges a las nueve.

Cuando Elvira regresó a su mesa, se sentó satisfecha de su infantil travesura. Sin decir palabra y con una pícara sonrisa en su boca se mantuvo mirando el espectáculo. Nuria la contemplaba en silencio absolutamente convencida de que tramaba algo.
– Bueno, ¿qué? –preguntó por fin Nuria–. A que viene esa cara de satisfacción.
– Mañana te recoge a las nueve para ir con él a Madrid.
– ¡Cojonudo!
– ¿¡Qué pasa!, no tenías que ir?
– Claro que tengo que ir, pero le has puesto en un compromiso.
– Como estés esperando a que él tome la iniciativa, lo llevas claro.
– Si es que cuando estoy a solas con él me corto un montón. En el teatro o en el bar, o cuando está Ángel con nosotros, es diferente. Pero solos, no sé que decir ni de qué hablar. ¿Tú estás segura de lo que haces?
– Completamente.
– ¿Y puedo saber por qué lo haces?
– Porque te queremos y no queremos que te vayas nunca.
– ¿Me queréis…? ¿Quiénes me queréis?
– Pues todos. Yo, por supuesto… don Cosme; Ángel no digamos. A propósito, algún día me tendrás que contar lo vuestro.
– ¿Ya te ha contado que hemos hecho funcionar el satélite?
– ¡Qué satélite ni que niño muerto! ¡Se me olvidaba! Ahora que miento a don Cosme; ha hablado con el obispado y quiere que vayamos a Burgos a tocar en la Catedral. Si nos atrevemos, una en cada órgano. Parece ser que el señor de la Obra Social de la Caja quedó muy impresionado con nuestra actuación.
– Pero si no tenemos repertorio… no sé. Lo veo un poco precipitado.
– Es dentro de dos semanas. Tenemos tiempo para ensayar algo. Lo peor es que son dos días, y lo mismo tú ya estás trabajando.

– ¿Cuándo tienes que contestarle…? ¿Porque no le habrás dicho ya que sí…? ¡Que te conozco!
– Mañana, si no regresáis muy tarde, te pasas por casa y hablamos.

28

El viaje de ida fue un poco frió. Nemesio no quería hablar de su vida y no hacía preguntas sobre la de Nuria. Si acaso alguna sobre su trabajo y las expectativas de futuro en la guardia civil. Nuria esperaba que una vez terminada la carrera, le costase pocos años conseguir una buena graduación. Mientras tanto el destino actual no era muy conflictivo y le proporcionaba bastante tiempo libre.
– ¿Cuántos destinos diferentes puedes tener hasta lograr tu objetivo? –preguntó Nemesio con cierto aire de reproche.
– Media docena, o más. Depende. Normalmente los ascensos conllevan cambio de destino.
– ¿Quieres decir que tu proyecto de futuro implica vivir, como mucho, cuatro o cinco años en el mismo sitio?
– Si puede ser menos, mejor. De momento me conformaría con un par de estrellas para ir pensando en asentarme. La carrera de "teleco" está muy valorada en las fuerzas armadas.
– ¿Supongo que en ese tiempo no tendrás intención de casarte ni tener hijos?
– Lo primero es lo primero. Si se hacen bien las cosas hay tiempo para todo, pero lo primero es el trabajo. He estudiado mucho para llegar hasta aquí y no lo voy a dejar para cambiar pañales. No digo que no quiera tener hijos, pero de momento soy muy joven para pensar en eso.
– No me gustaría ser impertinente, pero a tu edad yo tenía un hijo que ya montaba en moto.
– Si claro. Pero seguro que cuando te casaste tú, ya tenías casa, trabajo y dinero. Aparte de una chica dispuesta a ser la madre de tus hijos.
– ¡Discúlpame! Es verdad que yo lo tenía mucho más claro. No estoy diciendo que más fácil, pero si es cierto que mi familia me lo había dejado bien encaminado.
– Y a tu mujer también.
– Cierto. Pero ella también había estudiado mucho para terminar su carrera. Lo que ocurrió es que estaba muy enamorada y lo dejó todo por amor.
– ¡Ya! No es mi caso.
– Me doy cuenta… no paras lo suficiente en ningún sitio como para echarte novio.
– Quizá sea que tengo mala suerte con los hombres.
– Quizá sea eso. Una chica como tú, debería tener muchos pretendientes… lo digo sin segundas intenciones. Por lo que yo sé, aparte de funcionaria, tienes un gran talento musical y me atrevería a decir que también artístico. Si bien en eso no puedo ser imparcial ya que tus actuaciones en el teatro las mido por el sabor de tus besos… lamentaría que este comentario tuviese una interpretación errónea por tu parte, pero quería que lo supieras.
– Para evitar que sea yo quien lo interprete… ¿insinúas que soy una experta?
– Ya sabía yo que podías interpretarlo mal… no. Nada que ver con eso. Lo que ocurre es que a veces soy demasiado sincero y digo cosas que me tendría que callar. Por eso prefiero escribir, porque así tengo tiempo de poner lo que realmente siento.
– Me ha dicho Ángel que tienes un libro de poesías.
– Es cierto. Se trata de un libro editado. Quise editarlo para darle una forma más convencional, pero no lo he publicado… seguramente debería tener una conversación con Ángel para decirle que se limite a hablar de sus cosas.

– Pues disminuiría tu reputación considerablemente… por lo menos en lo que a mí respecta… ¿podré leer ese libro algún día?
– Si te quedas en el pueblo el tiempo suficiente… ¡Oye! ¿Cuando cambias de destino… sigues viendo a tus amigos o te olvidas de ellos?
– Para ti es fácil criticar –a Nuria le había dolido aquella insinuación–. Hasta este momento, jamás he tenido la posibilidad de elegir mi destino.
– ¡¡Dios!! Si es que soy un zoquete. No tenía ninguna intención de criticarte… estaba pensando en Ángel. Cuando te vayas, para él será muy duro y por eso decía que si te olvidarías de los amigos.
– Se trata de vuestro pueblo. Me tendré que marchar porque allí no hay sitio para mí… cuando me vaya, seguramente dejaré colgados en las paredes, los trocitos de mi corazón que mis amigos habrán arrancado a pedazos para poder separarme de ellos. Pero me temo que no podré evitarlo.

Después de salir de la provincia, la conversación derivó hacia el asunto del satélite y se animó de forma considerable.
Las dependencias ministeriales a las que iba Nuria se encontraban relativamente cerca del consulado de las Islas Vírgenes que es donde Nemesio estaba citado con el Cónsul, por lo que la dejó en la misma puerta y él continuó para llevar el coche en un aparcamiento.
Las previsiones eran terminar todas las gestiones antes del mediodía y después buscar un sito donde comer tranquilamente. Se enviarían un mensaje de texto para ponerse de acuerdo en cuanto acabase el primero de ellos.

Nuria fue la primera en terminar sus gestiones. En menos de quince minutos le habían informado de que mientras no saliese el juicio no iba a poder reincorporarse. La encargada de decírselo fue una suboficial muy eficiente que hizo todas las comprobaciones que Nuria le solicitó y alguna más por su cuenta, hasta asegurarse de que no había ningún error en aquella orden.
No es que se le cayera el mundo encima, pero el porrazo fue muy fuerte. Cada vez tenía más claro que a algún mal nacido le preocupaba su permanencia en el Cuerpo. Sin duda alguna debía ser alguien con varias estrellas de muchas puntas, por lo que no tendría sentido hacer ningún tipo de reclamación sobre lo que ella consideraba injusto y posiblemente ilegal.
Sentada en un banco de la acera, a la sombra de los enormes castaños de indias que adornaban el paseo proporcionando un poco de frescor en aquella soleada mañana, Nuria se colocó sus gafas de sol para ocultar las lágrimas de rabia e impotencia que luchaban por aflorar de sus ojos.
Observaba el incesante trajín de gente y de vehículos como si se tratase de una antigua película de cine mudo, donde los personajes vivían en blanco y negro sin otra alternativa en su miserable existencia que la de repetir sus movimientos un día tras otro. Miraba como movían sus labios al hablar, pero no escuchaba más que el continuo y sordo palpitar del incesante tráfico apagando unas voces que a nadie importaba lo que estuvieran diciendo.
Después de seis o siete tonos se dio cuenta de que el teléfono que estaba sonando era el suyo y lo descolgó nerviosamente al ver que el que llamaba era Ángel.
– ¡¿Dónde estabas que no me lo cogías?! –la voz de Ángel sonaba como siempre, como música en los oídos de Nuria.
– Aquí, en el infierno –contestó mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.
– ¿Qué tal con mi padre? –quiso saber Ángel.
– Regular. Con tu padre regular, pero con mi reincorporación, de puta pena. No me van a dejar volver hasta que no salga el juicio y después ya veremos.

– ¡Fantástico! Es lo mejor que podía pasar ¿no?
– Ángel, no estoy para chuflas. Te estoy diciendo que esta gentuza me está haciendo la vida imposible. Ahora estoy convencida de que no me van a dejar en paz hasta que no me metan en la cárcel o me maten –el llanto apagado hizo que las últimas palabras apenas resultaran audibles.
– ¡Escúchame, por favor! Y sobre todo no llores que te aseguro que no tienes motivos. Lo mejor que te puede pasar en estos momentos es que estés lo más lejos posible de esos cabrones.
Te lo podría explicar por teléfono, pero aunque dudo mucho que estos mierdas consigan desencriptar esta señal, lo vamos a hacer de otra manera. Apaga el móvil en cinco segundos y después cierra los ojos. No te preocupes si yo sigo hablando o no, porque lo que quiero enseñarte prefiero que lo veas por ti misma. ¡Fíjate! Esto es lo que ocurrió anoche cuando fui a darle las buenas noches la satélite. Como puedes ver… porque lo estás viendo ¿no?
– Ángel. Tengo apagado el teléfono y los ojos abiertos. Estoy viendo como pasan los autobuses por delante de mí y al mismo tiempo te veo junto al satélite, poniéndole la mano encima para ver que pasa.
– ¡Perfecto! Como ves lo que nos vamos a ahorrar en teléfono va a ser la leche. Pero esto, aun siendo alucinante, no es nada comparado con lo que vas a ver ahora. ¡Pon atención…! Esto es lo que pasó esta mañana, cuando le he ido a dar lo buenos días.

Nuria comprobó cómo al colocar Ángel su mano sobre el satélite, recibía el saludo del sistema operativo cómo si hubiese sido él mismo quien lo hubiera programado. Como no podía ser de otra forma, Ángel lo primero que quiso comprobar fueron las fotografías que tuviese dentro, si es que tenía alguna. No estaba seguro de poder entender el funcionamiento del chisme, pero las imágenes se comprenden en cualquier idioma que hayan sido tomadas.
Aunque las imágenes eran abundantes y muy nítidas, Ángel no había conseguido encontrarles ningún sentido. No tenia idea clara de lo que estaba buscando y tampoco mucho tiempo para investigar. El autobús para llevarle al instituto llegaría en diez minutos y no quería quedarse en tierra.
Todo aquello que Ángel había descubierto por la mañana, lo acababa de ver Nuria como si fuese a ella misma a quien le había ocurrido. Ángel había encontrado la forma de entrar en el Sistema del satélite y comunicarse con él. Algo que parecía absolutamente imposible debido a la lógica incompatibilidad idiomática.
Sin embargo ella había escuchado perfectamente en castellano, la frase de “Bienvenido al sistema. Todos los subsistemas están abiertos y operativos. Tienes acceso al control sin limitaciones”.
– ¡Es imposible! –pensó Nuria–. Completamente imposible.
– ¡¡Es flipante… flipante total!! Y hay más cosas… ¡Olvídate de volver a trabajar que no te va a hacer ni puta falta! Ya he comprendido como funciona esto y en cuanto te lo cuente vas a alucinar. ¡Oye! Te dejo que acabo de entrar en el aula y la gente me mira porque debo tener cara de gilipollas.

Había un universo entre la llegada de Nuria a aquel banco y su forma de levantarse después de hablar con Ángel. Siempre… indefectiblemente siempre que pensaba que se iba a hundir el mundo, aparecía Ángel para darle la vuelta a los problemas y hacerla recuperar las ganas de vivir. No sabía muy bien lo que habría querido decir con aquello de que no le iba a hacer falta volver a trabajar, pero estaba convencida de que Ángel tendría motivos sobrados para decirlo.

También era cierto que, conociendo a Ángel, podía habérsele ocurrido alguna idea peregrina, como por ejemplo dedicarse a jugar al poker. Con su habilidad telepática podían hacerse de oro, pero no se veía ella de casino en casino pendiente de que los vigilantes se mosquearan y acabaran echándoles a patadas. De cualquier forma, la llamada de Ángel le había dado los ánimos que necesitaba para superar el mal trago. Cada vez se convencía más de que su continuidad en la guardia civil no le supondría ninguna satisfacción. Las palabras grandilocuentes de sus instructores en la academia, adoctrinándoles para perseguir a los malos, no eran más que propaganda barata para elevar su ego.
A partir de ese momento, el planteamiento de su futuro dejó de tener como referencia las fuerzas armadas. Nunca volvería a reincorporarse. Fuera lo que fuese el argumento de Ángel para dejar de trabajar, estaba dispuesta a llevarlo a cabo. Incluso lo del poker, ahora le parecía una posibilidad digna de estudio.

Nemesio recibió el mensaje de Nuria y la llamó para quedar con ella en la cafetería del hotel que había muy cerca del consulado. El Cónsul, como siempre, se encontraba fuera de la ciudad y tardaría una hora en recibirlo.
Nuria, al menos disponía de hora y media para pasear por unas calles que ahora le parecían menos frías y grises que unos minutos atrás. La gente no transitaba alocadamente sino que caminaba con tranquilidad por las amplias aceras; se sentaba en los bancos y daba de comer a las palomas.
Todo resulta más bonito cuando se observa con los ojos del turista. Cuando sabes que estás allí de paso y que cuando quieras te puedes marchar, no piensas en la desdicha de tener que vivir esquivando las cacas de los perros, sino que te sientes feliz y con suerte de no pisar ninguna.

– ¡Qué tal te ha ido! –preguntó Nemesio mientras se sentaba en un taburete junto a Nuria, en la barra del restaurante.
– Mal. Esta gente no quiere tener garbanzos negros en su puchero… ¿Y a ti?
– Fatal. Tengo la impresión de que entre todos me han engañado miserablemente y que no vamos a cobrar ni un duro.
– Algo me ha contado Ángel referente al accidente de vuestro primo, aunque yo no he puesto mucha atención. ¿Es mucho dinero?
– Depende. Vamos a sentarnos en el comedor y te cuento. De esa forma me desahogaré un poco, que falta me hace. –Nemesio le contó los pormenores del accidente y todos los trámites llevados a cabo hasta ese momento–. Verás; el caso es que ahora resulta que el plazo de tiempo que para unos es necesario que transcurra desde la desaparición, para poder declararlo oficialmente muerto, para otros supone un incumplimiento de contrato al no haber reclamado en tiempo y forma. En conclusión; que como no aceptamos los cien mil euros que nos ofrecían por entender que nos correspondían trescientos mil, ahora no nos dan nada.
Para mí, la culpa de todo está en el actual sistema internacional, que beneficia a estos gangsters de los paraísos fiscales. Resulta muy sencillo ocultarse tras una tapadera en estas cuevas de ladrones. Sobre todo me duele por mi tía. Se ha volcado en la ayuda a los niños de países iberoamericanos y con ese dinero pensaba hacer muchas cosas allí. Tiene apadrinados dos niños y pensaba irse con Elvira a conocerlos y a verificar el destino de su ayuda.
– Algo de eso sí sabía. Me lo dijo Elvira.

– Las dos estaban muy ilusionadas. Pero para mi tía será como darle con un palo en la cabeza. Lo peor es que fui yo quién las convenció de no aceptar el dinero que les ofrecía el seguro.
Llegó la hora del café y todavía continuaban hablando de los proyectos humanitarios y de lo sencillo que resultaba involucrarse en ellos cuando se conocía la realidad cotidiana de gente condenada a la esclavitud desde el mismo día que nacían.
– ¿Y de lo tuyo que ha pasado? –Nemesio no solo pretendía cambiar el tema de conversación sino que realmente le interesaba el futuro de Nuria–. ¿Por qué crees que eres un garbanzo negro?
– Tengo motivos de sobra para pensarlo. Aunque el problema no es ese. Acabo de darme cuenta de que hay mucha mierda en todos los sitios y no estoy segura de querer ayudarles a esconderla.
– Pero exactamente, ¿cuál es el problema?
– Que las leyes son una mierda. En este país la presunción de inocencia se la pasan por el forro. Tengo pendiente un juicio relativo a un tema interno del Cuerpo, y hasta que no se demuestre mi inocencia no puedo volver a formar parte de ellos.
La mujer que me ha atendido no se explicaba mi caso. Me ha dicho que en los siete años que ella lleva ahí, nunca había visto semejante conjunto de despropósitos. Y mucho menos que lo firmase directamente el General. No sé exactamente que será lo que voy a hacer, pero te puedo asegurar que no voy a mendigar el reingreso.
– ¡¿Vas a dejar la Guardia Civil?! –preguntó Nemesio visiblemente interesado.
– De momento es ella la que me deja a mí. Posiblemente intente ejercer mis derechos… no quiero que puedan decir que me han echado, pero veo muy difícil que me reincorpore.
– Ya sé que los oficiales y jefes cobran un espléndido sueldo. Y que las "telecos" están muy bien pagadas, pero si algún día te planteas vivir con un sueldo decente en un pueblo acogedor donde contar con amigos que te quieren; a muchos de ellos los harás felices.
– Te lo agradezco y cuento con ello. Pero en esta etapa de mi vida hay dos cuestiones que tengo que resolver antes de poder tomar dediciones.
– Si puedo, me gustaría ayudarte a tomar esas decisiones.
– Precisamente eres tú el menos indicado. Prefiero pedirle consejo a tu hijo. No es nada personal, pero él conoce mis problemas mejor que nadie. Además he estado hablando con él hace un rato y creo que tenemos novedades importantes con el satélite.
– Ahora que hablas de Ángel, voy a hacerte una pregunta que me llevo planteando hace unos días, y que si no te la he hecho antes ha sido porque no sabía cómo plantearla. Si no quieres no me la contestes. Pero si me la contestas quiero que seas sincera. ¿De acuerdo? –Nuria asintió con la cabeza, mientras le miraba fijamente a los ojos sin decir palabra–. Yo conozco a Ángel desde que nació, como podrás suponer. Durante toda su vida hemos tenido una excelente relación, lo suficientemente sólida como para no romperse ni a raíz de la separación de sus padres. Sin duda te habrás dado cuenta de que confía en mi y me respeta y que esa confianza es mutua y evidente. Pues bien; desde hace algún tiempo Ángel me oculta cosas.
Soy consciente de que casi tiene dieciocho años y que no resulta lógico que me lo cuente todo, pero en algunos momentos he llegado a verlo realmente preocupado y en vez de recurrir a mí, ha tratado de ocultar su preocupación. Por eso, mi pregunta es: ¿hay algo entre vosotros que yo debiera saber o por lo que deba preocuparme?
El silencio de Nuria demostraba que la pregunta le había provocado algunas dudas y por lo tanto que podía existir algún motivo de preocupación. Sin embargo, la mueca risueña que esbozaban sus labios apretados, significaba que la pregunta le había hecho gracia aunque no se decidiese a responderla.
– ¿Qué clase de pregunta es esa? –respondió finalmente Nuria con una discreta carcajada.

– ¿Y que clase de contestación es la tuya?
– No sé. Quizá esa pregunta deberías hacérsela a Ángel. Lo mismo él sabe algo que no sé yo.
– De acuerdo. Ya te dije que no tendrías que contestar si no querías.
– ¿No te enfadarás…? Tienes que entender que igual que Ángel no me habló del satélite hasta que tú no lo autorizaste, yo también deba pedirle autorización.
– ¡Ves como sí que ocultáis algo! No te preocupes. No me he enfadado. Al contrario, tu compañía me ha reconfortado mucho después de un día tan funesto. Me alegra que os llevéis tan bien. Lo que pasa es que estoy un poco celoso.
– ¡Mira! –respondió en tono de sorna–. El papá se pone celoso porque su pequeñín lo relega.
– A lo mejor los celos no son por el "pequeñín" –Nemesio no quería continuar aquella conversación en el restaurante por lo que pidió la cuenta y se levantó, invitando a Nuria a que caminase delante de él.

Para dos personas inteligentes como Nemesio y Nuria, la conversación del restaurante tenía una lectura clara. Ninguno de los dos cerraba ninguna puerta, pero tampoco estaba dispuesto a ser en primero en abrirla.
Habría que esperar un momento más propicio para retomar el tema, pero de momento, los dos estaban muy satisfechos con sus novedades personales. No ocurría lo mismo con las profesionales, que para Nuria era mejor olvidar. O para Nemesio, que se sentía especialmente humillado por el resultado de las gestiones del seguro.

El asunto del seguro y los paraísos fiscales fue el tema de conversación de su viaje de regreso. Nemesio se había documentado a conciencia sobre las actividades que llevan a cabo esas compañías dedicadas única y exclusivamente a legalizar en algunos países lo que en otros es un delito y durante el trayecto fue informando a Nuria de los pormenores de ese tipo de actividades. A Nemesio todavía le quedaban algunos recursos legales por intentar, por lo que hasta que no tuviera los resultados definitivos, no pensaba decírselo a su tía.

29

Aquella tarde Ángel no se había quedado en La Nava para asistir a la autoescuela. Estaba deseando que llegase Nuria de Madrid, para contarle las novedades. Cuando vio cómo se abrían las puertas que daban acceso al garaje y al patio, se asomó para comprobar que efectivamente el coche de su padre acababa de llegar. Salio a recibirlos y antes de que ellos tuviesen tiempo de reaccionar los llevó a los dos al taller para mostrarles su descubrimiento.
– Tu padre me ha preguntado que si puedo decirle lo que hay entre nosotros –espetó de improviso Nuria tratando de poner la pelota fuera de su tejado–. Por mí no hay inconveniente en que se entere. Tú verás si quieres que se lo mostremos.

La última frase tranquilizaba a Ángel quién por un momento había llegado a pensar que Nuria quería explicarlo "todo".
– ¡Por supuesto! Ahora ya sé de qué sé trata, y no es telepatía como pensábamos.
– ¡¿Telepatía?! –se sorprendió Nemesio, que tampoco esperaba que fueran por ahí los tiros.
– ¿Te acuerdas de lo del mus…? Pues eso. Que a veces nos conectamos telepáticamente y podemos comunicarnos. Por eso no nos hacen falta las señas.
– ¿Me estáis tomando el pelo?
– No. No te estamos tomando el pelo –explico Ángel–. El asunto es demasiado serio como para andarse con bromas. Pero no es exactamente telepatía. Es otra cosa más increíble aún y el causante todo ello es éste –señaló al satélite–. ¡Sentaos que os lo explico detalladamente!
– ¿Tan urgente es, que no podemos ni siquiera ir a darnos una ducha?
– ¡Tanto o más! Anoche, nada más terminar vuestro baile, y en vista de que no quería estorbaros, me vine directo aquí, al taller, para tratar de comprobar una teoría. La experiencia de la partida de mus me había encendido una lucecita en el cerebro, aunque para ser sincero no sé si la idea fue mía o fue de Nuria.
Nuestra comunicación no se limita a conocer o entender lo que estamos pensando en un momento determinado, sino que podemos conocer muchas otras cosas, incluso aunque tratásemos de ocultárnoslas el uno a la otra. Vuelvo a insistir en el símil informático que anteriormente le puse a ella… imaginaos que Nuria y yo somos dos ordenadores que estamos conectados en Red… una Red inalámbrica normal y corriente, dentro de la cuál, cualquiera de los dos tenemos acceso a todos los datos de la memoria del otro sin ningún tipo de restricciones. En determinadas circunstancias, que ya averiguaremos cuales son, nos conectamos en el mismo "programa" y no solo sabemos lo que pensamos, sino que podemos sentir las mismas sensaciones.
Para que te hagas una idea más clara –Ángel se dirigía a su padre–, vamos a hacerte una demostración.
Ángel cerró los ojos, y en apenas unos segundos estaba dentro del cerebro de los dos. Diferenciaba perfectamente las señales de su padre y de Nuria sin ningún tipo de interferencia entre ellas. Posiblemente fueran canales distintos u ondas con diferentes frecuencias, pero las identificaba sin problema alguno.

– ¡Venga! –dijo Ángel dirigiéndose a su padre–, pregúntale a Nuria lo que se te ocurra referente a cosas de mi bodega o de la tuya. Cualquier cosa que ella no debiera conocer, a ver que pasa.
– Espero que no lo tengáis preparado. La verdad es que por minutos, cada vez me doy más cuenta de que me habéis ocultado muchas cosas. Como esto sea un truco, mi venganza será terrible… ¡Veamos! En mi colección de monedas…, supongo que no la has visto, cuál es mi favorita y dónde la encontré.
– Efectivamente no he visto tu colección. Espero que me la enseñes pronto.
Contestando a la pregunta; hay una moneda de plata que tiene una calidad fuera de lo común sobre todo por su composición. No estás muy seguro de su datación pero es anterior al imperio Romano. Tiene un anverso muy similar a un denario de Sekeida pero el reverso no presenta ninguna inscripción en latín. La encontraste en la bajada del manantial de Judas y lo que más te sorprendió fue que se encontraba completamente limpia, sin rastros de tierra adherida.
– ¡Suficiente! –interrumpió Nemesio–. Me habéis convencido. Que conste que me pilla un poco por sorpresa y por eso seguramente no vea todas las posibilidades. Pero aparte de para jugar al mus… ¿Para qué podemos utilizar eso?
– Yo ya le he encontrado un millón de usos –contestó inmediatamente Ángel–. Esta mañana he hecho que Torres no vaya con nosotros de viaje de fin de curso.
– Eso es una tontería. Lo habrá hecho el hombre porque le da la gana y te has apuntado el tanto tú.
– De ninguna manera. Lo he comprobado en varias ocasiones. De momento no he hecho nada que no pudiera ser circunstancial…, bueno, lo mismo si –miró a Nuria, ya que suponía que lo de la balsa había sido producto de esta habilidad o don, para forzar una situación que, aunque ella hubiese estado deseando, jamás se hubiera producido por sí sola–. Pero estoy completamente convencido de que puedo obligar a la gente a hacer cosas aunque no quieran.
– ¿Y qué nos vas a obligar a hacer para demostrarlo?
– Nada, porque sería una tontería. Pero lo que voy a hacer es permitir que lo comprobéis por vosotros mismos. Os he traído aquí, porque creo que el satélite es el origen de los superpoderes. Vosotros no lo podéis apreciar, porque no tenéis superpoderes. Pero yo si. ¿Y por qué yo tengo superpoderes y vosotros no…? Esa es la gran pregunta a la que yo, el gran Ángel, le ha encontrado respuesta.
– ¿Vas a dejar de hacer el tonto…? ¡Payasón!
– ¡Tranquila, señorita, tranquila! Que usted va a tener el honor de ser la segunda… perdón, la primera mujer en comprobarlo –Ángel se quitó el colgante del cuello y se lo colocó a Nuria sin necesidad de desabrochar el cierre–. Ésta es la llave del misterio. La extraña piedra encontrada en el interior de la cripta. Un Jacinto de Compostela. Una piedra muy apreciada en la antigüedad por sus innumerables propiedades, que no sé por qué extrañas cualidades, debería conseguir poner en contacto tu cerebro y el satélite.
– Yo no noto nada, la verdad.
– Lo mismo es que hay que esperar… o tal vez mojarla para que haga buen contacto.
Nuria cogió al vuelo la indirecta. Recordaba perfectamente lo que había ocurrido en la balsa justo después de que ella tocase aquella piedra que colgaba del cuello de Ángel.
– ¿Y si hago masa con el satélite? –Nuria apoyó su mano en la esfera metálica sin apreciar ninguna sensación más que la frialdad del metal–. Me parece que esto no funciona. Por lo menos conmigo.
– Prueba a tocar las antenas –sugirió Nemesio.
– ¡Tampoco! –contestó Nuria después de tocar las antenas incluso agarrando una con cada mano–. Pero yo he visto cómo a ti te daba la bienvenida al sistema.

– Es que yo puse la mano justo encima del sensor, o lo que sea eso. ¡Ponla ahí mismo!
Nuria hizo lo que le indicaba, y un segundo después, tal y como había ocurrido con Ángel, el sistema saludaba a Nuria, diciéndole que tenia permiso para interactuar. Con los ojos abiertos como platos y una expresión de asombro en su boca, Nuria miraba a Ángel y a Nemesio sin atreverse a decir una palabra por temor a que se cortara la comunicación con aquella alucinante máquina.
Al contrario que el chico, ella si que entendía muchas de las cosas que esta viendo. Lo primero y más importante era que se trataba de una transmisión directa con el sistema neuronal de su cerebro. Una comunicación inalámbrica que no necesitaba interpretes ni traductores. Es decir, que los órganos humanos como la vista o el oído, cuya función es transformar lo que se percibe en ondas electromagnéticas para que puedan ser interpretadas por el cerebro, eran innecesarios porque el satélite emitía en esas ondas directamente.
Por eso, en las comunicaciones "telepáticas" con Ángel, ella estaba viendo y sintiendo lo mismo que él. Se trataba de las mismas ondas, que producían los mismos efectos en cualquier cerebro receptor. De ahí que Ángel hubiera podido percibir el perfume de lilas, extrayéndolo de los recuerdos de ella.
Obviamente con este sistema de comunicación, los diferentes idiomas del mundo no resultaban un inconveniente. Los datos se transmitían una vez procesados, por lo que no solo informaban de la realidad, sino de la realidad condicionada.
Un plátano visto en una foto, es una baya oblonga de color amarillo verdoso. Sin embargo en el cerebro de cada uno de nosotros, el plátano además es fruta tropical de piel gruesa y pulpa carnosa**,** comestible (una vez pelada), que cuando está maduro tiene un sabor y un olor suaves y delicados.
El número seis pintado en una pared, puede que a un chino no le diga absolutamente nada, pero el que pintó ese número era consciente de que representaba seis unidades dentro de un sistema decimal.
Es posible que el idioma chino no esté basado en un sistema decimal y que la representación gráfica del seis se parezca al dibujo esquematizado de un hombre, pero lo que es seguro es que representa el mismo número de unidades. El anterior al seis será el cinco, se llame como se llame y tenga la forma que quiera tener, y lo mismo ocurrirá con el siete y con todos los demás.
Por lo tanto, lo que Nuria estaba viendo y escuchando no era un idioma o unas imágenes, sino la idea que quería expresar el que grabó esas imágenes y sonidos.
– ¡¡Increíble…!!, ¡fantástico! –dijo Nuria alejándose del satélite y quitándose el colgante para dárselo a Nemesio– ¡Toma! Póntelo y alucina.
Cuando Nemesio puso su mano sobre el sensor, no era consciente de la relevancia del descubrimiento de Ángel. Todavía mantenía la creencia de que aquello no le serviría para nada útil, por lo que se reservaba su opinión hasta que lo hubiera probado.
Pasados apenas treinta segundos, la información traspasada del satélite al cerebro de Nemesio, se le antojaba excesivamente complicada. Era como entrar en una biblioteca y leer de corrido cuatro o cinco líneas de cada libro de las estanterías, por lo que dio por terminada la prueba y se quitó el colgante para devolvérselo a Ángel.
– ¡Fabuloso! Es más increíble de lo que podía imaginar. Pero yo no he visto lo que estabais pensando ninguno de los dos.
– Yo tampoco lo tengo muy claro –respondió su hijo–. Ya os he dicho que tenemos mucho trabajo por delante. Pero lo que es indudable es que esto no pertenece a nuestra civilización.
Yo, que he tenido más tiempo que vosotros para pensar, he llegado a la conclusión de que el satélite capta las ondas cerebrales… no sé si me explico. Que en vez de recoger las

ondas de la telefonía, o además de ésas, actúa como un electroencefalógrafo super dimensionado, amplificando cientos de millones de veces las ondas cerebrales.
– Podría ser –intervino Nuria–. Solo son motivos técnicos los que impiden que ahora se pueda hacer. Aunque lo lógico sería que esas ondas emitiesen en las mismas frecuencias o frecuencias muy cercanas, por lo que parece imposible que las interferencias permitiesen ningún tipo de control. Por lo que sabemos, cuando Ángel y yo nos ponemos en contacto, no hay interferencias.
– Yo tampoco voy por la calle como el de aquella película que el hombre sabía lo que pensaban las mujeres. Es más, esta mañana hasta que no te he llamado por teléfono, no había podido conectar.
– No hay duda de que esto desborda nuestros conceptos –Nemesio necesitaba recapacitar–. Sugiero que nos vayamos a dar una relajante ducha, que a nosotros nos hace mucha falta para quitarnos la carbonilla de Madrid, y después de cenar, si os parece le damos otra vuelta… ¿Cenas con nosotros?
– Lo siento. Ya he quedado con Elvira… no os importa, ¿verdad?
– Todo lo contrario –dijo Nemesio–. Aunque de momento a ella es mejor que no le digas nada de esto. Podría pensar que estamos cometiendo un pecado mortal.
– Yo me quedo aquí investigando..., ¡esperad, esperad un momento! Papá, déjame tu móvil… luego te explico.
– ¡Bueno! Pues nada. Ya me explicarás.
Ángel buscó en la agenda del teléfono de su padre y marco un número.
– Buenas tardes Joaquín… a ver si me puedes hacer un favor… es lo que hablamos del colgante de la virgen… sería muy importante tenerlo hoy… no. No pasa nada. Mañana por la tarde, si te pasas te contamos… si puedes buscarlo ahora… venga, de acuerdo. Nuria cena con mi madre, así que después de cenar se pasa por tu casa. ¡Hasta luego!
Tú, Nuria, ya lo has oído. Y a ti, papá, tengo que ponerte al corriente de que Joaquín nos dijo que hace muchos años la virgen tenía un colgante como éste. Cuando él era sacristán, el cura le dijo que le quitara aquello a la Virgen y él cree que lo guarda en algún sitio de la casa. Si en realidad es lo que podemos imaginarnos, habremos avanzado una barbaridad.
– ¿Qué pasa con tus teléfonos? Menos mal que nos los regalan, que si no.
Ángel no quiso dar más explicaciones a su padre, y como él no insistió se despidieron para continuar cada uno con su tarea.

Hasta la hora de cenar, a Nuria le quedaba bastante tarea por hacer. Es cierto que cuando uno vive solo mancha poco, pero lo poco que mancha no hay nadie que lo limpie por él.
No es que tuviera la casa manga por hombro, la había limpiado a fondo durante el fin de semana, pero desde el domingo a mediodía, solo había estado en casa seis horas y las había dedicado íntegramente a dormir. Ventiló generosamente toda la casa y recogió todo lo que había dejado desordenado para, seguidamente meterse en la bañera y dedicarle diez minutos a relajarse. Le parecía mentira que no teniendo que trabajar, se le amontonasen las tareas de tal forma. ¡Y su buena amiga Esther pensando que vivir en un pueblo tan pequeño resultaría aburrido!
Ya estaba empezando a vestirse cuando Elvira la llamó por teléfono para recordarle que aunque faltaba un buen rato para cenar, podía subir cuando quisiera y así charlaban.

Nuria se había acostumbrado a entrar en casa de Elvira por el portón del patio porque era la entrada que usaban casi todos. Desde ahí, por la derecha se accedía a la puerta trasera de la Sede de la Cofradía y por la izquierda al espectacular salón de música de la casa y a la

parte de atrás de la cocina. Elvira la saludó con la mano al verla pasar por delante de las cristaleras, y esperó a que entrara para darle dos besos.
– ¡¿Qué, cómo resultó?! –fue el saludo de Elvira, a quién se veía vivamente interesada.
– Regular –contestó un poco desalentada–. No creo que hayamos avanzado nada.
– A veces no ir para atrás es suficiente.
– Pues tampoco sé que decirte. En algún momento llegué a pensar que me estaba echando la bronca.
– ¿Y eso?
– Por lo de los traslados. Se ve que lo que le preocupa es Ángel. Dice que será duro para él cuando yo me marche.
– ¡No te digo! Pues claro que será duro. Para Ángel y para ti. Por eso no queremos que te marches. ¡Bueno! Ahora me cuentas. Primero ayúdame a limpiar estas setas que me ha traído Joaquín especialmente para ti… te quiere mucho ese hombre… por mí no lo ha hecho nunca.
En esta época hay muy pocas de éstas y se puede haber pasado cuatro o cinco horas para recogerlas.
– Nos caímos bien desde el primer día. Pero no deja de sorprenderme su perspicacia y su inteligencia.
– Es muy buena persona. Y por lo que yo sé, de joven era muy atractivo. Se dice que el cura de entonces lo nombró sacristán para tenerlo controlado.
– Después de cenar tengo que pasar por su casa para recoger algo que le ha encargado Ángel… es por lo de la cripta y todo eso. Lo estamos desentrañando poco a poco… esta noche hemos quedado en el taller para comprobar una teoría de Ángel.
– Espero que me pongáis al día, que yo también he puesto mi granito de arena.
– No te preocupes que en cuanto dejen de ser teorías yo te lo cuento todo. De momento Nemesio no quiere que te digamos nada, así que ojito que no se te escape.
– Es típico de Neme. Hasta que no ata todos los cabos, no suelta prenda. Y eso lo aplica a todo. No me extrañaría que te hubiera estado tanteando. Todo eso de los traslados…, es posible que no le preocupe tanto la reacción de Ángel, como la suya propia si algún día te vas.
– Algún día tendré que marcharme –asintió pesarosa–. Pero eso es inevitable. Puede que en vez de un año, sean dos. O en el mejor de los casos tres. Pero si quiero conseguir un sueldo decente y una casa, aunque sea la cuarta parte que la tuya, no me quedará más remedió que marcharme… en Fontoroz no veo yo mucha demanda de ingenieros de telecomunicaciones.
– Yo renuncié a una carrera profesional para poder vivir aquí.
– Eso también me lo ha dicho Nemesio. Pero tú le tenías a él y él a ti. Yo no tengo a nadie.
– Pues de eso es de lo que se trata…, que sepas desde el primer momento, que yo estoy dispuesta a divorciarme en cuanto él me lo pida. No vayas a pensar que lo vuestro sería un rollito.
– ¿Tú te das cuenta de lo que me cuesta asimilar lo que me dices? ¡Me estás hablando de casarme con tu marido! Y ni siquiera sé si le gusto.
– Tú no sabes lo que yo he rezado por mis pecados. Para mí sería una redención conseguir que Neme volviera a ser feliz. Y si esa felicidad la encuentra contigo, doblemente feliz… y Ángel, no digamos.
– Ahora que hablas de Ángel, él si que puede ayudarme. Si quiere, claro. Esta noche se lo digo.
– Aparte de hacerlo por Neme, también lo hago por mí misma. Lo del órgano te lo debo exclusivamente a ti y me ilusiona la idea de hacer conciertos en la catedral… porque cuento contigo.

– ¡Faltaría más! Lo que pasa es que me parece que con eso no nos vamos a ganar la vida.
– De momento no cobramos. Iremos con todos los gastos pagados y nos dan una generosa ayuda al transporte. Pero todo se andará.
– Tendremos que ensayar un poco.
– Cuando a ti te venga bien, que parece ser que eres la más ocupada.
Continuaron charlando sin parar como cualquier pareja de amigas que comparte muchas cosas y algunos planes de futuro. Las dos estaban ilusionadas con los conciertos de órgano y completamente convencidas de sus capacidades artísticas para conseguir rentabilizarlos. Se habían ganado una excelente reputación ante dos de las instituciones más influyentes en ese tipo de actuaciones y no les sería difícil sacarle partido de alguna forma.

Después de cenar, Nemesio y Ángel se habían quedado en la cocina, cada uno con su portátil, recopilando información en Internet.
En el Cuadro de "La Glorificación de la Eucaristía", Salimbeni a finales del siglo XVI, en la iglesia de San Pedro de la ciudad italiana de Montalcino, había pintado una copia casi exacta del satélite que ellos tenían en el taller en aquellos momentos. Existen cientos de páginas web en las que se habla de este cuadro, refiriéndose a él como el sputnik de Montalcino, debido al gran parecido del satélite con los primeros Sputnik lanzados al espacio por la URSS a mediados del siglo XX.
En esas páginas, como es lógico hay opiniones para todos, aunque son pocos los que todavía mantienen que el satélite es en realidad una representación simbólica de la Esfera Celeste en la que ignoran la existencia de las antenas y asimilan las lentes de las cámaras a esquematizaciones del sol y la luna.
Con la fe se puede explicar cualquier cosa. Entender esas explicaciones solo está a la altura de los elegidos. Por lo tanto, el que no entienda las explicaciones dadas por la Iglesia, será porque no es digno de entrar en el Reino de los Cielos.

Afortunadamente ni Nemesio ni Ángel necesitaban que nadie les interpretara lo que ellos veían. Y lo que ellos tenían guardado en el taller no era ningún "Orbe de la Creación". Tampoco era un Sputnik, eso era evidente, pero cuanto más se documentaban en aquel tema, más convencidos estaban de que el satélite que ellos tenían y el que se representaba en muchos de los cuadros religiosos presentes en iglesias de muy diferentes países, era lo mismo.
Aquel satélite había sido motivo de adoración en épocas pasadas y por algún extraño y desconocido motivo, había acabado escondido en el pedestal de la Virgen de Velo durante cientos de años.
La Alegoría Cristiana de Jan Provost; La Adoración de la Trinidad en sus múltiples versiones, o las innumerables representaciones en las que la Inmaculada aparece levitando sobre todo tipo de esferas, no hacen otra cosa que indicarnos la existencia de ese satélite desde tiempos inmemoriales.

Sobre las diez y media de la noche, Nuria se reunió con ellos en la cocina. Traía una pequeña caja típica de las joyerías de principios del siglo pasado que dejó sobre la mesa nada más llegar.
– ¿Es el colgante? –preguntó impacientemente Ángel.
– Eso creo. No lo he abierto. Joaquín estaba tomando el fresco con su mujer en le jardín de su casa y me lo tenía preparado sobre la mesa… como no había mucha luz…
– Pues vamos a comprobarlo –Ángel abrió la cajita y sacó el pequeño colgante que colocó a la altura de los ojos–. ¡Joder! No se parece en nada al mío –exclamó visiblemente decepcionado.

– No nos precipitemos –intervino Nemesio–. Nadie ha dicho que tuvieran que ser iguales. De momento lo que si parece es que se trata de un Jacinto de Compostela. Su forma es muy diferente pero si estaba en la corona de la Virgen, por algo sería.
– Lo cierto –explicó Nuria–, es que sus propiedades piezoeléctricas no tienen nada que ver con su tamaño. No hay que desanimarse, que yo creo que estamos en el buen camino.
– ¡Pues venga! –se animó Ángel–. Vamos a comprobarlo. ¡Esperad! Antes de nada quiero hacer una foto de este momento. Poneos ahí juntitos sujetando entre los dos el colgante –Ángel hizo varias fotos y después de comprobar que habían salido bien comentó–: ¿sabíais que hacéis muy buena pareja? Nuria es mucho más guapa, pero tú para tu edad…

Esta vez la colleja llegó por parte paterna, mientras Ángel escapaba hacia el patio bajando las escaleras de tres en tres. Nemesio también compartía la opinión de su hijo. No podía decirse que Nuria fuera una chica guapa, pero resultaba enormemente atractiva. Cuanto más la iba conociendo más a gusto se sentía con ella. Si no fuese por sus circunstancias personales, podría haber llegado a ser una maravillosa compañera.
Pero no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Una mujer mucho más joven que él y que reconocía que para ella Fontoroz era un lugar de paso, no podía traer otra cosa que decepciones y sinsabores. Llegado el momento, ya resultaría doloroso despedirse de ella habiendo sido amigos, cuanto más si esa amistad hubiese llegado a tener tintes más profundos.

Ángel ya había preparado todo el escenario y en cuanto estuvieron los tres comenzó su exposición:
– En primer lugar tengo que deciros que he hecho muchos progresos en las últimas horas. Trataré de poneros al día, aunque para alguno de vosotros esos datos puedan resultar repetitivos.
Antes que nada quiero que tengáis en cuenta que los “poderes” mentales no se limitan a conocer los pensamientos o los recuerdos de la gente. Existe una clara sincretización de las funciones de los cerebros implicados. Por lo tanto, no solo puedo saber lo que piensa Nuria, sino que puedo hacer que piense otra cosa diferente. Voy a haceros una demostración.
Ángel se volvió de espaldas y Nemesio y Nuria se miraron el uno al otro sin tener muy claro que es lo que Ángel planeaba. Nemesio se sentó en el banco al lado de Nuria y mientras esperaba a ver que pasaba, la miraba de reojo por ver si ella era partícipe del plan de Ángel.
Los segundos pasaban y no ocurría nada especial por lo que tuvieran que aplaudir a Ángel. Cansados de esperar, se miraron para preguntarse si continuaban esperando o daban por fracasado el experimento. Fue una mirada fugaz en la que los dos sintieron la sensación de que era eso lo que el otro estaba esperando, como si fuera una señal, los dos al mismo tiempo se levantaron del banco sin dejar de mirarse a los ojos, acercaron sus cuerpos hasta quedar completamente pegados, y se besaron apasionadamente.
Ángel carraspeó un par de veces y viendo la inutilidad de su gesto, tuvo que interrumpir diciendo en voz alta:
– ¡Señores! El experimento ya ha terminado. Pueden ustedes continuar por su cuenta si lo consideran oportuno.
Visiblemente desorientada, Nuria volvió a sentarse en el banco y apoyando el codo sobre la mesa y la mano en su frente, le dijo a Nemesio.
– Sabes que tu hijo es un cabronazo incorregible.
– Pues mira; que bien me hubiera venido esto para convencer a los del seguro. –Nemesio no quería entrar en profundidades ya que no le había disgustado en absoluto la

demostración. Ciertamente la había besado con anterioridad, y últimamente con bastante pasión, pero lo que acababa de ocurrir entre ellos, tenía que deberse a la intervención telepática de Ángel o de lo contrario se le venía encima un problema muy gordo–. No lo estoy diciendo en broma. Si puedes influir de esa forma en la conducta de alguien, tenemos solucionado lo del seguro de tu primo.
– Yo por mi parte –dijo Ángel muy ufano–, estoy tan seguro de que voy a aprobar el carné a la primera que voy a dejar de ir a la autoescuela.
– Esto… ¿Voy a ser yo siempre la pagana de tus experimentos?
– Luego te lo cuento a ti sola, y de paso me aprovecho de mis poderes.
– Espero que al niño le tengáis un buen seguro dental, porque lo mismo le enristro una hostia…
– ¡Venga, venga! Que es lo mismo que hacéis en el teatro…, además, asco…, lo que se dice asco, tampoco os ha dado, ¿no…? ¡Vale… perdón! Es que algunas veces me crezco. Pero es que no es para menos. Porque lo más importante está aún por llegar. Vamos a comprobar el otro colgante porque si realmente funciona como el mío, se nos abre un universo de posibilidades.
Mientras vosotros disfrutabais de la relajante ducha, yo he hecho avances espectaculares. Ya sé cómo funciona lo que podríamos llamar Sistema Operativo. Es tan sencillo que casi es insultante. Es posible que cada piedra solo sirva para un individuo. De eso no estoy seguro, ya que lo que estuvimos probando con la mía dio resultados contradictorios. Por eso entiendo que debería ser Nuria la primera en probar. Si después averiguamos su funcionamiento, sobre la marcha decidimos.
Ahora de lo que se trata es de comunicarse con el Satélite. Las piedras resultan una especie de amplificadores o llaves que una vez comprendido el Sistema, quizá resulten innecesarias, pero que de momento nos facilitan el acceso. ¡Veamos si es así! Tú –se dirigió a Nuria–, pon la mano sobre el sensor a ver que pasa.

Tuvieron que hacer varias pruebas hasta que dieron con la forma de acceso. No se trataba de llaves como supusieron en algún momento. Aquellas piedras lo que permitían era la conexión principal con el Sistema. Las ondas cerebrales eran amplificadas o polarizadas, o trasformadas de alguna manera para que pudieran ser leídas por el Sistema. Lo que había ocurrido y el motivo por el que se habían despistado, era que el Sistema solo reconocía una frecuencia principal. Las demás frecuencias solo tenían acceso si la principal lo permitía. No se trataba de que las piedras en si mismas tuvieran alguna relevancia jerárquica. La jerarquía venia determinada, en este caso, por el orden de llegada al sistema. Ángel tenía el mismo status con su colgante que con el de Nuria. Y Nemesio que había llegado el tercero, estaba por debajo de los otros con cualquiera de los dos colgantes.

– Llegados a este punto, no nos queda más remedio que estudiar en profundidad a nuestro amigo –a Nemesio se le hacia la boca agua pensando en la gentuza del seguro. Ahora en vez de los trescientos mil euros, lo mismo les costaba el doble. O más. Ya lo decidiría con calma.
– Creo que deberíamos irnos a dormir –Nuria bostezó debido a que estaba realmente cansada y acto seguido bostezaron los otros dos.
– Mañana yo vendré sobre las seis –dijo Nemesio–. Pero ya que Ángel no se va a quedar en la autoescuela, vosotros podéis reuniros antes.
– ¡De acuerdo! En cuanto venga del instituto nos vemos.

El resto de la semana lo dedicaron casi exclusivamente a estudiar el satélite y todo lo que pudiera tener relación él. Ángel y Nuria pasaron horas y horas documentándose sobre cualquier cosa que apareciera en Internet relacionada con ese cuadro y otros similares.
Nuria se dedicó a profundizar sobre el posible funcionamiento del sistema y sobre todo, en investigar las frecuencias de las ondas cerebrales. Intentaba conocer el estado actual de los estudios de esas ondas y si existía documentación de los experimentos que se hubiesen podido realizar, por muy descabellados que hubieran sido.
Para que tuviese lugar una comunicación "telepática" entre Ángel y ella, no solo era necesario que los dos estuviesen emitiendo en esa misma onda. También resultaba imprescindible poder localizar esa onda. No parecía muy probable que los dos emitieran en la misma frecuencia por simple casualidad. Es más; era bastante improbable que estuvieran emitiendo en la misma onda.
Por lo tanto, el funcionamiento tenía que estar relacionado con la proximidad o con el mismo principio que regía para el orden de jerarquías.
Ni siquiera sería un sistema novedoso. Los propios Buscadores de Internet disponen de un funcionamiento semejante para relacionar las búsquedas con los posibles resultados. Pueden recordar las páginas visitadas y los criterios de búsqueda. Podría ocurrir, que el cerebro de Ángel en este caso, dispusiese del registro de esa frecuencia, aunque fuera de forma inconsciente, y lo utilizase como primera opción a la hora de conectarse.
Desde luego tendrían que hacer muchas más pruebas con personas diferentes. De forma individual primero y colectivamente después. Lo que le había quedado claro a Nuria era que los estudios actuales respecto a las ondas cerebrales se encontraban muy lejos de explicar aquel fenómeno.
Tratando de entender el funcionamiento del cerebro, Nuria se había dado cuenta de que la misma dificultad que existía para las interferencias en las ondas del cerebro, debería existir para cualquier otro tipo de ondas que aquel satélite fuera capaz de interpretar. Ese camino quizá resultase más aprovechable, ya que las ondas hertzianas estaban mucho más estudiadas, por lo menos por ella.
Un detalle que le había llamado la atención, y que no se imaginaba, era que cada una de las dos mitades del cerebro emitía ondas de forma independiente. Que podían hacerlo al mismo tiempo, pero que no era lo habitual. Esa podía ser la clave.
Para poder fundamentar las hipótesis, apenas comentaban más de lo necesario las respectivas tareas. Era ingente la cantidad de información procesada por ambos. Tanto la procedente de Internet como la que poco a poco le iban sacando al Satélite.
Caso aparte era Nemesio que aunque picoteaba la información de los dos, su principal cometido, consensuado entre los tres, era el de dar su merecido al Seguro.
Con el scanner "enchufado" al satélite, había resultado sencillo interceptar cualquier conversación telefónica de cualquier parte del mundo. Tuvieron que comprar un disco duro externo de gran capacidad con el propósito de almacenar toda aquella información. De momento solo usaban una parte muy pequeña de todo lo que disponían, pero era mucho más de lo que necesitaban.
En el futuro sería necesario un programa que pudiese organizar toda aquella cantidad de datos, porque con el sistema actual, cualquier seguimiento tenía que hacerse a partir de números de teléfono registrados.
Si el encargo de Nuria suponía una gran dedicación al estudio y el de Nemesio grandes dosis de meticulosidad, el de Ángel en cambio requería más intuición que otra cosa. Se trataba de interrelacionar cuestiones y objetos que en principio no tuvieran una relación directa o evidente, para cruzarlos y tratar de obtener nuevos indicios.
Algo así como los primeros buscadores de Internet, cuyo criterio fundamental era la palabra o palabras buscadas independientemente del contexto donde se encontraran. De

esta forma, efectivamente se perdía mucho tiempo leyendo montones de párrafos totalmente irrelevantes, pero al final del día siempre surgían tres o cuatro datos dignos de estudio.

Nemesio fue el primero en dar por concluido su plan. Aunque disponía de una gran cantidad de datos, para lo único que los había usado era para corroborar lo que suponía y que pululaba por centenares de páginas web; un porcentaje sustancial de las pólizas de seguro contratadas, nunca se llegaba a cobrar por sus beneficiarios. La inmensa mayoría de esa gente es hábilmente engañada, cuando con toda su buena fe, se dirigen a su Compañía para hacer la reclamación.
Existen miles de casos en la Red en los que, con las argucias legales aprendidas durante toda su carrera, los abogados de esas Compañías se encargan de defender los intereses de sus empleadores y los suyos propios.
Letras pequeñas; caducidad en los plazos; interpretaciones diferentes sobre una misma frase o palabra, y un largo etcétera de artimañas destinadas a eludir sus obligaciones contractuales.
– Es una lástima que no podamos publicar esas conversaciones –dijo Nemesio–. Es vergonzoso. Juegan con el dolor y el desconocimiento de la gente, para ofrecer acuerdos con los que llegan a ahorrarse hasta el ochenta por ciento de la indemnización.
– ¡Son gentuza, pero los vamos a espabilar! Al de la Compañía, al abogado y al sinvergüenza del Cónsul.
– Es cierto que hay mucha gentuza, pero no todos son iguales. Hay algunas Compañías que, por lo que se ve, son bastante honradas. Parece ser que la que nos ha tocado no es de esas y que el que lleva nuestro caso es un hijo de mala madre.
Ya he descubierto cómo funciona el sistema que se tienen montado. Es sencillo pero eficaz. Sobre todo y lo más importante para nosotros es que desde dentro se puede hacer saltar la banca. ¡Veréis! La Compañía como tal, figura domiciliada en España. Sin embargo es filial de otra cuyo domicilio fiscal está en las Islas Vírgenes, donde por razones obvias no se le exigen las mismas normas que a las de países normales.
Resumiendo: cuando esta Compañía tiene que pagar una indemnización, lo hace a través de su empresa matriz, que como reside en un paraíso fiscal, no está fiscalizada. La empresa filial dispone de una Gestora que se encarga de cobrar de la filial y pagar al indemnizado. Solo en impuestos, la cantidad evadida es enorme, pero es que por si fuera poco, no hay manera de saber el importe total de las indemnizaciones abonadas mediante acuerdos.
– No sé… digo yo… –Ángel no lo tenía muy claro–, si Hacienda no le puede echar mano… tú crees que nosotros…
– Hacienda no puede hacer nada porque lo que hacen es legal. Ten en cuenta que los paraísos fiscales subsisten gracias a que el resto de países se lo permite. Y se lo permiten porque a algunos de sus paisanos les resulta muy útil. Lo que ocurre es que nosotros no vamos a tratar de denunciar la situación. Lo que vamos a hacer es pagarles con su propia moneda.
– Yo tampoco tengo muy claro qué es lo que piensas hacer –Nuria estaba como Ángel; deseando escarmentarlos pero sin saber cómo.
– Un montaje como éste, pensado para ocultar y despistar, tiene un proceso perfectamente adecuado para nuestros propósitos.
El slogan de estas compañías debería ser: “Que tu mano derecha no sepa lo que hace la mano izquierda”. Ellos lo utilizan para que nadie pueda conocer el balance entre lo que ha entrado y lo que ha salido. Por eso una empresa decide la indemnización; otra empresa

gestiona el dinero para ingresarlo en una cuenta y finalmente el dueño de esa cuenta hace el ingreso.
Lo bueno de todo esto. Lo que realmente nos va a permitir hacer un trabajo perfecto es que el que hace el ingreso no tiene la menor idea del concepto por el que lo está haciendo.
– ¿Yyy…? –preguntaron los dos al mismo tiempo.
– Pues que en el segundo paso, a nadie le importa si la indemnización se debe a la factura de un taller de reparaciones o a la de un naufragio.
Por lo tanto lo que necesitamos es que el tío cabrón de la agencia, ponga en la orden de pago, la cantidad que nosotros queramos.
– ¿Pero no habías dicho que ya no había nada que hacer; que se te había pasado el plazo?
– Eso es lo que dijeron. Pero resulta que las grabaciones de sus conversaciones hacen alusión a uno de esos detalles que solo ellos conocen y que utilizan cuando es a su favor. Resulta que existe una diferencia legal entre lo que es un accidente y lo que es un siniestro. Yo entendía que era lo mismo, y que por lo tanto el plazo para la reclamación contaba a partir del día del accidente, pero por lo que les he oído, el siniestro se produjo muchos meses después del accidente.
Ya me enteraré de dónde está el truco, pero lo importante es que conociendo este dato, estoy seguro de que intentarán llegar a un acuerdo. Más que nada porque estoy dispuesto a aceptar ciento veinticinco mil euros de indemnización.
– ¿Lo dices en serio? –preguntó Ángel sorprendido
– Por supuesto que no. Ahí es donde estarás tú. En el momento de firmar la orden de pago, el señor… ¡El cabronazo ese! Sin darse cuenta pondrá el importe total de lo reclamado.
– Pero… se darán cuenta –Nuria continuaba teniendo dudas–. No digo que no podamos conseguir cobrar el cheque. Pero más pronto o más tarde sabrán que en vez de ciento veinticinco mil, nos dieron trescientos mil euros.
– Es que ni siquiera se van a enterar. Es una cantidad totalmente acorde con el siniestro, por lo que en el peor de los casos, si el de la Agencia se diese cuenta de que había firmado trescientos mil, sería el primero en tratar de justificarlos para no tener problemas laborales.
–Yo tengo otra duda –Ángel levantó el dedo para pedir la palabra–. Si lo que vamos a sacar son los trescientos mil que pretendías, ¿qué queda para nosotros?
– No te preocupes, que el veinte por ciento nos lo quedamos como pago del trabajo realizado. Creo que es justo y como no tengo que dar explicaciones a nadie, no hay problema.
– Es que no sé si sabes que Nuria está a dos velas.
– Tranquilo que esto no acaba aquí. En realidad lo que vamos a hacer con esta negociación es solamente una prueba de funcionamiento. Para asegurar las transacciones internas, esta gente se mueve mediante una serie de contraseñas diferentes para cada oficina. En las conversaciones grabadas figuran tanto el nombre completo del Agente como la contraseña de la Oficina, pero la contraseña personal cifrada no la he conseguido todavía. Sé que el Programa admite la entrada mediante la voz, pero todos la meten directamente por el teclado del ordenador ya que resulta más sencillo.
Lo que tenemos que conseguir es esa contraseña cuando el Agente la teclee. Supongo que no tendremos ninguna dificultad en conocerla, ya que para teclearla tiene que estar pensando en ella.
Una vez que tengamos esos datos, nadie podrá dudar de las órdenes de pago de la Agencia. Pero para estar más seguros, en esta primera vez aprovecharemos a hacerlo el día de la Patrona. Estando la Agencia cerrada, nos curamos en salud ante cualquier contingencia. La pena es que no sepamos meternos en sus sistemas informáticos, podríamos hacer mucho bien a la humanidad.

– Yo estoy convencida de que el satélite recoge toda la gama de frecuencias, por lo que seguro que algún día podremos hacer algo. ¿Os cuento mis conclusiones ahora?
– La primera fase del Seguro ya está decidida –concluyó Nemesio–. Para la segunda tenemos tiempo de pensar y de modificar lo que sea necesario. Así que, por mí, adelante.
– Veréis –comenzó Nuria–, no os voy aburrir con los datos porque no es el caso ni el momento. Si tenéis alguna duda me preguntáis sobre la marcha.
Después de cotejar mis investigaciones con las vuestras, puedo aseguraros que nuestro satélite es un sofisticado y avanzadísimo satélite de comunicaciones, originario de una época desconocida e inimaginable en el tiempo.
Los datos aportados por Ángel, solo pueden hacer referencia al momento de la aparición del satélite en la tierra, que pudo producirse hace diez u once siglos. Esa fecha no es relevante para nuestras investigaciones actuales, porque nos da igual el cuándo, el dónde y el cómo. Es posible que cuando cayera a la tierra llevase siglos orbitando. No he sido capaz de datar su origen por una razón elemental; no tenemos referencias. Con meses o años de estudio, podría llegarse a comprobar algún acontecimiento espacial a partir del cual hacer los cálculos. Pero de momento, solo con la simbología que disponemos, tanto de la reliquia como de los petroglifos, a mí me resulta imposible.
La descomunal antena que constituye el Silincio, creo que es independiente al funcionamiento del aparato. Puede ser complementario, pero no creo que sea parte de él. Me inclino a pensar que el satélite estuviese programado para caer en esta zona, que posiblemente en algún momento fue un gran centro de operaciones.
Personalmente creo que cayó varios miles de años después de lo previsto. Quizá decenas de miles de años. Mantengo lo que le comenté a Ángel hace tiempo. A mi modo de ver, este satélite es una mierdecilla. No me entendáis mal. No quiero decir que esté mal hecho, ni mucho menos. Lo que ocurre es que comparado con lo que tiene que haber sido la antena, éste resulta insignificante.
Las mediciones de frecuencias son simplemente estremecedoras. Según mis cálculos, es capaz de recibir ondas de radio extremadamente bajas, del orden de dos o tres Hertzios, a más de quince kilómetros, con una potencia de menos de cincuenta micro vatios. Es posible que todas las cantidades estén presentadas a la baja. Hay que tener en cuenta que corresponden a cálculos matemáticos ya que no dispongo de medios materiales para comprobarlo.
– ¡Disculpa, bonita! Es que yo todavía no tengo edad para votar. No me pidas que coordine lo de los micro vatios y los kilómetros.
– En líneas generales yo diría que se trata de un VSAT (Very Small Aperture Terminal). Una estación de emisión–recepción de bajo coste.
Imaginando cómo sería el Sistema al completo, me inclino a pensar que estaría compuesto de una serie de VSATs. que cubrirían todo el planeta recogiendo toda la información de la superficie. Este entramado de satélites emitiría directamente a un HUB que no es más que otra estación, ubicada en la tierra, que amplificaría la señal de forma definitiva para volver a enviarla al espacio.
– Aunque yo si tengo edad para votar, tampoco quisiera perderme. ¿Estás diciendo que ese HUB sería el Silincio?
– Exactamente. Y te aseguro que con menos de cien vatios y esa antena, se puede llegar a cualquier sitio.
– ¡De acuerdo! –dijo Nemesio–. Supongamos que estás en lo cierto. Tu teoría se basa en la existencia de satélites orbitando alrededor de la tierra… pero éste no está en órbita. Por lo que esa teoría…
– Es que no me has dejado terminar. Estaba diciendo que el HUB, es decir el Silincio amplificaría la señal de forma definitiva… pero la antena del Silincio no está diseñada

para emitir en terrestre. Esa antena tiene una orientación muy específica que seguramente apunta a un punto exacto en el cosmos.
– ¿Un planeta habitado? –preguntó cauteloso Ángel.
– Podría. Pero lo más lógico sería pensar en una estación espacial… esa estación sí estaría en consonancia con la antena y sus constructores…, y seguramente esté ahí arriba observándonos y funcionando como el primer día.
– En cualquier caso –continuó Ángel–. Ya sea un planeta o una estación espacial, si no he entendido mal, ¿estás diciendo que con los datos de construcción de la antena, podemos localizar al destinatario de las señales?
– Estoy convencida de que si. Pero no tengo claro como hacerlo y tampoco sé para qué nos serviría. Hay una cosa que me ha llamado la atención desde el principio y es la velocidad de transmisión. Lo he repasado bastantes veces pero el resultado siempre ha sido el mismo.
Las ondas de radio viajan a la velocidad de la luz independientemente de su frecuencia. Esa particularidad da lugar a que las transmisiones vía satélite tengan un retardo que, dependiendo de la distancia recorrida por las ondas, puede llegar a ser de algunos segundos. Sin embargo, en las mediciones que he hecho con el satélite no existe ese retardo.
– Ya me he vuelto a perder –protestó Ángel ante el confuso tipo de información.
– No creas que yo sé muy bien por donde ando –se disculpó Nuria–. Pero si las matemáticas no fallan, aquí hay algo que no concuerda.
Cualquiera puede conocer la frecuencia de una emisora y la longitud de onda con la que emite. Eso son datos de dominio público y conocidos. Los tres parámetros que definen una onda electromagnética son: la frecuencia; la velocidad y la longitud de onda.
Si la longitud de onda es el resultado de dividir la velocidad de propagación (la velocidad de la luz) por la frecuencia, ese resultado debería ser la longitud de la onda con que emite esa emisora. Sin embargo, al hacer esa operación con los datos del scanner, esa onda tiene una longitud, un cincuenta por ciento mayor.
– ¡Continúa, continua! Mal será que no cojamos algo.
– ¡Pues es que eso es imposible! Si conocemos el dividendo el divisor y el producto, no hay forma de obtener resultados diferentes. La frecuencia sabemos cual es, porque la generamos nosotros. La longitud de onda la podemos medir con facilidad y la velocidad es una constante. Por lo tanto, la única posibilidad para esa diferencia en la longitud de onda, sería que la constante no fuera una constante y fuera una variable. Dicho esto, si hacemos caso a los datos, resulta que la velocidad de la luz no es de 300.000 Km/s, sino de 450.000 Km/s.
– ¡Pero eso es mentira! –afirmó Ángel.
– Yo no digo que sea mentira. Digo que es imposible… pero si fuese posible, justificaría la inexistencia de la señal. Lo que dijo Ángel respecto a que el detector parecía que absorbía la señal, puede ser la prueba. Si la velocidad fuese variable, la longitud de onda sería diferente de la esperada por el receptor. Un receptor de onda corta no puede captar una onda media.
– ¡Querida Nuria! –Nemesio no acababa de creerse lo que estaba pensando– ¿Me confundiría mucho si dijese que estás sugiriendo que este chisme acelera la velocidad de la luz?
– Puede que sea eso, o puede que no sea la velocidad de la luz… que tendría menos sentido, si cabe.
– A estas alturas –continuó Nemesio–, hablar de cosas que no tienen sentido… ¿Qué quieres que te diga?... a ver; ¿por qué tendría menos sentido?

– Porque no hay nada más veloz que la luz… pero si lo hubiera, podría producir una distorsión similar a la de la barrera del sonido. Al sobrepasar esa barrera, la onda desaparecería. En el caso del sonido, cuando un avión traspasa esa barrera deja el sonido detrás de él. Si ocurriera lo mismo con la luz, significaría que delante del avión no habría luz. Delante continuaría estando el universo, pero él no distinguiría nada porque lo vería todo negro.
– Me parece que ahora sí que empiezo a entender algo –intervino Ángel satisfecho por el giro que daban las explicaciones de Nuria–. ¿Estamos hablando de viajar en el tiempo?
– Desde luego, no sería yo la que se metiera dentro del satélite para comprobarlo. Pero lo que yo entiendo es que al traspasar esa barrera, estaríamos en otro sitio.
– ¿Otra dimensión? –preguntó Nemesio.
– Ni idea –Nuria se quedó pensativa, intentado adivinar más que discurrir–. Tengo que admitir que me sobrepasa.
– ¿De la información almacenada en el satélite no sacas nada concreto?
– Es que todavía no sabemos cómo funciona. Entrar en el Sistema es como si un bosquimano entrara en la biblioteca nacional. Aunque todos los libros estuvieran traducidos a su idioma… ¡Pero si hasta nosotros tenemos que preguntar a las bibliotecarias!
– Deberíamos olvidarnos un poco de lo que nos resulta incompresible y centrarnos en lo evidente –Ángel tenía demasiadas dudas en la cabeza como para planteamientos nuevos–. Por el momento no necesitamos saber cómo funciona. Lo importante es aprovecharnos de sus prestaciones. Más adelante ya trataremos de estudiar sus interioridades e incluso de intentar localizar la estación espacial.
Por ahora tenemos que explotar la "telepatía" y las intervenciones telefónicas o las interferencias. Lo del seguro me parece genial, pero se me ocurren mil situaciones diferentes en las que, aparte de divertirnos de lo lindo, podemos hacer un poco de justicia humanitaria. Respecto a las otras ondas, yo sugiero que hagamos alguna prueba práctica de nuestras teorías.
– ¿Pruebas… de qué tipo? –Nemesio no quería complicarse la vida con los inspectores de telecomunicaciones. Conocía varios casos en los que radioaficionados habían sido localizados y sancionados por irregularidades con sus emisoras.
Antes de nacer Ángel, dos coches del ministerio de comunicaciones estuvieron durante toda la noche y la mañana del día siguiente, dando vueltas por el pueblo y los alrededores, con unas antenas que sacaban por las ventanillas, hasta que localizaron a Santiago, quién a partir de entonces no volvió a tocar una emisora.
Lo que menos interesaba en las circunstancias actuales, era tener a esos capullos dando vueltas por el pueblo. Aunque posiblemente en la actualidad ni siquiera tuvieran que acercarse por el pueblo para localizarlo. Ellos también tienen satélites y además saben cómo usarlos.
– Pruebas de todo tipo –contestó Ángel–. Primero tenemos que optimizar las escuchas telefónicas. Por lo que he leído sobre el tema no es difícil, pero es primordial poder usar con soltura el programa apropiado. A continuación tendremos que poner en práctica nuestros conocimientos para emitir sin ser vistos. Si es verdad la teoría de Nuria y lo que tenemos es un receptor–emisor que por si fuera poco oculta las señales a los ojos de los medidores actuales, podemos hacer una prueba sobre una emisora de radio para ver que pasa.
Podemos interferir su emisión con una conversación intrascendente sacada de Internet, y si nos cazan, siempre podemos decir que ha sido un accidente. Ya me he estado informando en algunos foros de Internet de cosas interesantes. Hay por el mundo gente que merece la pena.

– También hay mucho cabrón. Ten cuidado con los foros –advirtió Nemesio.
– Tenéis que ver uno muy curioso, sobre todo para Nuria, que podrá hablarles de tú a tú. Hay dos tíos que saben mucho de comunicaciones. Un tal Chaparrito que es mejicano y otro que no dice de dónde es y que se llama Alienbar. Yo he puesto varios post sobre antenas y mantenemos una relación fluida desde hace algunos meses. A mi modo de ver son gente maja.
– ¡Bueno! –dijo Nemesio–. Todavía nos falta concretar lo de los colgantes. Sería conveniente probar con piedras nuevas a ver si dan resultados positivos.
¡A propósito! No me habéis dicho cómo os va con ellas.
– Yo diría que igual que antes –contestó Ángel–. Quizá un poco mejor el control sobre mi mismo. Antes la "telepatía "respondía casi exclusivamente a impulsos o emociones, en cambio ahora obedece a mis deseos principalmente.
– Yo no te puedo decir gran cosa –ahora era Nuria la que explicaba su experiencia–. Apenas he tenido tiempo para experimentos. Pero coincido contigo en que deberíamos probar con más piedras. Joaquín dijo que él sabía dónde encontrarlas.
– Yo también conozco la zona. Si os parece, podemos ir el domingo a coger algunas.
– Lo dices como si fuera fácil. Ángel y yo nos recorrimos la mitad del río y no encontramos nada aprovechable.
– Ya. Es que en el río no es probable encontrarlas. Las pocas que pueden haber sido arrastradas por el agua, serán pequeñas, tendrán las aristas redondeadas y puede que eso influya en sus propiedades.
– ¡O sea! Que no es en el río donde hay que buscarlas –Nuria reprochó a Ángel el paseo que le había hecho dar–. Estuvimos haciendo el tonto por lo que se ve.
– Buscábamos otro tipo de piedras. Éstas supongo que provienen de las vetas de la cárcava. ¿No es así?
– El domingo lo vemos. Mañana no contéis conmigo que tenemos reunión y comida con unos clientes noruegos. Si vas a comer en casa, habla con Tanya, porque tu madre se pasará el día en Aranda con la Tía.
– ¡Pues me voy a comer con Nuria! –Ángel la miró a ella para ver que decía, pero antes de que tuviera tiempo de contestar, Nemesio propuso una opción mejor.
– Si os apetece ir a comer a Valladolid, invito yo. Y para que no os aburráis, también os invito al cine. ¿Qué os parece?
– Nos parece que nos lo merecemos. Llevamos una semana con los ojos pegados en la pantalla del ordenador y nos vendrá muy bien ver una pantalla más grande. Pero si no te importa, preferimos ir a Burgos; es mejor carretera.

30

Tanto Nuria como Ángel sabían que aquel sábado representaría una prueba de fuego para sus sentimientos. Nunca habían convivido juntos tanto tiempo como en las últimas semanas, y ninguno de los dos se imaginaba el resto de su vida sin el otro. Sin embargo, excepto algunos esporádicos besos de despedida al separarse para ir a dormir, no habían experimentado deseos sexuales que no hubieran podido reprimir.
Regresar a Burgos para pasar el día, significaba revivir unos recuerdos que para los dos habían marcado un punto de inflexión en sus relaciones. Esta vez durante el trayecto de ida, Ángel se dedicó a buscar en Internet las películas que pasaban en los diferentes cines y las criticas de cada una de ellas.
La soltura de Nuria al volante de aquel coche, unida a su habilidad innata, le daban la confianza suficiente como para despreocuparse de la carretera. Comentaban las películas y sus críticas a la vez que trataban de decidir cual sería el aparcamiento más adecuado para dejar el coche.
– Podíamos dejarlo donde la otra vez. –Nuria no sabía si quedarían cerca los cines, pero por lo menos el camino al aparcamiento ya lo conocía–. Me apetecería volver al restaurante.
– ¿Para que nos saquen cantares?
– Me gustó mucho… ¿para qué cambiar? Además, quiero que los camareros se den cuenta de que nuestra relación es estable –sonrió.
– En esta ocasión podemos vacilarles un poco. Lo que no podemos hacer es gastarnos ni la mitad que entonces.

Los fines de semana, los aparcamientos del centro disponen de muchas más plazas libres que los días de diario. Eso facilitó bastante la maniobra de Nuria que, aunque había mejorado mucho el manejo del coche, su gran tamaño siempre era una dificultad.

La temperatura era muy agradable y como era muy pronto para comer, reservaron la mesa por teléfono y se dedicaron a pasear por la ciudad. Nuria había estado allí en varias ocasiones, pero no se podía decir que la conociera. De hecho, se dio cuenta de que apenas conocía nada de aquella hermosa ciudad y acordó con Ángel que tendrían que dedicar algunos días a visitar en profundidad sus monumentos y calles.
Descansaron durante un rato en la terraza de un bar, tomándose unos refrescos a la sombra de uno de los innumerables plátanos que adornan los amplios y bien cuidados paseos. Como lo idílico no existe, o si existe no dura demasiado, siempre hay algún imbécil que puede estropearte el día. El imbécil no era otro que un desaliñado y zafio patán que metió su furgón por la zona peatonal para aparcarlo junto a su establecimiento de restauración.
Al pasar junto a la terraza donde se encontraban Ángel y Nuria, debido a la estrechez de paso, el furgón golpeó con su retrovisor derecho un poste indicador que cayó con estrépito a unos centímetros de donde se encontraba Nuria.
Lejos de pedir disculpas, aquel gorila calvo se encaró con todos los presentes con actitud chulesca y agresiva, llegando a insultar a un grupo de magrebíes que ocupaban una de las

mesas de la terraza. Finalmente el capullo aquel entró en lo que parecía ser el asador de su propiedad, ya que mostraba el mismo logotipo que el furgón atravesado en el paseo.
Se trataba de un dibujo de una montera y un par de banderillas con el título de "El Coso", que Ángel asimiló con el vehículo de un torero que no distinguía entre las plazas de toros y el resto del mundo.
Pasado el susto y agradeciendo a la diosa fortuna que aquel pesado cartel no hubiese caído en la cabeza de Nuria, o de cualquier otro, acabaron compartiendo con los magrebíes la opinión de que había mucho gilipollas por el mundo.
Pero aquella opinión no resarcía a Ángel de la vejación sufrida por los presentes. Por eso, mientras dos de los camareros de la terraza del bar, reponían con esfuerzo el cartel en su sitio, él cerraba los ojos detrás de los oscuros cristales de sus gafas, mientras veía cómo los cinco magrebíes y los dos camareros se dirigían tranquilamente hacia el furgón y como si se tratase de un gesto habitual, lo levantaban por su parte trasera y lo colgaban sobre un robusto bolardo de casi un metro de altura, permitiendo que sus ruedas girasen en el aire libremente.
Unos minutos más tarde, el maleducado restaurador salía del asador acompañado de otro hombre, empujando un carro dentro del cual se adivinaban un montón de fuentes de asados listos para ser consumidos en algún banquete.
Cuando aquel tipo fue a abrir las puertas del furgón, no daba crédito a lo que veía. De inmediato comenzó a dar voces y a bajar santos del cielo, porque acababa de comprender que sus preciados asados iban a llegar un tanto maltrechos a su destino; si es que llegaban.
Miraba en todas direcciones por ver si descubría a los autores de aquella cabronada, pero nadie parecía estar al corriente de su desgracia. Del interior del asador salieron otras seis o siete personas dispuestas a ayudar al hombre a salir del atolladero, pero resultó completamente imposible.
El bolardo se había incrustado un buen trozo entre el depósito del gasoil y el refuerzo del parachoques, por lo que aparte del esfuerzo necesario para desengancharlo, era preciso elevar el vehículo mucho más de lo que se necesitó para colgarlo.
Seguramente, si no se hubiese armado tanto alboroto, el dueño del furgón habría acabado por arremeter contra los únicos que tenían motivos para haberle hecho semejante putada, pero la acumulación de gente había aumentado de forma tan considerable que no tardó en llegar la policía para pedirle muchas explicaciones.

Satisfechos con su venganza y disfrutando de la exasperación de aquel cretino petulante, caminaron calle arriba en dirección al restaurante, echando miraditas de vez en cuando para comprobar los efectos de su obra.

En el restaurante les habían reservado la misma mesa, demostrando así la eficiencia de su sistema de reservas. Aunque el trato recibido en todo momento resultó tan exquisito como la vez anterior, la sonrisa de complicidad, admiración y respeto del camarero les testimoniaba como clientes muy especiales.
La conversación durante la comida giró en torno al asunto del furgón y las inmensas posibilidades que surgirían de aquellos "poderes" telepáticos. Aunque Nuria llevaba su propio colgante, no había tenido oportunidad de probar su funcionamiento. Quizá la realidad fuera que con ella no funcionaba o que no supiera hacerlo funcionar tan bien como Ángel.
– ¿Te das cuenta de que con esa habilidad para influir sobre la gente, podrías incluso crear tu propio partido político? –Nuria empezaba a darse cuenta de las verdaderas expectativas que se abrían ante ellos.
– ¡Más aún! Podría crear mi propia religión.

La última afirmación la había hecho Ángel en un alarde de irreflexiva desmesura, que no fue tal para el avispado cerebro de Nuria. Lo que acababa de decir Ángel podía ser una verdad como un castillo de grande y a la vez la mentira mayor de la historia.
No solo resultaba posible, sino que era muy probable que aquellos poderes hubiesen sido usados para conseguir fieles creyentes desde épocas remotas.
– Yo voy a hacer que estos cabrones me reincorporen con todos los honores y a continuación dimitiré o cesaré, o haré lo que sea para mandarlos a la mierda. ¿Me ayudarás, supongo?
– Espero que en cuanto empecemos a trabajar seriamente los poderes, tú misma puedas hacerlo. Pero no solo será la readmisión, habrá que hacer algo definitivo con el Grupo. Algo que les lleve a la cárcel, para que se den cuenta de lo grave que es jugar con la vida de la gente.
– ¡Tranquilo, que eso corre de mi cuenta! Me asustan las posibles consecuencias de mis actos, pero me excita el sabor de la venganza.
– Eso ha sonado a película de bajo coste. A propósito. Pido la cuenta y nos vamos. Que yo quiero ir a tomar café a un local muy bonito, en el que alguien me tiene que terminar de contar una preciosa historia.

Para los que no tienen el olfato destrozado por el tabaco, el aroma del café recién tostado resulta embriagador. Si a eso le sumamos un acogedor ambiente y una delicada atención por parte de los empleados, tenemos el escenario ideal para hacer confesiones personales.
– Lo habías dejado en que después de declararte, os quedasteis a dormir en casa de Tony.
– ¡Ángel…, por favor! Puedes conocer todos los detalles sin necesidad de que te los cuente yo.
– Efectivamente. Pero no es el caso. Si saco esos detalles de tu memoria, no solo conoceré tus recuerdos, sino también todo aquello que has olvidado. Tienes que entender que si hago lo que me pides, seré yo el que reviva esas sensaciones con la misma intensidad que las viviste en su momento. Y yo no quiero eso. Lo que quiero es que me cuentes solamente lo que tú recuerdas de aquello y tu propia interpretación. No puedo conocer las conexiones de tus recuerdos. No sé si me explico.
– Parece que no, porque no te entiendo.
– Voy a ponerte un ejemplo: imagínate que estás en tu casa un día cualquiera y que las cámaras te están grabando. Yo estoy en mi cuarto viendo todo lo que haces y tomando notas de lo que estás haciendo. Tengo que esperar a que hagas algo para poder anotarlo, porque no sé lo que vas a hacer. Cuando te pones a cantar una de esas canciones que tanto te gustan…
– Como me toques los cojones no vas a tener tiempo de adivinar por dónde te viene el guantazo.
– ¡Que lo haces muy bien!... bueno, por lo menos a mí me gusta escucharte cantar. Te decía que generalmente te pones a cantar de forma intuitiva sin necesidad de escuchar ninguna música…. pues eso es el quid de la cuestión. Algún detalle a tu alrededor o en el interior de tu cerebro te ha hecho recordar esa determinada canción. Eso es lo que yo no puedo conocer. El punto de conexión entre lo que estás haciendo y lo que te recuerda o sugiere lo que estás haciendo.
– ¿El dolor también lo puedes sentir con la misma intensidad?
– Todo… estoy tirando piedras a mi propio tejado, pero espero que con esto te quede suficientemente claro.
Además espero que entiendas por qué no hemos hecho el amor las cuatro o cinco veces que hemos estado a puntito de hacerlo.
– ¡Bueno, bueno! No sé dónde habrás visto tú esas oportunidades.

– Nuestra única vez, para mí será irrepetible. Las sensaciones, sentimientos y emociones de aquella tarde en la balsa, eran el final de un recorrido que había durado casi dieciocho años. Mi corta experiencia en el amor quizá condiciona mi criterio pero de ninguna forma obnubila mis pensamientos.
Sé que para ti también fue especial, pero la diferencia entre tú y yo, es que en mi caso no existían antecedentes. Cualquier relación posterior será comparada con esa primera y tengo la sensación de cualquiera que esté por llegar, será decepcionante.
– La primera vez de cualquier cosa, siempre es diferente al resto. Pero no puedes vivir de ese recuerdo toda la vida.
– Ahí es dónde yo quería llegar. No se trata de un recuerdo. Se trata de una vivencia. Es como estar de nuevo en ese instante de la vida.
– Sería bonito poder revivir algunas cosas. Otras no. Otras sería mejor olvidarlas para siempre.
– Estoy seguro de que más pronto o más tarde aprenderemos el funcionamiento de esta historia y podrás hacerlo. Pero hoy me gustaría que me contases tus sentimientos… los recuerdos de ¿Lisboa, me dijiste?
– ¡Lisboa! Solo oír su nombre me llena de recuerdos. ¿Conoces Lisboa?
– Conozco toda la vida de Sebastiao José de Carvalho e Melo, *Marqués de Pombal*, pero nunca he estado en Portugal.
– Tenemos que ir. En esta época es preciosa... me gustaría que la conocieras como yo. De la mano de tu amante.
– ¿Tú eres mi amante?
– ¿Cómo me llamarías tú?
Ángel se quedó callado durante unos segundos, porque no supo como reaccionar. Posiblemente fuese la mejor definición de la relación que ellos mantenían, pero escucharla de los labios de Nuria lo había dejado aturdido.
–No sé. ¿Novia quizá? –acertó a contestar Ángel tímidamente.
– Las noches en Lisboa invitan al romanticismo. Por el día es una ciudad alegre y bulliciosa como muchas otras. Hay muchos lugares donde puedes sentarte en una terraza y saborear una ciudad diferente de la que encontrarás a unos cuantos cientos de metros. La Baixa no tiene nada que ver el Chiado y éste es completamente diferente a Alfama. Para mí serían como la tarde, la noche y la mañana. Cada una con su encanto y con la presencia siempre del río Tajo, que sobre todo en Belém transmite el sosiego del cercano monasterio de los Jerónimos. Te cuento:
Después de un jovial y aprovechado día en el que Elena no nos había dejado parar de subir y bajar en el tranvía, decidimos cenar a la hora de los portugueses y después continuar la fiesta un poco más descansados.
Apoyada contra la barandilla de la parte más alta del Elevador de Santa Justa, contemplaba los uniformados tejados de la Rua Augusta que se perdían en dirección a la inmensa plaza del Comercio, donde unas pocas horas antes, los cuatro jugábamos como niños.
La nostalgia de saber que aquella felicidad acabaría en un par de días, me envolvió en un estado melancólico y un poco triste que no pasó desapercibido a los atentos ojos de Maite. Mientras Tony y Elena se hacían las más disparatadas fotos el uno a la otra, Maite se acercó a mí por detrás y abrazándome por la cintura me dio un beso en la mejilla.
– ¿Por qué está triste este corazoncito? –preguntó Maite apretándome contra su cuerpo.
– No estoy triste. Lloro porque soy feliz… ¡Bueno! Soy feliz pero lloro porque no quiero que se acabe.
– Ni siquiera la propia vida sería hermosa si supiéramos que nunca terminaría. Disfruta de lo irrepetible y sueña con lo que creas inalcanzable.
– ¿Cuánto tiempo se puede vivir de los sueños?

Mientras hablábamos, nos habíamos colocado las dos frente a frente, dentro del pequeño remate semicircular del mirador, pensado para ser ocupado por una sola persona.
Nuestros cuerpos estaban tan juntos y nuestras caricias tan tiernas que parecíamos dos amantes orgullosas de nuestro amor.
– Creo que estamos dando el cante –le dije.
– Mejor. Vamos a hacer un poco de teatro. Continúa haciéndome zalamerías a ver qué pasa.
Lo que pasó fue que Tony se acercó cauteloso y discreto para decirnos que nos comportáramos un poco. No solo nos dábamos besitos continuamente sino que nos reíamos sin ningún recato de lo que estábamos haciendo.
– No es por nada –dijo Tony–, pero si necesitáis una ducha fría deberíamos irnos al hotel.
– No necesitamos duchas frías –le contestó Maite acercando su cabeza a la de Tony para que no la oyeran el resto de turistas–. Lo que necesitamos es amor. ¡Ven, acércate! Nuria me está diciendo que si no piensas hacer el amor con ella nunca, se va a tirar de cabeza desde aquí arriba.
– Pero a vosotras qué os pasa, si solo habéis bebido coca cola.
– Y no solo eso –continuó Maite–. Yo también me tiro con ella.
– ¡¡Joder…!! A ver si el que se va a tirar soy yo.
– ¡Yo también, yo también! –intervino Elena, que ya no entraba de ninguna forma en el pequeño balcón.
– ¡Vámonos de aquí antes de que nos tiren a todos! Vamos hasta el Chiado y nos tomamos unas copas, a ver si se os pasa la borrachera de coca cola.
– ¡Eso! –dijo Maite con ironía–. Nos metemos en un tugurio donde canten esas alegres canciones a las que llaman fados.
– Los fados no son tristes –corrigió Tony–. Son nostálgicos o melancólicos, pero no son tristes. Seguro que a las chicas les gusta.
– ¿Se puede cantar en esos bares? –preguntó Elena a Tony mientras caminaban juntos por la estrecha pasarela que une el elevador con la zona alta, junto a las ruinas de la iglesia del Carmen.
– ¿Quieres cantar fados?
– ¿¡Dejan!?
– ¿Pero tú sabes lo que es un fado? ¡Anda! Déjate de historias y apóyame, que éstas dos están tramando algo.
– Pues date por jodido… ¿te sirve el apoyo así? –Elena pasó su brazo por la espalda de Tony y apoyo su cabeza en el hombro de él.
– Me temo que no será suficiente.
– Pues poco más puedo hacer por ti. Yo aquí soy la convidada de piedra ¡El patito feo!
– No llores, que sabes que no es verdad. No solo eres muy guapa, sino que estás muy buena… lo digo desde el respeto más profundo.
– Eso de que estoy buena… ¿es un piropo o una proposición?… ¿y cómo sabes que estoy buena si no me has probado?
– ¿Es esta tu idea de ayudarme?… ¡anda, cántame un fado!
Elena se arranco con el de María la Portuguesa y no pudimos sacárnosla de la cabeza durante toda la noche. Afortunadamente no bebió la suficiente como para atreverse a cantarla en el bar, de lo contrario lo mismo nos hubieran echado a patadas, porque Elena canta muy mal.
Bajamos andando hasta el hotel, disfrutando de la tranquilidad de las calles en las que a aquellas horas, las pocas personas con que nos encontrábamos eran también turistas españoles.

Tarareando en voz baja el estribillo de María la Portuguesa, Elena acertó a meter la tarjeta en la cerradura y encender las luces de la habitación. Nosotros tres permanecimos en el pasillo deseándonos las buenas noches y antes de que nos diéramos cuenta, Maite había entrado en su habitación y vuelto a salir con el neceser y el pijama en las manos. Nos dio un beso en la boca a cada uno y se metió en la otra habitación.
Elena no había bebido lo suficiente como para asumir aquello con normalidad y así se lo hizo saber a Maite.
– ¡¡Estás loca…!! ¡Estás como una puta cabra!; ¡¡todos estáis como cabras!! Espero que las paredes no sean de cartón, porque solo faltaría que tuviéramos que escucharlos.
– ¡Venga!..., sé comprensiva…, tú duérmete y olvídate de ellos. Yo me voy a meter en el jacuzzi un ratito para relajarme.

El hotel era un cinco estrellas con paredes de verdad y las habitaciones estaban muy bien aisladas acústicamente. Apenas habían pasado unos minutos desde que Maite se metió en el agua, cuando Elena apareció por la puerta del baño cargada con todas las bebidas alcohólicas de minibar.
– Es que no puedo dormirme –explicó–. ¿Te importa si me meto contigo?
– Con cuatro condiciones…; solo te puedes beber una botellita…; te desnudarás antes de meterte…; no hablaremos de ellos…; nada de mariconadas y por último, tienes que cantarme la de María la Portuguesa.
– Yo he contado cinco condiciones…
– ¡Bueno! Entonces puedes incumplir una.

———————

– Deberíamos irnos ya –dijo Nuria dando por finalizado su relato–. Prefiero llegar diez minutos antes que andar pendientes de perdernos el principio.
Ya habían decidido que irían a un multicine, pero todavía no habían escogido la sala. Las opciones estaban divididas entre un drama histórico ambientado en Egipto y un drama contemporáneo que relataba las intrigas político–económicas de las industrias farmacéuticas en África. Al final se decidieron por la segunda porque estaba basada en una novela de John Le Carré, escritor del que Nuria había leído varias novelas.

La película resultó interesante y muy ilustrativa. De tal modo que desde que salieron del cine no pararon de comentarla. Resultaban indignantes los experimentos de aquella empresa farmacéutica. Era evidente que aquellos desalmados vivían gracias a las enfermedades de la gente y que cuantos más enfermos hubiera mayor sería su negocio.
Según tenían montado el tinglado no había forma humana de echarles mano. Eran tan desmedidos los beneficios, que podrían comprar gobiernos enteros. Desde luego nadie podría demostrar que algunas enfermedades o los brotes de algunas de ellas, hubieran sido generados desde sus propios laboratorios, pero dejar en manos de especuladores la salud mundial, no parece lo más apropiado.

– ¿Qué crees que pasaría si interviniéramos los teléfonos de esa gente? –la pregunta de Ángel no solo esperaba una contestación sino que era una propuesta decidida para hacerlo.
– Nada. Nuestro inglés no es lo suficientemente bueno como para entender la jerga médica.
– Podríamos colgarlo en Internet.

– Aun así, tampoco tendríamos muy claro lo que estamos colgando. Para hacer eso necesitaríamos al propio John Le Carré.
– Pero si lo colgamos para que pueda verlo ese tío…
– Lo que sería más viable, sería emitirlo por antena.
Nuria estaba convencida de que una interferencia múltiple a través del satélite no dejaría ningún rastro. Podrían interferir un rango de frecuencias suficiente para que pudiese ser escuchado en toda Europa al mismo tiempo.
La posibilidad de llevar a cabo semejante odisea, excitaba sus neuronas obligándolas a trabajar a máxima potencia.
Debería resultar más seguro que Internet. Al final en la Red, siempre podrían cerrar las páginas y por mucho que Ángel dispusiera de un sistema anti–hackers, acabarían por localizarlos.
– ¿Por la tele?
– No es descartable –dijo Nuria–. El formato digital resulta muy vulnerable, pero yo estaba pensando en la radio… lo que pasa es que no sé de qué forma resultaría más eficaz. Tenemos que estudiarlo.
– Lo ideal sería hacerlo funcionar como Internet… crear un espacio donde cualquiera pudiese intervenir. Poder poner tu propia información y poder comentar la de los demás.
– Si. Es una opción. Pero técnicamente me parece complicadísima.
– Voy a preguntar en los foros. Mi amigo Chaparrito sabe mucho y puede echarnos una mano.
– ¿Estás seguro de tu anonimato?
– Para eso el que es un genio es Alienbar. En su momento me felicitó por mi montaje para ocultar mi personalidad… voy a meter un post con otra identidad, para ir tanteando.
– Creo que le voy a decir a tu padre, que lo del seguro no es una buena opción.
– Pues díselo suave para que no se ofenda. Él está muy orgulloso de su idea.
– Lo de cobrar la póliza está decidido. Les sacaremos el máximo contratado, y aquí paz y después gloria. Pero la segunda parte no tengo muy claro que no dejase rastros. Además, es que no lo vamos a necesitar. Eso van a ser minucias. Por momentos se me abren nuevas y fabulosas posibilidades.
– Compártelas, para que sepa por dónde quieres moverte.
– ¡Cuando los astros se alinean…! La película que acabamos de ver, no puede haber sido una casualidad. Nos ha puesto a huevo el camino a seguir. Si tuvieras que sacar una moraleja de la película, ¿cuál sería?
– Aparte de que el mundo está lleno de hijos de puta… no sé… ¿que son como lobos salvajes?
– Parecido. Mi moraleja es parecida a la tuya. Pero yo la definiría diciendo que en esta civilización cada uno exprime los dones que le dio la naturaleza en su propio beneficio. En el caso de la película, la farmacéutica conoce el remedio para la enfermedad y lo que hace es vender ese remedio en el precio más alto posible. Lo mismo hacen algunos médicos, abogados o arquitectos. Incluso los sicarios actúan de igual forma. Tienen una cualidad que no tenemos los demás y la explotan.
– ¡Hombre! Un arquitecto si puede tener cualidades… pero un sicario…
– Quizá más. El sicario que pueda mantenerse de su trabajo, tiene que ser prácticamente perfecto, de lo contrario él sería la victima y terminaría su carrera profesional. Sin embargo, si al arquitecto se le derrumba una obra, ya encontrará la forma de culpar a otro y que pague el seguro.
El médico te dice que la medicina no es una ciencia exacta y el abogado no solo no te garantiza nada, sino que te cobra, tanto si pierdes como si ganas.

Sin darse cuenta y sin haberlo decidido, acababan de llegar a la entrada del aparcamiento. Todavía quedaba más de una hora de luz pero sus pensamientos estaban más en el futuro que en el presente. Aunque se encontraban muy a gusto en la ciudad, estaban deseando llegar a casa para continuar pergeñando sus planes.
– ¿Te apetece que nos tomemos un helado en esa terraza? Invito yo –dijo Nuria.
– ¡Hecho! Pero con la condición de que después aceptes una invitación mía.
– No sé qué decir… conociéndote…
– Es una degustación dentro del aparcamiento; lengua ardiente de nativo poco hecho sobre fondo de labios suaves y carnosos, aderezada con esencia de manzana.
– Yo no sé donde nos llevará todo esto. Pero acepto esa invitación.
Nuria estaba abrumada por el asunto de la telepatía. Ella nunca se lo había dicho, pero era verdad que los besos de Ángel le evocaban perfumes de manzana.
– Si fuera posible –dijo Ángel acomodándose en el sillón de mimbre de la terraza–, ¿cuál es el plan, montar una emisora pirata?
– No estoy pensando en la emisora en estos momentos. Antes de arreglar el mundo, tenemos que arreglarnos nosotros… yo por lo menos, necesito una estabilidad económica.
– Mi parte del seguro te la puedes quedar.
– Ángel… estoy hablando de millones. De miles de millones. Tenemos que estudiar a fondo el tema, pero con lo que tenemos actualmente podemos forrarnos. Y por si fuera poco, forrarnos legalmente. Como los abogados, con la ley en la mano. Te lo explicaré detalladamente de camino a casa. Aunque haya un posibilidad entre un millón de que alguien nos escuche, prefiero asegurarme.
– De acuerdo. ¿Qué piensas hacer con mi madre?
– ¡Joder, Ángel! Que brusco eres a veces.
– ¿Te vas a acostar con ella o no?
– ¡Eres un gilipollas! Las cosas no son así. Si lo sacas de contexto parece feo. Pero antes de que te enrolles con lo de las carpetas de mi disco duro y las conexiones de mi sistema operativo cerebral, te lo explicaré si es que todavía no lo has cogido.
– Precisamente porque lo considero en su contexto, es por lo que te lo pregunto… por eso, y porque sé que tienes dudas.
– Es que yo estoy convencida de que no es lesbiana ni de lejos. Pero me queda la duda. Y te aseguro que no es que yo tenga ningún reparo, pero si surge algo… lo que no quiero de ninguna manera es hacerle daño.
– Ella sería feliz con tenerte como amante; mi padre sería feliz teniéndote como amante y yo seria feliz…
– ¡Siendo un cabronazo! –Nuria le agarró el cuello mientras le sacudía la cabeza–. Tú eres feliz siendo un cabronazo. No continúes que te ahogo.
– ¡Qué no, que no! –se disculpaba mientras la risa no le dejaba fuerzas para desembarazarse de la presión de ella–. Que iba a decir que yo sería feliz si ellos dos fueran felices.
– ¿En serio? –Nuria dejó de sacudirle la cabeza pero seguía sujetándole el cuello–. ¡A ver! Mírame a los ojos y dime en qué estás pensando.
– Pues eso –paró de reírse y consiguió separar las manos de su cuello–. Que si buscamos un tío, yo podría conseguir que se acostaran.
– ¡Pobre mujer! Si precisamente lo que tiene es fobia a los hombres.
– ¡Bueno, bueno! Ya veríamos. Todo sería encontrar al tipo adecuado. Lo mismo uno de esos curas jóvenes que habrá en la catedral.
– ¡Vale ya Ángel…! ¡Y tu madre pensando que yo soy frívola…! Cómo se ve que no te conoce.

– Quédate con la música por si surge la oportunidad. Si me das un toque, me presento en la catedral aunque tenga que ir con la moto.
– ¡Anda, vámonos! Que me desquicias.
– ¡Espera! Espera un momento que voy a hacer una llamada –pulsó el móvil la tecla de marcado rápido y esperó el tono–. Supongo que mi madre ya estará en casa. Voy a preguntarle… hola mamá, ya estás en casa… –mientras hablaba con su madre, Nuria hacía gestos amenazándole para que no se le ocurriera decirle nada de lo que habían hablado–, si… estamos en Burgos… si. Nuria y yo solos… a ver una película…–Ángel disfrutaba observando los gestos de Nuria–. ¡Oye!, que dice Nuria… que si nos das de cenar.
– Di que yo no he dicho nada –Nuria se acercó al móvil para ser oída–. Son cosas de tu hijo.
– Que nos espera a las diez y media –dijo Ángel después de colgar.
– Es posible que tus poderes no te permitan conocer mi mala hostia, porque el día menos pensado te arreo.
– ¿Qué has dicho de un morreo…?

No hubo morreo en el aparcamiento. Un largísimo beso rebosante de candor, mientras ambos permanecían con los ojos abiertos, fue suficiente para cargar las pilas.

– Por aquí no es fácil que puedan escucharnos –dijo Ángel nada más incorporase a la autovía–. ¿Me vas a contar esos planes?
– Perdona. Estaba pensando en otra cosa.
– Me lo imagino. Mis besos te dejan extasiada.
– ¡Y a ti te dejan tonto! Tendremos que restringirlos… estaba pensando en la película. Me ha abierto los ojos sobre lo que ocurre en África. Sería bonito conseguir una parte del dinero que tienen esos mil–millonarios rusos o árabes, para mejorar la vida de esa pobre gente… ¿Tú que crees… sería posible?
– A bote pronto se me ocurren cinco o seis formas casi infalibles. Desde venderles humo hasta prometerles la vida eterna.
Conociendo sus pensamientos, podemos saber cuales son sus miedos más horribles y proporcionarles las medicinas para curarlos.
– A precio de oro, por supuesto.
– ¿Cuánto crees tú que pagaría uno de esos ostentosos jeques árabes por curarse de un cáncer terminal?
– Tú no puedes curar eso, ¿no?
– Curarlo no. Pero hacer que crea que lo tiene, sí.
– Ya, pero se haría análisis en las mejores clínicas. Si las pruebas dicen que no tiene nada…
– Como le duela la cabeza con cojones, ya pueden decirle que no tiene nada… creo que has tenido una idea fantástica. Recuérdame que tengo que besarte por ella.
Tenemos que conseguir unos cuantos cientos de millones para montar una clínica para ricos e ir haciendo que poco a poco vayan pasando por ella con sus yates de cien metros.
– ¡¿Yates?! ¿Dónde piensas ponerla…, en las Islas Vírgenes?
– ¡Qué remedio! Si queremos codearnos con esa gente, tendremos que evadir impuestos como ellos… claro que también podríamos comprarnos nuestro propio archipiélago.
– ¡Venga, con un par! Que se note que hay pasta. Para que vamos a comprar solo una isla.
– En la semana que viene hacemos lo del seguro. Será la forma de empezar a tener liquidez.
– ¿Entonces… nos olvidamos de las interferencias?

– Todo lo contrario. Ahora que vamos a tener dinero para pagar las multas… en cualquier caso solo haremos una prueba. Vigilaremos las posibles novedades, tanto en los teléfonos de la emisora como en los del ministerio y a ver que pasa.
– Yo me voy con tu madre el fin de semana a tocar el órgano. Esta noche le preguntaré los detalles, pero me parece que nos vamos el viernes.
– Pues mira a ver si para el miércoles podemos hacer la prueba. ¿Tengo que preparar algo yo?
– No. Pero si tienes tiempo, pregunta a esos foreros; al Chaparrito y a los otros, que nos pasaría si nos cazan.

Algo antes de las diez de la noche, guardaban el coche en el garaje y se dirigían cada uno a su casa para darse una ducha y cambiarse de ropa.
Nuria había insistido en estar guapos para la cena, ya que estaba segura de que Elvira se habría tomado bastantes molestias para disfrutarla los tres juntos.

Durante la cena, para evitar tener que mentir a Elvira sobre todas su actividades, después de que se terminase el tema de su próximo fin de semana, Ángel sacó el tema de la procesión de la Virgen.
Aunque él pudiera conocerlo sobradamente, a Nuria le vendría muy conocer su historia y sus anécdotas y su madre estaría encantada de contarlas. Sin embargo, el más impresionado con los relatos de su madre, resultó ser el propio Ángel. Sin duda había oído aquellas mismas anécdotas docenas de veces, pero solo en aquel momento habían cobrado la trascendencia que tenían. Por eso le hizo repetir a su madre los motivos por los que se decidió en su momento no hacer más la romería.
– A mí me lo contó mi abuela –dijo Elvira–. Mi madre era muy joven entonces, aunque se acordaba de los fuegos en el río. Unos decían que era la Virgen la que les hablaba. Otros, que era culpa del vino que corría generosamente durante toda la noche, y había quien decía que eran los espíritus de los familiares fallecidos, que se ponían en contacto con ellos.
El caso es que por lo que se ve, algunas personas aseguraban que veían a familiares que habían muerto hacía muchos años. Mientras solo eran unos pocos los de las visiones, la fiesta se mantuvo como en sus orígenes. Se dejaba la virgen en el centro de la pradera y a su alrededor se prendían grandes hogueras que duraban toda la noche. Pero a medida que fueron aumentando los visionarios, el cura decidió que aquello era obra del demonio y se acabó la romería.
– ¡Oye mamá! ¿Tú sabes si estos colgantes tenían algún significado religioso?
– No. No lo sé. Yo no los había visto nunca. ¿Por…?
– Porque es muy posible que lo de las visiones no fuera obra del diablo… del vino es posible, pero del diablo seguro que no.
– ¿Me vais a decir algo más, o seguiréis con vuestros secretitos?
– Te prometo que voy a pedir permiso para poder contártelo todo este fin de semana – Nuria estaba deseando contárselo todo y estaba convencida de que ellos estarían de acuerdo.
– ¡Bueno, todo…! –intervino Ángel un tanto preocupado–. Tampoco hará falta que le cuentes los detalles técnicos… o de otro tipo. Con un resumen general será más que suficiente. Por mi parte, estoy de acuerdo. Y papá no creo que se oponga.
– De acuerdo –Elvira estaba empezando a sentir verdadera curiosidad–. Así no nos aburriremos en Burgos.

– Te decía lo de los colgantes –continuó Ángel–, porque mañana nos vamos a la cárcava a recoger piedras de estas. Vamos a hacer unas pruebas para ver si se trata de casualidades o si por el contrario forman parte de esta historia.

31

Durante los siguientes días la rutina estaba muy determinada. Nuria ensayaba en la iglesia por la mañana con Elvira y algunas veces comían juntas. Por las tardes estudiaba y planeaba con Ángel el futuro de ambos. Sobre todo hacían muchas pruebas telepáticas ya que eran primordiales para sus planes más inmediatos.
Las interferencias con el satélite las tenían un poco apartadas. Ángel no acababa de encontrar apoyo en la Red y ellos solos no tenían los medios y conocimientos sufrientes.
Los amiguetes con los que Ángel chateaba de vez en cuando, le habían aconsejado andarse con mucho ojo. Ese tipo de bromas con las comunicaciones, y más si son internacionales, podían llevarlos a la cárcel.
Esos consejos les habían convencido de que publicar las conversaciones de esa gente, no era prudente. Sin embargo hicieron una prueba, utilizando para ello la señal de otra emisora.

Nuria empezaba a cogerle el tranquillo a su Jacinto de Compostela y ya conseguía hacer alguna cosita. Le costaba mucho esfuerzo pero estaba segura de que todo sería cuestión de entrenamiento. Lo que tenían claro era que las piedras no funcionaban de igual forma con Ángel que con Nuria. Por lo tanto, aparte de que el entrenamiento diese sus frutos, era evidente que había personas mejor dotadas para esa facultad.
Desde luego, ni Nemesio ni ella estaban a la altura de Ángel. En una escala en la que Ángel fuera el diez, como mucho, ellos estarían en el dos. Las piedras, tanto las antiguas como las cuatro que habían recogido el domingo en las vetas de la cárcava, actuaban de igual forma con cada uno de ellos.

– Tendríamos que probar con alguien más –sugirió Ángel que llevaba toda la tarde haciendo pruebas con Nuria.
– Es muy delicado –contestó Nemesio que acababa de llegar a casa–. No hay mucha gente a la que se pueda confiar semejante información.
– Yo pensaba en mamá y en Joaquín.
– Me inclino más por Joaquín –Nemesio no tenía ninguna duda sobre aquel hombre–. Tu madre es posible que no esté preparada para todo esto.
– Pues yo le he prometido contárselo todo en cuanto vosotros me autoricéis –Nuria trataba de aprovechar la ocasión para obtener el consentimiento de Nemesio.
– No se trata de autorizar nada. No necesitas nuestra autorización. Lo que es necesario es el consenso entre los tres. Yo opino que si a Elvira se le desmoronasen los cimientos de su religión, se quedaría sin el argumento de su vida cotidiana.
– Seguro que yo la conozco mucho menos que vosotros dos –dijo Nuria–. Pero no me da la impresión de que sea una beata al uso.
– Yo podría saberlo –intervino Ángel–. Pero no me parece honesto por mi parte.
– Tengo que reconocer –continuó Nemesio–, que cualquiera de vosotros ha pasado con ella más horas en el último mes que yo en los últimos años. Por lo tanto soy el menos cualificado para opinar. Eso si; le confiaría mi vida con la seguridad de que no haría nada que nos perjudicase.

– ¿Entonces… tu miedo es por ella? Por eso no te preocupes. Este fin de semana va a regresar de Burgos completamente renovada. Lo mismo hasta nos vamos de compras a las Castrinas.
– Confío plenamente en tu criterio. Estoy seguro de que eres una mujer muy responsable… ¡A propósito! Estoy de acuerdo con Ángel en que la tercera parte del tesoro te pertenece. Siendo así, y no teniendo que volver a trabajar por un sueldo, ¿te has planteado la posibilidad de quedarte a vivir aquí?
– Subo un momento a casa de mamá, que me acaba de llamar.
Ángel había mentido como un bellaco. Su teléfono no lo había oído sonar nadie, pero a nadie preocupó que eso fuera así. La pregunta que Nemesio había hecho a Nuria tenía mucho trasfondo. Efectivamente las perspectivas económicas de ella iban a cambiar mucho más que las de los otros dos. Si el objetivo de Nuria ya no era ocupar un cargo en la administración, quizá Nemesio viese una posibilidad real de proponerle algún motivo que la animara a quedarse.
Fuera como fuese, Ángel tenía muy claro que había que salir de allí zumbando para propiciar aquellos momentos de intimidad que tanto necesitaban y que podían concluir con una historia muy bonita… muy extraña, cierto. Pero muy bonita.

Nada más llegar a casa de su madre, Ángel envió un mensaje al móvil de su padre: le decía que se quedaba a cenar con ella porque tenía que hacerle un trabajo de photoshop para las estampas de la Cofradía. Al parecer debía entregarlo al día siguiente en una imprenta de Burgos, por lo que acabaría muy tarde y se quedaría a dormir allí.

———————

Aquel viernes resultó especialmente provechoso para todos. Nemesio había concertado una cita con el abogado del seguro y con el jefe de la oficina, a las doce de la mañana en la sucursal de Medina.
Por las grabaciones sabían que en las dependencias de la Agencia tenían instalados multitud de micrófonos. Era habitual que los clientes se hicieran confesiones de último momento en las salas de espera, que siempre eran bien aprovechadas por los empleados. Sobre todo en los acuerdos, los asegurados solían hablar a última hora sobre la cantidad mínima que estaban dispuestos a aceptar. Y eso facilitaba enormemente los acuerdos.
El rato que los tuvieron esperando no tenía otro objetivo que tratar de enterarse de la cantidad que Nemesio y Ángel estaban dispuestos a aceptar.
Por fin, después de veinticinco largos minutos, durante los cuales ojearon algunas revistas sin decir apenas dos palabras, el abogado salió de su despacho para invitarles a pasar.
La jerga y la verborrea las tenía perfectamente aprendidas y practicadas en innumerables casos parecidos. Después de multitud de explicaciones y argumentos sobre las condiciones incumplidas con respecto a la póliza, acabó por decirles que a él personalmente le dolía mucho que pudiesen quedarse sin cobrar ni un solo euro, en el caso de perder un hipotético juicio. Por eso, haciendo un gran esfuerzo personal, había conseguido convencer a sus jefes para poder ofrecerles un acuerdo muy beneficioso para la familia del asegurado.
Para demostrar su magnanimidad, continuó su actuación teatral diciendo que la Compañía ofrecía noventa mil euros, pero que si le explicábamos el caso a su jefe, era posible que llegaran a los cien mil. Casualmente su jefe apareció en el despacho del abogado unos minutos más tarde y después de un paripé perfectamente ensayado, acabó por ceder a los ruegos del letrado y ofrecer esos cien mil euros.

Para Ángel fue coser y cantar, hacer que a la hora de rellenar el talón, en vez de cien mil, pusieran trescientos sesenta mil. Con la mayor naturalidad firmaron y sellaron el talón y se lo entregaron a Nemesio después de que éste firmara el finiquito. Se despidieron cordialmente y tanto los que se quedaron en la oficina como los que salieron a la calle, llevaban una sonrisa de oreja a oreja.
– ¡Eres un cabrón! –Nemesio reprendió cariñosamente a Ángel– ¿No habíamos quedado en trescientos mil?
– Ha sido más fuerte que yo. Si tú hubieses sabido lo que estaban pensando, seguramente habrían puesto el doble… lo mismo algún día retomamos la segunda parte de tu plan. Son gentuza te lo aseguro. Además, esos sesenta mil a mayores, me gustaría dárselos a Nuria… anda fastidiada de dinero.
– Por mí, como si quieres darle tu parte también.
– Eso ya lo había decidido antes.
– ¿Estás muy generoso, no?
– No me ha costado mucho conseguirlo. Además…, la chica se lo merece ¿no crees?
– ¿Es una pregunta o una afirmación?
– Una afirmación por mi parte. Para ti es una pregunta.
– No la conozco lo suficiente. Tu madre y tú la conocéis mejor.
– Si va a quedarse en el pueblo, necesitará dinero… no tiene ni coche, ni casa, ni muebles…
– No creo que tenga intención de quedarse. Tiene muchas dudas sobre lo que hará en su vida. Anoche, a pesar de que le pregunté, no quiso o no pudo darme una respuesta clara. Los funcionarios son así. Desde que aprueban la oposición tienen claro que será difícil echar raíces en algún sitio. Deberías ir haciéndote a la idea de que, no tardando mucho, se marchará.
– Ahora no tiene por qué ser así. Tenemos muchos planes. Vamos a arreglar el mundo. En cuanto tengamos dinero suficiente, tenemos que dedicarnos a estudiar el satélite para saber lo que es capaz de hacer.
– Vosotros solos ya habéis visto que no sacáis nada en claro. Para estudiar eso con seriedad es necesario un equipo de especialistas…; informáticos; telecos; electrónicos… y luego unas instalaciones lo suficientemente grandes como para albergar todo el equipo técnico… resumiendo: no concuerda con nuestra idea de mantener el secreto.
– Si todo eso lo hacemos después de conseguir el dinero necesario… tenemos muchas ideas para conseguirlo.
– Veamos antes de nada, si nos hacen efectivo este talón –acababan de llegar a la sucursal bancaria–. Una vez que tengamos el dinero empezamos a hacer planes.

Sobre las cinco de la tarde, Nuria y Elvira se presentaron en la sede de la Obra Social donde les esperaba la secretaria de protocolo. Se trataba de una mujer de más de sesenta años, muy competente en su trabajo, amable y simpática. Las acompañó hasta el hotel para que se instalaran y después a la catedral, donde les recibió el Diácono poniéndose a su disposición para lo que necesitaran.
En total eran seis organistas que formaban un curioso grupo. Dos seglares, que ensayaban en aquellos momentos demostrando una perfecta compenetración; dos curas, que ni en sueños hubiera imaginado Elvira con aquel aspecto, y ellas dos. Después de las presentaciones de rigor, Elvira preguntó que si era posible adaptar el ensayo de forma que les permitiera realizar algunas compras que necesitaban.

Los dos curas, no solo permitieron que ellas utilizasen el turno de ellos para ensayar, sino que estuvieron encantados de poder escucharlas. Finalizado el ensayo, se despidieron hasta la hora de cenar, ya que todos ellos compartirían mesa con el Diputado y su esposa, en el restaurante del hotel.

Todavía faltaba más de hora y media para el cierre de los comercios, por lo que se dirigieron paseando hasta la imprenta que realizaba los trabajos de la Cofradía desde hacía muchos años. Como cualquier pareja de amigas que pasea por una calle comercial, continuamente se detenían ante los escaparates de todo tipo de tiendas. Para la actuación, Nuria había llevado su vestido más elegante, pero Elvira no usaba ese tipo de ropa, por lo que había optado por un traje de chaqueta muy discreto.
– ¡¿Qué!? ¿Te gusta? –preguntó Nuria al comprobar el interés con que Elvira miraba uno de los vestidos del escaparate.
– Es bonito, pero no creo que vaya con mi estilo.
– ¡Mujer! Es que el estilo que has traído es el de dama de honor de la Cofradía.
– Si te parece, para tocar en la catedral, me pongo ese –señaló uno con un escote generoso por delante y amplísimo por detrás.
– Ni tanto ni tan calvo. Podíamos ir donde las Castrinas, que seguro que ellas saben lo que te conviene.
– ¡¿Qué dices?! Ni hablar. La ropa de las Castrinas es carísima.
– Espera un momento –Nuria llamó por teléfono a Ángel evitando que Elvira escuchara la conversación–. ¡Oye…! Dime cómo ha ido lo del seguro, que quiero hacerle un regalo a tu madre… si. En las Castrinas… vale. De acuerdo. ¡Vamos! –se dirigió a Elvira–. Que invito yo. Me acaba de salir un negocio que me va a permitir frivolidades.

En menos de diez minutos estaban frente al escaparate de las Castrinas. Solo había tres vestidos expuestos, pero a Elvira le hubiera sido imposible decidirse por ninguno de ellos. Antes de que Nuria llegase a tocar el timbre de la puerta, la mayor de las dos señoras, le abrió la puerta invitándolas a pasar.
– Buenas tardes Nuria. ¡Pasen, por favor!
Nuria se quedó bastante sorprendida de que la llamara por su nombre, y Elvira no digamos, por lo que se veía, la señora tenía buena memoria.
– ¡Pero bueno! –se extrañó Elvira–. ¿No me imaginaba yo que fueras clienta habitual.
– No es habitual –corrigió la dependienta–. Ella es una de nuestras clientas especiales. Deduzco que además tiene un buen concepto de nuestra tienda y por eso trae aquí a sus amigas.
– El caso es que vamos a dar un concierto mañana en la catedral y yo me he traído mi vestido nuevo y a ella le gustaría otro parecido.
– ¡Pero que no sea muy caro! –advirtió Elvira–. Se trata de un concierto benéfico.
– Usted, por el precio no se preocupe. ¡Veamos! Pase a la sala, que mi hermana le mostrará algunos modelos… ¡Nuria, por favor! Espere aquí un momento que tengo un regalo para usted.
La dependienta le mostró un precioso chal de encaje, mientras en voz baja le informaba de que su amigo les había avisado de su visita, al tiempo que les rogaba que le pasasen en su cuenta el importe de los artículos.
– Ha insistido mucho en que no hablemos de precios, por lo que a su amiga le diremos que lo anotamos en la cuenta de usted. Por nuestra parte agradecemos la confianza depositada en nuestro establecimiento y en nosotras mismas que nos llena de orgullo.

Al principio, Elvira estaba un poco reacia a probarse todo aquello que le habían enseñado. Sabía que cualquiera de aquellas prendas costaba un dineral. Aunque hasta el momento nadie hubiera hablado de precios, más pronto o más tarde llegarían los descartes.
Los expertos consejos de las dependientas unidos a la predisposición de aquellas mujeres para encontrar la mejor combinación posible, fueron llevando a Elvira a un carrusel de pruebas y más pruebas que sobrellevaba con los ojos chispeantes de emoción, mientras observaba a su amiga acoplada en el cómodo sillón, disfrutando tanto como ella.
Si hubiera pagado Elvira el importe de todo aquello, su cuenta corriente no lo hubiera notado. Podía permitirse una compra como aquella una vez al año, sin que eso repercutiera en absoluto en su economía, pero no lo había hecho nunca. Si no hubiese sido por Nuria, ni siquiera habría entrado en aquella tienda con fama de cara.
Siempre había mantenido que el hábito no hace al monje, pero acababa de darse cuenta de que no era cierto. Aquella ropa no solo constituía un cambio de estilo, sino también un punto de vista diferente respecto a las cosas que hasta ahora había considerado banales.
Todavía no le habían envuelto las prendas y ya estaba deseando que llegara el momento de estrenarlas. Al final, se llevaba tantas prendas como se había llevado Nuria y a mayores un vestido que no habían sido capaces de descartar. Cuando la dependienta le pidió a Nuria que firmase una nota, de nuevo Elvira se quedó sorprendida del trato. Así que nada más salir de la tienda le preguntó:
– ¿Te ha tocado la lotería?
– La lotería me tocó el día que te conocí, "Señora Elvira".
Se rieron recordando aquel momento y continuaron así hasta llegar al hotel. Tenían el tiempo justo para arreglarse para la cena, por lo que mientras Elvira ordenaba sus compras, Nuria se dio una ducha rápida sin mojarse la cabeza.
– ¿Ya has decidido qué te vas a poner…? ¡A propósito! ¿Qué te parece el cura de la coleta?
– Supongo que la concatenación de las preguntas es simple casualidad. ¡Me das más miedo que un nublado…! Me parece atípico –contestó mientras se metía en el baño.
– Después de cenar podríamos pedirles que nos enseñasen los monumentos eclesiásticos.
– ¡Habla más bajo!, que las paredes de los hoteles son de cartón. Solo faltaría que nos oyeran. Además, ellos tampoco son de aquí.
– Mejor –Nuria seguía hablando alto mientras se ponía la ropa–. Seguro que podemos enseñarles cosas que no hayan visto nunca.
– ¡¡Cállate!! –suplicó Elvira–. Deja de pensar en los curas y piensa a ver como podemos sacarle al diputado una buena subvención. Tengo entendido que su mujer es del Opus. Así que cuidadito con lo que decimos.
– ¡Vaya! Si llego a saber que teníamos que ganarnos al Opus, hubiera traído a Ángel.
– ¿A Ángel…? Ese trataría de convencerla de que Dios no existe –Elvira había salido de la ducha y se estaba secando con la toalla–. Tú deja que sea yo la que trate ese tema. No pasa nada si no conseguimos la subvención, pero para que se la lleven otros, si podemos quedarnos nosotras el dinero mejor que mejor.
– ¿Quieres decir, tú y yo?
– ¡No mujer!, la Cofradía. Este año pretendemos apadrinar otro niño. Ya tenemos cuatro, y si se arregla lo de mi tía; Nemesio dice que nos dará para poner una escuela e incluso mantenerla durante varios años.
– Puedo adelantarte que lo del seguro va para adelante. Nemesio no te ha dicho nada porque dice que hasta que el dinero no está en la saca, no se puede hablar.
– Ya, pero a ti si te lo ha dicho, por lo que se ve.
– Yo lo sé por Ángel. Y lo único que me ha dicho es que la gestión ha sido buena… conociéndolo, eso es que ya han firmado.

– ¡Dios te oiga! Después de tanto tiempo, yo había llegado a pensar que no lo cobrábamos… a mi tía le dará una alegría inmensa.
– ¡Bueno, bueno! No vendamos la piel del tigre antes de cazarlo. Vamos a esperar a que Nemesio lo confirme.
– ¿Te han dado permiso para que me cuentes vuestros secretos? –Elvira le hacía la pregunta al espejo donde las dos se reflejaban dándose los últimos retoques.
– Las palabras de tu marido han sido: "No necesitas el permiso de nadie. Lo que hace falta es el consenso de todos." –trató de imitar el tono de voz de Nemesio, lo que provocó la risa de Elvira.
– No se te da muy bien imitarlo. Pero lo que me ha hecho gracia es cómo lo has llamado "Tu marido"… me ha sonado tan… tan lejano. No sé. Se me ha hecho raro. Ya que hablas de él. ¿Qué tal va lo vuestro?
– Esta noche te doy detalles –comprobaron que estaban listas para cenar y salieron de la habitación para coger el ascensor.

———————

Aquella noche, tanto Ángel como Nemesio tardaron en coger el sueño. Demasiados acontecimientos como para estar relajados. Ángel había estado más de dos horas navegando por Internet ya que no era capaz de concentrarse en ninguna cosa. En el banco les habían dicho que hasta el lunes no podían sacar dinero de aquella cuenta, ya que se trataba de un trámite obligatorio. No es que hubiera dudas sobre la autenticidad del talón o la solvencia del emisor. Pero no quedaba más remedio que esperar y eso siempre es desesperante.
Sin embargo, lo que realmente le quitaba el sueño a Ángel no era el dinero. Su preocupación venía originada por la inactividad de las cámaras de vigilancia de la casa de Nuria. Se había acostumbrado a ella de tal forma, que la sola idea de que algún día pudiera marcharse, le hacía un nudo en la garganta.
Si solo iban a ser dos noches las que faltaría, y por si fuera poco, esas noches las iba a pasar con su madre, ¿Qué ocurriría si dejasen de verse para siempre?
Como no tenía ganas de pensar, estuvo navegando de foro en foro y de chat en chat, investigando y preguntando sobre antenas y comunicaciones.
En alguno de los foros había leído que Fobos, uno de los dos satélites del planeta Marte, podía ser un satélite artificial. Sus características son tan especiales que le hacen único en el universo conocido.
Su velocidad es enorme; en un día marciano da dos vueltas al planeta. Su órbita retrógrada; gira en sentido contrario al resto de los satélites del sistema solar, resulta enormente extraña.
Su recorrido irregular; acercándose y alejándose del planeta, consecuencia seguramente de una velocidad que aumenta y disminuye constantemente y su escasa densidad, le convierten en un satélite atípico.
Llamó la atención de Ángel el enorme cráter que se observa en su superficie. Se trata de una depresión tan grande que de haber sido el resultado del impacto de un meteorito, habría hecho añicos todo el satélite. Pero sin duda lo que más le sorprendió, fueron los dos "cráteres" o depresiones prácticamente juntos, situados en la cara norte de Fobos.
Nada más ver la imagen de aquel extraño fenómeno, a Ángel se le vino a la memoria la imagen del Silincio. No se trataba de cráteres, en absoluto. Eran formaciones mucho más extensas y más planas que los cráteres normales. Y por si fuera poco sus bordes se encontraban a la altura del terreno circundante, cosa totalmente insólita si se tratase del

impacto de un meteorito, que desplazaría la tierra del centro haciendo que se elevasen sus bordes.
El hecho de encontrarse tan juntos uno del otro, demostraba que no podía tratarse de meteoritos, pues ni habiendo impactado en el segundo exacto los dos, hubieran impedido que la masa desplazada hubiese afectado a la estructura del otro.

En los Chats habituales no se encontraban ni Chaparrito ni Alienbar. Para el mejicano era demasiado pronto y para el otro no tenía ni idea de la hora que sería, pues nunca había dicho de dónde era… claro que Ángel tampoco lo había dicho, aunque su forma de escribir denotaba un Castellano bastante cultivado, y muy diferente al mejicano.
Por eso dejó sus preguntas en el Foro y se fue a dormir. Las interrogantes sobre Fobos; Marte y los satélites de sistema solar ocuparon sus últimos minutos antes de dormirse.

Para Nemesio, las causas de su insomnio eran muy diferentes. Aunque quizá lo hubiera soñado en ocasiones, nunca imaginó que pudieran hacer realidad aquellos sueños. No podría hacer un relato de lo sucedido. Como mucho una crónica bastante escueta de la noche más maravillosa que podía recordar con claridad.
La noche anterior, cuando recibió el mensaje de Ángel diciendo que no iría a dormir, todavía se encontraba en el taller hablando con Nuria sobre la vida cotidiana en aquel pueblo. Fue entonces cuando ocurrió lo irreparable. A Nemesio no se le ocurrió otra cosa que decirle a Nuria que ya que Ángel se quedaba en casa de su madre, que le acompañara a cenar con él, y así podrían continuar la animada charla.
Nuria aceptó con la misma naturalidad que si hubiese sido Ángel quien hacía la invitación, dispuesta a disfrutar de la compañía de Nemesio en aquella cocina que tanto le gustaba. Finalizada la cena, no se puede decir que Nuria ayudara a recoger la mesa, porque no era una ayuda como tal. Recogía y guardaba las cosas como si se tratase de su propia cocina. Desde hacía algún tiempo, ella había dejado de sentirse como una invitada en aquella casa. Colocó el frutero en el centro de la mesa y mientras se decidía por unos melocotones que aromatizaban toda la estancia, Nemesio le preguntó:
– ¿Te apetecería probar un vino especial para acompañar la fruta?
– ¿Hay vinos para tomar con la fruta?
– ¡Acompáñame! Mi bodega seguro que no la conoces.

La puerta de la bodega estaba integrada en el conjunto del mueble de la alacena que cubría la pared norte de la cocina. Por eso Nuria no había reparado en ella a pesar de haber estado allí bastantes veces
Daba paso a una estrecha escalera de madera muy clara, con la que también se habían recubierto las paredes. Al fondo, otra puerta daba paso a lo que sería el vestíbulo de una bodega que ocupaba todo el sótano de la casa. Ese vestíbulo comunicaba con el antiguo lagar situado en una nave del patio, por un amplio pasillo de más de tres metros de anchura.
La bodega de Nemesio tenía la entrada por la puerta de la izquierda. A pesar de tratarse de construcciones antiguas disponían de instalaciones muy modernas, como el sistema eléctrico, especialmente preparado para no influir en el ambiente de la bodega.
Para Nuria todas aquellas botellas eran parecidas y no le daban ninguna pista sobre su contenido. Apenas unas fechas y unas cortas reseñas era lo único que figuraba en sus robustos estantes. Nemesio estaba encantado de enseñarle aquellas joyas que, aunque Nuria no acababa de comprender toda su magia, se sentía atraída por el sentimiento atávico que envolvía todo el proceso de elaboración. Nemesio ya se había decidido por una botella que había descorchado y dejado sobre la mesa para que respirara, pero

continuaba explicando el significado de las diferentes anotaciones y las cualidades de algunas de las añadas más significativas.
– ¡Estás tiritando! –dijo al comprobar cómo Nuria se frotaba los brazos para entrar en calor.
– Es que aquí hace frió –se disculpó Nuria mientras aceptaba de buen grado que Nemesio la ayudase a entrar en calor apretándole contra su cuerpo y frotándole la espalda.
– ¡Lo siento! –dijo Nemesio–. Cuando estoy aquí abajo se me va el santo al cielo.
– ¡Ya, ya! Esto es una táctica para aprovecharte de las chicas a las que invitas a cenar.
– Te juro que no era mi intención… –Nemesio la soltó para continuar su explicación.
– No me jures nada y continúa frotándome, que no me molesta en absoluto.
Nuria acercó su cuerpo al de él y mientras Nemesio frotaba suavemente su espalda para que entrara en calor, ella abrazaba su cintura con fuerza y mirándole a los ojos se abandonaba al placer del contacto del cuerpo de aquel hombre con el que soñaba desde el mismo día que lo conoció.
Subieron al salón para degustar aquel vino, que desde el mismo momento en que fue descorchado, había dado pruebas de sus esencias afrodisíacas. Hablaron; rieron; escucharon música y bailaron frente a la chimenea deteniéndose a veces para besarse apasionadamente y continuar bailando al ritmo de una música que sonaba lejana, ahogada por los latidos de sus acelerados corazones.
Hicieron el amor como si fuese la primera vez para cada uno de ellos. Las caricias sustituían a las palabras y los besos a los miedos propios del que sujeta un pajarillo en sus manos y no quiere apretar para no hacerle daño, pero que sujeta con fuerza para que no se le escape.
Por la mañana, Nemesio se levantó mucho antes que ella porque no había querido despertarla. Había preparado el desayuno para los dos, pero en vista de que ella no se despertaba, desayunó solo.
Antes de marcharse a trabajar entró en la habitación para despedirse de Nuria. Había dejado de escucharse el agua de la ducha, por lo que dedujo que habría terminado de asearse y llamó a la puerta con los nudillos. Nuria estaba ataviada con el albornoz de él y con una toalla enrollada en la cabeza.
– ¡Buenos días! –saludó con una alegre sonrisa–. No te he oído levantar.
– Dormías como un angelito y no he querido despertare. Me tengo que ir a trabajar. ¿Necesitas algo?
– ¡Si! –contestó de inmediato–. Necesito recapacitar. Me gustaría que no volviéramos a hablar de esto hasta dentro de unos días. Todavía en estos momentos, para mi escala de prioridades estás detrás de Ángel y de Elvira. Espero que lo comprendas. Ellos llegaron a mi vida antes que tú –le dio un generoso beso en la boca y le invitó amablemente a irse a trabajar.

32

Afortunadamente su mesa se encontraba en un reservado del restaurante, de lo contrario hubieran acabado llamándoles la atención. A mitad de la cena aquello parecía más una despedida de solteros que una cena de recepción. El diputado de cultura, con apenas dos copas de vino, demostró que era un fantástico imitador de Eugenio contando chistes y se encontró enfrente de él, a un cura que excepto por las patillas y porque era treinta años más joven, era calcado a Chiquito de la Calzada. Pero no solo era el parecido físico. Es que contaba los chistes exactamente igual que él. Elvira se imaginaba a aquel hombre con la sotana y metido en el confesionario y antes de que empezase a contar el chiste ya se partía de la risa.

Ni hubo tiempo para hablar de subvenciones ni para excursiones nocturnas. Cuando se quisieron dar cuenta, un amable camarero entró en el reservado para informarles de la hora que era y que ya se había marchado todo el personal.
– ¡Madre mía! –exclamó el diputado–. Yo inauguro una biblioteca mañana en Torderias. Tengo que estar allí a las once.
– ¡Anda que no tienes tiempo hasta las once de la mañana!
– ¡Ya! Como se nota que vosotros no sabéis dónde está Torderias. Para que os hagáis una idea… la carretera llega hasta allí, y no continúa a ningún sitio.
Yo os veo pasado mañana en la clausura. Que se os de bien a todos mañana.

———————

Cuando Nuria y Elvira entraron en la habitación, faltaban unos minutos para las dos de la madrugada. Les dolían las mandíbulas de reírse y como el resto de los comensales, a lo tonto a lo tonto, habían bebido más de lo aconsejable. A trancas y barrancas, recordando algunos momentos de los improvisados humoristas y conteniendo las carcajadas, terminaron de desmaquillarse y se metieron en la cama. Al contrario que Ángel y Nemesio. A ellas nos les costó ni un minuto quedarse profundamente dormidas.

A la misma hora que el Diputado inauguraba la biblioteca, los organistas se reunían en la catedral para recibir instrucciones y ultimar detalles. Se trataba de hacer un último ensayo completo y establecer el orden de actuación. Las piezas escogidas variaban entre los cuatro y los ocho minutos, por lo que el total del concierto rondaría la hora y media repartido entre los dos días.

Con una considerable afluencia de público, el concierto del sábado resultó tal y como se esperaba. Los medios de comunicación se hicieron eco del evento y se preveía que el domingo la catedral estuviera llena a rebosar. La comida en compañía del diacono organizador de la celebración, fue bastante aburrida y frugal. Aquel hombre, más que un clérigo parecía un administrativo contable. Durante todo el tiempo solo hablaba de números y de cuentas. Posiblemente fuera mentira, pero daba los datos de lo que había

costado cada una de las reparaciones, reconstrucciones y demás acciones realizadas a cada uno de los objetos y piezas religiosas de la catedral.
Para curarse en salud, y no tener que aguantar otro tostón parecido, Elvira y Nuria dijeron que tenían un compromiso ineludible para cenar, por lo que se despidieron de sus compañeros hasta el día siguiente y se fueron a buscar un restaurante lo suficientemente alejado como para no encontrarse con nadie conocido.

Desde que empezaron a cenar se dieron cuenta de que su presencia no había pasado inadvertida en el restaurante. Dos mujeres jóvenes y bien vestidas, cenando solas en uno de los restaurantes más caros de la ciudad, tenían toda la pinta de estar pidiendo guerra. A las dos les divertía aquella situación y para las dos resultaba novedosa. No sabían cómo podría comportarse el abundante personal masculino y hacían apuestas sobre ellos. Finalmente las apuestas se decantaron a favor de Elvira y el primero en entrarles fue un asturiano alto y muy educado que se encontraba al fondo del comedor junto a otro amigo.

– Disculpen el atrevimiento y si les parezco impertinente les ruego que me contesten simplemente con un "no". Mi amigo y yo nos preguntábamos si después de cenar, ustedes aceptarían tomarse una copa con nosotros en la terraza.
– Es que nosotras tenemos que irnos pronto a dormir –la respuesta de Elvira abría las posibilidades debido a que no había sido un "no" rotundo.
– Permítame que insista –continuó el hombre–. Solo una copa para relajarse antes de ir a dormir. Le aseguro que los asturianos somos gente formal y trabajadora. Seguramente para ustedes también haya sido un día ajetreado.
– No lo dude –intervino Nuria–. Pero mañana por la mañana la catedral estará repleta de gente pendiente de nuestra actuación y no sería adecuado llegar con resaca.
– ¿Cantan ustedes en la catedral?
– ¡Bailamos! –dijo Nuria, desarmando completamente al asturiano.
– ¿Me lo dice en serio?
– No se lo dice en serio –aclaró Elvira–. Somos pianistas y mañana daremos un concierto de órgano en la catedral… aceptaremos esa copa, porque de lo contrario no vamos a poder terminar la cena.
– ¡Lo siento! –se disculpó el hombre–. Ya me voy. Las esperamos en la terraza.

– ¿Cómo lo ves? –preguntó Nuria nada más quedarse de nuevo solas.
– Educado y cortés. Pero sobre todo muy crédulo.
– Estuve por decirle que bailábamos flamenco… ¡Bueno qué! ¿Te gusta?
– Me gusta más su amigo. Con esas gafitas me recuerda a mi abuelo.
– ¡Pues si que estamos buenas! ¿Pero tú a que aspiras, a que te cuente un cuento antes de dormir? ¡Que no los vamos a volver a ver en la vida! Se trata de una noche de sexo terapéutico.
– ¿A ti cuál te gusta más?
– A mí me da igual. Lo mismo hasta lo emborracho y lo dejo ahí en la terraza.
– ¡¿Cómo que te da igual?! No habíamos quedado en que se trataba de una medicina para mantener nuestra salud.
– Es que yo ya tomé esa medicina anoche.
– ¡¡¡¿Con Neme…?!!! ¡Sabandija canalla… y no me has dicho nada!
– Mi intención era contártelo anoche, pero no hubo ocasión. ¡Lo siento! Esta noche te lo cuento todo.
– Esta noche, no ¡Ahora! Me lo vas a contar todo ahora mismo. Con razón tenias tú esa cara de satisfacción.

– Es que no me parece el sitio para andar dando detalles…
– ¡Resume! No necesito los detalles… por ahora.
– Resumiendo, yo diría que estuvo bien… –al ver que era demasiado resumido para lo que esperaba Elvira, continuó–, sexualmente para nota. Sentimentalmente muy bien… me llamó Viri en dos ocasiones…
– ¡Virgen Santa! Te sentaría como una patada en los dientes. ¿Qué le dijiste?
– Nada. Me hice la tonta… cuando nos despedimos por la mañana, le dije que tenía que reflexionar.
– ¡Ya veo! Se nota que estamos reflexionando… ¡Vámonos a la cama! –dijo mientras cogía el bolso y se levantaba para marcharse.
– Sería de mala educación. Vamos a tomar esa copa, y si lo vemos mal les decimos que somos lesbianas. En cualquier caso, es pronto para irnos a dormir.
El camarero regresó para que Elvira firmara el resguardo de la tarjeta de crédito y una vez firmado sacó del bolso su cartera y la dejó abierta sobre la mesa mientras guardaba su tarjeta.
Mientras lo hacía, se quedó unos segundos mirando las fotos que aparecían a ambos lados del compartimiento principal de su cartera. Nuria se levantó de inmediato y recogiendo la cartera, se la metió en el boldo a Elvira.
– La próxima vez pago yo. Ahora vamos al servicio a arreglarnos un poco. ¡Que se den cuenta estos asturianos del género que hay en Castilla!
El momento de indecisión de Elvira no solo estaba provocado por las fotos de sus hijos y de Nemesio. En su cerebro todavía resonaban las palabras de Nuria diciendo: “Me llamó Viri dos veces”.
Era cierto que después de tantos años, no recordaba como había sido el sexo con su marido. Sin embargo venían a su memoria docenas de momentos y circunstancias en las que continuamente demostraba su amor de mil formas diferentes. Si fuera cierto lo que Nuria decía, sería maravilloso. No le importaría lo más mínimo pecar gravemente si con ello conseguía recuperar su vida matrimonial. Estaba claro que los años perdidos no iban a volver, pero Nuria le estaba haciendo ver el sexo de una forma tan diferente que estaban empezando a temblar los pilares de su educación.

Los asturianos resultaron encantadores. Simpáticos, divertidos y cultos. Estaban celebrando un congreso sobre energías renovables y habían llegado de todas partes del país. Concretamente ellos presentaban un estudio sobre la utilización de la fuerza de las mareas para la producción de energía.
Lo que menos esperaban los asturianos era que aquellas “músicas” estuviesen al corriente de los últimos avances en energías renovables. Elvira les explicó el proyecto de su marido para luchar contra las heladas en los viñedos y fue tal el interés de aquellos hombres por el tema que se comprometieron a ponerse en contacto con su marido para apoyarlo. Cuando Nuria les dijo que si se comprometían por escrito en condiciones paritarias podían contar con financiación ilimitada, los asturianos no daban crédito a lo que estaban escuchando.
– Estamos hablando de mucho dinero –dijo Mario que era el de las gafitas.
– Por supuesto, el director del proyecto seguiría siendo Nemesio, su marido. Pero si estáis dispuestos a trabajar en colaboración, el dinero no será ningún problema.
– Antes tendremos que contar con mi marido y su socio. Pero es difícil que pongan pegas. Ellos son muy hábiles e inteligentes, pero no tienen vuestra formación técnica.
– ¡Joder chicas ! Sois increibles. Guapas; inteligentes; simpáticas; con talento para la música e iniciativa para los negocios y además, por lo que deduzco, estáis forradas. ¡La leche ,vaya! Y nosotros que pretendíamos tener un rollito…

– Nosotras nos retiramos que es muy tarde. Dadme un número de teléfono donde pueda localizaros –Nuria recogió la tarjeta de Mario–. ¡Ah! otra cosa. Aprovechad el congreso para hacer contactos porque estamos dispuestas a financiar cualquier cosa que sea viable.

– ¿No has ido un poco sobrada con lo del dinero? –preguntó Elvira a modo de reproche, mientras salían del local.
– ¿Y a ti que te ha pasado? Podías haberte acostado con el que quisieras. Los tenías alucinados.
– He preguntado yo primero.
– ¡De acuerdo! Voy a empezar por el principio.
No soy lesbiana… tú tampoco eres lesbiana. Y para comprobarlo, en cuanto lleguemos a la habitación nos vamos a meter juntas en la ducha y después dormiremos en la misma cama, desnudas del todo. ¿De acuerdo…? –Elvira asintió con la cabeza–. ¡Bien! Pues a partir de ahí tengo que decirte que me encantaría ser lesbiana y casarme contigo y vivir siempre juntas. Pero a pesar de quererte muchísimo, mis últimas experiencias con los hombres me afianzan en mi sexualidad.
– Lo dices por Neme, ¿no?
– No. No lo digo por él. Lo digo por Ángel.
–¡¡¿Queé?!! ¡¡¿Qué te has acostado con Ángel?!! ¡No, si ya me parecía a mí…!
– ¡Tranquila! –la abrazó y le dio un beso en la mejilla– Te aseguro que cuando termine de contártelo todo, eso te parecerá una bobada.

Nuria comenzó su relato abrazando a su amiga por las concurridas calles y continuó mientras entraban en el hotel. Siguió hablando mientras se duchaban y más tarde abrazada a Elvira, desnudas como había dicho, en una de las dos camas de la habitación.
La incredulidad del deplorable comportamiento del su hijo; el orgullo de su valentía; la nobleza de sus actos, la inteligencia, la astucia… desde luego no conocía a su hijo en absoluto. A veces intentaba hacer algún comentario o algún reproche pero Nuria lo acallaba poniendo un dedo sobre sus labios para que la dejara continuar sin interrumpirla.

Cuando terminó la narración de los hechos, se incorporó sobre la cama para ver la cara de Elvira. Tenía los ojos abiertos como una lechuza y su cuerpo completamente relajado. No hablaba ni se movía y ni siquiera pestañeaba.
– En conclusión –continuó Nuria–; creo que mi única esperanza de ser feliz sería la de vivir contigo, casarme con Nemesio y tener a Ángel como amante… ¿Cómo lo ves?
– Creo que todos vamos a ir al infierno de cabeza… ¿Tú crees que Ángel puede leer mis pensamientos?
– Los tuyos y los de cualquiera… aunque me extrañaría mucho que lo hiciera. Te quiere demasiado.
– También a ti te quiere y no se ha cortado un pelo… ¿Sabe Neme lo de las cámaras en tu casa?
– ¡Por supuesto que no! Y tampoco sabe lo de la balsa, ni lo de los guardias… él está en el mismo sitio que nosotros, pero ha llegado por otro camino.
– ¿De verdad te gustaría casarte con Neme?
– Lo que me gustaría es que Ángel tuviera diez años más. Sobre todo por él. Me gustaría poder hacerle feliz el resto de su vida. Sinceramente, opino que Nemesio no está a su altura.
– ¡Descarada! –protestó Elvira mientras se dejaba mimar por su amiga–. No sé como puedo seguir escuchándote.
– ¿Por qué no voy a quitarte el marido, quizá?

– Bien sabes tú que eso es lo de menos.
– Entonces es posible que sea porque ya se quién es la solución de tu problema sexual.
– ¡¿Quién?! –Elvira la miró vivamente interesada.
– ¡Ángel!
– ¡¡Dios mió!! ¡Tú no estás bien de la cabeza! ¿Cómo se te ocurre semejante barbaridad?
– ¡Anda que tú! No eres burra ni nada. Estás obsesionada. Necesitas un polvo más que comer. ¡Atiéndeme, depravada! Lo que trato de hacerte entender es que Ángel puede meterse en tu cerebro y posiblemente pueda hasta borrar esos recuerdos malos que te atormentan. Como si fuera un psicólogo, pero a lo bestia.
– Un psicólogo si que voy a necesitar, pero por tu culpa.
– ¿De verdad se te pasó por la cabeza acostarte con Ángel? –le susurró maliciosamente al oído.
– ¡Pervertida! –Elvira fingió enfadarse y se giró en la cama para darle la espalda.
– Es una putada que sea hijo tuyo. Te aseguro que se te pasarían todos los males.
– Pero… si se mete en mi cerebro, como tú dices… conocería todos mis pecados.
– Los mortales y los veniales –Nuria la había abrazado y cerrado los ojos para intentar dormir–. De mí conoce los mortales, los veniales y los que están por venir. Supongo que ahora estará durmiendo, que es lo que deberíamos estar haciendo nosotras, pero si quisiera, podría saber lo que estamos hablando… de hecho, esta conversación la conocerá en cuanto lleguemos al pueblo.
– ¿Y lo de los asturianos? –preguntó sobresaltada–. ¿También puede saber eso?
– Si. ¡Duérmete, anda! Y no te preocupes tanto. Él me pidió que te buscara un cura que estuviera de buen ver.
– ¡Ave María Purísima! No me lo puedo creer…
– Eso, reza un poco. Pero bajito que Dios te escucha igual.

_____

El sábado por la mañana Ángel encontró novedades en los foros. Había bastantes post exponiendo teorías sobre Fobos. Aunque la mayoría calificaban la hipótesis de Ángel como altamente improbable, ninguno se atrevía a descartarla por completo. Efectivamente aquellas depresiones circulares podrían ser las pantallas de inimaginables antenas, construidas por ignotas civilizaciones en épocas remotas. Pero, ¿quiénes y para qué?
Desde luego no tenía mucho sentido que una civilización terrícola pusiese antenas en un satélite artificial orbitando sobre Marte. Si por el contrario los constructores del satélite hubiesen sido los marcianos, tendríamos que estar hablando de cientos de miles de años. Suponiendo que las continuas variaciones en la órbita de Fobos sean producto de una programación inteligente, habría que admitir un funcionamiento continuo durante todo ese tiempo.
¿Correcciones de órbita para un periodo de un millón de años? ¿Combustible para un millón de años? Y en cualquier caso, y esa era la pregunta más generalizada en el foro, ¿Qué relación podía tener todo eso con la Tierra?

Se notaba que era sábado y mucha gente no trabajaba los sábados, porque el foro estaba muy animado. Cinco registrados y cuatro invitados aportaban ideas y planteaban dudas sobre la marcha.
– Latordo.– Semejantes antenas son inviables para construirlas. Aparte de que serían totalmente innecesarias. Las que tenemos actualmente en la tierra son mucho más pequeñas y llegan muy, muy lejos.
– Mil300.– Si fuese un satélite artificial, ya se habría comprobado. Más aún si funcionase.

– Bic8.– Si fuera artificial, no tendíamos ni puta idea de su funcionamiento.
– Akami.– En "Los Viajes de Gulliver" una antena de ese tipo sería lo que necesita el rey de Luggnagg, (Uno de los reinos de Laputa) que tiene el poder de hablar con espectros.
–Latordo.– Hay tecnología suficiente en la tierra como para asegurar que Phobos no emite ningún tipo de señales.
– 20101992.– Ningún tipo de señales conocidas.
– Latordo.– Ni conocidas ni leches. Está demasiado cerca de la tierra como para no coger su señal con un equipo mediano
–Bic8.– Yo opino como Akami. Habría que estudiar a Jonathan Swift.
– Chaparrito.– ¡Vamos a ver! 20101992. Para que carajo quieres saber eso. No te agarro la onda. Explícanos cual es tu problema y lo mismo podemos ayudarte.
– Akami.– Mil300, quién te dice a ti que no lo hayan comprobado. Solo sabemos lo que la NASA quiere que sepamos.
– 20101992.– Estoy haciendo un trabajo para el instituto sobre las ondas ELF
–Bic8.– Investiguen sobre Patrick Flanagan. Un ingeniero que patentó un invento que fue declarado Secreto por el Ejército de USA.
–Chaparrito.– ¿Un trabajo para el instituto? ¡¡Pinche guey!! Si tu Nick (20101992) es la fecha de tu nacimiento, debes ser alumno de un instituto de la madre. Las ondas ELF no tienen una utilidad práctica en comunicaciones. Es más bien de psiquiatría.
– Lotordo.– Los cuentos de Gulliver son solo cuentos. No os comáis el coco
–Akami.– Demasiadas casualidades para ser solo cuentos.
– Alienbar.– Chaparrito. ¿No crees que para las ELF, sí tendrían sentido tales antenas?
– Chaparrito.– ¡Cómo no! Si el instituto de 20101992, tuviera una antena de 500 metros.
– Mil300.– ¿Aunque la tuviera. Qué clase de información se trasmite en esa frecuencia?
– Alienbar.– Me gustaría saber si en el instituto de 20101992, han hecho alguna prueba. Quizá utilizando un sistema complejo de antenas pequeñas…
– Latordo.– Insisto. Sería una estupidez. No digo que no fuera posible construir un avión para cien mil pasajeros. Pero si no hay forma de que un bicho así levante el vuelo, para qué coños se construiría.
– 20101992.– Hicimos una prueba la semana pasada. Pero no sirvió para nada.
– Bic8.– Podéis buscar en la Red a un tal doctor Delgado que trabajaba con las ELF y que en un experimento consiguió, mediante esas ondas, detener a un toro en plena embestida.
– Chaparrito.– ¡Pues claro que tendrían sentido! Pero para llevar las Extremely Low Frequency hasta Marte necesitarías la bicicleta de E.T.
–Alienbar.– 20101992, ¡mándame un privado! Te pasaré más información. Pero si la prueba que hicisteis el miércoles por la tarde no salio bien, no deberíais correr ningún riesgo y colocar el emisor dentro de la antena misma.
–Mil300.– Yo ya había oído hablar de lo del toro parado. Pero no parece que el experimento fuera un éxito.
–Akami.– ¡Cuando el río suena…! Se imaginan a un marine que en pleno ataque fuera detenido por una ELF.
– Lotordo.– Eso son chorradas de ciencia ficción.
– Chaparrito.– Mándame otro privado a mí, para que vaya a ver la antena jajajajaja.

Ángel se salió del Foro un tanto preocupado. Chaparrito se lo tomaba a cachondeo, pero Alienbar se lo había tomado muy en serio. Tanto como para querer comunicarse con él en privado.
No se fiaba un pelo. De hecho, Alienbar no había entrado a participar hasta que no se habló de las ELF y fue para corregir de algún modo a Chaparrito. Era evidente que estaba siguiendo el hilo y que su interés se centraba en las ELF. Pero por qué razón le solicitaba

un privado. Qué sabía o qué pretendía saber, que no quisiera compartir con el resto de foreros.
La suspicacia de Chaparrito también le preocupaba. No solo había acertado con el Nick, que efectivamente correspondía a su fecha de nacimiento, sino que no le encajaba que en un instituto se hiciesen ese tipo de trabajos. Pero si había algo realmente mosqueante en las conversaciones del Chat, sin duda era la alusión de Alienbar a la prueba del miércoles por la tarde.
Ángel había admitido que habían hecho una prueba, pero no había especificado qué día la habían hecho. Repasando el Chat, había comprobado que él se había referido a la semana pasada como fecha de la prueba. Sin embargo, Alienbar no había dicho "la semana pasada". Él había especificado que era el miércoles y había remarcado "por la tarde". ¿Qué necesidad tenía de decir eso?
Parecía evidente que conocía la existencia de la prueba… ¿y si era así…, cómo había relacionado ambas cosas? ¿Quién era Alienbar…? ¿Pertenecería al ministerio de comunicaciones? Ángel recordaba que en alguna ocasión le había advertido sobre la ilegalidad de las interferencias. Tendría sentido entonces, que conociese la existencia de la prueba. Eso además demostraría que Nuria y él estaban equivocados respecto a la seguridad de las emisiones del Satélite. Si Alienbar había captado la señal de la prueba, cualquier otro podría hacer lo mismo.
Era necesario olvidarse por completo de repetir cualquier otra prueba de interferencias. No podían correr el riesgo de quedar al descubierto por algo que de momento no le llevaba a ninguna parte. Si realmente Alienbar fuera un infiltrado, estaba claro que con los datos de que dispusiera no era capaz de localizarlos. De lo contrario ya lo había hecho. Así que mientras no hicieran más experimentos, estarían seguros. Pero si era un infiltrado, ¿a santo de qué enseñaba sus cartas…? Más todavía; ¿por qué le aconsejaba? "No correr ningún riesgo y colocar el emisor dentro de la antena misma".
¿Les estaba avisando de que corrían un riesgo… de qué tipo…? Un riesgo que al parecer desaparecería colocando el satélite dentro de la antena. Desde luego, Ángel no pensaba enviarle ningún mensaje privado. Como no pensaba hacer nuevas pruebas, no necesitaba la información ofrecida por Alienbar.
Trató de encontrar más post de Alienbar en otros foros, pero en ninguno de los que aparecía encontró nada que resultase sospechoso. Naturalmente que, al igual que él, utilizaría diferentes nicks en otros foros o chats, pero en los que aparecía daba la impresión de ser un profesor o algo similar, que además sabía de lo que hablaba.

La mayor parte del día la dedicó a navegar por Internet para intentar quedarse tranquilo respecto a su anonimato. Después de varias horas dándole vueltas al mismo tema, terminó razonablemente convencido de que existían muy pocas posibilidades de que nadie localizase el origen de aquella interferencia. Para dejar de pensar en ello, se dedicó a buscar en Google a multimillonarios que hubiesen hecho su fortuna de forma deshonesta. En pocos minutos se dio cuenta de su ingenuidad. ¡Todos los multimillonarios han hecho lo mismo! Daba igual con quién empezasen su particular cruzada. Había que hacer bueno aquel refrán que dice: "Quién roba a un ladrón tiene cien años de perdón".

33

A casi once mil kilómetros de distancia Alain había tenido una corazonada. Desde que unas cuantas semanas atrás, había registrado con absoluta claridad la procedencia de una señal de radio emitida por una antena isotrópica de características muy especiales, no había dejado de darle vueltas a la posibilidad de que tuviera alguna relación con lo que él estaba buscando.
Estas ondas son radiadas de manera uniforme en todas las direcciones del espacio. De tal forma que partiendo del origen, pueden ser representadas por una sucesión de esferas concéntricas. Podría decirse que no tenían ninguna similitud con el tipo de ondas que Alain trataba de localizar, pero tanto su origen como su transmisión resultaban especialmente ilógicas y sorprendentes.
Si Alain hubiese tenido que emitir una opinión sobre aquella incidencia, lo hubiese comparado con el funcionamiento de un microondas gigantesco, intentando ser alimentado por una batería de un teléfono móvil. La emisión apenas había durado siete minutos, pero el área afectada por la radiación se había limitado a una extensión de menos de diez kilómetros cuadrados.
Se trataba de frecuencias de onda media, que al viajar en modo terrestre, permitían una fácil localización, pero que no tenían ningún interés para su investigación. Solamente una cosa podían tener en común aquel tipo de microondas y la escurridiza frecuencia que buscaba Alain: el tamaño de la antena. Para los dos casos era necesario utilizar antenas descomunales. Sin embargo, mientras que en el primer caso, se necesitaba una emisora con una potencia desmesurada, esta última denotaba a todas luces que los cálculos sobre su potencia habían sido muy mal resueltos.

La corazonada de Alain se había producido a raíz de las múltiples consultas formuladas en los foros de Internet sobre grandes antenas. Los satélites de Marte o las posibilidades de que satélites mucho más pequeños que orbitan sin control alrededor de la tierra, animaban los comentarios más variados sobre su existencia o sobre su utilidad.
Pero sin duda el más chocante resultaba el de 20101992. A pesar de reconocer que era un estudiante de instituto, había sido el primero en formular preguntas concretas sobre la posible utilidad de antenas gigantescas.
Sin embargo no había nada que pudiera relacionar directamente todo aquello. Las ondas que habían provocado la primera Alerta y que después se habían repetido con mayor éxito, no tenían nada que ver con las terrestres de onda larga tan limitadas en cuanto a cobertura y menos aún con las que el estudiante de instituto había reconocido realizar una prueba.

Si 20101992 se hubiese puesto en contacto con él cuando le solicitó un mensaje privado, había significado que estaba interesado en estudiar los resultados de sus experimentos. Los datos que Alain había aportado evidenciaban la vulnerabilidad de sus emisiones y también la forma de corregirlo. Por lo que de tratarse de un trabajo oficial de un instituto, no habría tenido ningún inconveniente en hacerlo público.
Debido a que no solo no había enviado aquel privado, sino que no había vuelto a postear en el foro, Alain estaba convencido de que aquel estudiante sabía lo que estaba haciendo y que seguramente se había asustado al decirle él que lo que hacía podía resultar peligroso. No había forma de demostrarle que él no suponía un peligro para lo que fuera que estuviera haciendo, y aunque insistió reiteradamente en hacérselo ver en multitud de post, no fue posible contactar entre ellos.

Convencido de que el estudiante no iba a volver a dar la cara, Alaín decidió intentar localizarlo con los datos que tenía. Sabía que se trataba de alguien que estudiaba en un instituto. Y daba por hecho que la alusión de Chaparrito a su Nick era cierta y se trataba de su fecha de nacimiento. Si además de esos dos datos, incluía en sus búsquedas dos hipotéticas variables que pudieran no serlo tanto, cabía la posibilidad de que los potentísimos programas espía del gobierno Nipón obtuvieran resultados alentadores.
Una de las variables parecía bastante lógica. La utilización del idioma castellano de 20101992 era muy correcta. En todos los mensajes enviados a los foros, no mostraba errores sintácticos ni giros dialécticos, por lo que podía deducirse que no se trataba de un hispano sino de un español.
Las frecuencias originales emiten unos armónicos que no son otra cosa que frecuencias múltiples de las originales. Estos armónicos son los ecos usados por los programas informáticos de Alain para realizar los planos cartográficos de la previsible zona geográfica origen de las emisiones. Acotando la zona de búsqueda en España, sobre zonas no costeras y sin grandes accidentes geográficos, era posible obtener resultados en poco tiempo.

Conseguir los datos de los estudiantes de instituto matriculados ese año, cuya fecha de nacimiento fuese el 20–10–1992, resultó cosa de niños. Las teóricas zonas geográficas representadas en los gráficos de Alain se correspondían con las grandes llanuras de las dos submesetas del centro de la Península Ibérica. La Submeseta Norte era la primera de la lista, por lo que Alain comenzó por ahí su investigación.
Repartidos entre más de mil quinientos centros de enseñanza, existían 1368 alumnos cuya fecha de nacimiento se correspondía con la del Nick. 20101992 siempre se había expresado en masculino, por lo que no había motivo para no pensar que no fuese un varón. Eso descartaba a más de la mitad de los 1368, resultando un total de 616 candidatos.
Aun siendo muchos todavía, las posibilidades de éxito para Alain se habían multiplicado exponencialmente. Ahora llegaba el momento de comparar las características geológicas del entorno de cada instituto, para ir desechando las menos parecidas a los planos generados por el Instituto de Estudios Sísmicos Japonés durante las dos grandes interferencias. Eran más de trescientos los Centros de Enseñanza que había que investigar y por si fuera poco nadie aseguraba que los planos tuvieran que corresponderse exactamente con la orografía, por lo que todavía quedaba mucho trabajo por delante.
Desde luego, si volvía a producirse otra gran interferencia, esta vez había muchas posibilidades de situar su origen con muchas garantías, pero Alaín, cada vez se convencía más de que él estaba en el buen camino y que no se iban a producir más interferencias, por lo menos en un largo periodo.

Los avances en la investigación supusieron un claro reconocimiento a su trabajo por parte del Gobierno Japonés, quien puso a disposición de Alain el equipo técnico y humano solicitado para continuar el trabajo en España. La importante dotación económica del proyecto permitió que lo primero que hiciera Alaín, nada más instalarse en una de las viviendas destinadas a los altos cargos de la Embajada, fuera solicitar una avioneta para poder realizar una inspección visual desde el aire de cada uno de los 415 centros de enseñanza incluidos en el informe.

A consecuencia de esa inspección se eliminaron directamente el ochenta por ciento de todos ellos, y de los restantes, Alain se centró en una treintena. Lo primero que hizo fue

enterarse de si alguno de los centros llevaba a cabo algún programa de estudio sobre transmisiones, antenas o comunicaciones de cualquier tipo.

Nada. Ni en los Centros elegidos ni en ninguno de los otros llevaban ningún plan diferente al marcado por el Ministerio. Eso significaba que, de ahora en adelante, la investigación tendría que realizarse sobre los individuos y su entorno más o menos cercano. Sabía que se encontraba cerca de su objetivo, pero a medida que se acercaba, se hacía más difícil investigar pasando desapercibido. En una primera investigación sobre cada uno de los alumnos a punto de cumplir los dieciocho años, no había encontrado nada reseñable. Nadie parecía demostrar ningún interés especial por las comunicaciones ni por las antenas u otro tipo de dispositivos técnicos.
Los directores de los Centros, a los que se les había planteado la posibilidad de becar a algún alumno aventajado en esa materia, reconocieron que no tenían constancia de que ninguno de ellos destacase en materias relacionadas con lo que ofrecía aquella supuesta Fundación Japonesa.
Alain recorrió algunos de los establecimientos de venta y reparación de equipos informáticos. Con la disculpa de adquirir cuatro fuentes de alimentación para los ordenadores de su oficina, que supuestamente se habrían estropeado por una sobrecarga en la red eléctrica, trató de conseguir algo de información pero fue infructuoso. No quedaba más remedio que reconducir sus pasos hacia el entorno personal de los alumnos, para tratar de encontrar alguna pista coherente. Sin embargo, aunque quedaban pocos candidatos, dedicando un día a cada uno, tardaría más de un mes en completar su estudio. Era demasiado tiempo como para llegar al final sin resultados positivos.
Al regresar a la Embajada iba un tanto descorazonado. No tenía nada nuevo hacia donde dirigir la investigación. Ni los establecimientos de informática, ni los institutos ni los estudiantes revelaban nuevos indicios. Si la oficina central en Japón no había conseguido identificar geológicamente la zona, estaría casi como al principio.

El programa informático del departamento de seísmos continuaba sus análisis sin poder determinar un punto concreto. Sin embargo su propia oficina había conseguido ubicar el grupo de antenas desde donde se habría producido aquella especie de explosión que el calificó de “efecto microondas”. Se trataba de una instalación completamente legal, destinada a realizar pruebas sobre cultivos, gestionada por una Bodega Cooperativa. A pesar de que en la investigación de esa Bodega no había nada raro ni reseñable. Y sabiendo que ese tipo de instalación jamás podría emitir más allá de los límites de la comarca, se decidió por ir a visitarla antes de comenzar a investigar la submeseta sur.
Su equipo de colaboradores había encontrado un dato curioso. No era relevante, pero resultaba casualmente curioso: el gerente de la Cooperativa tenía un hijo estudiando en un instituto de la zona y su fecha de nacimiento coincidía con la que buscaba.

El concierto en la catedral había resultado un deleite para los oídos de los asistentes. Todos los organistas estuvieron a la altura de las circunstancias, pero el remate final había sido la actuación a dúo de Elvira y Nuria.
La propuesta por parte de Nuria de tocar juntas en el órgano de la derecha, que era el más moderno, fue aceptada de inmediato por la Organización nada más escucharlas en los ensayos. Finalizada su actuación, compartieron los prolongados aplausos con sus

compañeros, a los que invitaron a saludar desde el coro junto a ellas. Después de aquello, a ninguna de las dos les cabía la menor duda de que se les presentaba un prometedor futuro artístico muy reconfortante.
La presencia de Autoridades tanto eclesiásticas como civiles auguraba un extenso programa de actuaciones, que sin duda alguna, ellas aceptarían de buen grado.

En la ceremonia de clausura, en la que habían sido las grandes protagonistas, eran felicitadas por multitud de personas a las que no habían visto en su vida y que seguramente no volverían a ver. Entre todas aquellas personas, se acercaron a ellas dos señoras elegantemente vestidas a las que solo reconocieron después de que les agradecieran que hubieran decidido vestirse con sus creaciones para aquella ocasión tan especial.
Las Castrinas acudían habitualmente a los actos sociales y sobre todo, si eran benéficos, colaboraban espléndidamente. El hecho de que las protagonistas del acto fueran clientas suyas las llenaba de orgullo.
Lo que de ninguna manera podían esperar ni Elvira ni Nuria, era que se hubiesen presentado en la catedral, más de una docena de participantes en el congreso sobre energías renovables. Afortunadamente la noche anterior podía haberse calificado como provechosa profesionalmente, de lo contrario hubiera resultado muy embarazoso para ellas.
Durante el vino español ofrecido por la organización, apenas si probaron bocado correspondiendo a las felicitaciones de unos y de otros. Los políticos, como siempre, trataban de arrimar el ascua a su sardina para conseguir esos réditos necesarios para mantenerles en unos puestos que alguno de ellos no merecía.

El viaje de vuelta al pueblo iba cargado de emociones. Según había pronosticado Nuria, Elvira no era la misma que había salido del pueblo dos días atrás. Era el fin semana más emocionante, excitante y alucinante que había vivido en toda su existencia. Superaba sobradamente cualquier expectativa imaginada por Elvira antes de salir de casa. Las informaciones; revelaciones y confesiones de Nuria, habían cambiado muchos de sus conceptos más arraigados, hasta el punto de que el sentimiento de pecado que había marcado sus últimos años, se desvanecía al lado de aquella intrépida y a veces descarada compañera que parecía haber nacido para desconcertarla.
¡Por supuesto que no era lesbiana! A pesar de lo agradable que le resultó acostarse desnuda junto a Nuria, ya se había dado cuenta unas horas antes de que no había sido la homosexualidad lo que había coartado su posible aventura extramatrimonial con cualquiera de los dos asturianos.
Tampoco la religión o la rígida moral inculcada desde niña, hubieran sido impedimento para el sexo terapéutico aconsejado por Nuria. Lo que le había devuelto la ilusión de los veinte años, era aquella audaz muchacha que conseguía con su generoso espíritu sacar lo mejor de cada uno de los que se acercaban a ella.
¿Sería verdad que Nemesio no le había hecho sentir lo que esperaba, o era otro de los gestos de generosidad de la siempre imprevisible Nuria?

– Por más vueltas que le doy –comentó Elvira–, no acabo de entender lo que me cuentas de Ángel.
– ¿Qué, de todas las cosas que te he contado?

– En realidad casi nada. Pero lo que me parece preocupante es lo de la telepatía. Si es verdad que puede actuar sobre nuestro cerebro, va a resultar un problema más que otra cosa.
– ¡Ya veo, ya! ¿Qué pasa, que tienes muchos pecados?
– Puede. No sé… creo que no me gustaría que se metiera en mis recuerdos. Independientemente de que sean pecados o no, hay muchas cosas que no me gustaría que él conociese… cosas personales que no quieres que nadie sepa, o cosas íntimas que a nadie importan más que a ti… no entiendo la naturalidad con la que tú lo asumes.
– Es que yo no he podido evitarlo. Cuando me enteré de que me espiaba día y noche, era demasiado tarde.
– Pero es que una cosa es que te espíen y otra muy diferente lo que me cuentas que puede hacer… es posible que incluso para él no sea bueno.
– Pues Nemesio y él cuentan contigo para hacer pruebas con uno de estos colgantes. Con nosotros no funcionan muy bien y sería conveniente conocer todos los datos posibles sobre esas piedras… lo mismo esas dotes se heredan y tú puedes hacer lo mismo que Ángel.
– Espero que no… aunque estoy dispuesta a probarlo, me parece jugar con fuego.
– El fuego solo es peligroso cuando se descontrola.
– Precisamente por eso lo digo. No me parece que este asunto esté controlado en absoluto… en cuanto llegue a casa voy a recapacitar sobre todo lo sucedido en estos días. Espero que la tranquilidad y la rutina me devuelvan a mi estado natural y pueda analizar cada sorprendente episodio de los que me has contado, desde un punto de vista acorde con las circunstancias… ¡madre mía…! Con lo bien que vivía yo en mi ignorancia.
– ¿Puedo decirles que contamos contigo?
– De momento no me opongo… aunque ahora mismo ni siquiera me apetece hablar con ellos… lo de Ángel no sé como lo voy a asimilar… supongo que tú si los verás hoy.
– De lo que puedes estar segura es de que Ángel me verá a mí. Supongo que habrá hecho los deberes y tendrá muchas cosas que contarme.
– ¿Le darás detalles de nuestro fin de semana?
– Me preguntará que qué tal nos ha ido… si quieres le digo que ha estado bien, pero que tú prefieres no hacer muchos comentarios.
– ¡Muchos no!... preferiría que no hicieseis ninguno… por lo menos por ahora. Ten en cuenta que mi punto de vista es muy diferente al vuestro. No creo estar preparada para comentar con mi hijo determinadas cosas… ¡Si solo de imaginaros a los dos juntos me da un repelús!
– ¡Qué me vas a contar! Para mí es un sueño todo lo que me ha pasado en los últimos meses.
– ¡Qué cosas tiene la vida…! En fin, como diría don Cosme: los caminos del Señor son inescrutables.

Los Servicios de Espionaje a nivel internacional, cuentan con los sistemas más avanzados para la identificación de personas. En los aeropuertos sobre todo, disponen de equipos oficiales y de conocimiento público y de otros mucho más sofisticados cuya existencia podría ser calificada como de transgresora por los defensores de los derechos fundamentales.

Se trata de métodos utilizados, en principio, para la propia seguridad del individuo, cuyas características personales son usadas como identificadores para los programas de acceso a los sistemas electrónicos o informáticos.
Alain conocía esos sistemas, sobre todo porque él había participado en el desarrollo del que se había implantado en la Agencia Europea de Defensa, cuando trabajaba para la P.E.S.D. Por esa razón eligió un aeropuerto pequeño para entrar en el país, convencido de que solo las grandes ciudades pueden permitirse el lujo de instalar equipos tan caros.

Sin embargo se equivocó en parte. Efectivamente no habían instalado equipos de identificación, pero sí de detección. Estos equipos resultaban mucho más económicos y sencillos de camuflar. Su instalación no requería aparatos adicionales y su funcionamiento consistía únicamente en recoger datos para enviarlos al centro de tratamiento donde eran procesados.
Este sistema impedía la inmediatez de las actuaciones por las fuerzas del orden, pero posibilitaba el control de todos y cada uno de los pasajeros. Una vez detectada la presencia en el país del individuo en cuestión, eran los Servicios Secretos los encargados del seguimiento.
Las posibilidades de que Alain hubiese podido ser interceptado resultaban mínimas. Aun en el caso de ser reconocido por el Sistema, una vez fuera del aeropuerto resultaba imposible identificarlo ni siquiera por sus compañeros de viaje. Para mayor seguridad había completado el recorrido hasta la embajada, utilizando taxis con trayectos de pocos kilómetros. Se sentía relativamente seguro de su anonimato, pero esa misma condición le impedía solicitar cualquier tipo de información significativa, ni siquiera mediante los servicios secretos de la embajada.

Antes de llegar a Fontoroz, Alain detuvo su coche a un lado de la carretera, para observar el paisaje. Abrió el maletero del coche y encendió algunos de los sofisticados aparatos de medición para comprobar si desde aquella altura detectaba alguna traza reseñable.
No encontró nada fuera de la normalidad. Era evidente que la antena de la Bodega no estaba emitiendo. Y excepto las señales procedentes de una antena de televisión, que sin duda tenía el amplificador averiado y reemitía las señales recogidas, no encontró ningún síntoma de actividad extraña. Fijó los puntos Gps. en su agenda electrónica y después de realizar una inspección visual con los prismáticos, fotografió todos y cada uno de los puntos que pudieran tener algún interés.

Cuando Alain concertó la cita con el gerente de la Bodega, casi todo lo que le dijo era cierto. Pretendía adquirir un muestrario completo de los diferentes productos de la Cooperativa para llevárselos a Japón. Realmente exportar un producto de tal calidad resultaría comercialmente viable, por lo que Nemesio había preparado una selección de lo que él consideraba con más posibilidades.
Nada más presentarse, Alain explicó que él no era un experto en vinos, por lo que confiaba en el criterio de Nemesio para la elección de los productos más adecuados. Se trataba de dar a conocer aquellos vinos en ambientes muy selectos de Tokio, por lo que con media docena de cajas de cada variedad resultaría suficiente.
No hubo discusión sobre los precios o las calidades, ya que Alain estaba dispuesto a pagar lo que le pidieran, incluyendo los portes, y Nemesio después de cobrar en efectivo, estaba convencido de que aquel hombre sabría dónde tenía que colocar la mercancía.

Después de hecha la transacción, Alain mostró un especial interés por el funcionamiento de la Cooperativa y por el proceso de producción. Era consciente de que una vez realizada la venta, el gerente se mostraría mucho más dispuesto a dar todo tipo de explicaciones.
Resultó muy sencillo llevar a Nemesio hasta donde Alain pretendía. En primer lugar porque no había nada que ocultar, y en segundo porque Nemesio estaba muy orgulloso de su proyecto y le gustaba hablar de él. Lo que menos esperaba Nemesio era que un cliente que se dedicaba a la exportación, tuviese unos conocimientos técnicos tan vastos sobre un tema tan complejo y tan específico.
Antes de que Nemesio llegase a mosquearse, Alain se adelantó a explicarle que él había llegado a Japón como ingeniero para una empresa de electrónica, pero que se había dado cuenta de que trabajando para otros nunca llegas a hacerte rico. Se le había presentado la oportunidad de crear su propia empresa de importación-exportación y llevaba dos años funcionando con tan buenos resultados que se había decidido a probar con nuevos productos.
La reunión duró algo más de media hora durante la que Alain no había encontrado ninguna referencia a lo que estaba buscando. La sutileza necesaria para evitar sospechas le impedía hacer preguntas concretas o incidir sobre algún tema determinado, aunque su interlocutor no mostraba ningún recelo al responderlas.

– Resulta extraño que hable usted de su invento con tanta naturalidad. ¿No tiene miedo a que alguien le robe la idea?
– De momento no –contestó Nemesio–. No hemos conseguido que funcione como queremos. Así que por ahora poco hay que robar. Por otra parte, si la idea sirve para que otros consigan obtener resultados positivos, ¡bienvenido sea! A nosotros no nos importaría tener que comprar los aparatos si con eso salvamos las cosechas.
– Seguro. Pero si ustedes consiguen patentar el invento, podrían hacerse ricos. La idea parece buena. Lo mismo solo necesitan apoyo tecnológico y equipo técnico.
– ¡Mire a ver…! Si está usted dispuesto a invertir…
– Me gustaría. Pero no tengo dinero para eso. Y aunque como ingeniero me fascina la idea, desgraciadamente tengo otros asuntos en la cabeza. Si consigo resolverlos, cosa que empiezo a dudar, me pondré en contacto con usted.
– ¡Hombre!, espero que sigamos manteniendo un contacto comercial. De lo contrario significaría que nuestros vinos no son lo que estaba buscando, o que usted es un mal empresario.
– Puede que tenga razón en las dos cosas. Creo que lo que estoy buscando, en realidad no existe. Es posible que haya llegado hasta aquí por una corazonada más que por los datos con los que cuento. Pero si no fuese así. Sí usted estuviese a la altura de lo que me preocupa, cosa que todavía no descarto, le voy a pedir un favor…
– No faltaba más… si está en mi mano…
– Es posible que me haya contado todo lo referente a su invento y las pruebas que han hecho. Se lo agradezco y no le reprocharía que me hubiese ocultado pormenores que no quisiera que se conozcan. Pero si esos pequeños detalles de los que usted no ha hablado incluyen la intervención de otras personas en el desarrollo del invento, como por ejemplo ingenieros de comunicaciones; profesores o estudiantes de instituto cuya fecha de nacimiento coincida con la fecha del veinte de octubre de 1992, le ruego encarecidamente que les haga llegar el siguiente mensaje de parte de Alienbar: si yo he llegado hasta aquí, otros pueden llegar también. Yo puedo y deseo ayudar.
– No sé de lo que está hablando, pero su actitud no me gusta un pelo. Empiezo a pensar que es usted un espía industrial o algo de eso. Tanto interés por el invento no es normal en absoluto.

– ¡Ojalá! Pero si su hijo, cuya fecha de nacimiento coincide con la que le he dado, ha frecuentado foros de Internet solicitando datos sobre antenas gigantescas, le puedo asegurar que corre un grave peligro.
Si de verdad no sabe de lo que estoy hablando, ¡olvídeme! Le pido mil disculpas y le ruego que piense en mí como un cliente pasado de rosca, al que posiblemente no vuelva a ver jamás.
En el hipotético caso de que supiera de lo que estoy hablando, llámeme a este número lo antes posible –Alain escribió un número de teléfono en el reverso de una tarjeta de la Bodega–. Es un número ecriptado, por lo que puede hablar con tranquilidad.
– Decididamente es usted un cliente muy singular. No sé si estará pasado de rosca o no. El hecho de pagar en efectivo más de siete mil euros le convierte por lo menos en atípico. Puede usted dormir tranquilo, que no hay más cera que la que alumbra.
– Ha sido un placer conocerle –se despidió Alain mientras abría la puerta del coche–. Pasado mañana me recorreré Castilla la Mancha. Me han dicho que allí también hay buenas bodegas y es posible que encuentre lo que estoy buscando.
– ¡Suerte! –le deseó Nemesio.

Alain no había encontrado en aquel pueblo nada que pudiera relacionar con su objetivo. El gerente de la Bodega le había parecido sincero, por lo que, o no sabía nada, o era un excelente actor que había conseguido engañarle. Cabía la posibilidad remota de que alguna de las pruebas de su invento hubiese provocado secuelas secundarias, desconocidas incluso por sus propios creadores. En cualquier caso, fuera lo que fuera, aquello no representaba ningún peligro para la seguridad del país ni procedía de experimentos secretos llevados a cabo por empresas con intereses estratégicos.
Si como suponía, el departamento de sismología había simulado en el laboratorio las condiciones orográficas de la zona y confirmaba que el origen de la radicación se encontraba en aquella zona, estaría en condiciones de asegurar que no existía riesgo potencial sobre los actuales sistemas de comunicaciones. Solamente la casualidad podría haber producido un efecto desconocido sobre algún tipo de onda electromagnética, que hubiese hecho saltar las alarmas de un Sistema no preparado para procesar ese tipo de señal.

Le disgustaba y le preocupaba la idea de tener que informar al responsable de la Embajada, de que todo el operativo no había producido los resultados deseados. Que la inversión no había dado ningún fruto y que, en ausencia de otro tipo de datos, no tenía objeto continuar con la investigación. Sin embargo no fue necesario redactar ningún informe. Nada más llegar a su casa recibió la visita del jefe de seguridad, invitándole a que le acompañara a la Embajada, donde fue recibido por el propio Embajador.
Al parecer los Servicios de Inteligencia habían llegado a la misma conclusión que él, y le comunicaban el cese de las investigaciones. El Embajador agradeció a Alain el trabajo realizado y le ofreció la posibilidad de continuar trabajando para su gobierno en el Centro de Operaciones de Tokio. Antes de despedirse, ordenó a su secretario que tomase las medidas necesarias para que Alain dispusiese unas semanas para decidirse.
Alain conocía el protocolo de los japoneses, por lo que sabía que no tenía ningún sentido oponerse a una decisión que ya había sido tomada. Aunque se encontraba aliviado al comprobar que nadie se había tomado aquello como un fracaso, le molestaba la forma en que habían tomado la decisión. Estaba convencido de que el Servicio de Inteligencia tenía los datos de las pruebas de Instituto de Estudios Sísmicos desde mucho tiempo antes que él. Y seguramente llevasen algunos días con todos sus satélites enfocando sobre aquel

punto concreto, por lo que habrían estado investigando lo mismo que él, pero de forma paralela.
Lo lógico era pensar que habrían llegado a conclusiones parecidas a las suyas. Sobre todo porque no existía ni una sola fábrica, o instalación cuya actividad resultase mínimamente sospechosa. Pero a Alain le hubiera gustado conocer los motivos concretos por los que le cesaban y sobre todo las razones por las que no se le había informado de que el Servicio de Inteligencia actuaba de forma oculta, pero utilizando los datos que él aportaba.
Era evidente que no se fiaban de él, y aunque en los últimos tiempos estaba acostumbrándose a desconfiar de todo el mundo, se sentía un poco traicionado. La posibilidad de regresar a Tokio no le resultaba nada atractiva. A pesar de que allí contaría con un excelente equipo para continuar sus investigaciones o iniciar otras nuevas cuyos presupuestos resultarían inviables en cualquier otro lugar del mundo, ni el carácter de los orientales ni el propio país le resultaban atractivos.
Afortunadamente disponía de ahorros suficientes como para pasar un par de años sin necesidad de trabajar, por lo que se tomaría algunas semanas para decidir qué hacer, y sobre todo dónde hacerlo. De haber sabido que lo cesarían ese mismo día, en vez de mandar el vino a Japón, le habría dicho al gerente que se lo enviase a su amiga; Marguerite Sagan. Incluso, sabiendo que sería la última vez que le cargaría los gastos al Gobierno Japonés, habría facturado el doble.
Pensado en el vino, de vuelta a su casa se dio cuenta de que seguramente pasarían algunos días hasta que la Bodega tuviese preparado el envío. Por lo que si se daba prisa, aún estaba a tiempo de aprovechar la coyuntura. Llamó por teléfono a la Bodega para paralizar el envío, pero debido a que estaba fuera del horario comercial, solo pudo dejar un mensaje en el contestador.

Para la noche del lunes Elvira había preparado una cena de celebración. El motivo principal era el cobro de la prima del seguro. Habían sido muchos meses de incertidumbre no exentos de momentos de desaliento. Reconocía que a veces había dudado de que Nemesio estuviese haciendo lo más adecuado y ahora se sentía en la obligación de reconocerle los méritos.
Las posibilidades que se abrían ante esta nueva situación eran inmensas. Ya no se trataba de poder apadrinar algunos niños de países subdesarrollados, ahora podían plantearse un proyecto de grandes proporciones para llevarlo a cabo desde la Fundación que llevaría el nombre de su tía. Lo menos que podía hacer era agasajarlo como él se merecía, y a falta de otra posibilidad que cada minuto que pasaba se le antojaba más factible, había preparado una velada acorde con el evento, con la inestimable ayuda de Tanya.
Nuria se había encargado de decorar la mesa y de relajar el ambiente charlando con Elvira para tratar de que asumiese la original situación desde un punto de vista acorde con los acontecimientos. A Ángel le había encargado que aportase el vino y había insistido en que tanto él como Nemesio asistieran vestidos conforme a la ocasión. Se trataba de una celebración, por lo que no era de recibo presentarse en vaqueros y camiseta.
Siguiendo las normas de la buena educación, en vez de entrar por puerta del patio, los hombres llamaron al timbre de la puerta principal y esperaron a que les abrieran.
Si hubieran apostado para ver quién sería el más sorprendido, habrían perdido todos. Cada cual por su particular motivo, fascinado ante la importancia otorgada a tan singular cita, comprobaba con incredulidad su turbación ante una situación que en principio debería ser prácticamente familiar.

– ¡A ver! –dijo Nuria para romper el hielo–. ¿Dónde está la galantería masculina? Llevamos dos horas arreglándonos para estar guapas, y os quedáis ahí pasmados sin decir esta boca es mía.
Ángel sabía que aquella guerra no iba con él, por lo que dejó que fuera su padre el que respondiese.
– ¡Os pido mil disculpas! –acertó a decir Nemesio–. Os aseguro que ha sido la sorpresa, y no la falta de galantería lo que me ha quedado mudo. ¡Es más! La sorpresa ha llegado a tal punto, que durante los primeros instantes no os he reconocido.
Nemesio lo decía por Elvira más que por Nuria. Y aunque había usado el plural para contestar, en realidad se estaba refiriendo únicamente a su mujer a la que ciertamente le había costado reconocer.
– Aunque sea mentira –continuó Nuria–, a las mujeres nos gusta que nos digan que estamos guapas… ¡¿Y tú qué?! –se dirigió a Ángel–. ¿No vas a decirle a tu madre lo guapa que está?
– Es que yo no veo a mi madre por ningún sitio…
– ¡Mejor! Os la presento yo… ella es Elvira, una chica que he conocido este fin de semana en Burgos… y ellos son…, bueno ya os iréis conociendo. Tenemos mucho tiempo por delante y muchas cosas que contarnos… veamos si ese vino que traéis nos ayuda a soltarnos la lengua.

Vaya si se les soltó la lengua. Después de brindar por haberle ganado la batalla a la Aseguradora, hicieron planes sobre las enormes posibilidades que se presentaban ante ellos. Elvira accedió a probar las propiedades del colgante de Nuria y agradeció que Ángel no llevase puesto el suyo. Sin duda ella le había dicho a su hijo que se sentiría incómoda ante la posibilidad de que el chico hurgase en sus recuerdos, y había tenido el detalle de quitárselo.
Elvira fue la más sorprendida de la reacción de aquel colgante. No solo porque los demás ya lo hubiesen probado, sino porque estaban convencidos de que en ella tendría unos efectos parecidos a los de Ángel.
No estaba preparada para lo que estaba contemplando y aunque le resultaba agradable y seductor prefirió quitárselo para poder asimilarlo lentamente.
Los sueños; fantasías; proyectos o quimeras de cada uno, constituían el argumento principal de una velada que se prolongó hasta altas horas de la madrugada.
Durante los siguientes días tendrían que analizar los resultados de aquella reunión y las consecuencias de sus confidencias. Tal y como Nuria había pronosticado, a Elvira el fin de semana en Burgos la había devuelto muy cambiada. Y eso que no había rematado su tratamiento terapéutico. El simple hecho de sentirse joven junto a Nuria, atractiva frente a los asturianos y algún que otro compañero de estos y sobre todo admirada y aplaudida merced a su talento, hubiera sido suficiente para motivar un importante cambio en su forma de vivir.
Pero todo eso era solo una parte de la motivación. La parte más importante era la que le había enseñado Nuria con su peculiar forma de asumir los vaivenes de la vida. La frescura y la naturalidad con la que se enfrentaba a situaciones inverosímiles para sacar lo mejor de cada momento y además adjudicar el mérito a otros.
Elvira se encontraba cómoda con su elegante y carísima ropa, coqueteando con su marido delante de su hijo. Disfrutaba cada segundo de aquella noche como nunca antes lo había hecho. Junto a ella estaban las personas más importantes de su vida

– Esta mañana he tenido un cliente muy curioso –dijo Nemesio–. Y lo de curioso lo digo en todos los aspectos. Tanto por la cantidad de preguntas que me ha hecho, como por la

forma de abonar el importe de la compra. Me ha pagado en efectivo más de siete mil euros y me ha dicho que le dijera a mi hijo que él era Alienbar. Que si él había podido llegar hasta aquí, otros podrían hacer lo mismo… ¿A ti te dice algo? –preguntó a Ángel.
– Alienbar es un forero con el que he chateado algunas veces –se sorprendió Ángel–. No sé cómo ha llegado hasta aquí ni por qué motivo, pero estaba muy interesado en el tema de las transmisiones con grandes antenas.
– ¿Qué es lo que quería? –preguntó Nuria.
– Exportar vino a Japón… pero sobre vinos no sabe nada de nada. Me ha dejado a mí elegirlos.
– ¿Creéis que puede haberse gastado esa pasta solo para intentar ponerse en contacto conmigo? –Ángel trataba de analizar los motivos reales de aquella visita– Y en todo caso, ¿qué es lo que pretende?
– Quiere que lo llames a un número de teléfono, que me advirtió que estaba encriptado.
– Deduzco –dijo Nuria–, que si actúa de esta forma es porque no está seguro de nada. De lo contrario se habría dirigido directamente a Ángel.
– Todo esto surgió a partir de nuestra interferencia en la emisora de radio –Ángel explicó que Alienbar conocía el momento exacto en que ellos habían provocado aquella interferencia y que pensando que pudiera tratarse de un inspector de Comunicaciones, había decidido no volver a tratar el tema.
– Un inspector de Comunicaciones no se gasta siete mil euros en vino.
– Tiene razón tu padre –dijo Nuria–, es demasiado dinero para una investigación oficial.
– ¿Y si lo ignoramos? –preguntó Ángel.
– Me dijo que si aquí no encontraba lo que estaba buscando, que se iría a Castilla la Mancha a continuar su búsqueda.
– Pues dejemos que se vaya –sentenció Ángel–. Siempre he pensado que Alienbar era un tipo competente, pero no tenemos ninguna necesidad de correr riesgos.
– Entonces dejemos ese tema y vamos a liquidar lo del seguro –interrumpió Elvira–. Me da la impresión de que pensáis que trescientos mil euros es una tontería, pero lo cierto es que es mucho dinero y hay que repartirlo como Dios manda.
– Como Dios mande –intervino Nemesio–, o como diga Ángel que al fin y al cabo es el que lo ha resuelto. Además no son trescientos. Son trescientos sesenta mil y por lo que yo sé, los sesenta mil a mayores eran una propina para Nuria.
– Bueno… –dijo Ángel–, no es una propina exactamente. Lo que pasa es que en aquel momento me pareció adecuado sacar algo más de dinero y recompensar en parte a Nuria por alguna cosilla de la que no me siento muy orgulloso. En estos momentos los sesenta mil euros se me antojan calderilla. Tengo algunos planes en estudio que nos proporcionaran recursos inmensos sin que tengamos que avergonzarnos de la forma en que los vamos a obtener.
– ¿De verdad has hecho eso? –preguntó Nuria– Me vais a dar a mí sesenta mil pavos.
– ¡Vamos a ver! –Ángel trató de rematar el tema– De momento yo no me hago preguntas sobre el cómo o el porqué. Lo que sé es que tenemos una oportunidad increíble de reparar desagravios y que como cualquier otra oportunidad de las que se me presenten en la vida, no la pienso desaprovechar. Es cierto que ese dinero que nos regalaron los del seguro, tenía como objetivo darte un respiro económico, pero en las circunstancias actuales tenemos que replantearnos el tema pecuniario. Si te parece podríamos hacerlo ahora, mientras damos un paseo para bajar la cena.

Como era habitual en él, Ángel había escogido el momento oportuno para hacer mutis por el foro. Nuria había cogido al vuelo la idea y antes de que Nemesio o Elvira tuvieran

tiempo de decir palabra, los dos salieron de la casa orgullosos de su complicidad para dejar solos a la extraña pareja.

– ¿Crees que acabarán en la cama? –preguntó Nuria con cierta picardía.
– Tiene buena pinta. Pero la que mejor puede saberlo eres tú. Es verdad que ella está muy cambiada. Yo diría que incluso está muy buena. Pero como no sé si es correcto que yo diga eso de mi madre…, pues me lo callo… ¿De verdad no pasó nada en Burgos?
– Ya te he dicho que no. Pero si dudas de mí, puedes espiar su cerebro…, o el mío.
– Te he prometido que respetaré su deseo. No lo haré sin su permiso, pero lo tuyo es diferente… no me cuesta ningún esfuerzo saber lo que piensas. De hecho estoy practicando para controlarlo. Le quita emoción al asunto el hecho de saber que tú también estás deseando que nos vayamos los dos a tu casa.
– ¡Imbécil! –Nuria no consiguió darle la merecida colleja gracias a la agilidad de Ángel para esquivarla, aunque cuando éste se dejó abrazar, ella le dio un enérgico mordisco en la oreja.

34

En el despacho de la calle Damrak de Ámsterdam, dos de los cuatro hombres que se habían reunido la última vez, estaban esperando que diese comienzo la videoconferencia. Los dos tenían pinta de ser soldados o pertenecer a algún cuerpo armado o de seguridad. El de más edad parecía ser el de rango superior ya que continuamente daba instrucciones al otro para que ordenase los papeles cotejándolos con los datos de portátil.
A pesar de retrasarse más de quince minutos, el videoconferenciante no dio ningún tipo de explicación o de disculpa. Se limitó a saludar escuetamente y sin más preámbulos solicitó, al que resultó ser un comandante, el informe completo de las investigaciones. En ese informe figuraban de forma precisa y detallada todos los pasos de Alain Lombard desde que salió de Tokio con rumbo a España. Se trataba de un abultado dossier de más de trescientas páginas en el que se habían excluido los cientos de mapas cartográficos realizados por los simuladores y que habían llevado a unos y a otros a centrar su investigación en un punto determinado de la geografía española.
Toda la red de espionaje internacional había hecho un trabajo acorde con los emolumentos destinados a costear aquella singular búsqueda. La cifra, aun habiéndose elevado considerablemente al tener que sobornar a políticos y militares, todavía dejaba margen para posibles nuevas actuaciones.

– A la espera de que el informe sea estudiado por el gabinete técnico –el comandante pretendía ser lo más breve posible–. Nuestra conclusión es que existe un potencial peligro de que se esté trabajando en la investigación de ondas de frecuencia desconocida. Independientemente de que esas frecuencias se pretendan usar con fines pacíficos o comerciales, las pruebas demuestran que se está trabajando en ello, aunque esto se haya hecho sin un objetivo claro.
Oficialmente se trata de un proyecto relacionado con la agricultura, en la que trabajan varias personas sin que ninguna de ellas tenga una especial capacitación. En el entorno de estas personas tan solo existe una mujer que pudiera desarrollar un proyecto parecido, ya que se trata de una estudiante de último curso de ingeniería de comunicaciones. En todo caso, esa mujer se habría incorporado al proyecto con posterioridad a las primeras pruebas. Y desde luego algún tiempo después de la primera Alerta. No existen instalaciones especiales ni secretas, ya que no se ha detectado ningún tipo de actividad electromagnética fuera de lo común. El laboratorio, si es que puede llamarse así, se encuentra en el domicilio de un empleado de la bodega, originario de la Europa del Este que lleva varios años residiendo en la localidad. No mantienen en secreto sus investigaciones y no muestran ningún inconveniente en dar todo tipo de detalles respecto a su invento.
Con toda esta información podría deducirse que no hay motivos para intervenir de forma preventiva, y que lo indicado sería mantener una discreta vigilancia por si en un futuro obtuvieran resultados dignos de tener en cuenta. Sin embargo existen razones poderosas, por lo menos a nuestro juicio, para sugerir una actuación inmediata.
La primera y más importante es que, sea producto de la casualidad o no, lo cierto es que esas frecuencias han sido generadas desde ese punto. Y ya sea para utilizarlas en el propio beneficio o para inutilizarlas por completo, representan un potencial estratégico enorme. Y la segunda, y no menos importante por cuanto requiera una intervención inminente, es que hemos detectado la existencia de varios grupos o entidades interesadas en esas frecuencias.

Sabemos por nuestros contactos en la Embajada, que Alain Lombard está siendo apoyado por el Gobierno Japonés, quién mostró un interés especial desde el comienzo de las investigaciones por parte de la Agencia de Seguridad.
Existe además una vía de investigación abierta por la Inteligencia Militar, que ha recopilado cientos de informes sobre interferencias magnéticas producidas en todo el país, para acabar centrándose en esa zona de forma muy significativa. Y por último, existe un grupo especial dentro de la Policía Judicial que mantiene un exhaustivo control de las comunicaciones de la estudiante de ingeniería y todo su entorno más próximo.
A todo esto tenemos que añadir como dato de última hora, que hoy por la mañana el señor Lombard visitó al gerente de la Bodega y máximo responsable del proyecto. Los acuerdos a los que llegaran los desconocemos, pero a última hora del día le dejó un mensaje en el contestador diciéndole que paralizase el envió planificado para Japón porque era posible que su destino final fuese Francia.
En conclusión: creemos que Lombard dispone de información estratégica, que podría haber comprado u obtenido engañando al gerente, y que aunque en principio eran los japoneses los destinatarios, tiene intención de venderla al mejor postor.

El videoconferenciante se mantuvo unos segundos en silencio mientras era observado por los dos hombres del despacho.
– En estas circunstancias –dijo finalmente–, no queda otro remedio que actuar con rapidez. No podemos permitir que esa información salga de donde está. Si Lombard ha dejado un mensaje en la oficina de la Bodega, será porque la documentación va a expedirse desde allí. La Bodega como tal resulta una buena tapadera. Hay que conseguir esa documentación de la forma que sea. Si efectivamente han sido generadas de forma casual, es probable que el gerente no sepa lo que en realidad ha vendido. De lo contrario, también a él habría que eliminarlo.
Es primordial conseguir esos documentos y comprobar su valor real. En cualquier caso Alain Lombard ya no resulta necesario y podría ser peligroso. Habrá que deshacerse de él con caución y diligencia. Es muy conveniente no llamar la atención sobre su desaparición ya que sabemos que hay más gente interesada en sus investigaciones. En cuanto al gerente y su entorno, quiero una vigilancia total sobre ellos pero sin efectuar ninguna intervención hasta que no reciban órdenes.

———————

A las cuatro cuarenta y cinco de la madrugada, que es la hora habitual para este tipo de operaciones, dos vehículos todo–terreno de gran cilindrada y color oscuro, aparcaban junto a la puerta de la Cooperativa.
De su interior salieron cinco personas que se introdujeron en la oficina de la Cooperativa después de anular la alarma y descerrajar la puerta con suma facilidad. En apenas siete minutos cargaron en los dos vehículos toda la documentación existente, incluyendo el material informático, los ordenadores y el equipo de telefonía, tanto del despacho del gerente como del de la secretaria.
Desaparecieron por donde habían llegado, sin hacer apenas ruido y sin que nadie se hubiera percatado de su presencia. Resultaba evidente que se trataba de profesionales muy bien equipados y que sabían lo que buscaban y la forma de conseguirlo.

Nada más ser informado, Nemesio pensó que los ladrones podrían ir buscando los siete mil euros que le había entregado el importador de Japón. De alguna manera podrían haberse enterado de aquella transacción, y pensar que el dinero permanecía en la Bodega.

Eso, o que los ladrones estuvieran compinchados con el importador. Pero lo que no tenía ninguna lógica era que entrasen a robar en una bodega y solo se llevasen documentos y unos equipos informáticos de escaso valor.
La Guardia Civil tampoco aportó nada nuevo. Después de comprobar el estado en que habían quedado las instalaciones, se limitaron a tramitar la denuncia con la desgana característica de aquel al que le importan tres pepinos los problemas de los demás.
Ciertamente el valor real de lo sustraído no alcanzaría los tres mil euros, e incluyendo los desperfectos no llegarían a los cinco mil por lo que el seguro cubriría todos los gastos. Pero lo que a Nemesio le interesaba no era la indemnización. Había dos cosas que le preocupaban mucho más que el dinero. La primera era la cantidad de horas de trabajo que les llevaría volver a tener todo en orden. Aunque la gestión administrativa estaba contratada con una gestoría, existían multitud de asuntos que se trataban directamente en las oficinas de la Cooperativa. Esos documentos habían desaparecido y aunque Nemesio tenía instalado un programa de keylogger que subía y almacenaba en su web toda la actividad de sus ordenadores, solamente para volverlos a bajar y ordenarlos llevaría más de una semana.
El otro problema era más preocupante aún: si en realidad se trataba de ladrones, ¿por qué razón no se habían llevado ni una sola botella de vino? En los expositores del hall que separaba su despacho de la secretaría podían haber comprobado que una sola caja de vino valdría mucho más de lo que se habían llevado y además sería mucho más fácil de revender.
Y si no eran ladrones comunes, como resultaba evidente ¿Quiénes eran? Y sobre todo, ¿qué esperaban encontrar en esos documentos?

El agente de la compañía de seguros confirmó a Nemesio que podían dar comienzo a las tareas de organización de la oficina. La Guardia Civil había terminado la investigación; ya que si no había más datos que los que le había comunicado, por su parte solo necesitaría unas fotos del siniestro. A última hora de la mañana, conectado a Internet con un portátil, comenzaba a recuperar los archivos almacenados en el Servidor.

Desde primeras horas de la mañana, Alain había estado repasando papeles y poniendo en orden toda la documentación. Estaba convencido de que había llegado hasta el fondo de la cuestión, pero no había conseguido encontrar nada tangible. Albergaba la esperanza de que el gerente de la Bodega o su hijo; o quién quiera que fuese el que estaba buscando, le llamase al numero de teléfono que les había dejado.
Sin embargo, a medida que avanzaba la mañana sus esperanzas se iban diluyendo. Cuanto más repasaba aquellos mapas, más se convencía de que el punto exacto desde donde se habían producido aquellas extrañas ondas, estaba situado justo en aquella zona. Pero si todo aquello era producto de una reacción casual, como parecía desprenderse de la investigación, el camino estaba bloqueado. De ser así, solamente un generoso gesto de colaboración, como podría ser una llamada que confirmase su hipótesis, podría evitar su fracaso.
A media mañana, convencido de que esa llamada no se iba a producir, decidió ser él quien llamase a la Bodega. Con la excusa del nuevo destino de la partida de vino adquirida el día anterior, estaba dispuesto a recordar al gerente la importancia de preguntar a todos los de su entorno, si alguno de ellos conocía al Alienbar.

Hizo varias llamadas durante más de una hora, y como el teléfono de la Bodega se encontraba continuamente comunicando, fue suficiente disculpa para decidirse a viajar hasta Fontoroz para hablar personalmente con el gerente.

Cuando Alain entró en las oficinas de la Cooperativa, el barullo era lo suficientemente grande como para que nadie reparase en su presencia. Habría un total de diez o doce personas entre los trabajadores de la Bodega, los técnicos de telefonía e informáticos y los agentes de la Guardia Civil.
Sin que nadie le preguntase a dónde iba o lo que hacía allí, se colocó detrás de los guardias que, junto con el gerente y otra persona, observaban en el monitor del portátil las escenas grabadas por el sistema de alarma y que acababa de descargar desde el Servidor. Había varias carpetas con grabaciones, pero una de ellas, la que más espacio ocupaba, denominada Folders, se almacenaban las veinticuatro últimas horas de grabación. Sin embargo, en este caso la grabación solo llegaba hasta las cuatro cuarenta y siete minutos de la madrugada del día anterior. Es decir; dos minutos después de que llegaran los visitantes nocturnos.
En esos dos minutos de película, se observaba con todo tipo de detalles la llegada de los vehículos y cómo de estos salían cinco personas, que por su corpulencia parecían hombres, y sin ningún tipo de dudas o titubeos, como si todos sus movimientos estuvieran planificados y ensayados hasta el mínimo detalle, accedían al interior de las oficinas. Todos ellos llevaban pasamontañas para evitar ser reconocidos y aunque no iban uniformados, si que presentan una particular forma de vestir.

– Pues todavía tienen que agradecer que ninguno de ustedes estuviera trabajando –anunció el Sargento–. Todos ellos van armados y seguro que no habrían dudado en disparar contra cualquiera que se hubiesen encontrado dentro… lo más probable es que se trate de ex militares de países del Este… investigaremos las placas de matricula, pero lo más seguro es que estén dobladas.
– ¿Quieren que le haga una copia de las grabación? –ofreció Nemesio.
– De acuerdo –contestó el Sargento–. Pero no creo que sirva para nada. Esta gente está muy bien organizada y conoce los métodos policiales… si además no se han llevado nada realmente valioso…

Una vez copiada la grabación, Nemesio acompañó a los guardias hasta la oficina de la secretaría para ultimar los detalles de la denuncia. En el despacho del gerente se quedaron solo dos personas; Alain y Ángel que continuaba observando las imágenes por si encontraba algo relevante.

– ¿Usted quién es? –preguntó Ángel al darse cuenta de la presencia de aquel hombre al que no conocía y que no parecía que hubiese venido con los Guardias.
– ¡Lo siento! –se disculpó Alain– Soy un cliente que ayer hice una compra importante, y que he venido para modificar el destino del envío.
– ¿Y…? –preguntó Ángel dando a entender que eso no era motivo para estar allí mirando el monitor.
– De nuevo te pido disculpas. Quise hacerlo por teléfono, pero durante toda la mañana estuve llamando sin que lo cogiera nadie… así que vine a hacerlo en persona.
– Pues espérese a que se marchen los guardias y pase a la secretaría. Aunque todavía no funcione la informática, podrán tomarle nota a mano… espero que no haya tenido que venir desde muy lejos.

– No te preocupes, no tengo nada mejor que hacer. ¡A propósito! el Sargento está equivocado… no se trata de una banda de ladrones de la Europa del Este.
– ¿Cómo está tan seguro…? Y en cualquier caso, ¿por qué no se lo ha dicho a ellos?
– Sobre todo porque hubiera sido inútil. Su versión es la que menos problemas va a darles, y por lo tanto será la versión oficial… pero como veo que continúas mirando la grabación, deduzco que a ti esa versión no te convence.
– ¡Disculpe! ¿Cómo ha dicho que se llamaba?
– Alain Lombard… ¿y tú?
– Ángel Nogal.
– ¡Encantado! Supongo que eres familia del gerente… lo digo porque en la tarjeta que me entregó ayer figura el nombre de Nemesio Nogal.
– ¡Muy observador!... efectivamente soy hijo suyo… insisto: ¿cómo está tan seguro de que no son ladrones del Este?
– En primer lugar porque no se han llevado cosas de valor, según ha dicho el Sargento. En segundo lugar porque son especialistas en ese tipo de trabajos, según se ve en la grabación. Y finalmente, porque es evidente que encontraron lo que buscaban y aunque no tenga un valor intrínseco, para ellos debía ser muy valioso.
– Es posible que buscasen dinero. Ayer mismo mi padre hizo una importante venta en efectivo.
– Conozco la cantidad exacta de esa venta porque fui yo el comprador. Te aseguro que ese montaje no lo hacen por siete mil euros… ni por diez veces más.

Para aquel entonces, tanto Ángel como Alain suponían quien era su interlocutor. Alain estaba dispuesto a ser él quién levantara la liebre, pero tenía miedo de que, en el caso de que el chico fuera el del Chat, volviera a asustarse y se enrocarse detrás de su fachada.
Como veía que el chico no decía nada y permanecía mirando las imágenes del monitor, continuó hablando para tranquilizarlo haciéndole observaciones sobre la vestimenta; los vehículos o el sofisticado equipamiento individual de los supuestos ladrones.
Ángel en realidad no estaba atendiendo ni a la conversación de Alain ni a las imágenes del monitor. Le había costado un poco “coger la onda” de los pensamientos de Alain pero finalmente lo había conseguido. Fueron suficientes unos pocos segundos para comprobar que aquel hombre no significaba un peligro para él. Ya tendría tiempo, si es que lo necesitaba, de conocer más cosas de su vida. Pero por lo pronto, no solo no representaba un peligro sino que era él mismo el que más preocupado estaba por el asunto del robo.

– Has dicho una cosa que me intriga. ¿No te importa que te tutee verdad? –preguntó Ángel–. ¿Por qué piensas que encontraron lo que buscaban?
– Bueno… lo mismo solo se llevaron lo que se creían que estaban buscando. Es posible que pensasen que entre todo lo que se llevaban encontrarían algo muy valioso, pero en realidad no es así.
– Te explicas bastante mal.
– Es que no sé si debo explicarme mejor. Es posible que todo esto sea por mí culpa… y si fuese así, dar muchas explicaciones sería perjudicial para todos. Sobre todo para tu padre… ¡Verás! Yo creo que esto tiene que ver con ese invento que está preparando tu padre para luchar contra las heladas… yo me interesé por él y por todo lo que tu padre me contó y es posible que haya gente que piense que el invento puede ser peligroso o muy valioso y que el dinero que yo le di a tu padre estaba relacionado con ese tema.
– ¿Y es así?
– Depende… en cierta medida. Es cierto que a mí el vino no me ha interesado nunca, pero pensé que era la mejor forma de ganarme la confianza de tu padre para que me contase

cosas de su invento. No imaginaba que me lo hubiera contado todo igualmente aunque hubiese comprado una sola botella.
– ¡Lo engañaste!
– Y me avergüenzo. Pero yo tenía la esperanza de no estar equivocado, y en ese caso se lo hubiera resarcido con creces. Pero ahora… en estos momentos me doy cuenta de que lo he puesto en peligro a él y seguramente a más gente. Y lo peor es que no sé que hacer. Me temo que si en los documentos que se han llevado no encuentran lo que buscan, podrían actuar con más contundencia.
– Si esperaban encontrar algo relacionado con ese invento en la documentación de la Cooperativa, ya te digo yo que no lo van a encontrar. Lo que no sé es cómo han podido llegar a esa conclusión.
– Yo si puedo imaginármelo. Estoy convencido de que, ya sean amigos o enemigos, me han tenido vigilado desde el primer día. Habrán supuesto que yo había llegado el final de la investigación y que mi entrevista con tu padre ayer, en realidad era para cerrar la operación. Si a esto le sumamos que yo llamé anoche a la Bodega para decir que la mercancía iba a cambiar de destino, y dejé el mensaje en el contestador... resulta evidente que ellos han deducido que yo tenía todos los datos y que estaba jugando a dos bandas.
– ¡De acuerdo! Todo eso tiene su lógica. Pero la pregunta sigue en pie. ¿Qué es lo que esperan encontrar…? ¿Porque tú no lo tienes, no?
– El caso es que podría ser que lo tuviera delante de mis narices… pero lo mismo es que debido a mi propia ineptitud me he desacreditado lo suficiente como para merecerme una desconfianza justificada. Yo no tengo lo que buscan. Por lo tanto, ellos tampoco lo tienen. En principio todos hemos pensado que andábamos detrás de algo relacionado con el invento de tu padre. Yo creía que por algún mal funcionamiento de su emisor o quizá por la disposición de las antenas, se podría haber generado una frecuencia fuera del rango conocido y por lo tanto fuera de la ley.
Esa situación de estar fuera de la ley, convertiría al emisor en un elemento potencialmente peligroso y sobre todo, muy valioso para determinados organismos.
– ¿Y lo sigues creyendo?
– Pues, sinceramente, no. La potencia de su emisora es la millonésima parte de lo que sería necesario para esas frecuencias. Pero hay algo que es evidente e innegable. Las emisiones se han producido y todo apunta a que han surgido desde aquí… no sé… creo que he metido la pata y que os he puesto en un compromiso que puede ser peligroso. Y lo peor de todo es que ni aun saliendo en televisión para anunciar que no hay nada de nada, no se lo iban a creer.
– ¿Lo harías…? ¿Si tuvieran una emisora potente y una antena adecuada, interferirías todas las señales para emitir un comunicado?
– ¡Por supuesto que no! Pero si alguien dispusiera de semejante equipo, le suplicaría que confiase en mí y trataría de explicarle el enorme riesgo que ello supondría.
– ¿Diciéndole, por ejemplo que situase el emisor dentro de la propia antena?

Alain cerró los ojos durante un par de segundos y respiró profundamente. Soltó el aire de sus pulmones con intensidad y se quedó mirando fijamente a Ángel mientras notaba como sus músculos se relajaban de la enorme tensión acumulada.

– ¡Estaba completamente convencido! –exclamó Alain sentándose en una silla frente a Ángel–. ¿Por qué no me llamaste cuando le hablé a tu padre de Alienbar?
– Comprenderás que mucho crédito no tenías.
– ¡Ya! ¿Y que otra cosa podía hacer…? Lo de exportador de vinos parecía creíble ¿no?

– Para mi padre, desde luego que no. Sí que comentamos lo tuyo, pero decidimos que ya que no íbamos a hacer más interferencias, lo mejor sería ignorarlo.
– En eso estoy de acuerdo con vosotros, pero hay muchas más cosas que tenéis que saber de esas radiofrecuencias. Me gustaría explicaros cual es vuestra situación real, y los motivos de que todos estemos en peligro.
– Espera un momento aquí, por favor. Voy a hablar con mi padre.

Ángel salió del despacho y cuando regresó le pidió a Alain que le acompañase hasta el bar de la Asociación. Nemesio prefería hablar con el hombre aquel en un lugar público y seguro, por lo que encargó a Ángel que se dirigieran al establecimiento para pedir que les preparasen una mesa para comer.
No se podía decir que el bar de la Asociación fuese un restaurante, pero exceptuando las fiestas, se servían unas mil comidas al año. Sobre todo en el buen tiempo, la terraza del jardín era un lugar realmente acogedor.
Como Ángel no quería que Alain tuviese que repetir sus explicaciones dos veces, lo entretuvo hablándole del pueblo, la Bodega y la Asociación, hasta que Nemesio se reunió con ellos. Mientras esperaban a que les sirviesen la comida, Alain comenzó su exposición de los hechos desde el principio de todo. De forma resumida pero sin dejar atrás ningún detalle importante, relató paso a paso, el largo y complicado camino que le había llevado hasta allí.
– Parece ser –terminó diciendo Alain–, que el asunto ha cobrado mucha más importancia de la que yo supuse en un principio, y que existen varios Gobiernos interesados en esas radiofrecuencias. Como estoy convencido de que no han podido salir de esas antenas instaladas en los viñedos, me gustaría saber dónde se puede ocultar una antena de las características necesarias para esa emisión.

Nuria había comido en casa de Elvira, y habían terminado hacía un buen rato. A pesar de no estar a expensas de un horario, a Elvira le gustaba comer siempre a la misma hora. La complicidad entre las dos mujeres había subido muchos enteros después de su provechoso fin de semana en Burgos y les había proporcionado tema de conversación para una buena temporada. Elvira continuaba sin comprender muchas de las cosas que Nuria le había contado en los últimos días, por lo que ésta se desprendió del colgante que llevaba al cuello y se lo puso a Elvira para que tratase de entrar en su cerebro y ser así ella misma quien captase las sensaciones y los sentimientos que la habían llevado a aquella situación.

– ¿No te avergonzará que conozca tus cosas íntimas? –preguntó Elvira preocupada por lo que pudiese averiguar.
– ¡En absoluto! Podría preocuparme que te escandalizases de lo que veas, pero avergonzarme de ninguna manera. Tú intenta conectar con mi onda y ya verás como es mucho más fácil, bonito y maravilloso de lo que piensas.

Justo en aquel momento sonó el móvil de Nuria, y al comprobar que era Ángel el que llamaba, lo descolgó rápidamente. Desde primeras horas de la mañana sabían lo que había ocurrido en la Bodega, por lo que podía ser que llamara para dar novedades.

– ¿Qué pasa? –preguntó Elvira al colgar la llamada.
– Nada. Por lo menos nada preocupante. Están comiendo en el bar con un cliente de la Bodega y quieren que nos pasemos por allí para echarle un vistazo al hombre.

– ¿No será otra barbaridad como la de buscarme un cura joven…? Este hijo mío empieza a preocuparme.
– No me ha dicho si es joven o viejo. Quiere que vayamos ahora con la disculpa de tomar café, para que nos lo presenten.

Antes de terminar el primer plato, Ángel ya sabía todo lo que tenía que saber sobre aquel hombre. Estaba absolutamente seguro de que todo lo que había contado era cierto y de que necesitaban su ayuda para salir de aquel embrollo. Por eso, nada más aparecer las mujeres, se apresuró a acompañarlas hasta la mesa y presentarles a su invitado.
Ante la sorpresa de Alain, fue Ángel y no su padre, el que tomó las riendas de la reunión. Después de informar a las recién llegadas de la identidad del forastero, hizo una breve pero muy explicita exposición de la situación en que se encontraban. Había tenido tiempo de sobra para comprender la necesidad de cooperar con aquel hombre, que no solo estaba deseando prestar su ayuda, sino que además estaba sobradamente preparado técnicamente para indagar sobre los secretos que escondía el satélite.

– Por lo tanto –continuó Ángel dirigiéndose a los suyos–, creo que Alain debería compartir nuestros conocimientos y nuestros hallazgos. De manera que si ninguno de vosotros tiene nada que objetar, en cuanto terminemos de comer nos iremos todos al taller. ¿De acuerdo?

Como nadie puso ninguna pega, Ángel esperó a terminar el postre y salió en busca de su quad, que lo había dejado en la Bodega, para adelantarse al resto y dejar abierta la puerta trasera para que entrasen por allí en vez de hacerlo por la casa.
Cuando Nemesio y Ángel retiraron la tela que cubría el satélite, Alain no pudo evitar una exclamación de asombro. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Él esperaba encontrarse con un monstruoso y artesanal equipo de comunicaciones y en cambio tenía frente a él un pequeño y sofisticado satélite espacial.
– ¿¡¡De dónde habéis sacado esto…!!? ¡Si está intacto! –exclamó mientras giraba en torno a él observándolo con incredulidad–. Esto no lo habéis fabricado vosotros, ¿verdad? Esto tiene que haber caído del cielo, seguro. ¿Pero cómo es posible que no tenga ni una sola abolladura…? ¡¡Dios!! No me extraña que lo tuvierais tan en secreto… y por lo que deduzco funciona, ¿no?
– Tú sabrás –dijo Nemesio–. Si es lo que estabas buscando…
– Lo que buscaba yo y lo que están buscando los servicios secretos de unos cuantos países. Funcione o no funcione, esto es una bomba que nos puede estallar en toda la cara. Hay que esconderlo cuanto antes. Es muy probable que sus dueños estén tratando de encontrarlo como locos.
– En realidad es muy improbable que sus dueños lo estén buscando –sonrió Ángel–. Hace mucho tiempo que a nadie le importa su paradero.
– No te confíes. Este aparato puede contener información estratégica. Aunque oficialmente lo hayan dado por desaparecido, seguirán buscándolo durante mucho tiempo.
– Por mucho valor estratégico que tenga –dijo Nemesio–, no creo que lo estén buscando durante cien años.
– Cien años no. Pero diez seguro que sí.
– Éste lo perdieron hace mil años, como mínimo.
– Eso es imposible –contestó Alain tratando de ilustrar a Nemesio–. Los primeros que se pusieron en órbita fueron por los años cincuenta.

– Si. Eso también lo sabemos –dijo Ángel–. Pero éste ha estado oculto en el pedestal de la imagen de la Virgen durante mil años, por lo menos. Tenemos fotos de todo el proceso del descubrimiento.
– Si me estáis diciendo la verdad –el asombro estaba empezando a desbordar a Alain–, y no lo estoy preguntando, esto es mucho más que una bomba… ¡Podría cambiar la historia!
– De hecho ya la ha empezado a cambiar –continuó Ángel–. Y eso sin saber cómo funciona. Lo que esperamos de ti es que demuestres tus conocimientos técnicos para desentrañar lo que esconde el satélite.
– Estaré encantado de hacerlo y os aseguro que podéis confiar en mi dedicación y prudencia. Por eso insisto en que debemos encontrar un lugar seguro para esconderlo.
– Tenemos un lugar seguro, pero si lo llevamos allí no podrás estudiarlo.
– En estos momentos es mucho más importante esconderlo que estudiarlo. Os aseguro que la gente que robó los documentos no va a parar hasta que no encuentren lo que buscan. O hasta que estén convencidos de que lo han encontrado. Hasta el momento han actuado de incógnito, pero si lo consideran necesario pueden registrar el pueblo entero, palmo a palmo o ponerlo en cuarentena.
– ¡Tanto como en cuarentena…! –a Elvira le pareció un poco exagerado–. ¡Ni que esto fuese la peste!
– Confía en mí –Alain miró a Elvira con gesto severo–. Si tuvieran la mínima sospecha de la existencia de esto, ya lo habrían puesto todo patas arriba. Y si conocieran la verdad no dudarían un instante en volarnos la cabeza a todos.
– ¿Nos pretendes asustar? –preguntó Nuria visiblemente preocupada.
–Pretendo que os concienciéis de la importancia de vuestro secreto. Si se tratase de un satélite de comunicaciones puesto en órbita con un interés estratégico, la información que pueda contener constituye en sí misma en enorme riesgo. Las frecuencias en que es capaz de emitir son desconocidas por la ciencia actual, y por lo tanto, todo lo desconocido representa o puede representar un peligro.
Cuando yo presenté mi informe a los miembros de la Agencia, lo primero que traté de explicarles fue que esas ondas electromagnéticas, desconocidas hasta ahora, viajan a una velocidad superior a la de la luz… por lo menos en teoría, ya que eso solo se puede desprender de cálculos matemáticos. No existe forma humana de medir semejante velocidad. Está demostrado que la velocidad de la luz depende de la atracción magnética, es decir; de la Gravedad. Por lo tanto, lo que para nosotros es una constante, para otros pudiera ser una variable… sería posible que las estrellas de neutrones emitieran una luz diferente con velocidad diferente.
– Eso podría explicar las dudas de Nuria –interrumpió Ángel–. Ella llegó a la conclusión de que había hecho mal los cálculos. Ya que de estar bien hechos, la velocidad de la luz le salía a 450 mil.
– Como os decía, en este primer supuesto, el satélite sería una patata caliente. Pero si resulta que este aparato lleva en el pueblo más de mil años… la cosa se nos escapa de las manos.
– Nuestra hipótesis es que procede de una civilización anterior a la nuestra –Nemesio hizo una breve exposición de sus teorías y finalizó invitando a Alain a que se conectase con el satélite–. Calculamos que puede tener quince o veinte mil años, pero no tendría nada de raro que tuviera doscientos mil. Quizá por eso seamos incapaces de interpretar su información.
– ¡¡Pero cómo!!... ¿¡quieres decir que podéis comunicaros con él!?
– Nosotros si. Pero tú necesitarás ayuda –a pesar de la confianza que Ángel tenía en aquel hombre, en realidad lo acababa de conocer, por lo que quería reservarse algún as en la

manga. Como pensaba que Nuria llevaría puesto el colgante, le dijo que le diese la mano para poder conectarse mediante ella.
– ¡Mejor que lo haga Elvira! Ella tiene mejor conexión.
Nuria se había dado cuenta de la intención de Ángel y como el colgante se lo había puesto a Elvira, reaccionó rápidamente para que el detalle de la piedra de cuarzo, pasase desapercibido por Alain.
Después de un par de minutos que parecieron horas, Elvira cortó la conexión soltando la mano de Alain. La disculpa era que ya había tenido tiempo suficiente como para hacerse una idea de la magnitud del enigma, pero en realidad lo hacía porque había conectado con el cerebro de Alain y había visto en sus pensamientos, lo que ella consideraba una actitud libidinosa respecto a ella.
El contacto con la mano de Alain había llegado a resultarle abrasador y la había soltado con brusquedad dando un respingo.
– ¿Qué tienes que decir? –preguntó Elvira para disimular su turbación.
– Que me has dado un susto de muerte –contestó Alain sonriendo–. Estaba como metido dentro de una película de 3D alucinando con lo que veía, y de pronto se corta todo y tú das un brinco como si te hubiese picado una avispa.
Lo que tengo que decir es lo que ya os he dicho antes; es urgentísimo esconder esto cuanto antes. Mi consejo es que lo hagáis hoy mismo. Yo tengo que regresar a la embajada para no levantar sospechas. Trataré de pensar un plan para desviar la atención, y estudiaré la mejor forma de proporcionarles lo que buscan.
Ya os explicaré con más tiempo cómo trabaja esta gente. Pero recordad que utilizan medios muy sofisticados de vigilancia y seguimiento. Esconded el satélite y eliminad de vuestros ordenadores cualquier archivo que pueda estar relacionado con él. Más pronto o más tarde intervendrán todas vuestras comunicaciones.
Con cualquier disculpa, conseguirán órdenes para registrar vuestras casas y vuestros despachos. Tenéis que estar preparados para los posibles interrogatorios. Cuando llegue ese momento, que llegará, tenéis que tener como referencia el invento contra las heladas. Si conseguimos hacerles creer que es ese el emisor de las súper frecuencias, es muy probable que se olviden de nosotros.
– Pero bueno… –insistió Elvira– ¿has sacado algo en claro de ahí dentro?
– Si. Que no es de este mundo. Esta tecnología es impensable en nuestros días. El propio sistema de acceso es increíble por su sencillez. Lo que no entiendo… bueno, una de tantas cosas que no entiendo es por qué vosotros podéis conectaros sin problema y yo necesito vuestra ayuda.
– Nosotros nos hemos dado cuenta –dijo Ángel–, de que existe una especie de jerarquía posiblemente organizada por orden de llegada, ya que unos tenemos preferencia respecto a los otros.
– Estamos hablando –advirtió Alain–, de conexiones realizadas mediante ondas cerebrales. Lo que significa que este aparato es capaz de sintonizar ni más ni menos que nuestros pensamientos.
– No solo de sintonizarlos –continuó Ángel–. También los amplifica y los transmite. Pensamos que la clave del proceso son las propiedades eléctricas de las piedras de estos colgantes. No con todo el mundo funciona al cien por cien, pero yo con éste, puedo conectarme con tu cerebro y saber cuales son tus pensamientos.
– Cada vez estoy más alucinado. Ahora entiendo vuestra decisión de compartir con un extraño vuestro descubrimiento. No es que os hayáis fiado de mí. Es que estabais seguros de mi confidencialidad. ¿Qué es lo que sabéis de mí?

– ¡Todo! ¡Bueno! todo lo que necesitamos saber. Quizá alguna cosilla más, pero no tiene importancia. Lo importante es que sabemos que tú eres el más capacitado para desentrañar los secretos del satélite.
– Os agradezco la confianza… no tiene sentido que trate de explicaros mi postura, cuando podéis leer mis pensamientos. Además me halaga que penséis que soy el más capacitado para esta misión.
– En realidad no lo sabemos. Esa información la he encontrado en tu cabeza. Lo que pasa es que si tú piensas que eres el mejor, es un buen comienzo.
– ¿Y la antena…? Tiene que haber una antena descomunal. Yo he realizado mediciones exhaustivas y no he encontrado la menor prueba de que este aparato esté activo. Por otra parte, debido a su pequeño tamaño tendría que emitir con microvoltios, y para sacar al aire una señal con esa potencia… yo creo que es imposible.
– La antena existe –aclaró Nemesio–. Dalo por sentado. Ahora eso es lo que menos nos preocupa. Lo importante, tal y como pensábamos, es que el satélite pertenece a una civilización desconocida y anterior a la nuestra. Que puede haber estado funcionando durante miles de años y que durante todo ese tiempo habrá acumulado una información muy valiosa. Y me refiero a valiosa en todos los sentidos. Tanto estratégicamente como culturalmente, pero que no estamos seguros de poder utilizar.
– Ahí es donde entras tú –continuó Ángel–. Ya has visto que el chisme habla castellano. Pero aun así, no entendemos su funcionamiento.
– Tengo que asimilar todo esto con calma y seguro que necesitaré muchas horas de conexión con el satélite. No obstante si que os puedo adelantar una hipótesis bastante razonable: asumiendo vuestras teorías sobre su antigüedad, este cacharro es solo una parte del dispositivo. No solo necesita su correspondiente antena, que ya me enseñaréis, sino que requiere una Base Operativa con quién conectarse.
Si, como decís, el satélite ha estado oculto durante cientos de años, su autonomía no puede estar basada en acumuladores. Es una idea un tanto descabellada, pero cabe la posibilidad de que sus baterías se alimenten mediante ondas de radio.
– No pretendo discutir tus conocimientos técnicos –interrumpió Nuria–. Pero ¿cómo se alimentaría durante el siglo XII?..., yo pensaba más en la física cuántica.
– ¡Perdona! –contestó Alain– Es una buena observación. Efectivamente en la Edad Media no había emisoras de radio. Por lo menos nosotros, no conocemos la existencia de ninguna emisora en esa época. No obstante, aunque las hubiera habido no habríamos podido detectarlas porque no existían los receptores. Y si hubiesen existido, no hubiéramos sabido cómo usarlos. Sin embargo este artefacto nos demuestra que estábamos equivocados. Respecto a que las baterías pudieran ser recargadas mediante señales de radio o física cuántica..., eso no deja de ser una entelequia para los científicos actuales, pero me temo que para los que construyeran el satélite, sería una bagatela.
– ¿Tú crees en esa posibilidad? –preguntó Nuria con cierta incredulidad.
– Teóricamente es posible. Pero sin medios técnicos…
– A mí no me preocupa cómo se recarguen las pilas –Ángel tenía otras dudas–. Lo que me gustaría saber es el emplazamiento de la "Base operativa". Nuria piensa que en realidad este satélite es un repetidor que en su momento actuaría de enlace entre nuestra antena y una posible estación orbital.
– Es muy probable que así sea –recapacitó Alain–. Con el añadido de que, con la potencia que le suponemos, podría encontrarse incluso fuera de nuestra galaxia.
– ¡Pregunto! –dijo Nemesio–. ¿Estamos llegando a la conclusión de que ahí arriba existe un descomunal sistema informático que captura y almacena nuestras comunicaciones?
– No solo eso –puntualizó Alain–. Hemos comprobado que es capaz de captar las ondas cerebrales, por lo que también almacenaría nuestros pensamientos.

– ¡Eso es imposible! Requeriría unos “discos duros” inimaginables.
– Por lo que a mí respecta, la palabra imposible empieza a perder fuerza en mi vocabulario. Es evidente que Ángel recibe las ondas de mi cerebro después de que el satélite las ha recogido y las ha vuelto a emitir. Pero de ninguna manera el propósito del satélite sería éste. Lo más probable es que los cristales de cuarzo actúen distorsionando de tal forma la señal, que pueda afectar a las personas.
Se me está ocurriendo una cosa que podría dar resultado –dijo Alain dirigiéndose a Nemesio–. Si yo hubiese tenido éxito en mis investigaciones y regresase hoy a la Embajada con un extraño artilugio…, podríamos darles gato por liebre. Ellos están esperando encontrar un aparato desconocido, capaz de emitir radiaciones desconocidas. ¡Pues bien! ¿Qué me dices de tu invento?
– ¡Hombre! Sería perfecto. Su diseño es de lo más insólito. Además tenemos otros dos modelos disponibles. El viejo que es un artefacto enorme y que rompe la trompeta de amplificación cada vez que lo probamos, y el que estamos haciendo ahora, que está sin terminar.
– ¡Da igual! El más grande mejor. Ninguno de ellos conseguirá jamás emitir en esa frecuencia, pero eso solo lo sabemos nosotros. Si consigo hacerles creer a los de la Embajada que lo he encontrado, quizá podamos zanjar el asunto. ¿Están aquí?
– No. Están arriba, en el taller de Juan.

Alain sacó el móvil del bolsillo y se retiró un poco para hacer una llamada. Estuvo hablando durante diez o quince segundos y después de colgar volvió junto a ellos.

– He llamado a la Embajada –explicó–, para que me pongan en contacto con el jefe del servicio de Inteligencia. Es posible que esté en Tokio, o que haya venido aquí en las últimas horas. La razón por la que han prescindido de mis servicios ha sido porque ya disponen de casi todos los datos y piensan que ya no le hago falta. Pero si les digo que he encontrado el Emisor y que su dueño está dispuesto a venderlo… es posible que se lo replanteen.

Tal como Alain había supuesto, su teléfono sonó pasados unos segundos. Miró el número de la llamada entrante y con un gesto confirmó a los presentes que era la llamada que esperaba. La conversación con su interlocutor se produjo en un inglés fluido que impidió que el resto del grupo se enterase de lo que estaban tratando. Al finalizar, Alain se disculpó explicando que el japonés no hablaba español, y les puso al corriente del contenido del diálogo.

– ¡Bueno…! Pues la cosa pinta bien. Les he dicho que el objeto en sí es un aparato patentado para generar radiofrecuencias de baja intensidad, con el propósito de actuar como un calentador para evitar las heladas en las cosechas.
– Pero eso no es verdad. No lo hemos patentado todavía –observó Nemesio.
– Eso es lo de menos. Lo que ocurre es que al decirles que está patentado, estamos admitiendo que no hay ningún secreto por vuestra parte. Cualquiera podría comprar vuestro invento de una forma completamente legal y manifiesta. Y eso es lo que yo acabo de proponer a los japoneses. Les he dicho que pedís un millón de euros y me han contestado que intente rebajar cien o doscientos mil para no demostrar demasiado interés.
– ¡Eso es una barbaridad de dinero! ¿Qué pasará cuando comprueben que no funciona?
– Nada. Absolutamente nada que os pueda afectar. Ya saben que el aparato en sí es inofensivo. Yo asumo que las frecuencias que buscan las ha producido el aparato de forma casual. Quizá por un mal funcionamiento o quizá por algún agente externo que haya

coincidido en el tiempo, con lo cual tendrán que ser ellos los que investiguen, quizá durante años, hasta obtener algún resultado.
– ¿En serio están dispuestos a pagar un millón sin saber si funciona? –para Elvira era para quién más significaba el dinero en ese momento.
– Me han asegurado en el dinero estará aquí en un par de horas.
– Actuemos cuanto antes –dijo Nemesio–. Tendremos que desmontar algunas piezas para que te entre en el coche.
– Debemos portarnos con normalidad. Seguro que hay gente vigilando todo lo que hacemos.
– Pero si nos vigilan…, te vas a jugar el cuello –era Elvira la que se preocupaba por él.
– Yo creo que el enemigo lo tengo en casa. Lo más probable es que sean los que me han estado pagando hasta ahora, los que puedan vigilarme. Si es así, ellos mismos me protegerán de forma indirecta hasta llegar a la Embajada.
– ¿Y si no son ellos? –preguntó Elvira.
– Las probabilidades están a mi favor. Mejor pensar de forma positiva.
– Si os parece –dijo Ángel–, aprovechando que estarán pendientes del invento, me llevo yo el satélite a su escondrijo.
– ¡De acuerdo! –desde que hablaron de esconder el satélite Nemesio sabía que Ángel acababa de comprender el significado de la cripta, por eso dio instrucciones para facilitar la tarea–. Lo cargas en el remolque pequeño y le enganchas el john deere para poder descargarlo con la pala. Esperas en el camino a que llegue Paco con la manitú y se la cambias por el tractor… ya hablo yo con él.
– No es mala idea –convino Alain–. Si tenéis un buen sitio donde esconderlo, estará más seguro. De todos modos yo espero que mi conversación telefónica con los japoneses, sea interceptada por todos los servicios de inteligencia de los países interesados. Pero por si hubiese algún inútil que no lo hubiese hecho, podríamos enviar una nota al periódico, informando de la venta del invento. De esa manera ya no habría ningún motivo para registrar vuestros domicilios o robar vuestros documentos.
– ¿Nosotras podemos hacer algo? –preguntó Nuria deseosa de ayudar.
– ¡Venid con nosotros al taller de Juan! –dijo Nemesio–. Si de verdad nos vigilan, tenemos que hacer que esto sea una transacción comercial normal y corriente. De cara a la galería, le vamos a vender a este pardillo un montón de chatarra y después nos vamos a ir a celebrarlo.

Efectivamente los estaban vigilando. En la sede del Grupo de narcóticos no había pasado inadvertido el interés que había despertado en los Servicios de Inteligencia, la presencia de Alain en los alrededores de Fontoroz. Por sus propios medios habían averiguado que éste había ocupado varios puestos de importancia en la A.E.D. como ingeniero de comunicaciones. Aunque ahora no figurase en los registros de la Agencia, eso no significaba que no estuviese trabajando en alguna misión especial.
En el caso de que un agente de la A.E.D. hubiese interrogado a Nuria Ramos, no tendría otra explicación que no estuviera relacionada con su operativo de las escuchas telefónicas y la muerte de su amigo el ingeniero de la Brigada. Según estaban las cosas, lo más lógico era pensar que la tal Nuria supiese más de lo que debía y que hubiese decidido denunciarlo. En cuyo caso, resultaba imperioso actuar cuanto antes para evitar males mayores.
De ser ciertas las suposiciones aceptadas por mayoría en el Grupo. Nuria Ramos podría disponer de información que le hubiese pasado su novio, a la que no habría prestado

atención en su momento, y que ahora, por culpa de algún imbécil que no había hecho bien su trabajo, podría salir a la luz.
El haber acudido a la Agencia Europea para denunciarlo, resultaba de lo más esclarecedor: no se fiaba ni un pelo de nadie. Por lo tanto quedaba claro para todos que Nuria Ramos y el agente de la A.E.D. eran un objetivo a eliminar de forma inmediata.

Después del robo en la Cooperativa, a nadie extrañó la presencia de tanto coche desconocido en el pueblo. Por eso aquel monovolumen blanco con cristales oscuros, aparcado en la empinada cuesta treinta o cuarenta metros por debajo de la casa de Nuria, no llamó la atención de ninguno de sus vecinos.
Tampoco sorprendía el desacostumbrado trasiego de vehículos desconocidos pululando por el pueblo: el cerrajero; los del seguro; la Telefónica, los de la tienda de informática y vaya usted a saber quién más, habían llegado al pueblo con motivo del robo en la Bodega.
Ni siquiera resultaba raro que entre los forasteros que acudían al pueblo, apareciese un japonés estrictamente vestido y con un flamante maletín de cuero negro. Lo que sí hubiera extrañado, sería ver que dentro de ese maletín transportaba un millón de euros en billetes de cien y doscientos.

La transacción fue rápida y coordinada. El japonés había llamado a Alain nada más llegar al pueblo para concretar el lugar de la cita, y éste le había confirmado que la cantidad final se había fijado en ochocientos cincuenta mil.
No solo no tenían intención de ocultar su operación, sino que lo hicieron en plena calle, a la puerta del taller de la casa de Juan. Alain estaba convencido de que cuanta mayor naturalidad se le diese al negocio menos sospechas recaerían sobre Nemesio y su familia.
De esta forma, como si de unos clientes más de la Bodega se tratase, se acercaron hasta el bar para celebrar su avenencia. El japonés hablaba bastante mal el español y como no bebía porque tenía que conducir, se dedicó a dar buena cuenta del nutrido plato de jamón ibérico, recién cortado para la ocasión.
Al despedirse, Elvira se marchó con el cura, que casualmente había llegado a tiempo de disfrutar de uno de sus pocos vicios; el jamón ibérico. Nemesio esperaría en el bar al director de la sucursal de la Caja, con quién había quedado a aquellas horas para depositar el maletín en la caja fuerte del banco. Mientras que Nuria decidió ir a su casa, a la espera de que Ángel terminase su trabajo.

Descendía por la cuesta, recreándose en sus pensamientos y en los acontecimientos que en las últimas horas habían alterado el rumbo de su vida. La tranquilidad de la sombreada calle a aquellas horas de la tarde le permitía abstraerse de todo cuanto la rodeaba, para concentrar sus reflexiones en lo que poco a poco había ido inundando toda su existencia de forma inimaginable.
Cada día con Ángel se le hacía más intenso que diez años de su vida anterior. Las emociones, ilusiones; sensaciones y sentimientos cobraban una fuerza lo suficientemente grande como para derribar todas las barreras de los arquetipos tradicionales.
La previsible situación económica futura, permitía afrontar con garantías de éxito cualquier posible reproche achacable a su diferencia de edad… cuando se tiene mucho dinero, es menos censurable una conducta poco moralizadora.
Respecto a Elvira y Nemesio, poco había que pensar. Estaba convencida de que no pondrían pegas a una relación tan extraña como maravillosa y que por otra parte suponían desde hacía tiempo y aceptaban veladamente.

Dentro del monovolumen blanco “El Coleta” continuaba hablando por teléfono con la centralita del Grupo. Éstos últimos habían intervenido las conversaciones de Alain pero eran incapaces de traducir su contenido. “El Coleta” les apremiaba para que le informasen del motivo de aquellas llamadas, pero nadie en le Grupo se atrevía a responsabilizarse de la traducción.
La aparición en escena del japonés les había pillado por sorpresa y les estaba complicando los planes. Hasta ese momento tenían muy claro que Alain había sido enviado por la Agencia Europea para tomar declaración a Nuria Ramos y que una vez hecho esto redactaría el correspondiente informe. Más tarde regresaría a su oficina con el dossier y en el trayecto sería interceptado por el otro coche que esperaba en la carretera y que, después de comprobar que la teoría era cierta, haría desaparecer tanto los documentos como al Instructor.
Sin embargo, la presencia de un segundo hombre y la conversación telefónica en inglés, ponían en escena elementos comprometidos. En ausencia de otras órdenes, el superior al mando de aquella operación era “el Coleta”, por lo que tuvo que ser él quién tomase las decisiones. Dio órdenes a los que esperaban en la carretera para que detuviesen a los dos vehículos y que esperasen a que llegase él con la sospechosa. Teniéndolos a todos juntos, podrían simular un accidente y despeñarlos por el barranco.

Desde que los holandeses confirmaron la nueva identidad de Alain, habían estado siguiendo todos sus movimientos a la espera de los resultados que éste pudiera conseguir. No solo tenían intervenidas sus comunicaciones sino que con la ayuda de un empleado de la Embajada que había sido generosamente sobornado, habían colocado un localizador de tercera generación en su coche.
La gran diferencia entre el otro Grupo y este grupo de mercenarios, era que, como estos dominaban el inglés entre otros varios idiomas, sabían con exactitud lo que Alain había hablado con los japoneses y conocían la naturaleza de la mercancía que transportaba.

Aquella área de descanso no era otra cosa que una curva de la antigua carretera que había sido acondicionada para tal fin, merced a disponer de un manantial convertido en fuente muchos años atrás.
Uno de los agentes del Grupo de estupefacientes, cruzó el coche en la carretera y colocó sobre el techo el rotativo de color azul en cuanto distinguió los dos coches que esperaba. Después de darles el alto, les ordenó meterse en el área de descanso. Allí les esperaban otros dos agentes, también de paisano, que les indicaron que aparcasen uno a cada lado de la antigua carretera.
Tanto a Alain como al japonés les resultó extraño que lo que parecía un control rutinario, lo hiciesen agentes vestidos de paisano. Pero como se identificaron reglamentariamente no le dieron mayor importancia.
No parecían tener ninguna prisa ya que el que les había dado el alto, tardó varios minutos en retirar el coche que interceptaba el paso, dejándolo aparcado en la entrada del área de descanso. Esos minutos fueron tiempo suficiente para que el japonés se pusiera en contacto con la embajada para solicitar instrucciones e investigar la matrícula del coche de los agentes para comprobar su autenticidad. Dejó abierta la línea telefónica y subió el volumen del dispositivo de manos libres.

Cada uno de los agentes se dirigió a un coche y en vez de solicitar la documentación, como sería lógico, ordenaron a los conductores salir de los vehículos y colocar las manos sobre el techo para ser cacheados.
Mientras que Alain analizaba la situación sin decir palabra, el japonés hablaba en su idioma fingiendo estar en desacuerdo con la forma de actuar de los agentes. Pero lo que en realidad hacía era informar a la Embajada de todo cuanto estaba ocurriendo.
– ¡Yo creo que ese chino se está acordando de tu familia! –dijo el que cacheaba a Alain–. ¡Dale una patada en los huevos a ver si se calla!
Después de comprobar que no iban armados, les obligaron a tirarse al suelo separando sus brazos y sus piernas a fuerza de patadas. Desde el suelo observaban cómo registraban los coches con la esperanza de que aquellos tipos no fueran otra cosa que bandoleros disfrazados de policías secretas. De ser así, estarían a punto de conseguir un importante botín y era posible que desaparecieran tal y como habían llegado. Sin embargo el hallazgo del maletín con el dinero, no solo no acabó con el registro, sino que pareció enfurecer a los guardias, que no era eso lo que buscaban.

Cuando llamaron al "Coleta" para informarle de que no habían encontrado ningún documento referente a las escuchas, éste ni siquiera descolgó el teléfono. Se encontraba en plena ejecución de su plan de secuestro de Nuria y se habían complicado las cosas. En realidad debería haber consistido en una detención corriente, que habría pasado desapercibida a todas luces, pero el azar quiso que aquel arresto fuera contemplado por mucha gente.
Debido a las prisas, y a que no había nadie en toda la calle, excepto Nuria, el Coleta tomó la decisión de actuar. El monovolumen ascendió circulando por el lado izquierdo de la calle, deteniéndose unos metros antes de la intersección con la Travesía de la Cilla. El Coleta salió rápidamente del vehículo dejando la puerta abierta, y apuntándola con su pistola, sorprendió a Nuria que se quedó sin poder reaccionar.
Inmediatamente le clavó en el cuello la aguja de la jeringuilla que llevaba preparada y sin apenas oposición la condujo hasta el coche que continuaba con el motor en marcha. Introdujo a Nuria en el asiento que había ocupado él y cuando terminaba de abrochar el cinturón del asiento de Nuria, que permanecía aturdida, un tremendo golpe en la puerta, que rebotó contra él, lo despidió varios metros cuesta abajo.
Desde la calle de la Cilla, un ciclomotor azul bajaba a toda velocidad y al hacer el giro para incorporarse a la cuesta, solo había mirado hacía la izquierda para comprobar que no bajaba ningún coche. Lo que menos esperaba ella, era encontrarse en su camino con la puerta abierta de aquel monovolumen mal estacionado.
El golpe sonó tan fuerte que hizo que algunos vecinos se asomasen para ver que es lo que había pasado. Vacilante y desconcertado, el Coleta se levantó sangrando por una ceja y mientras inspeccionaba alrededor suyo, montaba su arma dispuesto a defenderse de aquella inesperada acometida. Lo primero que vio moverse fue a la conductora del ciclomotor que se había levantado cojeando y se dirigía hacia su moto para tratar de parar el motor y apagar el claxon.
Sin encomendarse a Dios ni al Diablo, con el ojo que mejor veía cubierto por la sangre que manaba de su herida, disparó dos veces sobre lo que él entendía que era el enemigo, y la conductora del ciclomotor se desplomó sobre el alcorque de un frondoso cerezo chino.
Para entonces, media docena de horrorizados vecinos observaban la escena, sin atreverse a intervenir ante la presencia del hombre que parecía dispuesto a seguir disparando. A duras penas consiguió entrar en el coche, que sin esperar a que cerrara las puertas, desapareció cuesta arriba a gran velocidad.

Con tantos moteros en el pueblo, casi todo el mundo sabía cómo actuar en caso de accidente. El momento de quitar el casco siempre es un proceso peligroso. Pero en este caso se trataba de un casco abierto tipo custom y además presentaba un agujero a la altura del hueso temporal derecho. Por lo que, los que trataban de auxiliarla, decidieron quitarlo de inmediato para comprobar la posible herida.
Afortunadamente la bala no había llegado a rozar la cabeza. La sangre que manchaba su cara procedía de la herida de la mano derecha, que presentaba unos daños importantes a consecuencia del primer disparo. Producto de la caída, también presentaba fuertes dolores en el hombro y en el tobillo, por lo que permanecía en el suelo rodeada de gente, formando un numeroso grupo que impedía el paso de la rugiente Manitú que ascendía por la cuesta.

La moto había sido retirada de la calle, y se encontraba tendida sobre la acera con grandes desperfectos, por lo que Ángel dedujo de inmediato que alguien debía haber sufrido un accidente.
Los primeros minutos fueron de confusión total y era difícil conocer con exactitud lo que había ocurrido. Pero poco a poco, a medida que iba escuchando las diferentes versiones de cada uno de los presentes, Ángel empezaba a barruntar la desgracia.
Sus sospechas se aclararon cuando Daniel, uno de los vecinos más próximos al lugar del accidente, le dijo que Nuria "la guardia" había estado a punto de caerse del coche, cuando éste salió a toda velocidad con la puerta abierta. "De no haber sido por el cinturón, se mata –explicó el hombre–, porque daba la impresión de que estaba desmayada"

A pesar de que siempre hay algún cretino dispuesto a decir sandeces, Ángel tenía muy claro que Nuria no se había subido a aquel coche por su voluntad. Solo podía haber un hombre en el mundo que llevase pistola y coleta y que además tuviese un interés especial por Nuria.
Sin preocuparse por la máquina que había dejado en medio de la calle con el motor en marcha, corrió cuesta abajo a toda la velocidad que le permitían sus piernas, mientras pulsaba el mando a distancia de la cochera para no perder tiempo.
Desde siempre, era costumbre habitual dejar puestas las llaves de los coches. Jamás hubo ningún motivo para no hacerlo así y ese detalle ahorró algunos minutos a Ángel, que se subió al primero que pilló y salió como alma que lleva el diablo.
Tuvo que bajar hasta la carretera vieja y allí tomar el paseo del río para subir por los jardines y poder incorporarse a la comarcal. Significaba un pequeño rodeo, pero aun así, le llevó menos tiempo que si hubiese intentado pasar por el centro del pueblo.
Nada más salir de la población intentó conectarse con Nuria telepáticamente, pero le resultaba imposible. La excitación del momento y la necesidad de concentrarse en la conducción cuando se circula a una velocidad tres veces superior a la aconsejable, le impedían aprovecharse de sus capacidades cerebrales.
Esperaba y deseaba que fuesen esos los motivos. La otra posibilidad le resultaba inverosímil y agónica. Se le hacía un nudo en la garganta y las lágrimas le obligaban a reducir la velocidad, solo de pensar que aquella falta de comunicación se debiera a que el cerebro de Nuria hubiese dejado de emitir. Se sentía culpable por haber relajado las escuchas telefónicas de toda aquella gente del Grupo y estúpido por haber llegado a pensar que no volverían a intentar conseguir sus propósitos.

———————

Cuando el Coleta llegó al área de descanso estaba realmente furioso. Mediante el laringófono dio órdenes al compañero que vigilaba el acceso, para que detuviera e

identificara a cualquier vehículo y obligó al conductor del monovolumen a continuar su camino, llevándose por delante uno de los conos colocado en la entrada junto al coche.

– ¿¡Qué es eso!? –preguntó al observar las cajas depositadas en el suelo junto al coche de Alain.
– No lo sabemos –contestó el Rubio (Un gigantón con pinta de caballo, con enormes caderas y una cabeza diminuta)–. Parece una especie de antiguo gramófono, pero ellos dicen que es un calentador… los planos están ahí.
– El chino llevaba una cartera con ciento cincuenta mil euros –informó el otro guardia–. Pero no hay ningún otro tipo de documento importante. ¿Qué ha dicho la tía esa?
– Nada. Está narcotizada. No pensé que fuera necesario interrogarla. Supuse que así sería más fácil deshacernos de ella.

El conductor del monovolumen había sacado a Nuria del coche y la había dejado en el suelo junto al japonés, que al igual que Alain permanecía con las manos atadas con una brida de plástico.
Apoyada contra el bloque de granito que en otro tiempo formase parte de la valla quitamiedos de la carretera, Nuria comenzaba a recuperar la consciencia, aunque todavía era incapaz de mantenerse en pie.
El Coleta hojeaba los papeles de aquel dossier, sin entender qué significaba todo aquello ni qué diantres estaba pasando. Echó un vistazo a las cajas y después miró a sus compañeros que le contemplaban en silencio esperando alguna orden.

– A estas horas no hay marcha atrás –advirtió el Coleta–. Es posible que ninguno de ellos supiera nada de lo que nos preocupaba pero vamos a acabar con las dudas.
De la zorra esta teníamos que deshacernos más pronto o más tarde. Y estos otros nos van a servir de argumento. La broma nos va a costar los ciento cincuenta mil euros del maletín, pero lo vamos a niquelar.
Los documentos estos nos los llevamos para no dejar pistas. Las cajas con esa chatarra los tiramos por el barranco. Y estos se van a matar entre ellos.
¡Preparad las cosas para que no haya dudas! Esto va a ser un ajuste de cuentas en toda regla. La zorra, que ya tiene antecedentes, sería la dueña de la droga y el chino el comprador… algo salió mal e intervino el otro tipo, que estará indocumentado. La investigación dirá que se liaron a tiros y listo. ¡Venga! ¡Manos a la obra!

Aún no habían sacado de su coche la cocaína para colocársela a Nuria, cuando por la parte opuesta del área de descanso apareció un coche grande haciendo señales audiovisuales con la sirena y las luces azules y blancas. Aunque sus ocupantes no llevaban uniforme, parecía evidente que se trataba de un coche oficial, posiblemente de la Secreta.
Era un todo terreno grande de color oscuro, que Alain identificó al instante como uno de los coches de los autores del robo a la Bodega.
Mansamente se acercó hasta el grupo de gente y se detuvo a escasos metros del Coleta. De su interior bajaron tres hombres armados, al tiempo que uno de ellos exhibía una tarjeta de identificación.

– Soy el comandante García de las Fuerzas Especiales –saludó–. ¿Quién de ustedes está al mando?
– ¡A la orden mi comandante! –se cuadró el Coleta–. Esto es una operación del Grupo Especial de la Brigada de Estupefacientes. Yo soy el agente 67VZ191 y estoy al mando, a la espera de que llegue el teniente.

– Tengo la impresión, agente –anunció el Comandante–, de que su Operación no estaba muy bien documentada. Estas gentes no son narcotraficantes. Son espías internacionales y aunque no vayan armados son muy peligrosos.
Lo que hay en esas cajas no son drogas. Se trata de un arma muy potente y secreta que acaban de comprar los japoneses con la ayuda de ese otro tipo, que para su información, está acusado de traición en su país.
– ¿Y la mujer… qué pinta ella en esto? –el Coleta cada vez estaba más desconcertado.
– Suponemos que será la vendedora. Tendremos que llevárnosla también.
– ¡¡Y una mierda!! Mientras yo no tenga claro el asunto, de aquí nadie se lleva nada.
– Me temo agente, que no le queda más remedio que acatar las órdenes. Llame a su superior si quiere, y dígale que yo asumo el mando.

La tensión subía por momentos y cualquier paso en falso podía desencadenar una degollina. Normalmente las Fuerzas Especiales actúan en grupos numerosos y con varios vehículos para cubrirse entre ellos. Por lo que resultaba extraño que aquellos presuntos Geos no contasen con un vehículo de apoyo.
No obstante, ya que el Comandante le daba la oportunidad de contactar con el Grupo y pedir órdenes, trataría de informarse sobre su autenticidad. No le preocupaba demasiado la tremenda pifia o las posibles consecuencias. Siempre y cuando se cargaran a Nuria, la operación habría sido un éxito. Por eso no podía dejar que saliera viva de allí.
En el Grupo no sabían nada ni de los supuestos Geos ni de los espías, y mucho menos del tráfico internacional de armas secretas. Aun así, ordenaron al Coleta que esperase unos minutos para recibir nuevas órdenes. Los nervios estaban a flor de piel y nadie se fiaba de nadie. El Comandante esperaba que se creyesen su historia e incluso que le ayudasen en la operación. No deberían tener ningún motivo para no hacerlo. Al fin y al cabo resultaba evidente que allí no había ningún tipo de drogas.
Por su parte el Coleta evaluaba las diferentes posibilidades de resolver el problema. Si le ordenaban continuar con la operación, no podían dejar a nadie con vida. Ellos eran más y estaban mejor situados para atacar, alguno de ellos caería. Pero si por el contrario los Geos estaba allí de forma oficial, no tendría más remedio que ceder el mando y tratar de eliminar a Nuria de forma “accidental”.
En esta reflexión se encontraba, cuando el agente que vigilaba la carretera avisó por el intercomunicador, que había detenido a un vehículo sospechoso.
El conductor de aquel vehículo, que no había podido identificarse, no era otro que Ángel al volante del lexus color verde aceituna metalizado.
El Coleta tenía otras preocupaciones en aquel momento y ordenó que lo mantuviese alejado mientras resolvía la situación. El agente se quedó vigilando a la altura de la ventanilla del todo–terreno, apuntando a Ángel con el subfusil.
Mientras observaba a su alrededor, evaluaba las posibilidades de influir mentalmente sobre alguno de aquellos tipos. La preocupación por Nuria no le dejaba margen de concentración y solo era capaz de interceptar los pensamientos del guardia que estaba junto al coche.
El individuo en cuestión no tenía ninguna intención de disparar. Lo único que le preocupaba era cómo salir airosos de aquel embrollo y continuar amasando dinero con sus actividades ilícitas. Él no había hecho otra cosa en su vida más que cumplir órdenes y estaba convencido de que con esa premisa conseguiría una confortable jubilación.

Desde la posición en que Ángel se encontraba, alcanzaba a ver parte de la escena que se desarrollaba unos metros más abajo. Todavía no había podido contactar mentalmente con

Nuria, pero ya la había localizado junto a Alain y al japonés, y había respirado hondo al comprobar que se encontraba ilesa, al menos en apariencia.
Desde que supo que la habían secuestrado dos hombres, no había dejado de pensar que podían pretender hacer con ella, lo mismo que quisieron hacer con él en el tejar abandonado. La presencia de tanta gente en el área de servicio le tranquilizaba. No podían matarla delante de testigos. Lo peor que podía ocurrir era que se la llevasen detenida y que él no pudiese evitarlo.

Para su desgracia sus razonamientos no estaban bien argumentados. El Coleta no tenía ninguna intención de detener a nadie y el Comandante de los supuestos Geos no había pensado ni por un instante dejar testigos de aquella operación.
Cuando el Coleta recibió las órdenes de sus superiores en el Grupo, rápidamente se dio cuenta de que la cosa pintaba mal. Tenía que informar al Comandante, de que sería el Grupo de Estupefacientes el que seguiría al mando de la misión. Si éste no aceptaba de buen grado quedar al margen, deberían esperar en aquella situación hasta que un superior se presentase. En cualquier caso le aconsejaban tener mucho cuidado, ya que no habían podido constatar la identidad de los autodenominados Geos.

Ningún Comandante al uso habría consentido la insubordinación de un agente de tropa. De inmediato le habría ordenado cuadrarse y a partir de ahí le habría caído un "puro" que no olvidaría en la vida. Sin embargo el tipo aquel no pareció molestarse por el contratiempo.

– ¡De acuerdo Agente! –dijo el Comandante–. Esperaremos a que llegue su jefe y aclararemos las cosas. Entiendo su postura y celebro su disciplina… es raro que no lleve usted ninguna estrella, o por lo menos unos galones. Mientras esperamos, sería conveniente que volviesen a meter en el coche esas cajas. En realidad se trata de material muy valioso y sofisticado. Si se estropease, alguien podría pedir responsabilidades.

La adulación es un buen arma, sobre todo contra los mediocres. El Coleta bajó la guardia y cometió el mayor error de su vida. Nada más darse la vuelta para ordenar a sus compañeros recoger las cajas, recibió un tiro en la espalda que le hizo caer de bruces contra el asfalto. Inmediatamente comenzó un enfrentamiento con fuego cruzado, en el que los falsos Geos se habían situado en posiciones ventajosas y se habían igualado en número con el enemigo.

En la carretera, en el instante en que se escuchó el primer disparo, Ángel y el agente que le vigilaba se miraron a los ojos el uno al otro. Fue apenas un segundo y cada uno hizo lo que le correspondía por naturaleza. Ángel arrancó el coche dispuesto a cualquier cosa por salvar a Nuria, y el agente que le vigilaba, movido por el instinto, disparó su arma apuntando a la cabeza del sospechoso.
Ninguno de los dos tuvo tiempo de reponerse de la sorpresa. Ángel pisó a fondo el acelerador y los más de doscientos caballos repartiendo potencia a las cuatro ruedas, lo lanzaron como un cohete escabulléndose cuesta abajo. El agente continuaba disparando como un loco apretando los dientes, sin querer asumir la evidencia de que sus balas jamás conseguirían traspasar el blindaje de aquel lujoso vehículo.
Después del primer disparo hecho a quemarropa contra la ventanilla, Ángel solo había necesitado dos segundos para tomar su decisión. El primero lo dedicó a dar las gracias a su primo Pedro por su visión de futuro. Y el segundo a buscar el mejor camino para llegar hasta donde estaba Nuria.

Como si de un tanque se tratara, atravesó el jardín que separaba la zona de descanso con el aparcamiento, llevándose por delante el seto de aligustre de más de un metro de altura. Destrozó una de las enormes papeleras y lanzó su contenido a muchos metros de distancia. El ruido de aquel bidón rebotando contra el suelo y el coche irrumpiendo a toda velocidad en la escena del tiroteo, distrajeron lo suficiente a ambos bandos como para vacilar durante unos instantes sobre cual debería ser el objetivo de sus disparos.

Aprovechando el desconcierto uno de los mercenarios se situó al abrigo del seto y desde allí hizo un blanco fácil contra el Rubio, que cayó fulminado. De nuevo la distracción momentánea se había cobrado otra baja entre los agentes del Grupo, que ahora se encontraban en minoría frente a los sanguinarios enemigos.

Las balas silbaban en todas direcciones testimoniando la determinación de unos y otros, de no dejar a nadie con vida. Ángel continuó su alocada carrera en dirección al emplazamiento de sus indefensos amigos y unos metros antes de situarse a su altura, tiró firmemente del freno de mano mientras giraba el volante para hacer derrapar el vehículo y colocarlo lateralmente para protegerlos de los disparos.
Continuaba sin poder "conectar" con Nuria por lo que tuvo que bajar la ventanilla del lado opuesto para apremiarles que subieran al coche. No sabía lo que podría aguantar el blindaje o si los disparos acabarían destrozando las ruedas. Hasta el momento no había notado nada extraño en el funcionamiento del motor, pero cabía la posibilidad de que cualquiera de los atacantes hiciera uso de una granada o incluso de un proyectil de carga hueca, capaz de destrozar el blindaje de cualquier vehículo.
Tanto Alain como el japonés se dieron cuenta de inmediato de que su única esperanza estaba en aquel coche, y actuaron en consecuencia. Quizá por la convicción de que Ángel venía a por ella, o quizá por ser muy valientes, arriesgaron sus vidas para proteger a Nuria mientras, todavía aturdida, la metían en el asiento trasero.
Por aquel entonces todos los disparos se centraban en el lexus cuyas ruedas de la parte izquierda habían sido alcanzadas por varios proyectiles que habían impactado de lleno. Sin embargo, a pesar de haber perdido la presión, se mantenían lo suficientemente firmes como para continuar circulando.
En aquel momento Ángel desconocía las características de aquellos neumáticos runflat, montados sobre llantas EH2 de perfil especial, capaces de rodar totalmente deshinchados, a más de 90 kms/h. sin merma de la seguridad de vehículo. No lo sabía él ni lo sabían los que disparaban, quienes esperaban inutilizar el coche haciendo que desllantase las ruedas.
Tanto disparo dirigido a la parte inferior del coche, acabó hiriendo en una pierna al japonés cuando éste ya había acabado de introducir a Nuria, y se disponía a subirse él. La herida se había producido en el pie de apoyo, justo antes de subirse. Sangraba abundantemente y mantenía al japonés agarrado a la puerta con sus manos atadas, incapaz de levantarse.
Alain, que ya estaba en el asiento delantero, tuvo que bajarse de nuevo para ayudarlo a entrar y poder cerrar la puerta. Cuando regresaba para colocarse de nuevo en su asiento, un tremendo dolor en el hombro izquierdo y las salpicaduras de su sangre en la cara, le revelaban las consecuencias de su gesto de coraje. Una bala le había atravesado el hombro de parte a parte, provocándole un intenso dolor debido a que las esquirlas de hueso producidas por el impacto se clavaban en la carne.
La lluvia de proyectiles estaba dando sus frutos. Disparaban desde todos los sitios y todos en la misma dirección. Los desperfectos en el coche eran considerables debidos al ingente número de impactos. Los cristales comenzaban a rajarse aunque continuaban manteniendo su excepcional consistencia.

En cuanto Ángel comprobó que todos estaban a bordo, pisó el acelerador a fondo y de nuevo aquella máquina increíble respondió como se esperaba de ella. A medida que se alejaban, el número de impactos iba disminuyendo, no solo por falta de puntería, sino también porque los "Geos" volvieron a aprovechar el descuido de los del Grupo para cosechar dos nuevas bajas enemigas. Ahora quedaban cuatro contra uno y aunque el superviviente se encontraba bien resguardado, no tenía ninguna posibilidad de salir de allí con vida.
Tres de los mercenarios disparaban a discreción, mientras el otro sacaba del coche una caja grande, y a cubierto de los disparos comenzaba a montar un sólido soporte. Este soporte no era otra cosa que la base de lanzamiento de un misil Helstreak de gran velocidad (HVM) cuya cabeza de guerra guiada por láser incluye tres dardos de gran precisión que se dirigen independientemente hacia el objetivo.
Este tipo de misiles son usados contra objetivos semi–blindados moviéndose a distancias de hasta siete kilómetros. Una vez que el sistema de guiado recibe las coordenadas desde el satélite, no hay forma humana de detenerlo. Su enorme velocidad impide ser interceptado por cualquier tipo de contra–misil conocido en la actualidad.
Esa característica era perfectamente conocida por el japonés, quién nada más observar el lanzamiento miró a Alain con gesto de resignación, confirmando la sospecha de éste. En aproximadamente tres segundos todo lo que hubiese a menos de cincuenta metros del coche, quedaría destruido y abrasado.
Ni Ángel ni Nuria tuvieron jamás consciencia del peligro. La una estaba demasiado ocupada en mantener el equilibrio como para darse cuenta y el otro bastante tenía con sujetar el coche dentro de la carretera en las condiciones en que había quedado.

En alguna parte del cosmos, un sofisticado ingenio de inteligencia artificial había detectado un ataque contra uno de sus componentes protegidos. El cerebro de Ángel, conectado al satélite de forma permanente gracias al sistema jerárquico, indicaba al artilugio cósmico que era su propio satélite el que estaba siendo atacado y actuaba según había sido programado.
Sin duda se trataba de un artificio insólito y eficaz, a la vez que despiadado como cualquier máquina. No solo desvió la trayectoria del misil para alejarla de su blanco, sino que forzando un looping de trazado irregular, lo redirigió hasta el punto exacto en que había sido lanzado, para estallar como una pequeña bomba atómica que pulverizó toda el área de descanso.
Todavía tuvieron que pasar un par de segundos para que Alain tomara conciencia de lo que había ocurrido y apremiara a Ángel para que detuviese el vehículo.
A pesar de la distancia se distinguía perfectamente la potencia destructiva del misil. A medida que se disipaba el humo, se observaba el monumental cráter originado por la explosión y los restos de los llameantes vehículos diseminados por doquier.
Mientras observaban en silencio, Nuria salió del coche y se colocó junto a Ángel. Su sentido del equilibrio continuaba afectado por las drogas, pero razonaba coherentemente. Se apoyó con su brazo izquierdo en el hombro derecho del chico y después de contemplar la devastadora escena le preguntó:
– ¿Has sido tú?
Al escuchar la pregunta, Alain tuvo la sensación de que Nuria planteaba la interrogante condicionada por los efectos de los narcóticos. Pero al observar la respuesta de Ángel, y sobre todo el tono de la contestación, su mente analítica elaboró una asociación de ideas que, en aquellos momentos, le desbordaban por completo.
– ¡Déjalo! –intervino Alain dirigiéndose a Ángel–. No es momento para pensar en ello.

– El caso es que no lo sé –contestó un tanto ensimismado–. Es muy probable que sí. Pero no de una forma consciente. Es cierto que durante un segundo he creído que mi vida estaba en peligro. Sin embargo no he sentido ningún temor. No sé…, es raro.
– ¡Salgamos de aquí! –Alain a pesar del dolor del hombro, mantenía frescas las ideas–. Tenemos que evitar que este hombre se nos desangre y de paso conseguir que todo el mundo nos dé por muertos y se olvide de nosotros.
– Estoy totalmente de acuerdo contigo –dijo Ángel–. Aunque va a ser difícil pasar inadvertidos según ha quedado el coche, creo que sé cómo hacerlo.

_____

Cuando los sanitarios del servicio de urgencias les vieron llegar, pensaron que se trataba de narcotraficantes latinoamericanos. Un coche totalmente acribillado a balazos y cuatro personas impregnadas de sangre, arrastrando a uno de ellos que se había desmayado por el dolor de su pierna herida, parecía la escena de una película de Brian de Palma.
Inmediatamente fueron atendidos por el personal médico, y mientras los heridos eran trasladados al quirófano, a Nuria le administraban algún tipo de medicamento por vía oral.

Ángel tuvo que realizar el papeleo de admisión de todos ellos. El japonés llevaba encima el pasaporte, por lo que no hubo ningún problema con él. Sin embargo los otros dos no llevaban ningún tipo de documentación, lo que al final facilitó los planes de Ángel.
Mientras formalizaban el ingreso del japonés, Ángel había acudido a la cabina telefónica de la sala de espera para llamar a Joaquín y pedirle que fuera en busca de su padre y que le informase personalmente de que todos se encontraban bien. Ya le daría todos los datos más tarde. Pero no debían comunicarse por teléfono y tampoco deberían preocuparse por nada; “Absolutamente nada” de lo que pudieran oír.
Había insistido mucho en esos dos conceptos: que se encontraban bien y que no hicieran caso a lo que pudiesen oír. Ángel había estudiado una forma para hacerlos desaparecer legalmente, y para ello necesitaba que los declarasen muertos.
No tuvo ningún problema para conseguirlo. Ahora que ya se encontraba más tranquilo, le resultaba sencillo concentrarse en sus poderes para convencer a todo el escalafón médico de que los ingresados habían fallecido durante la intervención quirúrgica. Todos ellos habían firmado los correspondientes partes médicos y con los resultados de las autopsias debidamente maquillados, los cadáveres serían trasladados para ser incinerados.

Por la mañana, cuando Ángel regresó a la habitación donde se encontraban Nuria y Alain, estos ya habían desayunado. Ángel les traía el periódico donde figuraban, aparte de las esquelas de ellos dos, otras noticias interesantes. Entre ellas, la explosión de un camión cargado con gas licuado en un área de descanso en el término municipal de Nava de Oroz, donde se habían producido varios muertos y otra noticia menos relevante en las Hojas de Sociedad, donde se hablaba de la patente de un invento para luchar contra las heladas en los viñedos.

_____

Doce días más tarde, el japonés recibía el Alta médica y era trasladado a la embajada. Tuvo que responder a muchas preguntas pero no vaciló ni un segundo en relatar lo ocurrido:

Durante la refriega que acabó con la explosión en aquella carretera, él consiguió escapar tirándose por el barranco, antes de que toda la zona volase por los aires. Aunque resultó herido de gravedad, logró alcanzar la carretera donde fue recogido por un coche que lo trasladó al hospital.
Él había sido el único superviviente, y del invento adquirido no había quedado ni rastro. Sus inventores tenían algún otro prototipo que podrían vender, pero Alain le había convencido de que el valor del aparato no estaba en el invento en sí, sino en un funcionamiento atípico de alguno de sus componentes. Razón por la cual sus investigaciones habría que dirigirlas al estudio de esos componentes que figuraban en la patente, y no al invento en sí mismo.
Aquella explicación no solo fue válida para el gobierno Japonés, sino también para otros grupos empresariales o de otra índole, que ofrecieron su colaboración para continuar con aquel proyecto aportando el dinero que fuera preciso.

Un taxi lo esperaba a la puerta de la Embajada para trasladarlo al aeropuerto, donde cogería un avión con destino a Osaka. Se había ganado unas buenas vacaciones y esperaba disfrutarlas en su ciudad natal; Kobé. Llevaba algunos años construyéndose un confortable refugio en la zona alta de la ciudad, junto a la universidad donde había estudiado, y aunque no estaba acabado, iba allí cada vez que disponía de tiempo.

El taxista no se molestó en bajarse del coche, ya que el pasajero solo traía una maleta mediana que colocó a su lado en el asiento trasero. Tampoco preguntó a dónde debía llevarlo. Nada más cerrar la puerta, arrancó el coche y se incorporó al tráfico de la concurrida avenida en dirección al aeropuerto.
A mitad de camino, sin hacer ningún tipo de comentario, se desvió a la derecha para tomar una salida que entre otros destinos, conducía a una estación de servicio poco frecuentada a consecuencia de su enmarañado acceso. Condujo el taxi hasta la parte posterior de la gasolinera y después de detenerlo junto al túnel de lavado, se bajó del coche.
– ¿Todo bien? –preguntó al pasajero que continuaba dentro del vehículo.
– ¡Todo perfecto! –contestó el japonés, sorprendido al comprobar que aquel taxista completamente calvo y con una cuidada barba de dos semanas, no era otro que Alain, el hombre que le había salvado la vida–. Quizá has corrido un riesgo innecesario al presentarte en la Embajada con esas gafas de espía.
– Por eso lo he hecho –sonrió–. Sabía que así pasaría desapercibido.
– Ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo cuando lo necesites –concluyó a forma de despedida.
– ¡Gracias a ti, por tu colaboración! ¡Se me olvidaba…! Ese maletín de ahí, es un regalo en el que henos colaborado todos. ¡Disfrútalo!

Mientras el autentico taxista llegaba para hacerse cargo de su coche, el japonés colocó el maletín entre sus piernas, sabiendo que no necesitaba comprobar el contenido de su regalo. Después de despedirse, Alain llamó por teléfono a Ángel;
– ¡El asunto del Sol Naciente ha finalizado con éxito! ¿Dónde estáis?
– ¡En Lisboa! –Ángel contestaba desde lo alto del Castillo de San Jorge, donde acompañado de la mujer de sus sueños, contemplaba el deslumbrante color rojizo de los tejados de la ciudad–. Nuria me ha traído para terminar de contarme una historia gestada en el cautivador ambiente de un entrañable café.
– ¡La historia va para largo! –intervino Nuria acercándose al micrófono–. ¡Ya te contaremos!

– Nos quedaremos aquí unos cuantos días. Mis padres se han ido al Perú, con la Tía y don Cosme para financiar una escuela. Aunque con las ganas que le han puesto, lo mismo construyen una universidad entera. Supongo que hasta dentro de un par de semanas no habrá nadie en casa.
– ¡Divertíos! –terminó Alain–. Yo mientras tanto me voy a pasar unos días en la Sorbona. Hay una amiga a la que tengo muchas cosas que contar.
– ¿Cómo de amiga es? –preguntó Nuria que escuchaba por el altavoz del móvil.
– Es solo una amiga –sonrió Alain–. Es muy mayor para mí.
– No te fíes de eso –Ángel sabía de lo que hablaba–. ¡A veces la edad no es un obstáculo insalvable!

Florentino Rodríguez Herce nació en Zamora en 1955.
Es autor de varios cuentos y ha escrito y estrenado cuatro obras de teatro en las que ha participado como actor o como director.
Satélites para hablar con Dios es la primera entrega de una trilogía que continuará con "Los Jacintos de Compostela" y "El Camino del Declive" en los que narra su versión más deductiva, de unos hechos aparentemente imposibles e inexplicables.

El hallazgo de un extraño objeto, parecido a un satélite de comunicaciones, en la base de la imagen de La Virgen del Velo, patrona del pueblo, origina una serie de acontecimientos que provocan en sus descubridores extrañas reacciones.
La posibilidad de que todas nuestras comunicaciones estén siendo pinchadas y almacenadas de forma inmoral desde siglos atrás, cobra fuerza al comprobar que el objeto hallado es idéntico al representado en un cuadro de un pintor del siglo XVII
Ambientada en un pueblo de la ribera del Duero, donde la actividad económica principal es una Cooperativa Vitivinícola, profundiza en la investigación de la posible relación entre el Objeto encontrado y los Petroglifos existentes en la finca El Silincio. Un espectacular viñedo propiedad de la familia de Ángel, que produce un tipo de uva excepcional gracias a la composición del suelo de la finca.